Javier Redondo Rodelas

PRESIDENTES DE ESTADOS UNIDOS

De Washington a Obama, la historia norteamericana
a través de los 43 inquilinos de la Casa Blanca



Javier Redondo Rodelas

PRESIDENTES DE ESTADOS UNIDOS

De Washington a Obama, la historia norteamericana a través de los 43 inquilinos de la Casa Blanca

la esfera de los libros

A María, que siempre me espera.

INTRODUCCIÓN. DESPACHO OVAL, EL TRONO DE LOS HOMBRES COMUNES

COMUNES PERO NO CORRIENTES

En la tradición política americana, los presidentes son hombres comunes pero no corrientes. Es decir, pertenecen al pueblo pero están dotados de cualidades y virtudes extraordinarias. Constituyen lo que Jefferson denominó la «aristocracia natural»: personas dedicadas al servicio público en pos del bien común, depositarios de la virtud cívica o republicana al asumir su compromiso con el progreso político y moral de la república. Son, en suma, hombres distinguidos de entre los comunes. Jackson, el «más común» de entre todos los primeros, inauguró una era. Fue el «rey de la multitud».

El sistema político americano nació ex novo. No erradicó la monarquía, simplemente se separó de ella. Tampoco extirpó la aristocracia, pues no existía en ninguna de las 13 colonias británicas que proclamaron su independencia en 1776. El origen de la nación no reconoce estamentos, solo distingue entre propietarios y no propietarios —aunque todos los hombres libres podían poseer tierras—. He aquí el estigma que acompañó durante un siglo a la democracia más antigua y avanzada del planeta, dividida entre hombres libres y esclavos.

Por tanto, el modelo institucional de los Estados Unidos no diferencia entre *comunes* y *lores* (miembros de la Cámara Baja y Cámara Alta), esto es, no hace distingos entre los elegidos por el pueblo y los designados por el rey en razón de los privilegios de que gozan. Sencillamente, porque en una república no hay privilegios, solo poderes, funciones, autoridad y estatus —posición— conferidos a órganos, instituciones o personas de acuerdo a lo establecido en las leyes. En una república todo poder es, por definición, electivo y temporal. En los debates previos a la aprobación de la Constitución, la consideración de proclamar una monarquía no fue seriamente contemplada. Apenas fue una ocurrencia, desprovista de convicción, del conspicuo y maniobrero Hamilton, quizás el más sobresaliente —junto con Benjamin Franklin y, a cierta distancia, John Jay y John Dickinson— de entre los padres fundadores que nunca alcanzaron la

presidencia. La idea fue urdida por algunos advenedizos tories —británicos residentes en las colonias y opuestos a su independencia— para hacerse un hueco fijo en el nuevo orden.

Esta obra trata de analizar los logros de las presidencias, pero sin desatender el lado humano de los presidentes. Al contrario, priorizándolo, de modo que nos permita comprender el trasfondo íntimo de sus decisiones. Cada presidencia es producto de unas circunstancias históricas y personales singulares. Los inquilinos de la Casa Blanca son todos ellos hombres comunes, cuya vida no estaba programada desde su inicio para el ejercicio del poder. Son personas imperfectas de trayectorias dispares: los hay pobres y ricos; con estudios y sin formación; militares, abogados, hombres de negocios, un profesor de escuela y un actor de Hollywood; descendientes de pioneros de la frontera o de buena cuna. Los hay con arrojo y dubitativos, osados y conservadores, pusilánimes y audaces, medrosos y decididos, campechanos y elevados. Esta es una historia de los Estados Unidos contada desde el Despacho Oval, pero también es la intrahistoria de los Estados Unidos narrada a través de los sentimientos, motivaciones, frustraciones y anhelos de cuarenta y tres ciudadanos que fueron depositarios de la confianza de su pueblo para la más noble e insigne tarea que puede desempeñar cualquier americano: gobernar la República.

En cuanto a la extracción profesional, como acabamos de mencionar y el lector puede consultar detalladamente en la ficha que encabeza cada capítulo, la mayoría de los presidentes son letrados o militares. En todo caso, resulta curioso especificar cuál es el último puesto o profesión que desempeña un candidato antes de asumir la presidencia para poder elaborar prospecciones o elucubraciones futuras: trece presidentes accedieron al Despacho Oval desde la vicepresidencia; once dieron el salto desde la gobernación de un estado; ocho, desde una de las Cámaras (dos desde la de Representantes y seis desde el Senado); seis integraron la Administración o el gabinete anterior; cuatro se sentaron en el Despacho Oval nada más abandonar los cuarteles y sin solución de continuidad (hay más militares, pero el resto sí pasó antes por una institución política); y solo dos desembarcaron directamente desde el ámbito privado: Grover Cleveland, que tras su primera presidencia ejerció como abogado antes de retornar a la Casa Blanca; y Richard Nixon, que después de haber sido representante, senador y vicepresidente, se retiró y ejerció como abogado tras

perder primero unas elecciones presidenciales y después otras a la gobernación de su estado.

La presidencia no estaba llamada a ser la institución central del sistema político norteamericano. Progresivamente, por efecto de la creciente influencia de los federalistas, partidarios de robustecer el gobierno con el objeto de construir una nación fuerte, cohesionada y respetada internacionalmente, la presidencia fue ganando poder y protagonismo en detrimento de las cámaras. Mucho después influyó notablemente la deriva de la democracia de audiencia. La personalización de la política retroalimentó el fortalecimiento de la institución. De todos modos, el sistema norteamericano no es presidencialista únicamente en función de las atribuciones del presidente, sino en razón de su posición respecto del poder legislativo. El poder ejecutivo está totalmente separado del legislativo: le rinde cuentas y necesita de su autorización para la aprobación de las leyes y de la mayoría de sus decisiones, pero su elección transcurre por un procedimiento distinto —también sigue, en parte, un ritmo propio: la Cámara de Representantes se renueva cada dos años en su totalidad y el Senado por tercios también cada dos años; aunque los procesos electorales coinciden en fecha—. Así las cosas, el margen de maniobra de un presidente está condicionado por la composición de las mayorías en las cámaras. Gran parte de las dificultades que se ha encontrado Barack Obama para sacar adelante su programa deriva de que ha topado con una mayoría republicana en la Cámara de Representantes durante la mayor parte de su mandato. En conclusión, la Constitución americana dota de un doble rol al presidente: el estrictamente político —dotándole de poderes específicos— y como jefe del Estado.

Por otro lado, algunos de los más apasionantes debates durante la Convención de Filadelfia que dio lugar a la Constitución de 1787 giraron en torno a la concepción del poder ejecutivo: composición —unipersonal o colegiado, con el fin de concentrar el poder en una persona o diluirlo entre varias, más operativo o más consensual...—, proceso de elección y reelección, mecanismos de censura y deposición. Como enseguida veremos, una de las primeras decisiones de los constituyentes fue entregar el liderazgo del ejecutivo a una sola persona, aunque para evitar la división partidista, concedieron la vicepresidencia al segundo de los preferidos por el Colegio Electoral. La segunda gran decisión que afectó a la concepción de la presidencia fue consagrar

el «principio de independencia del ejecutivo». La tercera de las cuestiones generó acaloradas discusiones en la convención: cómo elegir al presidente. Pronto nos detendremos en este aspecto.

Antes, hemos de remachar otra idea: los padres fundadores, una vez solventado lo esencial sobre cada uno de los poderes, se preocuparon mucho más de cerrar o afianzar el modelo de organización territorial, que era, en suma, el primer motivo de fractura entre los delegados de la convención y entre los estados, que de apuntalar lo relativo a las relaciones entre poderes. Esto es, concibieron esta última relación como dinámica. En este sentido, aquí mostramos precisamente que la presidencia es una institución que va configurándose progresivamente a lo largo de la historia de la nación.[1] Está en constante proceso de adaptación a los tiempos y depende de las mecánicas políticas y de la propia personalidad de los presidentes. Por tal motivo, se ha dispuesto que el hilo conductor de la narración sean los presidentes y no tanto la presidencia, pues la concepción del poder ejecutivo varía en función de la actitud y proceder de los inquilinos de la Casa Blanca. En definitiva, si los constituyentes optaron por un diseño unipersonal del ejecutivo, la historia de la presidencia es también la historia íntima de los presidentes, y se construye superponiendo retratos políticos y humanos.

Por el contrario, el encaje de la presidencia en el modelo constitucional americano, o dicho de otra manera, lo que se conoce como el sistema de controles y equilibrios (*checks and balances*) entre poderes, permite minimizar la influencia de los presidentes peor dotados. En términos más llanos: el complejo sistema de división del poder facilita, en pura teoría, que pasen relativamente inadvertidos los peores presidentes. Sin embargo, como podrá comprobar y juzgar el lector, este enunciado es solo, insistimos, pura teoría, pues tropezará con presidentes torpes, miopes e incapaces cuya acción o inacción han conducido al país al desastre en más de una ocasión.

Ninguno de los presidentes constituye la personificación de la virtud ni representa la encarnación del mal. Se ha tratado de ofrecer una visión poliédrica y compleja de cada uno de ellos con el propósito de humanizar la presidencia. Hemos detectado personalidades excepcionales y arrolladoras y trazado perfiles grises. Algunos son presidentes transformadores que no solo han desempeñado un papel crucial en la historia de su nación, sino que han asumido la presidencia

como un auténtico desafío. Ellos marcaron el signo de los tiempos y su mandato constituyó un cambio de paradigma: incluimos en este elenco a los padres fundadores (los cinco que participaron de alguna manera a la creación de la República), Jackson, Lincoln, Theodore Roosevelt, Franklin Delano Roosevelt, Kennedy, Reagan y Obama.

Al mismo tiempo, en cada uno de los ejercicios de disección hay un esfuerzo suplementario por alejar a las figuras más conocidas, controvertidas o protegidas por la Historia de los lugares comunes; también por desempolvar otras que a menudo pasan inadvertidas. Notará el lector cierta amabilidad o animadversión, o ambas cosas a la vez en un mismo retrato. Todo es producto del grado de intimidad adquirido con cada uno de ellos durante el proceso de exploración, de la intensidad de una búsqueda. Eso sí, todas las estampas tienen algo en común: muestran a humanos, demasiado humanos.

ESTRUCTURA DE LA CONSTITUCIÓN AMERICANA: LA PRESIDENCIA Y EL COLEGIO ELECTORAL

La Constitución de los Estados Unidos es singularmente corta. Tiene siete artículos y veintisiete enmiendas. Las enmiendas son disposiciones añadidas e introducidas mediante un proceso reglado en el propio texto constitucional. El sentido de las enmiendas es adaptar la Constitución, que data de 1787 —es la Constitución escrita más antigua— a los tiempos y a los cambios generacionales. Las enmiendas se entienden desde una doble perspectiva: como mecanismo de complemento o como mecanismo de reforma. Las primeras diez enmiendas se aprobaron en 1789 y fueron ratificadas en 1791. Se las conoce como el *Bill of Rights*, el conjunto o carta de derechos, el núcleo duro de los derechos inalienables que acompaña a la Constitución, la cual se ocupa específicamente de regular el sistema de organización del poder. La última enmienda data de 1992 y establece que las leyes que modifiquen los ingresos de representantes y senadores no entrarán en vigor hasta que no se renueven las cámaras. Curiosamente, esta enmienda fue una de las dos rechazadas en el *Bill* de 1789 (la otra se refería a la proporción entre número de representados por representante).

La estructura de la Constitución americana es muy sencilla. Está dividida en

artículos y secciones. En el artículo I se regula el poder legislativo, constituido por la Cámara de Representantes y el Senado. En cada una de las secciones se especifican las funciones de las cámaras, su composición, organización y trabajo, así como las obligaciones y limitaciones de sus miembros y el proceso legislativo, entre otras cuestiones. Sobre todo, el artículo I establece y enumera las competencias de la Cámara de Representantes y del Senado. Asimismo, establece sus limitaciones y prohibiciones. Finalmente, el artículo I se completa con la sección 10, donde se citan los poderes prohibidos a los estados, uno de los pilares del modelo federal.

El artículo II recoge la rama ejecutiva y regula la figura del presidente de los Estados Unidos de América. Los cargos de presidente y vicepresidente se eligen cada cuatro años del siguiente modo: cada estado designa, en función de cómo lo determinen sus leyes, un número de electores igual al «número de senadores y representantes que les corresponda en el Congreso». Esos electores integran lo que hemos llamado a lo largo de toda la obra el Colegio Electoral. No pueden ser miembros del Colegio ni senadores ni representantes ni cualquier otro cargo de naturaleza política. Según lo expuesto, el número de electores del Colegio varía en función del número de estados que conformen la nación y de la población y, en última instancia, del número de representantes en las cámaras. Actualmente, los compromisarios del Colegio Electoral son 538, pues hay 435 representantes, 100 senadores y 3 delegados del Distrito de Columbia —Washington DC— (que carece de representantes en las cámaras). Cada elector o compromisario tiene un voto. El Colegio no se reúne como cuerpo. Los electores o compromisarios lo hacen en la capital de sus respectivos estados y emiten el voto del estado. Casi todos los estados, excepto Maine —con 4 electores—; y Nebraska —con 5—, conceden todos sus votos electorales al candidato que obtiene la mayoría de los sufragios.

California, en manos demócratas desde 1992, es un estado *decisivo* al disponer de 55 compromisarios; Texas, que vota republicano desde 1980,[2] aporta 38; Nueva York, 29 —desde 1988 vota demócrata—; Florida, también 29 —entre 2000 y 2004 fue republicano y en 2008 y 2012 votó demócrata— y Pensilvania, 20 —desde 1992 vota demócrata—. Se consideran estados *decisivos* en cada elección los que tienen asignado un número alto o medio de electores y, sobre todo, los llamados *swing*, que cambian de color con mayor frecuencia:

además de algunos de los citados, se incluyen Ohio, 18 —que en las últimas diez elecciones presidenciales ha modificado cuatro veces sus preferencias— y, en menor medida, Michigan, 16 (desde 1920 a 1968 basculó regularmente entre republicanos y demócratas y, posteriormente, ha permanecido más estático: entre 1976 y 1988 votó republicano y desde entonces vota demócrata), e Illinois, 20, que ha seguido desde 1976 exactamente la misma tendencia que Michigan.

La Decimosegunda Enmienda, introducida en 1804, separó la elección de presidente de la de vicepresidente. George Clinton fue el primer vicepresidente, primero con Thomas Jefferson y luego con James Madison, que no concurrió a una elección presidencial. Hasta ese momento, el candidato vencedor era proclamado presidente y el segundo en liza, vicepresidente. Clinton sustituyó al controvertido y marrullero Aaron Burr, que había empatado con Jefferson en la elección de 1800. El Congreso se decantó por Jefferson. La crisis desatada en el gabinete a propósito primero, del empate, y después de las desavenencias surgidas entre ambos, provocaron la revisión del sistema constitucional en lo que a la elección del presidente y vicepresidente se refiere.

Esta enmienda, además, regula el procedimiento de actuación del Colegio. Establece que, tras la reunión en los respectivos estados, el presidente del Senado, a la sazón vicepresidente de los Estados Unidos, abre los sobres certificados en presencia de los congresistas de ambas cámaras. Igualmente, especifica que si ninguno de los candidatos obtiene la mayoría absoluta de los votos electorales, la Cámara de Representantes elige, en su caso, entre los tres más votados. Los votos se emiten por estados. Esta fue una concesión a la rama antifederalista, partidaria de mantener los derechos de los estados frente a la tendencia centralizadora de los federalistas y del propio proceso de desarrollo constitucional, y un guiño a los estados pequeños. El presidente ha de contar con dos terceras partes de los votos emitidos en la Cámara de Representantes y con el apoyo de la mayoría de los estados. Para el cargo de vicepresidente el procedimiento es el mismo, solo que participa el Senado en lugar de la Cámara de Representantes.

Además de Jefferson, la Cámara ha tenido que elegir a otros dos presidentes: a John Quincy Adams, que no obtuvo la mayoría de los votos del Colegio; y a Rutherford Hayes, en uno de los episodios más lamentables de la historia electoral de Estados Unidos. Lo detallamos en las páginas dedicadas al periodo,

pero avancemos que la Comisión del Congreso dirimió el resultado después de unas polémicas elecciones donde se cruzaron acusaciones de fraude. En esos años, la Administración de los estados del Sur declarados en rebeldía entre 1860 y 1861 permanecía bajo control militar federal y político republicano. Una tercera variante de controversia en la interpretación de los resultados la encontramos en la elección de 2000, en la que Bush fue proclamado presidente después de que el Tribunal Supremo anulara los sucesivos recuentos en el estado de Florida. No ha sido el único presidente proclamado con menos votos populares que su adversario.

Pero volvamos al artículo II. La Constitución no contempla el adelanto de las elecciones —ni presidenciales ni de otro orden—. En caso de muerte, renuncia o destitución del presidente, el vicepresidente se hace cargo de la presidencia. Los avatares de la historia de la Casa Blanca nos han dejado sobrados ejemplos de cada una de estas tres posibilidades. Ningún presidente ha sido depuesto tras el proceso de censura o juicio político, llamado en el lenguaje político norteamericano *impeachment*. Nixon dimitió antes de que se incoara y Andrew Johnson y Bill Clinton sufrieron el proceso y salvaron el pellejo, aunque no su crédito. Johnson no pudo presentarse a la reelección y Clinton, el adalid de la Tercera Vía norteamericana, quedó estigmatizado. Por último, la Constitución reserva al presidente el título de comandante en jefe del Ejército y de la Marina de Guerra de los Estados Unidos. George Washington es el único americano que desempeñó funciones equiparables antes de ser presidente. El Congreso Continental le nombró comandante en jefe de los Ejércitos de las Colonias —o de la Armada Continental— en 1775.

Aparte de la mencionada Decimosegunda Enmienda, otras tres se refieren a las figuras de presidente y vicepresidente: la Vigésima (1933) adelanta de marzo a enero la toma de posesión del presidente entrante y regula la posible dilación en el proceso electivo. La Enmienda Vigesimosegunda (1951) limita a dos los mandatos presidenciales. Si el presidente ha accedido al cargo desde la vicepresidencia, solo podrá ser elegido una vez en caso de que su primer mandato, para el que no fue elegido, durara más de dos años. Por último, la Enmienda Vigesimoquinta (1967) cubre un vacío legal respecto de la elección del vicepresidente cuando el cargo queda vacante.

Por lo demás, el artículo III de la Constitución regula la composición y

funciones del poder judicial. El artículo IV —otro baluarte del sistema federal— obliga a los estados a reconocer las leyes de los demás estados y confiere a los ciudadanos los mismos derechos, privilegios e inmunidades; se recoge el procedimiento de incorporación de nuevos estados y el poder federal se compromete a garantizar la forma republicana de gobierno, la integridad y la seguridad de todos los estados que conforman la Unión. El artículo V regula el procedimiento de enmiendas; el VI consagra el principio de legalidad y el VII señala escuetamente que «la ratificación de las convenciones de nueve estados será suficiente para el establecimiento de esta Constitución entre los estados que la ratifiquen». Con la ratificación de New Hampshire, la Constitución entró en vigor el 21 de junio de 1788. Carolina del Norte y Rhode Island se negaron a refrendarla y a formar parte de la Unión hasta que no se incluyera la Carta de Derechos.

PRIMARIAS, CONVENCIONES Y PRESIDENCIALES

De los presidentes fundadores, solo Jefferson y Madison pueden considerarse verdaderamente arquitectos del sistema. En mayor grado Madison que Jefferson, aunque solo sea porque, como se cuenta en los cuatro primeros capítulos, las tesis de los federalistas se impusieron sobre las de los antifederalistas. Madison disertó en 1789 sobre el título que habría de aplicársele al presidente. Adams —y con él el Senado— era más formalista. Al final se desechó cualquier reminiscencia monárquica y los presidentes fueron tratados únicamente como señores. La liturgia sufrió poco después un proceso de *republicanización* con Jefferson, que eliminó gran parte del boato del que dotaron a sus mandatos Washington y Adams. Además, la Casa Blanca era una sencilla mansión presidencial.

Madison consideraba que los títulos no encerraban tanto peligro «como algunos piensan». Con buen criterio, estimó que podrían echársele encima al presidente «todos los títulos de Europa y Asia» mientras la Constitución protegiera a la República limitando las funciones ejecutivas. «No me disgustan los títulos porque me asuste el riesgo de cualquier poder que puedan conferir. Si estoy en contra de ellos es porque no resultan conciliables con la naturaleza de

nuestro gobierno ni con el genio de nuestro pueblo». Para Madison, el tratamiento de majestad, alteza, eximio o poderoso, aplicado al presidente, lejos de «agrandar» la república, rebaja su «auténtica dignidad». Los títulos solo pueden ser inventados o copiados. En ambos casos resultaría ridículo. Con la Constitución americana nació un orden nuevo, basado en la honorabilidad de una figura que no necesita distinguirse ni dotarse de autoridad por su denominación sino por la rectitud de sus principios, su vocación, su trabajo y el respeto a las leyes. Así nacía, desprovista de oropel, la presidencia de los Estados Unidos.

La cuestión radicaba, como señalábamos al principio de esta presentación, en el procedimiento para la elección del presidente. Los padres fundadores recelaban doblemente: del pueblo y de las facciones. El Colegio Electoral constituyó un filtro de contención de las pulsiones populares. Los constituyentes no se fiaban de que el pueblo pudiera elegir a las más distinguidas personalidades para ejercer la presidencia. El Colegio podía reorientar, redirigir o, llegado el caso, interpretar el designio de los votantes. Inicialmente, las asambleas de los estados elegían a los electores. Progresivamente se fue introduciendo la elección popular para designar a los compromisarios del Colegio Electoral.

De entrada, los delegados de la Convención de Filadelfia rechazaron tres ideas: el presidente no sería elegido por el Congreso para evitar convertir al ejecutivo en poder dependiente del legislativo, traicionando el principio esencial de división de poderes. En segundo lugar, tampoco las asambleas de los estados debían proponer a los candidatos, debido a que cobrarían un protagonismo que pondría en peligro el delicado equilibrio de poderes entre los estados y la Unión. En tercer lugar, también fue rechazada la elección directa. Se corría el riesgo de que los ciudadanos votaran por candidatos de sus estados y, en consecuencia, la elección se ventilara entre candidatos de los estados más poblados. Además, como se acaba de citar, los delegados mostraban cierta desconfianza hacia la «democracia»: no querían dejar en manos del pueblo una decisión tan trascendente.

El 8 de septiembre de 1787 se aprobó la fórmula del Colegio Electoral. La figura del compromisario o elector se incluyó en la Constitución, la del Colegio, tal como la conocemos, no. Con la perspectiva de casi dos siglos y medio, hoy carece de sentido, pero apenas constituye un formalismo propio de un sistema

orgulloso de sus raíces. Ningún americano conoce el nombre de los compromisarios de su estado y todos saben que votan por el presidente de los Estados Unidos. Los compromisarios cumplen fielmente con la voluntad popular y las papeletas que introducen los ciudadanos en las urnas el primer martes después del primer lunes de noviembre[3] cada cuatro años llevan impresos los nombres de los candidatos. No hay lugar, por tanto, al prejuicioso debate sobre la calidad democrática en los Estados Unidos en relación con la elección del presidente.

El mecanismo según el cual el candidato que ganara en un estado sumaba a todos los compromisarios de ese estado se introdujo para simplificar el proceso de elección y evitar que cada estado aportara varios nombres, lo que ocurría en los estados más grandes, donde los miembros del Colegio se repartían por distritos. Posteriormente, los estados pequeños copiaron la práctica del *ganador se lo lleva todo*. Como sabemos, el sistema permite que un candidato que pierda en número de votos populares conquiste la presidencia en detrimento de otro que sume más. Hamilton aseguró que el sistema no era perfecto, pero era excelente. Los electores del Colegio son «hombres más capaces de analizar las cualidades» que se deben poseer para ejercer la presidencia. La primera afirmación mantiene su vigencia, la segunda es un anacronismo.

Una vez resuelto el dilema del procedimiento para elegir presidente, nada se pudo hacer para que no brotaran las divisiones partidistas. Primero fue la que enfrentó a federalistas y antifederalistas desde el mismo momento de creación de la Unión. Tras los dos mandatos de Washington, la tercera elección, que enfrentó a Adams y Jefferson, ya fue una confrontación entre programas diferentes. En 1824 Andrew Jackson consolidó el Partido Demócrata, después de que se descompusiera el Partido Demócrata Republicano. Como ya se ha señalado, fue el comienzo de una nueva era. Un nuevo salto cualitativo en el camino de la democratización.

En 1931, el pequeño Partido Antimasónico celebró una convención nacional para elegir a su candidato presidencial. No fue más que una reunión informal en una cervecería de Baltimore para pergeñar un programa, pero sentaron precedente. Al año siguiente, los miembros del Partido Demócrata se citaron en la misma taberna para escoger sus candidatos. Desde entonces, los dos grandes partidos incorporaron, con mayor o menor entusiasmo, el procedimiento. Así

nacieron las convenciones, reuniones de delegados de los partidos en las que se nomina al candidato presidencial, que a su vez, suscribe un programa de gobierno. Los delegados son representantes de los distintos estados.

Desde principios del siglo xx los partidos elegían, en algunos estados, a sus delegados mediante primarias. Las primarias para la presidencia son elecciones entre candidatos del mismo partido que compiten por la nominación presidencial. El candidato que suma mayor número de delgados en la convención obtiene la nominación. Además de los delegados, a las convenciones acuden superdelegados, que son delegados de pleno derecho en función del cargo que desempeñen en el partido o en una alta institución del Estado, su prestigio y trayectoria. Los superdelegados acuden a la convención sin pasar por el tamiz de las primarias. Durante un tiempo, el proceso de primarias chocó contra la voluntad de los jefes de los partidos, que perdían el control sobre los candidatos. En 1936, solo doce estados celebraban primarias. Tras la Segunda Guerra Mundial, la tercera ola democratizadora revitalizó el proceso de primarias. Hoy, las primarias, que se desarrollan durante todo el año electoral, son un fenómeno político y mediático de primera magnitud. Miden la consistencia de los candidatos, ponen a prueba su grado de aceptación entre los electores de su propio partido y constituyen un sofisticado ejercicio de estrategia y resistencia política: los candidatos miden sus fuerzas y gestionan sus recursos en función de sus posibilidades en cada estado. En el proceso de primarias destaca el *supermartes*, fecha en la que coinciden primarias en varios estados y decantan considerablemente la carrera por la nominación.

Junto con las primarias y en algunos casos en su sustitución, algunos estados celebran *caucus*. Son reuniones de militantes, simpatizantes e inscritos en cada uno de los partidos que deliberan y eligen en locales públicos a sus delegados mediante un procedimiento asambleario. Tienen un carácter local, más informal y menos reglado que las primarias; a cambio, gozan de mayor tradición —pues se remontan a los orígenes de la revolución— y permite a los ciudadanos participar de la discusión sobre propuestas.

Finalizado el proceso de primarias, los partidos celebran sus respectivas convenciones en el verano del año electoral. La convención es la gran fiesta de puesta de largo de la candidatura y el comienzo de la campaña. El candidato a la presidencia concurre junto con el candidato designado para la vicepresidencia.

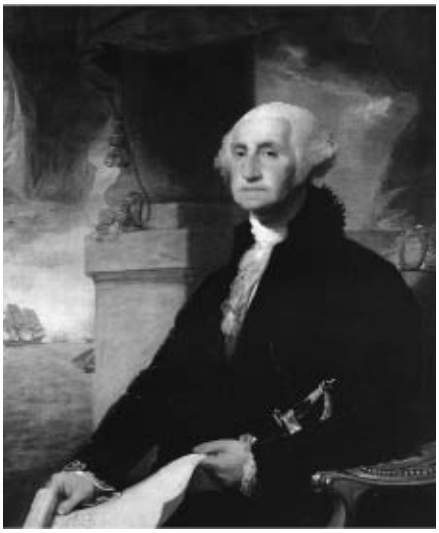
Ambos integran el llamado *ticket* electoral. Durante los siguientes dos meses, los candidatos recorren el país de este a oeste y de norte a sur y se encuentran cara a cara en tres debates televisados. La carrera por la presidencia dura un año entero. Ciertamente, después de todos los obstáculos que ha de sortear, el candidato que se alza con la victoria en las elecciones es un hombre común con cualidades y recursos excepcionales.

[1] Este libro dio sus primeros pasos entre la primavera y el verano de 2012, en el departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Stanford, donde disfruté de una beca de investigación concedida en 2011 por la Fundación Caja Madrid, hoy Montemadrid. El próposito inicial era analizar, con la imprescindible ayuda del profesor Jack Rakove, el proceso de construcción de la nación (revolución, independencia y Constitución) a partir de las ideas y la obra de los presidentes que fueron padres fundadores. De regreso a Madrid, la Esfera de los Libros —con una fe ciega— me propuso convertir el trabajo en una historia *global* de los presidentes americanos y sus presidencias. Este ha sido el resultado.

[2] Es un claro ejemplo que muestra el cambio de tendencia iniciado en los setenta y que explicamos en los capítulos correspondientes. Desde su incorporación a la Unión, siempre —excepto en 1928— votó demócrata hasta 1952. En 1960 volvió a votar demócrata hasta 1972, año de la segunda victoria de Richard Nixon. Luego se decantó por Carter y, desde Reagan, vota republicano.

[3] Un martes para que a los ciudadanos les diera tiempo de llegar a la votación tras su día de descanso semanal y oficio religioso. El primer martes después del primer lunes para que nunca coincidiera con el Día de Todos los Santos y porque los comerciantes ponían en orden sus cuentas el primer día de cada mes. Las elecciones se celebran en noviembre, terminada la recogida de la cosecha y antes de la llegada de los fríos.

1. GEORGE WASHINGTON: EL HOMBRE MÁS ALTO DE LA HABITACIÓN



22 de febrero de 1732, Westmoreland Country, Virginia - 14 de diciembre de 1799, Mount Vernon, Virginia.
Presidencia: 1789-1797.
Partido: considerado, por los principios que defendió, federalista; pero en su tiempo no había partidos y él los repudiaba.
Matrimonio: Martha Custis. Ella tenía dos hijos de su anterior matrimonio. No tuvieron ninguno juntos.
Formación: sin formación académica específica.
Profesión: agrimensor, granjero, comerciante, militar.

CON EL REY Y CONTRA EL REY

El coronel George Washington sirvió al rey Jorge II de Inglaterra y al ejército británico. Por sus hazañas en la Guerra de los Siete Años contra los franceses fue agasajado en su tierra, Virginia, pero nunca obtuvo, muy a su pesar, el reconocimiento formal de Londres ni consiguió entrar en la armada británica. De todos modos, no guardó rencor a Inglaterra. Tampoco podía imaginar que pocos años más tarde el Congreso Continental de las trece colonias de Norteamérica le iba a nombrar comandante en jefe de los improvisados e indisciplinados ejércitos de esa hilera de territorios cosidos a la Costa Este del norte de América para luchar contra Jorge III. Este abrupto cambio de circunstancias explica bien por qué los padres fundadores de Estados Unidos no eran revolucionarios. A todos les corría sangre británica por las venas. Eran descendientes de segunda o tercera generación de británicos. Eran leales a la corona. Hasta que dejaron de serlo. O mejor dicho, hasta que consideraron que la madre patria traicionó su lealtad.

Como comandante en jefe de la Armada Continental, Washington no solo tenía una ingente tarea por delante. Se le había encomendado un milagro: derrotar al más poderoso ejército del mundo. Aparte de experiencia y autoridad, apenas contaba con una ventaja: conocía por dentro al enemigo. Nada más. Debía poner en orden y entrenar en poco tiempo a hordas de voluntarios, milicias y mercenarios[1] de distintas colonias que todavía no habían adquirido conciencia de nación, aunque estaban lo suficientemente irritados con la metrópoli como para empuñar las armas reclamando la libertad y la independencia de sus territorios. Había casacas rojas por todas partes y funcionarios reales que inspeccionaban almacenes, tiendas, depósitos y todo tipo de locales en las ciudades... Los colonos habían pasado repentinamente de ser

objeto de un saludable descuido por parte de Inglaterra a una burda ocupación, a sentirse asfixiados por el control inglés.

La guerra se prolongó durante algo más de ocho años (1775-1783). Y dio pie a una aparente segunda paradoja que no es tal, sino el primer ejercicio de *realpolitik* al otro lado del Atlántico: con toda seguridad, las colonias americanas no habrían salido victoriosas sin el apoyo de Francia, al que se sumó, avanzada la contienda, España. El primer enemigo de George Washington se había convertido en su principal aliado y sostén económico de sus ejércitos. Posteriormente, una de sus tareas como presidente, a la que hubo de dedicarse a conciencia, fue evitar la bancarrota de la nación negociando inyecciones financieras provenientes de París. Él, que había disparado contra los franceses e iniciado el conflicto armado en 1754, que había colaborado para que Francia perdiera sus territorios en el norte de América y comenzara su declive imperial, buscaba el aliento y el amparo de un país que también se encontraba al borde del abismo, en las vísperas de su propia revolución, a la que se vio abocado en parte por los extraordinarios dispendios y deudas contraídas por intervenir al otro lado del Atlántico.

Todo ocurrió muy deprisa. Demasiado deprisa. Sobre todo para un hombre corpulento —medía casi 1,88—[2] y tranquilo; un gigantón de pies y manos enormes; prudente, sobrio y a veces temperamental; podía dominar sus pulsiones, pero no disimular: no era especialmente simpático aunque mostraba un jugoso sentido del humor, tenía una voluntad de acero y una tenacidad a prueba de cherokees. Su flema le vino bien para el ejército y la política. Dos veces, por motivos distintos, tuvo que abandonar la apacible vida de su retiro en Mount Vernon, para acabar erigiéndose en una de las figuras trascendentales de los últimos tres siglos.

SU TRIÁNGULO DE INFLUENCIA

Sus antepasados, los hermanos John y Andrew Washington, llegaron en la segunda mitad del siglo XVII a Virginia, concretamente al condado de Westmoreland. Su padre fue Augustine Washington, *Gus* para los amigos, nieto de John, un clérigo de Essex del que decían las malas lenguas que era aficionado

a la bebida. Por el contrario, una versión más amable asegura que llegó a Virginia en 1656 a por un cargamento de tabaco; y al segundo viaje se quedó. Por su parte, el polifacético Isaac Asimov sostiene que John era próximo a Carlos I, rey al que Cromwell cortó la cabeza en 1649. Por eso tuvo que huir de Inglaterra durante el protectorado —que derivó en tiranía— del propio Cromwell, en 1657.

Gus era un tipo corpulento, de pelo color pajizo, propietario de 10.000 acres de tierra cerca del río Potomac, en las proximidades del lugar donde media centuria más tarde se fundó la capital de Estados Unidos en honor de su primer presidente. Tuvo dos hijos, ninguno de ellos era George. Un día de mayo de 1730, al regresar de un largo viaje de negocios, supo que su esposa había fallecido. Muy poco tiempo después, el 6 de marzo de 1731, volvió a casarse. Su segunda mujer era quince años más joven que él. Se llamaba Mary Ball, una desdichada muchacha que había perdido a su padre con tres años y a su madre con doce. Vivió al cuidado de George Eskridge, un abogado local que la trató bien. No le faltaba nada, aunque ella siempre se sintió preterida respecto de sus hermanastros. Fue especialmente difícil la relación con su madrastra. Quizás producto de esas inseguridades y carencias afectivas adolescentes, Mary Ball ejerció luego durante toda su vida una poderosa influencia sobre el futuro presidente de los Estados Unidos.

Ni siquiera su esposa, Martha Dandridge Custis, pudo sustituir a su madre, quien, mientras su hijo se encontraba en pleno combate contra los franceses, en 1755, le escribió para que no se olvidase de traer mantequilla para reponer la despensa y agenciarse un nuevo empleado para la granja. Mucho más tarde, antes de acudir a la Convención de Filadelfia que aprobó la Constitución americana, ella le pidió que le enviara 15 guineas, una cantidad modesta, ciertamente. Cuenta el ácido Gore Vidal que él se quejó por carta de que lo estaba esquilmando. Martha era un año mayor que George, viuda y con dos hijos, y heredera de un rico plantador de Virginia que residía en una finca conocida como la Casa Blanca.

Gus y Mary tuvieron seis hijos. Al mayor le llamaron George, en recuerdo de aquel abogado que hizo las veces de padre para Mary. Para uno de sus principales biógrafos, John R. Alden, no es descabellado pensar que «sus padres hubieran pensado en el rey Jorge II». George nació una fría mañana de febrero

de 1732. Aunque fue el día 22, siempre celebró su cumpleaños el 11, de acuerdo a las fechas que establecía el viejo calendario juliano. Las colonias americanas no adoptaron el nuevo calendario gregoriano hasta 1752. George guardaba un vago recuerdo de su padre. De las 17.000 cartas que se conservan del presidente, en solo dos menciona a Augustine Washington. Siempre estaba de viaje y además murió muy pronto, en 1743. George tenía apenas once años. Esto contribuyó a reforzar el vínculo de dependencia recíproca con su madre, que se vio obligada sacar a su familia adelante. No lo habría podido hacer sin la ayuda de Lawrence, unos de los dos hermanastros de George, catorce años mayor que él. Fue un bastión para los Washington y un punto de referencia para el pequeño George. Mary también contó con el apoyo de lord Fairfax, un distinguido caballero británico que se instaló en Virginia en 1742, muy cerca de la residencia de los Washington. Hizo de mentor del chico, le proporcionó sus primeros empleos y contribuyó decisivamente a impulsar su trayectoria política.

De los tres amoríos anteriores a su matrimonio, efímeros y banales, con la jovencísima Betsy, de apenas quince años, con la hacendada Mary y con la atractiva Sally, este último tiene una particularidad: ella era la novia de George William Fairfax, amigo íntimo del futuro presidente e hijo de su mentor. Ella tenía solo dieciocho años cuando se conocieron. La cosa no pasó a mayores, aunque Washington parecía realmente enamorado, posiblemente por tratarse de un amor imposible. Las consecuencias de consumarlo hubieran condicionado su devenir profesional. Lord Fairfax promocionó a Washington para ocupar un asiento en la Cámara de Burgueses de Virginia cuando por fin se prometió con Martha. Los Fairfax le introdujeron en los círculos políticamente activos de su condado y los limítrofes. De ellos aprendió sus exquisitos modales. Al final, la relación con Sally se limitó a un flirteo que fue censurable por ser duradero y en absoluto clandestino. George William hizo la vista gorda, no se enteró de nada o sencillamente confió ciegamente en su esposa, que se limitaba a dejarse cortejar por el impetuoso grandullón manteniendo en todo momento las distancias. Cuando estalló la revolución, los Fairfax, tercer pilar en la vida de George Washington, volvieron a Inglaterra. Se mantuvieron leales a la corona británica. [3]

Como decíamos, Lawrence, su hermano mayor, fue decisivo en la formación del joven. Seguramente, la persona más importante de su triángulo de influencia.

Se había instruido en Inglaterra y quiso introducirlo en la carrera militar. Pensó que la armada británica era un buen destino y lo alistó. Entre los dos debían sortear un obstáculo que parecía insalvable: la oposición de Mary. George no solo admiraba a su hermano, tenía catorce años y simplemente quería hacer lo mismo que otros chicos de su edad. Estaba entusiasmado con la idea, pero finalmente desistió. Los deseos de su madre pesaron más que los suyos. Ella nunca quiso que su hijo se alejara de su lado. Por eso no lo educó en Inglaterra. Volvió a la escuela pero no perdió de vista al ejército. Como repetiremos en más de una ocasión, George Washington es el padre fundador con menos formación de los que alcanzaron la presidencia. Fue habilidoso para las matemáticas, pero no gozó de preparación universitaria ni tuvo conocimientos en leyes, artes, francés, ciencias o diplomacia. Aunque parece ser que leyó *El Quijote*. Su sucesor en el cargo, John Adams, no fue tampoco un dechado de distinción, pero era experto y reputado abogado. En todo caso, ambos se encontraban a gran distancia del refinado y atildado Thomas Jefferson.

Dos años después de la decepción que le supuso renunciar a enrolarse en la armada británica, Lawrence y él se mudaron al norte, a Mount Vernon —finca construida por Lawrence—,[4] también en Virginia, donde el mayor servía como capitán del Regimiento Americano. Su madre se quedó en Ferry Farm, una granja que la familia poseía en Fredericksburg, donde muchos años más tarde, durante la Guerra de Secesión, tuvo lugar la batalla del mismo nombre. Allí, en 1862, las fuerzas de la Unión se presentaron con el doble de efectivos que el general Robert E. Lee,[5] al mando de las tropas de la Confederación. Pero perdieron. George heredó el terreno y un puñado de esclavos a los veintiún años. Sin embargo nunca sería su residencia. Ya había emprendido otro camino muy diferente.

En 1748, su mentor, lord Fairfax, le encargó una compleja empresa: establecer los límites de unas posesiones al norte para facilitar su colonización librándola de nativos. La tarea —además de su maña para las matemáticas y las propiedades heredadas— lo convirtió en agrimensor, y tres años más tarde, a los diecinueve, juró como comandante en una división británica establecida en el sur de Virginia (pronto fue trasladado al norte). Y eso que no hay pruebas de que recibiese formación militar de ningún tipo. Algún biógrafo resalta su espíritu aventurero. Otros subrayan lo bien pagado que estaba el cargo. El joven George

cumplía su sueño, pero no le dio demasiado tiempo de disfrutarlo junto a su hermano. Lawrence murió de tuberculosis en julio de 1752. George heredó —o compró a la viuda, según la fuente que se consulte— Mount Vernon. Poco más de un año después, el 30 de octubre de 1753, partió para su primera gran misión. Tenía un carácter estratégico y de negociación. El gobernador de Virginia, Robert Dinwiddie, le encargó supervisar las fronteras coloniales en el valle de Ohio y comprobar que los franceses cumplían los tratados y los nativos no amenazaban las propiedades. Debían advertir a los franceses que se encontraban en territorio inglés. La Compañía de Ohio patrocinaba la misión. Entonces, eran grandes compañías exportadoras las que se ocupaban de permitir los establecimientos coloniales. Estas empresas traían a los colonos a América. La expedición regresó el 16 de enero de 1754. La vuelta fue toda una odisea.

Tras atender el informe de Washington[6] —basado en confidencias de desertores franceses y algún indio— y leer la misiva del comandante francés, Dinwiddie quiso recaudar fondos para una futura intervención. Al parecer, los franceses pensaban avanzar hacia el sur. La Cámara de Burgueses de Virginia se lo denegó. No tenía claro que la corona tuviera derechos territoriales sobre esos límites. Al final aprobó una partida de 10.000 libras, pero condicionada a que los soldados únicamente defendieran las fronteras y el territorio de la colonia. La anécdota muestra que los intereses de los colonos podían diferir de los del rey de Inglaterra y, por supuesto, de los de las compañías que operaban en suelo americano. Los británicos estaban a punto de entrar en guerra con los franceses. Las empresas habían descubierto un filón de materias primas en este vasto territorio salvaje. Los colonos querían comerciar con unos y con otros, pero sobre todo no estaban dispuestos a entrar en disputas fronterizas con colonias amigas.

Sea como fuere, Washington formó parte del destacamento británico de 150 hombres, ya como teniente coronel. Tenía que construir un fuerte en Ohio Forks (cerca de Pittsburgh; fundada años más tarde, en sus primeros años fue una ciudad maloliente y sucia). Cuando llegó se encontró que los franceses habían levantado la fortaleza Duquesne. Sus tropas se establecieron en Great Meadows, donde sus hombres construyeron el fuerte Necessity (llamado así, *necesidad*, porque lo levantaron mientras solicitaban dinero y provisiones al gobernador). Tan cerca estaba situado un puesto del otro que no tardaron en encontrar un

destacamento francés merodeando por los alrededores.

Seguramente sea exagerado decir que George Washington empezó la guerra, [7] pero lo cierto es que ordenó disparar. Algunas fuentes dicen que el destacamento del teniente De Jumonville se acercaba en una misión diplomática. Casi todas coinciden en asegurar que iba desarmado. Cuando Washington ordenó el alto el fuego era demasiado tarde. Varios soldados franceses habían muerto, también su teniente. El *affaire Jumonville* desencadenó la contienda. Los franceses contraatacaron y Washington, derrotado, retornó a casa en marzo de 1754. Había perdido en un solo día un tercio de su ejército. En otoño, Jorge II envió contra el fuerte Duquesne al general Braddock. Washington se unió a las tropas del general en calidad de voluntario porque Braddock no podía nombrar oficiales por encima del grado de capitán. Sus escasas tropas fueron aniquiladas en julio de 1755. El propio general también murió y los indios iroqueses —que habían ayudado a Washington unos meses antes— se pasaron al enemigo. El futuro presidente escribió a su madre, su hermano y al gobernador. Sostenía que gran parte de la culpa la tuvieron los soldados ingleses. Su heroicidad quedó fuera de toda duda. Asistimos a los albores de la construcción de su liderazgo. Un año después se declaró formalmente el conflicto al extenderse e implicar a varias potencias europeas. La Guerra Franco-India se transformó en la Guerra de los Siete Años. Los británicos también la llamaron la Gran Guerra por el Imperio.

AL SERVICIO DE SU MAJESTAD EN LAS GUERRAS QUE CAMBIARON EL MUNDO

En el verano de 1754, coincidiendo con la primera derrota británica contra Francia, se celebró el Congreso de Albany, que reunía a delegados de siete colonias (Maryland, Pensilvania, Nueva York, Connecticut, Rhode Island, Massachusetts y New Hampshire).[8] Los delegados sellaron la renovación del acuerdo de amistad con el rey Jorge II pero, como señala el historiador Philip Jenkins, las humillantes derrotas posteriores le hicieron ver a Franklin que «el poder británico era frágil». De la localidad neoyorkina salió el primer acuerdo de cooperación intercolonial. Se prometieron auxilio y ayuda mutua. Solo el

delegado de Connecticut votó en contra del proyecto, redactado por el propio Benjamin Franklin y Thomas Hutchinson. La propuesta, denominada el Plan de Unión de Albany, incluía la creación de un Gran Consejo, que reuniría a cuarenta y ocho representantes de once colonias (faltaban las situadas en los extremos geográficos, Georgia y Maine, que se había escindido de Massachusetts en 1752). La corona nombraría al presidente de ese Consejo. Franklin dijo algunos años después que no se aprobó porque los colonos entendieron que concedía demasiadas prerrogativas al rey y los ingleses estimaban que era demasiado democrático. Era, en cierto modo, un primer ensayo de confederación dependiente de la corona británica, pues la Unión tendría competencias en materia de construcción de fuertes, reclutamiento de tropas, equipación de flotas y recaudación de impuestos. Pero sobre todo, puso de manifiesto que las colonias no tenían en ese momento ninguna intención de unirse entre sí ni de separarse de Inglaterra. Ni una sola asamblea colonial lo ratificó.

Total, que la guerra contra los franceses en las colonias no unificó al ejército británico, compuesto, por un lado, de tropas reales, muy bien preparadas pero desconocedoras del terreno; y, por otro, de fuerzas y milicias coloniales, peor abastecidas pero mejor situadas en su suelo. La polémica no era nueva. Cuando Braddock atacó posiciones francesas, Washington ofreció a sus hombres para inspeccionar los dominios. El laureado general rehusó el ofrecimiento, igual que en las vísperas de la operación le había dicho a Franklin que «esos salvajes serán ciertamente un formidable enemigo para vuestra bisoña milicia americana; pero tratándose de las disciplinadas y aguerridas tropas reales, no es posible que inspiren temor alguno».

Durante 1754 y 1755, antes de que en otoño de 1756 comenzase la Guerra de los Siete Años, las colonias americanas fueron el centro de los primeros enfrentamientos entre tropas británicas y francesas. De tal modo que la Guerra de los Siete Años fue una guerra entre naciones europeas que se libró en tres continentes. Austria —con Francia como nueva aliada, además de Rusia y Suecia— contra Prusia, que tenía al Reino Unido como aliado. No podía ser menos: hacía poco que en el trono británico se había sentado un Hannover. Por otra parte, la reciente alianza entre Francia y Austria, que quería vengar la pérdida de Silesia en la guerra anterior, favoreció pocos años después el matrimonio entre Luis XVI y María Antonieta, determinante en el curso de la

Revolución Francesa. El mundo contemporáneo comenzó a pergeñarse en esta década. España entró en la guerra del lado de Austria y Francia en 1761, tras la firma del tercer Pacto de Familia, sellado por Carlos III y Luis XV.

Si la Guerra de los Siete Años tejió un nuevo mapa de alianzas en Europa, en América abrió una nueva era de relaciones entre las colonias y la metrópoli. Allí, los colonos, a los que les quedaban muy lejos los tejemanejes entre potencias europeas y familias reales, la llamaron *guerra franco-india*. Las consecuencias de la Guerra de los Siete Años precipitaron la Guerra de Independencia de las colonias americanas. Ciertamente, Norteamérica fue el centro neurálgico de la Guerra de los Siete Años, sobre todo en cuanto a la rivalidad francesa y británica se refiere. Ambas potencias lucharon por sus posesiones atlánticas, no por sus alianzas continentales. «El equilibro del comercio de las naciones de América es como el equilibro de poder en Europa. Debemos agregar que esos dos equilibrios son en realidad uno solo», escribía un diplomático francés en 1757. Y el ministro de Asuntos Extranjeros, el duque de Choiseul, declaró que «el verdadero equilibro de poder está realmente en el comercio y en Norteamérica». De tal modo que «debilitar a Gran Bretaña en Norteamérica conllevará un considerable desplazamiento del equilibrio de poder».

Entre 1755 y 1757 Inglaterra perdió posesiones en todas las partes del globo: en Niágara y en el lago Ontario en Norteamérica; Menorca en España —los ingleses la recobraron al finalizar la guerra—, y Calcuta en la India. Los ingleses se recuperaron a partir de 1758: tomaron Louisbourg, Ticonderoga y Niágara (en el futuro estado de Nueva York); Fort Necessity, en Pensilvania; y Duquesne en Pittsburgh. La victoria en Quebec, en septiembre de 1759, dejó encarrilada la guerra para los británicos. Tras el Tratado de París, en 1763, los franceses perdieron Canadá y la mayor parte de sus colonias en América —también en Asia y África—. Cedió Luisiana y Nueva Orleans a España, que, a su vez, entregó a la potencia vencedora Florida y la navegación por el Misisipi, aunque recuperó Manila y La Habana. Hubo un factor determinante en el cambio de rumbo de la guerra: William Pitt, o *Pitt el Viejo*, se hizo con las riendas del gobierno inglés y decidió el curso de los acontecimientos. Ayudó también la imposible empresa diseñada por Francia: pretendía la invasión de Inglaterra.

Como señala el profesor Thomas Bender, para quien la historia de Estados Unidos no puede explicarse por sí sola en ninguna de sus fases sin atender a los

sucesos acaecidos en Europa, la Guerra de los Siete Años duró doce en Norteamérica. Empezó en Pontiac, en 1754, y se prolongó tres años más allá del Tratado de París: hubo campañas militares en Nueva Escocia (Acadia); el corredor entre el río Hudson, el lago Champlain y el valle Mohawk; los Grandes Lagos superiores y el sudeste (guerra cherokee). Fue la primera experiencia militar para los colonos; cierto que al servicio de la corona británica, pero generó una incipiente conciencia nacional. Luchaban por Inglaterra, pero también por sus tierras, sus familias, sus antepasados —primeros pobladores— y un modelo de vida americano. Con todo, a Washington le costó mucho, apenas una década más tarde de haber prestado sus servicios al rey Jorge, dar el paso de liderar otras tropas para declararle la guerra. Fue una paradoja simpar: la victoria de Gran Bretaña en la Guerra de los Siete Años supuso el comienzo del fin de la presencia británica en Norteamérica.

VIRGINIA, EL CORAZÓN DE LA REVOLUCIÓN

Virginia, llamada así en honor a la Reina Virgen, fue la cuna y corazón de la Revolución americana. Constituyó el primer asentamiento blanco en América del Norte (1607) y la primera colonia real (1624). Los virginianos fueron los arquitectos de la independencia y la Confederación y aprobaron un plan alternativo a la posterior Constitución de 1787. En Jamestown, centro neurálgico de la bahía de Chesapeake, se ubica uno de los primeros enclaves coloniales, que data de 1607.[9] Todo el mundo suele referirse al desembarco en Nueva Inglaterra del *Mayflower*, en 1620, para fechar el origen de la nación. Pero por el sur, Virginia fue el comienzo del tiempo en Norteamérica. Sobre ella, el matemático Thomas Harriot escribió *Un breve y verdadero informe de la nueva tierra de Virginia* en 1588. En 1606 se creó la Compañía de Londres, transformada en compañía de Virginia en 1609, para promocionar el comercio colonial. La compañía pagaba el pasaje de los aventureros que quisieran asentarse al otro lado del Atlántico y ofrecía acciones a quienes adquirieran su billete. Mediante contrato se comprometían a trabajar para la empresa durante siete años, luego quedaban en libertad.

A aquellas tierras, concretamente a Jamestown, también llegaron africanos.

Entre ellos, los más conocidos son Anthony y Mary Johnson. Parece que un tal *Antonio el negro* fue vendido en 1621 a la familia Benett. Con ella trabajó doce años y mostró considerables destrezas. Al poco, llegó Mary. La pareja compró su libertad y adquirió tierras. Se casaron, tuvieron hijos y a su vez fueron propietarios de esclavos. No obstante, esta historia es excepcional, pues aunque había algunas comunidades negras libres en la bahía de Chesapeake,[10] a partir del último tercio del siglo XVII el margen de maniobra para las mujeres negras se fue estrechando y las diferencias raciales condicionaron las diferencias sociales. Los hijos de esclavos serían esclavos. Y el concepto legal de esclavitud, hasta entonces difuso, se perfiló con nitidez, circunscribiéndose a la raza: negro sería a partir de entonces sinónimo de esclavo. Como subraya Thomas Bender, algunas regiones, entre ellas Chesapeake, pasaron de ser una sociedad con esclavos a una sociedad esclavista. En 1662, la ley estableció que los niños recibirían el estatus legal de la madre; posteriormente se decretó la esclavitud perpetua. Al mismo tiempo, en 1667, se aprobó que el bautismo no cambiaría la concepción legal del esclavo. En 1670 los negros ya no podían adquirir sirvientes blancos. La esclavitud se convirtió en la base del desarrollo económico de muchas regiones de América. Lo cual explicará, muchos años más tarde, la Guerra de Secesión. En Richmond fijarían los estados confederados su capital.

Por otro lado, las iniciales perspectivas y buenas intenciones de convivencia con los nativos pasaron pronto a mejor vida. En el fondo, se trataba de crear una Inglaterra en América, y para ello los colonos adoptaron el molde inglés. Por su parte, la Compañía de Virginia se especializó en comerciar con tabaco y esclavos y ya no en sacar pobres de Inglaterra. El tabaco se convirtió enseguida en moneda de cambio. Medio siglo después los colonos desobedecieron las órdenes reales sobre la planta. Pero estamos en 1619, cuando la compañía trajo a Virginia noventa jóvenes hermosas y de buenos modales para desposarlas con colonos. Sus pasajes fueron pagados con tabaco. Había que cultivar la planta y, para ello, a un comerciante holandés se le ocurrió ese mismo año proveer de mano de obra barata y africana que trabajara la tierra.

La historiadora Susan-Mary Grant sostiene que la continua llegada de mujeres no consiguió dotar de estabilidad a la colonia. «Jamestown seguía siendo un pueblo fronterizo, aficionado al alcohol, no especialmente trabajador, amenazado por ataques exteriores y minado por expectativas poco realistas». En

1624 la compañía quebró y Virginia pasó a ser una colonia real. El rey le otorgó el monopolio de la importación inglesa de tabaco, de modo que lo que antes gestionaba la compañía ahora lo hacía la colonia sin intermediarios. Los años sucesivos se caracterizaron por el enfrentamiento entre blancos y nativos. El gobernador William Berkeley trató de aumentar los impuestos para formar una milicia que luchara contra los indios. La medida, por impopular, fue desigualmente aplicada. Corría el año 1673. Dos años después, ante la negligencia del ejército británico, indios y colonos entraron en una guerra sin cuartel. Subió el precio de las propiedades y cayó el del tabaco. Los colonos recién llegados se sentían estafados. Todo esto dio pie a la rebelión de Bacon —Nathaniel Bacon era un acaudalado y recién llegado a Virginia sin demasiados motivos para rebelarse—, acaso la primera contra la autoridad británica. Además, abrió la veda de la colonización hacia el oeste.

Estos últimos párrafos nos han servido para contextualizar la llegada de los antepasados de *nuestro* presidente, al que habíamos dejado en el verano de 1755, fatigado y enfermo tras la campaña junto al general Braddock. También, desencantado y sin ánimo: «Me enviaron a hacer un viaje durante el invierno, y creo que pocas personas lo hubieran emprendido. ¿Y qué obtuve a cambio? ¡Simplemente que me pagasen los gastos!». Se refiere a la campaña anterior; pero también se quejaba de que le enviaron a Ohio como si le mandasen al matadero; y de que en la última campaña perdió caballos y pertenencias. No obstante, en su fuero interno, sostiene John R. Alden, estaba deseoso de volver a empuñar las armas. Sus quejas le valieron mil hombres y 300 libras. Una muy buena suma. Por fin, de nuevo como coronel,[11] estaría al mando de algo más que un puñado de aventureros y su hacienda no se resentiría. Aunque no le gustó que el gobernador ya hubiese designado a los capitanes antes de que él aceptara y supervisara dichos nombramientos. Finalmente, Dinwiddie revocó su orden. Washington era el hombre de la Cámara de Burgueses de Virginia, a la que pertenecían su hermano y Fairfax. Sin embargo, cada vez estaba más alejado del gobernador inglés en la colonia. No es anecdótico. En plena guerra contra los franceses, Washington parecía estar más al servicio de la asamblea colonial que de la corona. Por el momento, los intereses de ambas instituciones coincidían —defender la frontera de incursiones enemigas—, pero solo por el momento...

Washington trató de medrar y pasó un sinfín de penalidades en la frontera,

sobre todo enfrentándose a indios de diversas tribus. Regresó a su casa en 1757 para el entierro de su amigo y protector lord Fairfax. Además, su enfermedad, la disentería, se le había agudizado. Pronto se sobrepuso y entró victorioso en Fort Duquesne. Ya podía descansar tranquilo. No pretendía moverse de Mount Vernon. Pero otra vez cambiaron las tornas y pudo más su determinación por hacer carrera militar que sus dolores, sus caries y su cansancio. Inglaterra parecía recomponerse y decidió participar de la suerte de su país. Bien es verdad que buscaba ansiosamente reconocimiento, aunque ya había desistido de enfundarse algún día la casaca roja. Se puso a las órdenes de John Forbes, con quien chocó en el planteamiento de la estrategia militar. Cuando el desánimo cundía entre todas las tropas británicas, la guarnición de Washington se hizo con tres prisioneros y suculenta información sobre los enemigos. Los ingleses recuperaron posiciones. Washington volvió a su hogar aclamado por la Cámara de Virginia. Ahora sí había llegado el momento de dimitir de sus cargos de coronel y comandante en jefe de las fuerzas de Virginia.

Sus biógrafos coinciden: no fue un gran estratega; fue contumaz en el error en algunas de sus operaciones; no era brillante en sus planteamientos... Pero era capaz de dos cosas: mantener la disciplina de las tropas y mostrar un valor y arrojo inigualables. Quedaban cuatro años para que acabara la guerra contra los franceses. Él ya no tenía la menor tentación de acudir al frente. No había cumplido aún los treinta, era un hombre fortachón y robusto y, sin embargo, enfermo; inquieto y algo vanidoso.

DE LA REBELIÓN A LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Era el momento de la política. Se presentó a las elecciones para la Cámara de Burgueses de su colonia por el condado de Frederick en 1758. En su primer intento, en 1755, había sido derrotado. Ahora ya podía codearse con lo más granado de la sociedad virginiana. A ello contribuyó su matrimonio con Martha Custis, que lo convirtió en un patricio. Montaba a caballo, ojeaba periódicos, jugaba al billar y a las cartas, acudía al teatro y a bailes —de hecho, era un consumado bailarín— y mostraba su sentido del humor. La vida transcurría con placidez. La lectura no se encontraba entre sus aficiones. Prefería cualquier otra

ocupación. Sus libros eran manuales de caza, militares o agrícolas. Siempre prefirió la práctica a la teoría. Compró tierras y especuló con ellas. Se benefició de la Proclamación Real de 1763, que, tras la Guerra de los Siete Años, recompensó con propiedades a quienes sirvieron a la corona. Cuidó de sus hijastros y se preocupó mucho de la instrucción del chico, Jack, un esnob indolente, según le retratan algunas crónicas. La desgracia arrolló a la familia con la muerte, en 1773, de la pequeña Patsy. En ese momento, apenas dos años antes de comenzar la Guerra de Independencia, su reputación era sólida en las tres esferas del poder: la militar, la económica y la política.

Su llegada a la Asamblea de Virginia coincidió casi con el comienzo de las hostilidades con el Reino Unido. La Guerra de los Siete Años finalizó en 1763 y a partir de ese momento el Parlamento británico comenzó a exprimir con impuestos a los colonos. Un antecedente ya había puesto en guardia a los ciudadanos de Virginia: en 1755 la Cámara de Representantes decidió por mayoría eliminar el pago de tasas en tabaco. La ley fue recurrida ante la corona y Jorge II, en 1759, anuló la decisión de la Cámara. El 1 de diciembre de 1763 —ya con Jorge III en el trono—, Patrick Henry, uno de los primeros oradores y de los más destacados de la Revolución, abogado, hijo de emigrantes escoceses y de discurso incendiario, defendió la posición de la Cámara. Durante todo ese tiempo los virginianos habían hecho oídos sordos a la sentencia real. Y no había pasado nada. Pero las cosas estaban cambiando muy rápidamente. Los argumentos de Henry no se basaron en lo justo o injusto de la medida, sino en determinar qué institución decidía sobre un asunto que concernía a los virginianos; si el gobierno británico tenía o no competencia para derogar una ley de la Cámara de los Burgueses de Virginia.

El propio Henry clamó contra la Ley del Timbre, aprobada en la primavera de 1765, que gravaba los impresos, envíos y publicaciones de las colonias. El oprobioso impuesto fue rechazado por Virginia. Washington tampoco lo quería, pero no se mostraba tan vehemente como su paisano. La Cámara aprobó que sus ciudadanos solo pagaran tributos aprobados por sus representantes. El desafío se extendió como la pólvora y nueve colonias se reunieron en el Congreso de la Ley del Timbre,[12] que aprobó una declaración de derechos y agravios de las colonias, eliminó la distinción entre impuestos externos e internos y concluyó que la representación real de las colonias en el Parlamento británico era una

medida ciertamente «inviable». Fue el antecedente más inmediato de la unión de las colonias. Rechazaron en bloque la ley, que un año más tarde el Parlamento británico se vio obligado a revocar, aunque enseguida aprobó nuevos aranceles e impuestos, las llamadas Townshend, en *honor* al ministro de Hacienda británico. Inglaterra canalizaba ahora el mercado colonial. Todas las mercancías pasaban, convenientemente gravadas, por la metrópoli. Washington sabía que los ingleses también habían subvencionado el cultivo de índigo y cáñamo. Lo malo es que, llegado a un punto de hostilidad, ya no le sería posible poner sobre una balanza beneficios y perjuicios. La Proclamación Real le había posibilitado adquirir tierras, pero también limitaba la expansión colonial hacia el oeste. Washington era propietario, granjero y comerciante, y los tributos le enrabietaban tanto como a los propietarios, granjeros y comerciantes de Massachusetts y Nueva York.

Junto con otro ilustre virginiano, George Mason, redactó un acuerdo de no importación de productos británicos. El 5 de abril de 1769 le escribió a su amigo: «Puesto que nuestros arrogantes amos de Gran Bretaña no se contentarán con nada menos que la pérdida de la libertad americana, parece necesario hacer algo para parar el golpe y salvaguardar esa libertad que recibimos de nuestros antepasados», si bien, el punto clave de la cuestión, continuaba la misiva, era encontrar la respuesta adecuada, pues las armas debían ser el «último recurso». Así se gestó el boicot de Virginia a los productos ingleses. Además, la Cámara quiso adoptar una decisión que no gustó nada a Washington, situado en posiciones moderadas: los colonos no pagarían sus deudas a los comerciantes ingleses. Para el futuro presidente, las personas no debían sufrir las injusticias cometidas por su Parlamento. Finalmente, esta medida no se adoptó.

Corría el año fatídico de 1773 y Washington seguía reclamando los derechos de las colonias pero manifestando su lealtad a Inglaterra. Si bien, en lo personal, estaba resentido con la madre patria, que nunca le premió por sus servicios militares. Gran Bretaña había humillado a los colonos con tanto impuesto y tributo, además de con la Ley de Acuartelamiento. No obstante, todavía había espacio para el diálogo y, sobre todo, intereses comunes. Washington era amigo del gobernador John Murray, conde de Dunmore. A ambos también les unían algunos negocios. Y tomó frecuentemente el té con Thomas Gage, general del ejército inglés en Norteamérica, hasta la primavera, cuando todavía acudió a un homenaje al general. Luego, en junio, antes de que estallara el Motín del Té —

desaprobado por el propio Washington—, la familia Gage regresó a Gran Bretaña. Gage volvió a Norteamérica para ser gobernador de Massachusetts e imponer las leyes coercitivas en 1774, las duras sanciones que Jorge III y el Parlamento decretaron contra los ciudadanos de la colonia. Gage se dio cuenta de que los colonos de Nueva Inglaterra estaban dispuestos a combatir.

Bryan Fairfax, otro de los hijos del preceptor de Washington, suplicó al representante de Virginia que su colonia evitase medidas extremas y tratara de mediar en el conflicto con Nueva Inglaterra. Las respuestas de Washington —los días 4 y 20 de julio de 1774— fueron contundentes: acusaba a la metrópoli de meter la mano en su bolsillo, reclamaba el derecho a la representación real de las colonias y aseguraba que estas medidas contravenían incluso la propia Constitución británica, que eran excesivas y desproporcionadas y que no arreglarían el problema, sino que contribuirían a agravarlo. El gobernador Dunmore disolvió la Cámara y los ciudadanos de Virginia convocaron una convención. Lo mismo ocurrió en otras colonias. De tal suerte que al final las distintas asambleas coloniales decidieron crear una institución que las agrupara a todas. En septiembre de 1774 se reunió por primera vez el Primer Congreso Continental, integrado por delegados de las distintas colonias. Virginia eligió siete delegados: el presidente de la Cámara, Peyton Randolph; los radicales Patrick Henry y Richard Henry Lee; el menos conocido Richard Bland, el abogado Edmund Pendlenton, el prestigioso Benjamin Harrison[13] y el propio Washington, que no se mostró especialmente participativo ni locuaz en los debates.

En Filadelfia conoció a los primos Adams, John y Samuel; alternó con Dickinson, acaudalado delegado de Pensilvania, como Joseph Galloway, partidario de un acuerdo que evitase el conflicto armado. Llevó una vida social activa y hablaba más tras las cenas, al calor de un buen vino o un ponche. El Congreso aprobó varias sanciones al comercio y las importaciones británicas, invitó a Quebec a unirse a la causa y advirtió de que un ataque de Gage a posiciones coloniales en Massachusetts desencadenaría una guerra. El examigo de Washington todavía quería convencer al gigante de Mount Vernon a través de otro amigo común, el oficial y compañero de batallas, Robert Mackenzie, de que Massachusetts buscaba la independencia y estaba haciendo la revolución. Washington lo negaba: defendían sus derechos, los virginianos estaban con ellos

y se derramaría sangre si se negaba la libertad natural a los pueblos de Norteamérica, le explicó por carta el 9 de octubre de 1774.

Frente a abogados, brillantes oradores, filósofos... Washington era una eminencia gris que había labrado su prestigio en el campo de batalla. Todos sabían acerca de su férrea voluntad, gallardía, serenidad y determinación. Por eso no dudaron en nombrarle comandante en jefe de las fuerzas americanas. Fue en el contexto del Segundo Congreso Continental, cuando el 19 de abril de 1775, y mientras los delegados todavía buscaban no romper todos los puentes con la corona, tropas británicas y colonos se enfrentaron en Lexington y Concord, Massachusetts. El Primer Congreso se disolvió el 26 de octubre de 1774, acordándose la reunión de un Segundo Congreso para el 10 de mayo de 1775. Durante esos seis meses llegaron más y más solados ingleses al puerto de Boston y los colonos reaccionaron violentamente.

Desde su casa de Mount Vernon, Washington retomó sus asuntos personales, no quería la guerra pero se preparaba para ella instruyendo a alguna milicia. Ganó para la causa patriota al hasta entonces oficial inglés Charles Lee. Entretanto, el gobernador Dunmore se incautó un buen número de barriles de pólvora. La Convención de Virginia decidió en marzo abrir un periodo de alistamiento y aprovisionar tropas. Poco después, los mismos siete delegados emprendieron el camino para Filadelfia. Antes de que llegaran a su destino había estallado la Guerra de Independencia. Fue, como decimos, el 19 de abril. Washington se enteró ocho días después.

Antes, el Parlamento británico adoptó a regañadientes una resolución conciliatoria, que no era más que un divide y vencerás: aprobó que las colonias que se mantuviesen leales al Imperio quedarían eximidas de los impuestos. Los gobernadores se apresuraron a comunicarlo en las asambleas, convenciones y comités. No es que fuera demasiado tarde, es que era inaceptable, era el reconocimiento de que los ingleses atacarían tarde o temprano, la prueba de que Jorge III había tomado la decisión de tratar de reducir a los americanos por la fuerza. El 14 de abril, Gage recibió la orden de recurrir a las armas. El 18 de abril, con la excusa de destruir material militar rebelde, abrió fuego. Cayó el triple de soldados británicos que colonos. La noticia corrió como la pólvora y 15.000 voluntarios rebeldes llegaron inmediatamente a Boston.

Washington permaneció en Filadelfia poco más de un mes. El Congreso

podía debatir sobre la independencia, la futura república o las propuestas de conciliación, pero lo perentorio era organizar la defensa. Eso pasaba por nombrar un comandante en jefe que reuniera varias cualidades: debía ser leal a las colonias de América, sin fisuras —era una cuestión peliaguda, pues aunque muchos desataron sus pasiones obligados por el sentimiento de opresión, todos eran de origen británico, todos tenían amigos británicos, o familiares leales al rey; o podían recular en un momento dado—; debía cumplir a rajatabla los mandatos del Congreso; tener experiencia y ser capaz de adiestrar a unas milicias inexpertas.

Salieron a relucir varios nombres,[14] la mayoría de Nueva Inglaterra, algo que no gustaba al resto de las colonias, que desconfiaba de los yanquis, a los que consideraba altivos y proclives a dominar al resto. Para frenar las aspiraciones de Nueva Inglaterra, lo ideal era nombrar a un virginiano. Quién mejor que Washington: a los cuarenta y tres años había recuperado el vigor físico. Su lealtad estaba fuera de toda duda. Es verdad que era conciliador porque adoptaba posiciones moderadas y que, por otro lado, se veía con recelo su personal aversión a Inglaterra; sin embargo, no era un hombre que se dejara dominar por las pulsiones ni que fuera a poner en riesgo la causa de la libertad. Además, por su carácter, estaba claro que no pretendería aferrarse al nombramiento y erigirse en un lord protector. Por si fuera poco, obtuvo el beneplácito de los delegados de las colonias de Nueva Inglaterra. El 15 de junio de 1775, George Washington fue nombrado por el Segundo Congreso Continental comandante en jefe de las colonias unidas. Los británicos nunca lo reconocieron y en sus comunicados se referían a él como «señor», no como «general». Al día siguiente lanzó un mensaje escueto: habló de «la gloriosa causa» americana y de la magnitud de la empresa. Virginia volvía a ser el corazón de la revolución.

LAS COLONIAS DECLARAN SU INDEPENDENCIA, LA GUERRA SIGUE

Washington se hizo fuerte en Boston. Aunque desdeñaba a los sucios y groseros milicianos yanquis, resistió con 20.000 hombres todo un año. El día 2 de julio de 1776 el Congreso rompió todos los lazos con Inglaterra y declaró que

los Estados de Norteamérica «eran, y debían serlo de derecho, estados libres e independientes». Así lo aprobaron doce delegaciones. Los delegados de Nueva York se abstuvieron porque no habían recibido instrucciones de su asamblea. El 4 de julio se leyó la Declaración de Independencia. Aplazamos la narración de estos acontecimientos para mayor gloria del padre de uno de los documentos más conocidos, influyentes y citados de la Historia: Thomas Jefferson, tercer presidente de la República.

Las colonias se habían separado de la madre patria, pero no habían ganado la guerra. De hecho, en agosto, Nueva York estaba pasando por serios apuros, asediada y acorralada por 10.000 soldados británicos. Washington consideró primero atacar trasladando tropas a Manhattan, luego lo pensó mejor y planeó la retirada. Consiguió que sus hombres salieran de la isla. Era partidario de resistir, pero el desequilibro de fuerzas lo desaconsejaba. Posteriormente, en otoño, cayó Fort Washington, cerca de Manhattan. El desaliento y el pesimismo aumentaron cuando los patriotas se derrumbaron en Nueva Jersey. El propio John Dickinson recomendó a su hermano que cambiase la moneda emitida por el Congreso por libras esterlinas. Algunos americanos juraron lealtad a la corona. El Congreso temía por su integridad en Filadelfia y se trasladó a Baltimore. Por si fuera poco, el general Lee fue apresado en una taberna. Estuvo varios meses en manos británicas. Había que ser muy optimista para pensar que sin Lee, Washington por fin mostraría lo mejor de sí.

De este modo tan poco halagüeño acabó el segundo semestre de 1776. Antes, el 18 de diciembre, el Congreso oyó la petición de su comandante en jefe: o aumentaban muy considerablemente el número de efectivos o pronto habría que olvidarse de la causa de la libertad. Había planteado una guerra de resistencia, de desgaste. El 23 de diciembre escribió en su diario: «La necesidad, mejor dicho, la necesidad extrema, justifica mi ataque». Así, el comandante en jefe se dispuso a cruzar el río Delaware. La imagen la inmortalizó en 1851 un pintor alemán, Emanuel Leutze, aunque no se ciñó escrupulosamente a la realidad. Las embarcaciones eran bastante mejores de lo que muestra el cuadro. A los pocos días, Washington tomó Trenton y Princeton,[15] en Nueva Jersey, con la ayuda del ínclito Alexander Hamilton, de quien tendremos tiempo de hablar. El nuevo año empezaba algo mejor de como acabó el anterior.

Antes, en septiembre de 1776, España había decidido apoyar la causa

americana. El trato lo cerraron el gobernador español de Luisiana, Luis de Unzaga y Amezaga y un comerciante de origen irlandés que ejercía de agente virginiano, Oliver Pollock. Por un lado, estaban los pactos de familia firmados con Francia; por otro, los intereses españoles en América, amenazados por Inglaterra, que había enviado un espía para ver qué se cocía en La Habana. Unzaga también se escribía regularmente con Charles Lee. Si los americanos se decidían a debilitar Inglaterra atacando sus dominios de Misisipi y Pensacola (Florida), España estaría de su parte. La fecha que se barajaba era la primavera de 1777. Los colonos recibieron en mayo 98 barriles de pólvora por valor de 9.000 libras. Fue el último servicio de Unzaga antes de regresar a España. Para entonces, Bernardo de Gálvez ya le había sustituido en la gobernación de Luisiana.

Entre septiembre y octubre de 1777 los patriotas obtuvieron un triunfo singular en la batalla de Saratoga, lo que reactivó sus posibilidades y elevó su moral. A pesar de todo, en el norte, los patriotas seguían pasando muchas dificultades. La campaña de Filadelfia fue larga. Alcanzó hasta el invierno de 1778. Washington atravesó su peor momento. Parecía flaquear. Siempre supo que no sería fácil ganar la guerra, aunque estaba convencido de que había que luchar por la independencia y la libertad de las colonias, pero ahora había algo más: el frío y el hambre provocaron algunas deserciones en sus filas. Sin embargo, los triunfos en el sur determinaron la ayuda española y sobre todo francesa, que fue decisiva para darle la vuelta a la situación. El congreso envió a París a los delegados Franklin, Silas Deane y Arthur Lee, que se volvieron con dos tratados debajo del brazo en diciembre de 1777. Uno de ellos reconocía la independencia de las colonias. El otro, acaso más importante y guardado en secreto, decía que si Inglaterra declaraba la guerra a Francia, las dos partes, el Congreso Continental y Versalles, se comprometían a continuar la contienda hasta alcanzar la independencia. El historiador Joel Richard Paul narra magistralmente las interioridades de estas negociaciones. Su tesis es que un comerciante, un espía y un escritor salvaron la Revolución. Eran Silas Deane, Caron de Beaumarchais y el caballero D’Eon.

Como ya se ha dicho, el primer enemigo de Washington se convertía en un imprescindible aliado. El Congreso ratificó ambos tratados y Washington respiró aliviado el 1 de mayo de 1778. Francia reconoció la independencia y enviaría

algún contingente —con dos destacados militares, La Fayette y D'Estaing—. El comandante en jefe por fin podría vestir a sus solados con uniformes. De todos modos, no sería con los 3.000 que enviaron los españoles, pues eran de color escarlata, muy parecido al de los casacas rojas inglesas. En España no se entendió bien el revuelo ocasionado por la dotación. Para mucho más sirvieron las 18.000 mantas, 11.000 pares de zapatos y 41.000 pares de polainas, además de camisas y medicinas. Pocos años más tarde, el conde de Floridablanca reconoció lo arriesgado de apoyar la causa americana, pues el aumento, alteración y modificación de los tributos podía haber traído consecuencias no deseadas. El propio Floridablanca planteó a Carlos III crear papel moneda también para reducir la influencia del comercio con América. De cualquier modo, tal como relata el profesor Sánchez Mantero, John Jay, en una larga misión diplomática que empezó en Cádiz en enero de 1780, y tras muchas idas y venidas entre El Escorial, Aranjuez, Madrid y La Granja, obtuvo un préstamo de Carlos III.

Por otro lado, Charles Lee fue liberado y se unió de nuevo a la causa, aunque su relación con Washington no volvió a ser la misma. En diciembre de 1778 emprendió rumbo a Filadelfia para rendir cuentas ante el Congreso. Fue recibido calurosamente. Era cuestión de tiempo, pero el compromiso francés aseguraba, a la larga, la independencia. No obstante, al finalizar 1779, todavía seguía pendiente culminar la misión decisiva: tomar Nueva York.

Habían transcurrido cinco años de guerra. La Fayette había vuelto a Francia después de prometer que pronto llegarían refuerzos y que España iba a implicarse más. Las colonias necesitaban a Francia y esta a su vez necesitaba a España. Alrededor de 5.000 franceses, pero solo ocho buques, esperaban la orden para atacar Nueva York. En otoño de 1780 la guerra parecía estancarse. Ningún ejército quería dar un paso en falso. Volvía el duro invierno y las penalidades. Al comenzar 1781, un destacamento patriota se amotinó cerca de Filadelfia. Mataron a un jefe y pretendieron marchar hacia el Congreso. Fueron disuadidos en Princeton. A los pocos días pasó lo mismo en Nueva Jersey. Washington reaccionó con mano de hierro y ordenó ejecutar a los cabecillas.

LA HISTORIA DA LA VUELTA

Mientras las huestes de Washington y sus generales se mantenían en el campo de batalla, el Segundo Congreso Continental buscaba la fórmula para fortalecer el poder de las colonias reforzando la unión entre ellas. Los debates fueron apasionantes. Los más recelosos sostenían que, tras la guerra, las colonias debían decidir libremente si se constituían en estados independientes o consentían su vinculación a una entidad *supracolonial*. Quizás los más realistas eran conscientes de que el proceso debía ser paralelo a la guerra. O se manifestaba la unidad o se debilitaban las posibilidades de victoria. Así las cosas, el Congreso aprobó los Artículos de la Confederación en 1777. Como decimos, Washington fue ajeno a este proceso, que se sabe mejor el segundo de los presidentes americanos, John Adams.

El caso es que como estos artículos debían ser aprobados por cada una de las colonias, su entrada en vigor se demoró hasta el 1 de marzo de 1781. Maryland fue la última colonia en dar su visto bueno. El comandante en jefe no mostró mucho entusiasmo cuando recibió la noticia. En términos prácticos y en lo que a él directamente le afectaba, no cambiaba mucho las cosas. Seguía teniendo problemas de escasez de tropas y dinero. Ahora, los objetivos militares se habían desviado hacia el sur: las dos Carolinas y Virginia. A mediados del verano de 1781 apareció la potente flota francesa que distraería y se impondría a los ingleses en el mar. Había llegado el momento de girar de nuevo la atención a Nueva York. Washington necesitaba descansar antes de la acometida final y regresó a Mount Vernon el 9 de septiembre de 1781. Apenas tres días después se dirigió a Williamsburg.

La guerra se aproximaba a su desenlace definitivo. El comandante en jefe ordenó el ataque el 28 de septiembre. Tenía casi 8.000 soldados franceses y otros tantos patriotas. El 17 de octubre de 1781, tras un mes de acoso y derribo, los ingleses izaron la bandera blanca. Dos días más tarde los británicos depusieron sus armas y desfilaron ante las tropas francesas y americanas. En apenas veinte años se había cerrado un círculo: Francia e Inglaterra seguían siendo potencias enemigas, Gran Bretaña echó a Francia de Norteamérica y ahora Francia se jactaba de haber ayudado a los colonos a hacer lo propio con Gran Bretaña. Cuentan algunas crónicas que la banda inglesa interpretó los acordes de la melodía *El mundo al revés*, pero hay quien recuerda que la letra incluye la frase: «El rey recobrará lo que le pertenece». No fue así. Cuando Jorge III se retiró de

las colonias no pensó ni por un momento en recuperarlas. Le costó abandonar, casi le obligó el Parlamento. Pero después no habría retorno.

Washington no tuvo tiempo de disfrutar la vitoria de Yorktown. Su mujer fue a reunirse con él, como solía hacer cada invierno, pero esta vez poseída por la amargura. Su hijo había muerto al contraer una enfermedad durante otra visita a su padrastro. En noviembre de 1782, Martha y George fueron a ver a la madre del agasajado comandante en jefe, que fue recibido con todos los honores del vencedor en el Congreso de Filadelfia. La guerra estaba a punto de finalizar, pero algunos problemas no habían hecho más que empezar: como pagar atrasos a los soldados y enfrentarse a las deudas contraídas, ofrecerles un futuro medianamente prometedor y debatir si se mantenía un ejército regular.

Los combates se prolongaron unos meses más. Continuaron escaramuzas por el sur y en puestos fronterizos. Y los ingleses mantenían algunas posiciones, también en Nueva York. No obstante, era ya solo cuestión de tiempo. Inglaterra había entrado en un estado de depresión bélica. No enviaba refuerzos y sus deudas se habían disparado. El nuevo almirante británico, Robert Digby, le dijo el 4 de agosto a Washington que su país reconocería la independencia de las colonias si estas trataban con generosidad a los leales a la corona. Tenían que haber comunicado previamente su propuesta al Congreso. Por eso Washington desconfiaba. Quizás estaban poniendo a prueba su lealtad. El comandante en jefe no hizo caso de los cantos de sirena sobre la conveniencia de erigirse en rey de las colonias... Esta cuestión está muy mitificada. Nunca salió del Congreso Continental, ni de la posterior Convención Constitucional una propuesta sólida similar. Solo Hamilton se mostró partidario de la monarquía constitucional y la ocurrencia fue rápidamente desdeñada. En todo caso fue la idea de algunos advenedizos británicos que quisieron hacerse un hueco en el nuevo sistema. Le pedían que accediera al trono y de paso les diera cobijo en su corte. Durante unos meses cohabitaron los poderes británicos y los emergentes. Finalmente, el 3 de septiembre de 1783 se firmó el nuevo Tratado de París. Inglaterra conservaba Canadá y España recuperó gran parte de Florida y algún territorio en el golfo de México. Contra todo pronóstico, el general Washington había ganado la guerra a la Armada Imperial británica. Francia consumaba su venganza. La Historia de la humanidad daba un vuelco.

LA PRESIDENCIA DE LA NUEVA NACIÓN

El Congreso Continental celebró sus últimas sesiones en Annapolis, Maryland, cerca de Baltimore, entre noviembre de 1783 y junio de 1784. Solo delegados de once colonias recibieron al victorioso general. Allí, el 23 de diciembre, Washington, exultante pero agotado, henchido de orgullo pero anhelando volver a su casa de Virginia, imperturbable y realista, renunció a su cargo de comandante en jefe del Ejército de los Estados Unidos de América. Estaba deseando llegar a Mount Vernon y celebrar con Martha la Navidad. Tenía cincuenta y dos años, era un héroe y ahora quería disfrutar de su retiro como granjero. El 12 de noviembre de 1784, a través del ministro americano en España, William Carmichel y mediante la gestión del conde de Floridablanca, solicitó a Carlos III «un asno de la mejor raza». Era conocida la fama de los asnos españoles. Pero la ley no permitía exportarlos, por eso tuvo que mover los hilos al máximo nivel. Los mensajeros y traductores se hicieron un lío: se entendió mulo donde decía asno y Washington acabó recibiendo dos buenas mulas de parte del rey. Sobre esta anécdota hay muchas versiones: si eran mulas o asnos, machos o hembras; si se dirigió directamente al rey o lo hizo mediante el cónsul en Cádiz, Richard Harrison.

El general se dedicó también a despachar la numerosa correspondencia que le llegaba. Muchas cartas de desconocidos eran de agradecimiento; otras, de los buenos amigos que hizo. Entre ellos, destacaba La Fayette, a quien luego recibió en Mount Vernon. Aunque no quería inmiscuirse, no podía tampoco mantenerse ajeno a los conflictos y problemas políticos a los que se enfrentaba la recién creada Confederación. En Virginia, Jefferson y Madison querían separar la Iglesia del Estado; comenzaba el debate sobre la esclavitud, ya puesto sobre el tapete durante la guerra, aunque se pospuso para que los ingleses no reclutaran mercenarios negros; era perentorio fundar universidades y, pese al origen fervientemente librecambista de la nueva nación, había que regular las relaciones comerciales entre los estados y de los estados con otras naciones. El Congreso no tenía potestad para recaudar impuestos y su autoridad era conferida por los estados. Además, la Confederación crecía por el oeste, las rivalidades norte-sur amenazaban con una probable escisión, las finanzas estaban bajo mínimos y se planteó la discusión sobre dónde ubicar la capital. Se pretendía equilibrar el

poder: ni Nueva York, ni Filadelfia, ni cualquier ciudad de Virginia.

Tiempo atrás, Washington ya se había manifestado por reforzar el poder de la Unión, creía insuficientes los poderes del Congreso y abogaba por la creación de un gobierno de la Confederación. Todo esto era necesario para que los estados pudieran garantizarse una defensa solvente y una paz duradera, entre ellos y frente a otros. Así se lo hizo saber a John Hancock, presidente del Congreso, el 11 de junio de 1783. Consideraba que los Artículos de la Confederación eran una «soga de arena». En 1786 creyó improrrogable una reforma sustancial y general de estos para avanzar en la unión del pueblo americano. Se lo comunicó por carta a su amigo John Jay el 18 de mayo: «El edificio se está tambaleando». De Virginia partió el primer mensaje para celebrar una convención. El guante lo recogió Patrick Henry, ahora gobernador del estado. En Annapolis se reunieron catorce delegados de cinco estados. No pudieron hacer mucho porque requerían asistencia y consentimiento de todos los demás. Hamilton y Madison lideraron la convocatoria de la convención. El Congreso resolvió hacerlo el 21 de febrero de 1786 con el único propósito de revisar los Artículos. Finalmente, la convención se reunió en Filadelfia en mayo de 1787.

Washington se mostró reacio a ser designado como delegado. Madison y Edmund Randolph, nuevo gobernador, le insistían. Finalmente accedió. El 9 de mayo se puso en camino. Otra vez se vio obligado a abandonar Mount Vernon por lo que consideraba no solo una noble causa, sino una elevada misión. Fue de los primeros delegados en llegar a Filadelfia. El 25 de mayo, con representantes de siete estados, se abrió la convención, de la que surgió una Constitución, una nueva y poderosa nación y un presidente para la Historia. Washington fue elegido por unanimidad. Solo Franklin le hacía sombra, pero tenía ochenta y dos años. Como en el Congreso Continental, el general se mantuvo distanciado del día a día.

En la convención faltaron Jefferson y Adams, entonces embajadores en París y Londres, respectivamente. Tampoco estuvieron Samuel Adams ni Patrick Henry, que no eran partidarios de revisar el statu quo. Hamilton se retiró muy pronto, pues su propuesta monárquica ni siquiera fue discutida. El 10 de julio de 1787 Washington le escribió lamentando su ausencia y mostrando su «desesperación», pues los debates se dilataban y los consensos se demoraban. «Quienes se oponen a un gobierno fuerte son políticos de mente estrecha o están

bajo la influencia de una visión localista». Por fin, el 17 de septiembre, la convención aprobó la Constitución de los Estados Unidos de América. Solo quedaban cuarenta y dos delegados. Ni Edmund Randolph ni George Mason, de Virginia, la rubricaron. Hamilton había regresado y firmó, pero no pudo hacerlo en nombre de Nueva York, de tal modo que solo once estados la ratificaron en un primer momento. Su entrada en vigor requería la aprobación de nueve estados. Washington quería que entrara en vigor cuanto antes, por eso propuso reducir a siete el número de estados.

El flamante presidente en ciernes retornó ufano a Mount Vernon el 22 de septiembre de 1787. Por una cuestión de estética debía ausentarse del proceso de ratificación en la Asamblea de Virginia, pero sí trató de convencer de las bondades del nuevo sistema a todos sus amigos y conocidos. Escribió exultante a La Fayette: le habló del destino de América y de las edades futuras. Empezaba un nuevo tiempo. Él lo iba a inaugurar. No se jactaba de ello, no iba con su carácter, reposado y comedido, pero estaba sinceramente identificado con la Constitución. No obstante, en unos papeles suyos, hallados en 1987, reconocía que no esperaba que la Constitución fuese a durar más de veinte años. En el fondo, aunque le halagara la idea, no quería ser presidente, ni más obligaciones ni problemas. ¿Cómo era posible que, con lo que le satisfacía su bucólica vida campesina, siempre hubiera un motivo lo suficientemente noble como para abandonarla?

Las primeras asambleas en aprobar la Constitución fueron Delaware, Pensilvania y Nueva Jersey. Sin embargo, en el verano de 1788 era un secreto a voces que Rhode Island diría «no», que Nueva York se abstendría y que Carolina del Norte haría lo que Virginia. Otra vez Virginia se situaba en el centro neurálgico de la revolución. Los antifederalistas sostenían que vendría un gobierno tiránico y que el sur sería una marioneta en manos del norte. Eran los argumentos del incansable Patrick Henry. Por su parte, Madison se comprometió a promover una Declaración de Derechos que mitigara tales riesgos. Randolph fue ganado para la causa federalista. El 25 de junio de 1788, la Asamblea de Virginia refrendó la Constitución con ochenta y nueve votos a favor y setenta y nueve en contra. Los demás estados dudosos, antes o después de Virginia, la aprobaron. Solo Rhode Island se dejó querer hasta 1790.

El 4 de marzo de 1789 se abrió el primer Congreso constitucional en Nueva

York. Washington fue elegido presidente con un solo voto en contra y sesenta y nueve a favor. John Adams, con treinta y cuatro votos, fue nombrado vicepresidente.[16] El 14 de abril recibió la notificación del Congreso. El 16 dejó a Martha nuevamente en Mount Vernon. Se despidió «de la felicidad doméstica» y partió hacia Nueva York «oprimido por sensaciones más angustiosas y dolorosas de lo que puedo expresar con palabras». Su melancolía, escondida tras su intacto y aguerrido sentido del deber, contrastaba con los festejos que se celebraban a su paso. Entró en Filadelfia a lomos de un caballo blanco. Le lanzaron flores y llegó en barco a Nueva York. Buques ingleses, españoles y americanos dispararon salvas en su honor. Adams propuso que se le tratara como majestad, no tanto por consideración hacia Washington sino para reservarse él también un tratamiento pomposo. Finalmente, George Washington, «el hombre más alto de la habitación», fue nombrado presidente de los Estados Unidos de América y tratado como *señor presidente*. Juró su cargo el 29 de septiembre de 1789. Por desgracia, su madre no pudo verlo investido en el cargo, había fallecido un mes antes. El propio Washington atravesó problemas de salud durante 1790, año en que la capital se trasladó a Filadelfia. Dos años más tarde nació el dólar.

Se encontró un país en bancarrota pero cargado de optimismo. Pronto Inglaterra envió embajador, George Hammond, y en 1791 el Congreso aprobó la Declaración de Derechos. Washington formó su gabinete con las secretarías de Estado, Tesoro, Guerra y Justicia, tratando de equilibrar fuerzas entre norte y sur y federalistas y antifederalistas. Las reuniones del gabinete se institucionalizaron en 1793. John Jay, uno de los autores de *El Federalista*, presidió el primer Tribunal Supremo. Muchos historiadores coinciden en que con el nombramiento de Jay, Washington sentó un saludable precedente: colocar al frente de la Justicia norteamericana a una persona reputada. El presidente había hecho oídos sordos a recomendaciones y había eludido tentaciones de nepotismo. Por otro lado, enseguida empezaron las rivalidades entre Jefferson, secretario de Estado, y Hamilton, del Tesoro. Con mucho trasfondo político y personal, estas disputas no solo retrataban los problemas de la joven nación, sino que constituyeron un quebradero de cabeza para Washington, que admiraba y respetaba a los dos.

Al comienzo de su segundo mandato, en marzo de 1793, el presidente anhelaba volver a Mount Vernon. Había obtenido ciento treinta y dos votos de

los quince estados; Adams, setenta y siete. Consiguió algunos de sus propósitos: crear un banco nacional, estabilizar las finanzas de país —eso sí, aumentando considerablemente impuestos—, saldar deudas y abrir rutas comerciales. En este sentido, aprobó la Proclamación de Neutralidad (1793) para no inmiscuirse en asuntos europeos.

Más tarde, en 1795, firmó el Tratado de Londres, conocido como el Tratado de Jay, a quien envió a Gran Bretaña para negociar la retirada de los casacas rojas de la frontera canadiense y territorio estadounidense y regular las relaciones comerciales. Los ingleses se entretenían en registrar barcos con posibles productos de contrabando, lo cual generaba cierto malestar entre los mercantes americanos. El tratado no contentaba a nadie. Los buques americanos tenían que dar cuenta del tonelaje de su carga. Y encima, los Estados Unidos se harían cargo de las deudas contraídas por sus ciudadanos con ingleses durante la guerra. El Congreso, a regañadientes, aprobó el acuerdo, pero simplemente por el prestigio del presidente y la confianza que tenía en él, pues Washington no hizo públicas las negociaciones. Lo cual sentó un precedente de fortalecimiento de la presidencia respecto del Congreso. Ese mismo año firmó con España, concretamente con Godoy, el Tratado de Pinckney, que establecía los límites españoles en Norteamérica.

En el interior, hizo frente a la Rebelión del Whisky (1794), que tuvo mucho que ver con el modelo de país que se pretendía diseñar; y aprobó, en 1795, la ley de naturalización, que concedía la ciudadanía a los inmigrantes que hubieran residido en cualquier estado entre dos y cinco años. Durante la presidencia de Washington tres colonias se unieron a la Unión: Vermont, en 1791; Kentucky, en 1792; y Tennessee, en 1796. Había empezado la decidida expansión al oeste, tanto por el norte —donde los enfrentamientos entre tropas americanas y tribus indias fueron constantes—, como por el sur.

EL DESCANSO DEL GUERRERO

Aunque concluyó su mandato y se retiró a principios de marzo de 1797, el 19 de septiembre de 1796 el presidente se despidió de su pueblo con un artículo que Hamilton le ayudó a redactar en *The American Daily Advertiser*. Volvió definitivamente a Mount Vernon, su casa, recién cumplidos los sesenta y cinco años. El hombre que abría nueces con la boca advirtió de los riesgos de que los partidos dominaran la vida política y dividieran artificialmente a la nación;

defendió férreamente la Constitución y reiteró la necesidad de consagrar el imperio de la ley; reclamó armonía en las relaciones internacionales y una política de alianzas temporales y coyunturales que garantizara la independencia del país. Cuando Washington abandonó la presidencia, el mundo había contemplado atónito los excesos de la Revolución Francesa. Para el presidente, la moral protegía a la República. Y la moral estaba asociada a la religión. En suma, que la virtud mediante el terror y la virtud sin religión eran disparates de la Francia de la desmesura.

El primer presidente de los Estados Unidos dejaba algunos problemas pendientes, pero él ya se había ganado su retiro. Todavía en 1798 elevó la voz sobre la esclavitud: «Nada, excepto la esclavitud, puede amenazar nuestra Unión». Los críticos le reprochan que dijera esto al final de sus días después de haber contado con una nutrida cantidad de esclavos en sus haciendas. El tratado firmado por Jay pesó como una losa en la evaluación final de su mandato, y no solo porque cediera ante el enemigo inglés, sino porque puso en riesgo la amistad con Francia. Más aún, a partir de ese momento, no iba a ser fácil obtener crédito del hasta entonces país amigo, que había cerrado el grifo cuando Estados Unidos aprobó su Constitución.

Pero en cualquier caso había una cualidad que elevaba su consideración: no fue un gran militar, pero fue valiente, decidido y leal. No tuvo oportunidad de ser un gran presidente, aquello era un país, un gobierno y un sistema legal en ciernes, pero fue un hombre honrado y recto que manifestó siempre una dignidad encomiable. Los horrores de la guerra le habían convertido en un ferviente defensor de la paz.

No fue el último presidente que se quedó sin dientes, pero sí fue el primero. En 1795 había perdido la última pieza y se defendía con las dentaduras postizas que fabricó el doctor Joseph Greenwood con plomo, incisivos superiores de caballo o asno e inferiores de vaca. También fue el primero en retirarse voluntariamente. Lo habría hecho antes de buena gana. Nunca mostró avidez de poder y le honra que jamás quiso aferrarse a él. Prefería levantarse con el sol y salir al campo, montar a caballo, pasear, tomar el té, consultar correspondencia... En 1798 murió su amigo George William Fairfax. Washington escribió a Sally preso de la melancolía. No recibió respuesta. Un año más tarde el presidente falleció. Fue despedido con honores. Su amigo Harry Lee dijo en el Congreso:

«El primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus compatriotas».

[1] Tras la batalla de Camdem, Carolina del Sur, en 1780, el comandante en jefe puso negro sobre blanco las carencias de su ejército. En una circular sobre sus operaciones militares, fechada el 18 de octubre de 1780, escribió sobre la milicia: «Huyó en cuanto se abrió fuego, y dejó a las tropas continentales completamente rodeadas y en inferioridad numérica, teniendo estas que combatir para ponerse a salvo en vez de por la victoria». Durante toda la guerra y el posterior debate constituyente, se discutió sobre la composición y posterior disolución de los ejércitos americanos. Más tarde, los presidentes se debatieron entre mantener las milicias de los estados y/o formar un ejército de la Unión.

[2] Algunas fuentes precisan que medía 1,92, pero esa era la longitud de su féretro. Nos hemos quedado con el análisis científico de Jeffrey H. Schwartz.

[3] En 1877 el *Herald* de Nueva York publicó una carta de amor de Washington a Sally. Según Alden, el mito de Washington había sido cuidadosamente cultivado durante un siglo. Era el padre de la nación. Pero esta revelación no lo dejaba en buen lugar.

[4] Lawrence sirvió a la corona británica en la Guerra de la Oreja de Jenkins, en un destacamento al mando del capitán Edward Vernon. Tras caer derrotado en una batalla naval, tomó Portobello, aunque por poco tiempo. Luego trató de conquistar Cartagena de Indias. Las tropas españolas resistieron titánicamente y Vernon fue derrotado. Muchos de sus hombres murieron de fiebre amarilla. Lawrence Washington, que formaba parte de un contingente de virginianos al mando de Vernon, a quien Lawrence admiraba mucho, se salvó. Por cierto, la Guerra de la Oreja de Jenkins debe su denominación a que un comerciante —o contrabandista— se presentó en el Parlamento británico en 1738 con una oreja metida en un bote de cristal. Decía que los españoles se la habían arrancado en 1731. Los relatos sobre las atrocidades españolas contribuyeron a caldear el ambiente prebélico. Las colonias norteamericanas no fueron ajenas al conflicto: entre 1740 y 1742, Inglaterra y España se disputaron Georgia. La contienda quedó en empate: España no consiguió posesiones en la colonia británica e Inglaterra renunció a San Agustín y, por tanto, a Florida.

[5] Robert E. Lee fue el jefe de los ejércitos de la Confederación durante la Guerra de Secesión (1861-1865). Militar de gran prestigio, Lincoln le ofreció el mando de las tropas unionistas, pero sus raíces virginianas le hicieron comprometerse con el bando sureño. Lo citamos porque la nieta del hijo varón de los dos que tenía de su primer matrimonio la mujer de George Washington, Mary Custis, fue la esposa del general que lideró a las tropas que lucharon por trocear la nación que su bisabuelo putativo había contribuido a forjar y había presidido.

[6] Lo escribió en dos días con las notas tomadas durante el viaje. El *Diario del mayor George Washington,* que incluía las cartas intercambiadas entre el gobernador de Virginia y los militares franceses, se publicó enseguida. Lo que llamó la atención de periódicos y de la opinión pública no fue la redacción, sino las aventuras del protagonista. George Washington empezaba a ser conocido.

[7] Una década antes, entre 1740 y 1748, tuvo lugar la Guerra del Rey Jorge, que enfrentó también a Francia e Inglaterra. Terminó con la paz de Aquisgrán. En Europa se la conoció como Guerra de Sucesión de Austria. Cuando el emperador Carlos VI de Austria murió, dejó el trono a su hija María Teresa. Federico II de Prusia pretendió aprovechar la situación para conseguir territorios del Imperio Austriaco. Francia se unió a Prusia y luego España hizo lo propio con Francia (con quien firmó en 1743 un segundo Pacto de Familia). Fue la petite guerre, antesala de la de los Siete Años, aunque con las parejas de baile cambiadas. En América comenzó con un ataque de soldados británicos de Nueva Inglaterra, ordenado por el

gobernador Shirley, contra el fuerte Louisbourg. La Paz de Aquisgrán dejó inalterado el statu quo entre Francia e Inglaterra. En Europa, don Carlos, hijo de Felipe V, fue reconocido como rey de las Dos Sicilias. Aquisgrán fue solo una tregua. Cuando decimos que Washington empezó la guerra siguiente lo hacemos, obviamente, de forma retórica. El conflicto estaba larvado. En ese mismo periodo, Inglaterra luchó contra España en la llamada Guerra de la Oreja de Jenkins o Guerra de Asiento, pues tuvo que ver con las ventajas derivadas de la Paz de Utrecht, que permitían a Inglaterra enviar anualmente un barco con esclavos negros a las colonias españolas caribeñas. Gran Bretaña desafió el derecho español a requisar los buques que incumplieran los acuerdos. En términos generales, la Guerra de la Oreja de Jenkins constituyó, para España e Inglaterra, un preludio de la Guerra de Sucesión de Austria. No hubo separación entre una contienda y otra. Posteriormente, la Paz de París (1763), en la que España perdió las dos Floridas y Francia mucho más, fue decisiva para el curso de los acontecimientos en América del Norte y permite entender la participación de Francia y España contra Inglaterra en la Guerra de las Trece Colonias.

[8] Algunos autores suman cinco colonias porque denominan Nueva Inglaterra a las colonias de Rhode Island, Massachusetts y New Hampshire. Otros incluyen dentro de Nueva Inglaterra a Connecticut. Posteriormente, Maine y Vermont también formarían parte del territorio de Nueva Inglaterra.

[9] El primer asentamiento inglés en Norteamérica fue en Roanoke, entre 1584 y 1585. Era una pequeña isla situada frente a lo que hoy es Carolina del Norte. No debe confundirse con la ciudad del mismo nombre que hoy existe en Virginia. En torno a la original Roanoke se han construido algunas leyendas. A la isla llegaron primero Arthur Barlowe y Philip Amadas. Regresaron a su país encantados con la exuberancia y riqueza de la tierra. Además constituía un punto estratégico desde donde controlar los movimientos de la Armada española y sus posesiones en Florida. Por fin, la reina Isabel patrocinó el primer asentamiento de ingleses, que llegaron a las costas de la isla en abril de 1585. Los nuevos colonos, incapaces de ser autosuficientes, según la versión de Susan-Mary Grant, trataron de someter a los indígenas. Incluso mataron a su *rey*, Wingina, que los había recibido con los brazos abiertos. Dos años después, el asentamiento británico había desaparecido.

[10] La segunda colonia creada en la Bahía de Chesapeake fue Maryland (Tierra de María). Fue una concesión real a George Calvert, lord propietario, que la bautizó así en honor de la esposa de Carlos I, Enriqueta María. Finalmente, fue el hijo del primer barón de Baltimore, Cecil Calvert, quien la fundó como colonia. Mientras Virginia era de mayoría puritana e intolerante, Maryland tenía un marcado carácter católico y tolerante. El gobernador de Virginia pretendía rescindir la aplicación de la Ley de Tolerancia religiosa británica. Subrayamos esto porque algunos historiadores aseguran que la batalla de Severn (1655) fue la última escaramuza de la Guerra Civil inglesa, librada entre el Parlamento (puritano) y la corona.

[11] Washington era coronel del Ejército colonial o del Ejército de voluntarios de Virginia; no coronel del Ejército británico, rango mucho más elevado. Algo que Washington persiguió con denuedo pero sin éxito.

[12] El Congreso se abrió el 7 de octubre de 1765 en Nueva York. Acudieron treinta y siete delegados de nueve colonias: Massachusetts, Maryland, Connecticut, Rhode Island, Delaware, Carolina del Sur, Nueva Jersey, Nueva York y Pensilvania. Virginia, New Hampshire, Carolina del Norte y Georgia no enviaron representantes.

[13] El gobernador Dunmore tentó a Harrison con un puesto en el Consejo Privado del rey si abandonaba la causa de la libertad de las colonias. Harrison, representante de la Cámara de Burgueses de Virginia desde 1749, ejercía gran predicamento sobre sus colegas y paisanos. Su hijo fue el noveno y

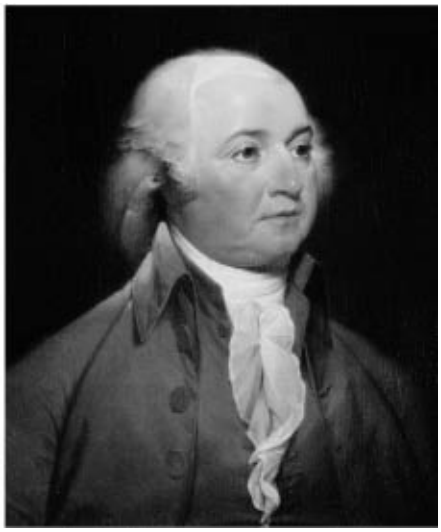
efímero presidente de los Estados Unidos.

[14]Entre ellos, Artemas Ward, John Hancock, Israel Putnam, Philip Schuyler, Richard Montgomery y Horatio Gates. Unos no tenían experiencia suficiente, otros eran de dudosa lealtad y otros no habían demostrado nada en la Guerra de los Siete Años. También se barajó el nombre de Charles Lee, como ya se ha dicho, amigo de Washington. Lee tenía una cuenta pendiente con Jorge III, que le había prometido un ascenso que nunca llegó. Pero era inglés y no tenía propiedades en América. Washington solicitó el nombramiento de Lee y Gates como oficiales. Finalmente, el Congreso nombró cuatro generales de división: Ward, Lee, Schuyler y Putnam; y un general de brigada: Gates.

[15] Las plazas estaban defendidas por hesianos, mercenarios de Hesse que apoyaban a la corona británica.

[16] Cada delegado escribía dos nombres en una papeleta. El más votado sería elegido presidente; el segundo, vicepresidente.

2. JOHN ADAMS: UN PRESIDENTE DETRÁS DE UNA GRAN MUJER



30 de octubre de 1735, Braintree (hoy Quincy) - 4 de julio de 1826, Braintree, Massachusetts.
Presidencia: 1797-1801.
Partido: Federalista.
Matrimonio: Abigail Adams. Tuvieron cinco hijos,
la última de las criaturas murió a los dos años.
Formación: Leyes, en Harvard College.
Profesión: abogado.

EL LEÓN EN SU JAULA DE ORO

La desventura biográfica del segundo presidente de los Estados Unidos es que su historia nunca se contará separada ni de su predecesor ni de su sucesor en el cargo. Lo sabía en vida y le irritaba. Sintió en todo momento que su prestigio estaba emparedado entre ellos. Apenas era capaz de contárselo y reconocerlo, en la media penumbra del candil del dormitorio —o en las muchas cartas que le envió durante sus largas ausencias— a su esposa, su confidente, su consejera, su sostén: Abigail Smith (1744-1818), con la que se casó en 1764. Ella era una jovencita con inquietudes que no había ido a la escuela por su fragilidad física. Fue autodidacta y siempre tenía un libro en la mano.

John Adams fue un presidente a la sombra alargada de George Washington. Él, que había hecho también la revolución, desde el Congreso Continental y no en el campo de batalla, frenando los excesos de los más radicales y poniendo negro sobre blanco sus principios y valores, se veía abocado a un puesto secundario para el que ni siquiera se postuló: en 1789 fue designado por el Congreso constitucional de Nueva York vicepresidente de los Estados Unidos: «El más insignificante cargo que jamás haya ideado la mente humana», le confesó a su esposa.

Adams era un hombre orgulloso, fumador, hosco, prudente y diminuto; temperamental y recto; trabajador y ambicioso; vanidoso y de inteligencia notable, aunque escasamente empático. De manos curtidas y verbo encendido pero no estridente, al contrario: sobrio, medido y muy respetuoso con las instituciones. Aparentemente decidido, pero con algunos complejos: envidiaba el porte y el arrojo de Washington y se sentía un provinciano al lado de Jefferson. Realmente, no podía con Thomas Jefferson. Nadie más distinto a él. Jefferson

siempre era foco de atención y Adams pasaba desapercibido. El de Massachusetts pensaba que el virginiano mantenía una pose. Siempre desconfió de su discurso un tanto hueco e idealista y le tuvo algunos celos. Jefferson era un coqueto que se dejaba querer. Y encima Abigail, su querida y admirada Abigail, parecía que también había sucumbido a sus encantos.

Sin duda, para Adams no fue tan duro no ser el primer presidente de la nación. En el fondo compartía el sentir general de que debía ser Washington. Lo que realmente le contrarió fue perder, años después, la presidencia frente a Jefferson. Y antes, le sacaba de sus casillas que Washington hubiera montado su gabinete en torno a Hamilton y al propio Jefferson y él fuera relegado a mera pieza decorativa. Se concentró en la presidencia del Senado, que recaía, según la recién aprobada Constitución, en el vicepresidente, pero no podía votar a menos que tuviera que deshacer un empate. Era un león enjaulado al que no reconfortaba la idea de ser el mejor colocado para suceder a Washington. Sabía desde muy pronto que la historia le tenía reservado un asiento en la segunda fila: detrás del insobornable y egregio Washington; de Jefferson, célebre por la Declaración de Independencia; e incluso de Franklin, el majestuoso inventor, embajador y visionario que ni siquiera llegó a presidente.

No obstante, hemos de honrar su memoria también por sus virtudes: era un buen abogado, conocía las leyes y la naturaleza humana. Eso le permitió ser uno de los nombres más destacados en los distintos congresos continentales y ejercer un papel estelar en la redacción de la Constitución. Se ganó el respeto de sus colegas, pero carecía del carisma del político y era incapaz de hacerse popular. Uno de sus biógrafos, James Grant, lo define como el político impolítico y el diplomático antidiplomático.

De cualquier modo, antes de la Revolución tuvo un gesto que le ennoblece enormemente: defendió ante el tribunal y la turba a los militares ingleses acusados de la matanza de Boston. En aquella ocasión, como en tantas otras, demostró arrojo, humanidad y sentido de la justicia. Su integridad estaba fuera de toda duda. Aquel episodio define como muy pocos qué es el Estado de Derecho. Si las colonias americanas se decidieron después a formalizar su independencia y forjar repúblicas sobre la base de la ley y la justicia, aquellos fríos días de marzo de 1770 constituyeron un punto de referencia. Y el protagonista fue John Adams, capaz de hacer valer la ley aun a costa de perder el

saludo de sus vecinos y algunos clientes.

En 1770 los ánimos estaban ya muy caldeados en Boston. El Parlamento inglés había aprobado sus principales medidas oprobiosas. Y Massachusetts era la cuna de la radicalidad revolucionaria, precisamente liderada por Samuel Adams, primo de John. Los casacas rojas, llegados en tropel para frenar las protestas y tumultos, no eran bien recibidos. El 5 de marzo, un colono bullicioso causó alboroto por una cuestión menor. Fue llamado al orden por un soldado inglés. Algunos paisanos se unieron al reprendido y comenzaron a increpar y lanzar bolas de nieve y basura contra el destacamento. Hubo quienes, envalentonados, arrebataron los rifles de los militares. Entonces sonaron los primeros disparos. Tres bostonianos murieron y ocho cayeron heridos. Pese a toda la tensión desatada a lo largo y ancho de las colonias desde 1763, eran los primeros muertos americanos. Samuel Adams y Joseph Warren quisieron que un tribunal popular juzgara al capitán Thomas Preston y a sus hombres. John Adams sostuvo que debían ser juzgados de acuerdo a las leyes de Inglaterra. El juicio fue muy tenso. Desde la tribuna de invitados salían todo tipo de insultos y silbidos. El fututo presidente se ofreció a defender a los ingleses. Lo hizo con éxito. Casi todos fueron absueltos. El mismo día de la masacre los británicos habían derogado los impuestos Townshend. Para John Adams, dentro de la ley era todavía posible encauzar el conflicto. Y hasta que estalló la contienda lo intentó por todos los medios. Años más tarde, el 26 de abril de 1777, en plena Guerra de Independencia, el todavía congresista que siempre creyó que la ley era la salvaguarda de la libertad, escribirá a Abigail: «¡Posteridad!, no sabrás nunca cuánto le cuesta a la generación del presente preservar tu libertad».

LA LEY DE LA REVOLUCIÓN

Era un joven rechoncho y débil al que no sentaba nada bien el frío y el aire de Boston. «Mi cuerpo es una burbuja de cristal», decía de sí mismo. Pero también era capaz de sobreponerse a cualquier adversidad. Sus antepasados ingleses llegaron a Nueva Inglaterra hacia 1640. Uno de ellos, su tío abuelo, el doctor Zabdiel Boylston, introdujo en América la práctica de la inoculación, socorriendo durante la epidemia de viruela de 1721 a doscientas cuarenta

personas. De la misma manera, inyectando el virus para generar anticuerpos, Abigail Adams salvó a sus hijos durante la Guerra de Independencia. Lo hizo sola, por su cuenta y riesgo. Adams estaba en Filadelfia, en las sesiones del Congreso Continental.

Él borró sus primeros años de su biografía. Parece que su vida empieza con su matrimonio. No en vano, se casaba con una Quincy (apellido materno). El granjero ascendía de posición sin dejar de serlo. John era tan terco que cuando su padre le preguntó, tras hacerle sufrir una agotadora jornada de trabajo para que se decantara por los libros, si quería llevar la vida del campo, el joven, exhausto, sucio y sudoroso, respondió: «Me gusta esto, señor». Pese a todo, el viejo John se mostró más terco aún y consiguió que el chico ingresara en Harvard —todavía era un *college*, no una universidad—, el trampolín para llegar a ministro. Por fin, allí se aficionó a los libros, creó su biblioteca y se hizo un maestro en el arte de la argumentación.

Así llego a la abogacía. Su primer gran caso fue asumir la defensa de John Hancock, rico comerciante al que conocemos porque su nombre sonó para dirigir el ejército de las colonias. En 1768 fue acusado por el gobernador británico de contrabando de vino, que traía a Boston sin pagar los impuestos correspondientes. Dadas las circunstancias, sabemos que era más un acto de rebeldía que una fechoría. Del siguiente trabajo de Adams acabamos de escribir: la defensa del capitán Preston y sus hombres. Fue el único abogado de Boston que accedió a hacerse cargo del caso. Inglaterra prometió un juicio justo. Adams sabía que fuera cual fuera el resultado podía precipitarse la revolución. Probó primero que Preston no dio la orden de disparar y consiguió su absolución.

Al resto de soldados, ocho en total, los defendió en grupo ante un jurado popular. Antes se aseguró de que ciudadanos de los pueblos, ajenos a la revolución en ciernes, no como los habitantes de Boston, que estaban muy comprometidos con la causa, integraran el jurado. Adams se expresó con vehemencia: «¿Hemos de suponer que debían soportar impasibles todo tipo de vejaciones provenientes de la chusma que se abalanzaba sobre ellos?». De los ocho, solo dos fueron condenados por homicidio involuntario. Las malas lenguas dijeron que Adams había aceptado el caso solo por dinero. Por supuesto, no era cierto. Su criterio era insobornable: como abogado, prefería proteger al inocente que condenar al culpable.

Ese año de 1770 entró en la Corte de Justicia de Massachusetts. En 1773, sus compañeros le propusieron para servir en el consejo del gobernador. Las habladurías se desataron. Adams parecía haber conseguido su propósito: medrar en las instituciones británicas. Sin embargo, el gobernador lo vetó. Adams condenaba taxativamente la violencia, pero creyó que el Motín del Té, del 16 de diciembre de 1773, constituía una protesta legítima contra una decisión arbitraria y abusiva. Se mostró exultante: «Esta destrucción del té es tan osada, tan atrevida, tan firme, intrépida e inflexible y tendrá unas consecuencias tan importantes y tan duraderas que no puedo menos de considerarla un hito en la Historia». El Parlamento inglés había decidido en mayo otorgar a la Compañía de las Indias Orientales el monopolio del comercio del té en Norteamérica para salvarla de la quiebra. Soliviantados por la medida, ese día, algunos colonos disfrazados de indígenas quemaron y lanzaron al agua los cargamentos de té que arribaban al puerto de Boston. En total, 10.000 libras de infusión. Inglaterra reaccionó aprobando en 1774 las leyes coercitivas que, entre otras medidas, alteraban los poderes de la Carta de Massachusetts, aumentaban los del nuevo gobernador[1] y cerraban el puerto de la ciudad hasta que se repusiese el valor de la mercancía perdida. Para Adams, Inglaterra era ya la viva imagen de la corrupción.

Estas leyes coercitivas prendieron definitivamente la mecha de la revolución. En todas las colonias se formaron comités locales, milicias y grupos que organizaron poderes paralelos a la corona pero que generaron inseguridad jurídica: confiscaban bienes, cobraban impuestos, intercedían entre cobradores y deudores, organizaban elecciones... Las colonias decidieron convocar para septiembre de 1774 un congreso intercolonial, llamado Primer Congreso Continental, donde fueron enviados cincuenta y cinco delegados de doce colonias (solo Georgia se ausentó). Para los revolucionarios, supondría el empujón definitivo: la unión haría la fuerza. Para los contemporizadores, esta selección de prohombres de cada colonia, muchos de ellos moderados, restablecería el orden y la autoridad imperial y, en todo caso, encauzaría el conflicto con la corona. El Congreso refrendó la resistencia a las leyes coercitivas, pero, como sostiene Gordon S. Wood, «no estaba preparado para la independencia». Los más prudentes propusieron el plan Galloway, llamado por el nombre de su impulsor, el delegado de Pensilvania. A grandes rasgos, el

proyecto consistía en institucionalizar el Congreso y darle carta de legitimidad para aprobar leyes junto con el Parlamento de Inglaterra. Ambos poderes revisarían cada ley. No salió adelante.

Adams fue elegido delegado por Massachusetts. Buscó el apoyo del sur para afianzar la rebelión, pero no para predicar la independencia: «Un duende de rostro tan espeluznante que a una persona delicada le daría un síncope si lo mirase a la cara». Massachusetts y Pensilvania fueron la vanguardia de la revolución, donde se oyeron las voces más radicales a favor de la independencia e incluso las que luego propusieron romper con el Congreso. Los delegados de Massachusetts clamaban contra Inglaterra con mucha más fuerza que el resto. No en vano, Boston sufría cada vuelta de tuerca británica. Aun así, Adams no ha pasado a la Historia por ser un radical revolucionario, como su primo Samuel, porque siempre defendió hacer la revolución desde el Congreso Continental, no desde los comités de cada ciudad. De hecho, el día que regresaba a su casa de Boston después del Primer Congreso, un paisano le felicitó por los trabajos que los delegados estaban desarrollando. Adams se congratuló, pero no pudo evitar un súbito ataque de pavor cuando el mismo ciudadano le dijo: «Gracias a ustedes no tendremos que obedecer más a los tribunales de Inglaterra, ni a ningún tribunal que no haya sido constituido por el pueblo: el pueblo juzgará». En el Segundo Congreso, que dio comienzo en mayo de 1775, Adams, ferviente defensor de la ley y el orden, sostuvo con mayor ahínco que todas las decisiones fueran refrendadas por el Congreso y que las colonias no actuaran unilateralmente.

En ambos congresos jugó un papel destacado. Formó parte del comité que gestionaba la ayuda internacional. Y contribuyó a formalizar la Declaración de Independencia. En 1778 llegó a París como embajador del Congreso (sustituyó a Silas Deane, un personaje controvertido y apasionante al que los historiadores americanos han dedicado cientos de páginas). Nunca se adaptó a los formalismos de la corte. Allí comprendió lo que era una república por oposición a los elevados y refinados usos de palacio; supo del abismo cultural respecto de Europa y no consiguió aprender el idioma. Sin embargo, aquellos empolvados rostros de pelucas blancas, endemoniados tocados, bandas distintivas y corte de abanicos... constituían la base del apoyo de la causa de la revolución. Era una paradoja pero era necesaria.

Volvió fugazmente a su casa para participar en la convención constitucional de su colonia. En 1780 viajó a Holanda para reunir fondos y continuar la contienda.[2] Pese a las dificultades de la misión, regresó con una declaración de reconocimiento de la independencia americana y con préstamos para dos años. El problema vendría luego: cómo devolverlos. Pues Adams vio en sus prestamistas toda una «escuela de tiburones». En ese momento daba igual, lo importante era contar con esos fondos. De vuelta a París para negociar la paz con Inglaterra se encontró con que el Congreso le había puenteado. Finalmente, tres egregios de la causa de la independencia firmaron el Tratado de París en noviembre de 1782: Adams, Franklin y Jay. Entró en vigor en enero de 1783. Su última misión diplomática se desarrolló en Gran Bretaña. Fue recibido por el rey Jorge III. Y la audiencia demostró una vez más que Adams, como dice el premio Pulitzer de Historia Jack Rakove, fue, como Washington, más un reformista que un revolucionario. Es cierto que su misión era recomponer relaciones con la madre patria. Pero Adams, aunque vio a un rey distante y altivo de una nación enferma de vanidad, le trató como rey de una gran nación que había sido la suya y la de sus antepasados.

ACLAMADO POR UN DÍA

Su única actividad durante los años de vicepresidencia fue tamborilear los dedos esperando que no ocurriese nada. Y leer a clásicos romanos mientras se defendía de las injustificadas acusaciones de monárquico porque, a falta de funciones, le había dado por cuidar al máximo las reglas de protocolo. Propuso sin éxito una moción para que el cargo de presidente se anunciara como «Su Alteza, el presidente de los Estados Unidos y protector de sus libertades». Si ya caía poco simpático antes, después fue objeto de mofa. Sus colegas del Senado le apodaron «Su Rotundidad», «Su Superflua Excelencia» o el «Duque de Baintree». Su virtud en ese tiempo fue la paciencia. Solo la paciencia que alimentaba su esposa Abigail le condujo finalmente a la Casa Blanca. Adams la estrenó cuando todavía estaba en obras: un hogar poco confortable lejos de una ciudad en construcción y rodeada de lodo en invierno.

No se presentó a las elecciones tras la retirada de Washington. La elección se

produjo entre los miembros del Congreso y Senado y con el visto bueno del presidente saliente. Todavía no había partidos, pero estaba claro que su programa se basaba en el fortalecimiento de la Unión. Era, por tanto, un federalista, como Thomas Pinckney, de Carolina del Sur, quien aparecía como candidato a vicepresidente. Jefferson representaba la opción democrático-republicana, o sea, partidaria de la descentralización para conservar los principios de la revolución. Aaron Burr, de Nueva York, se postuló para vicepresidente. El proceso electoral de 1796 fue lo más parecido a una campaña a cara de perro: el «déspota» Adams contra el «demagogo» Jefferson. Habían ocultado durante demasiado tiempo sus mutuos recelos. La prensa hizo el resto. Dando por hecho que el norte votaría por una candidatura federalista, Hamilton quiso maniobrar a favor de Pinckney —que finalmente obtuvo cincuenta y nueve votos— y sobre todo en contra de Jefferson. Su plan salió tan mal que Jefferson quedó segundo. Y pudo resultar mucho peor, pues se quedó a solo tres votos de la presidencia, setenta y uno a sesenta y ocho fue el resultado a favor de Adams, que ganó en nueve estados. Él consideraba que había hecho méritos sobrados. Además, había sabido esperar. Por fin llegaba su turno.

Solo habían pasado diez años desde la aprobación de la Constitución. El nuevo país estaba en vías de consolidación. Pero muchas cosas comenzaban a cambiar. Incluso la política de alianzas. El Tratado de Jay, firmado en 1795, no gustó nada en París, pues normalizaba las relaciones comerciales con Inglaterra. La primera medida francesa fue no reconocer al embajador americano, Charles Pinckney —hermano mayor de Thomas—, en diciembre de 1796, además de lanzar piratas contra embarcaciones americanas. A comienzos de 1797, los franceses habían capturado 300 barcos americanos. Adams hizo todo lo posible por evitar un conflicto en ciernes.[3] Aparte de la ya conocida división entre federalistas y antifederalistas, las preferencias políticas se formaban en torno a los partidarios de Francia y de Inglaterra. Ambos ejes tenían su sentido: los federalistas no dejaban de ser conservadores y, una vez alcanzada la independencia y aprobada la Constitución, respetaban a Gran Bretaña, tierra de sus antepasados; además querían que Estados Unidos fuera una gran potencia. Todo lo cual los acercaba a Londres. Los antifederalistas, por el contrario, estaban permanentemente agradecidos a Francia, el sur no buscaba una hegemonía comercial y los franceses representaban un modelo de revolución.

Total, que Adams envió a dos embajadores para solucionar el conflicto, el federalista John Marshall, a quien tendremos tiempo de mencionar, y el demócrata republicano Elbridge Gerry. Por tanto, Adams impuso una práctica que ha definido la política norteamericana: los asuntos internacionales eran política de Estado y debían quedar fuera de la riña partidista. Las conversaciones de los tres americanos, Marshall, Gerry y Charles Pinckney con segundones del ministro Talleyrand no llegaron a buen puerto. Adams, irritado por las demandas de Talleyrand —que había pedido un préstamo para Francia y se dice que una buena suma para los miembros del Directorio—, publicó las negociaciones en lo que se ha conocido como el *affaire XYZ* (en referencia a esos funcionarios enviados por el ministro de Estado francés).

Por una vez, Adams fue popular y casi un héroe nacional. Estaba radiante. Algo de ello aprenderían los presidentes que le sucedieron: cohesionar un país a través de la firmeza en política exterior. Había nacido el patriotismo americano precisamente contra el aliado de la independencia. Algunos sectores del federalismo pedían la guerra, pero Adams demostró mesura una vez más: Estados Unidos no declararía el conflicto armado. Eso sí, el 30 de abril de 1798 se creó el Departamento de Marina y la Armada fabricó sus primeros grandes buques de guerra. La tensión se desataba en alta mar cuando naves de ambos países se encontraban, pero formalmente no había guerra. Luego, con Francia en manos de Napoleón, Adams retomó las negociaciones y finalizaron las hostilidades. El 30 de septiembre de 1800 firmaron el Tratado de Mortefontaine. Estados Unidos envió embajador a París al tiempo que los dos países olvidaban rencillas pero también alianzas. Estados Unidos entró en el siglo XIX como quería, libre de ataduras con cualquier país europeo. Por fin podría llevar a efecto el programa de Thomas Paine: «Nuestro plan es el comercio».

Dos meses más tarde, el Congreso se trasladó a la nueva ciudad fundada a orillas del río Potomac, llamada Washington en honor del primer presidente. Celebró su sesión inaugural el 17 de noviembre de 1800. Pocos días después, el 3 de diciembre, los miembros del Colegio Electoral votaron un nuevo presidente. Hamilton no había dejado de intrigar en los últimos cuatro años. De hecho, su contumacia conspirativa unió finalmente a los dos enemigos íntimos, Adams y Jefferson. Alexander Hamilton —cuyo prestigio podía haber quedado intacto si se hubiese limitado a querer pasar a la Historia por su obra *El Federalista*, que

firmó junto a Jay y Madison, y quizás por su proyecto de fundar un banco nacional— fue un constante quebradero de cabeza para Adams y Jefferson. Al final de sus delirantes movimientos hasta quiso aspirar a la presidencia, aunque no estaba claro que pudiera hacerlo porque no había nacido en ninguna de las colonias americanas. La aversión de todos condujo a renovar la candidatura de Adams. Los entresijos y curiosidades de la elección caben mejor en el próximo capítulo. Basta ahora con decir que Jefferson sería proclamado tercer presidente de los Estados Unidos.

DESPUÉS DE TODO, FUERON DÍAS FELICES...

La presidencia de Adams tuvo tres consecuencias a largo plazo que contribuyeron a perfilar el sistema político norteamericano: fortaleció la institución y, en consecuencia, la Federación. Es decir, el ideal republicano, radical y original cada vez quedaba más lejos, por mucho que Jefferson aparentase querer recuperarlo. En segundo lugar, se apuntaló el patriotismo americano. Sus ciudadanos adquirieron conciencia de nación independiente, fuerte y poderosa. Y, por último, se consolidó el poder y dominio de los federalistas. Adams situó a federalistas en posiciones neurálgicas del sistema institucional. Podían llegar presidentes antifederalistas y demócratas, pero la Unión estaba completamente a salvo de las veleidades que trajeran consigo.

Abigail podía sentirse orgullosa de su pequeño gran hombre. Excepto un hijo derrochador y malogrado, a pesar de los infortunios, la distancia y de un yerno sinvergüenza, la familia salió adelante. Tanto es así que la estirpe se perpetuaba en el poder: un Quincy Adams llegaría pronto a presidente. Casi todo, aseguran algunas biografías, fue mérito de Abigail, que no dejaba de recordar a su marido que tenía que tener en cuenta a las mujeres en las leyes de la nación. Adams no podía fiarse de Hamilton, líder federalista; ni de Jefferson, al frente de la oposición; ni de otro conspirador profesional, su secretario de Estado, Timothy Pickering; ni del hamiltoniano convencido Oliver Wolcott, secretario del Tesoro. Por eso Adams se aferró a los consejos de Abigail y de su hijo John Quincy, lo que alimentó las habladurías sobre su monarquismo.

En política interior, no completamente desligada de lo que ocurría con

Francia, redactó en 1798 una ley de extranjería —o ley de nacionalización— para endurecer las condiciones para obtener la ciudadanía: pasaba de cinco a catorce años de residencia. Ese mismo año aprobó la ley de sedición para tipificar el delito de difamación al presidente. Además, sofocó una revuelta capitaneada por el singular John Fires, que se rebeló, con una pistola y cincuenta hombres, contra los impuestos directos. Para las publicaciones y panfletos jeffersonianos, se había iniciado el reino del terror federalista.

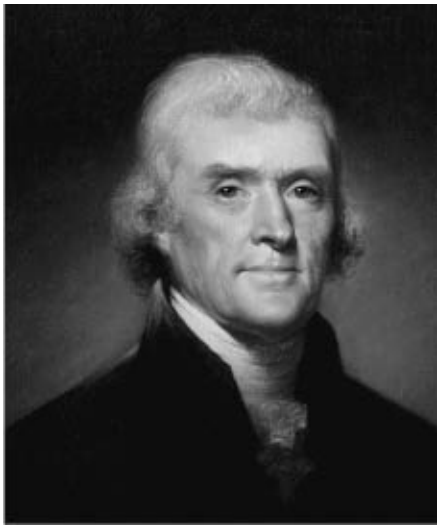
John Adams se retiró a su finca de Braintree en marzo de 1801. Para entonces ya había perdido los dientes. Luego perdió la vista. Sus nietos le leían en voz alta. Comenzó a cartearse regularmente con Jefferson a partir de 1812, cuando ambos guerreros encontraron la paz y la amistad en sus respectivos retiros. En 1820 participó como miembro del Colegio Electoral de Massachusetts en la elección del presidente John Monroe. Fue, junto con su intervención en la convención constitucional de su estado, ese mismo año, su última actividad pública. Disfrutó fugazmente de la elección de su hijo John Quincy para presidir la nación. Murió el 4 de julio de 1826, a los noventa años, el día de la independencia. Fue una doble coincidencia. Sus últimas palabras fueron: «Thomas Jefferson todavía...». No se entendió el verbo que añadió, pero en las hemerotecas ha quedado que dijo: «vive». Jefferson había muerto unas horas antes. Sus adversarios le ridiculizaron en vida pero nunca negaron sus virtudes: Hamilton reconoció su «ardiente defensa del bien público»; Jefferson jugó con sus complejos, pero lo apreciaba y admiraba su rotunda integridad.

[1] Thomas Gage, comandante en jefe del ejército británico en Norteamérica, sustituyó a Thomas Hutchinson, para el que tampoco existían medias tintas: si se reconocía la autoridad del Parlamento de la colonia, se reconocía su soberanía. Y no podían coexistir dos soberanías, la británica, representada en el Parlamento de Westminster, y la colonial.

[2] En esas mismas fechas, John Jay buscaba lo mismo en España: reconocimiento de la independencia, un tratado de alianza y ayuda económica.

[3] Según los historiadores Samuel Eliot Morison, Henry Steele Commager y William E. Leuchtenburg, «los designios de Francia con respecto a Canadá, Luisiana y la Florida eran más peligrosos de lo que sospechaban [los federalistas]. El Directorio deseaba rodear a los Estados Unidos con territorios franceses y hacer retroceder sus fronteras hasta los Apalaches, obligando a España a ceder las Floridas y la Luisiana a Francia, y apoderándose de Canadá».

3. THOMAS JEFFERSON: EL IDEALISTA MELANCÓLICO



13 de abril de 1743, plantación de Shadwell, Goochland (hoy Albemarle), Virginia - 4 de julio de 1826, Monticello, Virginia.
Presidencia: 1801-1809.
Partido: Antifederalista, demócrata republicano.
Matrimonio: Martha Wayles Skelton (se casaron el 1 de enero de 1772; ella falleció el 6 de septiembre de 1782). Tuvieron tres hijos; Marta murió cuatro meses después de dar a luz a la última pequeña, que falleció a los dos años.
Formación: Leyes, con el profesor John Wythe; y Ciencias y Filosofía en el William and Mary College, Williamsburg.
Profesión: durante poco tiempo, antes de entrar en política, fue abogado. Ejerció, más por afición, como arquitecto e inventor, y fue plantador y naturalista.

EL PRIMER AFRANCESADO DE LA HISTORIA DE AMÉRICA

Jefferson no fue un hombre feliz. Quizás disimulaba su timidez y luego su tristeza con su cinismo y ese punto de acidez en la palabra y el esbozo de su media sonrisa; y escondía su desdicha y disimulaba su intimismo detrás de su inmensa biblioteca. Cuando su esposa falleció, cayó víctima de una insuperable y apenas disimulada melancolía que lo acompañó hasta el final de sus días. A ella le prometió que no volvería a casarse. La desaparición de Martha no fue la única tragedia de su vida. A los dos años perdió a la pequeña cuyo parto había provocado la muerte de su mujer. Además, su «querida, preciosa y delicada» Mary, tan parecida a su madre, que abandonó Virginia —acompañada por Abigail Adams— para reunirse con su padre, entonces embajador en París, murió a los veinticinco años, en 1804, cuando dio a luz a su segunda niña. Ese mazazo partió el tiempo en dos mucho más que su reelección como presidente —su segundo mandato fue más convulso que el primero—. Abigail envió sus condolencias en nombre de la familia Adams. Por entonces, John y Thomas no se hablaban.

De todos modos, el verdadero enemigo de Jefferson fue Alexander Hamilton: taimado, ambicioso y tenaz en cada traición. John Adams era transparente, cercano a la candidez. Adams y Jefferson eran muy distintos en todo, pero ninguno tuvo nunca mezquinas intenciones para con su adversario político: donde uno era partidario del federalismo y el fortalecimiento de la Unión, el discurso del otro era antifederalista, republicano en su origen y casi demócrata; uno era un campechano abogado de Boston y el otro un *bon vivant* amante del buen vino de Burdeos y los paseos por Versalles. Algo pretencioso, osado y zalamero. Adams no tuvo esclavos y Jefferson gozaba de los favores sexuales de

sus esclavas. Adams, sin embargo, era partidario de la independencia de Haití y Jefferson, no. Para el de Boston, la línea roja era la ley; para el virginiano, a la revolución, a priori, no se le debían poner límites. No obstante, curiosidades de la política, Adams pasaba por férreo conservador y monárquico y Jefferson por igualitarista e incluso abolicionista.

Adams se sentía más próximo a Londres que a París y Jefferson fue un enfervorizado defensor de la Revolución Francesa. Incluso justificó los excesos del terror. Vio en sus ideales —aunque introducía matices respecto de los medios a emplear— la pureza de la revolución, inacabada o interrumpida en América. «He sido profundamente herido en mis sentimientos por alguno de los mártires de esta causa, pero hubiera preferido ver medio mundo devastado antes que verla fracasar», pues «la libertad de toda la Tierra dependía del resultado de la contienda», aunque para ello hubiera que derramar sangre inocente, afirmó. Jefferson fue el primer afrancesado de la Historia de América. Un afrancesado cultural e ilustrado, de escritura florida y, muchas veces, frases huecas o imposibles. Su presidencia se caracterizó por aproximar ambas naciones. Sus buenas relaciones con Francia le permitieron comprar Luisiana a precio de saldo e incorporar poco menos de un tercio de territorio nuevo a los Estados Unidos.

En 1962, en una cena en la Casa Blanca a la que J. F. Kennedy invitó a varios ganadores del Premio Nobel, el presidente dijo: «Creo que esta es la más extraordinaria colección de talento, de sabiduría humana, que jamás se haya reunido en la Casa Blanca, con la posible excepción de cuando Thomas Jefferson cenaba solo». La frase incluía un elogio desmedido al tercer presidente y un pequeño dardo: todo el que rodeaba al presidente restaba de su talento. También revelaba un hecho: «Cuando Jefferson cenaba solo». Era sociable en apariencia, introspectivo en el fondo. En cuanto al elogio de Kennedy, quizás no haya habido dos presidentes tan parecidos como el autor de la frase y el hombre ensalzado.

La Historia le ha reservado un lugar entre los grandes hombres de América. Pero no entre los grandes presidentes de la nación. De hecho, Richard Bernstein, estudioso de los padres fundadores, recuerda que mientras que la reputación de Washington y Franklin se mantiene intacta a lo largo del tiempo, el juicio sobre Jefferson depende de los ciclos de la Historia. En cualquier caso, concluida lo que el propio Jefferson denominó «la espléndida miseria de la presidencia»,

prefirió que su epitafio recordara que redactó la Declaración de Independencia, fundó la Universidad de Virginia y aprobó la libertad religiosa en su estado.[1] Principalmente se le evoca por su primera gran obra: fue el autor de la Declaración de Independencia de las colonias americanas —o de los Estados Unidos, si entendemos que el Segundo Congreso Continental, en el momento en que se decreta la separación de Gran Bretaña, supuso de algún modo la institucionalización de la unión de los estados—, aprobada el 4 de julio de 1776. Cuando expresó en el preámbulo del texto el derecho a la búsqueda de la felicidad, hacía una apuesta por la libertad individual que superaba las obras clásicas en las que se basaban los rebeldes americanos y padres fundadores para reivindicar la libertad política. Para Jefferson, el individuo se hace a sí mismo en pleno disfrute de su libertad. No es casual, por tanto, que mientras otros presidentes tienen muchas y variadas biografías, Jefferson, además, cuente con un gran número de exégetas de su pensamiento y escritos.

PRODIGIOS Y TRISTEZA EN MONTICELLO

Alto y delgado. Ojos color de avellana. Nariz puntiaguda, casi desproporcionada, rostro levemente afilado y cuello de cisne. Perdió las pecas y el desgarbo con la edad. Aunque nunca abandonó sus peculiares andares, ni su particular modo de sentarse. Su pelo se tiñó de tono arenoso. Configuró su propio estilo y gozó de buena salud, pese a esas horribles jaquecas que sufría, mucho más desde que le advino la desgracia. A veces duraban semanas. Era afable, ocurrente, en ocasiones retraído, lo cual le hacía parecer interesante, aunque sus silencios e impenetrabilidad han frustrado a algunos de sus biógrafos, que no sabían cómo interpretarlo: podía parecer decidido y dubitativo; determinado a la acción e inclinado al pensamiento; impulsivo y reflexivo; idealista y pragmático; atento y distraído; naíf y complejo. Eso sí, su curiosidad era insaciable y su meticulosidad extrema. Así lo ponen de manifiesto sus anotaciones sobre plantas y clima de su residencia de Monticello, en Virginia, que él mismo se construyó y donde volvía a curarse las heridas de la política. Era muy sensible a las críticas. Cautivador en la distancia corta, su discurso perdía vigor y seguridad ante auditorios concurridos. No incendiaba a las masas pero

escribía para cambiar el signo de los tiempos.

No se sabe mucho de sus antepasados por la línea paterna. Su abuelo parece que llegó a América procedente de Gales. Por el contrario, sus ancestros maternos, escoceses, se remontan al rey David I, entre los siglos XI y XII. Su padre, el coronel Peter Jefferson, fue un prohombre de la colonia, propietario de tierras y funcionario. Ejerció de magistrado, *sheriff*, juez de paz y canciller de la Corte de Justicia. En 1745 se puso al frente de la milicia de Virginia y apenas durante un año, entre 1754 y 1755, formó parte de la Cámara de Burgueses. Previamente, en 1749, había contribuido a fijar los límites entre Virginia y Carolina del Norte. Murió cuando Jefferson tenía solo catorce años. Por su parte, la madre del futuro presidente, la londinense Jane Randolph Jefferson, no ejerció decisiva influencia sobre la vida de su hijo, que la cita muy poco en sus textos. Thomas fue el tercero de ocho hermanos. Seis chicas y dos chicos. Una de ellas murió a los veinticinco años y otra padecía discapacidad mental. Todo lo que acabamos de contar explica en parte algunos rasgos de su carácter y personalidad.

Comenzó su educación a los nueve años, con el reverendo William Douglas. Volvía a casa en vacaciones. Con él aprendió lenguas clásicas y francés. Esto último marcaría en gran medida su trayectoria vital y política. De los catorce a los dieciséis años estudió en Fredericksville, más cerca de su familia, con la que podía ya compartir los fines de semana. A la escuela de James Maury también acudieron Madison y Monroe. Más tarde, antes de comenzar sus estudios en leyes, acudió al William and Mary College, donde se aplicó y trabajó duro. Había días que estudiaba quince horas. Por fin, en 1762 obtuvo la licencia para practicar la abogacía.

No obstante, sus inquietudes iban por otros derroteros: le gustaban la filosofía, las ciencias, la arquitectura e inventar, siempre estaba inventando. Su casa de Monticello tenía mucho de pequeño museo o de parque temático. Era peculiar, construida a su gusto y capricho. Desde dentro podía conocer la dirección del viento con las ventanas cerradas, mediante un mecanismo unido a una veleta; las camas estaban empotradas; puso sillas giratorias e instaló una suerte de montacargas a modo de bandeja desplazable que podía traerle botellas, vasos y platos hasta el salón. En 1987 un equipo de arqueólogos descubrió unos canales subterráneos de piedra que Jefferson construyó para ventilar las

estancias. Estos son solo algunos de los prodigios que se regaló el arquitecto de la Declaración de Independencia.

La invención de un rastrillo para arar le valió el premio de la Sociedad Francesa de Agricultura. Importó uva italiana y plantó viñedos; cultivó ajos, naranjas y endivias e introdujo en las colonias vecinas de Carolina del Sur y Georgia olivos y arroz de secano. A propósito de esto, dijo: «El mayor servicio que se puede hacer a un país es añadir una planta útil a sus cultivos, especialmente un grano para hacer pan. Después del pan, lo más valioso es el aceite».

De España se trajo la oveja merina, aunque los colonos se decantaron por mantener la supremacía de su materia prima, el algodón, sobre la lana. Tocaba bien el violín, montaba a caballo —actividad que le relajaba en sus años de presidente— y tenía buen paladar para el vino. Ya sabemos que prefería el francés, de Burdeos concretamente. Durante sus años en la Casa Blanca se dejó 10.000 dólares en vino. No era bebedor, solo lo hacía durante la cena, simplemente era sibarita para su elección. Perdió su gran biblioteca[2] en el incendio de la finca familiar en Shadwell, en 1770; la reconstruyó y reunió unos 6.700 libros, que luego donó a la Biblioteca del Congreso tras la guerra de 1812 contra los británicos. La Armada inglesa incendió la residencia presidencial, el Capitolio y buena parte de los edificios públicos de la ciudad de Washington el 24 de agosto de 1814.

Martha Wayles Skelton apareció en su vida alrededor de 1770. Jefferson pasaba de los veinticinco años y apenas había tenido un par de romances anteriores. Se casaron muy pronto, el 1 de enero de 1772. Ella tenía veintitrés años y él veintiocho. Fue una década de feliz matrimonio. Compartían gusto por la música y la literatura. Jefferson le prometió la construcción de Monticello. Se puso inmediatamente a la tarea tras volver del viaje de novios. Los muchos embarazos minaron la salud de Martha, hasta que falleció el 6 de septiembre de 1782 debido, según el propio Jefferson, a las secuelas del último parto, en mayo. Para mayor desgracia, el bebé, Lucy Elizabeth, apenas sobrevivió dos años.

No se conserva ningún retrato de Martha en vida. Todas las descripciones son aproximadas, reconstrucciones, aunque coinciden en destacar que era bonita, menuda y angelical. Antes de que falleciera le escribió a su esposo: «Los días y las horas vuelan sobre nuestras cabezas como nubes de viento que no volverán

nunca más». Después, Jefferson completó este dialogo de despedida entre los dos amantes: «Y cada vez que beso tu mano para darte mi adiós, cada momento de ausencia es el preludio de una separación definitiva que no tardará en llegar». Su muerte sumió a quien ya para entonces había sido gobernador de Virginia en una profunda tristeza. Se refugió en sus libros y daba largos paseos a caballo. No hizo vida medianamente normal hasta mitad de octubre. Pero jamás se rehízo del todo.

El 26 de noviembre de 1782 escribía a su amigo François Jean, marqués de Chastellux, que había comandado destacamentos franceses en la Guerra de Independencia: «Vuestra carta me encontró saliendo apenas del estupor mental que me hizo tan difunto para el mundo como aquella cuya pérdida fue su origen. Vuestra carta me recordó que todavía viven personas de mucho valor para mí». Jefferson había abandonado sus cargos para cuidar de su mujer. Estaba completamente decidido a no retornar a la política, igual que Washington pensó en su día. Le reconocía a su amigo que se había «entregado al retiro, depositando todas las perspectivas de felicidad futura en cuestiones domésticas y literarias. Un solo hecho borró todos mis planes, dejándome un vacío que no podía llenar por falta de ánimo. En este estado mental me halló un requerimiento del Congreso, pidiendo que cruzase el Atlántico». No sabemos si Jefferson se hubiera apartado completamente de la política si la vida le hubiese tratado mejor. Pero esta carta vincula su regreso a la actividad pública con el fallecimiento de Martha. Virginia devolvía a la arena pública a otro hombre ilustre. La Historia le depararía alguna misión más que la hasta entonces ya ejecutada: la autoría y exposición de la Declaración de Independencia.

Washington también era de la misma colonia, pero fue Jefferson quien inició «La Dinastía de Virginia»: tres presidencias seguidas virginianas abrieron el siglo XIX: Jefferson, Madison y Monroe. Los años de la expansión hacia el oeste, de la consolidación como nación independiente —de hecho, Madison libró lo que se conoce como la Segunda Guerra de Independencia contra Inglaterra, a la que nos acabamos de referir— y de la definición de las líneas maestras de la política exterior. Con Monroe, Estados Unidos dejó de bascular entre Francia, Inglaterra y la neutralidad. Definió con su nombre una nueva doctrina que los sucesivos presidentes tomarían como principio.

En 1783, Jefferson retornó al Congreso Continental como delegado de

Virginia y, de alguna manera, comenzó su carrera presidencial. A partir de entonces fue embajador en Francia, secretario de Estado y vicepresidente. Los tres puestos completaron y también modificaron su forma de ver el mundo. Sabía que su punto fuerte era la Declaración, por eso retornaba siempre a ella para fijar sus posiciones políticas. Las obligaciones, a medida que eran más elevadas, le tornaron más pragmático. Cuando Washington ya no pudo hacer nada para que las facciones no tomasen el timón de la política americana, Jefferson lideraría el Partido Demócrata Republicano. Republicano fue la etiqueta que se adjudicaron sus partidarios; demócrata fue la que le colocaron sus adversarios.

LAS IDEAS AVANZADAS DE LA INDEPENDENCIA

Con la mayor felicidad es el título de una mínima biografía intelectual escrita por John Dewey, titulada en su primera edición *El pensamiento vivo de Thomas Jefferson*. Su biógrafo dice que Jefferson fue ante todo un observador. Y eso le permitió ser un adelantado a su tiempo. Tanto que sus críticos le consideraron despectivamente un demócrata. En el peor sentido que la palabra podía tener en el segundo tercio del siglo XVIII. La democracia era desorden e inestabilidad. Otra cosa era la república, siempre que se basara en la virtud. Jefferson fue un republicano convencido que fundó el Partido Demócrata. No hay contradicción alguna en la frase. Las etiquetas de los partidos americanos bailaron un poco en el primer tercio del siglo XX.

En 1774, Jefferson publicó *Visión sucinta de los derechos de la América británica*, donde rechazaba que la autoridad del Parlamento de Londres se impusiera sobre las colonias. Lo hizo dos años antes de que el iconoclasta Thomas Paine, el revolucionario por excelencia, el que llamó «bruto real» a Jorge III, publicara en enero de 1776 su panfleto *Sentido común*, un *best seller* para la época en el que apelaba a la independencia. El lenguaje de Jefferson era más elevado. Y demuestra que frente al moderantismo de otros rebeldes a la fuerza, él supo pronto que las colonias estaban llamadas a la sedición, pues aunque reclamara el reconocimiento de los derechos de los colonos, intuía que la corona haría oídos sordos. Seguramente estaba convencido de lo que haría Gran

Bretaña porque nadie como él en Norteamérica había estudiado tanto la Historia de Inglaterra. Devoraba libros sobre cultura y política anglosajona. Por cierto, no le gustaba la *Historia de Inglaterra* escrita por David Hume porque la consideraba una apología.

Formó parte del comité de correspondencia de Virginia para poner en contacto a los rebeldes de distintas colonias. En aquel entonces era miembro de la Cámara de Burgueses y había sido previamente seducido por el discurso, aplastante y calculado, de Patrick Henry, a quien ya hemos citado en estas páginas cuando narramos su rebelión contra las medidas que limitaban la autoridad de la Asamblea Colonial y luego, cuando clamó contra la Ley del Timbre en 1765: «Yo era aún un estudiante de leyes en Williamsburg. Asistí, sin embargo, al debate desde la puerta del pasillo de la Cámara de Ciudadanos, y oí el espléndido despliegue de talento de Patrick Henry como orador popular. Su elocuencia era ciertamente grande, superior a cuanto haya podido escuchar de hombre alguno. Me pareció que hablaba como Homero escribía».

En su autobiografía se queja de que los colonos de Virginia parecían insensibles y aletargados ante la situación de oprobio impuesta por la corona entre los años 1762 y 1774. Los mayores de la Cámara carecían de «la osadía y la devoción requerida por los tiempos». De modo que los más audaces y los más jóvenes se reunieron una noche en un reservado de la taberna Raleigh. Allí acudieron Patrick Henry, Richard Henry Lee, Francis F. Lee y algún otro más. En aquel encuentro se gestó el comité de correspondencia de Virginia que, a pesar de ser inmediatamente disuelto por el gobernador, se reunió de nuevo al día siguiente. Jefferson reclamó para Virginia la paternidad de estos comités, que también se atribuyó Massachusetts. Sea como fuere, ejercieron una labor decisiva para el intercambio de información entre las colonias y para promover la convocatoria del Primer Congreso Continental. Jefferson acudió como delegado suplente en sustitución de Peyton Randolph al segundo, ya en 1775. Las leyes coercitivas fueron el detonante definitivo que empujó a las colonias a reunirse en Filadelfia. También Jefferson se adjudica gran protagonismo en esta convocatoria. Relata que sus argumentos carecieron de apoyos: defender el «único principio ortodoxo o sostenible», es decir, que la relación entre las colonias e Inglaterra fuera la misma que entre estas y Escocia. Que el único poder compartido fuera el ejecutivo.

Su posición era más radical que la de Dickinson, que reconocía el derecho inglés a regular el comercio. Sin embargo, Jefferson no pudo sostenerla en el Congreso porque cayó enfermo. Le entregó el documento a Patrick Henry, que jamás lo leyó. Jefferson ignora si por pereza —a Henry no le gustaba la lectura — o por desaprobación. El caso es que se convirtió luego en el panfleto titulado *Visión sucinta de los derechos de la América británica* (1774), donde su autor tocaba un punto esencial a la vez que original: al menos quería que los colonos americanos recibiesen el mismo trato de la metrópoli que cualesquiera otros emigrantes. El emigrante se dota de las leyes de la tierra a la que llega. En este caso, siendo tierras vírgenes y sin ley, los antepasados británicos que llegaron a América importaron costumbres inglesas y, aparte, desarrollaron nuevas instituciones que debían ser igualmente respetadas. Y concluye su petición a la corona: «No deseamos separarnos [...] ni tal es nuestro interés. Estamos dispuestos, por nuestra parte, a sacrificar cuanto la razón exija por la restauración de la tranquilidad que todos debemos desear». Exigía la libertad de comercio y de tributación y la preservación de la libertad. De este modo, la América británica seguiría formando parte del Imperio. Jefferson no estaba pidiendo la independencia, pero sí algo similar a la confederación.

El Primer Congreso se disolvió el 26 de octubre de 1774 y acordó reunirse de nuevo el 10 de mayo del año siguiente. Para entonces ya había estallado la guerra. Jefferson se incorporó al Congreso en junio. En esos meses se apuraban los últimos intentos de reconciliación. Dickinson creía en ella. Jefferson, no. Durante ese verano de 1775, los Adams —Samuel y John— y los delegados de Virginia prepararon un plan para la independencia, que pasaba necesariamente por obtener el reconocimiento de las potencias neutrales. Paralelamente, el Congreso concedió una última oportunidad a la paz y la corona: aprobó, a instancias del propio Dickinson, la Declaración de la Rama de Olivo, que reafirmaba su lealtad al rey pero a la vez le pedía que prescindiera de sus ministros «arteros y crueles».

Al mismo tiempo, Dickinson y Jefferson acordaron una «Declaración de las causas *y* necesidades de levantarse en armas», en la que se negaba el ambicioso propósito de la independencia pero se reconocía la legitimidad de la guerra para preservar la libertad. Todavía Dickinson se mostraba partidario de que el Congreso se disolviera si Gran Bretaña accedía a sus demandas. Para la mayoría

de los delegados en Filadelfia el camino emprendido no tenía retorno. El Congreso era la garantía de la fortaleza de las colonias frente a la voracidad británica. Más todavía, el Congreso era el único instrumento capaz de canalizar la guerra. Jorge III desestimó la petición en julio, declaró a las colonias en rebeldía y, en diciembre, permitió confiscar los buques americanos.

Los colonos reaccionaron: en primavera abrieron sus puertos al comercio con otros países y equiparon a corsarios para que abordaran naves inglesas. El Congreso trabajaba ya en la Declaración. Jefferson, que se convierte en su artífice, pensaba que el documento debía estar perfectamente estructurado, de modo que la independencia fuera una consecuencia derivada necesariamente de la exposición de los motivos. El texto ya no era ni podía ser un llamamiento último y desesperado a la negociación, sino una toma de posición irrenunciable y, sobre todo, un documento fundacional. Seguramente Jefferson no estaba pensando en la creación de los Estados Unidos tal y como los concibió posteriormente la Constitución de 1787, pero sí pretendía dejar claro que empezaba una nueva era en ese lado del Atlántico.

En una carta que escribe muchos años más tarde, en marzo de 1801, a Joseph Priestley, científico que sufrió la ira de una turba que le acusó de atentar al mismo tiempo contra la Iglesia y el Estado con sus fórmulas químicas, dice: «Ya no podemos decir que nada hay nuevo bajo el sol. Porque todo este capítulo de la Historia del hombre es nuevo. La gran extensión de nuestra república es nueva. Su escaso número de habitantes es nuevo. La poderosa ola de opinión que la ha anegado es nueva. Pero la novedad más grata es que está volviendo calladamente, sobre tan extensa superficie, a su verdadero nivel». Ese nivel no es otro que el orden derivado de los principios del republicanismo original y el buen sentido. Priestley había sido acusado de francófilo en Inglaterra; se refugió en América. Nunca fue dudoso respecto de la causa americana, pero cuando las cosas se pusieron feas con Francia, Adams había dicho: «Tenemos ya aquí demasiados filósofos franceses, y realmente comienzo a creer; o a sospechar más bien, que las academias doctas [...] han desorganizado el mundo y son incompatibles con el orden social».

Como para Jefferson la república es sinónimo de virtud, y la virtud se adquiere mediante el conocimiento y la extensión de la educación, esas palabras estaban completamente fuera de lugar. Priestley fue víctima del fanatismo y su

amigo reclama la Declaración de 1776 y los principios que estableció. Indudablemente, la organización política de las colonias tomó un camino irreversible después de la proclamación de la independencia, no obstante, Jefferson recuerda que los valores propugnados permanecían inmutables, a pesar del periodo casi «reaccionario» del mandato de Adams. De ahí la importancia y la impronta del texto aprobado por el Segundo Congreso Continental el 4 de julio de 1776: los gobiernos se crean para proteger los derechos inalienables del hombre.

Por eso se ha dicho tantas veces que la Declaración de Independencia abre las puertas del mundo contemporáneo. En su momento, los delegados del Congreso no las tenían todas consigo. Incluso el propio Adams manifestó sus temores. Declarada la independencia, la única autoridad sería la del Congreso, pero tendría que imponerse sobre asambleas locales, hijos de la libertad, milicias, comités de correspondencia... es decir, sobre todos aquellos para los que la ausencia de ley equivalía a un festín de justicia popular. Por otra parte, la Declaración de Independencia le dio la vuelta a la tortilla de la guerra: los rebeldes pasaron a ser patriotas y el ejército inglés era ahora de ocupación. Por y para fortuna de los leales a la corona, nunca fueron llamados traidores, siempre aparecen como *loyalist* en la literatura americana. Y una vez firmada la paz pudieron restablecerse en los Estados Unidos.

Total, que tras poco más de un año de guerra, el 7 de junio de 1776, el delegado de Virginia Richard Henry leyó la proclama que decía: «Estas colonias unidas son, y deben serlo por derecho, estados libres e independientes, que han sido liberadas de sus vínculos con la corona británica, y que todos los lazos políticos entre ellas y el Estado de Gran Bretaña quedan, y deben ser, disueltos». En esa misma intervención llama a la formación inmediata de alianzas exteriores y apunta un plan para la confederación. Enseguida comenzaron a trabajar tres comités paralelos: uno para redactar la Declaración, otro para configurar un modelo de tratado de alianza y comercio y el tercero para fijar los Artículos de la Confederación. El proyecto se sustentaría sobre la base de que los estados serían soberanos. La idea de la independencia se extendió como un reguero de pólvora desde Massachusetts y Connecticut hasta Carolina del Norte y Virginia. Por aquel entonces, entre los padres fundadores circulaba la obra del jurista suizo Emer Vattel, *La ley de las naciones*, publicada en 1758, que sostenía que la

independencia era consustancial a la existencia del Estado. No hay Estado donde hay dependencia de potencia extranjera. Por tanto, si hay dependencia no hay soberanía.

El 1 de julio la Declaración estaba lista para debatirse en el Congreso. Dickinson no lo vio claro. Arguyó que «las potencias extranjeras no se fiarían solo de las palabras». En el último instante, Pensilvania, Delaware y Carolina del Sur cambiaron sus votos y el texto de Lee fue aprobado el día 2 sin oposición. El 3, Adams, en una lección de oportunismo, dijo que la Declaración se había retrasado, pero por fin había llegado el momento: era el «Día de la Liberación». Sin embargo, hubo que esperar veinticuatro horas más. Lo que el Congreso votó el día 2 fue la resolución de Lee; mientras, un comité, del que formaba parte el propio Adams, junto con Jefferson, Franklin, Sherman y Livingstone, trabajaba en el borrador de la Declaración, que salió de la elegante pluma del de Monticello, quien anunció el día 28 —dieciocho días después de empezar a pergeñarlo— que el texto estaba listo, pero esperaría a que se diera el visto bueno al de Lee.

Jefferson se había basado para su redacción en su preámbulo de la Constitución de Virginia; en la Declaración de Derechos de la misma colonia, de George Mason; en las palabras de Lee e incluso en los textos del filósofo inglés John Locke. Tampoco había obviado, finalmente, las soflamas de Paine e incluyó una larga lista de agravios y abusos del rey Jorge III, al que acusó de entablar «una cruel guerra contra la misma naturaleza humana». Uno de los párrafos de la ristra de acusaciones responsabilizaba al monarca inglés de haber introducido la esclavitud en las colonias, afirmación no solo exagerada sino falsa. Aunque si finalmente se eliminó fue porque ponía en riesgo la «peculiar institución» americana. Lo cual no evitó que casi la mitad de las 1.323 palabras —en inglés— se dedicaran a denunciar los abusos y agravios reales.

En su autobiografía, Jefferson se lamentó de que se suprimieran algunos otros fragmentos: «La idea pusilánime de que nos quedaban en Inglaterra amigos merecedores de custodia seguía gravitando sobre las mentes de muchos. Por ese motivo se excluyeron aquellos pasajes donde aparecían censuras al pueblo de Inglaterra, a fin de que no pudiera considerarse ofendido». No en vano, nueve de los cincuenta y cinco delegados que ratificaron a finales de julio la Declaración habían nacido en Gran Bretaña o Irlanda; y una docena larga se había educado

en las Islas o en Francia.

En resumen: Jefferson supo hábilmente hacerse un hueco en la Historia. Consiguió que la Declaración fuera, en cierto modo, cuando inició la carrera presidencial, su propio programa político. Tras su primer éxito volvió a la Asamblea de Virginia. En 1779 fue nombrado gobernador de su estado. Tenía pocas atribuciones y se aburría. Hasta que llegaron, en plena guerra, los ingleses. Su administración fue itinerante durante un tiempo. Le llovieron las críticas y algo más: fue acusado de refugiarse cobardemente en los cuarteles. Un comité investigó su conducta pero las conclusiones le fueron favorables: quedó probada su «rectitud e integridad». Volvió al Congreso Continental, esta vez en Annapolis, en 1783. Allí sí había mucho que hacer. Los estados, libres y en paz —había terminado la guerra e Inglaterra reconoció la independencia— debatían sobre su futuro en común. Sin embargo, hizo las maletas, también para poner tierra de por medio cuando falleció su esposa: fue enviado como ministro a Francia para negociar los pagos de deuda y nuevas ayudas. En París vivió in situ y contempló atónito la revolución. Volvió obnubilado por ella. Se lamentó de que corriera sangre inocente, pero elevó el prisma de sus aspiraciones: estaba en juego la libertad. Él comenzaba una nueva etapa en su vida; los Estados Unidos ya eran una nación y el mundo se abría a una nueva era.

DOS GALLOS EN EL MISMO CORRAL

Washington le incluyó en su primer gabinete. Un ejecutivo ciertamente pequeño, de cuatro cargos: Jefferson como secretario de Estado y Hamilton del Tesoro. Los otros dos, Henry Knox, en la Secretaría de Guerra, y Edmund Jennings Randolph, como abogado de Estado, ejercían menos influencia. Por su parte, ya sabemos que Adams se desesperaba porque no conseguía meter baza en las deliberaciones importantes. Durante el primer mandato de Washington se gestaron todas las desavenencias entre las dos cabezas visibles de su gabinete: el virginiano y el neoyorkino —aunque realmente había nacido en las Indias Occidentales, lo que le impedía postularse para la presidencia o al menos abría un debate de incierto resultado en ese momento—. Washington apreciaba la formación militar de Hamilton, que había sido su edecán durante años, y la

erudición de Jefferson. El pragmatismo sin contemplaciones del primero y el idealismo del segundo. El proyecto vertebrador de la unidad del federalista —Hamilton— y la continua reivindicación de las esencias de la revolución del demócrata republicano —Jefferson—. Uno y otro se detestaban, se espiaban y utilizaban sus respectivos periódicos para atacarse sin descanso. Hamilton —también Adams— estimaba que los representantes públicos debían cobrar un salario más que digno y Jefferson creía que el cargo habría de ser una carga, pero el funcionario virtuoso no esperaba más recompensa que la satisfacción de trabajar por el bien común. Hasta 1873, el salario del presidente ascendió a 25.000 dólares anuales. El primero en cobrar el doble fue Ulysses Grant, a partir de su segundo mandato.

El antillano había nacido fuera del matrimonio. Lo pasó mal. Vio cómo su padre se largaba y su madre falleció muy pronto. Él tenía solo trece años. Gracias a la ayuda de amigos, viajó a Nueva York y comenzó a estudiar en el King's College (hoy Universidad de Columbia). Escribía a toda velocidad y con gran lucidez, lo cual le convirtió en un motor de la revolución. Hoy, *El Federalista*, que redactó junto con James Madison y John Jay, son una joya del constitucionalismo. El libro es una colección de setenta y siete artículos que escribieron para tres periódicos de Nueva York entre octubre de 1787 y mayo de 1788, durante la Convención de Filadelfia. Cuando en ese mismo mes y año se editó el segundo volumen, apareció con otros ocho artículos más. Los tres líderes federalistas habían firmado sus textos con el mismo seudónimo, *Publio*. Los artículos atrajeron enseguida la atención del público, aunque no ejercieron influencia sobre la redacción final de la Constitución, aprobada al término de 1787. Pero el proceso de ratificación por los estados terminó en enero de 1789, de modo que sí pudo condicionar el «sí» de los estados. En todo caso, hay que leer *El federalista* más como un comentario de la Constitución que como una serie de propuestas para su elaboración.

Por un lado, Hamilton defendió la unión de los estados para que la nueva nación se hiciera fuerte. Por otro, participó en negocios nada claros, especulando con tierras en el oeste. Se mostró partidario de introducir nuevos impuestos y aumentar los que había para hacer frente a las numerosas deudas contraídas por los estados durante la guerra. Fue acusado —es verdad que las campañas de propaganda entre jeffersonianos y hamiltonianos eran atroces— de emitir

pagarés para saldar deudas con veteranos de guerra de la revolución. Estos pagarés podían ser convalidados por tierras o cobrados pasado un tiempo. Pues bien, las tierras ofrecidas en el oeste eran inhóspitas y, además, jugaba con el valor del dinero para ahorrarse unos cuantos dólares al hacer efectivo el pago. Él había organizado el sistema financiero de la Unión y no parecía dispuesto a renunciar a los pingües beneficios que ello le podía reportar. Hamilton puso en marcha el modelo económico americano con sus *Informe sobre los fondos públicos* (1790) e *Informe sobre las manufacturas* (1791): la economía comenzó a funcionar, promovió la producción industrial (minera, metalúrgica y textil), creó nuevas rutas para diligencias conectando distintos puntos del país y mejoró otras infraestructuras: puentes, canales y carreteras de peaje. Eso sí, la especulación era «frenética en todas partes», como subraya el historiador y periodista Paul Johnson.

Hamilton era un aventurero, osado y sin escrúpulos, pero lo que políticamente irritaba a Jefferson era el empeño del federalista en crear un banco nacional. Para Jefferson, este plan obedecía a los intereses de los especuladores y financieros del norte; además los estados perderían autonomía. Hamilton, en el artículo 35 de *El federalista*, defendió un impuesto federal sobre el consumo. Y precisamente argumentaba que los impuestos sobre la importación y segmentados por estados eran lo que generaba la desigualdad que tanto temía Jefferson. En el artículo siguiente volvía a reclamar para la Unión la gestión de determinados impuestos tanto directos como indirectos. Es de justicia subrayar que en aquellos años los delegados de la Convención jugaban a forjar una nación, pero no estaba nada clara su viabilidad económica. Los Estados Unidos de América estaban en quiebra y Francia había cerrado el grifo. Los bonos continentales no tenían valor; el dinero, tampoco. Hamilton quería que las deudas contraídas durante la guerra las pagara la Unión.

Por su parte, algunos virginianos, entre los que se incluía el propio Madison, rechazaban la medida, no solo por negación de cualquier iniciativa que reforzara el poder central —este no era el caso de Madison, al que no le gustaban los tejemanejes del indiano—, sino porque sostenían que Virginia y otros estados ya habían reducido la suya y no tenían por qué asumir la de otros. Al aprobarse esta propuesta, las economías de los estados quedaban en manos del poder federal. Jefferson estaba del lado de Madison, pero ayudó a que saliera adelante el

programa de Hamilton, pues era consciente de que si no se amortizaba la deuda con Francia ni era devuelto el crédito que Adams negoció con los banqueros de Ámsterdam, Estados Unidos no consumaría su independencia. A cambio, la capital de la Unión se trasladó desde Filadelfia al río Potomac, donde se construyó la ciudad de Washington.

En cuanto al sistema de gobierno, Hamilton siempre se mostró partidario de reforzar en todo lo posible el poder del presidente. Metió mano en el procedimiento de elección, aprobándose su propuesta sobre la designación en caso de empate: votarían los delegados por estados, no individualmente. De este modo, aunque parecía otorgar poder a los estados, en realidad se lo estaba quitando al Congreso. Incluyó el derecho de veto presidencial y defendió que el poder ejecutivo recayera en el presidente. Jefferson no estaba nada satisfecho con el giro que habían dado los acontecimientos. Para él, esto no era, ni mucho menos, el final soñado de la revolución.

Sin embargo, cuando fue presidente, durante su primer mandato se aprovechó del sistema que atribuía, a su juicio, excesivos poderes al presidente y que previamente había criticado. Bordeó la Constitución con la adquisición de Luisiana y tiró de un préstamo del Banco Nacional (hoy, Reserva Federal). Pudo hacerlo porque para entonces Hamilton ya había saneado las cuentas de la nación y los créditos eran blandos. Justificó su giro sin pudor: no había tiempo que perder. Talleyrand le dejaba el territorio a precio de saldo. Apenas 15 millones de dólares por el Valle del Misisipi, Nueva Orleans y Luisiana. Quién podía oponerse a la adquisición de 400 millones de hectáreas de tierra fértil. Jefferson reconocía que la Constitución no le autorizaba a incorporar territorios a la nación, y mucho menos sin la aprobación de las cámaras, pero a la ocasión la pintaron calva. Napoleón necesitaba liquidez y ganarse un aliado. Estaba metido en sus mil batallas y delirios de grandeza.

Livingstone y luego Monroe, entonces ministros para Francia e Inglaterra, llevaron el peso de las negociaciones, que llegaron a buen puerto el 4 de julio de 1803. Previamente, el 1 de octubre de 1800, mediante el Tratado de San Ildefonso, España había devuelto Luisiana a Francia. La compra puso a los partidos del revés: los federalistas denunciaron el exceso de gasto y que el presidente se había extralimitado en sus funciones. Y los republicanos de Jefferson dotaron de un poder nuevo a la Unión: un gran territorio que algunos

años más tarde sería dividido en tres estados. Finalmente, Jefferson consultó a la Cámara de Representantes, a la que solicitó que se olvidara de «cuestiones metafísicas». No lo hizo. El Senado sí aprobó la compra. Al menos en una cosa no se traicionó Jefferson: era territorio con estructuras económicas propias del sur. Al virginiano no le gustaba el modelo industrial predominante en el norte, era ferviente partidario de la república de los agricultores. En una carta dirigida a su amigo Madison le decía: «Creo que nuestros gobiernos permanecerán virtuosos siempre que se basen en la agricultura», actividad que consideraba la «más sensata» porque contribuye a la larga a generar verdadera riqueza.

Después de esto, Hamilton y Jefferson no tuvieron muchas más ocasiones de rivalizar. Sobre todo porque una tercera persona se cruzó fatalmente en el camino de ambos: Aaron Burr, de Nueva Jersey, aunque hizo carrera política en Nueva York. Fue vicepresidente con Jefferson en su primer mandato. Su gran mérito fue arrebatar el corazón económico de los Estados Unidos a los federalistas en 1800, lo que resultó de gran ayuda para catapultar a Jefferson a la presidencia. La relación entre ambos se enfrió muy pronto. Los dos empataron en la elección presidencial. El desempate hubo de dirimirse en la Cámara de Representantes. Jefferson hubiera preferido que Burr se retirara de la pugna electoral. No lo hizo. Jefferson obtuvo más votos y Burr se conformó con la vicepresidencia.

La campaña de 1804 subió de tono incluso por encima de la de 1800. Burr perdió el gobierno de Nueva York, a lo cual algo había contribuido Hamilton. El primero era un intrigante capaz de cualquier cosa con tal de ver incrementado su patrimonio. Hamilton tenía unas líneas rojas: la estabilidad del país. Burr carecía de escrúpulos. De hecho participó en una conspiración para la sedición de Massachusetts. El de Nueva Jersey no toleró las presuntas infamias. Los dos se retaron en duelo el 11 de julio de 1804. Hamilton no apretó el gatillo, Burr no dudó en hacerlo. Tras el mortal disparo se refugió en Virginia. Luego marchó al oeste donde volvió a conspirar contra la nación. Jefferson lo mandó procesar en 1807, acusado de traición a los Estados Unidos. El Tribunal Supremo, presidido por John Marshall, un federalista, llamó a Jefferson a declarar. El presidente no acudió y el Supremo finalmente absolvió al oscuro personaje.

LA REPÚBLICA DE LOS AGRICULTORES

La campaña de 1800 fue muy dura. Y eso que los candidatos se ausentaron. Adams porque se había quedado sin dientes y no podía pronunciar discursos. Los jeffersonianos dicen que Jefferson, el principal adversario del de Boston, lo hizo por cortesía, pero en el fondo sabemos de su miedo escénico ante el gran público. Por eso, la campaña se desarrolló en la prensa. Jefferson tuvo que leer de todo: se le llamó infiel —por su defensa de la libertad religiosa—; se dijo que estamparía «el sello de la muerte» invocando a la diosa razón para sustituir al dios verdadero; que era enemigo de América y que su ambición era insaciable; [3] «¿Cree usted en la más extraña de las paradojas, que a un derrochador, libertino, ateo, pusilánime sin convicciones debería confiársele el más insignificante de nuestros asuntos privados; que está cualificado para hacer sus leyes y gobernarle; y proporcionarle prosperidad; ser depositario del tesoro, la fuerza y el destino de la nación?», se preguntaba el *Connecticut Courant*.

Al menos, Jefferson contaba con su incondicional Philip Freneau, el poeta de la revolución americana, director del *National Gazette*. Un sabueso dispuesto a sacar los trapos sucios de sus contrincantes. Las críticas le llovían a Jefferson porque los federalistas, que habían impregnado el destino de la nueva nación con su discurso, consideraban a Jefferson un demócrata peligroso, un idealista sin programa pero con bellas e inaplicables ideas; un francófilo sediento de revolución. El 26 de febrero de 1800, meses antes de la elección, responde por carta a Samuel Adams después de veintitrés años de distanciamiento. Anhela los días que combatieron por «la causa de la humanidad». Ambos coinciden en que se oponían no solo a la monarquía británica sino a cualquier monarquía. «Nuestro objetivo era un gobierno por representantes elegidos por el pueblo para periodos cortos; nuestra máxima de entonces, “donde acaba la elección anual comienza la tiranía”; y no puede decirse que nuestras excepciones a esa máxima hayan sido justificadas por la virtud de sus efectos». Se lamenta de que aumenta la deuda y una «falange de papel» prevalece «sobre la masa agrícola». Ya no le complacía tanto que los periódicos dijeran lo que les viniera en gana.

Había otro eje de división en la política americana: anglófilos frente a francófilos. Adams y Jefferson tenían los mismos temores: que en la próxima elección, Londres apoyara a los federalistas y París a los demócratas republicanos. Estaba claro que la República había tomado la dirección equivocada y él estaba dispuesto a enderezarla. El 3 de diciembre de 1800, el

futuro de los Estados Unidos estaba en manos de los ciento treinta y ocho electores que componían el Colegio. Hamilton maniobró todo lo que pudo pero solo para que Pinckney saliera de vicepresidente. No hubo manera: Adams obtuvo sesenta y cinco y el candidato de Hamilton, uno menos (el que faltaba fue a parar a John Jay). Pero lo realmente importante se ventilaba con apenas unos votos más: Jefferson y Burr cosecharon setenta y tres votos cada uno. El primer y único empate en una votación presidencial. Aunque no fue la única vez que la Cámara de Representantes eligió al presidente. En 1825 ocurrió lo mismo con John Quincy Adams.

En realidad la cosa estaba más clara de lo que parecía, porque aunque el sistema de votación no permitía distinguir entre el voto a presidente y vicepresidente, se sabía con antelación quién era el cabeza de cartel, lo que pocos años después se llamó *ticket*. La elección pasó a la Cámara de Representantes mediante el sistema de un estado, un voto. Los demócratas republicanos tenían sesenta y nueve representantes frente a treinta y seis los federalistas en la Cámara recién elegida; sin embargo, la que tendría que dirimir la contienda antes de disolverse tenía una clara mayoría federalista. Y algunos de sus miembros estaban dispuestos a votar a Burr, con la nariz tapada, con tal de que no saliese el primer nombre del supuesto *ticket*. Washington no vería iniciarse la presidencia de su amigo. Había muerto un año antes.

Hamilton era otro que tenía que decidir entre dos enemigos. Finalmente hizo campaña por Jefferson, que al menos era un estadista. Se necesitaron treinta y seis votaciones hasta que el de Virginia se impuso por diez estados a cuatro (otros dos votaron en blanco). La consecuencia práctica de este embrollo fue que el 27 de julio de 1804, antes de la reelección de Jefferson, se ratificó la Decimosegunda Enmienda —propuesta en diciembre de 1803— para evitar estas riñas internas en los partidos. Desde ese momento, los electores señalarían al candidato a la presidencia y a la vicepresidencia.

El 4 de marzo de 1801 Jefferson tomó posesión y pronunció su discurso inaugural. Fue el primer presidente en hacerlo en la Casa Blanca. Pretendía devolver a los estados a la sencillez y a la virtud republicana. Llegó andando y no a caballo a su mansión presidencial; sustituyó en las celebraciones las mesas rectangulares por las redondas, para evitar las presidencias; prescindió de la carroza, rituales y boato y abrió las puertas de la Casa Blanca a las demandas de

la gente. Anunció una «revolución republicana», se mostró conciliador y afirmó que «cada diferencia de opinión no era una diferencia de principio». Era solo el tercer presidente de la Unión, pero daba la sensación de que iba a ponerlo todo patas arriba.

Su primera medida fue derogar las leyes de Extranjería y Sedición, además de la de Naturalización, dictadas por Adams en 1798 contra la inmigración francesa, irlandesa y alemana. La de Extranjería otorgaba poderes al presidente para expulsar o encarcelar a enemigos extranjeros en tiempos de guerra; la de Sedición prohibía escritos contra el gobierno. Era, en toda regla, una ley mordaza. En 1802, Jefferson promulgó su propia Ley de Naturalización, que devolvía a cinco años el periodo de residencia para obtener la ciudadanía. Al mismo tiempo, democratizó las instituciones, cada vez más abiertas y participativas. Las constituciones estatales eliminaron progresivamente los requisitos de propiedad para votar. Como señala la historiadora Aurora Bosch, entre 1815 y 1828 solo Rhode Island, Luisiana, Virginia y el Senado de Carolina del Norte mantenían restricciones al sufragio.

En cuanto a la economía, Jefferson quiso desarrollar su programa de «república de los agricultores», ciudades medias e industrialización controlada o moderada. Para ello promocionó la expansión hacia el oeste, pues su plan requería tierras libres y fértiles. En tiempos, el mismo año en que entró en vigor la Constitución, en 1787, se había aprobado la Ordenanza del Noroeste, que facilitaba la colonización y permitía a los territorios adheridos a la Unión convertirse en estados en pie de igualdad, con los mismos derechos y obligaciones, que los ya federados. Como medida conciliadora, se comprometió a no suprimir el Banco Nacional, que sobrevivió hasta 1813. Redujo gastos en la Administración y en Defensa —mantuvo la Milicia, la Marina quedó para salvaguardia costera— y rebajó los impuestos, entre ellos el del whisky, que tantos problemas causó al gobierno de Washington.[4] También favoreció la libertad de comercio internacional. No quería trabas. Había que exportar los excedentes.

Todo iba bien: no había deuda y los comerciantes exportaban en grandes cantidades. Si Paine había proclamado: «Nuestro plan es el comercio»; Jefferson se acogió al principio de «coerción pacífica». No habría necesidad de usar las armas contra nadie. Estados Unidos era un país rico del que tarde o temprano

dependerían las demás potencias. Hasta que Inglaterra y Francia reanudaron la guerra y el comercio internacional se resintió. Esto sucedió en 1803, pero los efectos no se notaron hasta 1805. Al principio, Estados Unidos se benefició de su neutralidad. Pero muy pronto giraron las tornas. Napoleón representó una seria amenaza para Inglaterra, que empezó a tomarse la guerra muy en serio: en 1807 decretó un bloqueo comercial y prohibió a los neutrales comerciar con Francia. Inmediatamente, Napoleón dictó la misma orden.

Los ingleses comenzaron a interceptar buques sospechosos de llevar a bordo ciudadanos británicos. Uno de ellos fue el *Chesapeake*, que a punto estuvo de provocar la guerra. Un buque inglés que vigilaba a navíos franceses, situado en la bahía de Chesapeake, perdió a muchos tripulantes por deserción. Los británicos creyeron, con razón, que su jefe, Jenkin Ratford, y algunos de sus hombres se habían enrolado en la citada fragata americana. Cuando fue interceptada, el capitán ignoraba las razones del registro. El barco inglés abrió fuego y el *Chesapeake* arrió la bandera. Por primera vez después de la independencia, los americanos se volvieron a sentir humillados. Morison asegura que si Jefferson hubiera convocado el Congreso con urgencia, la guerra hubiera sido inevitable. Pero actuó con reflejos: le pidió a Monroe que exigiera una reparación a Londres y ordenó que los barcos británicos abandonaran aguas americanas. Tenía fe ciega en su instrumento, «la coerción pacífica».

En diciembre de 1807 el Congreso aprobó la Ley del Embargo, que prohibía exportaciones americanas e importaciones británicas. Según Jefferson, los ingleses sufrirían la medida porque los productos que exportaba Estados Unidos eran de primera necesidad, máxime en tiempo de guerra y escasez. Inglaterra necesitaba a la Unión como consumidora y como proveedora. Este es el principio sobre el que se fundamentó la «coerción pacífica». La ley no tuvo los efectos deseados. El comercio estadounidense disminuyó un 90 por ciento entre 1807 y 1814, según detalla Thomas Bender. Por otra parte, la doctrina tampoco fue de aplicación universal: entre 1801 y 1805, el presidente tuvo que hacer frente a la piratería en el norte de África. Fue el primer conflicto bélico en el que se vio envuelto Estados Unidos fuera de su territorio. Se conoció como la Guerra de Trípoli. Comenzó porque Jefferson se negó a pagar las nuevas tarifas establecidas por los piratas árabes del Mediterráneo. Entonces, estos saquearon el navío *Filadelfia*. El teniente Decatur hundió la embarcación con tal de evitar

que los piratas se apoderaran del botín. Jefferson pagó un rescate por la tripulación, pero finiquitaron la extorsión de Trípoli, aunque Estados Unidos siguió pagando por la seguridad de sus embarcaciones a Túnez, Marruecos y Argelia hasta 1815.

El segundo mandato se abrió bajo los ecos de la compra de Luisiana. Jefferson dijo en su toma de posesión, el 4 de marzo de 1805, en clara alusión a los federalistas: «Sé que la adquisición de Luisiana ha sido desaprobada por el cándido temor de algunos que piensan que ampliar nuestro territorio pone en peligro la Unión. Pero quién puede establecer la extensión a partir de la cual el principio federativo corre peligro». De hecho, patrocinó la expedición de Meriwether Lewis y William Clark hacia el Pacífico a través del río Misuri. Dos años y medio después, y tras recorrer 8.000 millas hacia el noroeste, alcanzó el Pacífico a la altura del río Columbia, en lo que hoy es Oregón. Antes, en 1803, el Congreso había incorporado Ohio a la Unión.

Jefferson no quería echar el candado para siempre a la revolución republicana que proclamó en 1800. Pero la nueva presidencia había abjurado de algunos puntos básicos del programa: por ejemplo, la guerra europea había obligado a subir los impuestos. Prometió que la paz traería una nueva rebaja. Ya hemos comentado que la compra de Luisiana reforzó indirectamente la autonomía y el poder presidencial. Todavía más —y directamente— lo hizo el precedente del privilegio ejecutivo, establecido en 1807 a partir de la negación del presidente a declarar cuando fue citado por el Supremo por el *affaire* Burr. Jefferson se negó a mostrar los papeles y documentos considerados secretos y que pusieran en peligro la integridad de la Unión. Es decir, se arrogó el derecho a escoger la información que entregaba al juez.

LAS CONTRADICCIONES DEL POLÍTICO QUE NO QUISO SER

En marzo de 1809 Thomas Jefferson abandonó la Casa Blanca con una deuda de 24.000 dólares (cuando murió había ascendido a 107.274). Algo que muestra su nula capacidad para administrar su propio patrimonio, pero deja inmaculada su honestidad. Regresó a Monticello, su querida Monticello. Se dedicó a sus plantas y a escribir cartas. Retomó la relación con Adams y en 1825, fundó la

Universidad de Virginia. A Jefferson no se le recuerda por sus logros como presidente sino por sus ideas, que supo defender incluso cuando su conducta las traicionaba.

Jefferson fue producto de sus contradicciones. O bien, si queremos adoptar una actitud más condescendiente respecto de sus principios, se podría afirmar que su escala de valores tenía mecanismos de readaptación o reubicación. Firme partidario del comercio abierto y sin trabas, se negó a que dicha libertad se aplicara a las relaciones con Haití, en pleno proceso revolucionario y de independencia de Francia —el país amigo del presidente—. Jefferson no se consideraba esclavista y sí nostálgico de los logros revolucionarios, pero, como subraya Thomas Bender, «lo que era tolerable en París no lo era en Cap Haitien». Sin embargo, fue su rival, Adams, quien apoyó abiertamente la revolución haitiana liderada por Toussaint-Louverture. En 1806, Jefferson impuso un embargo a Haití, independiente desde 1804 y probablemente gracias a la inestimable ayuda prestada por la Administración de Adams. Argumentó que no se podía comerciar con la isla sin reconocer su independencia; y reconocer su independencia era un «sacrificio ante el altar del despotismo negro y la usurpación». Cierto que se puede sostener que el republicano no quería la independencia de la colonia francesa por sus veleidades francófilas, pero entonces tampoco su posición le permitía abanderar la causa de la igualdad de todos los seres humanos. El virginiano no quería reconocer una república negra. Se trajo de vuelta al cónsul Stevens, partidario de los rebeldes negros haitianos.

Antes, le había confesado a Monroe sus temores a que los blancos fueran expulsados de América. Y a Madison le dijo: «Salvo que se tomen medidas, y pronto, seremos los asesinos de nuestros propios hijos [...]. La tormenta revolucionaria que hoy arrasa el globo caerá sobre nosotros». El que escribe esto es él, el mismísimo Thomas Jefferson, y además, antes de acceder a la presidencia, en 1799. Pickering le había rebatido con vehemencia la decisión de aplicar el embargo sobre la isla: «¿Con qué argumentos puede usted justificar haber cortado los necesarios suministros? ¿Es meramente porque los haitianos son culpables en realidad por su piel, que no tiene el mismo color que la nuestra?». Estados Unidos no reconoció Haití hasta 1862, durante la presidencia de Lincoln y en plena Guerra Civil.

Esta postura, no obstante, no supuso un obstáculo para que Jefferson pudiera

disfrutar de los placeres extraordinarios que le podían suministrar sus esclavas. Tuvo una relación especial con Sally Hemings. En otoño de 1802 la prensa federalista publicó el romance. Todavía no había muerto su esposa. En 1873, un tal Madison Hemings reclamó la paternidad de Jefferson. En los años noventa del siglo xx los historiadores probaron que la relación existió. En el año 2000, la Fundación Thomas Jefferson realizó su propio estudio y corroboró los hechos. Es más, dijo que, con toda seguridad, uno de los hijos de la esclava Sally era del presidente y, probablemente, también los otros cinco. El 12 de abril de 2001, George Bush invitó a una recepción en la Casa Blanca a los descendientes de Jefferson por parte de Martha Wayles, su mujer, y de Sally Hemings, su amante negra.

Sus amigos, entre los que destaca su sucesor, James Madison, siempre le recordaron como un patriota, firme defensor de las libertades y benefactor de la humanidad; un virtuoso en permanente batalla contra el despotismo y la aristocracia (así se expresó el representante de Tennessee, George W. Campbell, que fue secretario del Tesoro con Madison). Y sus adversarios más obstinados como un frívolo afectado de simplicidad, un espíritu ambicioso e ignorante de las consecuencias que podría acarrear que la mayoría creyera a pies juntillas lo que decía. Algo de dadaísmo había en su pensamiento: fue consciente de la enormidad de los tiempos que vivió, lo que le forzó a tomar parte en ellos sin poder resistirse. Se vio obligado a «sumergirse en el bullicioso océano de las pasiones políticas». ¿Realmente llegó a creerse que hubiera preferido no hacerlo? Nunca huyó verdaderamente de la política y acaso salió escaldado de la ingente tarea de gobernar una nación en pleno proceso de expansión territorial y auge económico.

Jefferson dotaba a cada paso de su vida de una solemnidad que contrastaba con la sencillez que quiso imprimir a sus mandatos. Antes de morir liberó a cinco esclavos, entre ellos dos de sus hijos, y todos ellos familiares de Sally. Falleció el 4 de julio de 1826. Exactamente, como ya se ha escrito aquí, el mismo día que Adams. Había perdido la consciencia dos noches antes. Apenas despertó un momento, a primera hora del amanecer del día 3, para preguntar: «¿Hoy es 4?». El médico le respondió: «Pronto lo será».

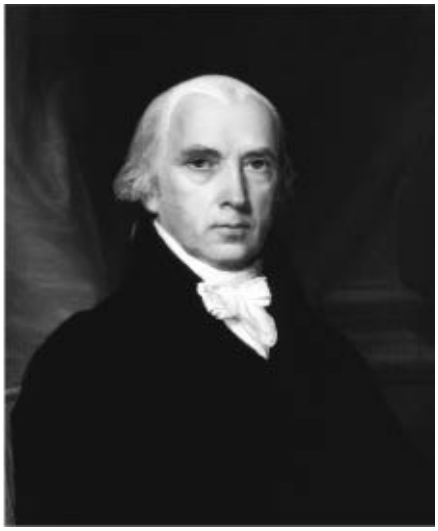
[1] «Aquí fue enterrado Thomas Jefferson / autor de la Declaración de Independencia Americana / del Estatuto de Libertad religiosa de Virginia / y padre de la Universidad de Virginia, y ni una palabra más (*& not a word more*)», dejó escrito en sus papeles.

[2] Según Francis Cogliano, tuvo tres bibliotecas. La primera fue la más pequeña, apenas entre 300 y 400 libros. Tras el incendio no quedó ni un ejemplar. La segunda fue probablemente la más voluminosa biblioteca privada de la América del siglo XVIII: 4.900 títulos y 6.700 volúmenes. Es la que cedió al Congreso. Entre 1815 y 1826, año de su muerte, todavía tuvo tiempo de adquirir otra. Otro autor, William DeGregorio, asegura que la entrega al Congreso no fue una cesión sino una venta, por la que el Capitolio pagó 23.950 dólares. Posteriormente, 2.000 volúmenes desaparecieron tras el incendio de 1851.

[3] Extractos del *Hudson Bee, New England Palladium* y *Columbian Centinel.*

[4] El whisky era el producto básico de los habitantes de los estados fronterizos. No solo lo fabricaban y comerciaban con él, era prácticamente su moneda. Pagaban con whisky la provisión de otros bienes. El impuesto sobre la producción y el consumo acababa con el modo de vida de todos estos rudos pioneros, que además ejercían de parapeto de los indios, a los que se enfrentaban un día sí y otro también. Algunos de ellos denunciaron y se rebelaron contra este impuesto y, en general, contra una nación que no les trataba bien. El juicio acabó en disturbios. Murió un soldado americano. Los territorios amenazaron con la independencia. Hamilton formó una milicia de 15.000 hombres y envió casi 13.000 a sofocar la rebelión. Finalmente detuvo a una veintena. Jefferson dijo que fue la «rebelión invisible». Washington evitó la ejecución de los dos cabecillas. La novela *Los rebeldes de Filadelfia*, de David Liss (Grijalbo, Barcelona, 2010), combina y mezcla los sucesos de esta rebelión con la que protagonizó el capitán Daniel Shays entre septiembre de 1786 y febrero de 1787 para mostrar las disputas entre Jefferson y Hamilton, republicanos y federalistas, y describir los problemas a los que se enfrentó la Unión en sus comienzos.

4. JAMES MADISON: UN MECÁNICO EN EL TALLER DE LA LIBERTAD



16 de marzo de 1751, Port Conway, Virginia - 28 de junio de 1836, Montpelier, Virginia.
Presidencia: 1809-1817.
Partido: Demócrata Republicano.
Matrimonio: Dolley Payne Todd. Se casaron en 1794. Ella tenía veintiséis años. Era viuda y tenía un hijo. No tuvieron hijos juntos.
Formación: Humanidades y Leyes en el College of New Jersey (hoy Princeton).
Profesión: no ejerció como abogado. Fue plantador,
aunque toda su vida se dedicó a la política.

UN PRESIDENTE DE GUERRA

Pequeño y debilucho, ordenado y elegante, tímido y retraído, con voz de pito: así era el padre de la Constitución americana. El hombre de las mil dudas o el sereno y paciente decisor. Lento pero firme. Podía parecer lo contrario y desesperar a propios y extraños, pero tenía las ideas claras. Si no, ¿de qué otro modo alguien podía firmar junto con Hamilton *El Federalista* y a la vez pertenecer al partido de Jefferson; redactar el Plan de Virginia[1] y diseñar el fino mecanismo constitucional americano de reparto equilibrado del poder? O más aún: ¿cómo podría llevar a un país que todavía se debatía entre tener ejército profesional o milicias a una guerra contra la primera potencia mundial? Sin embargo, algunos historiadores críticos se muestran implacables: «Testarudo hasta la estupidez», «carecía de las condiciones necesarias para imponer lealtad a sus subordinados o entusiasmo a la nación».

Hubo cinco presidentes que fueron también padres fundadores porque asistieron al nacimiento de los Estados Unidos desde los congresos continentales hasta la Convención de Filadelfia. Pero solo uno de ellos es considerado el verdadero mecánico de la libertad de América. Madison puso en marcha el famoso *checks and balances*, el sistema de frenos —controles— y equilibrios —contrapesos—. Dijo que América era «taller de la libertad para el mundo civilizado». Pudo haber especificado: el taller de ensayo, pues lo que activó al otro lado del Atlántico fue un sistema completamente nuevo y desconocido en el Viejo Mundo: la primera república contemporánea nacida de la independencia de un imperio; la primera federación de estados; la primera democracia moderna. Era el responsable de tan ingente obra de ingeniería política, además de ayudar a la redacción de la Declaración de Derechos que acompaña la Constitución. No se

trataba únicamente de aplicar la división de poderes, sino de que los que se constituyeran lo hicieran en periodos diferentes para que las corrientes de opinión no los arrastraran a todos a la vez. Los mandatos del Congreso, Senado, presidente y Tribunal Supremo no duraban lo mismo. Madison pensaba que el mayor peligro para la libertad radicaba en el poder incontrolado de las mayorías.

Efectivamente, era virginiano, demócrata republicano y había escrito sobre las bondades del federalismo, pero no había contradicciones: durante la Convención constitucional de 1787 apoyó la existencia de un gobierno nacional fuerte aunque sometido a límites y controles. Como virginiano, quería que su estado, el más poblado entonces —748.000 habitantes—, tuviera mayor protagonismo en el Congreso que los más pequeños —en ese momento Rhode Island y Delaware, que no llegaban a los 70.000—. Pero también era un hombre pragmático que no estaba contagiado por lo que el prestigioso historiador Eric Foner define como el «optimismo congénito» de Jefferson. Madison tenía claro que la revolución no se afianzaría si los estados no se unían para garantizar su independencia. Por eso aceptó que la federación se basara en la representación equitativa en el Senado. Luego, cuando alcanzó la presidencia, nadie dudaba de que iba a defender con uñas y dientes la libertad individual, la propiedad, la Constitución y, sobre todo, la integridad de la nación. De hecho, fue el precursor de la era nacionalista que advino muy pronto, precisamente tras la contienda que él mismo comenzó y trastocó el veredicto de la Historia.

La guerra con Inglaterra condicionó sus mandatos de tal forma que fue considerado un presidente en tiempo de guerra. Y eso que seis semanas después de su discurso de investidura se le aclamó como un pacificador. No se le echó en cara solo la osadía y estupidez de iniciar la contienda —que también—, sino que no supiera pararla. Allí donde causó mayores estragos, en los estados del norte, llamaron al presidente *Mr. Madison's War*. De hecho, hasta los antibelicistas criticaron la Paz de Gante, de diciembre de 1814. Por tres motivos: porque no la trajo (todavía pasó un tiempo hasta que cesaron las hostilidades); porque dejaba las cosas como al principio, o sea, en un empate que ponía mucho más en evidencia la inutilidad del conflicto; y tercero, porque pensaron que decidió entrar en guerra por motivos estrictamente tácticos e instrumentales. Y eso estaba muy mal visto en una sociedad que recelaba de los partidos y el

electoralismo. Solo después de que Jackson certificara el final de la guerra con la victoria americana en la batalla de Nueva Orleans, en enero de 1815, y los americanos comenzaran a sentirse orgullosos de su nación, Estados Unidos curó sus heridas y devolvió con reparos a Madison al panteón de los grandes hombres de América, donde figuraba antes de ganar las elecciones de 1808 y ser evaluado como político, cuando era un insigne estadista.

EN LA TRAMPA DE NAPOLEÓN

Madison llegó a presidente con cincuenta y siete años, después de tres décadas construyendo América. Un padre fundador que iba a echar por tierra su prestigio en el fango de la guerra. Su progenitor también sirvió a la causa de la independencia en el campo de batalla. El propio James quiso alistarse en 1775, pero su frágil salud lo apartó de la milicia y su talento fue reservado para tareas más elevadas. Primero fue delegado de la Convención de Virginia, luego miembro de su asamblea y posteriormente de su Consejo de Estado, donde trabajó junto con Patrick Henry y Jefferson. En 1780 llegó al Congreso Continental. Fue el delegado más joven, tenía veintinueve años. No dudó en apoyar la formación de un gobierno vigoroso y con atribuciones que protegiera mejor a la Unión —al mantenerlo a salvo de las «usurpaciones» del «impetuoso torbellino del Congreso»— que la mera confederación. También reclamó más fondos para la Armada.

Entre 1784 y 1786 volvió a la Asamblea de Virginia. Allí defendió la libertad religiosa. Dado que la conciencia era el derecho más sagrado, ninguna autoridad debía interferir en su libre ejercicio, ni promoviendo credos ni censurándolos. Más tarde, de regreso a la Convención de Annapolis, solicitó una convención constitucional, que comenzó sus trabajos en 1787. En ella se enfrentó a Patrick Henry, lo que le costó perder un asiento en el Senado. Recaló en la Cámara de Representantes —le ganó el sitio a su sucesor en la presidencia, James Monroe —. Las luchas partidistas le aproximaron a Jefferson y le apartaron de Hamilton. Mantuvo una correcta relación con Washington y se opuso con vehemencia a las leyes de Extranjería y Sedición de Adams.

En 1800 hizo campaña a favor de Jefferson y luego fue su secretario de

Estado. Inicialmente solo les separaba la concepción del gobierno, pero la realidad les unió más de lo que les alejaba la teoría. En la práctica, ganaron las tesis de Madison. En 1808 Jefferson hizo lo propio con él y respaldó su candidatura. El adversario a batir dentro de su partido era de nuevo Monroe, apoyado por los republicanos del sur, que desconfiaban de su modelo de gobierno fuerte. Madison ganó la nominación por abrumadora mayoría, pero con mucha polémica. En las urnas se enfrentó al federalista Cotesworth Pinckney, cuya baza era la impopularidad de que gozaba el embargo impuesto por Jefferson. Con todo, Madison se impuso en doce estados, la mayoría de ellos del sur.

Nada más alcanzar la presidencia, el Congreso sustituyó el embargo de Jefferson al comercio con el Imperio Británico por una ley de «no relaciones» que afectaba tanto a Inglaterra como a Francia. Estados Unidos reanudaría relaciones comerciales con la potencia que primero atendiera sus demandas y derogara medidas perjudiciales para la Unión. Madison dio un giro a la política jeffersoniana, desoyó al Congreso y tendió la mano a Inglaterra a través del ministro británico Erskine. La propuesta de hacer tabla rasa no surtió efecto porque el ministro de Asuntos Exteriores inglés, George Canning, desautorizó a Erskine. Madison quedó en evidencia y el Congreso, desorientado, voto en abril de 1810 la reducción de la Armada y sustituyó en mayo la ley de «no relaciones» por la llamada Ley número 2 de Macon, que restauraba el comercio con Inglaterra y Francia. Estados Unidos prometía a ambas que la primera que reconociera sus derechos naturales recibiría trato comercial preferente y, en consecuencia, suspendería relaciones con su enemigo.

El comercio americano repuntó en 1811. De momento, todo iba bien. De hecho, en octubre de 1810 Madison le dio un bocado a la Florida española y se hizo con un pedazo de Florida Occidental, gracias a que sus habitantes se rebelaron contra la presencia española. Dos años más tarde, el presidente concluyó la tarea. Entretanto, Napoleón comunicó a Madison que revocaría decretos contra buques americanos. John Quincy Adams, entonces embajador en Rusia, le advirtió de que era una artimaña, que Napoleón solo quería lanzar a Estados Unidos al precipicio de la guerra contra Inglaterra. Madison cayó en la trampa y en noviembre de 1810 restableció relaciones comerciales con Francia, que a pesar de todo seguía confiscando navíos americanos.

El 2 de marzo de 1811 suspendió toda relación con Gran Bretaña, que sufrió duramente los efectos del embargo. Estados Unidos había vuelto a la casilla de salida de 1807. El Parlamento británico, aunque estaba dispuesto a ello, no tuvo casi tiempo de derogar sus leyes restrictivas, pues el Congreso americano —donde habían desembarcado en noviembre de ese año unos jóvenes republicanos de Kentucky, Tennessee, Búfalo, Nueva York y Carolina del Sur, llamados los *halcones de la guerra*—,[2] se apresuró a votar la resolución de Madison el 18 de junio de 1812. La Cámara de Representantes se decantó por abrir fuego: setenta y nueve votos a favor y cuarenta y nueve en contra; el Senado, por un estrecho margen, también: diecinueve a trece.

Massachusetts, Connecticut, Rhode Island, New Hampshire, Nueva York, Nueva Jersey, Maryland y Vermont manifestaron su rechazo a la contienda. La Asamblea de Rhode Island se negó a enviar a su milicia y el gobernador amenazó con desobedecer cualquier orden que creyera contraria a la Constitución. Por su parte, el gobernador de Massachusetts convocó un ayuno público para protestar por la guerra «contra la nación de la que descendemos» y las campanas redoblaron en señal de duelo. El 15 de diciembre de 1814, delegados del Partido Federalista de Nueva Inglaterra (excepto New Hampshire y Vermont) se reunieron en Hartford, Connecticut, para condenar la guerra, que había supuesto la ruina de la próspera economía del norte. La Convención de Hartford consideró la disolución de la Unión después de emitir un informe que sugería la secesión. Finalmente, debatieron únicamente sobre la reforma constitucional. Sus propuestas llegaron a Washington en enero, cuando Estados Unidos ya había ganado la guerra, lo que hirió de muerte al Partido Federalista, que jamás se repuso del golpe y acabó por desaparecer.

Por otro lado, los autodenominados republicanos *puros* rechazaron toda esa «jerga patriótica», esa propaganda que apelaba a la conquista de Canadá, la defensa contra los indios —instigados por Inglaterra— y la necesidad de expansión hacia el oeste. Ninguna de estas razones justificaba la guerra, que estalló como resultado de la división progresiva entre anglófilos y francófilos. La tensión alcanzó tal punto que un periódico federalista fue asaltado en Baltimore. La muchedumbre molió a palos a sus trabajadores; algunos murieron y el editor quedó malherido.

Además, parecía un sarcasmo que el Congreso se fuera de vacaciones en

verano de 1812 sin aprobar un aumento de la provisión de fuerzas navales. La elección de noviembre de ese año no enfrentaría a federalistas y republicanos, ni siquiera a los amigos de Francia contra los de Inglaterra, sino a belicistas contra pacifistas. El candidato de estos últimos fue DeWitt Clinton, un republicano de Nueva York que se impuso en casi todos los estados del norte. Pese a todo, el principio de «en tiempos de guerra no se sustituye al comandante en jefe» se aplicó por segunda vez y Madison resultó reelegido, inaugurando así, y quizás a su pesar, la era del nacionalismo americano. «La guerra era justa en su origen, necesaria y noble en sus objetivos», declaró en su discurso inaugural de 1813. Pero lo peor estaba por llegar. La entrada de las tropas británicas el 24 de agosto de 1814 en Washington supuso una humillación sin parangón. Incendiaron la Casa Blanca, el Capitolio y los principales edificios de la ciudad. El presidente tuvo que abandonar Washington.

Mientras, en Inglaterra, «la mitad de la gente no sabía que su país estaba en guerra con América y la otra mitad lo había olvidado». En abril de 1814 cayó Napoleón, quien puso el señuelo para distraer a Gran Bretaña. Ambos países firmaron otra Paz de París y Europa se reorganizó en Viena y luego en Verona. La guerra no tenía sentido y América estaba lejos. Las fuerzas de la Unión se habían concentrado en la defensa de la capital, pero eran infinitamente menos expertas que las británicas. La tragedia de la llamada Segunda Guerra de Independencia pudo ser mucho peor. Afortunadamente emergió la figura de dos futuros presidentes, John Quincy Adams, que negoció, junto con otros, la firma del Tratado de Gante, en las vísperas de Navidad de 1814, para dejar las cosas como estaban; y Andrew Jackson, que orientó la lucha hacia el sur, donde debilitó las posiciones británicas. Ese mismo año, un poeta aficionado, Francis Scott Key, escribió las cuatro estrofas de «The Star-Spangled Banner», lo que se convirtió años más tarde en el himno americano.

Las postreras victorias americanas permitieron que el retiro de Madison fuera un poco más dulce. Aunque sus críticos no olvidaron que también abjuró de sus viejas peleas con Hamilton por la creación de un Banco Nacional. Madison no lo quería, pero se vio obligado a permitir su reapertura en 1816, tres años después de su cierre, para financiar los gastos derivados de la guerra. Se retiró a su casa de Montpelier (Virginia) en marzo de 1817. Se dedicó a escribir; volvió fugazmente a la política como delegado de su distrito en la Convención

constitucional de Virginia, celebrada en Richmond en 1829; y relevó a Jefferson como rector de la Universidad de Virginia. No se libró de sus etiquetas: «Marioneta de Jefferson», «teórico sin habilidades políticas», «falto de carácter» y apto solo para «llevar al país a la ruina».

Siempre nos quedará la duda de si fue un federalista que se proclamó demócrata republicano en cuanto que virginiano o realmente fue un demócrata republicano que se comportó, en virtud de las circunstancias, como un federalista. Lo cierto es que tras su presidencia la Unión salió fortalecida, el poder ejecutivo creció sin freno y no es discutible considerarlo, como subraya Jack Rakove, «el más penetrante pensador de su generación». Murió el 28 de junio de 1836, no sin antes advertir que, tras cerrar el conflicto entre anglófilos y francófilos, la esclavitud pondría pronto en peligro la integridad de la Unión.

[1] Durante la Convención de Filadelfia se presentaron dos planes: el de Nueva Jersey, apoyado por los estados pequeños; y el de Virginia, impulsado por los estados más poblados y por aquellos que esperaban convertirse en populosos. Los primeros defendían el mecanismo de votación de un estado-un voto; los segundos querían que el número de delgados variase en función de los habitantes. Las posiciones eran irreconciliables. El Compromiso de Connecticut estableció que cada criterio se aplicara en una de las dos cámaras del Congreso. El primero prevaleció en el Senado, el segundo en la Cámara de Representantes.

[2] Entre los más destacados estaban Henry Clay y John Calhoun, que, impacientes, acusaban a Madison de contemporizar al no decretar el reclutamiento forzoso.

5. JAMES MONROE: AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS



28 de abril de 1758, Westmoreland, Virginia - 4 de julio de 1831, Nueva York.
Presidencia: 1817-1825.
Partido: Demócrata Republicano.
Matrimonio: Elizabeth Kortright. Tuvieron tres hijos. Solo dos, Eliza y Maria, sobrevivieron. El tercero falleció a los dos años.
Formación: Humanidades en el William and Mary College; posteriormente aprendió Leyes con Jefferson.
Profesión: ejerció de abogado entre 1786 y 1790.

UNA DOCTRINA DE POLÍTICA EXTERIOR PARA DOS SIGLOS

Fue el último de la dinastía de los virginianos, el último de los padres fundadores que llegó a la presidencia y el último presidente proclamado sin oposición —el primero había sido Washington—. Sin duda, fue el menos brillante de los moradores de la Casa Blanca hasta ese momento, pero tenía la extraña habilidad de caer bien. Era franco y amable. En eso se parecía también a Washington. Ambos tenían complexión fuerte, aunque Monroe era mucho más bajo. Cuentan que descendía de Enrique III, rey inglés del siglo XIV; y que su bisabuelo, tras servir a Carlos I en la Guerra Civil inglesa, fue condenado al exilio. Así llegaron sus antepasados a Virginia, donde la familia se ganó su buena reputación.

Cautivado por las ideas de la independencia, abandonó sus estudios y se alistó en el Ejército Continental, en la milicia de Virginia, desde marzo de 1776 hasta diciembre de 1778. En diciembre de 1776 formó parte del destacamento comandado por Washington para tomar Manhattan. Cruzó junto al general el río Delaware y luchó en la batalla de Trenton. Solo por eso ya habría pasado a la Historia. Sin embargo, su nombre aparece siempre asociado a una doctrina que definiría en el futuro la política exterior estadounidense, aunque se apelaría a ella algunos años después de anunciarse, sobre todo después de la Guerra Civil y no siempre manteniendo intacto su espíritu.

En su mensaje anual al Congreso, el 2 de diciembre de 1823, Monroe declaró que la política exterior americana se ceñiría al continente americano, concretamente al hemisferio occidental. Tras el fiasco de la última guerra, Estados Unidos se abstendría de tomar parte de lo que ocurriera en Europa —incluido el conflicto en Grecia por su independencia del Imperio Otomano—;

mientras, el Viejo Continente debía olvidarse de cualquier plan de intervención o recolonización de América. A cambio, Estados Unidos no se inmiscuiría en las colonias europeas ya establecidas. Los países de América Central y del Cono Sur habían aprovechado el vacío de poder en el trono español en 1808 para declarar su independencia. Bebieron de las fuentes de la Declaración americana y muchos trataron de importar su sistema de gobierno.[1] Estados Unidos creyó que esos procesos de independencia se parecían al suyo y debía proteger a las jóvenes repúblicas. En el fondo había un interés mucho menos altruista: aplicar el principio jeffersoniano de coerción pacífica. La última guerra había truncado los propósitos de Thomas Paine, pero el plan seguía siendo el comercio.

Inglaterra invitó a Estados Unidos a firmar un acuerdo contra la intervención de cualquier país europeo en América y la posible reclamación de Rusia de sus derechos territoriales en Alaska, que podrían ampliarse inopinadamente hasta Oregón. Gran Bretaña temía por su comercio atlántico. Jefferson y Madison le aconsejaron aceptarlo. John Quincy Adams, entonces su secretario de Estado y gran conocedor de las cancillerías europeas, le recomendó lo contrario. Estados Unidos debía actuar solo, mucho más en su continente. No debía parecer que se supeditaba a los intereses de ninguna nación. Inglaterra acabaría apoyando la iniciativa de todos modos, le convenía. El futuro presidente ayudó a Monroe a redactar su discurso. «Debemos considerar como un atentado todo intento de extender su sistema a cualquier parte de nuestro hemisferio, un peligro para nuestra paz y seguridad».

La Doctrina Monroe no fue una amenaza lanzada contra las potencias europeas, ni mucho menos. Estados Unidos no tenía un ejército capaz de desafiarlas. Pero el programa contaba con un aliado de excepción: Gran Bretaña. Los intereses de ambos países por fin coincidían y le ayudaría a garantizar el cumplimiento del plan. De ahora en adelante, Inglaterra sería el primer aliado norteamericano. Por su parte, Estados Unidos se presentaba como el protector de la estabilidad de todo el continente. La doctrina se convirtió en la piedra angular de la política exterior estadounidense durante todo el siglo XIX y gran parte del XX,[2] apenas modificada por los dos Roosevelt: el Corolario de Theodore —que autorizaba a Estados Unidos a poner orden en los estados mal gobernados de América del Sur— y la Política de Buena Vecindad de Franklin Delano.

No obstante, no todos los presidentes la aplicaron o entendieron de la misma

manera, si bien recurrieron a ella para justificar sus acciones en el exterior aunque traicionaran sus principios. Unos creyeron que sencillamente llamaba al aislacionismo; otros, que obligaba a Estados Unidos a erigirse en la salvaguardia y defensa democrática o liberadora de un continente permanentemente tentado de sucumbir ante el caudillismo o presa fácil de las tiranías; algunos consideraron que su hegemonía le permitía erigirse en árbitro de conflictos; y los de más allá pensaban que otorgaba licencia para la colonización económica. Sirvió para hacer la guerra a España en Cuba, para proclamar la independencia de Panamá, para proteger intereses comerciales en Venezuela y, finalmente, durante la Guerra Fría, se apeló a la Doctrina Monroe para tratar de mantener alejado al comunismo de América. Lo hizo por primera vez Eisenhower, en 1953, promoviendo una operación militar en Guatemala para derribar al gobierno de Jacobo Arbenz Guzmán.

LA ERA DE LOS BUENOS SENTIMIENTOS

De puertas para adentro la Doctrina Monroe afianzaba todavía más la autoridad presidencial (igual que el juez John Marshall, al frente del Tribunal Supremo durante treinta y cuatro años, había contribuido con sus sentencias a centralizar el poder). De modo que cuanto más se alejaba Estados Unidos de sus principios fundacionales más crecía como gran potencia. Curiosamente fueron los tres presidentes virginianos y demócrata-republicanos los que consolidaron el programa federalista. El nacionalismo americano emergente, cocido a fuego lento y sazonado con la última guerra librada por Madison, se llevó por delante al Partido Federalista, cuyos argumentos antibelicistas fueron acallados por el fervor patriótico. En consecuencia, la presidencia de Monroe fue la antesala de la recomposición del sistema de partidos.

Monroe fue inicialmente un demócrata convencido. Como miembro del Congreso Continental, entre 1783 y 1786, se mostró partidario de conceder tierras a los veteranos que sirvieron a la causa de la independencia y fue un celoso defensor de los poderes del Congreso. Tuvo asiento en el Senado entre 1790 y 1794, alineándose en torno a Jefferson. Apoyó la Declaración de Neutralidad de Washington, aunque desconfió de la medida porque sentaba un

precedente que permitía en el futuro al presidente declarar la guerra sin el respaldo de las cámaras. También se opuso a la creación de un ejército permanente. Como ministro americano en Francia (1794-1796) no le fue fácil explicar la política de neutralidad a sus aliados a la vez que les reclamaba préstamos para hacer frente a las deudas de la nueva nación.[3] Como buen francófilo se opuso al Tratado de Jay, lo que le costó su cargo en París.

Volvió a Virginia como gobernador (1799-1802) e hizo campaña por Jefferson en 1800. El nuevo presidente lo envió como ministro a Gran Bretaña. Previamente negoció la compra de Luisiana. Fracasó en las negociaciones con Inglaterra para evitar las confiscaciones de buques americanos. Dejó Londres tras la Ley de Embargo y viajó a España para tratar sobre los límites de Florida. Tampoco consiguió gran cosa. Tras un breve paso de nuevo por la gobernación de Virginia se convirtió en secretario de Estado con Madison. No tuvo tiempo de presentar un plan de paz con Gran Bretaña. El conflicto había llegado demasiado lejos: «La guerra no puede ser tan injuriosa como el presente estado de cosas», declaró. Dio la orden al Departamento de Estado de recoger todos los documentos importantes, incluida la Declaración de Independencia, y depositarlos en Virginia ante la inminente llegada de los ingleses a la capital.

Terminó la administración de Madison como secretario de Guerra. En 1815 Monroe ya era el favorito para suceder al presidente. Dentro de su partido se impuso al antibelicista William H. Crawford, de Georgia. Compitió por la presidencia contra el federalista de Nueva York Rufus King, coautor de la Ordenanza del Noroeste, declarado seguidor de Hamilton y abolicionista. Monroe barrió a su oponente. Se impuso en dieciséis estados. Solo perdió en Connecticut, Delaware y Massachusetts.

La reelección, en 1820, fue todavía más fácil. Prácticamente no tuvo oposición en sus filas, de modo que su partido no presentó alternativa en el caucus de abril. Mucho menos el rival. Los federalistas habían desaparecido del mapa arrastrados, como ya se ha dicho, por la marea de euforia posbélica desatada tras el empate con Inglaterra. Por si fuera poco, Andrew Jackson sofocó una rebelión india semínola y penetró en Florida como advertencia a España de que no toleraría desórdenes que pudieran afectar a sus territorios. En suma, no hubo campaña electoral. Hasta John Adams, el primer presidente federalista, se declaró partidario de Monroe, que a su vez afirmó que los partidos eran una

«maldición» para el país. Solo un elector del Colegio votó en contra: el gobernador William Plumber, de New Hampshire. Durante un tiempo se dijo que lo hizo para preservar el lugar de George Washington en la Historia como único presidente proclamado por unanimidad. Años más tarde su hijo escribió en una biografía sobre su padre que lo hizo porque realmente estaba en contra de Monroe.

El presidente centró su primer discurso inaugural, en 1817, en subrayar la necesidad de preservar la independencia política y económica de los Estados Unidos para asegurar la prosperidad y la libertad de la nación; el segundo, en 1821, fue un alegato contra las facciones y a favor del orden, la unidad y la democracia, representados por un pueblo soberano, un gobierno eficiente y un sistema electivo en todos sus órdenes.[4] Monroe se había hecho con gran parte de la partitura federalista e inauguró la «era de los buenos sentimientos», que no fue más que una efímera ilusión, la de una América sin partidos, sin fisuras, sin divisiones. La expresión apareció por primera vez en 1817 en un periódico de Boston, el *Columbian Centinel*, cuando Monroe carecía ya de adversarios políticos. El país recuperaba parte de sus esencias y el presidente personificaba la unidad de la nación.

Todo era un espejismo, pronto brotaron nuevamente los problemas y las facciones, y entre todos ellos, la esclavitud iba a capitalizar gran parte de la lucha política de los años venideros. El equilibrio respecto de esta cuestión era débil. En 1819, Misuri, colonizado por sureños y con un 10 por ciento de población esclava, pidió su admisión en la Unión. Estaba demasiado al norte y podía alterar el estado de cosas. En 1820 se firmó el Compromiso de Misuri por iniciativa del senador de Kentucky Henry Clay: Misuri se incorporaría definitivamente como estado esclavista en agosto de 1821; antes, Maine, separado de Massachusetts, lo haría como abolicionista. Igualmente se estableció una línea divisoria en el paralelo 36º 30’ que separaría, en el futuro, a los estados libres de los esclavistas.[5] Misuri, situado al norte, era la única excepción. Muy poco después se demostró que la solución era provisional.

Además, cuando no hay partido de oposición, los controles no funcionan. Paul Johnson, británico y muy crítico con el barniz de esplendor que algunos historiadores aplican a los años fundacionales, dice que durante los mandatos de Monroe y John Quincy Adams tuvo lugar «la primera gran era de corrupción de

la política americana». Más allá de casos de malversación y sobornos, la corrupción «también era el debilitamiento de la integridad constitucional que conllevaban los pactos secretos», el nepotismo, el tráfico de influencias... Dos miembros de la Administración y candidatos en la elección presidencial de 1824, Calhoun y Crawford, se acusaron mutuamente de «negocios turbios».

Durante la presidencia de Monroe, España cedió Florida a los Estados Unidos. Fue en 1819, año en que se produjo, producto de la fiebre especulativa en el oeste y las consecuencias de la guerra, un pánico bancario y la primera crisis americana, que se prolongó hasta 1821. En 1818, Estados Unidos e Inglaterra firmaron sendos acuerdos de desmilitarización de los Grandes Lagos y de comercio pesquero. El presidente impulsó las infraestructuras, sobre todo en el oeste, para facilitar la expansión territorial. Tras su retiro, comenzó a redactar sus memorias, que no completó, igual que un libro que comparaba la república americana con las antiguas democracias de Grecia y Roma. Fue el tercer presidente que murió un 4 de julio, esta vez de 1831. Su vicepresidente, John Calhoun, le describió así: no era un «hombre brillante, pero pocos tuvieron su sabiduría, firmeza y devoción por su país». Sus críticos insistieron en su «respetable mediocridad» y un periódico federalista tituló en 1799: «La desgracia de Virginia se resume en una frase: “Monroe ha sido elegido gobernador”».

[1] Durante la presidencia de Monroe redactaron sus correspondientes declaraciones de independencia: Chile (1818), Perú, Guatemala, El Salvador, México, Nicaragua, Costa Rica y Panamá (1821), Brasil (1822) y Nicaragua (1823) [que se separaba de las Provincias Unidas de América Central, que a su vez firmaron su propia declaración el 11 de julio de 1823, diez días después de la de Nicaragua]. En los años anteriores se dictaron solemnemente otras declaraciones: Haití (1804), Colombia (1810), Venezuela y Nueva Granada (1811), así como la Declaración de Independencia de la América Septentrional [en México] (1813) y Argentina (1816).

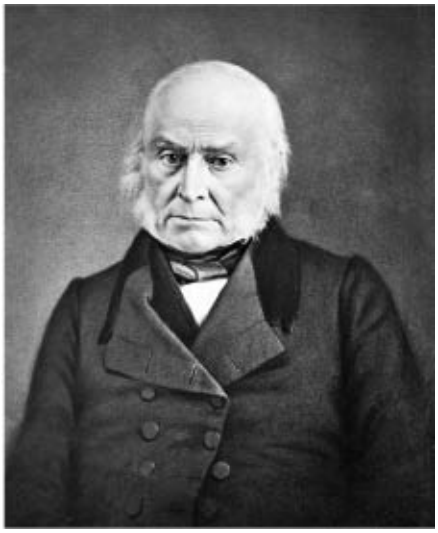
[2] De hecho, Estados Unidos no intervino en ninguna de las dos guerras mundiales hasta que no vio peligrar su integridad y se perdieron vidas americanas con sendos atentados contra su Armada o territorio: el 7 de mayo de 1915 los alemanes hundieron, en aguas de las Islas, el buque británico *Lusitania*. Murieron 128 americanos, que se sumaban a los 209 fallecidos en la guerra submarina en el Caribe y América Central. El 6 de abril de 1917, Estados Unidos entró en la Primera Guerra Mundial. Posteriormente, mediada la Segunda Guerra, el 7 de diciembre de 1941, la aviación japonesa bombardeó la base militar de Pearl Harbor, en Hawái. Murieron 2.500 personas; hubo 1.178 heridos. Nueve horas después fue atacada otra base americana ubicada en Filipinas. Al día siguiente, Estados Unidos declaró la guerra a Japón.

[3] Allí tuvo que interceder por la libertad de Thomas Paine, entusiasta de la Revolución Francesa y apresado por el terror jacobino. Afortunadamente, la vuelta de los girondinos al poder tras el golpe de Termidor facilitó la gestión diplomática.

[4] Durante su primera presidencia se había aprobado el sufragio extendido a todos los hombres blancos en varios estados. Los cinco estados que se incorporaron durante sus dos mandatos aplicaron también el sufragio a los hombres libres. Las constituciones de los estados reconocieron más cargos electivos y cada vez más estados tenían voto popular para la elección del presidente.

[5] La línea divisoria ya existía. Se la conocía como la Línea Mason-Dixon, en honor de dos exploradores ingleses, que la establecieron entre 1763 y 1767 para dividir Pensilvania y Maryland (entre los paralelos 39º y 40º). Extendida al oeste del río Ohio, quedó definitivamente fijada en los 36º de latitud oeste y 30’ norte.

6. JOHN QUINCY ADAMS: A LA SOMBRA DEL VIEJO NOGAL



11 de julio de 1767, Braintree (hoy Quincy), Massachusetts - 23 de febrero de 1848, Washington DC
Presidencia: 1825-1829.
Partido: Demócrata Republicano.
Matrimonio: Louisa Catherine Johnson. Tuvieron cuatro hijos, solo tres (George, John y Charles) sobrevivieron a la infancia.
Formación: Leyes en Harvard College.
Profesión: abogado y diplomático.

EL VIEJO HOMBRE ELOCUENTE

Sería muy exagerado afirmar que se trata de la maldición de los Adams, pero lo cierto es que su padre y él fueron los únicos presidentes hasta ese momento que solo dispusieron de un mandato. John Quincy fue además el segundo proclamado en la Cámara de Representantes y no por el Colegio Electoral. Y es que nunca antes habían llegado al *sprint* final de la carrera por la presidencia tantos candidatos emparejados. La campaña de 1824 fue distinta a las anteriores. Y caótica. Concurrieron finalmente cuatro contrincantes, todos del mismo partido pero separados por lealtades territoriales. Ya no existía el Partido Federalista, aunque bien podía John Quincy haber defendido su programa. La elección supuso la posterior escisión del Partido Demócrata Republicano en dos facciones: los demócratas y los whigs[1] (posteriormente también conocidos como nacional republicanos). Los primeros abrazaron la causa de la redistribución social y los derechos de los estados; los segundos, entre los que ya se encontraba Adams en 1828, heredaron los planteamientos federalistas, las demandas de los comerciantes y manufactureros del norte, el abolicionismo y sobre todo aglutinaron en torno a sí a la oposición a Jackson.

Todos los candidatos, excepto el aclamado Andrew Jackson, el *Viejo Nogal* —fino, largo y firme— eran ya curtidos políticos profesionales que habían desempeñado distintos cargos de relevancia con Madison y Monroe. Precisamente se impuso Jackson tanto en voto popular —dieciocho estados lo permitieron— como en número de estados. Adams quedó segundo; Crawford, tercero; Clay, cuarto; y Calhoun retiró su candidatura para negociar la vicepresidencia. Como ninguno obtuvo la mayoría de votos del Colegio, hubo de aplicarse la Duodécima Enmienda constitucional, de 1804: la Cámara de

Representantes eligió al presidente entre los tres más votados el 9 de febrero de 1825. Adams recibió el apoyo de trece estados.[2] Según el diario del Congreso, ese día se escucharon aplausos y silbidos en los pasillos. La sesión se suspendió hasta que se restableció el orden. Se denunció un «pacto corrupto» entre Adams y Clay —que se reservó la Secretaría de Estado— y arreciaron las críticas al sistema: precisamente cuando más ciudadanos tenían derecho al voto y podían participar de la elección del presidente, las decisiones se tomaban a puerta cerrada.

Jackson gozaba del cariño de la gente y de un bien ganado prestigio militar; Adams era un hombre huraño que parecía vivir a disgusto consigo mismo; de gesto adusto; misántropo, serio, distante, melancólico, tendente a la depresión, malhumorado... A veces deseaba, confesó en alguna ocasión, que su vida terminase. Así trazó su propio perfil: «Soy reservado, frío, austero y de incómodos modales». Sabía que nunca sería popular. No podía serlo. Su padre quiso que llegara lejos. Sí, soñó con la Casa Blanca. Pero le educó para ser un extraordinario hombre de Estado, no un político. «No pretendo ser repulsivo; sin embargo, no tengo el poder de la fascinación». Cierto. Si John Adams encontró en Jefferson su talón de Aquiles; a John Quincy le había tocado lidiar contra Andrew Jackson. Le batió en las alturas de la Cámara de Representantes en 1824, pero no pudo con él en 1828 en la arena de las pasiones, a ras del pueblo, donde no cuenta ser el diplomático mejor preparado y con más experiencia de su generación, hablar varias lenguas o tener una mente preclara. Siempre cargó con el peso de que su elección se había producido en los mismos términos que un «trato con caballos».

Al no gobernar en tiempos convulsos ni de urgencias morales, asegura el historiador John P. Diggins, su presidencia pasó inadvertida. Son las ironías de la política. John Quincy Adams es quizá el presidente más apolítico de la Historia de América, siempre prefirió «la disciplina a la conveniencia», y como escribió a su padre en 1816, siendo ministro para la Gran Bretaña, «Nuestro país puede tener éxito o no, pero tanto en el éxito como en lo contrario, siempre recto». No obstante, a su esposa, a la que conoció en Londres, le pudo la presión y abandonó Washington cuando John Quincy fue elegido presidente. No soportó la campaña difamatoria contra su marido. Los cuatro años que lo sobrevivió los dedicó a recuperar su legado. Antes, en 1844, los abolicionistas del norte le

reconocieron como *The Old Man Eloquent*, el «viejo hombre elocuente». Pero ese episodio corresponde a sus años de congresista, después de abandonar la Casa Blanca.

FUEGO EN EL SUR

John Adams identificó enseguida cuál de sus vástagos haría carrera en el Congreso y quién sabe si algún día aspiraría a la presidencia. Muy pronto, John Quincy abrió su despacho de abogados. Apenas tenía veintitrés años. También acompañó a su padre en algunas de sus misiones diplomáticas en Europa. Su formación, experiencia y desenvoltura con el holandés le valieron su primer cargo público: George Washington le designó ministro para los Países Bajos (1794-1797). Allí negoció la deuda contraída por la revolución y reportó a su padre acerca de lo que estaba ocurriendo en Francia. Después fue destinado a Portugal, pero no llegó a tomar posesión. John Adams ganó la presidencia y prefirió enviarlo a Prusia. Abigail Adams lo consideraba un destino mucho menos amable, pero el terco y obstinado John creyó que curtiría mejor a su hijo y su trabajo sería sin duda mucho más provechoso. Firmó el tratado de comercio de 1799. Los Estados Unidos ganaron un nuevo aliado.

Tras un breve paso por el Senado de Massachusetts, en 1803 tomó asiento en el Senado federal. Entretanto había tenido sus dos primeros hijos: a uno lo llamó George Washington y para el otro, nacido un 4 de julio, solo había un nombre posible, en honor del segundo presidente: John Adams II. En el Senado se significó como jeffersoniano: aprobó la compra de Luisiana y la polémica Ley de Embargo. También votó en contra de la Duodécima Enmienda, que separaba la elección de presidente de la de vicepresidente. Su respaldo a Jefferson le costó caro en el Boston federalista y perdió la reelección. Madison lo recuperó como ministro para Rusia —otro destino cruel para una madre—. Como ya sabemos, no le hizo caso cuando le avisó de la trampa de Napoleón. Entabló buenas relaciones con el zar Alejandro I. Rehusó volver a Washington para ocupar un puesto en el Tribunal Supremo y lideró las negociaciones del Tratado de Gante de 1814, que, según algunas fuentes, se demoraron seis meses porque la comitiva era dispar. El acuerdo le valió el cargo de ministro para Gran Bretaña,

donde restableció las relaciones con la entonces denostada madre patria. Finalmente, como ministro de Estado del quinto presidente, definió la Doctrina Monroe. Antes había apoyado decididamente la expansión al oeste: «Los Estados Unidos y Norteamérica son la misma cosa», anotó en su diario en 1819.

Su currículo era inigualable y su independencia de criterio y agudeza analítica estaban fuera de toda duda. Pero su carácter y su visión un tanto apocalíptica del futuro[3] —casi siempre cargada de razón— le perdían. Aunque lo que realmente dio al traste con sus posteriores aspiraciones de reelección fue la emergencia del hombre común, de un héroe de guerra, el general Andrew Jackson. Nunca se rehízo de aquella campaña y elección plagada de negociaciones y contrapartidas. La idea de que el candidato del pueblo había sido relegado por la sombra alargada del Capitolio pesó como una losa sobre el circunspecto John Quincy Adams, la persona menos indicada para sobreponerse a tal adversidad. Adams siempre decía lo que pensaba independientemente de las consecuencias de sus palabras. Ignoraba que con la extensión del sufragio, el voto popular para influir y luego decidir la elección presidencial y la figura de Jackson, se abría paso la política de masas. Y el futuro presidente Jackson sabía lo que eso significaba: sus partidarios gritaron «robo» cuando se supo que la Casa de Representantes eligió a Adams. Y no hablaron de la negociación con Clay sino de la mera «compra de voluntades». Cierto es que Clay sondeó a los dos aspirantes. Jackson no quiso saber nada y Adams se reunió con él dos veces. Cierto es también que Adams obtuvo el voto de Kentucky —o sea, de Clay—, un estado donde no le había votado nadie.

En su discurso inaugural aseguró que gobernaría sin pasiones partidistas, sin rencores ni favoritismos. Ignoraba que el viento había cambiado de dirección: el sur comenzaba a sentirse incómodo en la Unión. La respuesta patriótica, unionista y federal ya no encajaba. Acometió obras públicas, proyectó algunas reformas que frenó el Congreso —como la construcción de un observatorio astronómico nacional o una academia naval— por considerarlas demasiado ambiciosas y apoyó la participación de Estados Unidos en el Congreso de Panamá, promovido por el libertador americano Simón Bolívar para fomentar las relaciones panamericanas en 1826. Los estados del sur temieron que el Congreso se utilizara para condenar la esclavitud y boicotearon la presencia de Norteamérica. Ese año los Estados Unidos celebraban medio siglo de

independencia. También murieron su segundo y tercer presidente. La Unión comenzaba a tambalearse.

En 1827 los indios cherokees redactaron su propia Constitución para evitar ceder más tierra, ser asimilados, expulsados o directamente exterminados por los americanos. Estaban distribuidos por Georgia, Carolina del Norte, Tennessee y Alabama. Georgia presionaba al presidente para que los enviara al oeste. Adams se negó y el estado recurrió al Supremo, que en 1823 había declarado que el derecho de ocupación estaba supeditado al derecho de descubrimiento. Total, que los cherokees vivían en territorio americano. Esta doctrina se extendió por otros estados del sur. Finalmente Adams cedió, no reconoció la nación cherokee y los trasladó al oeste. El problema solo se pospuso un mandato y medio.

Pero sin duda, de todas las iniciativas, la más polémica fue la elevación de las tasas tarifarias —o tarifas arancelarias— en mayo de 1828, tomada a punto de concluir el mandato. Generaron tal crispación que fueron conocidas como las tarifas abominables, leyes de abominación o tarifas repugnantes. Existían desde 1816 y gravaban la importación de bienes de primera necesidad para proteger la industria manufacturera, fundamentalmente del norte, y el precio competitivo en el interior de las materias primas del oeste. El mercado del sur sufrió las represalias extranjeras y dejó de exportar sus cosechas de arroz y algodón, principalmente.

Por principio, los jacksonianos se oponían a las tasas —después de 1824, antes no—, pero 1828 era año electoral y lanzaron un órdago: sus congresistas aprobaron elevar los impuestos sobre las materias primas y no tanto sobre los productos manufacturados. Por un lado querían generar división en los congresistas de Nueva Inglaterra. Algunos apoyarían la propuesta; otros la rechazarían y quedarían en evidencia. Ya con Jackson en la Casa Blanca, Carolina del Sur se rebeló contra la medida, declarándola «inconstitucional, injusta y opresiva». Estalló la crisis de la anulación. Un aviso serio de que tarde o temprano algún estado podía declararse en rebeldía si las leyes federales contravenían los intereses de un Estado.

Por una cosa o por otra, Adams perdió la reelección ante su bestia negra, el Viejo Nogal. No acudió a su toma de posesión. Su retiro duró poco, al año siguiente ya era miembro de la Cámara de Representantes, donde permaneció diecisiete años. Hasta el final de sus días. De hecho, estaba a punto de cerrar una

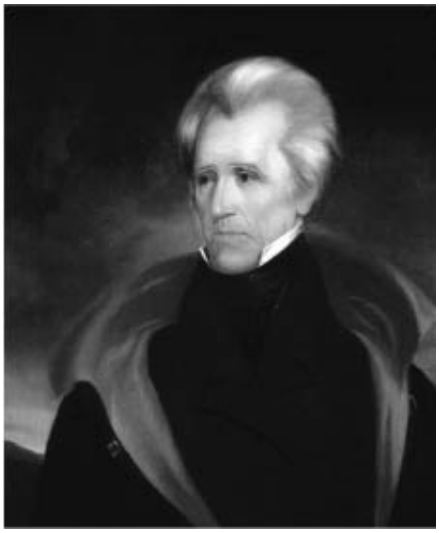
airada y magnífica intervención contra la recientemente finalizada guerra con México cuando sufrió un infarto cerebral. Falleció a los tres días. Tenía ochenta años. Como congresista apoyó la continuidad del Banco Nacional, se opuso a la anexión de Texas y votó en contra de la guerra con México —su máxima de «Estados Unidos y Norteamérica son lo mismo» no era aplicable si el precio era una nueva contienda—. Como en esta ocasión, en otras muchas también se vio en minoría. Nunca le importó. Su éxito y prestigio sobrevenido llegó con su lucha contra la ley mordaza. Por fin pudo poner en evidencia las contradicciones de Jackson. Lástima que, después de tanto esfuerzo, la última recompensa le llegara cuando el Viejo Nogal había abandonado la Casa Blanca.

[1] La denominación proviene del sistema de partidos inglés durante el siglo XVIII y parte del XIX, compuesto por tories y whigs. Los primeros eran conservadores de las tradiciones británicas, partidarios de mantener el sufragio limitado y la representación virtual; los segundos eran defensores de la extensión de las libertades individuales y del poder del Parlamento frente al rey. Se consideraban legítimos herederos de la Gloriosa Revolución de 1688. La doctrina whig ejerció una notable influencia sobre las ideas de libertad e independencia americana. De hecho, los colonos leales a la corona británica fueron denominados tories. El escritor Samuel Johnson, contemporáneo de la Revolución, afirmó: «El continente de Norteamérica contiene tres millones, no solo de hombres, sino de whigs, de whigs que serán feroces por la libertad y que desprecian el dominio». Posteriormente, aprobada la Constitución de 1787, en el vértice de sus principios está, según Wordon S. Wood: su concepción del contrato social, su percepción de la Unión como una alianza para la mutua protección, la búsqueda del equilibrio entre poder y libertad, y tiranía y libertinaje, y, en definitiva, la idea de un gobierno —poder— equilibrado.

[2] La elección se hace por cédulas y a cada estado le corresponde un voto; no a cada representante. La enmienda reforzaba el poder de los estados en detrimento de la autonomía de los congresistas e indirectamente supeditaba al presidente elegido por este procedimiento a la voluntad de los estados.

[3] En 1798 escribió a su hermano diciéndole que las divisiones entre francófilos y anglófilos podían provocar la disolución de la Unión y transformar el país en una multitud de «insignificantes tribus en guerra perpetua entre sí, arrasadas por las potencias europeas rivales». Sobre la crisis financiera de 1819 publicó en su periódico: «En medio de la paz y la relativa prosperidad nos encaminamos a una crisis que hará temblar los cimientos de la Unión». A propósito del Compromiso de Misuri, en 1820, anotó en su diario: «Estoy seguro de que la cuestión actual es un mero preámbulo: algo así como la portada de un extenso y trágico volumen». Previamente, afirmó sobre el Tratado de Gante, cuyas negociaciones pilotó: «Es más una tregua que una paz». Creía que habían quedado pendientes todas las cuestiones que precipitaron la guerra.

7. ANDREW JACKSON: EL AMIGO DEL PUEBLO



15 de marzo de 1767, Waxhaw, Carolina del Sur - 8 de junio de 1845,
The Hermitage, Nashville, Tennessee.
Presidencia: 1829-1837.
Partido: Demócrata.
Matrimonio: Rachel Donelson. Adoptaron a un sobrino de Rachel en 1809.
Formación: no tuvo formación académica.
Profesión: militar y abogado.

EL SUEÑO AMERICANO

Cuando Jackson llegó a la Casa Blanca, habían fallecido o estaban retirados casi todos los grandes hombres que construyeron la nación y todos los padres fundadores excepto Madison. Soplaban vientos de cambio, pero el horizonte no parecía despejado. La sociedad estadounidense estaba huérfana de líderes y encontró en Jackson el árbol al que agarrarse. Un hombre férreo, voluntarioso, común y de pocas lecturas. No le hacían falta. Entendía a la gente. Eso bastaba. Sabía qué tipo de mensajes enviar al pueblo y en qué momento hacerlo. No en vano, él había sido su «elegido» aunque el Congreso le despojara en primera instancia de la presidencia.

Era un hombre más dado a arrebatos que a pasiones. Supo enseguida que el pueblo era proclive a ambas cosas. Se presentó como su espejo: el militar curtido en mil batallas y una gran victoria, en Nueva Orleans, contra los ingleses; el niño huérfano al que la vida mostró muy pronto su lado menos amable; el *outsider* de la política castigado por las elites de Washington y las componendas del Capitolio. El luchador que se superó a sí mismo y se sobrepuso a todas las adversidades. La voz del sur que no se rindió y apeló a sus raíces en plena transformación industrial; el esclavista que defendía los derechos de los estados frente a los buitres financieros de Nueva Inglaterra pero que usó el veto presidencial. El igualitarista que quiso extender la democracia con derechos sociales y aprobó una ley mordaza para evitar que se presentaran iniciativas abolicionistas en el Congreso.

Jackson no era ni de Virginia ni de Massachusetts, como los seis presidentes anteriores. Era del sur-sur, de la América que quería conservar los valores fundacionales, pujante y en expansión hacia el oeste. Era un viudo entregado a

su país y a la lucha contra el Banco Nacional —un poco por principios y otro tanto, o más, por su aversión, un tanto irracional y desfasada, al sistema creado por Hamilton y al papel moneda—. Era un espíritu guerrero contra las desigualdades sociales y el responsable del expolio contra los indios y la expulsión de sus tierras. Era un demócrata que quiso mantener sus manos limpias en 1824[1] y no participar en el enjuague electoral pero prácticamente nombró a su sucesor, Martin Van Buren.

Pretendió acabar con la profesionalización política y limpiar la Administración de una elite acomodada, corrupta y presuntamente fiel a los principios federalistas —aunque fueron precisamente los federalistas los que primero hablaron de cargos rotatorios—, pero no solo depuró muy poco la función pública, sino que creó el *spoil system*, el sistema de reparto del botín, según el cual, el partido que llega a la Casa Blanca distribuye entre sus fieles los puestos relevantes de la función pública. Por otro lado, sí fomentó los despidos en los niveles inferiores de la Administración, de modo que incentivó el sistema de prebendas, pues al eliminar la carrera funcionarial, hacía más vulnerables a estos cargos ante la voluntad política. En su primer discurso tras alcanzar la presidencia, el 9 de diciembre de 1828, anunció que la preparación de los funcionarios era importante, pero lo era más su rendimiento; que el cargo público no era una «suerte de propiedad» de las clases pudientes y los hombres prominentes por rango social. Acababa de anunciar que pondría la Administración americana en manos del «hombre común».

Andrew Jackson puso su nombre a una nueva era de la política norteamericana. Nueva e incierta, en la que se mezclaron problemas arrastrados con otros sobrevenidos. La era jacksoniana se extendió hasta el comienzo de la Guerra de Secesión —en el sur se refieren a ella como la guerra entre estados—. Durante sus mandatos y los siguientes se reconstruyó el sistema de partidos y surgió un nuevo modelo social en Estados Unidos. La democracia jacksoniana, que, tras un breve intervalo whig, regresó con James K. Polk, el Joven Nogal.

Para los jacksonianos la política no era filosofía. Si los padres fundadores bebieron de todo tipo de fuentes intelectuales, desde la Roma y Grecia clásicas a la Ilustración escocesa, pasando por los niveladores ingleses, Adam Smith, Locke o las ciudades-estado renacentistas, los jacksonianos no creían en una democracia filosófica, no necesitaban referentes intelectuales. En aquellos años,

los whig representaron a los demócratas con la figura de un burro, como sátira de su ignorancia. El burro sigue siendo hoy el símbolo del Partido Demócrata. Y Jackson, la imagen del hombre común. Creó un estilo que, cada uno a su manera, y salvando mucho las distancias, imitaron después Wilson, F. D. Roosevelt, Johnson o el propio Obama.

No todo lo que ocurrió en estos años y las dos décadas siguientes fue por efecto de su política e intervención: se agudizó el conflicto y las divisiones entre el norte y el sur, los abolicionistas y esclavistas, la propiedad financiera y la pequeña propiedad agrícola. Se aceleró la revolución industrial y surgieron los primeros sindicatos de trabajadores. Emergieron asociaciones de todo tipo y nació el movimiento feminista. Se extendió el puritanismo; arreciaron las luchas entre credos, religiones y sectas, se persiguió al catolicismo y se colonizó el salvaje Oeste, expulsando a los indios de sus tierras.

Sobre todo, durante la democracia jacksoniana se consolidó la clase media. Y nació el sueño americano, que podía cumplirse de muchas maneras: emprendiendo una vida nueva en el Oeste, abriendo un negocio, ofreciendo la mejor educación posible a los hijos —en esos años se expandieron las universidades y los *colleges*, muchos de ellos públicos, especialmente en el Sur —, con una vivienda unifamiliar en los suburbios... Todas las formas convergían en el valor del esfuerzo y el espíritu de superación. Si los padres fundadores habían forjado el compromiso con la nación, a partir de Jackson los presidentes se aferraron al sueño americano y las posibilidades que ofrecía el país. Para ello, el sistema debía garantizar la igualdad de oportunidades. «Los jacksonianos hablaban por los hombres en ascenso, a quienes irritaban las concesiones o privilegios especiales dados por el gobierno». Ya desde antes de la crisis de 1819, atraídos por pasajes de barco de bajo coste, tierra barata, *boom* de la construcción y obras públicas e impuestos altos en algunos de sus países de origen, comenzaron a llegar en tropel al paraíso prometido personas de todos los puntos del Globo;[2] Irlanda, Inglaterra, Italia, Alemania, Rusia, México, Polonia, China —empleados, a partir de la segunda mitad de siglo, casi como esclavos en el Oeste en la construcción del ferrocarril y obras públicas—. Con todo, al final de su segundo mandato se produjo la segunda crisis financiera del país, que tuvo que afrontar su sucesor, Van Buren.

La fama de la democracia jacksoniana cruzó el Atlántico y abrió debates en

la Inglaterra victoriana. Como señala el historiador Frank Prochaska, la extensión del sufragio y el espíritu nivelador atrajo la atención de intelectuales y políticos británicos, fueran radicales, tories o whigs. Discutían sobre la naturaleza de la democracia americana. Los más radicales aplaudieron los avances democráticos en Estados Unidos y advertían de que podían repercutir sobre el descrédito del parlamentarismo británico. Por su parte, los conservadores creían que el modelo americano no era exportable, que sus circunstancias eran particulares y que su prosperidad no estaba relacionada con los valores igualitarios sino con sus ilimitados recursos naturales y su baja densidad de población. América estuvo en el foco de la campaña que llevó a la más importante reforma electoral acometida en Inglaterra en el primer tercio del siglo XIX: la *Reform Act*, que amplió considerablemente el derecho al sufragio. Hasta ese momento, podían votar 366.000 personas. Desde entonces pudieron hacerlo 650.000, el 18 por ciento de la población adulta masculina.

El diplomático y viajero francés Alexis de Tocqueville redactó y publicó *La democracia en América* precisamente durante ese tiempo. En su análisis sobre el sistema político y social americano, y a pesar de sus contradicciones —la esclavitud y la cuestión india—, pintaba a América como una tierra donde había amarrado la libertad y la democracia tenía menos imperfecciones. Quedó cautivado por su sistema institucional y por el *checks and balances*. Curiosamente los arquitectos constitucionales desconfiaban del pueblo y de los partidos, pero sus ciudadanos eran libres y sus instituciones, representativas y participativas, se controlaban entre sí. Tocqueville percibió divisiones entre facciones, las consideró normales y no prestó mayor atención a las divisiones que acabarían por dinamitar el país.

Años más tarde, el pensador Walter Bagehot criticó la democracia jacksoniana, que le dio poder al hombre común, de forma que las masas eran omnipotentes a pesar de su escasa formación y empujaba a los sistemas hacia las oclocracias, los gobiernos de la muchedumbre. Argumenta que América nació libre pero no democrática. Los padres fundadores tomaron precauciones, pero no fueron suficientes. Desde el primer mandato de Washington se fueron imponiendo progresivamente los buenos sentimientos frente al esqueleto constitucional.

Por su parte, los historiadores americanos difieren notablemente a la hora de

evaluar la presidencia de Jackson y la era que inauguró. Para algunos, fue el primer presidente que introdujo medidas niveladoras y completó el sistema político americano; para otros, fue el primer *socialdemócrata* —aunque todavía no había nacido la socialdemocracia como tal— de la Historia de América y, por tanto, rompió con los principios fundacionales americanos —la lucha contra los impuestos y la insobornable defensa de la libertad individual y libre disposición de la propiedad—, eso sí, con la suficiente inteligencia como para parecer que hacía lo contrario, es decir, que los dotaba de un renovado impulso. La historiadora española que mejor conoce el radicalismo americano, Aurora Bosch, dice: «Si hasta la década de 1960 la valoración del periodo de Jackson fue esencialmente positiva, destacando el desarrollo económico, el avance de la democracia y la igualdad de oportunidades para el "hombre común"; a partir de la década de 1960 se señalaron los aspectos negativos, como el aumento de las desigualdades económicas y las tensiones sociales, el afianzamiento de la esclavitud y el genocidio indio. Aunque todos los historiadores están de acuerdo en las enormes transformaciones económicas, políticas y sociales» que se produjeron.

FUEGO CRUZADO

Hoy es difícil saber quién disparó primero, si los jacksonianos o los antijacksonianos. Lo cierto es que cuando Jackson llegó a la Casa Blanca la sociedad estaba de nuevo polarizada. Y esta vez no era una mera cuestión de preferencias por Inglaterra o Francia en las alianzas internacionales. Los conflictos eran mucho más profundos. Con el agravante de que la propaganda de unos y otros había causado verdaderos destrozos, y no solo en la credibilidad de los candidatos y del sistema político. La elección de 1824 lo torció todo. Jackson se creyó ganador al computar el voto popular. Y aunque el Colegio Electoral no estaba obligado a seguir a rajatabla los designios de las urnas —y no todos los estados permitían el sufragio a sus ciudadanos— también salió victorioso de ese segundo *round* el Colegio Electoral.

Jackson obtuvo 152.933 votos (42 por ciento); Adams, 115.696 (32 por ciento) y Clay, 47.136 (13 por ciento), el mismo porcentaje que Crawford, que se

quedó a un puñado de papeletas. En votos electorales el resultado fue: 99 para Jackson; 84 para Adams; 41 para Crawford y 37 para Clay. Todo el sur se decantó por Jackson —en total, once estados—; casi todo el norte lo hizo por Adams —fueron siete—; Delaware, Georgia y Virginia otorgaron su apoyo a Crawford; y Kentucky, Misuri y Ohio votaron por Clay. En estos seis estados se iba a ventilar el resultado final. La decisión se tomaría en la Cámara de Representantes,[3] pues el senador por Tennessee no había conseguido la mayoría absoluta de los votos del Colegio. Para entonces Calhoun ya se había asegurado la vicepresidencia al retirarse de la carrera.

Lo que ocurrió después ya lo sabemos: la presidencia recayó en Adams, pero con el suficiente ruido como para que Jackson diera un paso de gigante hacia la Casa Blanca cuatro años después. Tras la negociación en el Congreso, Adams sumó trece estados: ganó los tres de Clay y además Jackson perdió tres de los suyos: Illinois, Maryland y Luisiana. Al final, Jackson quedó con siete, pues sorprendentemente perdió también Carolina del Norte a favor de Crawford, que ni siquiera competía por la presidencia. No es de extrañar que Jackson se presentara a partir de entonces, con más argumentos que antes, como el candidato de la gente corriente, ajeno a los chanchullos, amaños y trapicheos de Washington. Ese fue el eje central de su campaña. Desde ese momento, las campañas duran cuatro años. Se había acabado el juego limpio. Curiosamente, en la única convocatoria a la que concurrieron candidatos de un solo partido. Ese 9 de febrero de 1825, día en que la Cámara de Representantes votó por Adams, empezó la trabada, farragosa y despiadada carrera por la Casa Blanca de 1828. Fue a cara de perro, sin contemplaciones. Y decíamos que las consecuencias fueron terribles y el precio de la victoria muy elevado para Andrew Jackson, que recibió otra puñalada de la vida.

Andrew Jackson y Rachel Donelson Robards se casaron dos veces. La primera, en agosto de 1791. Ambos tenían la misma edad. El matrimonio fue anulado porque Rachel no había concluido el proceso de divorcio de su primer marido, Lewis Robards, con quien había contraído matrimonio siete años antes. Ella apenas tenía diecisiete. Era una joven pizpireta virginiana que llamaba la atención de los hombres de Kentucky —adonde había llegado con su familia—. Su marido la acusaba permanentemente de infidelidad. Sus celos eran patológicos. Finalmente decidió enviarla a Tennessee, lugar al que habían

regresado sus padres, hasta que volviera a reclamar su presencia junto a él. Su madre había enviudado y ahora regentaba una pensión, en la que se hospedó Jackson. Así se conocieron e iniciaron un breve romance.

Pronto Lewis solicitó su vuelta. Ella retornó a Kentucky. Jackson sabía que no era feliz y fue a buscarla. En diciembre de 1790, a petición del propio Lewis, el estado aprobó una ley de divorcio que le permitió iniciar los trámites. Andrew y Rachel creyeron que esta acción suponía el divorcio en sí, lo cual no dice mucho de las dotes de Jackson como abogado —de hecho, aunque llegó a ejercer, nunca se graduó en Leyes—. Lewis obtuvo finalmente el divorcio, pero además consiguió que se lo concedieran por adulterio. El decreto se aprobó en 1793. Por tanto, Jackson y Rachel no estaban legalmente casados. Repitieron la ceremonia el 17 de enero de 1794. La acusación de adulterio les persiguió de por vida y atormentó a Rachel. Tanto, que Jackson se batió en duelo varias veces por preservar el buen nombre de su mujer. En 1803 disparó sin acierto contra el gobernador del estado de Tennessee por decir que había viajado con la esposa de otro hombre; en 1806 mató en duelo a Charles Dickinson, famoso solamente por morir de un disparo del futuro presidente; en 1813 se vio envuelto en varias riñas y reyertas. Los historiadores que peor le tratan recurren con facilidad a resaltar su lado matón y pendenciero.

Los ataques a su vida privada envenenaron la campaña electoral de 1828. Para entonces, Rachel ya era una desaliñada y singular mujer que fumaba en pipa. Él trataba de recortar y esconder los artículos de prensa que tan duramente arremetían contra el matrimonio. Pero ella, que ya padecía del corazón, no vivía en una burbuja. A sus oídos llegaban todo tipo de comentarios. Falleció de un ataque repentino el 22 de diciembre de 1828. Su marido acababa de ganar las elecciones presidenciales. Nunca se repuso del golpe ni olvidó el daño que le hicieron sus adversarios. «En presencia de mi querida e inmaculada Rachel, puedo perdonar a mis enemigos, pero esta vil y canalla calumnia solo puede perdonarla la misericordia divina», dijo en su entierro.

Algunos años más tarde, en su lecho de muerte, cuenta alguna fuente que reconoció que lamentaba no haber colgado a Calhoun ni fusilado a Clay, a quienes responsabilizaba de la campaña de acoso que sufrieron su esposa y su madre, de la que un periódico, el *National Journal*, publicó: «¡La madre del general Jackson era una vulgar prostituta traída al país por soldados británicos!

¡Después se casó con un mulato con el que tuvo varios hijos, de los cuales el general Jackson es uno!». Jackson supo que había detectives husmeando en los registros matrimoniales de Natchez y Nashville, las dos ciudades donde Jackson y Rachel se casaron. El futuro presidente utilizó su principal diario afín —de los cincuenta que defendían la causa jacksoniana—, el *Telegraph*, para defender la validez de su matrimonio. Por su parte, la propaganda whig no se andaba con remilgos y preguntaba retóricamente: «¿Deberían una adúltera convicta y su ilegítimo esposo ocupar los cargos más encumbrados del país?». Estos ataques a la vida privada del candidato a la presidencia mostraban otro rasgo de la nueva sociedad emergente: el segundo despertar religioso, asociado al puritanismo de la clase media, que pretendía distinguirse de las bajas pasiones de la clase trabajadora.

El resultado de todas estas convulsiones fue que la contienda electoral de 1828 giró más en torno a cuestiones personales que sobre principios y programas. Y de este modo apuntaló un poco más el sistema presidencialista al personalizar las campañas. No se enfrentaron dos formas de entender América, sino que lucharon enconadamente Jackson contra Adams; cada uno con sus respectivas fuerzas, aliados y periódicos, que llevaban el peso de las consignas, pues todavía era extraño ver a los candidatos enzarzados en trifulcas. Los dos habían defendido las tarifas arancelarias y la protección del mercado interno; de hecho, Jackson, como senador por Tennessee, las apoyó en 1824. Solo después de la controvertida elección de ese año marcó claramente las distancias con el entonces presidente.

En 1828, el candidato era el mensaje: experiencia, erudición, sobriedad y templanza frente a heroísmo, condición humilde, energía y temperamento. Jackson era carismático y combativo. Sus amigos lo describen como generoso y leal; sus enemigos le tachan de malvado y rencoroso. Robert V. Remini es uno de sus biógrafos. Dice de él: «Cuando Andrew Jackson odiaba, lo hacía con gran fervor». El tiempo atemperó su cólera. A Van Buren le maravillaba que tras esos prontos y repentinos derroches de vehemencia, al instante pudiera mostrarse cordial y sereno. Que diera esos alaridos y luego hiciera gala de su buen humor.

EL REY DE LA MULTITUD

El candidato del pueblo encarnaba el espíritu de la democracia contra la aristocracia de Nueva Inglaterra. Decíamos que los aspirantes no acostumbraban a echarse ellos mismos al fango de la campaña, pero Jackson no tuvo reparos en montar un gran acto conmemorativo —y electoral— en 1828, en el decimotercer aniversario de su victoria en Nueva Orleans. Los partidarios de John Quincy Adams contraatacaron sacando a relucir la ejecución de soldados decretada por el implacable general durante la guerra de 1812 por cuestiones menores.

Jackson fue más el candidato del oeste que del sur, que también lo apoyó abrumadoramente aunque con reservas, pues no tenía clara su respuesta y posición respecto de las tarifas abominables. Van Buren movió todo lo que pudo el voto del norte y consiguió el respaldo de Nueva York. Al final, Jackson ganó en quince estados. Adams, en nueve, todos de la Costa Este y Nueva Inglaterra. Lo que permaneció invariable fue la candidatura de Calhoun, que pidió el voto para Jackson —cosa no menor teniendo en cuenta que su estado era Carolina del Sur, donde surgió la oposición a los aranceles a la importación— y renovó la vicepresidencia. El resultado fue: Jackson ciento setenta y ocho votos en el Colegio Electoral y Adams, ochenta y tres.

De todos modos, para Jackson lo realmente importante, lo que verdaderamente le reconfortó y afianzó su liderazgo fue el recuento de las papeletas: sumó 647.292 votos, frente a los 507.730 de Adams. El voto popular regía ya en veintidós de los veinticuatro estados de la Unión. Solo faltaban por incorporarlo Delaware y Rhode Island. Jackson llegó a Washington en febrero —el proceso electoral comenzaba en septiembre y acababa en noviembre; el presidente juraba su cargo en marzo—, unos días antes de que su esposa muriese. En la capital, por mucho que lo intentara su marido, ella no pudo abstraerse de las atroces acusaciones. En él ya habían hecho mella cuatro años de lucha sin cuartel.

Junto al general Jackson arribaron a Washington diez mil hombres con la esperanza intacta y olor a cuero. Eran pobres, necesitados, gente que creía que por fin gobernaría el país. Años más tarde, Clay se refirió a ellos con sarcasmo y desprecio en el Senado: «Esos espectros descarnados, enclenques y hambrientos, que llegaban desde los pantanos, los bosques y todos los puntos de la Unión, se apiñaban en los comedores de beneficencia, o se deslizaban en medio de las sombras del crepúsculo en las habitaciones de la mansión presidencial y

clamaban con rostros cadavéricos y tono sepulcral: “Queremos pan, queremos que el Tesoro nos proteja, queremos nuestra recompensa”».

Ahí estaba el «campeón del pueblo», ante una masa de enardecidos incondicionales, el día de su discurso inaugural, el 4 de marzo de 1829. Como si realmente fueran todos y cada uno de ellos los que se disponían a jurar el cargo y tomar posesión. Erguido, canoso, serio, solemne y con los ojos tristes, marchó desde el hotel Gadsby hasta el Capitolio. Sin escolta, arropado por sus amigos, se refirió a la milicia nacional: aseguró que habrá «un millón de hombres libres» en disposición de tomar las armas para defender al país de enemigos «extranjeros» —precisó—, y será el «baluarte de la defensa nacional», porque «ningún poder civil ha de subordinarse al ejército». Sin duda, sabía que la Unión, en un estado delicado de salud, no debía arriesgarse a quedar a merced de un ejército que en algún momento pudiera desafiar al gobierno federal. O bien pensó que su administración podría herir peligrosamente determinadas sensibilidades.

Acabó su alocución y la gente se abalanzó sobre él. Todos, especialmente los damnificados por el capitalismo industrial y financiero, aclamaban «al rey de la multitud». Se erigió en el presidente de las víctimas frente a los privilegiados, de los obreros urbanos frente a los capitalistas, de los agricultores frente a los tiburones del dinero volátil. Se montó en su caballo y le siguieron carrozas, carretas, carruajes, personas a pie que no se detuvieron a las puertas de la residencia presidencial sino que las franquearon. «La Casa Blanca fue invadida por una muchedumbre de hombres, mujeres y niños, que se subían a las sillas con sus botas enlodadas, se peleaban por los refrescos y destrozaban cristales y porcelanas. “El reinado de Su Majestad la Chusma parece triunfante”, dijo un observador». Otro los comparaba con los bárbaros del norte que invadieron Roma. En este caso eran del oeste, tomaron Washington y bebían whisky.

James Bryce, insigne victoriano de una generación posterior a John Stuart Mill y Bagehot, también arremetió sin contemplaciones contra la democracia jacksoniana. Sus contemporáneos decían que si Tocqueville era un impresionista, él era un fotógrafo que retrató la realidad de América, no la interpretó. A su juicio, el *spoil system* ponía al gobierno al servicio de un partido, lo que chocaba frontalmente con el espíritu de la Constitución, que precisamente desconfiaba de los partidos porque dividían artificialmente a la sociedad. Pero sobre todo, le

pasmó que las masas jacksonianas se hubieran persuadido a sí mismas de su superioridad, y «no escuchaban nada excepto halagos», permitiendo la propagación de su intolerancia en todas las esferas políticas. «El resultado fue que “el reino de la brutalidad y la violencia” se estableció en la mayor parte del país a mitad del siglo XIX». Indirectamente decía el conservador inglés que había prendido la mecha de la guerra civil. O al menos, Jackson no fue consciente de que ya había sido prendida y él avivó el fuego.

Otros autores afirman exageradamente que ese ejército de desarrapados que tomó Washington impuso el *spoil system* como mecanismo antielitista. Se aproximan más a la verdad los que sostienen que Jackson se vio en la obligación de recompensar a su guardia pretoriana y protegerse de whigs camuflados en la Administración. Y lo cierto es que al final de sus dos mandatos apenas sustituyó entre el 10 y el 15 por ciento de los funcionarios públicos. Aunque John Quincy Adams protestó amargamente: «Los nuevos nombramientos alcanzan solo a los violentos de un partido, y los que se benefician son los editores de periódicos difamadores y calumniosos». Jackson creó un *Kitchen Cabinet*, un gobierno paralelo —una «camarilla inconstitucional», según los whigs—; esto es, introdujo a los asesores en la Casa Blanca, y sí, entre ellos había algunos periodistas. También aparecieron los aparatos políticos. El más famoso lo controlaba Van Buren, en Nueva York. Se llamaba Tammany Hall e intercambiaba empleos y favores por votos.

El historiador Philip Jenkins se muestra tremendamente crítico con este aspecto de la presidencia de Jackson: «La democracia jacksoniana llevó la política a la vida diaria: se ayudaba, por ejemplo, a bancos “predilectos” y a grupos de intereses financieros que se ganaban el favor del partido gobernante». Esto añade otra dimensión a la cruzada que emprendió Jackson contra el Banco Nacional. Ya hemos mencionado dos: los odios recíprocos con Hamilton y su inicial defensa de la autonomía de los estados. El procedimiento de reparto de sinecuras que estableció le valió el despectivo sobrenombre de *rey Andrew*, tal como le conocieron sus adversarios whigs.

De entre todos sus colaboradores cercanos, el que más quebraderos de cabeza le dio, muy a su pesar, fue su secretario de Guerra, John H. Eaton, sustituido finalmente en 1831. Todo por la joven y bellísima morena de ojos claros Peggy O’Neale, hija de un famoso tabernero de Washington y esposa de un marino

mercante. Se dice que ambos mantuvieron un romance durante alguna ausencia de su marido. John H. Eaton, senador por Tennessee, llegó a comprar la taberna del padre de Peggy cuando quebró. Y también decían las malas lenguas que el marino tenía cada vez más trabajo en alta mar gracias a las gestiones de la Marina. Al final, justo en año electoral, el desdichado esposo murió. Unos aseguran que se suicidó tras cometer un desfalco; otros que sabía del romance de su esposa.

El caso es que en 1829 John y Peggy se casaron. Pero la remilgada y respetable sociedad de Washington no admitió a «la golfa Peggy». Le hacían el vacío en las recepciones oficiales y las mujeres de congresistas, senadores y diplomáticos no le dirigían la palabra. Jackson siempre sostuvo que la relación prematrimonial no se dio. Pero su recia defensa de la pareja no hacía sino aumentar la brecha entre clases, multiplicar los chismes y partir en dos al gobierno. Hasta tuvo que reunir a los integrantes de su gabinete para solucionar el problema y obligarles a que trataran con cortesía y el debido respeto a la mujer de su secretario de Guerra. La orden no fue cumplida.

La «malaria de Eaton», como se conoció al *affaire*, era, sobre todo, una manifestación más de la lucha por la sucesión a la presidencia entre el propagador de rumores y maledicencias, John Calhoun —cuya esposa se estableció lejos de la capital para no coincidir con Peggy—, y Martin Van Buren, el fiel adlátere de Jackson. Fue precisamente a raíz de la división que ocasionó el asunto en el gobierno cuando Jackson creó su *Kitchen Cabinet*, su grupo de asesores de confianza, formado, entre otros, por los propios Van Buren y Eaton; el sobrino e hijo adoptivo del presidente, Andrew Jackson Donelson; Francis P. Blair, editor del *Globe*, Isaac Hill, exeditor del *Patriot*, o Amos Kendall, también periodista, al que nombró auditor del Tesoro, y algún otro amigo del presidente. De este grupo de fieles quedó fuera Calhoun, que ya no renovaría en la vicepresidencia en 1832.

En ese año, la situación de John Calhoun en la administración Jackson era insostenible. El senador de Carolina del Sur —la Constitución americana reserva al vicepresidente la presidencia del Senado— defendía posiciones absolutamente radicales sobre los derechos de los estados frente a la federación. Sostenía que podía no aplicar medidas federales que perjudicaran a los estados e incluso amenazó con la secesión. Había estallado la crisis de la anulación.

CONTRA INGLESES, CONTRA ESPAÑOLES, CONTRA INDIOS... CONTRA CALHOUN...

El arrojo y la determinación del presidente eran dos cualidades que entusiasmaban a sus partidarios. No era fácil amedrentarlo. Su vida había sido demasiado dura y su actitud ante ella, un constante desafío. La política no lo iba a volver timorato o pusilánime. Era huérfano —su padre murió con su madre embarazada— y descendiente de irlandeses —de apenas dos generaciones—, toda una garantía de rudeza. A los trece años ya había servido de mensajero durante la Revolución. Fue capturado por un oficial británico. De ahí la cicatriz que lució en su frente el resto de su vida y que muchos retratos disimulan. Será el único presidente con el indeseado mérito de haber sido prisionero de guerra.

Además, Jackson salió a su madre, que tenía un carácter «indomable». Murió de cólera en un barco de guerra cuando el joven Andrew tenía catorce años. Él recuerda sus últimos consejos: «No recurras a los tribunales cuando te injurien, resuelve las cosas por ti mismo»; «No mientas, no robes, no rehúyas los problemas y pelea». Sus dos hermanos perdieron la vida en la Guerra de Independencia. Se quedó completamente solo. Vivió con sus tíos, fue un chico rebelde, mal estudiante y aprendiz de talabartero. La suerte le sonrió mínimamente a los quince, cuando heredó 350 libras de su abuelo irlandés. Se las gastó en juego y juergas. Tenía cierto éxito entre las chicas. Tras dilapidar el dinero, escarmentó y se decidió a cambiar su vida y su destino. En septiembre de 1787, a los veinte años y sin haberse licenciado en Leyes, fue admitido en el Colegio de Abogados de Carolina del Norte.

Sin embargo, su futuro inmediato estaba ligado al ejército. Ingresó en la milicia de Tennessee en 1802. Ignoraba que la operación que preparaba Aaron Burr no era para luchar contra los españoles en Luisiana o Misisipi, sino una conspiración contra el gobierno. Por eso le proporcionó medios y le envió oficiales de confianza. Por fortuna, supo a tiempo cuáles eran los verdaderos planes del rufián neoyorkino. Su prestigio militar se lo ganó pocos años después, en la guerra contra Inglaterra. Luchó contra los británicos y cruelmente contra los indios.

En octubre de 1813, al frente de 2.500 hombres, se enfrentó a los creek, los lanzas rojas, como venganza por una masacre previa de la que Jackson había

tenido conocimiento mientras se reponía de una herida de bala recibida en una trifulca callejera con el futuro senador Benton. Sufrió deserciones y enfermedades en sus filas, pero se impuso en marzo de 1814. Dos meses más tarde fue ascendido a general y en octubre ya estaba en Florida. Entró en Pensacola pero no pudo echar a los creek; luego marchó hacia Nueva Orleans. El ataque de las tropas inglesas era inminente. Disolvió los poderes constitucionales, impuso la ley marcial, ejecutó a desertores y suprimió la libertad de prensa. El 8 de enero de 1815 los hombres de Jackson defendieron Nueva Orleans con uñas y dientes. Fue una aplastante victoria después de la paz, firmada en Gante unos meses antes. El general americano solo perdió trece hombres; en las filas inglesas se produjeron casi dos mil bajas entre muertos —doscientos noventa y uno—; desaparecidos —casi quinientos— y heridos —alrededor de mil—. Emergió la figura del héroe y asentó el nacionalismo americano.

Sus hazañas militares no se detuvieron ahí. De nuevo contra los indios, esta vez contra los semínolas. Monroe le ordenó detener una insurrección india y esclava en la frontera de Florida. Pero Jackson se saltó las órdenes y quiso invadir parte del territorio español. Sus milicianos querían volver a casa, él escribió a Rachel diciéndole que eran un hatajo de «sediciosos y amotinados quejicas y llorones». Compartía entonces la visión de Henry Clay, es decir, expulsar a los indios de sus territorios y trasladarlos al oeste, cada vez más al oeste. En 1818 liquidó a los indios, tomó definitivamente Pensacola y ejecutó a dos ingleses a los que acusó de instigar la rebelión. Fue el primer y temprano roce con Calhoun, entonces secretario de Estado de Monroe, que quiso reprobarle. El Congreso no aprobó la propuesta. Al contrario, Jackson fue nombrado gobernador militar de Florida. Comenzaba su carrera política. Fue el primer congresista de Tennessee, senador y juez del Tribunal Supremo del mismo estado. Todo entre 1796 y 1804. En 1823 volvería al Capitolio de nuevo como senador, donde daría su apoyo a las tasas sobre las importaciones.

La posición política de Calhoun había evolucionado notablemente. Pasó de ser un «halcón de la guerra» y ferviente nacionalista —durante el mandato de Madison— a defensor de los derechos de los estados al final de la presidencia de John Quincy Adams. Entre tanto, sostuvo la necesidad de emprender obras públicas para fortalecer la Unión e incluso apoyó en un principio las primeras

tristemente famosas tasas proteccionistas, en 1816.[4] El giro llegó con su defensa de los derechos de las minorías. Idea demasiado teórica y alambicada, pues no se refería exactamente a indios o esclavos, sino que se basaba, esencialmente, en que las decisiones no podían perjudicar a los estados —y mucho menos a los pequeños y más pobres— y por ello algunas decisiones requerían de unanimidad —o al menos de una mayoría cualificada de tres cuartas partes de los estados—. Esa unanimidad garantizaría una verdadera y efectiva mayoría. Por eso sostuvo que los estados podían rebelarse ante leyes federales que los perjudicaran. Algunos historiadores aseguran que estas tesis allanaron el camino de la secesión de 1861. Otros destacan la solidez de sus principios, independientemente de su rectitud. Calhoun consideraba la esclavitud un «auténtico bien». Y muchos coinciden en que la férrea defensa de los derechos de los estados estaba estrechamente relacionada con la de la «peculiar institución».

En 1828 las tarifas protectoras se incrementaron. Como sostienen Morison, Commager y Leuchtenburg —y ya hemos sugerido en las páginas dedicadas a John Quincy Adams— fue «una tarifa de políticos, dedicados principalmente a fabricar un presidente». Fue un error estratégico de los congresistas del sur, que se reunieron después en Columbia para redirigir su planteamiento. En esa reunión, un congresista de Carolina del Sur formuló una pregunta retórica y recurrente: «¿Vale la pena que sigamos en esta Unión de estados, en la que el norte exige dominarnos y nosotros quedamos forzados a ser tributarios suyos?».

Calhoun quiso enmendar su error y plasmó sobre el papel, aunque sin firma —el documento apareció como anónimo— sus tesis en *Exposición y protesta de Carolina del Sur*. Así estalló la crisis de la anulación. El congresista de Carolina sostenía que la Constitución había sido aprobada por trece estados “soberanos”, que la Unión fue una opción voluntaria y seguía siéndolo. No obstante, Calhoun subrayaba que «no desearía nunca otra cosa que hablar de nuestro país —no es necesario recordar que era el vicepresidente— [...] como una gran unidad, con un interés común que todas sus partes deberían promover con afán». Madison, desde sus setenta y muchos años, no daba crédito a tan grotesca lectura de la Constitución.

Entre tanto, en 1830, Daniel Webster, un reconocido congresista de Massachusetts, predijo en un largo, impecable y recordado discurso que

reinarían las tinieblas si la Unión se deshacía, que la libertad se quebraría si se rompían los lazos que unen a los estados y que no debe estar en manos de un estado cercenar la libertad del conjunto. Frente a la premisa «primero la libertad y después la Unión», esgrimida por Carolina del Sur; Webster concluyó: «Libertad y Unión, ahora y siempre, unidas e inseparables».

En noviembre de 1832, el estado de Carolina del Sur aprobó una ley que anulaba las leyes arancelarias de 1828 y 1832[5] y decretaba que las leyes federales que perjudicaban a su territorio no obligaban a sus ciudadanos y funcionarios. El presidente Jackson no se arredró y en 1833 autorizó a imponer por la fuerza la ley en los estados, para garantizar la unidad de la nación bajo el principio «la desunión por medio de las armas es traición». Además, rearmó los fuertes Moultrie y Sumter —donde veintinueve años después tuvo lugar la primera confrontación de la Guerra Civil—. Antes, el 10 de diciembre de 1832, había publicado la *Proclamación al pueblo de Carolina del Sur.* Ese mes, Calhoun abandonaba la vicepresidencia.

Jackson dejaba de ser el presidente que defendía los derechos de los estados para engrosar la nómina de los que fortalecieron la Unión. Además, en 1830 había vetado una ley del Congreso que aprobó el destino de fondos federales para la construcción del camino de Maysville Road, en Kentucky, con el argumento de que todo el trazado estaba dentro de los límites de un mismo territorio y no beneficiaba al conjunto de la Unión. No obstante, su figura creció, pues dio sensación de robustez frente a los desafíos. Mostró disposición a negociar —prueba de ello es la aprobación del «arancel de compromiso», de 1833, por el que se comprometía a la rebaja progresiva durante la década siguiente—, pero también dejó claro que llegaría hasta el final para mantener la Unión, pues si no, el «próximo pretexto serán los negros o la cuestión de la esclavitud», predijo.

... CONTRA EL BANCO NACIONAL

Pasaron cuatro años y Jackson afrontaba su reelección. El mapa y los procedimientos políticos habían cambiado. Era el líder indiscutible del refundado Partido Demócrata. Henry Clay encabezaba la candidatura whig, que

pronto se convertiría en Partido Nacional Republicano. Por otro lado, en 1826 había nacido el Partido Antimasónico, como respuesta al segundo renacer religioso.[6] Fue el primero que designó a su líder mediante el procedimiento de una convención. En 1831 resultó elegido William Wirt, de Maryland, que quitó un buen puñado de votos del norte a Clay. Inmediatamente los dos partidos mayoritarios adoptaron el sistema para dar sensación de que abrían las puertas a los simpatizantes y democratizaban los mecanismos de selección de candidatos. La convención whig, o del Partido Nacional Republicano, se celebró en Baltimore ese mismo año. Por su parte, Jackson convocó una convención, también en Baltimore, en mayo de 1832: los delegados aprobaron el *ticket* Jackson-Van Buren; si bien, aunque al final fue nominado, el candidato a vicepresidente generó algún debate interno. Previo a las convenciones, los caucus reunían a congresistas y eminencias comprometidas con el programa de cada partido para designar a los candidatos.

Toda la campaña estuvo marcada por la cuestión del Banco Nacional, perfectamente instrumentada por los demócratas. Clay clamó en el desierto. Sostenía que Jackson quería hundir el banco por una cuestión personal, pero de paso se llevaría por delante no solo a los más pudientes, sino también a pequeños prestatarios, hiriendo de muerte el sistema financiero y dando al traste con los ahorros de la emergente clase media. Sin embargo, cientos de miles de hombres comunes no estaban dispuestos a atender a razones. El Banco Nacional era el viejo símbolo de los privilegios y la corrupción. De nuevo, Jackson recurrió al veto presidencial. Los demócratas retrataron a Clay como un apostador. El *rey Andrew I* consiguió 687.502 sufragios, el 55 por ciento, y doscientos diecinueve votos del Colegio Electoral. Por su parte, Henry Clay cosechó 530.189, el 42 por ciento y cuarenta y nueve votos electorales. Como ya funcionaba el sistema de *ticket*, los candidatos a la vicepresidencia obtuvieron los mismos apoyos del Colegio. Su discurso inaugural, el 4 de marzo de 1833, fue un alegato contra la secesión. Apeló a la «Unión como garantía de independencia y libertad».

Como sabemos, Madison reabrió el Banco Nacional en 1816 para hacer frente a los gastos de la guerra contra Inglaterra. Evitó la quiebra del país. Sin embargo, y aunque pareciera mentira, la vieja polémica entre Hamilton y Jefferson no se había cerrado. El sur todavía lo veía como la institución que aseguraba el poder a la elite financiera del norte. El presidente del Banco,

Nicholas Biddle, pidió una prórroga del último plazo para su disolución. No creyó que Jackson fuera capaz de plantear esta batalla en año electoral. Jackson interpretó debidamente el envite para los oídos del sur: el Banco se metía en política, el «Monstruo de Chestnut Street» (Filadelfia) era una «amenaza para la democracia». El Congreso aprobó la renovación del Banco. Jackson la vetó en julio de 1832, esta vez porque la prórroga era un ataque frontal a los derechos de los estados de manejar sus propias finanzas. Jackson había propiciado la creación de bancos estatales más o menos solventes, los «bancos mascota». Lo cual empujó al país al crac del 37. Pregonó que las ganancias del Banco no podían salir del pueblo norteamericano. Biddle comparó a Jackson con Marat o Robespierre.

El 1 de octubre de 1833, el primer año del segundo mandato, el gobierno federal retiró sus fondos: se acabaron los privilegios para la clase improductiva y especuladora, argumentaron los demócratas. Para no agotar reservas, Biddle redujo los préstamos. Se había iniciado la espiral del pánico, unida a un aumento del gasto federal en obras públicas y «planes de distribución», impulsados por Clay en 1836. Jackson le ganó la batalla a Biddle, que cayó en desgracia, pero «el Monstruo» se transformó en uno de muchas cabezas: el poder del dinero se trasladó a Nueva York y el gobierno perdió el control de las finanzas. «En esta guerra, el granjero pobre, el mecánico y el hombre de la frontera no ganaron nada». Hasta 1913, con Wilson en la Casa Blanca, no se creó el sistema de la Reserva Federal.

El año 1837 fue una montaña rusa: primero inflación y luego deflación. No había ninguna institución que pudiera reconducir o moderar los vaivenes de la economía. Sin embargo, algunos especialistas señalan que esta incertidumbre no trajo la crisis. Esta vino de Inglaterra. Luego cayó el precio del algodón porque se redujo su demanda. Pero lo cierto es que los bancos estatales expandieron el crédito sin freno y propiciaron la especulación en el oeste. Para parar esa fiebre especulativa, Jackson bloqueó el pago en papel moneda por parte del Tesoro (quería establecer pagos en especie, oro y plata). El crédito se contrajo súbitamente. Además, el algodón no era el motor de la economía americana, sino la construcción y sus industrias derivadas . Jackson entregó el caramelo del poder en bandeja a Van Buren, pero llevaba el veneno del pánico financiero.

EL RASTRO DE LAS LÁGRIMAS CHEROKEES

Tras asistir a la toma de posesión de Van Buren se retiró a su plantación de Hermitage, en Nashville, Tennessee. Siguió activo en política, aunque no ocupó cargos institucionales. Apoyó a Van Buren en 1840, pero el candidato estaba encadenado a la depresión económica. Luego apadrinó a James K. Polk, el Joven Nogal. Sostuvo la causa de la anexión de Texas, herido en su orgullo por la derrota del Álamo, en marzo de 1836. Por pocos meses no vivió para ver al estado sumarse a la Unión. Antes sufrió un intento de atentado. Fue el 30 de enero de 1835. Un desequilibrado disparó dos tiros casi a bocajarro, en el Capitolio, pero la pistola falló. Estaba defectuosa. Ese mismo año murió el juez Marshall y Jackson se convirtió en el segundo presidente de la Historia que nombró un presidente del Tribunal Supremo. Su elegido fue Roger B. Taney, de Maryland, que ejerció hasta 1864.

Pasó mucho tiempo hasta que apareció otro inquilino de la Casa Blanca que distinguiera con tanta insistencia entre ricos y pobres, poderosos y humildes. El discurso de Jackson estaba destinado a los hombres de la frontera, por eso pasaba por encima de esclavos e indios. En su debe siempre aparecerá la ley mordaza, que impidió registrar propuestas en la Cámara de Representantes para debatir sobre la abolición de la esclavitud, contra la que John Quincy Adams luchó enconadamente y a la que venció en 1840. Además, el director de correos, Amos Kendall, permitió a las autoridades locales del sur interceptar la correspondencia bajo jurisdicción federal con material abolicionista.

Previamente, Jackson se enfrentó a la rebelión esclava del desdichado Nat Turner, en 1831, con una desproporción insultante: envió tres mil soldados para sofocar una revuelta de menos de un centenar de esclavos. Ocurrió en Virginia y, afortunadamente, el gobernador paró la matanza. Incluso algunos esclavos rebeldes fueron deportados fuera del estado o del país, pero evitaron condenas cruelmente ejemplares. Solo Turner, sentenciado a la horca, pagó con su vida. Jackson temía que la esclavitud animara, igual que lo hicieron las «tasas abominables», a la secesión.

Pero sobre todo, pesará sobre su presidencia la cuestión india. Trufada de cierto cinismo, su actitud pareció paternalista y aparentemente condescendiente con los indios, pero en realidad fue implacable y despiadada. Apoyó a Georgia

en sus demandas de expulsar a los cherokees. En 1830 defendió, junto a los wighs, la Ley de Traslado Forzoso, que implicaba el intercambio de tierras indias ya en territorio americano por nuevas posesiones para diversas tribus en Oklahoma. Algunas tribus partieron en 1830. Pero no recibieron las tierras ni las ayudas prometidas.

En 1832, en el caso Worcester contra Georgia, el Tribunal Supremo falló a favor de los indios. Reconoció la nación cherokee y, por tanto, el estado no podía imponer su ley en territorio indio. Jackson no hizo nada para que se cumpliera la sentencia. Los cherokees agotaron las vías pacíficas y publicaron en 1834 *Memoria de la nación cherokee*, defendiendo sus derechos. En 1835, el Tratado de New Echota rubricó el traslado a cambio de dinero y posesiones. Entre 1838 y 1839, las fuerzas federales *escoltaron* a más de 15.000 cherokees hasta su nueva tierra, en Oklahoma. Entonces Jackson ya no estaba en el poder, pero él escribió las primeras líneas de esta triste y cruel historia: la milicia interpretó la lentitud de los indios como un acto de rebeldía. Quemó casas, arruinó cosechas y los maltrató. Los que quedaron iniciaron la ruta de su exilio, conocida como el «sendero de lágrimas». Las fuentes de la Historia oficial americana dicen que los indios que perecieron, el 25 por ciento de la tribu, lo hicieron durante el traslado. Por su parte, los semínolas decidieron luchar, y perdieron, como en 1832 lo hizo el jefe Black Hawk en Illinois y Wisconsin. Porque como dijo un anónimo: «Si el general Jackson quiere ir al paraíso, ¿quién puede pararle?». Era un hombre obtuso y determinado. «No puedo renunciar a hacer lo que mi juicio y mi conciencia me dictan solo porque me lo impida cualquier poder mundano», escribió en 1824. Fue popular, representó al hombre común y convirtió «el axioma del gobierno del pueblo» en un tópico del discurso político americano, pero su presidencia pasará a la Historia también por el «uso agresivo del poder». Extendió la autoridad presidencial más que ningún predecesor porque creyó que el presidente representaba al pueblo mucho más que el Congreso o los tribunales. Falleció el 8 de junio de 1845. Fue enterrado junto a su esposa.

[1] Como apunta el historiador Robert S. Remini, cuando alguien del entorno de Henry Clay le sondeó sobre sus planes para organizar la administración presidencial, le contestó: «Vaya y diga al señor Clay, y al señor Adams, que si ocupo ese sillón lo haré con las manos limpias». Como ya sabemos, finalmente Clay otorgó su apoyo a John Quincy Adams, y Jackson criticó duramente el pacto: «Ya lo veis, el Judas del oeste ha cerrado el trato y recibirá sus treinta monedas de plata. Su fin será el mismo. ¿Se ha visto alguna vez un caso semejante de corrupción tan descarada?».

[2] Según datos de Philip Jenkins, la población de América era de 9,6 millones en 1820; 12,9 en 1830; 17,1 en 1840; 23,2 en 1850 y 31,4 en 1860. En 1820, uno de cada cinco norteamericanos vivía en territorio que no pertenecía a la Unión en 1790; en 1850, uno de cada tres. En esta década, Nueva York era ya la tercera ciudad más grande del mundo occidental. En cuanto a inmigración: entre 1821 y 1840 llegaron 751.000 personas. En las dos décadas siguientes, entre 1840 y 1860, lo hicieron 4,3 millones. Los irlandeses representaban un tercio del total de inmigrantes en 1830. La hambruna de la patata redujo su flujo, pero entre 1840 y 1870 arribaron a costas estadounidenses 2 millones. En 1850, una décima parte de la población americana había nacido en el extranjero; y el 70 por ciento estaba concentrada en estados del noreste y Medio Oeste. En esos años, la ciudad de Boston tenía más habitantes nacidos fuera de la Unión que en la propia Unión. Por último, entre 1870 y 1880, llegaron a Estados Unidos cien mil inmigrantes chinos.

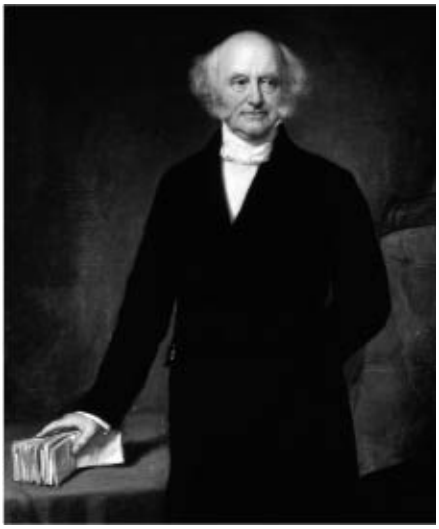
[3] No pasa de ser una mera anécdota, pero tiene su importancia: precisamente fue una demanda del Partido Demócrata lo que dio al traste con la elección de Jackson, pues la citada Duodécima Enmienda de la Constitución otorgó a la Cámara la potestad de elegir presidente en determinados casos y además estableció que el sistema de votación fuera por estados. Se trataba de dar poder a la Cámara y a los estados, pero en 1824, la jugada propició la derrota de Jackson.

[4] La tarifa protectora de 1816 fue introducida por iniciativa del propio Calhoun y otro congresista también de Carolina del Sur, William Lowndes. Ambos creyeron que en el sur podían instalarse fábricas como había en Nueva Inglaterra. Pero la idea fracasó. Ni llegaron propietarios del norte ni los del sur cambiaron de actividad. Por tanto, los únicos beneficiados por las tasas proteccionistas fueron los fabricantes del norte. Como la protección favorecía la producción interna, las tasas fueron incrementándose. El país prosperó, pero aumentaron las diferencias entre los estados industriales y los agrícolas, algodoneros y arroceros.

[5] Algunos historiadores señalan a Clay como el instigador de la ruptura definitiva entre Jackson y Calhoun. El conspicuo senador de Kentucky quiso unir a los estados del norte y oeste. De modo que promovió una rebaja de los aranceles abominables en determinados productos, pero mantuvo altos los aplicados sobre el comercio de textiles. Esta afrenta dio pie a la doctrina de la anulación. Otras muchas fuentes señalan a Clay como el inductor de las leyes de compromiso, que estableció una pauta para la rebaja de los aranceles.

[6] Concretamente, la desaparición del albañil Morgan propició la unión de los antimasónicos. Un cuerpo apareció en el río Niágara; podía no ser de Morgan, pero como alguien dijo, era «suficiente Morgan». Tras la desaparición de los antimasónicos emergieron los anticatólicos *know-nothing*.

8. MARTIN VAN BUREN: LA DESDICHA DEL HEREDERO



5 de diciembre de 1782, Kinderhook, Nueva York - 24 de julio de 1862, Kinderhook.
Presidencia: 1837-1841.
Partido: Demócrata.
Matrimonio: Hannah Hoes. Tuvieron cuatro hijos.
Formación: Leyes con Francis Sylvester.
Profesión: abogado.

EL SEÑOR VAN RUINA

La sombra de Jackson fue tan alargada que lastró la presidencia y el prestigio del esforzado y leal Martin Van Buren, octavo presidente de los Estados Unidos. Quizás el primero al que no conocen en las escuelas de su propio país. El juicio de sus contemporáneos fue muy severo. En la actualidad ha sido absuelto por la historiografía. Su margen de maniobra fue estrecho. Jackson le legó la nominación y casi la presidencia, y con ella, la cuestión india —libró la segunda guerra semínola—, el problema de la esclavitud y, sobre todo, la crisis financiera. En 1837 comenzó la década de la primera y larga gran depresión americana. Van Buren la combatió como pudo e hizo oídos sordos a las encendidas proclamas que pedían batallar de nuevo contra los ingleses, esta vez para apoyar a los rebeldes de Canadá,[1] a cuya frontera llegó a enviar tropas, aunque al final dictó una proclamación de neutralidad. La guerra ya no era la solución para los problemas internos.

Igualmente tuvo un gesto ecuánime y de grandeza al evitar el conflicto con México por Texas. Podía haber recurrido al fervor patriótico para recuperar popularidad, pero no lo hizo. Cierto que cuando llegó a la presidencia, Texas acababa de proclamar su independencia tras una sangrienta revolución en 1836, pero Van Buren prefirió dilatar su incorporación a la Unión, también para no sumar otro gran estado esclavista, lo que a la postre le supuso perder apoyos en el sur.

Enseguida su programa y sus consignas se habían quedado antiguas. Fue el gran artífice y urdidor de la exitosa campaña de Jackson, contribuyó a trazar las líneas maestras del programa para la gente común e insistir contumazmente en el abismo que separaba a la clase trabajadora de la elite financiera. Creó la

maquinaria demócrata en el norte y la puso al servicio de Jackson, que prácticamente lo designó como «heredero». Así llegó sin oposición —aunque no con la confianza de todo el partido— a la Convención de Baltimore, en mayo de 1836.

Sin embargo, en 1840 sus mensajes ya no casaban con la realidad. Y más aún, estaban completamente disociados de su figura. Martin Van Buren era un dandi del norte. Los whigs pasaron al ataque y lo retrataron como un atildado y cursi aspirante a aristócrata que quiso restablecer —con buen criterio— un sistema federal de Tesoro y que gastaba miles de dólares en renovar su vestuario. La crisis arruinó a los hombres comunes y de la frontera mucho más que a los privilegiados. Total, que se había quedado sin discurso y sin atrezo. Una canción popular whig describía así su actividad y su jornada: «De su vino en vaso de plata a su amortiguado sofá, nuestro hombre puede después reclinarse en su mecedora de castaño con una copa de sidra: es él», un advenedizo, un nuevo rico, el hijo del tabernero Dutch —holandés— del norte de Nueva York: «Martin Van Ruina».

Realmente, el pánico lo había desatado su admirado predecesor en la Casa Blanca cuando obligó a suprimir el papel moneda como medio de pago de los bancos. El 10 de mayo de 1837, recién inaugurado su mandato, los bancos de Nueva York se negaron a convertir el dinero en oro y plata. La incertidumbre y la confusión se multiplicaron. Cinco días después, Van Buren reunió al Congreso y le propuso un plan de choque, que consistía, básicamente, en establecer un sistema de depositarios federales de los fondos de la Unión que sustituyera progresivamente a los pequeños «bancos mascota» patrocinados por Jackson. La Cámara de Representantes rehusó aplicarlo. El pánico se prolongó y la cruzada del *rey Andrew I* le costó cara a su más fiel escudero.

A duras penas pudo sacar adelante la Ley del Tesoro (Independent Treasury Act) en 1840, cuando su suerte estaba echada. Gracias a sus prerrogativas como presidente pudo implementar ese sistema de recogida oficial de fondos públicos. Algunos bancos estatales cayeron. Previamente, destinó la mayor parte de los gastos del Tesoro de 1838 a garantizar depósitos con el fin de asegurar el nuevo sistema. Después impulsó una política de austeridad y sacrificios desconocida hasta la fecha. Redujo el gasto público un 20 por ciento y paró las obras públicas. Obviamente, aumentó el desempleo. También impuso la reducción de

jornada a diez horas. Por su parte, los estados quisieron permanecer ajenos a la situación y trataron de mantener el ritmo de construcción de carreteras y canales, sobre todo hacia el oeste, donde parecía estar la nueva tierra prometida. Mientras advertía de la miseria, imprudente e inoportunamente acometió reformas en la Casa Blanca. Fue comedido con el gasto, pero no era la mejor manera de recuperar su popularidad y ganar la reelección.

Lo que de ningún modo pudieron reprocharle sus adversarios fue su exquisita elegancia en la derrota. Van Buren recibió a su sucesor, William Henry Harrison, con extremada cortesía. Fue el primer presidente que habiendo perdido la reelección presentó sus respetos a su sucesor. En su misma situación estuvieron los Adams, que tuvieron peor perder. Fue también el primer presidente americano, es decir, ciudadano americano. Todos los anteriores, como nacieron antes de la independencia, eran súbditos ingleses.

ASCENSO Y CAÍDA DEL ZORRO ROJO

Pequeño y de prominentes patillas blancas; optimista, amable y cortés. Le gustaba el teatro, la ópera y pescar. Paladeaba vino italiano y apostaba entre amigos sobre los resultados electorales. Hablaba rápido y cuando se entusiasmaba o acaloraba —algo que ocurría a menudo— le salía ese extraño acento holandés que conservaba a pesar de que sus antepasados llegaron en el primer tercio del siglo XVII a la Costa Este. Por un error en el registro, los Buren Malsen fueron inscritos como Van Buren (oriundos de Buurmalsen). Tenía fama de intrigante. Se movía con discreción pero con sentido. Su colega John Randolph dijo que «remaba con remos forrados». Fue conocido como el *pequeño mago* por sus trucos políticos y su pelo alborotado. También se le llamó el *Zorro Rojo*. Era cauteloso, a veces deliberadamente ambiguo, ambicioso y supo esperar.

Se formó en Leyes con un mentor federalista, Francis Sylvester. Ejerció como abogado desde 1803. En 1812 ganó su asiento en el Senado del estado de Nueva York y apoyó la guerra contra Inglaterra. Hablaba bien y con elocuencia: sostuvo que nadie podía ir a la cárcel por no pagar sus deudas. Eso no era un crimen ni un fraude, decía: a los pobres no se les puede acusar del error de

contraer créditos para cubrir sus necesidades básicas. Defendió la ampliación del sufragio, creó el primer aparato electoral de la Historia de América, justificó la disciplina de partido y años más tarde animó la implantación del *spoil system*. En 1817 murió su esposa. No se volvió a casar aunque cortejó a una nieta de Jefferson y le pidió la mano, mucho tiempo después, a Margaret Sylvester, hija de su maestro y casi treinta años más joven. Hacía más de una década que Van Buren había abandonado la presidencia y ella le confesó que era mejor para ambos seguir como amigos.

Llegó al Senado federal en 1821. Apoyó a Crawford para la presidencia en 1824 y se consolidó como líder demócrata por su oposición a John Quincy Adams. Se declaró en contra de acudir al Congreso de Panamá porque no quería alianzas de ningún tipo. En 1828 encontró en Jackson el rescatador de los principios de Jefferson. Pensaba que solo un héroe de guerra podía unir al país. Sin embargo, la campaña que maquinó sirvió para dividirlo. Jackson lo consideraba una pieza insustituible, la persona que negoció acuerdos con Crawford y Calhoun, a pesar de las malas relaciones que tenía con este último. Al servicio de su jefe de filas concurrió a la elección para gobernador de Nueva York. El año en el cargo fue suficiente para apuntalar al candidato presidencial de cara a las elecciones de 1832. Después fue nombrado secretario de Estado y luego vicepresidente (iba para ministro para Gran Bretaña pero el Senado vetó su candidatura). Para asegurar su nominación a la vicepresidencia, Jackson impuso la regla de los dos tercios, un número suficiente de apoyos para que ningún otro candidato pusiera en peligro su elección. El Partido Demócrata mantuvo este procedimiento hasta 1936. Alguna vez, a Jackson se le pasó por la cabeza renunciar a la presidencia para instalar a Van Buren en la Casa Blanca sin obligarlo a pasar por los rigores de una campaña. y la incertidumbre de las urnas. Van Buren le convenció de que sentaría un precedente letal para el prestigio de la institución.

Finalmente se presentó a las elecciones contra tres eminentes whigs: Harrison (Ohio), Daniel Webster (Massachusetts) y Hugh Lawson White (Tennessee). La convención whig de Pensilvania decidió esta estrategia para evitar que Van Buren reuniera los votos necesarios del Colegio y llevar la elección a la Cámara, donde los whigs tenían más posibilidades. Por eso presentó a cada uno de los candidatos como defensor de sus respectivos intereses

territoriales: oeste, norte y sur. Durante la campaña, le pincharon para que manifestara su posición ante la esclavitud. Al principio quiso pasar de puntillas sobre el asunto. Al final se declaró a favor de mantenerla y de que los estados del norte no se inmiscuyeran en los asuntos del sur. Por supuesto también salió a relucir el Banco Nacional. Ahí estaba atrapado: tuvo que admitir su oposición al Banco.

El filósofo Ralph Waldo Emerson dijo que el Partido Demócrata tenía «los mejores principios» y los whigs, «los mejores hombres». Pero además, en esta elección, los demócratas tuvieron también la mejor —y mejor engrasada— maquinaria electoral. Van Buren consiguió el 51 por ciento de los votos y ciento setenta apoyos en el Colegio. En su discurso inaugural declaró que en el origen de la nación ya existía la esclavitud, y que los padres fundadores identificaron el problema y se sintieron sensibilizados por él, pero antepusieron su patriotismo a la discordia. Para evitarla, él se comprometía a mantener el estado de cosas y a frenar los ímpetus abolicionistas del Congreso.

No obstante, la liebre podía saltar en el momento más inesperado, como ocurrió con el «Caso Amistad». En 1839, un barco español con ese nombre ancló en aguas neoyorkinas. A bordo iban cuarenta y nueve africanos —otras fuentes dicen que eran cincuenta y tres, y esclavos importados en La Habana— que tomaron el control del barco cerca de Cuba. España solicitó a Estados Unidos que devolviera el buque, la carga y a los amotinados para juzgarlos por piratería. Van Buren estaba de acuerdo. Máxime cuando en el sur surgieron voces partidarias de juzgarlos y, en su caso, ejecutarlos en Estados Unidos. John Quincy Adams ejerció magistralmente de abogado defensor de los detenidos. Y obtuvo una sonada victoria: el Tribunal Supremo resolvió el 9 de marzo de 1841: por el Tratado de 1817, firmado por España y Reino Unido, el comercio de esclavos estaba prohibido entre los dos países en las colonias españolas. Por tanto, los africanos habían sido secuestrados y debían ser inmediatamente liberados. En 1841 fueron repatriados.

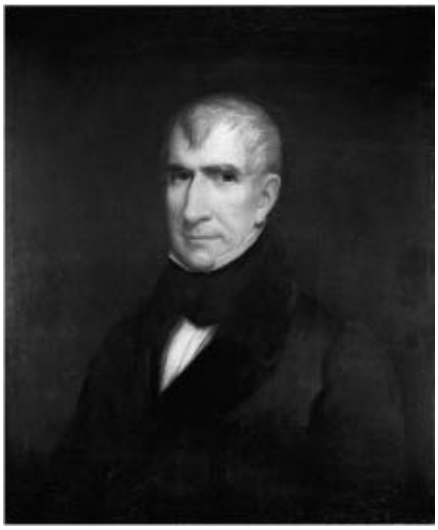
Aparte del ya mencionado caso del vapor *Coroline,* desde Canadá le vino otro problema. La frontera entre Maine y la provincia de New Brunswick no estaba delimitada, de modo que ambos territorios mantenían un permanente conflicto por unas cuantas millas alrededor del río Aroostook. Las milicias del estado americano y de la provincia canadiense se apelotonaron en la región

cuando los canadienses expulsaron al americano Rufus McIntire. Van Buren atemperó los ánimos y negoció el Tratado Webster-Ashburton, firmado ya en 1842, durante la presidencia de Tyler.

Puede que por su hoja de servicios mereciera una segunda oportunidad. Se le había ido el mandato por el sumidero de la crisis. Pero no la tuvo. No obstante, el Zorro Rojo no se resignó. Se presentó a la convención demócrata de 1844, pero perdió la nominación frente a Polk, el Joven Nogal. Curiosamente, esta vez le perjudicó la regla de los dos tercios. Aunque le hizo más daño su oposición a la anexión de Texas. Luego viró hacia el abolicionismo. Tanto, que reclutó apoyos whigs para crear el Free Soil Party —Partido de la Tierra Libre— en 1848. Se dedicó a lo que mejor supo hacer: poner en marcha una organización electoral. Concurrió a las elecciones formando *ticket* con Charles Francis Adams, hijo de su acérrimo adversario John Quincy Adams. Quitó muchos votos demócratas en el norte —comprometidos con la justicia social pero también con el abolicionismo— y puso en bandeja la presidencia al whig Zachary Taylor. Después se retiró temporalmente. Viajó por Europa, conoció a la reina Victoria de Inglaterra y al papa Pío IX. Regresó a las filas demócratas para revitalizar el partido, pero había perdido cualidades y contactos. Aunque el Free Soil apoyó a Lincoln, él se decantó por Douglas. Pero esa parte de la Historia ya no le pertenece. Murió en 1862, en plena Guerra Civil.

[1] El 29 de diciembre de 1837, milicias canadienses al servicio de la corona británica quemaron el vapor *Caroline* en el río Niágara, que proveía de suministros a los rebeldes canadienses de Ontario —liderados por William L. Mackenzie, alcalde de Toronto— a bordo del navío **Island**, donde establecieron un gobierno en el exilio que pedía la independencia de Canadá. Los ánimos antibritánicos volvieron a encenderse en Estados Unidos. El propio presidente dijo que «era el más grave atropello» cuyas consecuencias podían ser nefastas. En mayo de 1838, Gran Bretaña envió a las provincias canadienses de América del Norte un nuevo gobernador que se mostró indulgente con los rebeldes y sugirió, al año siguiente, dotar a las provincias americanas del Canadá de un gobierno representativo. En 1840 se aprobó el Acta de Unión, por la que se fundó la Provincia Unida de Canadá, que entró en vigor al año siguiente.

9. WILLIAM HENRY HARRISON: UN MES EN LA CASA BLANCA



9 de febrero de 1773, Berkeley, Virginia - 4 de abril de 1841, Washington.
Presidencia: 1841.
Partido: Whig.
Matrimonio: Anna Tuthill Symmes. Tuvieron nueve hijos.
Formación: no acabó sus estudios de Medicina en la Universidad de Pensilvania.
Profesión: militar.

MÚSICA, COLOR Y BARRILES DE BUENA SIDRA

Delgado, cara angular y nariz picuda; sereno y amable; llano y sin pretensiones. Cinco generaciones de militares y políticos de Virginia y otro presidente más cuyas raíces genealógicas se remontan a Enrique III de Inglaterra. Su padre, Benjamin Harrison, fue delegado del Congreso Continental, firmó la Declaración de Independencia y perdió su casa, su ganado y sus esclavos durante la Revolución. Los casacas rojas asaltaron su finca. Harrison tenía ocho años y era el pequeño de siete. Quiso ser médico, pero abandonó los estudios cuando se acabaron los ahorros de la familia tras la muerte de su progenitor. Entonces comenzó su carrera militar. Se casó muy joven, a los veintidós años. El señor Symmes se opuso al matrimonio porque no quería para su hija las penalidades de una vida castrense. Anna nunca llegó a pisar la Casa Blanca. Harrison fue el primer presidente que murió en el cargo. Ella todavía no había terminado de preparar el traslado.

Ganó las elecciones a la segunda. Primero cayó derrotado en 1836 contra Van Buren. En diciembre de 1839 el Partido Whig celebró su Convención en Harrisburg, Pensilvania. Harrison obtuvo la nominación frente a todo un peso pesado, nuestro viejo conocido, el camaleónico Henry Clay, que era un poco más joven, tenía sesenta y dos años, y partía como favorito. Sin embargo, los delegados antimasónicos ejercieron una influencia decisiva y desbancaron al de Kentucky. La convención fue agitada, pues John Tyler, también de Virginia, como el candidato, fue elegido para la vicepresidencia. Dado que era un hombre de Clay, no gozó de la confianza de todo su partido.

Su adversario demócrata fue de nuevo el desacreditado Van Buren. Ni siquiera le querían en sus filas, pero era la opción menos mala. Tanto, que el

candidato a vicepresidente, Richard M. Johnson, no fue ratificado en la convención demócrata de Baltimore y hubo de pagarse sus gastos electorales.

Fue la primera campaña a todo color: canciones, carteles, encuentros con simpatizantes y caravanas electorales. No en vano, el pueblo ya estaba de lleno metido en política. Un periódico demócrata de Baltimore, el *American*, publicó un editorial ridiculizando a Harrison: «Denle un barril de buena sidra, un retiro de 2.000 dólares anuales y una cabaña de madera y pasará el resto de sus días leyendo filosofía y moral». Los whigs, lejos de incomodarse, aprovecharon la caricatura para recorrer el oeste con esa imagen: repartiendo sidra en cabañas de madera.

Los hombres de la frontera tenían motivos para estar descontentos con el presidente de «las medias de seda», y Harrison, «rudo y austero», le adelantó por su costado jacksoniano y se identificó con ellos. Ganó el apoyo del oeste y mantuvo el del este. Se impuso hasta en Nueva York y Tennessee, estados de Van Buren y Jackson, respectivamente. Por su parte, Clay aceptó la disciplina e hizo campaña a favor del *ticket* whig. Harrison cosechó 1.275.017 votos, el 53 por ciento; Van Buren, 1.128.702, el47 por ciento. En el Colegio se reflejó con mucha más claridad el rechazo del mandato del hasta entonces presidente: doscientos treinta y cuatro votos frente a sesenta. Harrison ganó en diecinueve estados y su rival en siete.

El 4 de marzo de 1841 tomó posesión. Y ofreció el discurso inaugural más largo de la Historia: una hora y cuarenta minutos. Dijo que nadie podía discutir ni usurpar el poder del pueblo, pero que en nombre del pueblo tampoco es legítimo acumular todo el poder: «La concentración de poder en una institución es despotismo». Sus palabras hacían referencia a los doce años anteriores. No se puede apelar al pueblo para blindar el poder ejecutivo ni ejercer control sobre la prensa. Invocó, como algún predecesor, a los padres fundadores, para quienes «la libertad de prensa es el más grande baluarte de la libertad civil y religiosa» y, por tanto, «uno de los más preciosos legados que nos han dejado». Y continuó: «En carne propia o por experiencia ajena hemos aprendido que las cadenas de oro, de cualquier tipo y quienquiera que las pretenda imponer, son en realidad lazos de hierro del despotismo». No quería un Estado entrometido en los asuntos de la gente. Y concluyó que el gobierno debe proteger y estimular a la prensa libre para que fiscalice su propia actividad. El flamante presidente renegaba de la

prensa de partido, de los periodistas metidos a políticos, de las redes clientelares y de la concepción del poder ejecutivo como el único de raíz esencialmente democrática dentro del engranaje constitucional. Además, aseguró que solo permanecería un mandato en el cargo para evitar los abusos de poder.

EL VIEJO TIPPECANOE

Harrison era un militar curtido. Los whigs decidieron acabar con los jacksonianos jugándoles en su propio campo. Una vez que consiguieron «desenmascarar» al dandi Van Buren, tenían que reforzar la imagen de su particular héroe de guerra. El sexagenario presidente —llegó a la Casa Blanca con sesenta y ocho años, la edad más avanzada hasta que casi un siglo y medio después fuera elegido Reagan— se había alistado en la Armada en 1791. Primero luchó contra los ingleses; después, con éxito, contra los indios en el norte, en la frontera con Canadá. Estaba a las órdenes del general Wayne, el *Loco Wayne*. Fue uno de los firmantes del Tratado de Greenville, en 1795, que puso fin a veinte años de lucha con diversas tribus indias. Estados Unidos se apoderó de lo que hoy es Detroit y Chicago. Diez años después, la fiebre de la tierra barata y virgen convirtió el tratado en papel mojado. Los colonos americanos lo incumplieron, se abalanzaron sobre los territorios del noroeste y aniquilaron a los indios, que habían seguido escrupulosamente los términos del acuerdo.

«De vez en cuando, unos cuantos jefes, hambrientos y desesperados, eran rodeados por funcionarios del gobierno y embriagados con oratoria y con whisky, hasta que firmaban un tratado en que entregaban para siempre los cotos de caza de su tribu» y a veces incluso de otras. «Jefferson fomentó este proceso, y William Henry Harrison [...] lo llevó adelante con tanto éxito que durante los catorce años siguientes al tratado de 1795 los indios de esa región renunciaron a cerca de 19 millones de hectáreas». Harrison fue doce años gobernador del territorio de Indiana, desde 1800 hasta 1812. Desde su cargo patrocinó asentamientos blancos en Indiana e Illinois. Antes, como delegado de la Cámara de Representantes en los territorios del noroeste había promovido expediciones y colonizaciones hacia la región. El pueblo no debía olvidar nada de esto en su

segunda campaña para la presidencia de los Estados Unidos.

Y, mucho menos, que el candidato whig fue el héroe de Tippecanoe, un cañón en la desembocadura del río Wabash, en Indiana, donde se habían instalado dos hermanos gemelos que lideraron la resistencia india. Uno era «el guerrero», otro, «el profeta», que ejerció una poderosa influencia religiosa que se extendió hacia el sur. Ambos reclutaron a miembros de distintas tribus esparcidas tras la expansión americana y formaron una confederación india bajo gobierno shawnee. Harrison trasladó la línea de frontera americana y mandó acampar frente a la aldea del guerrero. El 7 de noviembre de 1811 destruyó la aldea del profeta, que había convencido a sus infelices habitantes de que eran inmunes a las armas del hombre blanco. Harrison acabó de este modo con cualquier intento posterior de resistencia india organizada. Un año después, 1.800 indios se unieron a los británicos en la guerra contra Estados Unidos. La batalla de Tippecanoe servía ahora, casi treinta años después, para apuntalar la campaña electoral de Harrison.

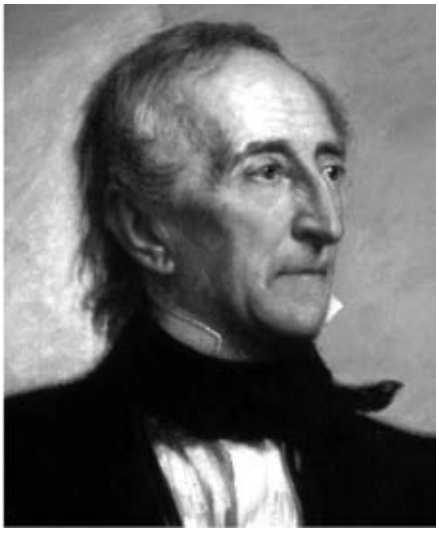
Si los demócratas tuvieron a su Viejo Nogal, los whig presumían de su *Viejo Tippecanoe*, que además adquirió la consideración definitiva de héroe nacional tras la victoria contra los ingleses en la batalla de Thames, al noroeste, en octubre de 1813. Después abandonó el ejército y se dedicó exclusivamente a la política. Como miembro de la Cámara de Representantes, votó con Clay censurar a Jackson por su actuación en la guerra semínola y compartió los intereses del sur evitando imponer restricciones a la esclavitud. También fue senador del estado de Ohio y senador de los Estados Unidos, desde donde apoyó las tarifas sobre la importación. Finalmente, entre 1828 y 1829 fue ministro para Colombia. Lo nombró Adams y lo cesó Jackson. Se retiró a su granja de Ohio, donde ejerció algún cargo menor hasta que regresó a la política como uno de los tres candidatos whigs a la presidencia en 1836.

Su momento fue 1840. Asumió el compromiso de no poseer esclavos mientras durara su presidencia. Él todavía estaba con fuerzas. Y la democracia jacksoniana había impuesto unos códigos políticos que casaban mejor con su perfil que con el de Clay o Webster. El primero tenía demasiados cadáveres en el armario y no era militar, sino un político ducho en el amaño. Por su parte, Webster era del norte. Y su formación era demasiado elevada para los tiempos que corrían. El de Massachusetts revisó el tristemente famoso discurso de

Harrison. Su dilación pudo llevar al presidente a la tumba.

Hacía frío y viento en la capital de la Unión. Harrison no llevaba abrigo ni guantes ni sombrero. Cogió frío. En principio parecía un simple resfriado. De modo que no alteró sus planes. En esos días salió a caminar y soportó un fuerte aguacero. A las puertas de la Casa Blanca se amontonaban los simpatizantes whigs. Ahora les tocaba a ellos trabajar en la Administración. Harrison detestaba el *spoil system*. Hubiera querido acabar con él. Pero ya estaba muy enfermo, «más de lo que la gente piensa», reconoció el 3 de abril. Tenía pulmonía. Afuera y en el hall de la Casa Blanca, gente de toda condición esperaba su turno para solicitar su parte del pastel. «¿No van a cesar las peticiones?», murmuró. Falleció el 4 de abril de 1841.

10. JOHN TYLER: EL PRESIDENTE ACCIDENTAL



29 de marzo de 1790, Greenway, Virginia - 18 de enero de 1862, Richmond, Virginia.
Presidencia: 1841-1845.
Partido: Whig.
Matrimonio: Letitia Christian (1813-1842) y Julia Gardiner (1844-1889). Con su primera esposa tuvo ocho hijos; con la segunda, siete.
Formación: Leyes en William and Mary College, Williamsburg, Virginia.
Profesión: abogado.

UN INTRUSO EN LA CASA BLANCA

John Tyler llegó a Washington el 6 de abril de 1841. Apenas habían transcurrido cuarenta y ocho horas desde el fallecimiento de Harrison. El vicepresidente y solo por unas horas presidente en funciones aceleró todos los trámites. Juró su cargo ese mismo día. La Constitución era muy clara al respecto. La sección primera del artículo segundo establecía que en caso de destitución, muerte, renuncia o incapacidad del presidente, el vicepresidente ocuparía el cargo. Pero Tyler sabía cómo estaban las cosas en su propio partido y quiso evitar especulaciones sobre sus dotes de mando.

No era precisamente el candidato más popular y querido. Y en sus filas cundió la incertidumbre: su proceder era toda una incógnita. Su contumaz defensa de los derechos de los estados y de la esclavitud no entusiasmaba en absoluto al Partido Whig. Más aún, iba contra su propia naturaleza. Cierto es que su partido había disimulado en 1840 sus justificadas reticencias. El eslogan de la campaña fue: *Tippecanoe and Tyler too* (Harrison y también Tyler). Como señala Frederick S. Voss en sus *Retratos de presidentes,* todos sus votantes depositaron sus esperanzas en Harrison, Tyler no era más que una «pegadiza y poética ocurrencia» para vestir el eslogan. El candidato a vicepresidente solo hizo campaña en tres estados: Virginia, Pensilvania y Ohio.

No era exactamente un desconocido y se movía con soltura en las altas esferas: había heredado los contactos de su padre y tenía una buena amistad con la esposa de Madison. Fue miembro de la Casa de Representantes de Virginia entre 1811 y 1816. Entonces era un convencido jeffersoniano que peleó contra el Banco Nacional. Llegó al Congreso de los Estados Unidos en 1816. Allí se opuso al Compromiso de Misuri —años después pensó que el acuerdo sentó la

bases de la división que desembocó en la Guerra Civil—. Volvió a la asamblea de su estado, desde donde apoyó la candidatura de Crawford en 1824. Tras la retirada de este, tomó partido por John Quincy Adams. Fue gobernador de Virginia durante dos años y senador de los Estados Unidos entre 1827 y 1836.

Respaldó a Jackson en algunos de los frentes que el Viejo Nogal tenía abiertos. Pero se alejó de él cuando saltó la crisis de la anulación. Su posición fue ambigua e incluso contradictoria: al tiempo que respaldó el «derecho de secesión» rechazó la anulación —podría parecer algo más coherente si hubiera sido a la inversa—. Cuando en 1833 el presidente apeló al ejército para mantener la Unión, Tyler le espetó en el Congreso: «Sí, señor, "la Unión Federal debe ser preservada". Pero ¿cómo? ¿Busca usted preservarla por la fuerza? ¿Se tranquilizará y calmará su espíritu de discordia para evitar un baño de sangre?».

Eso sí, fue extremadamente valiente y actuó con suma congruencia durante la votación de la ley impulsada por Jackson que autorizaba el uso de la fuerza para imponer las leyes federales en los estados. La posición de Tyler era claramente minoritaria. Muchos de los representantes que también estaban en contra se ausentaron de la Cámara en el momento de la votación. No tenían necesidad de poner en evidencia ni su situación ni su postura. Tyler se quedó en su escaño y votó en contra. Fue el único que lo hizo. La ley se aprobó por treinta y dos votos a uno. Nunca más sería considerado un jacksoniano, se aproximó a Clay y acabó en el Partido Whig. Después se opuso a la retirada de fondos del Banco Nacional para depositarlos en los «bancos mascota», calificó a Jackson de «dictador», se pronunció a favor de censurar al presidente y dejó su asiento en el Senado cuando el estado de Virginia decidió retirar su voto de censura. En las elecciones de 1836 mostró su adhesión a Hugh Lawson White —ya sabemos que los whigs acordaron presentar tres candidatos: del norte, del oeste y del sur—. De todos modos, no se sabe con certeza si finalmente votó por White o por Harrison, pues en unos estados formó *ticket* con el de Tennessee (sur) y en otros con el de Ohio (oeste).

Aunque ganó abrumadoramente la elección a vicepresidente en el Colegio Electoral —se impuso doscientos treinta y cuatro a ocho sobre el candidato demócrata, Richard M. Johnson—, el hombre fuerte de la Administración Harrison era Daniel Webster, secretario de Estado; el del partido era Henry Clay. Tyler ni siquiera estaba informado del estado de salud de Harrison durante su

mes de convalecencia. En la mañana del 5 de abril le despertó la inesperada llamada de Fletcher Webster, hijo de Daniel. Le comunicó que el presidente había fallecido en la víspera. Estaba en Williamsburg, hizo las maletas apresuradamente y se presentó al día siguiente en Washington para jurar su cargo. Como primer gesto conciliador mantuvo todas las designaciones de Harrison: Webster, Ewing, Bell, Crittenden, Badger y Granger continuaban en sus puestos. Por poco tiempo. Sería una presidencia turbulenta.

EL CICERÓN SIN PARTIDO

Sus adversarios le llamaban «el presidente interino». A él lo que le fastidiaba era que sus compañeros whigs hubiesen contribuido a extender esa imagen. La muerte de Harrison había trastocado algo los planes de Clay, que todavía pensaba en la presidencia. Inicialmente creyó que podría guiar a Tyler. Pero ya sabemos que este dio enseguida un golpe de autoridad presentándose en Washington. No quería tutelas. Clay estaba a favor de restablecer el Banco Nacional y así se lo hizo saber. Como cuenta Robert V. Remini, Clay le soltó con brusquedad: «¡Exijo un banco inmediatamente!». Tyler se extendió un poco en su inapelable respuesta: «Entonces, señor, me gustaría que entienda esto: que usted y yo nacimos en el mismo distrito, nos hemos alimentado con la misma clase de comida y hemos respirado el mismo aire. Ahora vaya, señor Clay, hasta el extremo de la avenida que le corresponde, donde está el Capitolio, y cumpla su deber con el país como le parezca apropiado. Con la ayuda de Dios, yo cumpliré el mío desde aquí, como yo considere que debo hacerlo». Nunca más volvieron a dirigirse la palabra. Y Tyler, incomprensiblemente, vetó en septiembre de 1841 por segunda vez la recuperación del Banco Nacional. Ese mes fue decisivo. Todo su gabinete renunció excepto Webster, que, curiosamente, tenía una deuda de 114.000 dólares con el banco que el presidente dejó caer. Por supuesto, el más perjudicado por el veto presidencial fue el presidente del Banco Nacional, Nicholas Biddle, que, arruinado, tuvo que vender su gran mansión, de nombre Andalucía. El Congreso quiso reprobarle por abusar del veto presidencial, él retó a los representantes a que si así lo creían, votaran su censura.

Su obstinación le salió cara a Tyler, que ya no se repuso. De pronto se convirtió en un dinosaurio. Estaba fuera de tiempo y de lugar. El Partido Whig había combatido a Jackson por su obsesiva cruzada contra el Banco; fraguó la victoria de Harrison sobre las consecuencias de la ruinosa decisión y fue implacable con Van Buren, que quiso remediar como pudo el desaguisado. Y ahora llegaba Tyler y persistía en el error. Definitivamente, los whigs lo consideraron un aristócrata del sur, un patricio de Virginia de impecables maneras pero ajeno a los intereses del norte. Ciertamente era un hombre educado, amable, delgado y de buen porte. De nariz romana y puntiaguda. Cuentan que dos viajeros norteamericanos se encontraban en Nápoles cuando vieron cómo descubrían, en unas excavaciones arqueológicas, un busto de Cicerón. Ambos exclamaron entusiasmados: «¡El presidente Tyler!». Su biógrafo, Robert Seager, considera que las circunstancias y el tiempo hicieron aflorar su «vanidad y su incomodidad en presencia de la gente de uñas negras», no sabía ni pretendía mezclarse con el pueblo. Además, solía repetir que era el presidente y que no consentiría que le dictaran lo que debía hacer en cada momento. Una vez escribió a un amigo: «Mi espalda es como un muro».

Trató de ganar popularidad reivindicando la anexión de Texas. Pero nadie daba un centavo por su reelección. Solo un milagro podía mantenerlo en la Casa Blanca. Como esperarlo no era la opción más segura, el partido recurrió al sempiterno Henry Clay para la elección de 1844. Tyler se retiró de la carrera por la nominación y dejó el paso franco al de Kentucky. En esas fechas se había casado por segunda vez con la joven Julia Gardiner, de veinticuatro años, treinta más joven que el presidente. Ella al principio rechazó la propuesta de matrimonio, pero el accidente del *Princeton* que la dejó huérfana de padre cambió sus planes.

El inquilino ocasional de la Casa Blanca no pasaba por su mejor momento. Hacía dos años que había fallecido su esposa y parecía un apestado en su propio partido. El 28 de febrero acudió radiante a la botadura del primer vapor de hélice de la Armada americana. Al final del recorrido de presentación se procedió a la salva de cañones. Para ello se utilizó el emblemático *Peacemaker*, del que se presumía que tenía el cañón más grande instalado en un barco de guerra. Las pruebas habían salido bien. No parecía que hubiera nada que temer. Sin embargo, al tercer disparo explotó. Murieron, entre otros, dos colaboradores

estrechos del presidente, su secretario de Estado y de la Marina. Tyler no estaba tan cerca, se cubrió a tiempo y salió ileso. Quien tuvo peor suerte fue el reputado diplomático y oficial de Marina David Gardiner, padre de la futura esposa del presidente. Julia accedió al matrimonio y Tyler remodeló por tercera vez en apenas tres años su gabinete (en 1843, Webster había abandonado tras culminar el tratado con Canadá). En esta ocasión prescindió de políticos del norte, formó un gabinete de demócratas —otra vez cambió de bando— y nombró a John Calhoun secretario de Estado. Su estrategia pasaba por convertirse en el candidato del sur, contentar al oeste —lo hizo con la Preemption Act, en 1841, que otorgaba derechos de ocupación sobre suelo federal a los colonos del oeste — y acelerar la incorporación de Texas.

En abril de 1844 aprobó el tratado de anexión. Pero el Senado no lo ratificó. Era una cuestión de mera táctica política. La opinión pública estaba a favor, el Congreso presentó una resolución conjunta y James K. Polk creó una plataforma de apoyo a la causa justo antes de las elecciones; si bien Clay y los abolicionistas se habían manifestado en contra. En la América de los partidos políticos, Tyler estaba completamente solo. Había perdido a los suyos —por su propio empeño — y no pudo ganarse el favor de los demócratas ni del sur.

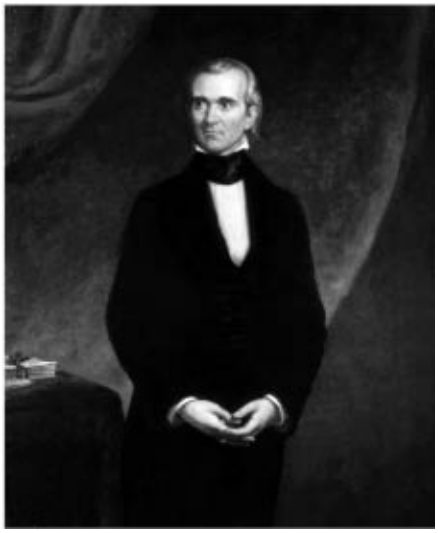
Tres días antes de terminar su mandato, por primera vez en la corta historia de la nación, un presidente firmaba un acuerdo internacional producto de una resolución conjunta de ambas cámaras —que evitaba el requerimiento de dos tercios para su aprobación—. La resolución imponía que la línea divisoria 36º 30’ establecida en el Compromiso de Misuri se aplicaría a Texas. John Tyler fue también el primer presidente que firmó un acuerdo con China: por el Tratado de Wanghia, de 1844, el país asiático permitió el acceso a sus puertos. Además, a los barcos americanos no se les aplicarían las leyes del país.

Ni tenía partido ni quiso formar uno, aunque se lo pensó. Reconoció que estaba tranquilamente en su granja cuando hubo de hacerse cargo del gobierno: «Sabía que dormiría en una cama de espinas; ahora solo quiero descansar; busco el reposo de una vida rural». Se dedicó a su familia, a su plantación en Virginia y fue rector del William and Mary College.

Volvió fugazmente a la política. Apoyó al candidato demócrata en 1860 y en febrero de 1861 regresó a Washington para tratar de detener in extremis el inminente conflicto entre el Norte y el Sur. Encabezó una convención de

veintiún estados para negociar la determinante posición de Virginia. La delegación y su misión de paz fracasaron. Tras la elección de Lincoln, lo abordó en el hotel Williard. Le propuso que atendiera las resoluciones de la Convención de Richmond, que pasaban por ampliar la frontera de la esclavitud hasta el Pacífico. El flamante presidente rechazó la propuesta: no concedía legitimidad a la Convención ni creía que la decisión fuera acertada. Tyler creyó que Lincoln disparó primero y se unió a los secesionistas, participando en el Congreso Provisional de la Confederación. Falleció el 18 de enero de 1862. Unos días antes había llegado sin su mujer al Hotel Exchange, de Richmond, para tomar posesión de su escaño en la Casa de Representantes Confederada. Allí empezó a encontrarse mal. En principio, Julia no tenía pensado acompañarle. Una noche tuvo una pesadilla sobre el estado de salud de su marido y se desplazó a Richmond el día 10. Ocho días después, Tyler falleció.

11. JAMES POLK: EL DESTINO MANIFIESTO



2 de noviembre de 1795, Mecklenburg, Carolina del Norte - 15 de junio de 1849, Nashville, Tennessee.
Presidencia: 1845-1849.
Partido: Demócrata.
Matrimonio: Sarah Childress. No tuvieron hijos.
Formación: ingresó en la Universidad de Carolina del Norte, donde cursó Humanidades; se graduó en Leyes en Nashville.
Profesión: abogado.

LA FILOSOFÍA DE LA CONQUISTA DEL OESTE

El periodista John L. O'Sullivan es el principal responsable de que James K. Polk haya pasado a la Historia como el artífice —o mejor, el consumador—, de la doctrina del «destino manifiesto». La expresión apareció por primera vez en una prestigiosa revista de su partido, *The United State Magazine Democratic Review*, en 1845, donde colaboraba, entre otros, Edgar Allan Poe. Su editor advertía, o tal vez se quejaba, de que las intervenciones extranjeras limitaban «nuestra grandeza» e impedían «la realización de nuestro destino manifiesto, que es el de ocupar en su plenitud el continente que la Providencia nos ha concedido para el libre desarrollo de nuestra población, que año tras año se multiplica por millones».

Al mismo tiempo, un congresista de Ohio, Duncan, aseguró que «multiplicar los estados» era la manera más eficaz de restar influencia al poder federal. Había sed de tierra para los audaces pobladores del Oeste. Por otro lado, la expansión se asociaba al ideal republicano: la república de la felicidad no tenía barreras. La idea de apelar a la misión nacional impuesta por la Providencia planea sobre la política americana desde la independencia de las colonias. El país era tierra de acogida y el hogar de la libertad. Ciertamente, en 1776 no había ningún otro lugar similar en la Tierra, en el que los hombres aspiraran a organizarse libremente, disponer libremente de sus tierras y comerciar sin trabas. Jefferson ya se refirió a la «frontera natural». La propia naturaleza establece los límites de la República: América acaba donde topa con el Pacífico. Y los europeos no deben ocupar territorio americano.

O'Sullivan quería justificar la anexión de Texas, obsesión del Partido Demócrata desde los años de Jackson. Aparte de que expresiones similares se

emplearan mucho antes para adquirir Florida, la doctrina del destino manifiesto era especialmente útil para reivindicar los derechos norteamericanos sobre Oregón[1] y California, reclamados también por Inglaterra. De cualquier modo, la presidencia de Polk quedaría marcada por la guerra con México, a cuyo territorio se le dio un considerable bocado.[2] Aprovechando el desconcierto y la inestabilidad generada por el golpe de estado del general Santa Ana, que quiso centralizar el poder en la antigua colonia española, Texas proclamó su independencia el 2 de marzo de 1836. En un mes consumó su revolución.

El sitio de El Álamo reforzó el imaginario patriota americano. David Crocket, héroe de los hombres de la frontera del suroeste, defendió cada palmo de terreno al mando de menos de 200 de combativos colonos y contra casi 4.000 mexicanos. Fue el 26 de febrero de 1836. El coronel William Tavis arengó a sus soldados. No tenían ninguna posibilidad de ganar. El 6 de marzo las tropas de Santa Ana tomaron El Álamo, aunque perdieron 1.544 vidas. El sitio se convirtió en un hito que espoleó a los rebeldes texanos. Samuel Houston, general aguerrido formado con Jackson, capturó a Santa Anta el 21 de abril al grito de «Recuerda El Álamo». La resistencia mexicana de San Jacinto duró exactamente quince minutos.

Santa Ana firmó la independencia de Texas a cambio de su libertad, pero el Congreso mexicano desestimó el tratado. Sin embargo, el proceso era irreversible. Texas se convirtió en la república de la estrella solitaria. Su primer presidente, el propio Houston, buscó desde el principio la anexión a la Unión. Jackson la quiso —el último día de su presidencia reconoció la independencia—, Van Buren prefirió no alterar el statu quo sobre la esclavitud, Tyler se aferró a ella como a un clavo ardiendo —y se dio el gusto de escribir a Houston mientras hacía las maletas en la Casa Blanca— y Polk la consumó. En el sur se decía que si no se la admitía en la Unión, tarde o temprano firmaría un acuerdo con Inglaterra, aboliría la esclavitud y Estados Unidos tendría una república independiente en su territorio. Los representantes del norte se oponían a la anexión. Temían que se dividiera en varios estados pequeños y esclavistas que rompieran para siempre el débil equilibrio. Además, su inclusión desencadenaría la guerra con México.

MÉXICO: LA GUERRA DEL TAPADO

Polk era un hombre cansado, débil y enfermizo; retraído y de pocos y leales amigos, aunque era guapo, atractivo y tenía personalidad. Originario de Carolina del Norte, su familia se instaló en Tennessee, donde prosperó con habilidad. Su padre, Samuel Polk, fue un ferviente jeffersoniano y amigo personal de Jackson, que hizo de mentor y un día le espetó: «Deja de flirtear y compórtate como un sobrio esposo». Polk ironizó: «¿Y qué mujer debo escoger?». «Una que no te dé demasiados problemas; de familia acomodada, buena educación, radiante, bella, saludable... Sabes bien a quién me refiero». Polk escuchó complacido. Era justo lo que quería oír: «Ella es Sarah Childress».

Esta conversación la tuvieron en 1823, cuando Polk era solo un prometedor diputado de la Cámara de Representantes de Tennessee: el pequeño campeón del hombre común, fiel escudero de Jackson, al que apoyó en todas sus iniciativas. Finalmente, se convirtió en el Joven Nogal y recuperó los principios jacksonianos. Unos meses más tarde, el 1 de enero de 1824, Sarah y James se casaron. Ese año Polk ganó su asiento en el Congreso de los Estados Unidos. En 1835 fue nombrado presidente de la Cámara de Representantes, cargo que desempeñó hasta 1839, cuando resultó elegido gobernador de Tennessee. Tras sentar la cabeza su carrera fue meteórica. Ya en 1837, sostuvo la causa de los rebeldes canadienses y defendió el «derecho de los habitantes de este continente a decidir su propio destino».

Obtuvo la nominación a la presidencia en la Convención de 1844. Sabemos que la regla de los dos tercios perjudicó a Van Buren, que no obtenía en cada sucesiva votación los suficientes apoyos de su partido. Cuatro candidatos se disputaban el primer puesto del *ticket*. Al quinto recuento, Lewis Cass, de Michigan, parecía el favorito. Hasta la octava vuelta Polk no recibió ni un solo voto. Su nombre apareció de tapado. Los delegados lo consideraban candidato a la vicepresidencia. Sin embargo, nadie podía ignorar las virtudes del Joven Nogal ni a su padrino. Cuando su nombre salió a relucir todas las miradas se dirigieron repentinamente a él. En la novena votación, el *dark-horse*[3] obtuvo doscientos treinta y tres votos frente a veintinueve de Cass y dos de Van Buren.

Su rival whig fue Henry Clay. Hacía veinte años que el infatigable senador de Kentucky concurrió por primera vez a la carrera electoral. Esta vez era el indiscutible favorito. No podía perder contra un *dark-horse*. Uno de los lemas de campaña de los wighs fue: «¿Quién es James Polk?». El partido estaba tan

seguro de su victoria que se permitió rechazar en el Senado la anexión de Texas haciendo oídos sordos al ardor patriótico. La pasión expansiva americana ya era febril. Clay supo que por Texas podía escurrírsele la elección. Publicó un par de artículos en prensa tratando de justificar su posición. No estaba contra la anexión, sino previendo la posible desmembración de la Unión. No quería la guerra con México ni que Texas engrosara la nómina de estados esclavistas. Si hubiera algún modo de sumar Texas «sin deshonor, sin guerra y con consenso», sería el primero en firmar. Sus explicaciones empeoraron su situación y dañaron su popularidad. Además, Polk era ajeno a las guerras intestinas de su partido y Clay, por el contrario, un candidato pendular, que había estado en todas las batallas y había chocado con todos. Frente al incombustible Clay, Polk anunció que solo permanecería un mandato en la Casa Blanca, lo cual fue interpretado más como un gesto de desapego al poder que de prudencia por su delicado estado de salud.

Por si fuera poco, en el norte, el Partido de la Libertad, abolicionista, liderado por James G. Birney, restó a Clay apoyos suficientes como para arruinar cualquier opción. De hecho, en Nueva York, Clay perdió por apenas 5.000 votos. Teniendo en cuenta que el candidato abolicionista cosechó 15.000, ese puñado de sufragios podía haber decantado los 36 votos electorales del estado en el Colegio y dado un vuelco a la elección final, que había perdido Clay en voto popular por menos de 40.000 papeletas.

El 4 de marzo, en su discurso inaugural, Polk dijo a la gente lo que estaba esperando oír: «La República de Texas nos ha expresado su deseo de incorporarse a nuestra Unión [...] y disfrutar de nuestra bendita libertad». Y pronunció las palabras mágicas: «Nuestra Unión es una confederación de estados independientes[4] cuya política es la paz, entre nosotros y con el resto del mundo; extender sus límites y dominios de paz sobre nuevos territorios para nuestro pueblo, que crece por millones. El mundo no tiene nada que temer de nuestra ambición militar ni de nuestro gobierno». Anunció su programa expansionista, que incluía Oregón. Texas se incorporó a la Unión en diciembre de 1845. El 12 de mayo de 1846 el Congreso aprobó la declaración de guerra contra México.

Fue «la guerra del señor Polk», como se refirió a ella el joven congresista de Illinois Abraham Lincoln. Los límites del estado no estaban claros y los texanos

aspiraban a llegar hasta el Río Grande. Por otro lado, el presidente apretó las clavijas a su vecino hispano enviando otra guarnición a California, que proclamó asimismo su independencia el 14 de julio de 1846. Hubo un postrero intento de negociación que no prosperó. Estados Unidos estaba dispuesto a pagar. Y a fin de cuentas, México ya había perdido Texas y California estaba casi deshabitada. Pero la opinión pública mexicana no aceptaría tal humillación. Entonces Polk mandó a Taylor avanzar más allá de los límites anexionados. Sus tropas fueron atacadas y estalló el conflicto. «Se ha derramado sangre americana en tierra americana», dijo cínicamente el presidente en el Congreso, que aprobó la intervención por 174 votos a 14. El debate en el Senado se despachó en un día.

Polk quiso gestionarlo en clave interna: sabía que el pueblo catapulta a los militares heroicos a la Casa Blanca, por eso trató, sin conseguirlo, de retener en Washington al general whig con mejor hoja de servicios, Winfield Scott. Por otro lado, necesitaba ventilar la guerra con rapidez para evitar que Inglaterra se implicara del lado de México. Aparte, cosa con la que no contaba, en los mentideros políticos ya sonaba el nombre de Taylor para la candidatura whig. La guerra terminó con el Tratado de Guadalupe-Hidalgo, firmado el 2 de febrero de 1848,[5] mediante el cual México perdía la mitad de su territorio. Ese año y medio de guerra aparecieron muchos de los militares que luego destacaron en la Guerra de Secesión, entre ellos, Ulysses Grant y Jefferson Davis.

En materia económica, Polk tomó dos medidas relevantes: recuperó la Ley del Tesoro Independiente en 1846 —aprobada por Van Buren y que la mayoría whig en el Congreso paralizó—, mediante la cual los fondos federales eran depositados en tesoros independientes de las entidades privadas. Además, la Unión pagaría sus deudas en monedas de oro y plata o bonos del Tesoro. Por otro lado, ese mismo año aprobó la Tarifa Walker —Robert J. Walker era el secretario del Tesoro—, que permitía el almacenamiento de grandes cantidades de productos importados cuyos impuestos podían ser pagados de manera fragmentada.

Anunció su retirada notablemente agotado y envejecido. Anotó en su diario que esperaba ser un hombre más feliz. Acudió a la toma de posesión de Taylor, luego se embarcó en un crucero para disfrutar de unas merecidas vacaciones por el Misisipi y el Golfo de México. Se hizo una casa en Nashville que no pudo disfrutar. Durante el viaje comenzó a sentirse peor, no era solo cansancio,

probablemente contrajo el cólera en la epidemia desatada en Nueva Orleans. Murió el 15 de junio de 1849. Tenía cincuenta y tres años. Había sido el morador más joven de la Casa Blanca. Quién lo diría. Dejó todo a su esposa, incluidos sus esclavos, con la condición de que ella los liberara a su muerte. No tuvieron que esperar tanto. Se adelantó el Decreto de Emancipación.

[1] El contencioso por Oregón entre Inglaterra y Estados Unidos venía de lejos. El mensaje demócrata era claro: *Fifty-four Forty or Fight*. Se refería a los límites del territorio (54º 40' de latitud) de dominio británico. Polk firmó el Tratado de Oregón en 1846, y se conformó con pasar del paralelo 42º (límite del territorio americano) al 49º.

[2] México intuyó las intenciones americanas desde su independencia de España. Luis de Onís, que fue embajador español en Estados Unidos, ya previno a la joven república. Como señala Aurora Bosch, en los años treinta del siglo XIX vivían en Texas 20.000 americanos blancos, 1.000 esclavos negros y 5.000 mexicanos. A pesar de los controles fronterizos establecidos por México, cinco años después ya eran 30.000 los americanos blancos.

[3] El *dark-horse* —caballo oscuro— es el tapado o el candidato sorpresa. Un aspirante sin posibilidades o de posibilidades desconocidas. La expresión proviene de la novela que escribió en 1831 el político conservador británico, Benjamin Disraeli, titulada *El joven duque*. El término hizo fortuna en las convenciones de los partidos.

[4] Los demócratas se distinguían de los whigs por el uso de esta denominación para referirse a la Unión de Estados Federados, los Estados Unidos.

[5] Nicholas P. Trist, funcionario del departamento de Estado de probada fidelidad demócrata, firmó el decreto sin permiso de Polk. El presidente lo había enviado a negociar los términos de la paz en noviembre de 1845. Pronto ordenó su regreso. Trist hizo caso omiso y rubricó el acuerdo final: México cedía Texas con la frontera de Río Grande, Alta California, Nevada, Utah, gran parte de Nuevo México, Arizona y algunas zonas de Colorado y Wyoming. Todo a cambio de 3 millones de dólares en reclamaciones de guerra para sus ciudadanos y 15 millones para el Estado. Los mexicanos establecidos en esos territorios podían quedarse o regresar a su país. Polk admitió el éxito diplomático y lo calificó como difícilmente mejorable.

12. ZACHARY TAYLOR: EL TIEMPO CORRE CONTRA LA UNIÓN



24 de noviembre de 1784, cerca de Barboursville, Virginia - 9 de julio de 1850, Washington DC
Presidencia: 1849-1850.
Partido: Whig.
Matrimonio: Margaret Peggy Mackall Smith. Tuvieron cuatro hijos.
Formación: no tuvo formación universitaria
Profesión: militar.

EL COMPLEJO WHIG

La influencia que ejerció Jackson sobre el sistema político americano se manifestó de nuevo con la elección de Zachary Taylor. Otro héroe de guerra. Poseídos por cierto complejo, parecía que los whig solo se sentían cómodos y con posibilidades contra los demócratas si presentaban como candidato a un baqueteado y rudo militar y no a un político de sólida formación. Aquella campaña ya lejana de 1828 minó tanto la moral del Partido Whig que veinte años después seguían buscando a su hombre común, su rey de la multitud. Primero fue Harrison, ahora Taylor, a quien la casaca todavía le olía a pólvora y sudor. Acababa de regresar de México con el aura de una colosal victoria. Los whig no querían la guerra, pero la contienda les condujo a la Casa Blanca.

Dado que las perspectivas para las elecciones eran buenas, el partido se permitió prescindir de Clay en la Convención de Filadelfia de junio de 1848. Clay, que superaba ya los setenta años, había quedado para apagar incendios, no para ganar. Taylor obtuvo la nominación a la cuarta votación. Scott, el otro héroe de la guerra contra México, quedó segundo; Clay, tercero y otro veterano, Webster, cuarto. La nómina de candidatos sugería que el partido pronto tendría que acometer una renovación. Estaba a punto de perecer el segundo sistema de partidos.

El general de Virginia se impuso en las elecciones presidenciales a Lewiss Cass, de Michigan, un demócrata y esclavista del norte —lo cual estaba muy mal visto por los abolicionistas—. Era lo que se conocía como un «cara de masa» —*doughface*—. Se les llamaba así a los congresistas de estados libres que, pálidos como masa de pan, se paralizaban ante los diputados esclavistas.

La campaña de Taylor no fue política sino militar: la completó con sus

victorias en Palo Alto, Resaca de la Palma, Monterrey, Buena Vista... Fue el 23 de febrero de 1847. De nuevo las fuerzas de Santa Ana eran mucho más numerosas —y eso que el general americano dispuso de 4.600 hombres—, pero, allí, en Buena Vista, Taylor prácticamente decidió la guerra contra México. Un día antes de la batalla, Santa Ana le ofreció la rendición. Taylor la rechazó. Un mes más tarde, Scott tomó Veracruz y se dirigió hacia Ciudad de México, que se rindió en agosto.

Taylor no era un político. Y decía no estar llamado a grandes empresas. Adversarios y fieles le llamaban el *Old Rough and Ready*, el «Viejo áspero y dispuesto para la acción». «No diré que no serviría a la nación si el virtuoso pueblo fuera lo suficientemente imprudente como para elegirme». Los whigs vieron en él un candidato aceptable para todas las sensibilidades de la Unión, dispuesto a no hurgar en la herida del enfrentamiento entre norte y sur. Nunca había ocupado un cargo público y un año antes de la guerra era un completo desconocido. Por tanto, tampoco se manejaba con soltura en los interiores del Capitolio. Además, el Partido Whig no contaba con una plataforma tan eficaz como su rival, el Partido Demócrata.

Tardó semanas en recibir la notificación de su nombramiento como candidato whig. El presidente de la Convención le envió la carta —sin hacerse cargo de los gastos de envío, como era habitual—, pero el héroe de Buena Vista recibía tantas felicitaciones y misivas últimamente que decidió no admitir las que no vinieran con sello. El certificado de su designación durmió el sueño de los justos en la oficina de correos. Se enteró por un segundo escrito. Uno de los apoyos más firmes con los que contó fue el de Jefferson Davis, su yerno, el entonces senador de Virginia y futuro presidente de los Estados Confederados de América. Davis le ayudó a conseguir votos en el sur. Lo que resultó a la postre fundamental.

La campaña giró en torno a la esclavitud. Estados Unidos no crecía tanto y de golpe desde la adquisición de Luisiana. En el Congreso se debatía la cláusula Wilmot. El congresista David Wilmot, de Pensilvania, miembro del Free Soil Party (Partido de la Tierra Libre), presentó por segunda vez un proyecto para prohibir la esclavitud en todos estos nuevos territorios. Tenía su lógica: no habían sido colonos, sino el Ejército de la Unión quien había conquistado estos dominios. Taylor, propietario de más de cien esclavos, propuso una solución que estaba lejos de ser intermedia: apeló a la soberanía de los ocupantes (los más

conspicuos jacksonianos dirían soberanía popular). Los habitantes de las nuevas posesiones estadounidenses decidirían sobre la cuestión. Decimos que no era una posición intermedia porque, por pura lógica, los pobladores serían mayoritariamente emprendedores del sur. La noción de soberanía de los habitantes fue luego adoptada por el rival de Lincoln en las elecciones de 1860, Stephen Douglas.

El problema estaba definitivamente enquistado: Cass, que había perdido cuatro años antes la nominación demócrata frente a Polk, sostuvo, haciendo suyo el discurso esclavista más recio, que la esclavitud no era una materia sujeta a legislación caprichosa en función de las mayorías, sino una institución propia de la cultura del sur. Taylor no era un político pero entendió pronto la dinámica política. Sabía que era el candidato de un partido abolicionista y no dio un paso en ninguna otra dirección. El resto de la campaña se la hizo Martin Van Buren, que con su Free Soil Party se llevó los votos antiesclavistas demócratas. Total, que entre dos demócratas, Polk y Van Buren, fabricaron un presidente whig.

LA UNIÓN SE PARTE EN DOS

Por primera vez la elección se celebró el mismo día en toda la Unión. También fueron los primeros comicios presidenciales convocadas para el primer martes de noviembre siguiente al primer lunes. Es decir, el primer martes siempre que este no fuera día 1 y nunca más tarde del 8. La tradición se mantiene todavía. Taylor ganó en quince estados; Cass, en otros tantos. En voto popular, Taylor le sacó a su rival algo más de 900.000 sufragios; en el Colegio, el general doblegó al senador por ciento sesenta y tres a ciento veintisiete. Taylor ganó en casi todo el norte y se impuso en Tennessee; Clay obtuvo la victoria en el oeste, Texas y Virginia, la cuna de Taylor.

Nunca antes se había puesto tan milimétricamente de manifiesto la grieta que dividía al país por el eje de la esclavitud. Mediado el siglo XIX era imposible soslayar por más tiempo la relación entre libertad y abolicionismo. Los presidentes cada vez tenían más difícil articular un discurso coherente sobre la libertad. Hacía dos décadas que el debate sobre la esclavitud había entrado de lleno en el terreno de la moral,[1] que chocaba con la actitud pragmática y

acomodadiza a la que se acogió el presidente: o la abolición o la Unión. La alocución inaugural de Taylor estuvo plagada de lugares comunes: proclamó su amor a las libertades políticas y civiles, advirtió de los peligros que desde Washington acechaban a la nación, apeló a su independencia respecto de influencias extranjeras, a la neutralidad, al «genio de nuestras instituciones y de nuestro pueblo»... un ungüento balsámico para ganar tiempo. Sin embargo, el reloj empezaba a correr demasiado deprisa. Lo único que pudo hacer el nuevo presidente es parar la extensión de la esclavitud. Lo cual no era poca cosa.

Como subraya Susan-Mary Grant, en el norte, algunos se autoengañaban y «trataban de hacer como si la esclavitud fuese la peculiar institución del sur» contra la que no convenía luchar pues el país se dividiría en dos. Contra las opciones basadas en la moral, el norte desarrolló igualmente una suerte de corrección política, según la cual, una parte del abolicionismo presentó razones de orden económico: la esclavitud lastraba el desarrollo de la Unión y la prosperidad basada en la igualdad de oportunidades. Por su parte, en el sur estaban convencidos, como escribió el economista contemporáneo de la época Thomas Kettell, de que su riqueza y poder dependía del trabajo de los esclavos. En consecuencia, la Unión no podía hacer la vista gorda: la esclavitud formaba parte de la economía del país, era una institución económica.

El primer y más firme compromiso de Taylor era «perpetuar la Unión» y tratar de «armonizar intereses en conflicto». «No tengo que llevar a cabo un propósito personal, no tengo objetivos ni enemigos a los que castigar; solo tengo que servir a mi país», como había hecho en la guerra de 1812 contra Inglaterra, en la de 1832 contra los black hawks y en la segunda guerra semínola en 1837. Comenzó su presidencia oponiéndose al Compromiso de 1850, presentado por Henry Clay, el mismo que treinta años antes pergeñó el Compromiso de Misuri. El senador de Kentucky propuso al Congreso aprobar un decálogo de medidas para gestionar la incorporación a la Unión de los territorios ganados a México sin alternar el tambaleante equilibro entre estados esclavistas y abolicionistas. Taylor, escéptico al respecto, llamó ley ómnibus a los cinco puntos paritarios para el acuerdo entre Norte y Sur. Sostuvo que el conjunto de la propuesta no era coherente y mostró su disposición a usar el veto presidencial. De hecho, el compromiso no se adoptó hasta que le sustituyó Millard Fillmore. No obstante, Taylor sí se mostró a favor de uno de los puntos: admitir a California como

estado libre y no poner condiciones al resto de territorios, que definirían su posición en virtud de la soberanía de sus habitantes.

Unos meses antes de las elecciones que ganó Taylor, el 19 de julio de 1848, se convocó en Nueva York la primera convención para los derechos de las mujeres. Acudieron doscientas sesenta mujeres y cuarenta hombres. Por el lugar de la celebración, se la conoció como la Convención de Seneca Falls, organizada por Lucretia Mott y Elizabeth Cady Stanton, que escribió la «Declaración de sentimientos», inspirada en la Declaración de Independencia. El movimiento feminista no iba a pasar inadvertido. Primero porque cruzó el Atlántico para afianzarse en Inglaterra, y segundo porque entroncó con el abolicionismo. Paralelamente a las sociedades antiesclavistas, se crearon las sociedades feministas, primero como secciones y luego como organizaciones autónomas. El igualitarismo adquirió una nueva dimensión. Y ambas se retroalimentaban y reforzaban mutuamente. Si bien, alguna sociedad abolicionista se resquebrajó precisamente por no incluir las demandas de las mujeres.

El presidente Taylor remó poco tiempo en las aguas revueltas de la Unión. Aprobó el Tratado Clayton-Bulwer de 1850, que estipulaba que cualquier canal construido en América Central sería neutral, es decir, ninguno de los dos países firmantes, Estados Unidos e Inglaterra, levantaría fortificación en sus proximidades ni reclamaría soberanía sobre el paso. El acuerdo fue derogado en 1901. No quedaba claro si lo pactado incluía posiciones futuras o afectaba única y retroactivamente a las ya establecidas.

Tres meses después, tras asistir a los festejos del 4 de julio, el presidente desfalleció. Podía ser una lipotimia debida al calor sofocante. Era gastroenteritis aguda, provocada por una desmesurada ingestión de alimentos ese mismo día. Taylor «comió como un cruadrúpedo» repollo, pepinillos, cerezas, leche helada... Tenía calambres y escalofríos. El día 8 le subió la fiebre. Murió al día siguiente, tenía sesenta y cinco años. Algunas teorías conspiratorias sugirieron que fue envenenado. En 1991 se exhumó su cadáver y se zanjó el debate. Abraham Lincoln, figura emergente de la política americana, dijo: «No recuerdo ninguna batalla que el general Taylor librara con ventaja o en igualdad de condiciones respecto del enemigo; no se distinguía por sus brillantes maniobras militares, sino por su sobrio y firme juicio, junto con una terca incapacidad para entender que la derrota era una posibilidad».

[1] En 1829, un negro nacido libre en Carolina del Norte publicó *An Appeal to the Colored Citizens of the World*, donde reivindicaba llevar la rebelión hasta sus últimas consecuencias: «Matad o morid». En enero de 1831, el editor abolicionista William Lloyd Garrison fundó la revista *The Liberator*, donde solicitaba la emancipación inmediata. En agosto se produjo la revuelta liderada por Turner. En 1832, el propio Garrison creó la Sociedad Antiesclavista de Nueva Inglaterra y, en 1833, dos hermanos de Nueva York, los Tappan, abrieron la Sociedad Antiesclavista Estadounidense. En 1840 apareció el Liberty Party (Partido de la Libertad) y, como ya sabemos, en 1848 concurrió a las elecciones el Free Soil Party.

13. MILLARD FILLMORE: EL ÚLTIMO WHIG



7 de enero de 1800, Locke Township (hoy Summerhill), Nueva York - 8 de marzo de 1874, Búfalo, Nueva York.
Presidencia: 1850-1853.
Partido: Whig.
Matrimonio: Abigail Powers. Tuvieron dos hijos.
En 1858, cinco años después de enviudar, se casó con Caroline Carmichael McIntosh.
Formación: no tuvo formación universitaria.
Profesión: abogado.

SIN MARGEN DE ERROR

Para Henry Clay, Taylor era solo un militar que había pasado su vida en el cuartel. En cambio, Millard Fillmore era otra cosa: no solo formaba parte del paisaje político habitual de Washington,[1] le definió como «capaz, esclarecido, infatigable... Un verdadero patriota». El Congreso llevaba seis meses enzarzado en los fogosos debates sobre el Compromiso planteado por Clay. Taylor rechazaba el plan ómnibus, Fillmore lo aprobó por partes. El país vivía instalado en la incertidumbre: la secesión era una posibilidad real.[2] La alternativa pasaba por incluir la esclavitud entre las instituciones permanentes de la Unión y reconocer a los esclavos como propiedades de los hombres blancos del Sur. Y, si acaso, limitar su expansión. Clay hizo suya la sentencia de Jefferson: Norteamérica tenía «al lobo cogido por las orejas, y ni podemos mantenerlo sujeto, ni soltarlo sin peligro». El senador de Kentucky ya promovió el Compromiso de Misuri de 1820, del que el propio Jefferson había dicho, desde su retiro de Monticello, que era solo un «aplazamiento» de la cuestión.

Tras la incorporación de los nuevos territorios (Florida y Texas con población esclava e Iowa, Wisconsin y ahora California sin ella) y el auge del abolicionismo, había que revisar los términos del acuerdo entre estados. El Norte quería preservar la Unión aun a costa de mantener la esclavitud; el Sur se sentía fuerte. James Henry Hammond, antiguo gobernador de Carolina del Sur, había afirmado: «[El Norte] no se atreve a declararle la guerra al algodón. No hay poder en la tierra que ose hacerlo. El algodón manda». Era cierto: mientras el objetivo prioritario fuese la conservación de la Unión, el esclavismo tenía ganada la partida, hasta tal punto que su discurso se articulaba en torno a la defensa de un estilo de vida y la posesión de esclavos se concebía como un

derecho equivalente al de propiedad. Además, el Sur no estaba dispuesto a aceptar su confinación territorial; eso y condenarla a desaparecer era lo mismo, pues los nuevos estados libres romperían muy pronto el frágil equilibrio en el Senado.

En el fondo, la cuestión que se dirimía en el Congreso versaba sobre la legitimidad de la esclavitud. Para presentar su plan de conciliación y hacerlo digerible en el Sur, Clay contó con la colaboración de Douglas. El 20 de septiembre, Fillmore rubricó el Compromiso de 1850: el último acuerdo que salvó a la Unión. Para algunos historiadores, Fillmore solo ganó tiempo y retrasó la guerra. Le reprochan no haber entendido bien la profundidad del problema: no cabían medias tintas ni había margen de error; todo se reducía a decidir entre esclavitud o emancipación.[3] Él pensaba que el Compromiso solo podía incomodar a «los hombres de opiniones extremas» y se sintió reforzado cuando fue declarado constitucional.

En principio, Clay y Douglas presentaron un proyecto ómnibus que el Senado rechazó. La reacción de Douglas fue dividirlo en cinco puntos y votar cada uno por separado. Thomas Hart Benton, senador de Misuri —para quien la muerte de Taylor había sido una «calamidad para la política americana», pues «no había hombre que fuera más devoto de la Unión ni más opuesto a agitar la esclavitud»—, sostuvo que al trocear el plan, sus partes «eran como perros y gatos que hubieran estado atados por las colas durante cuatro meses, arañándose y mordiéndose, y que una vez que se los desató corrieron cada uno a su guarida y se tranquilizaron». Es decir, que no había razón para votar en bloque propuestas inconexas, mientras que, desligadas cada una de ellas, el plan adquiría pleno sentido.

Finalmente, entre el 9 y el 20 de septiembre se aprobaron de una en una. Alguna de las disposiciones incluía dos propuestas para satisfacer, en la medida de lo posible, las demandas en conflicto. El resultado del Compromiso fue: 1. La Unión admitió a California como estado libre; el resto de los territorios conquistados a México decidirían, en razón de la soberanía de sus habitantes, si permitir o no la esclavitud. 2. Se definieron los límites de Texas, que recibió 10 millones de dólares para hacer frente a sus deudas y en compensación por limitar sus expectativas territoriales con la creación de Nuevo México. 3. Se fundó el territorio de Utah. 4. Se aprobó la Ley del Esclavo Fugitivo —cuyo antecedente

databa de 1793—, sin duda, la cláusula más controvertida del Compromiso. Por una vez el Sur quería reforzar la autoridad federal. Los esclavos huidos debían ser devueltos a sus amos en cualquier lugar de la Unión. La ley garantizaba el derecho de propiedad sobre los esclavos y asfixiaba cualquier conato de fuga o rebeldía. Además, algunos propietarios de esclavos reclamaron derechos sobre los negros que habían iniciado una nueva vida en estados libres. Y 5. El Distrito de Columbia abolió el comercio de esclavos, no la esclavitud. Paradójicamente, aunque ya ocurrió también cuando la guerra contra Inglaterra, en el Norte surgieron voces a favor de la anulación. Algunos antiesclavistas y abolicionistas norteños sentenciaron al «pérfido» Fillmore.

En suma, el antiesclavismo ganó con la incorporación de California —que aportaba una suculenta cantidad de representantes a la Cámara— y la previsible adhesión futura de Nuevo México y Utah, presumiblemente como estados libres. El Sur, por su parte, blindó la esclavitud y consiguió obligar a los estados libres a proteger el derecho de los propietarios de esclavos. Únicamente Carolina del Sur amenazó con la secesión, pero sola no iba a ningún lado. El drama lo sufrió el Partido Whig, pues el Compromiso lo dividió hasta reducirlo a cenizas.

UN PRÓSPERO POLVORÍN

Taylor no se llevaba ni bien ni mal con Fillmore. Simplemente lo ignoraba. Sin embargo, la desventura de la Unión ofreció al entonces vicepresidente la oportunidad de tocar con los nudillos la puerta del despacho presidencial y mostrar a Taylor su lealtad y su independencia: el debate sobre el Compromiso de Clay se encontraba en punto muerto. No avanzaba. Y si se producía un empate en la votación en el Senado, él, como presidente de la Cámara, lo desharía votando a favor. No por revanchismo sino por principios. Así se lo comunicó al presidente.

Muy poco tiempo después, el 9 de julio de 1850, visitó al enfermo. Taylor agonizaba. Fillmore había regresado a su hotel con la certeza de que pronto tomaría las riendas del país. Un empleado de la Casa Blanca le transmitió la noticia al caer la noche. El presidente en funciones no pegó ojo. Al día siguiente juró el cargo. Para entonces, el apuesto Fillmore ya había cogido bastante peso y

tenía el pelo completamente blanco. Como no podía ser de otro modo, inmediatamente sustituyó a todos los miembros del gabinete que tanto le habían ninguneado. Para la Secretaría de Estado recuperó al prestigioso Daniel Webster.

En junio de 1852, el Partido Whig celebró su convención en Baltimore. Como un solo hombre, sus delegados respaldaron el Compromiso de 1850 y la Ley del Esclavo Fugitivo. Pero las llagas ya no se cerrarían. Era una formación dividida. Fillmore, que durante los dos años anteriores se había enfrentado al senador abolicionista William H. Seward, pasaba como un candidato presentable para el Sur; Webster murió con las botas puestas, pues todavía concurrió a la carrera por la nominación, aunque no llegó a ver el resultado de las elecciones; y Scott fue la solución de emergencia. El viejo y venerado Scott, quisquilloso, ceremonioso centinela de la disciplina militar, héroe de la guerra contra México y abolicionista militante, ganó la nominación. Se requirieron cincuenta y tres recuentos. Fue el último candidato whig a la presidencia de la nación. Fillmore, como Tyler, dejó la Casa Blanca sin ganar una elección. Asistió a la toma de posesión de su sucesor, Franklin Pierce, en marzo de 1853. Después se retiró a Búfalo. Ese año perdió a su esposa y al siguiente a una hija. Puso tierra de por medio y viajó durante meses por Europa.

En el Viejo Continente coincidió con Van Buren en la Cámara de los Comunes de Londres, pagó la fianza del prestigioso periodista y editor Horace Greely, encarcelado en París por impago de deudas, y se enteró de que había sido nominado por el partido *know-nothing*, anticatólico y antiinmigración.[4] Aceptó y volvió a su país. Los *know-nothing* surgieron en 1849 como una sociedad secreta cuyos miembros respondían ante cualquier requerimiento: «Yo no sé nada». Atrajo a muchos conservadores del Norte partidarios de mantener la esclavitud. Su programa se centró en frenar la llegada de extranjeros, sobre todo irlandeses y alemanes; elevar a veintiún años el tiempo de residencia necesario para que los inmigrantes accedieran a la ciudadanía y limitar su acceso a los cargos públicos.

Los *know-nothing* no eran abiertamente esclavistas ni partidarios de la emancipación, simplemente creían que la esclavitud desviaba la atención del patriotismo y el debate debilitaba la Unión. Para ellos, el problema central de América era saber quién pertenecía y quién no a la nación. Según Philip Jenkins, especialista en Historia de las religiones en Estados Unidos, los *know-nothing*,

organizados como partido americano en 1854, articularon también bandas callejeras para intimidar a los inmigrantes y católicos. Ese año controlaron la Cámara Legislativa de Massachusetts y, ante los infundados rumores de un golpe católico en Rhode Island, el gobernador del estado armó una milicia compuesta por blancos americanos. Al año siguiente participaron en un tiroteo en Louisville, Kentucky, contra inmigrantes alemanes.

En la elección de 1856, Fillmore cosechó 874.534 votos; aunque solo ganó el respaldo de un estado, el fronterizo Maryland. Después, el movimiento se diluyó. En febrero de 1861, Fillmore hospedó a Lincoln, que iba camino de Washington para tomar posesión como presidente. Durante la guerra se decantó por la causa de la Unión, aunque sus críticos nunca olvidaron su Ley del Esclavo Fugitivo. Él siempre sostuvo que su intención era apaciguar al Sur. Tras el asesinato de Lincoln, una turba trató de asaltar su casa.

Los años de la posguerra los pasó tranquilo en su hogar de Búfalo, retirado de toda actividad política y dedicado a realizar servicios para la comunidad. El decimotercer presidente de los Estados Unidos falleció a los 74 años. Sus partidarios recuerdan su rectitud; sus adversarios su incapacidad. Seward dijo de él que la Providencia quiso que en un momento decisivo para el país llevara el timón el hombre de las mil dudas y de las «dobles opiniones», precisamente cuando la opción elegida debía ser una y clara.

Fue el segundo presidente, tras Tyler, que amplió el mercado a Oriente: envió al comandante Matthew C. Perry a Japón a firmar un compromiso que garantizara que el gobierno nipón socorrería a los barcos americanos que naufragaran en sus costas y permitiera abrir un puerto para el comercio. Las negociaciones culminaron ya bajo la presidencia de Pierce, con el Tratado de Kanagawa, en 1854, y la instalación de dos puertos.

El presidente pragmático, de origen humilde, sin pretensiones; de escasa formación y de frases cortas; nieto de un veterano de la Revolución e hijo de un modesto granjero arruinado y finalmente afincado en Búfalo, reunió en la Casa Blanca 4.000 volúmenes, la primera biblioteca de la mansión presidencial. La literatura americana bullía de títulos y nombres para la posteridad.[5] En su discurso de despedida aseguró que dejaba el país en la senda «de paz y prosperidad». Es cierto que la producción industrial aumentó considerablemente, y que se extrajo, a lo largo de la década siguiente, un 182 por ciento más de

carbón; se elevó la calidad de vida y había más estudiantes universitarios que nunca. Las ciudades florecían y el Sur había recuperado su viejo esplendor, si bien su atraso educacional, con un 20 por ciento de población analfabeta, limitaba sus posibilidades de competir económicamente con el Norte. Elisha G. Otis, inventó en 1852 el primer ascensor mecánico, lo que posibilitó el crecimiento vertical de los núcleos urbanos. Por otra parte, ese mismo año, Harriet Beecher Stowe publicó *La cabaña del tío Tom*. La obra se convirtió de la noche a la mañana en un fenómeno literario. En unos meses había vendido 300.000 ejemplares en su país y tres millones en todo el mundo. Era el latido del inconformismo, una bofetada de realidad que abrió los ojos del planeta. América no era una arcadia feliz sino un polvorín.

[1] Con veinticuatro años militaba en el partido antimasón y apoyó a John Quincy Adams para la presidencia. Entre 1829 y 1831 fue miembro de la Asamblea de Representantes de Nueva York. En dos tiempos, entre 1833-1835 y 1837-1843 perteneció a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos y contribuyó a fundar el Partido Whig. En 1840 dirigió la campaña de Harrison en algunos distritos de Nueva York. En 1844 perdió la nominación a la vicepresidencia en la Convención de su partido y las elecciones a gobernador de su estado. En la Convención de 1848, el sector de Clay ejerció su influencia para que formara ticket con Zachary Taylor. Nunca habían coincidido antes de la elección. Taylor lo ignoró y tiró de leales para su gabinete.

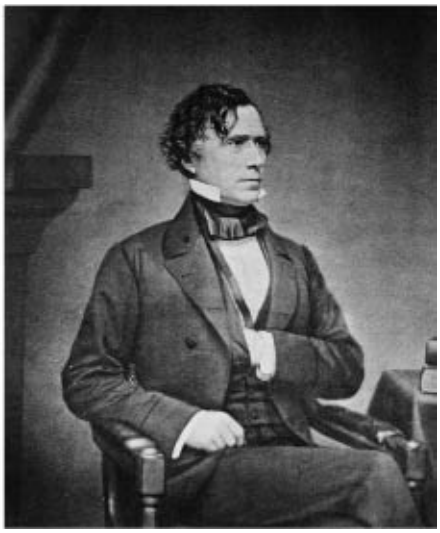
[2] El 4 de marzo de 1850, un agonizante John Calhoun —moriría tres semanas después— leyó trémulo y profético una escueta proclama: «El Sur no podrá permanecer mucho tiempo más en la Unión con honor». Y añadió que salvarla no dependía de elogios ni plegarias de «Unión, Unión, gloriosa Unión», sino de un acuerdo satisfactorio para preservar la esclavitud y los derechos de los territorios.

[3] Todavía, algunos distinguían entre abolicionistas y emancipadores. Los primeros pretendían reducir la esclavitud y prohibirla progresivamente, limitando su expansión y mediante leyes restrictivas. Los segundos querían erradicarla de raíz y decretar la libertad de los esclavos. En los años siguientes, ambos términos convergieron en un mismo sentido.

[4] El 24 de agosto de 1855 Abraham Lincoln, entonces senador por Illinois, le escribió a Joshua Speed, su amigo y empresario afincado en Kentucky, en los siguientes términos: «No soy un *know-nothing*. De eso estoy seguro. ¿Cómo podría serlo? ¿Cómo puede alguien que aborrece la opresión de los negros estar a favor de las clases degradantes de los blancos? Me parece que estamos progresando rápidamente hacia la degeneración. Como nación comenzamos por declarar que «todos los hombres son creados iguales». Ahora prácticamente leemos esa declaración como «todos los hombres son creados iguales excepto los negros». Cuando los *know-nothing* se hagan con el control, dirán «todos los hombres son creados iguales excepto los negros, los extranjeros y los católicos». En 1860 Lincoln obtuvo el apoyo de muchos de ellos.

[5] Edgar Allan Poe, Herman Melville, Ralph Waldo Emerson, Walt Whitman, Henry David Thoreau o Nathaniel Hawthorne son algunos de los autores más destacados de las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo XIX.

14. FRANKLIN PIERCE: LA PRESIDENCIA MALDITA



23 de noviembre de 1804, Hillsborough (hoy Hillsboro), New Hampshire - 8 de octubre de 1869, Concord, New Hampshire.
Presidencia: 1853-1857.
Partido: Demócrata.
Matrimonio: Jane Means Appleton. Tuvieron tres hijos que fallecieron tempranamente.
Formación: Humanidades en el Bowdoin College de Brunswick, Maine, y Leyes en los despachos de John Burnham (Hillsborough), Levy Woodbury (Portsmouth, también New Hamsphire), Samuel Howe (Northampton, Massachusetts) y Edmund Parker (Amherst, New Hampshire).
Profesión: abogado.

UN ÁRBOL DE NAVIDAD EN EL JARDÍN

De puertas para afuera era un tipo entrañable. Además de guapo y con una sólida formación. Lector del filósofo inglés John Locke, joven seguidor de Jackson, partidario de la independencia de Grecia, buen conversador, convincente orador y carismático compañero en el Bowdoin College de Maine. A punto de cumplir los 23 años ya ejercía como abogado. De puertas para dentro era una persona atormentada por el alcohol, la desdicha y sus periódicos brotes de depresión. Jane, su esposa, renegaba de su vocación política. Ambos se querían, pero las broncas se sucedían con demasiada frecuencia. Por si fuera poco, perdieron a su pequeño de apenas cuatro años. Otro había muerto anteriormente. Jane y Franklin se volcaron con Bennie, el tercero.

El 6 de enero de 1853 era un día cualquiera en las vísperas de su nueva vida. Hacía meses que Franklin había vencido las reticencias de Jane, había sido nominado como candidato demócrata en la convención de su partido, celebrada en Baltimore en junio de 1852, y finalmente, en noviembre, había ganado las elecciones a la presidencia de los Estados Unidos de América imponiéndose al general Scott. Sus rivales en Baltimore fueron cuatro: Lewis Cass, derrotado por Polk en la Convención de 1844 y por Taylor en las presidenciales de 1848; James Buchanan, de Pensilvania; Stephen Douglas, de Illinois; y William L. Marcy, de Nueva York. Posteriormente, Cass desapareció de la escena política, Marcy concentró sus esfuerzos en su estado, Buchanan sucedió a Pierce cuatro años más tarde y Douglas compitió contra Lincoln en 1860.

Por su parte, Cass pareció atrapado en el tiempo: le pasó lo mismo que ocho años atrás contra Polk; lideró la mayoría de las primeras treinta y tantas rondas de la Convención y al final sucumbió ante un *dark-horse*, Franklin Pierce, el

candidato de consenso propuesto por la delegación de Virginia para evitar que la designación se eternizase. Y es que si el Partido Whig se había desintegrado tras el debate sobre el Compromiso, el demócrata llevaba camino de anquilosarse y recluirse en el Sur. Carecía de candidatos antiesclavistas y su programa se limitaba a la defensa de la constitucionalidad del Compromiso de 1850 y de la Ley del Esclavo Fugitivo, proyectos impulsados precisamente por los whigs. Igual que hizo con Cass, la oposición identificó a Pierce enseguida como un «cara de masa»: norteño con simpatías por el Sur. La baza de Pierce era venderse como un jacksoniano.

El caso es que ese infausto día de intenso frío invernal de comienzos de 1853 el matrimonio cogió un tren desde Andover (Massachusetts) con dirección a Concord (New Hampshire) para acudir al funeral de un amigo de la familia. Quedaban apenas dos meses para la toma de posesión del flamante presidente demócrata. Durante el trayecto, un vagón se desenganchó del resto del convoy y se despeñó por un terraplén. Pudo haber provocado una verdadera catástrofe, afortunadamente la mayoría de los pasajeros salieron ilesos. La fatalidad solo se cebó con la familia Pierce: Bennie murió aplastado. Tenía 12 años. La pareja ya no se repuso del mazazo.

Durante dos años, Jane escribió cartas a su hijo muerto. Interpretó el accidente como un designio divino, pues el pequeño no interrumpiría jamás las nobles tareas de su padre, el presidente de los Estados Unidos, pero creció en su corazón un resentimiento hacia Franklin por su desmedida ambición política. Se recluyó en la planta primera de la Casa Blanca, renegó de sus obligaciones como primera dama y no apareció en público hasta la recepción de Año Nuevo de 1855. Todavía no sabía que su marido no repetiría en el cargo. Pierce colocó un bello árbol de Navidad en el jardín para recibir a su esposa. Daba igual. Parecía imposible remontar.

En junio de 1856, perdió la nominación a los comicios de noviembre contra Buchanan. Tras las elecciones presidenciales se retiró a Concord. Viajó con Jane a Europa, a las Bahamas... Ella seguía instalada en la más honda de las tristezas. El matrimonio no levantó cabeza. El país se precipitaba hacia la Guerra Civil y Pierce asumió el discurso del Sur. Se pronunció en contra de que el Norte se entrometiera en sus instituciones y estilo de vida. O sea, combatió el abolicionismo. Denunció que los pasos que daba Lincoln conducían a la guerra y

aseguró que su intención era salvar la Unión. Tras la batalla de Gettysburg (julio de 1863) declaró que esta «maldita, inútil y devastadora guerra» se coció sobre la base de «la teoría de la emancipación, devastación y subyugación». Aquella carnicería mostró «cuán vanos son los esfuerzos por mantener la Unión por la fuerza de las armas». Su discurso, pretendidamente pacifista, fue interpretado en clave de indulgencia con el esclavismo. Y eso ya no era admisible en Nueva Inglaterra, y menos en plena contienda. Se le señaló como traidor e igual que le ocurrió a su predecesor en el cargo, tras el atentado mortal contra el presidente Lincoln, la muchedumbre se concentró a las puertas de su casa.

Antes de colgar los adornos del árbol de esas Navidades, el 2 de diciembre de 1863 falleció Jane. En aquel tiempo, Pierce ya había recaído en su adicción al alcohol. Murió el 8 de octubre de 1869. Casi un siglo después, en 1952, Harry S. Truman dijo con acidez de su compañero de partido: «Fue el más apuesto morador de la Casa Blanca, pero como presidente está al nivel de Buchanan y Calvin Coolidge». Otro futuro presidente, Theodore Roosevelt, tampoco fue nada condescendiente con él: era un «político pequeño, de escaso talento y timorato; orgulloso de servir de instrumento a hombres peores que él, pero más fuertes y capaces; dispuesto a hacerle el trabajo sucio a los defensores de la esclavitud».

EL TERCERO DE LA SAGA DE LOS NOGALES

«Votamos por Polk en 1844, lo haremos por Pierce en 1852». Este fue el eslogan con el que el Partido Demócrata concurrió a las elecciones presidenciales. Pierce había sido educado en la disciplina *jacksoniana*. En 1825, cuando todavía era un joven abogado simpatizante del Viejo Nogal, dijo que «una república sin partidos es una completa anomalía. La Historia de todos los gobiernos representativos muestra que la idea de existir sin partidos es absurda». Miembro de la Legislatura de New Hampshire (1829-1833), representante del Congreso de los Estados Unidos (1833-1837) y senador más joven de la corta historia de la institución (1837-1842), formó parte de la guardia pretoriana de Jackson. Se opuso al Banco Nacional y tachó a los abolicionistas de «fanáticos temerarios».

En lo único que contradijo el dogma *jacksoniano* fue al rechazar la ley mordaza, pero solo porque daba munición a los whigs y abolicionistas. Se mostró a favor de permitir la esclavitud en los nuevos territorios y prefería posponer la anexión de Texas, otro asunto en el que se apartaba de la línea oficial. Apoyó a Van Buren y luego a Polk. O sea, que transitó toda la senda de la ortodoxia *jacksoniana*, aunque llegó a la presidencia cuando la bandera del Viejo Nogal estaba algo ajada. América tuvo su «Viejo Nogal», su «Joven Nogal» y ahora, el «Joven Nogal de Granite Hills». El tercero de la saga y primero del Norte, nada menos que de la señorial y whig New Hampshire.

Los whigs, antes de su inminente desaparición, estaban divididos en dos: los *Cotton whigs*, los whigs del algodón, partidarios del apaciguamiento, el Compromiso de 1850 y la candidatura del general Scott; y los *whigs auténticos*, la «conciencia» whig, opuestos a la esclavitud. En su partido, Pierce hizo una campaña *atrapalotodo*: atrajo apoyos de los financieros y hombres de negocios; de los inmigrantes, sobre todo alemanes e irlandeses, atemorizados por el auge de los *know-nothing*; y de los propietarios del Sur, que se sentían por fin comprendidos por un candidato del Norte. Por primera vez, la división religiosa fue utilizada como arma por los dos grandes partidos. El demócrata se quedó con los votos católicos. Y aparecieron los peores hábitos de la segunda década de los años veinte de ese siglo: ambos candidatos se llamaron, el uno al otro, «borracho». Pierce obtuvo 254 votos del Colegio Electoral; Scott, solo 42. Pierce ganó en veintisiete estados; Scott, en cuatro.

El 4 de marzo de 1853, Pierce habló de memoria, sin papeles. Fue un discurso florido, al más puro estilo del romanticismo europeo, de impostada esperanza. La nación estaba a punto de pasar página. Invocó a la Providencia, reivindicó el equilibrio de poderes y apeló a una Unión que realmente se deshacía entre las manos de los hombres de su generación. La de Franklin Pierce era deudora de la de Benjamin Pierce, su padre, que combatió en la primera batalla de la revolución, en Lexington, y sirvió al ejército de las colonias hasta el final de la Guerra. No había pasado un siglo de aquello y el país se descosía. Fin de ciclo.

América ya no le quitó el ojo al Oeste, y una de las primeras decisiones de Pierce fue aprobar la compra a México de un vasto territorio en lo que hoy es Nuevo México y Arizona. El Tratado lleva el nombre del ministro para México,

James Gadsden. La expansión territorial permitía, por un lado, prolongar la prosperidad,[1] por otro, consolidar el tan debilitado sentimiento patriótico y, por último, y en relación con lo anterior, distraer al país de la cuestión de la esclavitud.

Pierce quiso anexionar Cuba en 1854 y sentó las bases de la futura guerra que tanto influyó sobre el cambio de siglo español. Dio órdenes a su embajador en Madrid de, si España no accedía a la venta, concentrar sus esfuerzos futuros en liberar a la isla de la dominación española. Estados Unidos declaró, en aras de una interpretación sui generis del Destino Manifiesto, que Cuba era parte de Norteamérica. El *New York Herald* llamó solemnemente «Manifiesto de Ostende» al escrito que firmaron el embajador William L. Marcy y los ministros americanos para España, Francia y Reino Unido. Pierce barajó la posibilidad de ir a la guerra, pero la oposición se le echó encima. Acaso solo quería sumar un estado esclavista a la Unión. El despropósito duró poco. Las potencias europeas no hicieron caso de la proclama y el manifiesto cayó en el olvido. No obstante, Cuba apareció ya en el horizonte americano. El presidente también metió su nariz en Nicaragua: en 1855, un «solado de la fortuna», el proesclavista William Walker, instigó una rebelión y tomó las riendas del gobierno, que, en 1856, fue reconocido por Estados Unidos.

Más allá de extravagancias, la presidencia de Pierce será recordada por la Ley Kansas-Nebraska, el penúltimo acto antes del estallido de la Guerra de Secesión. Promovida por el senador demócrata de Illinois, Stephen Douglas,[2] su aprobación suponía liquidar el Compromiso de Misuri, pues en virtud de la soberanía de sus habitantes, permitía a Kansas, situada por encima del paralelo 36º 30’, convertirse en estado esclavista (Nebraska no era problema, estaba rodeado por estados libres, de modo que sus colonos rechazarían la esclavitud). Douglas tenía intereses privados en la cuestión, y quería a toda costa terminar la construcción de la línea transoceánica de ferrocarril.

Los demócratas se partieron en dos. Los abolicionistas Salmon Chase, de Ohio, y Charles Summer, de Massachusetts, integraron una oposición de demócratas independientes. Este último dijo que la Ley Kansas-Nebraska era «al mismo tiempo el peor y el mejor proyecto que ha aprobado el Congreso». Estaba a punto de nacer el Partido Republicano. Pierce puso demasiadas energías en defender una ley que lo iba a complicar todo un poco más. De hecho, dejó el

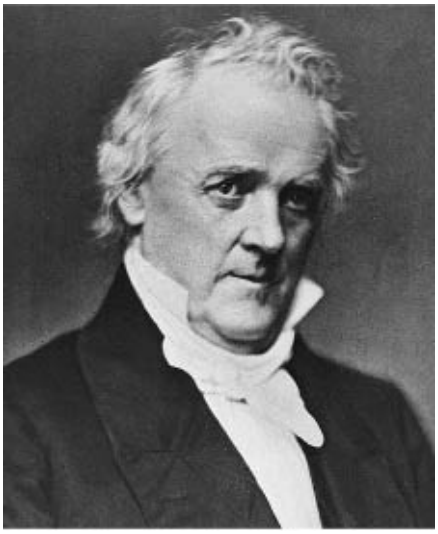
primer reguero de sangre: los abolicionistas del Norte no aceptarían que los «rufianes de la frontera» provenientes de Misuri u Oklahoma se establecieran en Kansas para contrarrestarles en número antes de la decisión final sobre la esclavitud. Se creó la Asociación de Ayuda al Emigrante, en Nueva Inglaterra, para promover el asentamiento libre. Envió 1.240 emigrantes. En Misuri surgió la Asociación de Defensa del Condado.

En 1855 ya había dos gobiernos y dos legislaturas distintas en el territorio. Ante los primeros conatos de violencia, en marzo de 1856, Pierce amenazó con enviar tropas federales. En mayo, John Brown, un activista abolicionista, lideró una redada y ejecutó a cinco esclavistas en un condado de Oklahoma. Unos días antes, Summer fue golpeado hasta que perdió el sentido en los pasillos del Senado por un congresista de Carolina del Sur. Luego, una serie de enfrentamientos dejó 200 víctimas en el «sangriento Kansas». No es de extrañar que su partido renegara de Pierce en la Convención del mes siguiente. Ni que cayese en el olvido en cuanto se retiró. Ni que se califique su presidencia de «sombría» y «dramática» y a él, de «inepto».

[1] Pierce envió a Perry McDonough Collins a negociar acuerdos comerciales en Asia. Collins certificó que «el problema del paso del Noroeste, que había ocupado a las grandes mentes europeas durante siglos» se resolvió «gracias a la marcha continua y decidida de la civilización estadounidense hacia el Oeste». Seward llamaba a estas candidaturas «los demócratas anti-Nebraska».

[2] Según el historiador militar John Keagan, la idea de revocar el Compromiso de Misuri partió de Jefferson Davis, futuro presidente de la Confederación. En calidad de secretario de Guerra de Pierce, convenció al presidente. Douglas fue el orador necesario para cuadrar la derogación en un nuevo compromiso: «Era un moderado racional con hambre de poder presidencial y que vio la oportunidad de ganar votos sureños refrendando una medida sureña».

15. JAMES BUCHANAN: UN MIOPE ASOMADO AL PRECIPICIO



23 de abril de 1791, Cove Gap, Pensilvania - 1 de junio de 1868, Wheatland, Pensilvania.
Presidencia: 1857-1861.
Partido: Demócrata.
Soltero y sin hijos.
Formación: Dickinson College (Carlisle, Pensilvania)
y Leyes con James Hopkins (Lancaster, Pensilvania).
Profesión: abogado.

CANDIDATO A LA CUARTA

El país hervía. El sistema de partidos se descomponía al mismo ritmo que lo hacía la Unión. Douglas había dinamitado sin quererlo a su propia formación. Se dio cuenta demasiado tarde. En las elecciones a la Cámara de representantes de 1854, algunas coaliciones de oposición al entonces proyecto de ley Kansas-Nebraska se llamaron republicanas.[1] Ese año, Douglas y Lincoln se enfrentaron por primera vez en duelo directo, en Illinois, por un asiento en el Congreso. En 1856 nació oficialmente el Partido Republicano, que concurrió a las elecciones con el eslogan *Free soil, free labor, free men* («Tierra, trabajo y hombres libres») e integraba parte del programa que el Partido Demócrata, principalmente del Norte y Oeste, había dejado vacante al enrocarse en torno a la defensa de la esclavitud. Además, el Norte recuperaba dos principios *jeffersonianos*: la lucha contra los privilegios y la reivindicación de los valores revolucionarios. Lincoln, astutamente, desempolvó y pulió el ideario de los padres fundadores. Esa estrategia le condujo a la Casa Blanca en 1860.

Entre tanto, el Partido Demócrata perdió cientos de miles de votantes, todos los estados libres menos dos y pasó, durante el mandato de Buchanan, de tener 118 representantes a 92 (el año que Lincoln llegó a la Casa Blanca, los demócratas solo obtuvieron 43 escaños en la Cámara de Representantes y 10 en el Senado). El escenario no parecía el más adecuado para ganar la elección presidencial. Los demócratas antiesclavistas del Norte se unieron a los republicanos. No eran decididamente abolicionistas, pero aborrecían la idea de que la esclavitud pudiera extenderse por encima de la línea Mason-Dixon.

Para el victoriano James Bryce, que a comienzos del siglo XX sería embajador inglés en los Estados Unidos, Buchanan cerraba la era de los presidentes

«intelectualmente pigmeos». Salvo honradas excepciones, metía en este saco a todos —también a Jackson—, desde Monroe. Y se ensañó particularmente con Pierce y Polk, de quienes escribió que el único mérito reseñable de ambos era que ascendieron por encima de sus posibilidades. Sea como fuere, la pelota estaba ahora en el tejado de este otro hombre de ascendencia irlandesa, soltero por compromiso, generoso y caritativo, que compró esclavos en Washington para liberarlos en Pensilvania, que disfrutaba de sus amigos y tenía una tortícolis crónica que le obligaba a mirar siempre a la izquierda. Se opuso a la guerra contra Inglaterra en 1812, pero corrió a alistarse cuando los británicos entraron en Washington.

Fue representante en la Cámara de Pensilvania y luego congresista de los Estados Unidos. Comenzó su andadura en el Capitolio como federalista en 1820. Pronto se sumó a los demócratas de Jackson y destacó por su oposición a John Quincy Adams. Tras un breve paso por el Ministerio de Rusia, regresó a Washington, esta vez al Senado, donde estuvo entre 1834 y 1845. Allí combatió la restitución del Banco Nacional y apoyó a Van Buren en su fallida reelección, en 1840. Se presentó sin éxito a la carrera electoral demócrata en 1844. El vencedor de la Convención y luego de las elecciones, James K. Polk, lo reclutó para su gabinete como secretario de Estado, lo que le hizo desempeñar un destacado papel en la anexión de Texas y en la firma del Tratado de Oregón. En 1848 trató de nuevo de aspirar a la nominación. Otra vez fue desbancado y se decantó por respaldar al candidato del partido, en este caso Lewiss Cass. También concurrió a la Convención de 1852. Pierce le dio el Ministerio para el Reino Unido. Fue uno de los firmantes del Manifiesto de Ostende. Ya sabemos que ese episodio fue una astracanada, pero lo cierto es que catapultó en el Sur la popularidad de Buchanan, que veía a Cuba como un nuevo estado esclavista de la Unión.

Por fin ganó la nominación en la convención del malherido Partido Demócrata que se celebró en junio de 1856 en Cincinnati, Ohio. Buchanan, a pesar de que fue aceptado con desgana, partía como favorito y candidato de compromiso frente a Pierce y Douglas —Cass no tenía ninguna posibilidad—. Cuando se aprobó la Ley Kansas-Nebraska él era ministro en Londres, por eso no le desgastó. Todos los candidatos demócratas eran demasiado parecidos entre sí. Sus programas no diferían. Los cuatro eran esclavistas y dos de ellos ya

tenían el estigma del perdedor.

Seguramente la clave de su victoria haya que buscarla en su adversario: John C. Frémont, de California, hijo ilegítimo de un exiliado de la Revolución Francesa. Era un militar, un explorador de éxito, pero no un héroe de guerra. Y en términos políticos, un *outsider*, un experimento en el peor momento, cuando la mecha encendida del cohete estaba a punto de contactar con la dinamita. Su experiencia política se limitaba a poco más de un año en el Senado de la Unión. La Convención republicana de Filadelfia lo eligió a la primera vuelta. Su candidatura no generó oposición porque él no tenía pasado ni programa. Más allá de declararse antiesclavista, haber nacido en Georgia y ser una figura representativa del expansionismo hacia el Oeste. El eslogan inicial se amplió: *Free speech, free press, free soil, free men, Frémont and victory*! Realmente, el rival de peso de Buchanan fue Fillmore, que reaparecía al frente de los *know-nothing*. Su lema: «Los americanos deben gobernar América». Lo que quedaba del Partido Whig apoyó a Fillmore. Pero su plan era demasiado restrictivo, reduccionista, discriminador. Solo obtuvo mayoría en un estado, Maryland.

DOS AMÉRICAS IRRECONCILIABLES

Los demócratas se presentaron como la única alternativa a la guerra. El Sur no aceptaría una victoria de los republicanos, que creyeron que el apaciguamiento no era la solución al conflicto. Al contrario, acusaron a los demócratas de tolerancia, permisividad e inacción ante los brotes de violencia. Los votantes moderados repelieron esta táctica. Los demócratas señalaron despectivamente a Frémont como católico. Tres estados calientes decidieron la elección: Pensilvania, Illinois e Indiana. Los tres apoyaron a Buchanan, que ganó en diecinueve, de los cuales solo cuatro eran del Norte.

Antes de pronunciar su discurso de investidura, Buchanan predijo la contienda: «Tarde o temprano, tantos años de [discurso] abolicionista traerán la guerra a nuestra tierra. Y puede estallar durante la siguiente presidencia». En su toma de posesión también fue claro, no solo al declarar que únicamente estaría un mandato en la Casa Blanca. Afirmó con rotundidad que la esclavitud era constitucional, que había que abandonar el debate, que no podía dividir al país

en dos bandos y que entre todos debían evitar, como hicieron los padres fundadores, la extinción de la nación. Aparentemente fue una llamada a la reconciliación, pero también una apelación a la soberanía de los estados. No arrojó ninguna sombra de inmoralidad sobre la institución de la esclavitud.

A los dos días, el Tribunal Supremo avaló sus palabras y dictó sentencia sobre el caso Dred Scott vs. Sanford. Las sentencias del Alto Tribunal modificaban de facto la Constitución y creaban doctrina. En 1857 la mayoría de los jueces del Supremo eran prosureños. Scott era un esclavo del Sur al que su dueño trasladó a Illinois, estado libre. Él reclamó su libertad y el asunto acabó en el Tribunal Supremo,[2] que dictaminó, por cinco votos a uno, no solo contra su demanda, sino mucho más: para atajar la cuestión de raíz, negó derechos de ciudadanía a los negros, fueran libres o esclavos. La sentencia enterraba definitivamente el Compromiso de Misuri, cerraba las puertas al abolicionismo y permitía extender la esclavitud en los estados libres. Bastaba con desplazarlos desde el Sur. Imponía además la doctrina de la soberanía de los habitantes de los estados, pues según el Alto Tribunal, el Congreso carecía de autoridad para legislar sobre la esclavitud en los territorios. El juez Taney declaró que los negros «pertenecen a un orden inferior, no aptos de equipararse con la raza blanca, ni en cuestiones políticas ni sociales; tan inferiores son que no tienen derechos que el hombre blanco se vea obligado a respetar». Por último, se aferró a la Quinta Enmienda: ningún ciudadano podía «ser privado de sus bienes sin el debido procedimiento legal».

Buchanan se reafirmó en la idea de que la esclavitud era plenamente constitucional y, por tanto, Kansas podía declararse esclavista. El estado estaba en ese preciso momento en el ojo del huracán. El debate sobre el estatus de Kansas se fue de las manos: el gobernador Walker, de Misisipi, tocado por el dedo del presidente, celebró, en diciembre de ese año horrible de 1857, una Convención constitucional en Lecompton que declaró a Kansas territorio esclavista. Los antiesclavistas la boicotearon y redactaron su propia Constitución estatal. Buchanan se decantó por la Constitución de Lecompton, lo que irritó al moderado y contemporizador Douglas.

La presión fue tal que el Congreso ordenó la celebración de un nuevo referéndum en agosto de 1858. El Partido Demócrata, única institución en pie vertebradora de la nación, quedó definitivamente hecho trizas. Finalmente,

Kansas ingresó en la Unión en 1861 como estado libre. Pero la Unión ya no se sostenía, carecía de cimientos. Buchanan declaró que estaba en juego «el destino de nuestra raza». La esclavitud era un instrumento de control social para evitar que los negros se hicieran con el poder en Norteamérica. Por todos los medios a su alcance, Buchanan quería librarse del estigma que le persiguió durante años. Quiso demostrar en cada ocasión que se le presentó que ya no era un «cara de masa». No era creíble su discurso. Proclamaba que moralmente se oponía a la esclavitud, pero que no podía incumplir la Constitución.

Por si fuera poco, en Europa finalizó la guerra de Crimea y las expectativas de los exportadores de grano y otras materias primas decayeron. Dos años después, la quiebra de la Compañía de Seguros de Ohio, de Cincinnati, desató el pánico de 1857. Muchos bancos estatales y locales eran débiles y no se regían por las mismas leyes; el ferrocarril ya no daba más de sí: en 1850 había 9.000 kilómetros de vía; en 1858, casi 30.000; el precio de la tierra había caído, pues los estados habían patrocinado asentamientos en los nuevos territorios. Por último, la «fiebre del oro» en California repercutió sobre su precio. Sorprendentemente, el Sur, con una estructura económica tradicional, resistió mejor, pues seguía exportando algodón.

Buchanan no adoptó ninguna medida federal para paliar los efectos de la crisis. Su cortedad de miras le hacía estar más pendiente de no minar el poder de los estados. Hasta sus críticos reconocían su habilidad para salir ileso de laberintos políticos. Era un superviviente, pero los supervivientes no saben hacer otra cosa que sobrevivir. La política americana ya no era solo un laberinto, ni siquiera una ciénaga. La división partidista y la esclavitud habían llevado a la Unión al borde del abismo. Había dos norteaméricas. Algunos autores sostienen que, pese a las diferencias en cuanto a estructura productiva, no eran tan distintas, pero estaban separadas por cuatro millones de esclavos.

Douglas y Lincoln volvieron a competir en Illinois en 1858, esta vez por un asiento en el Senado. Sus debates definieron las posiciones sin matices. La Cámara de Representantes contaba desde ese momento con mayoría republicana. No obstante, el Senado podía vetar sus iniciativas. Como la cámara territorial se renueva por tercios, la mayoría demócrata aguantó. En octubre de 1859, el abolicionista John Brown volvió a la carga y llevó a cabo su última misión: dirigió un fallido y «mal planeado» asalto al arsenal federal de Harpers Ferry en

Virginia. Contó con dieciséis blancos y cinco negros como colaboradores —otras fuentes dicen que en total sumó dieciocho cómplices—. Fue precisamente Robert E. Lee quien le capturó. Le colgaron en diciembre junto con seis de sus seguidores. En 1860 se sucedieron actos de sabotaje, enfrentamientos en las calles, boicots al consumo de productos del Norte o del Sur... Algunos representantes acudían armados al Capitolio. Ese año se esperaban disparos en la sesión de elección del presidente de la Cámara de Representantes. El gobernador de Carolina del Sur se ofreció a enviar tropas a Washington. En Texas se extendió el rumor de que se preparaba una revuelta de esclavos y abolicionistas. La reacción antiesclavista dejó un reguero de 100 muertos.

Era año electoral y los ánimos estaban muy caldeados. Buchanan era el presidente saliente. Y cometió el último error fatal: declaró que la secesión era ilegal, pero el gobierno federal carecía de resortes, de autoridad constitucional, para obligar a un estado a permanecer en la Unión contra su voluntad. Se comprometía a proteger la propiedad federal, aunque estaba preparado para la disolución. Propuso medidas conciliatorias para evitar la secesión, pero de tanto mencionarla casi la legitimó. Lincoln ganó las elecciones de noviembre. Al mes siguiente, Buchanan pronunció su último discurso anual ante el Congreso. «Como los estados son soberanos, los territorios del Sur son responsables ante Dios y el mundo de permitir la esclavitud. Y el Norte no tiene más derecho de intervenir sobre la institución que Rusia o Brasil». Quiso defender la Unión: «El gobierno federal es una asociación voluntaria de estados que no puede ser disuelta por el placer de uno, ni por ninguna de sus partes contratantes». Pero resultó ambiguo, nada contundente ni comparable a cómo acometió, por ejemplo, Jackson, las embestidas contra la Unión. Qué demonios quería decir cuando concluyó que «la secesión es ni más ni menos que la revolución. Puede ser o no justificable, pero aun así es la revolución». Carolina del Sur ya se había separado de la Unión.

En marzo de 1861 abandonó aliviado la presidencia. Le dijo a Lincoln: «Tú estás tan feliz de entrar en esta casa como yo de abandonarla». El presidente electo respondió: «Entonces estás realmente feliz». Se retiró a su casa de Lancaster. Fue recibido con todos los honores a pesar de que la Unión ya se había partido. Apoyó a Lincoln en su segundo mandato y luego la reconstrucción de Johnson. Falleció el 1 de junio de 1868. Legó su herencia a sus sobrinos,

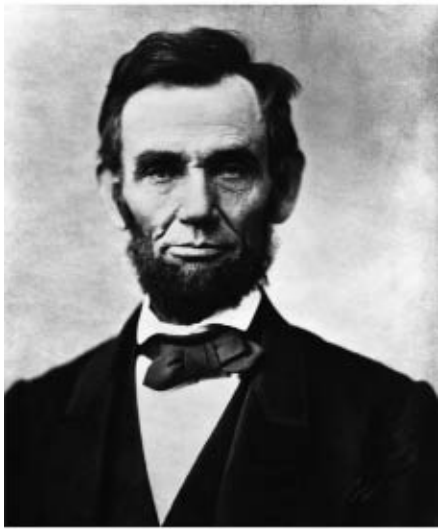
hermanos y ama de llaves. Jamás se casó. Medio siglo atrás se había enamorado perdidamente de la joven Anne C. Coleman. Su padre, el millonario Robert Coleman, se opuso a la relación. A los pocos meses ella se suicidó.

Dos años antes de fallecer publicó sus memorias. Las escribió para justificar sus decisiones. Contra quienes le culpaban de la guerra, él, vehementemente, dijo que advirtió repetidas veces del peligro que representaban los abolicionistas del Norte. «Qué habrías hecho tú» era una frase a la que recurría como respuesta ante las adversidades. Era una manera de mostrar su filosofía de vida. Sin duda, no era una actitud audaz ni decidida para frenar la secesión ni prevenir la guerra.

[1] Algunos autores certifican su nacimiento en la fecha oficial: la Convención de junio 1856; otros se remontan a la convención que un grupo de antiesclavistas del Norte, demócratas y whigs celebraron el 6 de julio de 1854 en Jackson, Michigan. Sus candidaturas se llamaron republicanas en las elecciones al Congreso. También en Wisconsin reclamaron la paternidad del partido.

[2] La demanda no habría sido admitida ni siquiera en primera instancia si Scott hubiera seguido residiendo en el Sur, donde los esclavos eran meras propiedades. El caso ponía de manifiesto todas las contradicciones del momento: en el Norte, la compraventa de esclavos estaba prohibida, era legal —aunque no podía extenderse— en cuanto que derecho adquirido del propietario, pero el esclavo podía recurrir a la Justicia. Siendo así, presumiblemente el esclavo era sujeto de derechos. Y había sentencias en este sentido, como reclamó el juez Curtis. Es más, Misuri reconoció la libertad en siete casos similares anteriores.

16. ABRAHAM LINCOLN: EL ALMA GRIS DE LA EMANCIPACIÓN



12 de febrero de 1809, Hardin County (ahora Larue), Kentucky - 15 de abril de 1865, Washington DC
Presidencia: 1861-1865.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Mary Todd. Tuvieron tres hijos, uno de ellos murió a los once años.
Formación: fue autodidacta. No tuvo formación universitaria.
Profesión: abogado.

SECESIÓN

El 20 de diciembre de 1860 Carolina del Sur, que lanzó su primer desafío durante la presidencia de Jackson, se separó de la Unión. La Legislatura del estado había advertido que lo haría si Lincoln, «el republicano negro», salía elegido presidente. El 10 de noviembre, la Asamblea convocó elecciones a una Convención del estado. El 17 de diciembre, la Convención se reunió para discutir sobre la secesión. Y tres días después proclamó por unanimidad: «La Unión existente entre Carolina del Sur y otros estados con el nombre de los Estados Unidos de América del Norte queda con esto disuelta».

En enero de 1861 Buchanan envió el buque *Star of West* para reforzar la guarnición de Fort Sumter, en Charleston, que permanecía leal a la Unión. El presidente en funciones se había comprometido a defender las propiedades federales, aunque se mostró pusilánime ante las guarniciones que se declararon en rebeldía. El navío civil transportaba militares. El barco fue repelido por los confederados apostados en el puerto. El *Star West* se retiró. Buchanan, impasible, no hizo nada después. Ni antes, porque el 3 de diciembre había declarado en el Congreso que abominaba oír hablar de secesión, pero lamentablemente no estaba en sus manos evitarla. Quizás pensó que su tiempo había pasado. Que no tenía nada que ver con todo aquello, producto de la elección de Lincoln.

Estuviera o no dispuesto a aceptarlo, lo cierto es que la secesión en cadena se produjo en el curso de su presidencia: tras Carolina de Sur, Misisipi la declaró el 9 de enero de 1861; el 10 lo hizo Florida; el 11, Alabama; el 19, Georgia;[1] el 26, Luisiana; y el 1 de febrero, Texas. Quedaba un mes para la toma de posesión de Abraham Lincoln, el presidente con menos margen de maniobra al llegar a la

Casa Blanca de cuantos habían gobernado el país. A la Unión le faltaban siete estados y otros ocho estaban calibrando dar el mismo paso. Delegados de estos siete estados se reunieron el 4 de febrero en Montgomery, Alabama, para crear, el día 8, los Estados Confederados de América. Aprobaron una Constitución, Jefferson Davis fue elegido presidente y Alexander H. Stephens, vicepresidente. Paradójicamente mimetizaron el proceso político que desembocó en la aprobación de la Constitución de 1787. No solo ambos textos se parecían, sino que los estados, que abandonaron la Unión a título individual y sin propósito declarado de vincularse entre ellos, establecieron lazos para protegerse y defender su independencia.

Lincoln había sido designado candidato a la presidencia en la Convención republicana de Chicago, en mayo de 1860. Su principal rival y entonces favorito era William H. Seward, de Nueva York, un declarado abolicionista. Los delegados buscaban un cabeza de *ticket* apto para Indiana y Pensilvania —estados decisivos en la elección de Buchanan cuatro años antes—. Y el perfil de Lincoln se ajustaba mejor a esas necesidades. Enfrente se encontró con su viejo adversario: Stephen Douglas, quien había promovido, junto con Henry Clay, el Compromiso de 1850 —también, en algún tiempo remoto, había pretendido a Mary Todd, la esposa de Lincoln, entonces soltera—. A Douglas le llamaban el «Pequeño Gigante», pues tenía un cuerpo diminuto y poseía una oratoria monumental. Sus debates con Lincoln en 1858 dieron la vuelta a América. Era partidario de la soberanía de los estados, aunque su oposición a la Constitución esclavista de Lecompton equilibró su perfil. El precio que pagó por ello fue verse tildado de traidor por el Sur más intransigente.

La Convención demócrata se había celebrado precisamente en Charleston, en abril de 1860. Se cerró en falso. Douglas era el candidato mejor colocado, pero el sector más radical del esclavismo quería que la plataforma aprobara un compromiso de la candidatura que apoyara sin matices la esclavitud y se basara en el principio de que la «esclavitud es justa». Todos los delegados de Alabama y una gran mayoría de Carolina del Sur, Georgia, Florida, Luisiana y Arkansas se retiraron. Los historiadores Morison, Commager y Leuchtenburg sostienen que fue una «secesión simbólica». Los demócratas se reunieron dos meses después en Baltimore y, por fin, Douglas consiguió la mayoría necesaria de dos tercios entre los delegados. Cuando Carolina del Sur cumplió con su amenaza de

secesión, Douglas se puso del lado del presidente Lincoln y de la Unión. Falleció en junio de 1861 a los 48 años de fiebre tifoidea.

A las elecciones que condujeron a Lincoln a la Casa Blanca concurrieron otros dos candidatos: el primero de ellos, John C. Breckinridge, de Kentucky, por el partido nacional-demócrata, afianzado en el Sur profundo. Su candidatura fue resultado de la ruptura del Partido Demócrata en Baltimore. Breckinridge, que ejerció como vicepresidente con Buchanan, era la cabeza visible del sector crítico que presionó al partido para que adoptara el compromiso de apoyo a la esclavitud. Cuando Kentucky decidió permanecer leal a la Unión, él se enroló como general en el Ejército confederado. Llegó a secretario de Guerra en el gobierno de Jefferson Davis y pudo retornar a Estados Unidos tras la amnistía de 1868. El otro candidato a la presidencia en 1860 fue John Bell, de Tennessee, por el partido constitucional de la Unión. Era un viejo demócrata que abjuró de Jackson y se unió a los wighs. Apoyaba la esclavitud, pero no su extensión.

Lincoln, el candidato sobrio, cosechó 1.866.352 votos, casi medio millón más que su rival más directo, Stephen Douglas. Lincoln obtuvo 180 votos del Colegio Electoral. Curiosamente, Douglas solo 12; mientras, Breckinridge recibió 72 y Bell, 39. El candidato republicano ganó en dieciocho estados, todos los libres, excepto Nueva Jersey; Breckinridge, por quien habían votado 845.763 ciudadanos, se impuso en 11, el mismo número de estados que romperían con la Unión en los meses siguientes. Y solo dos eran distintos: tuvo mayoría en dos territorios leales, Maryland y Delaware; y, curiosamente, Bell fue el candidato preferido de dos que sí se escindieron de la Unión: Tennessee y Virginia. Bell también ganó en Kentucky. Douglas solo alcanzó la mayoría de los votos electorales en Misuri.

Antes de la toma de posesión de Lincoln, el Congreso presentó la propuesta de John J. Crittenden, representante de Kentucky, —exwhig, *know-nothing* y en ese momento en las filas del Partido Constitucional de la Unión—, basada en aplicar los términos del Compromiso de Misuri hasta el Pacífico y en modificar la Ley del Esclavo Fugitivo: el gobierno federal compensaría económicamente a los propietarios a los que no se les devolvieran los esclavos. El Congreso, de mayoría republicana, rechazó el plan porque suponía la posibilidad de extender la esclavitud; el Senado hizo lo propio, aunque por un solo voto de diferencia. Crittenden tenía dos hijos, uno en cada ejército. Casi al tiempo, en febrero de

1861, una Convención para la Paz se reunió en Washington. Cada una de las partes chocó con una pared. Ahora no se trataba de la esclavitud, sino del «derecho» de secesión. Los republicanos no tenían nada que discutir, no lo reconocerían jamás.

En su discurso inaugural, el 4 de marzo de 1861, Lincoln tendió su firme mano a los rebeldes: «Parece que el pueblo de los estados del Sur cree que mi ascensión a la presidencia pone en peligro su propiedad, su paz y su seguridad. Pero no hay razón para este temor [...]. No tengo intención de interferir directa o indirectamente sobre la institución de la esclavitud allí donde existe. No tengo armas legales, ni derecho ni tampoco intención de hacerlo [...]. [Pero] afirmo que, de acuerdo a los dictados de la ley natural y de la Constitución, la Unión de estos estados es perpetua. La perpetuidad está implícita, si no expresamente, en la ley fundamental de todo sistema de gobierno nacional». De este modo, rebatía con rotundidad la máxima de su predecesor de considerar la Unión resultado de un contrato. La vinculación no es «simplemente contractual», afirmó. Y aunque así fuera, no podría ser violada por una de sus partes sin que el hecho tuviera consecuencias. La disolución habría de ser, en su caso, consentida por todas. Al mismo tiempo enunciaba la base inicial de su programa: era antiesclavista, no abolicionista. Es decir, su lucha consistía en evitar que la «peculiar institución» se expandiera más allá de los límites establecidos en 1820 o se extendiera a los estados recién incorporados a la Unión. No la erradicaría de los territorios que ya la tenían incorporada a su sistema legal, social y cultural, pero la combatiría en el resto.

«La secesión es nula de pleno derecho [...]. Por tanto, considero que, de conformidad con la Constitución y las leyes, la Unión permanece íntegra; y, en la medida de mi capacidad, haré, como la Constitución expresamente me obliga, que las leyes de la Unión sean ejecutadas fielmente en todos los estados [...]. En este proceso no tiene por qué haber derramamiento de sangre o violencia». Se mostró decidido a ejercer su autoridad, a recaudar impuestos, a conservar los espacios y propiedades públicas federales; «no habrá invasión ni recurso a la fuerza contra el pueblo de ningún estado en ninguna parte».

Se comprometía a respetar los derechos constitucionales de todos los ciudadanos de la Unión, también de los habitantes de los estados declarados en secesión. «Una parte de nuestro país cree que la esclavitud es justa y debe ser

extendida, mientras otra cree que es injusta y no debe extenderse. Esta es la única disputa sustancial». Era una apelación al compromiso de 1820, pero a estas alturas no era del todo exacta. El Sur había interiorizado sus diferencias. «No somos enemigos sino amigos. No debemos ser enemigos. Aun cuando la pasión pueda haberlos tensado, no debe romper nuestros vínculos de afecto».

Apenas un mes después, en la madrugada del 12 de abril de 1861, las tropas confederadas bombardearon Fort Sumter. Su caída supuso el comienzo de la Guerra de Secesión americana. El 17 de abril, Virginia rompió amarras con la Unión. Este hecho fue definitivo, pues arrastró a los estados dudosos; el 6 de mayo, Arkansas; el 20, Carolina del Norte; y el 8 de junio, Tennessee emitió una declaración de independencia. En total, 1.942.500 kilómetros cuadrados de territorio rebelde que los confederados trataron de defender durante cuatro agotadores años con uñas y dientes. Además, supuso la adhesión a la causa del laureado general Robert E. Lee, a quien el general Winfield Scott había ofrecido comandar el Ejército de la Unión. Lee no era un secesionista declarado, pero sobre todas las cosas, era virginiano.

Para Lincoln, autoproclamado heredero de la Declaración de Independencia y, con todo y justificado motivo, de la Constitución de 1787, el Sur pretendía destruir la idea de América. Sin embargo, el Sur ya no hablaba el mismo idioma que el Norte. Cuando sus captores preguntaron a un prisionero confederado por qué luchaba, el joven soldado contestó: «Porque tú estás aquí».

Tras la caída de Fort Sumter hubo un *impasse* de tres meses. La segunda batalla de la guerra tuvo lugar en First Manassas (Virginia), el 21 de julio de 1861.[2] Las tropas confederadas del general Pierre Beauregard se impusieron sobre las federales.[3] El gobierno de la Unión tomó conciencia de que podía perder la guerra. Pero los confederados no dieron el paso de entrar en Washington. Uno de sus comandantes, Joseph E. Johnston, sentenció: «El Ejército confederado estaba más desorganizado por la victoria que el de los Estados Unidos por la derrota». El 10 de agosto, los grises volvieron a derrotar a los yanquis en Wilson’s Creek, Springfield, Misuri. De hecho, la primera victoria reseñable del Norte no se produjo hasta febrero de 1862, entre el 12 y el 16. El Ejército federal tomó Fort Donelson, en Tennessee.

El presidente empezaba a generar insatisfacción en la opinión pública y él no dudó en manifestar su descontento con el alto mando. La Unión tenía 700.000

hombres dispuestos para la lucha. Parecían cruzados de brazos en el campo de batalla, a la expectativa y expuestos a enfermedades. Entonces Lincoln, lacónico, pausado, serio y taxativo, le espetó al general Montgomery Meigs: «Es hora de salir de la bañera».

LOS HERMANOS JOHNNY REB Y BILLY JANK

El Norte y el Sur presentaban en 1860 diferencias sustanciales en cuanto a modelo de producción y cultura de vida. El Norte empleaba en tareas agrícolas a algo menos del 40 por ciento de su población; el Sur, al 80 por ciento. Carecía de centros industriales y nueve de cada diez personas vivía en el campo. Los distintos gobiernos federales habían empleado gran parte de sus fondos durante las últimas tres décadas en aproximar todos los territorios de la Unión construyendo vías de ferrocarril,[4] puentes y carreteras, pero no se había modificado la estructura de la propiedad. Igualmente habían patrocinado asentamientos en el Oeste. Sin embargo, los habitantes de Nueva Inglaterra tenían menos incentivos para emigrar y los nuevos territorios se fueron poblando de campesinos del Sur o pequeños propietarios empobrecidos del Norte.

En 1862, el Congreso aprobó la Ley de Asentamientos Rurales, que concedía al colono 160 acres de propiedad si la trabajaba durante cinco años. Medio millón de personas, que se repartieron ocho millones de acres, se vieron beneficiadas por esta medida, que convirtió al Medio Oeste y a los nuevos estados también en territorios principalmente rurales. Los propietarios del Sur se trasladaron con sus esclavos. Ese mismo año se aprobó la Ley Morrill, en honor de su impulsor, el representante republicano de Vermont Justin S. Morrill: el gobierno federal concedió a cada estado, en proporción a su representación en el Congreso, tierras públicas. Los estados las vendieron para financiar escuelas de oficios agrícolas y mecánicos.

Pese a las diferencias, los habitantes del Norte y del Sur tenían sus propias maneras de sentirse norteamericanos. El Sur era una sociedad esclavista, y sobre la esclavitud pivotaba toda su estructura productiva y social. De los 5.000.000 de habitantes blancos, solo 48.000 poseían más de 20 esclavos; 3.000, más de 100 y únicamente 11 tenían más de 500. La mayoría de los pequeños granjeros no tenía

esclavos, pero temía que el abolicionismo subvirtiera el orden. Dado que había 4.000.000 de esclavos —la mayoría en Carolina del Sur y Alabama—, la institución era necesaria como instrumento de control social. Por eso los propios soldados confederados asumían la máxima de que libraron «una guerra de ricos pero una pelea de pobres». Es decir, los pobres luchaban para que los ricos conservaran sus propiedades. James Henry Hammond, de Carolina del Sur, aseguró que la esclavitud era la base de la «armonía de sus instituciones políticas y sociales».

Como señala el experto en Historia militar y de la guerra John Keagan, «*Dixie* —la región del continente norteamericano que se extendía al sur de la línea Mason-Dixon— se estaba convirtiendo en una entidad bien diferenciada antes de 1860». Se refiere a los estados conocidos como el alto Sur: Arkansas, Misuri, Virginia, Carolina del Norte, Maryland, el diminuto Delaware y, por supuesto, Kentucky e incluso Tennessee, que se declaró independiente a pesar de tener 30.000 jóvenes alistados en el Ejército de la Unión. Los movimientos migratorios habían transformado su economía. Eran estados «diversos», cuyas relaciones comerciales y movimientos migratorios con el Norte eran fluidos, frente al *Solid South*, el sólido Sur, el Sur profundo o el viejo Sur.

Por otra parte, no toda la producción era de algodón. Es más, el cultivo dominante era el maíz. En algunos lugares se cultivaba también azúcar, arroz y, por supuesto, tabaco, producto todavía estrella en Virginia. Eso sí, los grandes propietarios llevaron el peso de la secesión. En la primera Convención confederada, el 40 por ciento de los representantes poseía más de 20 esclavos. Sin embargo, en Delaware y Misuri la población esclava era escasa: el 1,6 por ciento y el 9,7 por ciento respectivamente. Integraban, junto a Maryland (12,7 por ciento de esclavos) y Kentucky (19,5 por ciento), los cuatro estados de la frontera. Como subraya Philip Jenkins, «a pesar de las iniciales oleadas patrióticas a ambos lados de la nueva frontera, ninguno de los contendientes estaba tan unido como les hubiera gustado proclamar. La lealtad de varios estados fronterizos era difícil de predecir. No estaba en absoluto claro cuáles de ellos acabarían uniéndose a la Confederación».[5]

La dinámica productiva del Sur generó una espiral que fue afianzando su modelo, haciéndolo dependiente de la esclavitud: los excedentes no se invertían en maquinaria o industria sino en plantaciones y compra de esclavos. El Sur

parecía rico. De hecho, su renta per cápita era mayor que en el Norte. Había creado su propia burbuja, pues computaba el valor de los esclavos: un esclavo saludable podía costar 1.000 dólares. Además, el sector algodonero, que sí sufrió la crisis de 1837, superó con solvencia la de 1857, que afectó principalmente a las grandes constructoras y financieras del Norte. Y, por último, esta dinámica perpetuó la ruralidad. Para la mentalidad del Sur, sus habitantes representaban la América de los padres fundadores. No en vano, fue Jefferson el primero que se refirió a una «república de los agricultores» y pequeños propietarios cuyo esfuerzo diario dignificaría los principios revolucionarios. En suma, Norte y Sur tenían dos visiones mutuamente excluyentes de lo que representaron los valores de la Revolución.

Hacer de «su ruralidad una virtud» influyó sobre la educación de sus jóvenes. En 1860, el 20 por ciento de la población del Sur era analfabeta (en Nueva Inglaterra, solo el 5 por ciento). La plantación se convirtió en un sistema en sí mismo, represivo y asfixiante, con sus propias normas y procesos sancionadores. En el Norte creían que la esclavitud era el factor que viciaba realmente el progreso del Sur. Los movimientos de los esclavos eran muy reducidos, se limitaban a su día libre y solo mediante salvoconducto. Patrullas de esclavistas vigilaban los caminos. Algunos propietarios confesaron sentirse «esclavos de la esclavitud». Habían convertido la esclavitud en un sector productivo, pero su mantenimiento y control exigía un tiempo y energía que les impedía desempeñar cualquier otra actividad.

En los años previos a la guerra, la esclavitud tenía tan mala prensa que el coste de oportunidad de conservarla excedía el beneficio que a pequeños granjeros les podía reportar. Simplemente, la esclavitud formaba parte de su cultura y estaban dispuestos a pelear por ella. No estaba claro que los estadounidenses del Norte se inclinasen por librar una guerra por la abolición de la esclavitud, pero el Sur calculó mal sus movimientos, ya que sí estaban decididos a luchar por la integridad de la Unión. Frente a la propiedad y la ruralidad del Sur; la ley, la Constitución de los padres fundadores y la integridad territorial era la manera de los habitantes del Norte de sentirse norteamericanos.

El Norte llamó rebeldes a los soldados confederados. Estos, a su vez, denominaron despectivamente yanquis a los casacas azules: los yanquis eran los habitantes de Nueva Inglaterra, fríos y puritanos. Durante el resto de la

contienda, unos fueron Johnny Reb y los otros Billy Yank. Johnny y Billy[6] eran en cualquier caso jóvenes granjeros, estudiantes o profesionales manuales. Puede que la única diferencia en la composición de los ejércitos estribara en que en el federal se alistaron más maestros, extranjeros y negros. En 1862, el gobierno de la Unión aprobó el servicio militar obligatorio. La guerra iba a durar más de lo previsto.

Cuando fue tomado por los rebeldes, Fort Sumter todavía estaba en construcción. Se edificó sobre una isla artificial. Su posición era estratégica y simbólica, pues dominaba la costa con una notable carga de artillería, y además estaba ubicado en el estado neurálgico de la secesión. En aquel momento estaba al mando el comandante unionista Robert Anderson, de Kentucky. El general Pierre Gustave Toutant Beauregard, de Luisiana, se había puesto del lado de los secesionistas.

A pesar de que Buchanan se comprometió a defender los enclaves federales, una guarnición tras otra fue cayendo sin oposición en manos rebeldes. En marzo de 1861, unos representantes del Sur visitaron Washington para solicitar la entrega de Fort Sumter. Seward, entonces secretario de Estado, aconsejó al presidente Lincoln cederlo. Tenía pocos hombres y escasas provisiones, no podría resistir mucho tiempo y todavía era posible evitar la guerra. Lincoln no lo hizo. No pensaba abandonar a su suerte a los hombres del comandante Anderson, que había aprovechado la oscuridad de una noche para aumentar el número de leales a la Unión intramuros.

Lincoln anunció públicamente que enviaría suministros. Si no se abría fuego contra ellos, el fuerte no cargaría contra los confederados que controlaban el puerto de Charleston. El 6 de abril, Anderson comunicó al gobernador de Carolina del Sur que esperaba provisiones, ni hombres ni armas, solo alimentos. Jefferson Davis ordenó al general Beauregard disparar. Primero envió una petición de rendición. Eran las 4.30 de la madrugada del día 12 de abril. Tras exactamente 3.340 impactos, el fuerte, que respondió con 1.000 cañonazos, se rindió. No hubo muertos, solo cayó una desdichada mula. Ambos bandos todavía eran reacios a la guerra, pero ya no había marcha atrás. Como ya hemos narrado, la euforia del primer disparo y la primera victoria, generó un efecto contagio sobre el alto Sur. Solo Delaware y Maryland permanecieron en la Unión.

En el caso de Delaware, porque las tropas federales atravesaron

inmediatamente el territorio camino de la capital. Maryland tampoco quiso correr el riesgo de convertirse en un auténtico campo de sangre. Su posición fue decisiva. Si hubiera abandonado la Unión, la capital, Washington, habría quedado aislada y emparedada entre territorios rebeldes. Fueron días muy difíciles para Lincoln. Lo narra Gore Vidal en su novela sobre el personaje: el presidente esperaba ansioso la llegada de tropas y voluntarios a la capital mientras Maryland deshojaba la margarita de su posición. Por un lado, había que repeler a los rebeldes, por otro, no se podían cortar vías de comunicación. La Convención de Maryland rechazó la secesión y se proclamó neutral, como Kentucky. Por último, en Misuri pudo desatarse una guerra civil dentro de la Guerra de Secesión.[7] Su gobernador era confederado, como la Asamblea, que estableció un gobierno secesionista en el exilio de Arkansas cuando el territorio, tomado por el capitán unionista Nathaniel Lyon, se declaró leal a la Unión.

Ninguno de los dos bandos quería la guerra, pero a esas alturas no había manera de evitarla. Lincoln sentenció con tres palabras: «Llega la guerra». Como señala Keagan, en un doble salto argumentativo: pudo haberse evitado aun a pesar de ser necesaria. El país estaba estancado. La discusión en torno a la esclavitud ya era circular. No había salida, y menos con la Ley Kansas-Nebraska y la Ley del Esclavo Fugitivo. Por otro lado, llegó a un punto de no retorno: o guerra o secesión. En su segundo discurso inaugural, en 1865, Lincoln afirmó: «Ambas partes desaprobaban la guerra, pero una de ellas prefería hacerla antes que dejar sobrevivir a la nación, y la otra la aceptaría antes que dejar morir a esta última».

TRISTEZA PARA LLENAR EL MUNDO

Era dos pulgadas (cinco centímetros) más alto que Washington. O sea, el presidente más alto de la Historia de América. Y el más importante y reconocido por sus compatriotas. Uno guio a la nación desde su nacimiento; el otro protegió su integridad. El dramático desafío al que se enfrentó, su flema, audacia y trágico final... contribuyeron a forjar el mito político por excelencia de los Estados Unidos de América. Después de Lincoln, después de la guerra, los americanos jamás volvieron a dudar de sí mismos[8] ni ninguna amenaza

provendría de dentro. Durante la contienda, las tribulaciones y debilidades del presidente eran invisibles a los ojos de sus más cercanos colaboradores. Sabía esconderlas detrás de sus prolongados silencios mientras se acariciaba y pellizcaba el mentón. Solo las detectaba su esposa, Mary Todd, diez años más joven que él e igual de atormentada, antes y sobre todo después de la pérdida de su segundo hijo.

Cuando estalló la guerra, el presidente ya usaba gafas, tenía con frecuencia las manos y los pies fríos, dolores agudos de cabeza y ofrecía síntomas de fatiga. Lincoln murió asesinado, pero unos cuantos rigurosos estudios médicos concluyeron hace algunas décadas que hubiera fallecido pronto. Tenía problemas de corazón. No eran los únicos. Lo peor era su tristeza. Un amigo de juventud comentó que no había visto rostro tan sombrío y melancólico en su vida. Y eso que Lincoln era entonces un competente abogado que había vencido a la pobreza y la adversidad. Dijo que si su propia amargura se distribuyera equitativamente entre todos los habitantes del globo terráqueo «no habría un solo lugar feliz en el mundo».

Parecía un hombre equilibrado y, sin duda, la ponderación fue un rasgo distintivo de su carácter político, igual que la determinación, eso sí, después de darle muchas vueltas a las cosas. No obstante, en el plano más íntimo era un ser profundamente inestable. No contribuyó a atenuarlo su matrimonio con Mary Todd en noviembre de 1842. Muchos dudaban de que los prometidos se amaran. «Algún día, el señor Lincoln será presidente de Estados Unidos. De no pensar eso no me habría casado con él, porque cualquiera se da cuenta de que guapo no es». La frase de Mary puede haberse sacado de contexto, igual que el hecho de que Lincoln faltara a su primera cita con el altar por una recaída anímica. Lo cierto es que la pareja no fue feliz.

Él, un hombre de la frontera, quiso elevar su posición social y encontró a la hija de un banquero propietario de esclavos, educada en francés y con estudios de danza, teatro y música. No era bella ni delicada. Era ingeniosa y temperamental; posesiva y ciclotímica. Gastó en 1864, en plena contienda, 27.000 dólares en fiestas; y cuatro meses fueron suficientes para comprar 300 pares de guantes. Lincoln acabó por no soportarla. Mucho más después de la muerte del pequeño Willie. No había cumplido los 12 años y falleció de fiebre tifoidea en la Casa Blanca, en 1862. No era extraño, la mansión presidencial se

había convertido en un insalubre cuartel militar. Había soldados por todas las dependencias y faltaban los suministros.

Ella detestaba la guerra y reprochaba a su marido que no la parara. Tenía un hermano en el bando confederado y un hijo mayor que quería abandonar sus estudios para incorporarse al frente del lado de la Unión. Algunas tesis, algo disparatadas, sostienen que no escondía sus simpatías por la causa del Sur con el único objetivo de trastornar a su marido. Otras versiones más sobrias y próximas a los hechos, coinciden en apuntar que Mary nunca pudo competir con Ann Rutleddge, el primer y verdadero amor de Lincoln. Era pequeña, deliciosa y de ojos azules. Hija de un tabernero de New Salem. Murió muy joven, también de fiebres tifoideas. Él, aunque en ese momento no tenía relación con ella, ya no se apeó de la depresión y sus amigos temieron que decidiera suicidarse.

La desgracia persiguió a Mary toda su vida: cuando el matrimonio parecía superar sus desavenencias tras la rendición confederada, vio cómo asesinaban a su esposo y sobrevivió envuelta en su profunda aflicción a la muerte del pequeño Tad, en 1871. El chico que se subía a caballito del presidente, que gateaba por las salitas de la Casa Blanca y que fue su consuelo tras enviudar, falleció a los 18 años. Definitivamente perdió la cabeza: creyó que la perseguían para matarla y sufría constantes alucinaciones. Murió en 1882. Solo quedaba un Lincoln, el prometedor Robert. Educado en Harvard. Desobedeció a su madre y su padre tuvo que transigir y permitir que se enrolara en el ejército de la Unión. Afortunadamente restaban apenas unas semanas de guerra. Después trabajó en la Administración de tres presidentes: Garfield, Arthur y Benjamin Harrison. Llegó a ministro para Gran Bretaña. Murió en 1926. El último Lincoln de la estirpe, el nieto de Robert, falleció en 1985.

El padre de Abraham Lincoln, Thomas Lincoln, era un granjero y carpintero de Virginia. Un emigrante de la frontera que detestaba la esclavitud y pasó de Kentucky a Indiana y después a Illinois. Su madre falleció cuando Abraham tenía nueve años —antes perdió a un hermano y años después, cuando el joven Lincoln tenía 18, a su querida hermana—. Al año siguiente de enviudar, Thomas se casó con Sarah Bush, también viuda y con tres hijos. Abraham aprendió muy pronto el oficio de su padre, incluido el de la supervivencia, y mantuvo buenas relaciones con Sarah. Lincoln estaba acostumbrado a ver osos, bosques y tierra gris. A diferencia de la mayoría de los rudos pioneros, carecía de espíritu

aventurero y no le gustaba cazar. No recibió formación académica, pero era ávido lector, buen conversador y gran observador, tres cualidades que le ayudaron a prosperar en el mundo de la abogacía y la política a mitad de los años treinta. Previamente había fracasado en algunos negocios que emprendió en New Salem, Illinois. Tardo diez años en saldar sus cuentas. Metido de lleno en política, faltó al funeral de su padre, en 1851.

También participó, sin pegar un solo tiro, en la Guerra Black Hawk y sirvió al ejército al mando de Zachary Taylor. Primero fue jefe de Correos en New Salem, luego miembro de la Asamblea de Illinois, entre 1834 y 1842, por el Partido Whig. Hizo campaña por William Henry Harrison en 1840 y después, ya como miembro de la Cámara de Representantes, por Taylor. En el Congreso se opuso a la Guerra contra México, un «capricho» de Polk.[9] En 1849 retornó a su despacho de abogados. Pero el veneno de la política había cuajado en sus venas: tras un breve paso de nuevo por la Legislatura de su estado, se presentó al Senado. Lo hizo en el peor momento. Perdió la elección de 1854. No obstante, había nacido una estrella: su oposición a la Ley Kansas-Nebraska y sus vibrantes discursos concitaron la atención de la opinión pública.

Su partido estaba completamente dividido, así que se sumó al emergente Partido Republicano en 1856, el mismo año de su fundación. No era un ferviente defensor de la emancipación, pero tenía claro que la esclavitud debía confinarse única y exclusivamente a los estados donde ya estaba regulada. Alguna hagiografía cuenta que a los 22 años contempló en un mercado de Nueva Orleans cómo vendían a una joven esclava. El reclamo de su precio era su virginidad. Aquella escena le impactó y condicionó el devenir de su carrera política. Ya era, indiscutiblemente, la figura republicana.

Su discurso no tenía pérdida: «Unión y libertad» frente a secesión y esclavitud. Sin embargo, prefirió no quemar sus naves en un momento tan delicado. Otra vez las tribulaciones. A veces entre dudas surge un gran estratega. Todo depende del resultado. Muchas veces, para resolverlas, recurría a la lectura de la Biblia, no tanto por fe, sino para buscar «el equilibrio». Ciertamente, al final, fue el hombre correcto en el momento oportuno. Y cambió el destino de la Nación cuando parecía que la única salida era conservar sus restos. Al llegar a la Casa Blanca concitaba más aversión que adhesiones, pero le benefició que concurrieran otros tres candidatos en 1860. Cuatro años después no tenía rival.

Parecía mentira que este «larguirucho» de apariencia tosca, que generaba tanta desconfianza y cuya elección, según argumentaron hipócritamente sus más enconados adversarios, fue la causa que propició la secesión y luego la guerra, ganara con el tiempo el más destacado lugar en el panteón de la Historia de América. Fue el «Gran Emancipador».

Lincoln desarrolló como abogado una habilidad que le sirvió tanto para combatir la depresión como para tomar decisiones políticas y convencer a su gabinete o anular la capacidad de respuesta de sus adversarios: el sentido del humor y la facilidad para construir un relato, fábula, anécdota o experiencia sobre cualquier hecho objeto de discusión. A veces era lacónico, otras, su argumento requería extender su narración hasta seducir por agotamiento; siempre mostraba sagacidad y dejaba perplejo al auditorio. Su humor constituyó un refugio. También sacaba de quicio a quienes le detestaban. Para ellos fue un déspota que suspendió los derechos civiles de los ciudadanos del Sur. Y les dio mucha más munición cuando suspendió el hábeas corpus en algunas partes de Maryland en la primavera de 1861. La Constitución lo permitía «en casos de rebelión o invasión. Davis había hecho lo propio en algunos estados y ciudades confederadas, incluida la capital Richmond. Ambos declararon la Ley Marcial. Con ella, Lincoln pudo arrestar a activistas antibelicistas.

Por otra parte, Lincoln siempre tuvo claro que su objetivo era restaurar la Unión, no liberar a los esclavos. Otra cosa es que detectara en un momento preciso que la emancipación podía suponer el tiro de gracia a los confederados. Es decir, la emancipación fue un medio, un instrumento, no un principio ni un fin en sí mismo. De hecho, como señala Roy Basler, el editor de sus obras completas, antes de 1854 «apenas» se refirió a la esclavitud.

Sus aliados abolicionistas le reprochaban que en el primer año y medio de guerra marginara la cuestión de la esclavitud. Sostenían que contemporizar sobre ella daba alas a los rebeldes. Lincoln era paciente, incluso desesperada e inquietantemente paciente; realista y pragmático. Admiraba a Henry Clay, un funámbulo de la política que en sus últimos días aseguró que si pudiera reescribirse la Historia de América, en su segunda versión no existiría la esclavitud. Clay fue uno de esos grandes nombres que no llegaron a presidente, como Hamilton o Franklin. En sus debates con Douglas, en 1858, Lincoln lo citó en 41 ocasiones. A su juicio, Clay fue el verdadero padre del «Sistema

Americano», el programa económico whig, luego republicano, que acabó por imponerse tras la guerra, basado en la prosperidad, la creación de un banco nacional, el refuerzo de la autoridad federal y la protección del comercio interno. Durante la campaña circularon algunos versos: «*La estrella del imperio se abre camino hacia el Oeste,* / *las jóvenes se unen a Lincoln, las madres apoyaban a Clay*».

EL BALLENERO EN LA TORMENTA

Sus discursos contribuyeron a forjar su gloria. Desde sus comienzos como congresista sus palabras buscaban el mármol de la Historia. En 1856, en los primeros pasos del Partido Republicano; más tarde en la campaña ya señalada contra Douglas de 1858; después en la presidencial de 1860 y finalmente en plena Guerra de Secesión. El 29 de mayo de 1856 se inauguró la sede del Partido Republicano en Bloomington, Illinois. Lincoln abrió el encuentro. Para Paul Johnson, el discurso fue tan «electrizante» que los periodistas se olvidaron de tomar notas. Fue «el mejor discurso de su vida». Sus argumentos iban dirigidos directamente a los derechos individuales del hombre: si la esclavitud es buena, productiva y justa, según el Sur, ¿por qué no extenderla no solo a los territorios donde está prohibida sino a las personas blancas? Reclamó la unión de todas las fuerzas que quisieran «oponerse juntos al poder esclavista»; y si con esta llamada se «agitara el fantasma de la desunión» habría que insistir sin tapujos: «para preservar la Unión se debe defender no solo la integridad de sus territorios sino también la pureza de sus principios».

William Herndon fue un leal colaborador de Lincoln. Sentía devoción por el futuro presidente. Ese día apuntó: «Su discurso estaba cargado de fuego, energía y fuerza. Rebosaba lógica. Tenía intensidad. Y entusiasmo. Eran la justicia, la equidad, la verdad y el derecho iluminados por el fuego divino de un alma enfurecida por el mal. Era duro, consistente, complejo, áspero y estaba sostenido por la ira». Hay dos ideas muy ciertas, una manifiesta y otra latente, en esta apología: la primera es que los discursos de Lincoln eran complejos, más de lo que aparentaban. Poseían una retórica y lógica argumental perfectamente estructurada. La segunda es que Lincoln tenía la aguda habilidad de sobreactuar,

de acompañar sus alocuciones con el tono que exigiera el guion: melancolía, compasión, agresividad, convicción, fiereza o moderación.

No obstante, fue el 17 de junio de 1858 cuando puso los cimientos de su paso a la posteridad. Competía con Douglas en Illinois por un asiento en el Senado. Habló de «la casa dividida»: «Una casa[10] dividida no puede mantenerse. Creo que este gobierno no puede tolerar que haya una mitad esclava y una mitad libre. No espero que la Unión se disuelva. No espero que la Cámara de Representantes se derrumbe. Pero sí espero que deje a un lado los enfrentamientos internos. O se deciden todos por una cosa o se deciden todos por la otra. Bien los contrarios a la esclavitud detendrán su expansión y la situarán donde la conciencia de todos descanse en la creencia de que está, en último término, en proceso de extinción; o sus partidarios harán avanzar su causa hasta que sea igualmente legal en todos los estados», del Norte, del Sur, nuevos y viejos.

Denunció las contradicciones de su tiempo: la Ley Kansas-Nebraska y el caso Dred Scott. Había un punto de deliberado y provocador cinismo, de ácida ironía y, sobre todo, de desafío al Sur: el poder esclavista había demostrado, con la Constitución de Lecompton y la sentencia del Supremo sobre Scott, que la libertad en los estados libres estaba también condicionada y supeditada a los intereses del Sur. Exigía a los defensores de la esclavitud que fueran claros y admitieran que querían llevar la esclavitud a todos los territorios de la Unión. Sus últimas frases llamaban a combatir la ambigüedad y el apaciguamiento: «Dos años atrás —se refiere a las elecciones presidenciales de 1856—, los republicanos [...] conseguimos más de 1.300.000 votos. Lo hicimos bajo el impulso único de resistencia a una amenaza común [...]. El resultado no está en duda. No fracasaremos. Si nos mantenemos firmes, no fracasaremos».

Durante esa campaña, entre agosto y octubre, Lincoln y Douglas se enfrentaron en siete debates a cara de perro en otras tantas ciudades del estado. El republicano pretendía poner en evidencia las carencias del discurso acomodaticio y contemporizador de su adversario. Si bien ambos alcanzaron puntos de acuerdo: la continuidad de la supremacía blanca; el derecho de los propietarios de Sur a poseer esclavos; el mantenimiento de la Ley del Esclavo Fugitivo. La «suprema» importancia de conservar la Unión. Bajo estos parámetros, otra vez instalados en la inmovilidad y la parálisis, las disputas dialécticas giraron en torno a la moralidad de la esclavitud y a su extensión entre

nuevos estados por encima del paralelo 36.

El discurso de la «casa dividida» permitió a Douglas presentar a Lincoln como un peligroso radical abolicionista defensor de la igualdad entre razas. Lincoln respondió: «No pretendo introducir la igualdad política y social entre negros y blancos [...]. Hay una diferencia física entre las dos razas que, a mi juicio, probablemente siempre impida su vida juntos sobre la base de una perfecta igualdad [...]. Pero no hay razón en el mundo para no aplicar a todos por igual los derechos naturales enumerados en la Declaración de Independencia: la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». En el cuarto debate insistió: no estaba a favor de conceder el derecho al voto a los negros, ni permitirles su presencia en los jurados, ni acceder a cargos públicos ni consentir matrimonios interraciales, pero, en cualquier caso, la esclavitud es inmoral, «esta es la verdadera cuestión».

Douglas derrotó en la elección al Senado a Lincoln. Solo dos años después, los resultados dieron la vuelta. Lincoln fue proclamado presidente. La división del voto demócrata entre Douglas y Breckinridge permitió la victoria del republicano. En todo caso, especular sobre la dispersión de los apoyos es inútil. Ganó Lincoln también porque poseía un discurso férreo en un contexto de profunda división política y social. Douglas no podía ganar en el Sur profundo ni Breckinridge en el Norte demócrata. Entre tanto, Douglas lanzó la cerilla encendida: sostuvo que el camino emprendido por Lincoln podía llevar al país a la guerra civil.

Inicialmente, Lincoln no pensaba en la guerra, sino en afrontar la crisis de la secesión. Para ello formó un gobierno sólido que mantuviera prietas las filas republicanas, sin fisuras ni concesiones. El hombre fuerte de la Administración era William Seward, capaz de coser el partido por dentro y gestionar el gobierno. Al frente de la Secretaría de Guerra colocó a Simon Cameron, al que simplemente debía algunos favores. Tuvo que sustituirlo por Edwin M. Stanton en 1862, con experiencia militar. Salmon P. Chase asumió el Tesoro. Representaba el ala crítica con el presidente. Pero su saber hacer, sus contactos y su trayectoria eran indispensables para la estabilidad del partido y de la Unión. Él se creía el verdadero líder de la formación. Para Lincoln, lo era Seward.

Una vez en la presidencia, Lincoln confirmó los recelos de los abolicionistas. A muchos de los esclavos liberados —«confiscados»— durante la guerra se los

alistaba en el ejército. Y la gran mayoría para hacer trabajos de limpieza. El Congreso había aprobado leyes de confiscación que hubiesen permitido la automática liberación de los esclavos. Pero eso no ocurrió. El 22 de agosto de 1862, Lincoln escribió al editor del *New York Tribune*, Horace Greely (quien, por cierto, al inicio de la contienda sugirió dejar a los estados del Sur «marchar en paz» para evitar la guerra): «Mi objetivo prioritario en esta lucha es salvar la Unión y no salvar o destruir la esclavitud. Si pudiera salvar la Unión sin liberar ningún esclavo, lo haría; y si pudiera salvarla liberando a alguno y dejando en paz a otros, también lo haría. Lo que hago acerca de la esclavitud y la raza de color, lo hago porque creo que ayuda a salvar la Unión».

En aquellos meses, tras las dolorosas derrotas federales en Manassas, Wilson's Creek y Balls Bluff (Virginia), parecía que la guerra empezaba a bascular hacia el lado unionista. Cierto que sus fuerzas habían tomado el Fuerte Donelson, pero todavía la guerra iba a deparar algún severo revés al ejército del Norte. Los confederados buscaban denodadamente el reconocimiento de Gran Bretaña, que estaba por la labor por dos motivos: para recuperar el mercado del algodón y para debilitar a los Estados Unidos. Por su parte, en Francia, Napoleón III estaba deseando hacerlo, pero no daría el paso si antes no se pronunciaba el Reino Unido.[11] No pensaba convertir la Guerra de Secesión en un nuevo conflicto anglo-francés. El embajador de Washington en Londres, Charles Francis Adams, nieto de John Quincy Adams, trabajó sin descanso para evitar el reconocimiento. «Ustedes ganen batallas y nosotros cambiaremos de parecer», aseveró el entonces diputado tory y compulsivo autor de artículos periodísticos, Robert Gascoyne-Cecil, tercer marqués de Salisbury, a un conocido del Norte.

Mientras, el embajador en París, William Daytin, se felicitó, a finales de marzo de 1862, de que en Francia se hubieran enfriado los ánimos a favor de los rebeldes. A principios de mayo, Nueva Orleans cayó en manos del Norte. La euforia por la victoria duró muy poco: los confederados volvieron a derrotar a las tropas unionistas en el Valle de Shenandoah (Virginia). El general Jackson, «Muro de Piedra», héroe de Manassas, se impuso al general Banks entre el 8 y el 9 de mayo. En junio, el general McClellan lanzó la ofensiva de los Siete Días, que resultó un completo desastre para los intereses del Norte. Se produjeron varias batallas en esos días y en distintos flancos. La semana acabó el 28 de junio con la retirada de McClellan.

La Unión no tenía nada que celebrar el 4 de julio y los periódicos mostraban el estado de postración y desolación de la opinión pública. McClellan sostuvo que se retiró porque no llegaron refuerzos. Obvió decir que disponía de más hombres que el general Robert E. Lee. Su versión fue aceptada y arreciaron las críticas al gobierno. Sobre todo, se extendió el bulo de que los republicanos radicales, con Stanton y Greely al frente, querían alargar la guerra para forzar a Lincoln a que hiciera del abolicionismo causa principal del conflicto. Solo un senador de Michigan, Zachariah Chandler, y alguno de sus colaboradores alzaron la voz: McClellan era «un imbécil por no decir traidor»; y si es un traidor «deberían fusilarle».

Lincoln no permanecía ajeno a la polémica ni al desastre. Pasó por sus peores momentos y tomó algunas decisiones. Movió algunas piezas de su ejército, pero sobre todo, acabó por relevar a McClellan, que luego sería su adversario en las elecciones de 1864. En aquel momento, más de 650.000 hombres defendían con sus casacas azules a la Unión. Eran muchas bocas que alimentar y cuerpos que vestir, y aun así, resultaban insuficientes en previsión de lo que se avecinaba. El 1 de julio, Lincoln aprobó el reclutamiento de otros 300.000 voluntarios —finalmente la cifra ascendió a 421.000—. El 17 de julio, el Congreso autorizó al presidente a formar una milicia de los estados a disposición del gobierno federal durante nueve meses. En total, 88.000 milicianos más para reforzar el ejército. Algunos reputados militares de alta graduación consideraron que estos chicos serían un estorbo más que una ayuda.

Mientras, Gran Bretaña y Francia volvían a plantearse la posibilidad de intervenir para parar la guerra. El 16 de julio, un enviado de la Confederación, John Slidell, se entrevistó con Napoleón III. Inmediatamente, el emperador preguntó a Londres si creía que había llegado el momento de reconocer al Sur. El *Times* publicó que la decisión «nos libraría de una pesadilla». El 18 de julio el Parlamento británico debatió sobre la mediación, que era una forma suave de referirse al reconocimiento de la independencia de los estados del Sur. El viejo y sagaz primer ministro Palmerston frenó la corriente en pro de la mediación.

O Lincoln escondía un último as en la manga o bien recurrió a una solución forzada por las circunstancias. Justo un mes después de enviar a Greely la carta arriba mencionada, el 22 de julio de 1862, el presidente planteó a su gabinete la emancipación de los esclavos. Escribió sobre ese día: «Llegó el momento en que

comprendí que debía morir el esclavismo para que pudiera vivir la nación». Y narró una de sus historias: la esclavitud era una inmensa ballena blanca que golpeaba brutalmente la nave de la Unión, en mitad de una noche oscura y de una gran tormenta. La nave superaría el temporal, pero era el momento de reducir a la ballena, que constituía una amenaza mucho mayor. El Secretario de Guerra, Stanton, y Bates, procurador general, se manifestaron a favor; Chase, en contra. William Seward, quien en su primer discurso en el Senado, allá por el 11 de marzo de 1850, afirmó que «había una ley más elevada que la Constitución», se refería a la igualdad natural de todos los hombres. Rebatía el argumento de que la esclavitud era constitucional. Por tanto, estaba sin ambages a favor de la emancipación. No obstante, mostró sus dudas. Dijo que en ese momento se interpretaría como «nuestro último grito de retirada». No le faltaba razón al secretario de Estado. Invitaría a pensar a los confederados que, dando por perdidos a los estados rebeldes, al menos declaraba libres a los esclavos en los territorios que conservaba la Unión.

Por eso, antes de impulsar la medida, Lincoln tenía claro que había que ganar una gran batalla. Además, había que evitar que franceses y británicos se precipitaran. La maniobra era compleja, propia del más audaz o más desesperado de los gobernantes. Si el gobierno de la Unión se declaraba dispuesto a luchar por abolir la esclavitud, Inglaterra y Francia, que la habían suprimido en sus colonias en las décadas anteriores, no tendrían más remedio que apoyarle.[12] El 17 de septiembre de 1862, las tropas federales se impusieron en Antietam (Maryland), la primera gran batalla en territorio de la Unión. James McPherson, profesor de Princeton, describe con precisión el terrible enfrentamiento[13] y sus consecuencias sobre la emancipación de los esclavos.

El día 22 se publicó la Proclamación de Emancipación. Tras ser debatida y aprobada en el Congreso, entró en vigor el 1 de enero de 1863. Lincoln tenía la certeza de que el Decreto acabaría derribando definitivamente la moral confederada. Era una jugada maestra:[14] no solo paró una negociación de paz a la que llegaba con peor mano, sino que desató la euforia unionista. Por si fuera poco, acabó de golpe con un mito: el del «esclavo leal». Los republicanos radicales celebraron la proclamación: la guerra ya no se hacía solo por la mitad del propósito. No obstante, la medida solo se aplicaba a los estados rebeldes y a los territorios ocupados por el ejército federal, no a los estados esclavistas que

permanecieron leales a la Unión (en ese momento: Delaware, Kentucky, Maryland, Misuri, Tennessee y algunas zonas de Luisiana y Virginia). Para algunos autores, el Decreto de Emancipación convirtió a la Guerra de Secesión en una auténtica guerra revolucionaria, una guerra antiesclavista, «total» y «aniquiladora», con un elevado componente social. Casi 179.000 libertos sirvieron en las filas de la Unión.

LA DECIMOTERCERA ENMIENDA: EL FINAL DEL CAMINO

En los primeros tres días de julio de 1863 la Unión dio una vuelta de tuerca casi definitiva a la guerra: la madre de todas las batallas fue Gettysburg (Pensilvania). Lee pretendió avanzar hacia el Norte, pero se encontró con el general George G. Meade. Desde ese momento las fuerzas confederadas aplicaron únicamente una estrategia defensiva. Al día siguiente, el general Ulysses Grant —de quien nos ocuparemos muy pronto— obtuvo la rendición de Vicksburg (Misisipi) y el 8 de julio cayó Port Hudson, en el mismo estado. Antes, en mayo, el propio Grant había ganado cinco batallas en tres semanas. Entonces Napoleón III ordenó que se vendieran a otros países las naves que tenía preparadas para ceder a la Confederación.

El 19 de noviembre de 1863, el presidente se desplazó a Gettysburg para inaugurar un cementerio. Allí pronunció otro de sus poderosos discursos, esta vez de poco más de dos minutos, 270 palabras para honrar a los muertos. No obstante, él no quedó muy contento con el resultado. Se mostró impresionado por desolador paraje. Para Lincoln, Gettysburg fue el comienzo del renacimiento de la nación. Ciento ochenta mil americanos se batieron allí encarnizadamente. Cayeron 50.000. El mundo estaba definitivamente horrorizado con lo que estaba pasando en Norteamérica, esa «guerra misteriosa en el país de la paz». En 1864, Lincoln nombró a Grant comandante de todos los ejércitos de la Unión, lo que le permitió ser el héroe y cabeza visible de la victoria final.

Ese año se celebraron las más anómalas elecciones de la Historia del país. Los republicanos aparcaron sus siglas y se presentaron, junto con los demócratas unionistas, como el Partido de la Unión Nacional o Partido Nacional de la Unión (National Union Party). Los opositores a Lincoln se mostraron inasequibles al

desaliento: Chase, Butler, Conkling, Greely —que incluso llegó a solicitar la repetición de la Convención— o el republicano radical y senador de Ohio, Benjamin Wade, se opusieron a su nominación. Fue una alianza de «aventureros políticos». Finalmente, Lincoln salvó sin oposición la Convención de Baltimore en junio. Solamente cambió de candidato a la vicepresidencia: prescindió del intrascendente y militante abolicionista de Maine, Hannibal Hamlin, y se decantó por Andrew Johnson, de Tennessee, un demócrata leal a la Unión que le iba a ser muy útil al presidente en los meses venideros para apaciguar los ánimos. La Convención acordó no parar la guerra hasta obtener la rendición incondicional de los rebeldes; instar a las potencias europeas a permanecer neutrales y promover una enmienda constitucional que reforzara la Proclamación de 1863.

El adversario de Lincoln en las urnas fue George B. McClellan, militar y demócrata de Nueva Jersey —nacido en Filadelfia—. Graduado en West Point, obtuvo galones en la Guerra de México. En noviembre de 1861 era el jefe de la Armada de la Unión. Gozaba de gran reputación en el estamento militar, por eso pocos dudaron de que la lectura de lo que había que hacer sobre el terreno fuera lo adecuado y su posterior versión de los hechos tras el desastre de los Siete Días fuese cierta. El general sentía especial inquina hacia el presidente. Decía de él que no era más que «un bienintencionado babuino; el gorila original. ¡Cómo tal espécimen puede gobernarnos hoy!», se lamentaba. La Convención demócrata se celebró en Chicago, en agosto. Reclamó a Lincoln que restableciera las libertades civiles y le reprochó sus inútiles esfuerzos bélicos.

El presidente temía por su reelección y ese mes escribió: «Es más que probable que esta Administración no sea reelegida. Mi deber será cooperar, durante la elección y la inauguración, con el presidente electo para salvar la Unión». En aquel momento estaba en lo cierto. Él era un candidato contestado en su propio partido; sus fieles le aconsejaban incluso que buscara una salida a la guerra; McClellan era el favorito. Solo el curso de la guerra jugó a favor de Lincoln y su candidatura de unidad nacional. ¿Por qué buscar el armisticio que demandaban los demócratas pudiendo exigir la rendición? En un intento desesperado por reconducir su campaña, McClellan se alejó de su plataforma y se mostró partidario de «preservar la Unión y librarla de todos los peligros», eso incluía no negociar con el enemigo. El eslogan demócrata fue: *Mac will win the*

Union back («McClellan propiciará la recuperación —la vuelta— de la Unión»). Era un juego de palabras que utilizaba el verbo ganar en dos sentidos: las elecciones y la Unión. El eslogan republicano hizo fortuna también muchos años después, en 2004. Lo utilizó George W. Bush, el cuadragésimo tercer presidente de los Estados Unidos: «No cambies de caballo en mitad del arroyo».

Lincoln obtuvo en los comicios de noviembre 2.216.067 votos (55 por ciento), 400.000 más que su adversario; en votos electorales: 212 frente a 21; se impuso en 22 estados. Solo perdió en Delaware, Kentucky y Nueva Jersey. Sobra decir que los once estados confederados no participaron en la elección presidencial. El 4 de marzo de 1865 inauguró, exhausto por cuatro años de guerra, su segundo mandato: «Con cariño esperamos, con fervor oramos para que este poderosísimo azote de la guerra pase pronto [...]. Sin malicia, con caridad, con firmeza, en el sentido correcto en el que Dios nos conduce, esforcémonos en terminar nuestra tarea y cerrar las heridas de la nación, cuidar la memoria del soldado que ha caído en combate, de su viuda y de su hijo huérfano; y hacer, todos, todo lo que podamos para alcanzar una paz justa y duradera entre nosotros y con el resto de las naciones». Fue un discurso desgarrado y pacifista.

Al mes siguiente cayó Richmond. El tío Abe visitó la ciudad de cenizas el día 3 de abril. Antes de huir, sus habitantes habían prendido fuego a sus propiedades. Escoltado por diez soldados, el Gran Emancipador fue aclamado por los negros que permanecieron en la capital confederada. El día 9 de abril Lee se rindió en Appomattox, al norte de Virginia. El día 14, Mary se extrañó de ver tan contento al presidente. Él respondió: «Bien puedo sentirme así, querida, Considero que hoy es el día en que la guerra ha llegado a su fin».

Grant permitió a los oficiales confederados volver a casa, con sus armas al cinto y su dignidad intacta. Casi un siglo después de la Guerra de la Independencia los vencedores se mostraron igual de indulgentes con los vencidos. Los leales a la Corona británica pudieron retornar a sus propiedades en 1783 tras caer derrotados frente al ejército de las colonias; los dos primeros gobiernos de la Reconstrucción hicieron lo propio con los confederados. Aunque Lee se quejó después de que si hubiera sabido lo que iba a hacer el Norte con el Sur, habría dejado hasta la última gota de su sangre en el campo de batalla. La Unión perdió 365.000 hombres y sumó 282.000 heridos. No se conoce a ciencia

cierta el número de bajas, entre muertos y heridos, del bando confederado. El historiador Peter Cozzens computa 483.000. Ciertamente, en los años siguientes, el Norte impuso su hegemonía y los republicanos dominaron la vida política durante un tiempo. Pasó casi un siglo hasta que un hombre del Sur profundo llegó a la presidencia: Jimmy Carter, que restituyó la ciudadanía a Jefferson Davis.

A Lincoln le quedaba una última asignatura pendiente: presentar ante el Congreso la Decimotercera Enmienda de la Constitución. Una vez aprobada, Thaddeus Stevens, congresista de Pensilvania y declarado abolicionista, dijo que era la medida más importante de todo el siglo XIX, adoptada «gracias a la corrupción urdida por el hombre más puro de América».

La mayoría en el Congreso se configuró gracias a una red de compra de voluntades tejida desde la propia Administración Lincoln. Stevens, en su intervención, para no soliviantar a última hora a los congresistas de los estados fronterizos, tuvo que hacer de tripas corazón y asegurar que no creía en la igualdad racial sino solo en la igualdad ante la ley, que era exactamente lo que regulaba la Proclamación. Gracias a que el Partido Demócrata era una «parodia de lo que un día fue la organización política diseñada por Jefferson», muchos de sus representantes dieron el paso de votar a favor, buscando un cargo público que les asegurara el futuro.

El presidente firmó la Enmienda el 1 de febrero de 1865[15] —un día después de ser aprobada en el Congreso—. Reconoció que no era una necesidad bélica, era el cumplimiento de una suerte de destino manifiesto moral de la nación: «Ni la esclavitud, ni la servidumbre involuntaria existirán en los Estados Unidos o en cualquier lugar sujeto a su jurisdicción, salvo como castigo de un delito del cual la persona haya sido debidamente convicta». La sección 2 de la Enmienda otorgaba al Congreso poderes para obligar a su cumplimiento. Antes de que acabara la década, durante las presidencias de Johnson y Grant se aprobaron las Decimocuarta y Decimoquinta enmiendas: reconocimiento de los derechos civiles de los negros y del derecho al sufragio.

El día 12 de febrero pronunció su último discurso. Fue en Washington. Se refirió a la reconstrucción —que definió como el restablecimiento de la autoridad nacional— y reconoció que los «leales» también discreparían del modo de acometerla. Sabía que tenía que ser especialmente delicado a la hora de

referirse al Sur. Dos meses más tarde, el 14 de abril de 1865, Viernes Santo, acudió al Teatro Ford, junto con su esposa, para ver la representación de *Nuestro primo americano*. Llevaba varios años en peligro. Durante su trayecto a Washington para su primera toma de posesión, tuvo que alterar algunos planes de viaje porque se había extendido el rumor de que se planeaba un asalto al tren de la comitiva presidencial. Había salido vivo de cuatro años de cruenta guerra.

Todo ocurrió muy deprisa, en el tercer acto, escena segunda. John Wilkes Booth, de 27 años, un actor venido a menos y simpatizante del Sur, abrió la cortina del palco y gritó: «¡Así siempre a los tiranos! ¡El Sur es vengado!». Le bastó un disparo. Huyó apresuradamente escaleras abajo, atravesó el escenario y se rompió una pierna. El presidente falleció el día 15. Aunque en ningún momento tuvo posibilidades de recuperarse. Diez días más tarde, Booth fue reducido junto con uno de sus compinches en Bowling Green, Virginia. Booth murió en el tiroteo. David E. Herold se entregó. Por otro lado andaban Lewis Powell y George A. Atzerodt, que era el encargado de fulminar al vicepresidente Johnson; se alojó en su mismo hotel, pero esa noche estaba demasiado bebido para hacerlo. Los otros dos cosieron a puñaladas a Seward. Fueron juzgados y condenados por un tribunal militar junto con Mary Surratt, que protegió a los insurrectos, pero de quien nunca se pudo probar su participación activa en la conspiración. Los cuatro murieron en la horca. En el Sur temieron represalias. Lincoln se sumó a la nómina de padres fundadores como precursor de «los principios morales» y pasó a la posteridad como el «Gran Emancipador», el hombre espigado, triste y elocuente que salvó a la nación.

[1] El estado de Georgia limita con otros tres que decretaron su separación: Carolina del Sur, Alabama y Florida. La Asamblea debatió ardorosamente sobre la secesión. El representante Alexander H. Stephens era esclavista pero se mostró en contra de la escisión: «Este gobierno de nuestros padres, con todos sus defectos, está más cerca de los objetivos de todo buen gobierno que ningún otro sobre la faz de la tierra». Sus partidarios presentaron una moción para aplazar la cuestión. Fue rechazada y, finalmente, la Cámara estatal votó por unirse a los estados rebeldes.

[2] Muchas de las batallas de la Guerra de Secesión tienen dos nombres. El que se le dio en la Unión y el que le pusieron los confederados. El Norte las bautizaba con el nombre de una fuente de agua próxima, en este caso, Bull Run. El Sur, en función de la localidad, lugar de encuentro comercial o parada de transportes más cercana: estación de Manassas.

[3] Sin embargo, un redactor del Times de Londres escribió: «La noticia parecía increíble. Pero allí, delante de mis ojos, estaba lo que quedaba de las fuerzas de los regimientos, agotadas, desanimadas, fragmentadas, marchando [...]. Ignoro por qué Beauregard no avanza hacia aquí, llevo esperando oír su cañón desde que comenzó la tarde. Es una oportunidad de oro. Si los confederados no aprovechan lo que tal

vez nunca vuelva a presentarse en los mismos términos, será un signo de mediocridad».

[4] Aunque la primera línea de ferrocarril (Baltimore-Ohio) se construyó en 1827, la primera Ley del Ferrocarril al Pacífico (Pacific Railroad Act) no se firmó hasta 1862, cuando desapareció la oposición sureña en el Congreso. En 1864 se aprobó la segunda. La vía transcontinental comenzó, por tanto, a construirse en 1863. Se finalizó en 1869.

[5] En las regiones montañosas, apartadas de la «agricultura de plantaciones», no estaba tan arraigado el sentimiento secesionista. Continúa Jenkins: «Había sentimientos unionistas en toda la zona de los Apalaches en Carolina del Norte, mientras que los condados mesetarios del oeste de Virginia se separaron para integrarse en el bando unionista en junio de 1861 y formaron el estado de Virginia Occidental en 1863. Además, ambos bandos poseían minorías étnicas y religiosas que veían muy poco sentido a la guerra, por lo cual, creían, se les estaba pidiendo que pagaran un precio desproporcionadamente alto. En el Norte, los irlandeses [...] mostraron a menudo su disgusto por el reclutamiento forzoso».

[6] La trilogía de novelas de John Jakes y la posterior serie de televisión de mediados de los 80, *North and South* (traducida en España literalmente como *Norte y Sur*) muestra el estereotipo de los soldados combatientes en la Guerra de Secesión. El soldado norteño —representado en la serie por James Read— es atildado, serio, distante y nada propenso a mostrar sus afectos; el soldado del Sur —Patrick Swayze— es brioso, desaliñado, espontáneo y pasional. Ambos se conocen en West Point y llegan a ser grandes amigos antes de que la guerra los separe. El argumento refleja la tesis de una parte considerable de la historiografía norteamericana: desde la formación de las colonias hasta los años veinte del siglo XIX, la descendencia y el origen común de los distintos territorios hacía muy similar los estilos de vida. A medida que la esclavitud se fue afianzando en el Sur y condicionando su proceso productivo, las diferencias aumentaron: el Sur reivindicó la propiedad; el Norte, la libertad. Por otro lado, la mayoría del alto mando de ambos bandos había coincidido en West Point.

[7] El profesor Thomas J. Dilorenzo, tremendamente crítico con Lincoln, cree que el presidente perdió aquí una gran ocasión para liberar esclavos. En Misuri ya se había desatado una guerra de guerrillas. El 30 de agosto de 1861, Frémont, encargado de las labores militares del gobierno federal en el estado, adoptó una ley marcial. La resistencia al ejército federal conllevaría la confiscación de propiedades, incluidos los esclavos, que serían declarados libres. Lincoln anuló la disposición emancipadora y relevó a Frémont el 2 de noviembre.

[8] El cambio de valores, Vietnam y las sucesivas crisis políticas de los años sesenta y setenta minaron la moral de los americnos y dañaron su autoestima, pero en ningún caso se puso en duda la integridad de la nación.

[9] Ya se conocían sus dotes como orador. En ocasiones, su permanente lectura de la Biblia le servía de inspiración: Polk empezó la guerra contra México por un deseo de «gloria militar [...], ese ojo de serpiente que hipnotiza con el solo fin de destruir [...]. La sangre de esta guerra, como la sangre de Abel, clama al cielo contra él».

[10] La referencia a la «casa dividida» es bíblica: «Una familia desunida no puede durar». Inmediatamente después se refiere a la Cámara de Representantes, en inglés, House of Representatives.

[11] La burguesía y la aristocracia británicas simpatizaban con el Sur; la clase obrera, con el Norte, pues consideraban que luchaba por la democracia y el trabajo libre. Muchas fábricas textiles tuvieron que cerrar porque no podían importar algodón. Tanto en Inglaterra como en Francia, los principales periódicos empezaron a defender la intermediación para poner fin al conflicto.

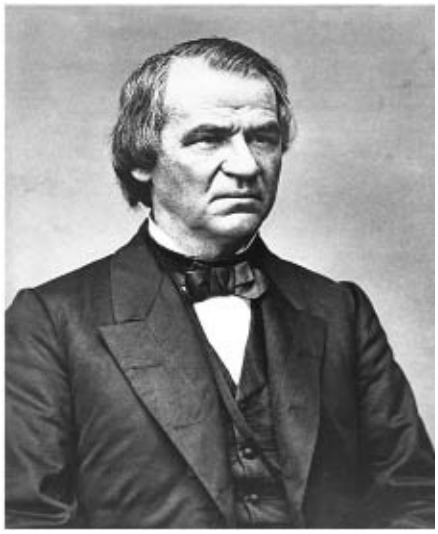
[12] Un oficial que inspeccionó el terreno el día 19 siguió la línea confederada «por los muertos que yacían donde habían caído [...]. Supongo que la línea tendría cerca de dos kilómetros o más de longitud [...]. Abajo en el maizal vi un hombre con un agujero en el vientre casi tan grande como un sombrero y alrededor de un litro de gusanos oscuros haciendo su trabajo». Un mes después, el propio Karl Marx escribió que Antietam decidió la suerte de la guerra. La historiadora de Newcastle Susan-Mary Grant recoge más testimonios «del día más sangriento de la guerra». «No hay lengua capaz de expresar, mente capaz de concebir o pluma capaz de describir los espantos que he presenciado», relató un cronista del 9.º Regimiento de Pensilvania.

[13] En enero de 1862 reconoció en una conversación privada: «No puedo imaginar que alguna potencia europea se atreviese a reconocer y ayudar a la Confederación del Sur, si resultara claro que la Confederación defiende la esclavitud y la Unión, la libertad».

[14] El empresario de Boston John Murray Forbes defendía la Proclamación, aunque no fuese producto de los principios del presidente sino de la necesidad: «Yo compro y como pan hecho con la harina fabricada por el afanoso agricultor [...] [y aunque] es ciertamente satisfactorio que al hacerlo esté ayudando al agricultor [...], mi motivación es la supervivencia, no la filantropía. Dejemos que el presidente libere a los esclavos bajo el mismo principio y digámoslo de tal manera que las masas de nuestro pueblo puedan entenderlo fácilmente».

[15] Fue ratificada por las asambleas de los estados de la Unión a lo largo del año 1865. Entró definitivamente en vigor el 6 de diciembre de ese año.

17. ANDREW JOHNSON: EL SASTRE HOSTIL DE LA RECONSTRUCCIÓN



29 de diciembre de 1808, Raleigh, Carolina del Norte - 31 de julio de 1875, Carter’s Station, Tennessee.
Presidencia: 1865-1869.
Partido: Demócrata.
Matrimonio: Eliza McCardle. Tuvieron cinco hijos.
Formación: no tuvo formación universitaria.
Profesión: sastre.

RECONSTRUCCIÓN

Durante los cuatro años escasos que permaneció en la Casa Blanca le llovieron las críticas. En una misma frase, el senador republicano Summer le llamó insolente, bebedor, bruto y Calígula. Era un sureño en el Norte; un demócrata en una Administración republicana. Fue fiel a Lincoln, mantuvo su gabinete y se ciñó a su programa. Para los republicanos radicales no fue exactamente así, sino que utilizó el programa como excusa para frenar las reformas que permitieran la inclusión de los negros en la sociedad y desacelerar la Reconstrucción. Había comenzado un tiempo nuevo y él no comprendió nada. En el fondo, daba igual lo que hiciera, lo peor de Andrew Johnson es que no era Abraham Lincoln. La sombra del tío Abe planeó sobre la Casa Blanca al menos hasta la llegada de Grant. En manos de Johnson había caído el todavía frágil legado de Lincoln. Tenía que gestionar la Reconstrucción y coser a la Unión a los estados rebeldes con el menor coste emocional posible, sin rozar las fibras sensibles. La misión era muy compleja, pues parecía inevitable hurgar en la herida del Sur.

Su punto de partida fue considerar que los estados confederados nunca habían abandonado la Unión porque esta es perpetua e indisoluble. Por tanto, se trataba de devolverles su estatus legal anterior a la secesión sin represalias de ningún tipo. Primeramente, y siguiendo el plan de Lincoln, Johnson nombró un gobernador por estado, encargado de convocar una convención constitucional en cada uno de los territorios. Todas las constituciones debían ser revisadas para adaptarlas a la Decimotercera Enmienda. A su vez, todos los estados tenían que aprobarla para ser readmitidos. Aunque Johnson no era partidario de que fuera una condición sine qua non, tenía la esperanza de que incorporarían en sus textos

el derecho al sufragio de los negros alfabetizados para calmar al ala radical de su gabinete. De algún modo, existía el riesgo de volver a encallar. El Norte condonaría las deudas de los estados rebeldes. Las asumiría el gobierno federal, que restauraría los derechos de los ciudadanos del Sur si le juraban lealtad. Por su parte, los estados reincorporados a la Unión enviarían sus propios representantes al Congreso en cuanto normalizaran sus procesos políticos.

La concesión del sufragio a los negros alfabetizados eran palabras mayores. No estaba en el programa republicano. De hecho, los congresistas que defendieron la emancipación negaron entonces que inmediatamente reconocerían el sufragio. Por su parte, los irreductibles y republicanos radicales Thaddeus Stevens, en la Cámara, y Charles Summer, en el Senado, se mostraron dispuestos a penalizar al Sur a poco que amagaran con no seguir el programa avanzado de la Reconstrucción. Los confederados perdieron la guerra y no había lugar a negociación alguna ni contemplaciones. Los republicanos radicales vieron la oportunidad de acelerar su propia agenda. Y fueron exigentes con Johnson. Se hicieron eco de la caricatura del dibujante Thomas Nast y le presentaron como «King Andy I» (El rey Andy I) por su estatismo y despotismo.

Al nuevo presidente no le ayudaban sus toscas formas, su escasa formación, su carácter reservado e incluso su soberbia. Otra parodia le mostraba con la figura de un loro que no paraba de repetir: «Constitución, Constitución, Constitución», como en su momento hizo su admirado Jackson para combatir el desafío de Carolina del Sur. Su reverencial defensa de la Constitución no era más que un parapeto tras el que ocultar que realmente pensaba que los negros eran inferiores a los blancos. Como buen sureño de extracción humilde, su sueño era ser plantador, y lo había conseguido: antes de llegar a la presidencia era propietario de esclavos. Sus políticas siempre generaron desconfianza entre los republicanos más combativos.

Por su parte, en respuesta a las políticas emancipadoras, y para mantener la exclusión, los estados del sólido Sur aprobaron los *Black Codes* (Códigos Negros).[1] Así comenzó la nueva lucha por los derechos civiles que duró el siglo siguiente y cuyas consecuencias se extendieron otro medio siglo más. Los republicanos impulsaron la Decimocuarta Enmienda —en vías de ratificación por los estados después de que el Congreso aprobase, en 1866, la Ley de Derechos Civiles— que otorgaba los mismos derechos de ciudadanía a los

negros que a los blancos, incluido el del voto, reconocido específicamente ya durante la presidencia de Grant, en la Decimoquinta Enmienda.

Entonces Johnson —que como gobernador militar de Tennessee abolió la esclavitud en su estado— cometió un grave error y dejó al descubierto su debilidad o sus verdaderas intenciones. Su programa para la Reconstrucción era mucho más comedido —y lento— que el de los radicales. Él decía, y en parte con razón, que era el mismo que el de Lincoln —databa de 1863—, y se basaba en priorizar la Reconstrucción sobre la regulación de los derechos de los antiguos esclavos. Por tanto, no es que fuera contrario a la Reconstrucción, sino que para él, se limitaba exclusivamente a la readmisión de los estados rebeldes, nada más. Introdujo 29 vetos a la Ley de Derechos Civiles, de los cuales 15 fueron desestimados. La ley salió adelante, acompañada de otras cuantas medidas. Por ejemplo, la Ley de Ayuda a los Libertos (Freedmen's Bureau Act), de 1866, vigente hasta 1872, que mantuvo las funciones de la Oficina de Refugiados, Libertos y Tierras Abandonadas, que se ocupaba de la asistencia y provisión de escolarización, servicios médicos, propiedad y trabajo a los esclavos liberados. Además de la oposición que despertó en el Sur, la ley no contó con fondos suficientes.

Por otro lado, la Ley de Sufragio para el Distrito de Columbia, de 1867; y, finalmente, cuatro Leyes de Reconstrucción, aprobadas entre 1867 y 1868. Diez estados del Sur se dividieron en cinco distritos militares, al frente de los cuales se situó a un general, cabeza de un gobierno civil controlado por el Congreso para gestionar la reincorporación. El Congreso concedió el voto a los negros. Al mismo tiempo, algunos blancos fueron desposeídos de derechos civiles: para ser representantes de su estado debían firmar un «juramento blindado», declarando que nunca colaboraron voluntariamente con la Confederación. Finalmente, se impuso la tesis del Congreso y los estados rebeldes serían admitidos en la Unión si ratificaban la Decimocuarta Enmienda y reconocían en sus constituciones el derecho al sufragio de los negros.

El Sur no parecía dispuesto a tales concesiones. No obstante, su ejército se había disuelto. Las tropas federales se encargaban de mantener el orden. Los oficiales y funcionarios del Norte eran conocidos despectivamente como «los invasores». Atraídos por las oportunidades del Sur, decidieron instalarse y tatar de mover los hilos desde su privilegiada posición: controlaron empresas de la

construcción del ferrocarril y emplearon a negros en los campos. Algunos se quedaron con propiedades que habían sido abandonadas o fueron confiscadas en aplicación de la Ley de Expropiación de 1862.[2] Por el contrario, a otros se les conocía como «aventureros»: viajaban ligeros de equipaje, no pensaban quedarse, trabajaban temporalmente en las oficinas de ayuda y su misión era luchar por los derechos de los negros, enseñarles a leer y escribir o cuidar de los niños. Los blancos del Sur que se atuvieron sin rechistar a las normas o incluso contribuyeron a fundar el Partido Republicano en los estados rebeldes eran *scalawags*: canallas, malvados sin principios. En 1866, en Tennessee, antiguos oficiales confederados crearon el Ku-Kux-Klan, una organización terrorista supremacista blanca de oposición a las políticas de la Reconstrucción. El Congreso legisló contra ella en 1871. También en 1866, el 30 de julio, la concesión del derecho de voto a los libertos provocó una revuelta en Nueva Orleans. Murieron 48 personas de ambos bandos. Muchas voces autorizadas se preguntaban con pesimismo si realmente el Sur podía cambiar sus usos, costumbres, leyes y estilo de vida. La esclavitud era una institución demasiado arraigada en la sociedad.

IMPEACHMENT

El propio Johnson aseguró en 1856, cuando ganó su asiento en el Senado, que había llegado a la cima de su ambición política. Ignoraba que las circunstancias le ubicaron en el entorno de Lincoln, que necesitaba un sureño leal a la Unión para ganar el apoyo de quienes lo consideraban demasiado hostil al Sur, de los estados frontera y de los demócratas del Norte. En suma, le era muy útil para emprender la Reconstrucción.

En 1861, fue el único congresista de un estado rebelde que se opuso a la secesión. Desde entonces, en Tennessee se le consideró un traidor. No importaba ya que hubiese dicho en el Senado que la «perpetuación de la esclavitud era esencial para mantener la Unión». Regresó a su estado en 1862 como gobernador militar. Su servicio al presidente le catapultó en la Convención republicana de 1864. Formó *ticket* con Lincoln pero se mantuvo, mientras el destino lo permitió, en un discreto segundo plano. Es más, algunos apostaban a

que no duraría mucho en la vicepresidencia, pues su afición a la bebida acabaría con su carrera. El asesinato de Lincoln le presentó en bandeja la posibilidad de acelerar las medidas de Reconstrucción. Por miedo a las represalias, el Sur estuvo durante un tiempo receptivo. Johnson esperó. Y los republicanos se cargaron de razones para dudar de su disposición.

Huérfano de padre desde los tres años, creció en la más absoluta pobreza. A los nueve entró junto a su hermano como aprendiz en una sastrería, aunque realmente trabajaron como sirvientes a cambio de comida y ropa. Los Johnson aguantaron seis años. Incumplieron el contrato y su patrón los denunció. Primero, el joven Andrew se refugió en un pueblo próximo, a unas 75 millas de Raleigh. Luego, al cabo del tiempo se instaló con su familia en Greenville, Tennessee. A los 17 años abrió su propia sastrería. No acudió ni un solo día de su vida a la escuela. Se casó con Eliza McCardle que durante diez años le enseñó a leer y escribir.

Su trayectoria marcó su relación con el Partido Republicano. Siempre fue visto, a pesar de haberse repuesto a todo tipo de adversidades, como un perdedor. En el fondo era un demócrata defensor de la esclavitud, la Ley del Esclavo Fugitivo y la supremacía blanca. De hecho, en la elección de 1860 apoyó a Breckindridge. El 29 de mayo de 1865, a las seis semanas de llegar a la Casa Blanca, firmó la primera amnistía de ciudadanos confederados. Algunos ganaron después escaño en las elecciones de sus respectivos estados.

En diciembre sufrió el primer revés en el Congreso: el secretario de la Cámara, el incómodo Stevens, se negó a llamar a votación a los representantes del Sur. Johnson podía haber buscado el apoyo de los moderados, tanto republicanos como demócratas, para sacar adelante los planes de Reconstrucción. La facción republicana radical era todavía minoritaria. Pero se puso en frente de ella con demasiada vehemencia: vetó los fondos a la Oficina de Ayuda a los libertos y la mayoría de las leyes sobre derechos civiles para los antiguos esclavos. Después, en junio de 1866, vetó la Decimocuarta Enmienda. Pensaba que la reforma constitucional debía esperar a la reincorporación de todos los estados.

Entre tanto se fue a hacer campaña al Oeste. Culpó a los radicales abolicionistas de los disturbios en Nueva Orleans y se granjeó la enemistad de algunos moderados. Los radicales pasaron al ataque, ganaron la mayoría en las

elecciones parciales de noviembre y buscaron limitar el poder del presidente. Lo hicieron, por ejemplo, con la Tenure of Office Act, que obligaba a Johnson a solicitar permiso del Senado para destituir a un funcionario u oficial. El Congreso aprobó la Primera de las Leyes de Reconstrucción y los intentos de veto de Johnson no tuvieron efecto. El presidente movió ficha, destituyó al secretario de Guerra, Edwin Stanton, y nombró a Ulysses Grant. Estamos en agosto de 1867. Johnson se estaba cociendo en su propia salsa. Ese año, gracias a las gestiones —o a la locura, dijeron muchos— del secretario de Estado, William Seward, apartado de la política interna, Estados Unidos le compró a Rusia ese «inmenso pedazo de hielo» llamado Alaska por 7,2 millones de dólares.

La Reconstrucción no avanzaba o lo hacía a trompicones. A juicio de los republicanos, Johnson se dedicaba a poner palos en las ruedas. Así que el Congreso votó a principios de año iniciar el proceso de *impeachment* contra el presidente. Le tocaba al Comité Jurídico de la Cámara de Representantes acumular pruebas para probar sus «delitos políticos». El *impeachment* es un proceso de censura de cargos públicos, incluido el presidente. El juicio político se resuelve de dos maneras: la absolución o la inhabilitación para el ejercicio de sus funciones. El procedimiento está contemplado en el artículo 1 de la Constitución.

Johnson solicitó 40 días para preparar su defensa. El Senado le concedió diez. El abolicionista Chase presidió las sesiones. La mayoría de los 11 cargos contra Johnson eran por obstruccionismo e incumplimiento de la Tenure of Office Act. El 16 de mayo, el Senado votó uno de los cargos y aprobó la revocación del presidente por 35 a 19, la mayoría necesaria de dos tercios se alcanzó por un solo voto. Las semanas siguientes fueron un calvario para Johnson, a pesar de que solo se votaron dos cargos más. Siete senadores republicanos se plantaron ante su partido. Creyeron que ya había sido suficiente y se alinearon con los demócratas para frenar el *impeachment*. Finalmente, en diciembre, el Congreso votó en contra de la destitución. El daño ya estaba hecho. Johnson quedó de facto inhabilitado para presentarse a la reelección. En marzo del año siguiente no asistió a la toma de posesión de Grant.

Se retiró a su casa de Greenville. El estado que le acusó de traidor ahora le recibía con honores y como un patriota. Lo consideraba una víctima del

insaciable Partido Republicano. Quiso retornar a Washington pero perdió las elecciones al Senado de 1871 y a la Cámara en 1872. Por fin lo consiguió en 1875. Volvía a ser senador de los Estados Unidos. Murió a los pocos meses, el 31 de julio de ese año. Su epitafio dice: «Nunca vaciló de su fe en el pueblo». El problema es que cuando presidió la nación todavía había *dos* pueblos. Lincoln y Davis le elogiaron en los mismos términos, aunque este último esperó a 1865: le consideraban un hombre de convicciones, forjado a sí mismo e indiferente a la riqueza. Hoy, su bagaje es haber sido el primer presidente de la Historia sometido a *impeachment*. Y si no fuera por Clinton, todavía sería el único.

[1] Los negros no podían votar, participar en jurados, testificar contra blancos y acceder a los trabajos en igualdad de condiciones que los blancos. Los Códigos Negros prohibían también los matrimonios interraciales. A los exesclavos se les reservaba el trabajo doméstico y en el campo. Se les prohibía comprar tierra, arrendarla o incluso vivir en pueblos y ciudades sin el consentimiento del empleador. Los primeros Códigos Negros se aprobaron en Misisipi y Carolina del Sur a finales de 1865. A los trabajadores negros que dejaban su empleo se les requisaban sus salarios anteriores. A los desempleados se les aplicaba la Ley de Vagabundeo. Como recuerda Aurora Bosch, en todo el Sur rigieron Leyes de Aprendizaje, que obligaron a los menores a trabajar sin paga y permitían a los jueces entregar a hacendados a niños huérfanos o pobres.

[2] La historiadora Aurora Bosch cuenta, a propósito de la recuperación, en 1861, de las Sea Islands, que abarcan la costa del norte de Florida, toda Georgia y gran parte de Carolina del Sur, que el Ejército federal liberó a «10.000 esclavos acostumbrados a organizar su trabajo. Estos saquearon las casas de sus plantadores, quemaron las desmotadoras de algodón y comenzaron a plantar maíz y patatas para su supervivencia. Estaba claro que para ellos el significado inmediato de la libertad no era cultivar algodón, sino poseer sus propias tierras y permanecer independientes del mercado; aunque a la larga muchas de estas tierras cayeron en manos de especuladores y oficiales del Norte, interesados en la producción de algodón y en sustituir la esclavitud por el trabajo asalariado».

18. ULYSSES S. GRANT: EL GANADOR DE BATALLAS



27 de abril de 1822, Clermont County, Ohio - 23 de julio de 1885, Mount McGregor, Nueva York.
Presidencia: 1869-1877.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Julia Boggs Dent. Tuvieron cuatro hijos.
Formación: no fue a la Universidad. Formación militar en West Point.
Profesión: militar.

PRECURSOR DE LA GUERRA TOTAL

Europa estaba escandalizada con la guerra que se libraba al otro lado del Atlántico. El conflicto tenía tres peculiaridades: ocurrió en el país de la prosperidad, se emplearon las técnicas bélicas más avanzadas del momento y fue tan encarnizado que daba la sensación de que concluiría únicamente en el momento en que un bando aniquilara por completo al enemigo. Fue la Gran Guerra Americana, o la guerra de las diez mil batallas. El diario francés *Le Figaro* publicó: «Estos americanos están combatiendo como los gatos de Kilkenny [en referencia a una popular historia del momento que narraba la despiadada lucha entre dos felinos hasta que al final solo quedaron sus colas]. Los dos ejércitos se encuentran, combaten y se masacran el uno al otro con una ferocidad extrema. Entonces retroceden y se reorganizan para otra matanza. Sin duda, la guerra solo acabará cuando el último hombre haya muerto». El Ejército de la Unión reclutó a 2,2 millones de soldados; el confederado, algo menos de la mitad. Al finalizar la contienda tenía muchos más desertores que combatientes.

Según el experto militar norteamericano Peter Cozzens: «Si la guerra se prolongó tanto tiempo fue fundamentalmente como consecuencia de la falta de coordinación o simultaneidad de las ofensivas de la Unión. Hasta que Ulysses S. Grant fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas del Norte, los ejércitos federales actuaban en gran medida de forma independiente [...]. Cuando Grant ordenó, en mayo de 1864, el avance simultáneo de todos los ejércitos de la Unión, los confederados se vieron obligados a extender demasiado sus fuerzas para tratar de cubrir todos los frentes, e incluso así el baño de sangre aún se prolongaría durante once meses más».

Hasta ese momento, la estrategia del Norte pasaba por defender Washington,

bloquear a la Confederación por mar, agotar sus recursos y esperar a que quisiera negociar su reincorporación a la Unión. Sin embargo, desde hacía tiempo, concretamente desde la derrota de Bull Run, Grant ya decía a quien le quisiera escuchar —que, dados sus antecedentes, eran muy pocos entonces— que había que luchar sin esperar a gozar de mejor preparación, sin pausa y sin contemplaciones. A su juicio, los dos ejércitos carecían de experiencia, pero el de la Unión tenía más efectivos y superioridad técnica. Además, no había que propiciar el progresivo desgaste del Ejército confederado, sino obligarle a la rendición. Grant aplicó sus ideas sobre la guerra total en sus primeras misiones en Misuri y así obtuvo sus primeras victorias.

En suma, Grant cambió el curso de la contienda que le cubrió de gloria, pero no tanto por ser un consumado estratega, que también —al comienzo de la guerra contra México tenía una biblioteca militar y cartográfica mejor que la del Ejército—, sino por su arrojo y osadía. Cuando Lincoln lo nombró general en jefe en marzo de 1864, cargo específicamente creado para él, «resolvió a la vez el problema de disponer de asesoramiento estratégico de primera calidad y el de tener mejores oportunidades de vencer en las batallas. Grant era un estratega absolutamente lúcido y al mismo tiempo un denodado ganador de batallas», sostiene John Keegan. Con su determinación convenció al presidente de que se podía ganar la guerra. «No puedo prescindir de este hombre, él sabe pelear», espetó Lincoln a los críticos con el general, que se le echaron encima al perder su primera batalla y por su obstinación en no retirarse.[1]

Entró en la Academia Militar de West Point[2] en 1839 gracias a una beca concedida por un congresista. Su padre gestionó la recomendación. A Grant le daba pánico no superar las pruebas y prefería la vida en la granja. Entró a regañadientes y decantándose por formar parte del cuerpo de Caballería. Realmente se le daba muy bien la equitación. Sin embargo, abominaba de las materias de pupitre y cometió unas cuantas faltas de indisciplina que le relegaron finalmente a Infantería. «De haber funcionado con todo su vigor el sistema de West Point, Grant no hubiera sobrevivido» en la academia, subraya Keegan. Se graduó en 1843. Ocupó el puesto 21 de los 39 alumnos de su promoción. No se veía haciendo carrera militar y no se tomó en serio su formación. No estudiaba, pero sacaba adelante los cursos. Era brillante pero desapegado.

Como la mayoría de los oficiales de ambos bandos, luchó en la guerra contra

México, a la que criticó y consideró «infame». Lo hizo precisamente a las órdenes de Robert E. Lee, su gran adversario en la Guerra de Secesión. Regresó como capitán, pero de nuevo la indisciplina frenó su carrera. Le aburría la vida castrense en tiempos de paz y echaba de menos a su mujer. Se hallaba en un puesto en California. En 1854 abandonó la casaca azul y retornó a sus propiedades para probar fortuna como granjero. Unas cuantas malas cosechas —había adquirido propiedades en un lugar con el desaconsejable nombre de Hardscrabble, «Escarbaduro»— y el comienzo de la Guerra de Secesión le devolvieron a los cuarteles. Antes tuvo que emplearse en la curtiduría de su padre.

Lincoln sabía que podía contar con él. Y Grant no rehuía el cuerpo a cuerpo. Comandó el 21 Regimiento de Voluntarios de Illinois. En su primera misión, su rival había huido. Aprendió que el miedo determina el devenir de una guerra. En febrero de 1862 tomó los fuertes Henry y Donelson, que consideraba de suma importancia estratégica. Generó un estado de euforia y un efecto dominó que propició algunas victorias unionistas más en Kentucky y Arkansas. En abril venció en la batalla de Shiloh (Tennessee)[3] aunque el coste en recursos y vidas le generó muchos reproches; tantos, que fue relevado del mando. Su superior, el general Henry Halleck, todavía no compartía la tesis de luchar hasta el último aliento. Las distintas posiciones en el campo de batalla se trasladaron al plano político: los demócratas del Norte buscaban una salida negociada; los republicanos radicales apostaron por la estrategia de Grant.

En 1869, cuando el general alcanzó la presidencia, asumió el programa radical de reconstrucción frente al moderado que dijo defender Johnson. Como argumenta la historiadora Aurora Bosch, el Decreto de Emancipación —propuesto el 22 de septiembre de 1862 y aprobado por el Congreso el 1 de enero de 1863— dotó a la guerra de un plus revolucionario, de modo que ya solo cabía la propuesta bélica de Grant. Y como señala McPherson, hasta Halleck tuvo que asumir las nuevas circunstancias. Le escribió a Grant en estos términos: «No hay ahora ninguna esperanza posible de reconciliación [...]. Debemos vencer a los rebeldes o ser vencidos por ellos [...]. Todo esclavo que se libere del enemigo equivale a un blanco puesto *hors de combat* (fuera de combate)». En definitiva, la estrategia de guerra total coincide con el proyecto emancipador: El Norte «solo podía firmar la paz y dejar de luchar si lograba el doble objetivo de

mantener la Unión y abolir la esclavitud», sostiene Bosch.

Levantado el castigo, en el verano de 1862 Grant ya estaba al mando de las fuerzas de Tennessee. Con él en el Oeste, la guerra había dejado de dirigirse exclusivamente a través de la línea Washington-Richmond. Se decidiría también en otros frentes. El 2 de agosto la orden de Halleck fue taxativa, y tenía mucho que ver con las medidas que paralelamente estaba adoptando el Congreso: Ha «de coger a todos los simpatizantes activos [de los rebeldes] y retenerlos como prisioneros o ponerlos más allá de nuestras líneas. Trate a esa gente sin guantes y tome sus propiedades para uso público [...]. Es hora de que empiecen a notar la presencia de la guerra».

Grant ascendió a mayor general tras su victoria en Vicksburg, en julio de 1863, y Chattanooga, cuatro meses después.[4] Su lema en combate era: «Ni un paso atrás». Ese año le escribió al general George Meade, al mando del Ejército del Potomac: «Vuestro objetivo será el Ejército de Lee. Dondequiera que Lee vaya, allá irá usted». Órdenes como esta habían dado un giro a la contienda, que dejó de ser una sucesión de batallas. A pesar de todo, Grant permitió libertad de movimientos a Meade. Hizo lo mismo en política. Diseñaba la estrategia y dejaba hacer a su gabinete, cosa que le perdió.

En 1864, unos días antes de ser nombrado general en jefe, Lincoln lo mandó llamar a Washington. Viajó desde Tennessee. Se hospedó en el hotel Willard’s. El presidente lo invitó a una recepción en la Casa Blanca el día 8 de marzo. Una vez allí notó el calor de las miradas del resto de los invitados. Tras la campaña de Vicksburg su popularidad había aumentado notablemente. «Usted es el general Grant, ¿verdad?», le preguntó Lincoln. Esa noche le comunicó el nombramiento.

UN HOMBRE ÍNTEGRO, UNA ADMINISTRACIÓN CORRUPTA

El 8 de abril de 1865 Lee escribió a Grant. El ejército sureño estaba exhausto y sin provisiones y el general confederado solicitó ver al general en jefe de la Unión. Durante la primera semana del mes, Grant había asestado duros golpes militares a su adversario. El día 3 Lincoln y Grant conversaron serenamente durante una hora y media en Petersburg. Realmente, el presidente hablaba; el

general prefería escuchar. Lincoln era consciente de todo lo que la Unión debía a «su hombre». Al día siguiente cayó Richmond. Antes de su huida, las tropas confederadas destruyeron las reservas de whisky e incendiaron las de tabaco —Lincoln las quería para revitalizar el comercio con Inglaterra—. El fuego se propagó y ardió toda la ciudad. El jueves 6 tuvo lugar la última batalla de la guerra en Sayler's Creek. El viernes, Grant telegrafió a Lincoln: «Si presionamos, creo que Lee capitulará». La respuesta no se hizo esperar: «Presionemos».

Lee no pensaba rendirse, sino negociar la paz. Grant no se mostró implacable. Sabía que la guerra estaba ganada y en cierto modo admiraba a Lee, a pesar de que este, en su día, le recriminó a voces su desaliñado aspecto tras regresar de una batida contra México. Habían pasado casi veinte años. Grant era un militar de férreos principios que quería ser granjero; pocos años después se convirtió en un político que guardó la cortesía y la disciplina de los más honorables combatientes. Solo sentía cierta aversión hacia Jefferson Davis. Quizás por ello llamó a su caballo *Jeff Davis*. Grant no insistió en exigir una rendición incondicional, pero no confirmó la reunión porque no estaba autorizado a negociar la paz. Lee acudió a la cita propuesta, Grant se quedó en su cuartel general, en la granja de Curdsville.

Sin embargo, el general unionista decidió, a pesar de sentirse mal esa noche, cabalgar a la mañana siguiente hasta Appomattox y encontrarse con Lee. Había cambiado de opinión para evitar un último derramamiento de sangre. Ambos se encontraron el día 9 de abril en la casa de Wilmer McLean, un próspero tendero de Virginia. «Nos vimos una vez, general Lee [...]. Siempre he recordado su aspecto, y creo que lo hubiera reconocido en cualquier parte». El general confederado, que bien pudo haber elegido estar en el lugar de Grant, mantuvo la distancia del superior y su aire de distinción: «Sí, sé que nos vimos en aquella ocasión, y a menudo he pensado en ello, he intentado recordar su apariencia, pero nunca he podido recordar ni un solo rasgo».

El encuentro se saldó con la libertad condicional de los rendidos y la incautación de todas las armas y municiones confederadas. Al firmar el acuerdo, Grant añadió una última línea: que las armas y equipaje personal de los oficiales sureños no fuesen requisados. También dio orden de que los soldados pudiesen disponer de sus caballos para levantar sus cultivos. Luego, el Ejército de la

Unión distribuyó 25.000 raciones de comida para los derrotados. La guerra había hecho estragos en los negocios de McLean y no se le ocurrió otra cosa que vender todos los muebles del salón donde se celebró la reunión. Por la mesa de Grant se pagó el doble que por la de Lee. En la cena junto a sus hombres, esa noche no se jactó de la rendición del enemigo. Habló poco, como acostumbraba, y a los dos días partió para Washington. Antes, envió el siguiente mensaje a sus soldados: «La guerra terminó, los rebeldes son una vez más nuestros compatriotas y la mejor muestra de regocijo tras la victoria será abstenernos de toda demostración en este campo». Pasado el tiempo, Lee dijo: «He buscado cuidadosamente en los archivos militares, antiguos y actuales, y no he encontrado talento superior a Grant».

Apenas cuatro años después, Grant perdería gran parte de su merecido prestigio; transcurridos los ocho años de su presidencia, sería recordado como uno de los peores presidentes de la historia americana. De hecho, su carrera política permitió a sus adversarios más recalcitrantes poner el dedo en la llaga de sus excesos como militar. Pese a que su nombre figura entre los escritos con letras doradas en los anales de la contienda, sus críticos aseguran que «su batalla más larga había sido con la botella». Su fama de bebedor le persiguió desde sus prolongadas estancias en el Oeste. Esos mismos críticos insisten: y pese a todo, Grant se empeñó en «dilapidar su capital político acumulado» al derrotar a los confederados presentándose a la Presidencia. Sus habilidades políticas estaban muy lejos de las militares. Fue incapaz de abordar los problemas del país. Gozó de dos mandatos, a cual más desastroso. Sus presidencias se desarrollaron entre la corrupción y la crisis. América volvía a crecer y los aprovechados, arribistas, comisionistas y codiciosos proliferaron como setas. Hasta que la burbuja estalló.

Su elección como candidato republicano fue un camino de rosas. No tenía oposición. La convención se celebró en Chicago y fue nominado por unanimidad en la primera votación. La plataforma republicana aprobó incluir en el programa una curiosa medida: imponer el derecho al sufragio de los negros en el Sur y dejar que los estados del Norte decidieran si reconocerlo o no. Además, propuso un plan radical de reconstrucción y la eliminación de los *greenbacks*, los billetes de la guerra. Al terminar la contienda, la mayoría seguía en circulación. Carecían de valor, pero retirarlos suponía un problema. Grant prefería pagar las deudas de guerra en oro (el 18 de marzo de 1869 el Congreso adoptó la medida).[5] Su

oponente en la elección fue el demócrata de Nueva York Horatio Seymour, que solicitó la amnistía para los rebeldes, libertad para que los estados del Sur decidiesen sobre la concesión del derecho al voto de los libertos y emplear los *greenbacks* para canjear los bonos. Ambos partidos apoyaron que los ciudadanos *naturalizados* gozaran de plenos derechos civiles.

Como siempre, parco en palabras, Grant no hizo campaña. Se limitó a un escueto mensaje: «Déjennos tener paz». Los debates entre los actores secundarios giraron en torno al plan de reconstrucción: ambicioso y radical frente al indulgente y progresivo. Grant cosechó 3 millones de votos; su rival, 2,7. El héroe de la Guerra de Secesión ganó el voto electoral de veintiséis estados; Seymour, ocho (Mississippi, Texas y Virginia no votaron porque todavía no se habían reincorporado a la Unión). Su victoria se cimentó sobre la base de los nuevos 700.000 potenciales votantes negros del Sur, de los cuales se calcula que le votó más de la mitad, frente a los 625.000 blancos.

A pesar de que durante su primer mandato ya estallaron algunos escándalos, Grant no tuvo ninguna dificultad en lograr la reelección. No tuvo oposición en la convención de 1872, celebrada en Filadelfia. Se había metido en el bolsillo a los republicanos radicales, que dominaban la política nacional. Le impelían a continuar con su programa contra la discriminación racial, religiosa y de la mujer. Su adversario en esta ocasión fue un desacreditado Horace Greeley, un viejo conocido de los negocios y el periodismo con un pie en la política que pasó de sostener tesis republicanas a mediados de los cincuenta a liderar la candidatura de coalición entre liberales republicanos y demócratas. Su discurso siempre adoptó un tono populista de defensor de causas perdidas. Sus más enconados críticos le definen como vanidoso, intrigante, impulsivo y vengativo. Greeley fundó el *New Yorker* en 1834 y años después el *New York Tribune*, que dirigió durante treinta años. Apoyó a Grant en 1868, luego creó una candidatura liberal republicana de oposición al presidente junto con el hijo de John Quincy Adams, Francis Adams. El *ticket* y el programa salieron de la convención de Cincinnati: denunciaron la corrupción de la Administración Grant y abogaron por restaurar los derechos de los estados del Sur y por presidencias de un solo mandato. Por su parte, los demócratas no presentaron candidato y decidieron, en su convención de Baltimore, en julio de 1872, apoyar a Greeley pese a que había proclamado que quería que su epitafio dijera que «nunca fui seguidor del Partido

Demócrata y que no viví ni morí debiéndole nada». No obstante, era la única alternativa al modelo de reconstrucción radical.

De nuevo Grant marcó distancias con la campaña, pero esta vez para no enfangarse en los debates sobre la corrupción. Dejó que los miembros de su gabinete se explicaran. Greeley se postuló para abanderar la lucha por la limpieza y la honestidad. Grant mantuvo el voto de los libertos, el liberal del Norte y, sobre todo, el de propietarios, industriales y financieros. Consiguió que su nombre no apareciese manchado por los escándalos y renovó la presidencia. Obtuvo casi 3,6 millones de votos frente a los 2,8 de Greeley, que no recibió ni un solo voto electoral (los que eran previsiblemente suyos se repartieron entre candidatos secundarios) ni apoyo de ningún estado. Había muerto a los pocos días de celebrarse las elecciones. Grant ganó en veintinueve estados.

En septiembre de 1873 quebró la Jay Cooke and Company y se extendió el pánico. Era cuestión de tiempo que sucediera. Grant tuvo cuatro años para atajar los desmanes producidos a la sombra de la reconstrucción y del ferrocarril, pero no lo hizo. Su actitud en política era pasiva, todo lo contrario que como militar. «La presidencia vino a mí, yo no la busqué», había declarado en su primer discurso inaugural. Fue la depresión más profunda de las que habían asolado Estados Unidos hasta la fecha. Además, el incendio que redujo Chicago a cenizas en octubre de 1871 provocó la suspensión de pagos de algunas compañías aseguradoras. La crisis llevó al paro a 3 millones de norteamericanos; 18.000 empresas desparecieron y entre todas perdieron 500 millones de dólares. La Bolsa de Nueva York cerró diez días.

La euforia del ferrocarril había tocado techo y había generado un mercado perverso. Distintos «clanes» empresariales pugnaron por hacerse con las concesiones de obras. Guerras por las licencias de obras, favores, especulación, sobornos, clientelismo y tribunales... Así se escribió la historia de la presidencia de Grant. En 1873 estalló el escándalo del Crédit Mobiler, empresa creada por la Union Pacific para financiar la construcción del ferrocarril del Oeste y desviar fondos para sus constructores y administradores. Los precios de las obras fueron convenientemente inflados y trece congresistas recibieron acciones de la compañía, aunque solo dos fueron repudiados por la Cámara. Union Pacific se situó al borde la quiebra mientras Crédit Mobilier disparaba sus dividendos. El caso salpicó al exvicepresidente y entonces presidente de la Cámara de

Representantes, Schuyler Colfax, y al secretario de Guerra, William W. Belnakp. Jim Fisk, uno de los contratistas implicados, apodado el «barón ladrón», dijo en tono displicente: «Nada se ha perdido, salvo el honor». Había más nombres en torno a la mafia del ferrocarril; por ejemplo, Jay Gould, Daniel Drew y Cornelius Vanderbilt, tres monopolistas que compitieron por varias líneas ferroviarias. El futuro presidente James A. Garfield salió indemne, aunque nunca quedaron claras ni supo explicar sus relaciones con la compañía.

Por si fuera poco, el secretario privado de Grant formaba parte de una trama que recaudaba impuestos de manera ilegal: la camarilla del whisky, que se extendió desde San Luis, Misuri, hasta Chicago y Nueva Orleans y esquilmó a los productores. Grant quiso mostrarse implacable, pero cuando supo que su hombre de confianza estaba en el ajo, reculó. Aun así, 110 defraudadores fueron condenados. Tampoco estaban limpios ni su secretario del Tesoro, William A. Richardson, ni su embajador en Londres, Robert Schneck, ni el ministro para Brasil, que defraudó 100.000 dólares al gobierno del país latinoamericano. La corrupción pasó factura al Partido Republicano, que perdió las elecciones al Congreso de 1874. Un año antes, el Congreso aprobó el Salary Grab (algo así como el «trinque del salario»). No fue idea de Grant, pero tampoco le hizo ascos a la ley que aumentaba un 50 por ciento los honorarios de los congresistas y doblaba el del presidente. Grant fue el primero en cobrar 50.000 dólares anuales. Con todo, lo que puso de uñas a la opinión pública es que los congresistas aplicaran a la medida un carácter retroactivo de dos años.

Entre escándalo y escándalo, las medidas relativas a la reconstrucción pasaron inadvertidas para la opinión pública, aunque no para los negros, que se beneficiaron de ellas: en 1872 disolvió la Oficina de Refugiados, autorizó el uso de la fuerza contra el Ku-Klux-Klan y aprobó una Ley de Derechos Civiles en 1875, que obligaba al gobierno federal a proteger a los negros proveyéndoles de locales de esparcimiento, coberturas estatales, facilidades de acceso a servicios públicos y ventajas en la adquisición de tierras y pozos de agua. El Tribunal Supremo la declaró inconstitucional en 1883.

En el plano exterior —se dice que durante sus mandatos funcionó mucho mejor la diplomacia que el gobierno—, firmó en 1871 el Tratado de Washington, que acordaba someter a arbitrio internacional las causas contra barcos confederados construidos en puertos británicos. Estados Unidos recibió 15,5

millones de dólares. Durante su mandato, el Congreso aprobó la Decimoquinta Enmienda, propuesta el 26 de febrero de 1869 y ratificada el 3 de febrero de 1870: «Ni los Estados Unidos ni ningún estado de la Unión podrán negar o coartar el derecho de los ciudadanos de los Estados Unidos al sufragio por razón de raza, color o condición previa a la servidumbre». Grant se coronaba como el heredero de Lincoln.

Tras abandonar la Casa Blanca, Grant viajó dos años por Europa. Luego visitó Cuba, las Indias Orientales y México. Se retiró a su casa de Galena, Illinois, en 1880. Entró en la nominación para las elecciones presidenciales de ese año, incluso lideró las primeras rondas de votaciones. Finalmente dio su apoyo a James A. Garfield. Se mudó a Nueva York y su nula pericia para los negocios le obligó a pedir prestado dinero al todopoderoso Vanderbilt. La ruina acechó al expresidente. Le ofrecieron vender sus diplomas de guerra. Se negó en redondo. En los últimos años de su vida, escribió sus memorias para alimentar a su familia. La oferta se la hizo su amigo Mark Twain, entonces copropietario de Webster and Company Publishers. El Congreso también le ayudó en los últimos años de su vida. Falleció de cáncer de garganta el 23 de julio de 1885, nada más terminar de escribir.

El futuro presidente Woodrow Wilson dijo de él que era un soldado honesto y un hombre simple que no añadió prestigio a la presidencia. Él mismo supo que había fracasado como político. Consideró la presidencia como una recompensa y no como una responsabilidad. Delegó demasiado y confió más de la cuenta en sus colaboradores. Aunque se vio obligado a nombrar veintiséis miembros de sus gabinetes y a prescindir de veinticinco. Solo seis salieron sin mácula. Y uno destaca por encima de todos: Hamilton Fish, su honrado, culto y modélico secretario de Estado, que le convenció de que debía permanecer neutral en la lucha de los cubanos por su independencia para evitar la guerra contra España. [6]

A pesar de todo, el Partido Republicano le considera un referente: el verdadero artífice de la reconstrucción. No en vano, su formación mantendría la hegemonía política durante la década siguiente, y salvo los mandatos de Cleveland, todos los presidentes fueron republicanos hasta 1913, cuando Wilson accedió a la Casa Blanca. Hasta ese año, solo Theodore Roosevelt renovó mandato. Fueron los historiadores y las elites intelectuales de la primera mitad

del siglo XX los que fabricaron su mala reputación. Allan Nevins escribió que «el hombre de la calle no había elegido a Grant», sino a «una leyenda indestructible, un héroe popular». Morison completa la reprobación: «Bien estaba que Grant hubiese llevado consigo a la presidencia este prestigio imperecedero, porque fuera de él fue poco lo que llevó».

[1] Ya como general en jefe, solo en un solo mes de 1864, perdió 50.000 hombres. En una hora de batalla llegó a perder 6.000. Para unos era un pertinaz suicida; para otros, un aguerrido militar que no estaba dispuesto a eternizar la guerra.

[2] La Academia Militar de los Estados Unidos, creada por Jefferson en 1802, fue la cantera de la Guerra de Secesión: 300 graduados ascendieron durante la contienda a generales en el Ejército de la Unión; 150 en el confederado.

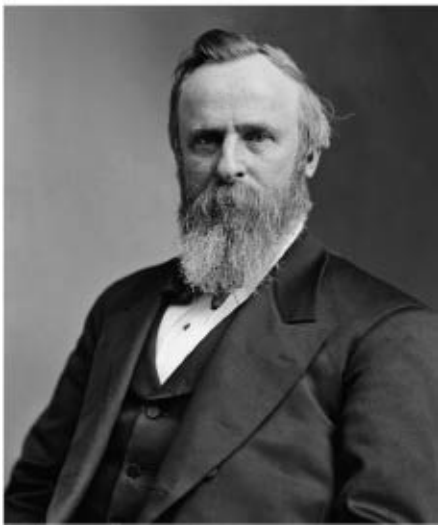
[3] En el enfrentamiento murió el oficial de más alta graduación de las tropas confederadas, Albert Sidney Johnston. Asumió el mando el general Pierre G. Beauregard, que por la noche envió un telegrama a la capital, Richmond, con el siguiente texto: «Después de una dura batalla de 10 horas, gracias al Todopoderoso, [hemos] obtenido una victoria total, expulsando al enemigo de todas sus posiciones». Ignoraba que Grant no se había retirado, solo había retrocedido, obligado por el factor sorpresa del que se valieron los confederados en el amanecer del 6 de abril. Al día siguiente, Grant redujo al enemigo en las inmediaciones de la iglesia que dio nombre a la batalla.

[4] Al mismo tiempo que la toma definitiva de Vicksburg, en Misisipi, el Norte se impuso en Gettysburg, Pensilvania, la batalla más cruenta de la Guerra de Secesión.

[5] El asunto de los *greenbacks* propició el primer caso de corrupción del mandato de Grant. Dos especuladores, Jay Gould y Jim Fisk, cuyos nombres aparecerán de nuevo enseguida, se aprovecharon de las fluctuaciones del valor de esta moneda casi fantasma y jugaron con el precio del oro hasta elevarlo desproporcionadamente y poner a Wall Street en riesgo. El Tesoro se vio obligado a poner más oro en circulación para enfriar la economía. Posteriormente, a las elecciones de 1876 concurrió el minoritario partido obrero de los greenbacks, que exigía dinero barato para pagar las deudas, limitación de la jornada laboral y de la inmigración china.

[6] La rebelión en Cuba estalló en 1868 y se prolongó durante diez largos años. La opinión pública americana se puso del lado de los cubanos, mucho más porque el levantamiento representaba la lucha contra la esclavitud. De todos modos, no todos los cubanos compartían los mismos objetivos: se debatían entre la independencia, la anexión a Estados Unidos y la inclusión como provincia española. En 1873, Estados Unidos y España estuvieron a punto de chocar a cuenta del buque *Virginius*, que, con bandera norteamericana, transportaba armas para los insurgentes de la isla. Tras ser capturado, cincuenta y tres marinos, incluidos ocho de nacionalidad americana, fueron ejecutados por piratería. España desaprobó la acción y pagó una indemnización al gobierno federal; por otra parte, la nave no tenía la documentación en regla, de modo que no estaba autorizada a izar la bandera del país y, en consecuencia, actuó como un barco pirata. La tensión entre los dos países decreció.

19. RUTHERFORD B. HAYES: LA PRESIDENCIA BASTARDA



4 de octubre de 1822, Delaware, Ohio - 17 de enero de 1893, Fremont, Ohio.
Presidencia: 1877-1881.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Lucy Ware Webb. Tuvieron cinco hijos.
Formación: Kenyon College (Ohio) y Harvard Law School (Massachusetts).
Profesión: abogado.

FRAUDE ELECTORAL

El gobernador de Nueva York, el demócrata de toda la vida Samuel J. Tilden, se fue a dormir la noche electoral del 7 de noviembre de 1876 convencido de que sería el nuevo inquilino de la Casa Blanca. Lo mismo publicaron algunos periódicos. Había derrotado a su adversario, el republicano Rutherford B. Hayes, por algo más de 200.000 votos de diferencia. El propio Hayes reconoció que había perdido el voto popular. Tilden obtuvo 4.284.757 sufragios, el 51 por ciento; Hayes, 4.033.950, el 48. Tilden era un *barnburner*, un radical demócrata que conocía muy bien la política por dentro. Había trabajado desde muy joven con Andrew Jackson y Van Buren, con quien luego emigró a las filas del abolicionista Free Soil. Su campaña se centró en denunciar la corrupción del gabinete de Grant y la «rapacidad de las tiranías de los maletines».

Con apenas veinte años, en 1824, vio como Jackson, a pesar de sumar más papeletas que John Quincy Adams, se quedaba sin la presidencia, pues al no conseguir la mayoría absoluta de votos del Colegio, la elección recayó en la Cámara de Representantes. Si algunos de los miembros del Colegio Electoral se abstenían, el suyo solo podía ser un caso similar, ya que en 1876 solo concurrieron dos candidatos. No fue así, sino mucho peor. Sucedió un hecho hasta el momento insólito en la historia electoral americana, que puso en evidencia todos los males y desviaciones del sistema desde el final de la Guerra Civil: no hubo acuerdo sobre los resultados en varios estados. Desde que se cerraron las urnas y se recontaron los votos, el aparato republicano construido en el Sur se puso en marcha para detectar irregularidades en varios distritos.

La campaña ya presagiaba los términos en los que se iba a resolver la elección: demócratas y republicanos airearon los trapos sucios del adversario.

Los partidarios de Hayes señalaron a William M. Tweed, el *boss* del Partido Demócrata de Nueva York, el heredero del Tammany Hall, la máquina de fabricar apoyos electorales diseñada por Van Buren. El Tweed Ring (el círculo Tweed) no reparaba en gastos para afianzar relaciones clientelares y proteger a empresarios corruptos. Sus fechorías habían costado a Nueva York 100 millones de dólares. En su cruzada contra la corrupción, Tilden quería salir inmaculado: se libró de Tweed y se deshizo la cuadrilla. Además, el Partido Demócrata, que tenía mayoría en el Congreso, jugó una última baza: incorporar a Colorado a la Unión. Pensaba con ello sumar un estado más a su causa, pero la operación no salió bien. Los tres electores de Colorado votaron por Hayes. Realmente, los dos candidatos se desenvolvieron torpemente en campaña. Por su parte, los republicanos atacaron a sus adversarios donde más les dolía: «No todos los demócratas fueron rebeldes, pero sí todos los rebeldes fueron demócratas», decía su eslogan.

El Partido Republicano denunció los resultados en Carolina del Sur, Luisiana y Florida, además de un voto electoral en Oregón. Aquí se había impuesto Hayes, pero uno de los tres electores del Colegio fue sospechosamente inhabilitado y el gobernador, a la sazón demócrata, lo sustituyó por uno de su partido. Sin contar estos tres estados ni el elector de Oregón, Tilden ganaba a Hayes en votos electorales por 184 a 166. Apenas un voto le separaba de la Casa Blanca.

El resultado final fue de 185 a 184 a favor de Hayes. El nuevo recuento en los estados «confusos», precisamente aquellos que fueron rebeldes y que todavía estaban bajo «control» militar y administrativo republicano, favoreció a Hayes en Carolina del Sur. En los otros dos estados no hubo resultados oficiales: si el Senado contaba los votos, la mayoría republicana daría la presidencia a Hayes; si lo hacía la Casa de Representantes sería al revés. En Oregón el Colegio envió también dos recuentos distintos al Congreso, uno demócrata y otro republicano. La solución fue propuesta por el futuro presidente James A. Garfield, quien, en una inteligentísima carta a Hayes, le comunicó: «Los hombres de negocios demócratas [...] tienen más necesidad de tranquilidad que de Tilden y los viejos whigs no quieren más guerras». Le sugería, por tanto, que se mostrara generoso con el Sur para que el Congreso se mostrara a su vez generoso con él.

Una comisión de quince congresistas resolvió la cuestión. La comisión estaba

compuesta por cinco senadores (tres republicanos y dos demócratas); cinco representantes (tres demócratas y dos republicanos); y cinco jueces del Tribunal Supremo: dos propuestos por cada partido y uno por los otros cuatro. Este quinto era Joseph P. Bradley, nombrado por Grant. En febrero de 1877 la comisión decidió sobre los votos del Colegio en disputa y otorgó la presidencia a Hayes por ocho votos contra siete. Todos coincidían. Prensa, opinión pública y congresistas sabían que los comicios se habían resuelto de forma tramposa y que la corrupción había infectado —y finalmente adulterado— lo sacrosanto del sistema: el voto popular. Hayes fue nombrado «Su [excelentísima] fraudulencia».

Los senadores demócratas dilataron el recuento en el Senado para llegar a marzo, al día de la despedida de Grant, sin presidente electo. Fue una pataleta sin efecto. No obstante, en el Sur la cosa estuvo a punto de ir a mayores: se produjo un amago de rebelión que pudo desatar una ola de violencia.[1] Tilden la contuvo. Proclamó que se retiraba de la vida pública con «la conciencia de haber recibido de la posteridad el crédito y el regalo de ser elegido por la más alta instancia, el pueblo de Norteamérica, sin las obligaciones y responsabilidades del cargo». Por su parte, Hayes trató de apaciguar los ánimos proponiendo el Compromiso de 1877, según el cual acometería la última fase de la reconstrucción, que incluía también la retirada definitiva del Ejército federal, de los funcionarios yanquis y de los *carpetbaggers*, a quienes se acusaba de haber iniciado las maniobras para revertir el recuento electoral, de los estados del Sur. Igualmente incluyó a un demócrata en su gabinete, que pobló de independientes. En su discurso inaugural prometió «borrar» para siempre «la línea de color que separaba el Norte del Sur, para que por fin podamos tener no solo un Norte unido frente a un Sur unido, sino un país unido». Sin embargo, dijera lo que dijera, iniciaba su mandato con un elevado e irreversible déficit de legitimidad.

El precio que pagó el país por su presidencia fue que dejó a los antiguos estados esclavistas que restauraran, de otro modo, la supremacía blanca. El «viejo Sur» completó su propia reconstrucción en cuanto se libró de la incómoda presencia de los radicales abolicionistas que se habían instalado en sus territorios. Los negros habían dejado de ser esclavos. Teóricamente podían ser propietarios, aunque en la práctica eran jornaleros que trabajaban de sol a sol. No podían ser privados de libertad ni movilidad, pero sus recursos fueron

escasos y su integración en la sociedad blanca, inviable. Se les concedió la ciudadanía y el sufragio; sin embargo sus derechos fueron violados continuamente. En 1878, el Tribunal Supremo permitió la segregación y finalmente, en 1883, echó abajo la Ley de Derechos Civiles de 1875. La Corte argumentó que la discriminación positiva que supuso la reconstrucción había llegado a su término. A partir de ese momento, ya no había «favoritos» de las leyes. Insistía además en que la Administración no podía obligar a los propietarios de establecimientos a permitir la entrada de determinadas personas. Fue la paradoja de un abolicionista: finalizó la reconstrucción porque sacó las últimas tropas federales del Sur, pero el partido de Lincoln entregó de nuevo el poder a los supremacistas blancos.

EL HUMANISTA FALLIDO

El pensador victoriano Walter Bagehot publicó en *The Economist* un artículo titulado «The lesson of the presidential election», donde aseguró que los verdaderos resultados de las elecciones impugnadas que llevaron a Hayes a la Casa Blanca podrían no haberse conocido nunca y en todo caso habrían sido cuestionados por la mitad del electorado. La sombra de la sospecha sobre funcionarios corruptos y manipuladores del voto habría planeado siempre sobre los comicios. Ambos, Hayes y Tilden, eran candidatos intercambiables. La elección de 1876 puso de manifiesto que lo verdaderamente corrupto era el sistema electoral. Bagehot no quería salvar la imagen de Hayes, sino denunciar el «perverso» mecanismo de designación del presidente a través de un Colegio Electoral manipulable que alteraba la elección popular. Por otra parte elogiaba «el buen sentido de los americanos», capaces de salir indemnes de un episodio tan lamentable, pues «evitan ponerse siempre en lo peor [...] y lo que parece peor, puede resultar, a la larga, beneficioso».

En el fondo, la tesis de Bagehot es mucho más simple. La contiene el refranero español y *El Criticón* de Baltasar Gracián: «No hay mal que por bien no venga». La moral pública americana había tocado fondo. Las presidencias de Johnson y Grant llevaron al país a un páramo ético. La política se había convertido definitivamente en un mercadeo de favores. El provocador editor del

New York World, Joseph Pulitzer, se lamentó: «Hayes nunca ha robado. ¡Santo Cielo! ¿Hemos llegado a esto?». Cierto. Hayes era un tipo honrado, robusto y común. Curiosamente, unas elecciones muy sucias llevaron a un desatascador de las tuberías de su propio partido a la Casa Blanca. Valoraba la amistad, le gustaba escuchar y aceptaba las opiniones contrarias a la suya. Su vida no fue nada fácil y aun así llegó a Harvard. Desde Tyler, era el presidente con más formación académica. No conoció a su padre, que murió tres meses antes de que él naciera. Él, su madre, su hermana y un tío suyo —hermano de su madre— hicieron piña para salir adelante.

Se casó con Lucy Ware Webb, la primera mujer de un presidente con educación superior y conocida como Lucy Limonada, porque se negaba a servir alcohol en la Casa Blanca.[2] Abolicionista militante, convenció a su marido para que abandonara la formación whig e ingresara en el Partido Republicano. Como congresista, Hayes se opuso a la reconstrucción tibia de Johnson, votó a favor de su *impeachment* y suscribió el plan radical de reconstrucción de Grant. Fue en dos periodos gobernador de Ohio (1868-1872 y 1876-1877),[3] cargo desde el que defendió la Decimoquinta Enmienda y los planes de ayuda a los necesitados. Defensor de causas perdidas, reconoció que los americanos habían incumplido siempre sus promesas con los indios, a los que trató de ayudar con políticas de integración poco exitosas.[4] La plataforma republicana, que lo eligió candidato en Cincinnati en junio de 1876, incluyó en el programa «analizar las consecuencias de la inmigración oriental sobre la moral americana» (muchos trabajadores exigían el control migratorio porque consideraban que la disposición de los inmigrantes chinos a trabajar por bajos salarios repercutía sobre las condiciones laborales del resto)[5] y revocar la poligamia en Utah, una «reliquia de la barbarie». Aceptó la nominación con una declaración de principios: no competiría por un segundo mandato.

Hizo de la necesidad virtud y nombró un gabinete de moderados —que incluía a un defensor de Johnson durante su proceso de censura—. Se mostró decidido a restaurar el prestigio de la institución que representaba, limpiar el partido y acabar con el clientelismo. Prohibió a los congresistas hacer política local y designar candidatos para evitar que controlasen la formación. Luchó contra el *spoil system* —creía que el talento, y no la lealtad al partido, debían prevalecer en los nombramientos de cargos—,[6] dividió a su formación y se

enfrentó al Senado. Quería limitar su omnímodo poder de veto en los nombramientos presidenciales.

Para muchos republicanos, Grant era el líder ideal, pues no se entrometía demasiado en los asuntos de congresistas y políticos locales; sin embargo, Hayes era un incordio. El senador Roscoe Conkling, de Nueva York, inició una cruzada contra el presidente y sus «mestizos» —los llamaba así porque los consideraba medio demócratas—. La guerra entre ambos fue a cuenta de varios cargos públicos. El Senado tenía que dar el visto bueno a determinados nombramientos. Hayes sacó adelante sus propuestas de designaciones y ceses con ayuda de los demócratas, lo que le convirtió en un verdadero mestizo. La gran batalla tuvo como protagonista a un futuro presidente de la nación al frente de un cargo goloso. Hayes prescindió de Chester Arthur como recaudador de la Aduana de Nueva York. Casi le supuso un alivio que los demócratas ganaran las elecciones de mitad de mandato en 1878.

La expansión del ferrocarril, los manejos de las constructoras y la influencia del movimiento obrero provocaron las primeras huelgas de trabajadores y el surgimiento de los primeros sindicatos. La Gran Huelga se convocó en julio de 1877. Hayes tuvo que enviar a las tropas federales, pues las milicias de Virginia no eran capaces de contener a los agitadores. También hubo enfrentamientos en Pittsburgh. Fue el primer presidente, desde Andrew Jackson, que empleó la fuerza militar para contener una protesta laboral. Hayes estaba atrapado entre la revuelta social y la voracidad empresarial. Durante su mandato se juzgó a los Molly Maguires, una violenta banda de mineros irlandeses cuyos integrantes, vestidos de mujeres, aplicaban su propia ley a capitalistas, policías, jueces y grandes propietarios de tierra. Su objetivo era la justicia redistributiva y actuaban en Pensilvania. La crisis del 73 incrementó la criminalidad de la banda. Lo estremecedor del caso fue, sin embargo, que fueron apresados por policías privados (las patrullas contratadas por magnates habían proliferado para defenderse de los «violadores del orden y la ley»). La mayoría de los delincuentes fue ejecutada. La convulsión social amenazaba a la nación. En el Oeste las cosas no iban mejor: disputas por propiedades, por el paso del ganado o por el control del comercio de reses enfrentaron a familias y bandas de rancheros. El 18 de febrero de 1878, el asesinato del ranchero John Tunstall desató la Guerra del Condado de Lincoln, cuyo contendiente más conocido fue

Billy el Niño.

Tras abandonar el cargo, Hayes confesó que «la tendencia de nuestro país a acumular [riqueza] [...] lleva a cambiar leyes, gobierno y moral, dar todo el poder a los ricos, provocar pobreza y con ella un alud de maldad y de crimen». Trató de vetar la Ley Bland-Allison de 1878, que obligaba al gobierno federal a comprar una determinada cantidad de plata. El presidente ordenó a su secretario del Tesoro, John Sherman, comprar la menos posible para no perjudicar los créditos bancarios. En 1879 retomó la Ley de Pago en Especie de Grant, que permitía cambiar por oro los *greenbacks*.

En su penúltimo mensaje a la nación, en marzo de 1880, lanzó la única propuesta de alta política internacional si exceptuamos la que tuvo que ver con las relaciones bilaterales con China. Propuso que si finalmente se construía el canal de Panamá, se haría bajo control americano. Un año antes, Francia había presentado un proyecto de obra. Hayes se acogió de este modo a la Doctrina Monroe. Consideraba que el canal estaba dentro de la órbita de influencia americana.

Se retiró feliz a su casa de Fremont, Ohio. Todavía sufrió un último sobresalto. El tren en que viajaba chocó con otro. Murieron dos personas. Hubo veinte heridos. Él salió ileso. Hizo campaña por el candidato republicano y se opuso al voto femenino, aunque durante su mandato, el senador Sargent, de California, propuso una enmienda constitucional en sentido contrario, que, por supuesto, fue rechazada. Se dedicó al mecenazgo para promover la educación de los negros y ayudar a la rehabilitación de los presos. Murió el 17 de enero de 1893. Antes pasó dos días en cama. Le dijo a su hijo: «Me voy con Lucy», que había fallecido tres años y medio antes.

[1] Durante tres días, de nuevo en Carolina del Sur hubo dos gobernadores y dos legislaturas, una demócrata y otra republicana. Hayes retiró las tropas del Norte y confirmó en su puesto de gobernador al exgeneral confederado Wade Hampton.

[2] En febrero de 1881, un mes antes de abandonar la Presidencia, prohibió la venta de alcohol en los cuarteles y puestos militares. Los soldados señalaron a Lucy Limonada como la verdadera responsable de la medida.

[3] Ganó las elecciones de 1867 y 1869, por eso no concurrió, aunque no había ninguna norma escrita que se lo impidiera, en 1872.

[4] De hecho, incumplió la promesa de crear una reserva india en Montana para los sioux, afincados en Black Hills, donde acudieron en tropel mineros y buscadores de oro cuando el metal apareció. No solo no la concedió, sino que las tropas federales acabaron con ellos y mataron a su líder, Caballo Loco, en 1877.

Antes, en la batalla de Little Big Horn, los indios acabaron con el general Custer.

[5] En 1880, el 9 por ciento de la población de California lo constituían inmigrantes chinos. Hayes revocó el Tratado de 1868 firmado con el país oriental. Firmó en 1880 un nuevo convenio que restringía, sin prohibir, la inmigración china. Dos años después, el presidente Chester A. Arthur aprobó la Ley de Exclusión de chinos.

[6] Para ello sacó adelante en 1877 la Reforma del Servicio Civil, introduciendo criterios de mérito y capacidad en los accesos a la función pública. Para el presidente era una medida contra la corrupción. El Congreso la echó abajo.

20. JAMES A. GARFIELD: LA GRAN EMPRESA AMERICANA



19 de noviembre de 1831, Orange, Ohio - 19 de septiembre de 1881, Elberon, Nueva Jersey.
Presidencia: 1881.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Lucretia Rudolph. Tuvieron cinco hijos.
Formación: Williams College (Massachusetts).
Profesión: profesor de lenguas clásicas.

PLUTOCRACIA

Fue la época dorada de América. Los hombres de negocios, honrados y bribones, emprendedores y acaparadores, esforzados y oportunistas; del acero, la madera, la banca, el algodón, el tabaco, el petróleo, el ferrocarril, la minería o la fábrica, no sufrieron la crisis y erigieron una nueva república, muy distinta a la diseñada por los padres fundadores. Fue la década de las grandes fortunas, los grandes inventos y los monopolios. Los Estados Unidos no necesitaban del mundo. El mundo comenzaba a necesitar a los Estados Unidos. En esta década, su población se dobló. América se constituyó en el mercado interno más importante del planeta. Supuso la culminación de la era del capital en Europa y el comienzo de la era de los imperios. La cultura política americana minimizó los efectos del movimiento obrero y la hegemonía de la gran nación renacida tras su guerra se cimentó sobre bases estrictamente económicas. Estados Unidos controlaba gran parte del capital y las finanzas y se convirtió en el gran imperio no europeo. Tampoco se vio impelida a chocar contra ninguna potencia vecina. Estaba sola al otro lado del Atlántico. La república de la virtud se había evaporado. Ni Garfield ni su sucesor, Chester Arthur, estaban del todo limpios.

La bolsa hervía. El pánico de 1873 quedó pronto en el olvido. La refinería de Rockefeller[1] controlaba hasta el 95 por ciento de la producción de crudo tras la fusión, en 1882, de 39 compañías para crear la Standard Oil. Había nacido una nueva forma de entender la economía de mercado, basada en el trust, mediante el cual una empresa generaba filiales o se fusionaba con otras para esquivar las leyes antimonopolio, y el holding, que permitía a una sociedad financiera controlar varias empresas. Mediante ambas prácticas las compañías podían mantener sus márgenes de beneficio eludiendo la competencia y evitar la caída

de precios. El historiador británico Eric Hobsbawm sostiene que la Guerra de Secesión «retardó» el crecimiento, que luego se desarrolló a velocidad «impresionante y dramática». El país se pobló de piratas y «magnates ladrones». Para el autor marxista, tres elementos caracterizan este periodo: el primero, la total ausencia de control sobre los negocios. En segundo lugar, a diferencia de muchos empresarios europeos, los americanos no tenían ninguna estrategia determinada para hacer dinero; cualquier negocio era bueno; todos pasaron por el ferrocarril aunque ninguno empezó realizando la actividad que luego lo encumbraría. Por último, muchos fueron hombres hechos a sí mismos. Si bien, la historiografía americana ha exagerado este relato, pues Hobsbawm solo encuentra en el *Diccionario biográfico de América* de Wright Mills un 42 por ciento de hombres de negocios nacidos entre 1820 y 1849 criados en ambientes pobres. Sea como fuere: ellos representaban a América. La América más próspera y emprendedora.

Tras la marcha de Hayes, el Partido Republicano no andaba sobrado de nombres inmaculados y estaba dividido en dos, lo cual acabó por beneficiar al *dark horse* Garfield, que no aspiraba a la presidencia. Las dos facciones eran: por un lado, los *Stalwarts* de Roscoe Conkling y, por otro, los *Half-Breeds*, los medias castas, medias tintas o «mestizos» republicanos, de James G. Blaine. El sector conservador, esto es la vieja guardia, el republicanismo de pura cepa, y los *Stalwarts* propusieron el regreso de Ulysses Grant; los moderados, tras barajar un par de aspirantes, lanzaron a última hora a la carrera a James A. Garfield, proclamado candidato en la larguísima convención de Chicago, en junio de 1880. Él fue leal a otro candidato, John Sherman, también de Ohio. Le tentaron para que resolviera el empate infinito en las votaciones rompiendo con Sherman. No lo hizo, pero dio igual, los delegados anti-Grant votaron por él. Precisamente se decidieron tras escuchar su discurso en defensa de la candidatura de Sherman. Hayes lo consideraba el «candidato ideal». «Ningún presidente había empezado jamás desde tan abajo». Estimaba que tal hazaña y su espíritu de superación eran méritos rotundos.

Efectivamente, James A. Garfield era un hombre hecho a sí mismo: nació en una cabaña y creció en la más absoluta de las miserias. Su padre murió cuando él tenía año y medio. Su madre sacó adelante la pequeña granja y se volvió a casar. Garfield nunca conectó con su padrastro. A los dieciséis años comenzó a trabajar

en el muelle de Cleveland. En seis semanas cayó catorce veces al agua. No sabía nadar. Salvó su vida pero pasó varios meses en cama con fiebre. Después de eso comenzó a estudiar. Siempre fue un soñador y los libros le alejaban de su presente —le encantaban los de Jean Austen—. En el Williams College, en Massachusetts, conoció al eminente pensador Ralph Waldo Emerson, lo que incrementó su vocación docente. Se licenció con una disertación sobre «Materia y espíritu» en 1856. Ya le llamaba la atención la política, pero se decidió por ser profesor. Aguantó poco impartiendo lenguas clásicas. En 1859 ya era el senador más joven de su estado. Y en 1863 tomo asiento en la Cámara de Representantes.

Durante la Guerra, aparte de oficial del Ejército, fue un republicano radical, partidario de expropiar la propiedad de los rebeldes y no demasiado entusiasta de Lincoln. Luego atemperó su posición: apoyó a Johnson para tratar de conciliar un plan de reconstrucción. Sin embargo, en poco tiempo dio otro giro cuando votó a favor del *impeachment* del entonces presidente. Tampoco mostró demasiado fervor por Grant, aunque también hizo campaña por él. Durante esos ocho años aumentó su popularidad. Surgió el gran congresista que defendió una política monetaria restrictiva y proteccionista; se mostró a favor de frenar la inflación y de introducir tasas como «la mejor manera de proteger la libertad de comercio». El 1873 le salpicó el caso Crédit Mobilier. Se le acusó de recibir comisiones por la venta de acciones de la compañía. Él negó la mayor. Testificó en el Congreso que recibió un préstamo que luego devolvió y que en absoluto realizó operaciones con la compañía para comprar voluntades. Después, durante un tiempo se cuidó de aparecer en público. En 1876 mostró su apoyo a Hayes y formó parte de la comisión que lo designó presidente. Hasta 1880 fue el líder de la minoría republicana en la Cámara. Por eso algunos esperaban que fuera candidato desde el principio de la convención.

Por su parte, los demócratas presentaron a un militar: Winfield S. Hancock *El Magnífico*, apodado así por su valentía en el frente. En la convención de Cincinnati, celebrada en junio de 1880, el Partido Demócrata empezaba a realinearse en sus nuevas posiciones: mantuvo su rechazo a la centralización del poder, pero emergió como defensor de los trabajadores e hizo bandera de su oposición a los monopolios. Arremetió contra la inmigración china, creyendo que así blindaba los salarios de los obreros. Los trabajadores estaban de su parte.

VÍCTIMA DE LAS LUCHAS INTESTINAS

Fue la primera elección presidencial en la que los impuestos marcaron la campaña. Los republicanos los querían altos. El proteccionismo era la moda europea. Los demócratas defendieron los impuestos indirectos basados en los ingresos, nada más. Hancock se metió en un charco cuando dijo que era una cuestión local. Le llovieron las críticas y se retrató como un militar sin nociones suficientes como para pilotar una gran potencia comercial en un mundo complejo. La política ya no era una cuestión solo vocacional y de voluntarismo. Hayes aconsejó a Garfield que hiciera una campaña de perfil bajo porque realmente no tenía a «nadie enfrente». Los demócratas no habían olvidado su conexión con el caso Crédit Mobilier y lo airearon. Necesitó de los fieles de Grant y, lo que es peor, de los adversarios internos de Hayes, el controvertido y todopoderoso Roscoe Conkling, líder de los *Stalwarts* y jefe del partido en Nueva York. Entre tanto, uno de sus hombres, Chester Arthur, se había colado en el *ticket*. Conkling se resistió al principio a pactar e incluso se dice que ni siquiera aceptó la vicepresidencia para Arthur. Era su proceder. Y Garfield cedió allí donde no lo había hecho Hayes. La fábrica de favores neoyorkina volvió a ponerse en funcionamiento. Ambos firmaron el Pacto de la Quinta Avenida.

Sin embargo, cuando Garfield ganó la elección presidencial —por el estrechísimo margen de 9.464 votos—[2] le dio a Blaine la Secretaría de Estado y no concedió a ningún hombre de Conkling un puesto en la Aduana de Nueva York. Colocó a William H. Robertson, uno de los suyos, al frente de tan influyente institución. Tampoco aceptó el nombre del aparato republicano de la Gran Manzana para la Secretaría del Tesoro, donde situó a William Windom, de Minnesota. Al frente de Guerra puso a Robert T. Lincoln, el hijo del gran emancipador. Fue el único miembro del gabinete que se mantuvo en el cargo cuando llegó Arthur a la presidencia. Garfield estaba decidido a desmontar de nuevo y para siempre la factoría de favores neoyorkina y sobre todo destronar al *boss*, Roscoe Conkling.

Su discurso inaugural giró sobre los derechos de los negros. Aseguró que la concesión de la ciudadanía a los libertos era la medida más importante desde la Constitución. Se refirió a que el país había superado el riesgo de división. La cuestión no parecía que estuviera en la agenda, pero tenía mucha importancia.

En la década recién inaugurada se consolidó el sistema de la segregación y, en lo que a la política respecta, la incomparecencia de los radicales republicanos y la marcha de los *carpetbaggers* de los estados del Sur, tras el compromiso adoptado por Hayes, propició que, durante más de una década, republicanos y demócratas aceptaran las reglas de un juego que beneficiaba a ambos: los republicanos concentraron sus apoyos en distritos negros, lo cual permitía a los antiguos esclavos tener representación en la Cámara; mientras, los demócratas aseguraron su hegemonía en la mayor parte de los territorios del Sur. Fueron los años de la «fusión» de intereses.[3]

Nada más tomar posesión, Garfield se tuvo que enfrentar a un nuevo caso de corrupción que afectaba a la Dirección de Correos y Telégrafos, conocido como el Star Route. El partido había creado una red de sobornos y compra venta de favores en torno a las rutas postales. Garfield fue contundente. Dio la orden de llegar «hasta el fondo del asunto» sin importarle «dónde y a quién golpee la investigación». Cayeron unos cuantos cargos, desde el segundo de la Oficina hacia abajo. Ninguno fue declarado culpable, pero el asunto obligó a una posterior reforma de la Administración y de los requisitos de acceso y mecanismos de promoción que, paradójicamente, aprobó el Congreso durante la presidencia de un *stalwart*: Chester Arthur.

Garfield se había mostrado vacilante en campaña. No tenía claro que el mérito —demostrado por medio de exámenes— y no la adscripción política fuera la mejor opción para ocupar cargos de confianza en la Administración. Tampoco consideraba que el pago de cuotas de los simpatizantes que luego solicitaban nombramientos fuera una práctica esencialmente corrupta. De hecho, las evaluaciones podían frenar la carrera política de personas sin recursos a las que se les privaría de hacer carrera política. Los detractores de la reforma sostenían que la supuesta meritocracia «abriría las puertas a un Pierce, pero excluiría a un Lincoln». Garfield trataba de no escamar a los *patronos* neoyorkinos del partido. Aunque finalmente se decantó por ponerse del lado de los reformadores, también para lavar su imagen. Los *Stalwarts* consideraron que la nueva batalla emprendida contra el *spoil system* era la traición definitiva. Que la burocracia sepultaría la libertad. La guerra entre partidarios y detractores del *spoil system* arrojó pronto una víctima política, Roscoe Conkling,[4] y se cobró una vida, la del propio presidente.

El 2 de julio de 1881 estaba a punto de subir al tren en la estación de Baltimore & Potomac. Charles Guiteau, un lunático seguidor de Conkling, sacó una pistola y disparó dos veces contra Garfield a bocajarro y por la espalda: «Yo soy un *stalwart* y ahora Chester Arthur es presidente», gritó al apretar el gatillo. Dos meses más tarde, el 19 de septiembre de 1881, Garfield falleció. Guiteau llevaba semanas persiguiendo al presidente con una British Bulldog, calibre 44, en el costado. Había acudido a Washington para solicitar a Garfield un cargo. Se creía con derecho a ello por prestarle su apoyo en la elección del año anterior. La mañana en la que ejecutó el magnicidio escribió: «La trágica muerte del presidente era una triste necesidad para preservar la unidad del Partido Republicano y salvar a la República». El día que Garfield expiró, Guiteau escribió a Arthur conminándole a que agradeciera sus servicios y dejando constancia, en todo caso, de que había cumplido con su deber. Un año después fue ejecutado.

Con «impúdico cinismo», en palabras de Henry Brooks Adams, eminente historiador de la saga de los Adams —nieto de John Quincy— que teorizó sobre la «supremacía económica americana», los reformistas del partido convirtieron el asesinato de Garfield en un símbolo de la lucha contra el *spoil system*. Las críticas por su debilidad y falta de carácter habían sido sustituidas por los elogios a su tenaz cruzada contra el clientelismo, que pagó con la muerte. El partido le debía la Pendleton Civil Service Reform Act, la Ley de Reforma de la Administración. En su honor se aprobó en 1883. La ambigüedad planea todavía hoy sobre su memoria. Así lo describe un biógrafo de Hayes y autor de una de las grandes obras sobre el *spoil system* americano, Ari Hoogenboom: «Mitad reformista, mitad *spoilsman*; mitad moralista, mitad corrupto, Garfield fue difamado como un político sombrío y deificado como un noble mártir. Ambos retratos están plenamente justificados».

[1] En esos años hicieron fortuna, además de John D. Rockefeller, Andrew Carnegie, el banquero de segunda generación John Pierpont Morgan, Cornelius Vanderbilt —el primer multimillonario— o James Buchanan Duke. Muchos de ellos lavaron su imagen dedicándose a la filantropía.

[2] Garfield obtuvo 4.454.416 votos, el 48,3 por ciento; Hancock, 4.444.952 (48,2 por ciento). Si bien, en el Colegio Electoral, la diferencia fue mucho más abultada: 214 frente a 155. Garfield ganó en 19 estados y Hancock en otros 19. De nuevo, Norte y Sur.

[3] Cuando la hegemonía demócrata en el Sur se tambaleó, a partir de 1888, año en que los republicanos recuperaron la Presidencia y consiguieron la mayoría en las dos Cámaras, las medidas segregacionistas se intensificaron y progresivamente los negros fueron excluidos del derecho al sufragio: se

limitó el voto de los analfabetos a través de la inscripción en el censo, se impusieron tasas a su ejercicio y se prohibió el sufragio a los convictos.

[4] El maquinador Conkling apostó fuerte: renunció a su escaño en el Senado. Esperaba que la Asamblea de Nueva York lo volviese a designar —hasta 1917, las asambleas estatales, y no los ciudadanos, elegían a los senadores— para demostrar al presidente su dominio en la City. No ocurrió así y se quedó fuera de juego.

21. CHESTER ARTHUR: EL «GENTLEMAN» RECAUDADOR



5 de octubre de 1829, Fairfield, Vermont - 18 de noviembre de 1886, Nueva York.
Presidencia: 1881-1885.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Ellen Lewis Herndon. Tuvieron dos hijos.
Formación: Union College, cerca de Albany, en el estado de Nueva York, y Leyes en el Balsston Spa (Nueva York).
Profesión: abogado.

LA REDENCIÓN

Así estaban las cosas en el Partido Republicano: Hayes y Conkling se detestaban. Su duelo quedó en empate: Hayes se desprendió de Arthur, secuaz de Conkling, pero abandonó la política antes que su más encarnizado rival. Antes, Hayes avaló a Garfield para la presidencia. Garfield pactó con Conkling pero se deshizo de él tras su victoria. El acuerdo para su nominación con los *Stalwarts* incluyó la vicepresidencia para Arthur, cuyos manejos no estaban claros. Hay quien sostiene que Conkling, ofendido y lanzando un último órdago por Grant, conminó a Arthur a que no aceptara el *ticket*, pero en ningún caso la negativa de Arthur a seguir tales instrucciones supuso un desafío al patrono mayor neoyorkino; al contrario, Conkling, sin cargo institucional, mantenía una última amarra con Washington. Garfield murió asesinado y Arthur acabó en la Casa Blanca. Conkling esperó su premio. No lo obtuvo y finalmente, desde su retiro, renegó de su hombre: «Apenas me pesa una cosa de la Administración de Arthur, y es que, en comparación, la de Hayes no solo fue respetable sino heroica».

Durante la convención de Chicago de 1880, Chester Alan Arthur estaba apartado del tapete del poder. Hacía dos años que Hayes lo había cesado de la Aduana de Nueva York. Acudió a la cita como delegado partidario de Grant. Los *Stalwarts* lo rescataron para formar *ticket* con Garfield. Haciendo de la necesidad virtud, un delegado reformista de la convención admitió: «No hay lugar en el cual [Arthur] tenga menos poder para hacer de las suyas como en la vicepresidencia de los Estados Unidos». A fin de cuentas, Garfield tenía solo cincuenta años y gozaba de una salud aceptable. Arthur estaba tan neutralizado, o más, que unos meses atrás. Pasado poco más de un año, ese «embrollo de

porquería» ocupaba el sillón presidencial. El mismo delegado aseguró no creer en las casualidades: «Arthur presidente y Conkling ejerciendo el poder detrás del trono». Pero hete aquí que Arthur firmó la Ley de Reforma de la Administración propuesta por George Pendleton, senador demócrata de Ohio, introduciendo un sistema de evaluaciones para el acceso a la función pública.[1] Ahora entendemos la sentencia última de Conkling.

Arthur supo aprovechar su última oportunidad de cara a la posteridad. Su presidencia fue irrelevante, pero se libró del estigma de hombre corrupto. Por ejemplo, continuó la investigación sobre los fraudes en la Oficina de Correos, rompió amarras con aventureros y conseguidores y cerró la «incubadora de porquería» y compra venta de favores que había instalado un pequeño número de congresistas en la Cámara: vetó la inversión de 19 millones de dólares en la Aduana de Nueva York. Él sabía mejor que nadie que el destino de ese dinero era incierto. Versiones más amables no niegan sus muchos tejemanejes como recaudador de la Aduana, pero sostienen que no buscaba incrementar su fortuna sino consolidarse como el gran *padrino* del republicanismo en Nueva York. Otros autores menos condescendientes aseguran que algunos años dio pellizcos por valor de 50.000 dólares, el equivalente al salario anual del presidente.

Al mismo tiempo que acabó con los trapicheos en el Congreso, emprendió el plan de modernización de la Marina: sustituyó la madera y el vapor por el acero. Propuso —sin demasiado éxito— la reducción de tarifas aduaneras y consecuentemente limitar el proteccionismo. Tras la guerra, ningún presidente había mirado decididamente fuera de las fronteras. Arthur era partidario de abrir el comercio al Cono Sur, aunque a la par interrumpió los avances diplomáticos de su antecesor. Derogó el convenio entre Estados Unidos y China firmado por Hayes, de por sí restrictivo con la inmigración, y aprobó la Ley de Exclusión de Chinos de 1882, que prohibía la entrada de chinos durante diez años. La propuesta del Congreso era aún más dura, pretendía cerrar la frontera veinte años. Posteriormente se renovó dos veces, en 1892 y 1902, de modo que al final se aplicó durante treinta años y no se derogó hasta 1943.

Todas las facciones del partido se llevaron una gran sorpresa. Unos, agradable; otros, muy desagradable. Pero lo cierto es que tras tres presidentes de Ohio y una década de corrupción galopante, llegó de rebote el primer inquilino de la Casa Blanca que había sido apartado de un cargo por sus trapazas en el

putrefacto Partido Republicano de Nueva York, abrió las ventanas y ventiló las estancias de la política americana. El 4 de septiembre de 1882, Thomas Alva Edison comenzó a surtir de luz eléctrica a la ciudad de Nueva York mediante una planta de generación de electricidad situada en Pearl Street. El 24 de mayo del año siguiente, Arthur y el gobernador del estado, a la sazón su sucesor, el demócrata Grover Cleveland, inauguraban el majestuoso puente de Brooklyn. Comenzaba un tiempo nuevo.

Pese a todo, el historiador norteamericano Bernard A. Weisberger quiere poner las cosas en su sitio: cree que las hagiografías y la nómina de historiadores redentores y revisionistas no pueden obviar quién fue, antes de alcanzar la presidencia, Chester Alan Arthur. Y subraya que precisamente los vicepresidentes son nominados por su insignificancia e inanidad política. El caso de Arthur no fue distinto. Ingresó en el *ticket* como premio de consolación a la facción perdedora en la convención de 1880. Como era de esperar, no gozó de la confianza de su partido en 1884. De hecho, su nominación no se consideró con seriedad. Finalmente, para cerrar el círculo de contradicciones y conjuras, los republicanos se decantaron en la convención por James G. Blaine, un moderado, un «mestizo» también de bolsillos opacos.

PRESIDENTE A MEDIA JORNADA

En su juventud, era un tipo apuesto, emocional, y un consumado contador de anécdotas. Su amabilidad lo hacía más atractivo. Era un *gentleman*. Uno de sus biógrafos, Thomas C. Reeves, destaca que mucho después, cuando ya era un *boss* del aparato del partido, trató de ocultar ese romanticismo blanducho. En la Casa Blanca organizaba cenas y tertulias nocturnas hasta altas horas de la noche. Gustaba de conversar y pasear a las tres o las cuatro de la madrugada. De ascendencia irlandesa, era el quinto de los ocho hijos del reverendo William Arthur, cofundador de la Sociedad Antiesclavista de Nueva York. Algunos adversarios políticos deslegitimaron su candidatura a la vicepresidencia, alegando que había nacido al otro lado de la frontera de Vermont, en Canadá, de modo que no era ciudadano americano. Arthur se revolvió contra la acusación pero se negó a mostrar su partida de nacimiento.

A los veintiocho años parecía tener asumido que ya no pasaría por el altar. Entonces conoció a la hija de un oficial de Marina, Ellen Lewis Herndon, de veinte. Se casaron dos años después. Ella era una prometedora soprano y él hizo carrera militar durante la guerra. Las ausencias debilitaron su matrimonio. Además, Ellen, que era de Virginia, simpatizaba con los confederados. Tras un concierto, una fría noche de enero de 1880, cogió una pulmonía. Arthur, tantas veces fuera de casa, no llegó a tiempo para verla consciente. Cada uno de los mil doscientos y pico días que duró su presidencia, no faltaron flores frescas delante del retrato de su esposa en la Casa Blanca.

Era un hombre de aparato, de esos de los que hubieran abominado los padres fundadores. Desde muy joven supo que lo suyo era la política, aunque nunca aspiró seriamente a la presidencia. Sabía que su sitio era Nueva York, donde podía ser un *boss* del nuevo Partido Republicano. Los demócratas ya tenían su fábrica clientelar, el Tammany Hall, que movía un volumen de negocio considerablemente superior aunque hacía años que el partido no acariciaba la Casa Blanca; Arthur iba a engrasar, con los residuos whigs, la nueva máquina.[2] Antes mostró con decisión que también le movían los principios: defendió a Lizzie Jennings, una mujer negra víctima de la segregación en los transportes públicos de Nueva York. Y viajó al Oeste para ponerse del lado de la causa del abolicionismo. Participó en las jornadas conocidas como «Kansas de sangre».

Tras la guerra apoyó la segunda nominación de Lincoln y entró en el círculo de Conkling. A partir de ese momento entendió que podía ser un hombre influyente. Grant lo situó en 1871 como recaudador de la Aduana. Por sus manos pasaba el 75 por ciento de los impuestos que pagaban comerciantes y transportistas. Ayudó a financiar la reelección del presidente y tuvo bien sujetos y a la vez contentos a los empleados de la Aduana. Tanto Conkling como él tuvieron que elegir entre lo malo y lo peor en 1876, entre Hayes y Blaine. Se decantaron por Hayes sin saber si lo habían hecho por lo uno o por lo otro. Pues nunca sabremos si Blaine, un personaje con tan poca reputación como ellos dos, hubiera preferido mantenerles a raya, pero en sus respectivos puestos. Hayes secundó la Comisión del Congreso para limpiar la Aduana. Arthur fue el primero en comparecer. Declaró durante seis horas. No convenció a los miembros de la Comisión de que ni cobraba comisiones, ni desviaba fondos al partido, ni daba hachazos a los empleados de la Aduana por incorporarles a sus cargos. Hayes no

quería romper el partido y le ofreció una salida digna: un consulado en París, que Arthur rechazó. Cesó en su puesto el 11 de julio de 1878 y durante un par de años volvió a ejercer la abogacía.

Ya sabemos que su nominación para la vicepresidencia fue el precio que pagaron los «mestizos» a los partidarios de Grant y los *Stalwarts*. Pese a Conkling, que no quería ceder un ápice antes los «medias castas», aceptó con «gran honor» formar *ticket* con Garfield. Enseguida rompió con el presidente Garfield. Fue a cuenta de Conkling. Ambos, Conkling y Arthur, estaban juntos cuando dispararon a Garfield. Se dirigió a toda prisa a Washington. Falsa alarma. Garfield no había muerto. Arthur retornó a Nueva York. Estaba muy preocupado. No tenía ningunas ganas de ser presidente y mucho menos así: un *stalwarts,* uno de los suyos, había disparado poniendo en evidencia todo el *spoil system*: aquel chiflado era capaz de matar al presidente por un puesto en una embajada. Cuando la salud de Garfield empeoró, él permaneció en Nueva York. No quería parecer ansioso por asumir la presidencia. Juró su cargo el día 20 de septiembre en el Tribunal Supremo de Nueva York. Inmediata y prudentemente quemó sus papeles.

Necesitó apenas tres meses para prescindir de todo el gabinete de Garfield excepto Robert T. Lincoln. En diciembre se quitó de en medio a James G. Blaine, secretario de Estado con Garfield y enemigo número uno de Conkling. Cuando fue cesado, Blaine preparaba una Conferencia Internacional Panamericana. Su sucesor, Frederick T. Frelinghuysen, abortó el proyecto y se sumó a la Conferencia Internacional de la Cruz Roja. El Senado no ratificó su acuerdo con Nicaragua para la construcción de un canal que uniera el Atlántico con el Pacífico.

En 1882 creó una comisión para revisar los impuestos. Fue un fracaso. Proteccionistas y partidarios del libre comercio se enzarzaron en disputas recurrentes. Al final, el Congreso aprobó un remiendo que no satisfizo a nadie: la Mongrel Tariff de 1883, que redujo mínimamente los impuestos indirectos.

Llegó a considerar su candidatura para las elecciones de 1884. La idea le rondó durante poco tiempo la cabeza. Sabía que sus antiguos aliados, los *Stalwarts,* no lo permitirían. Además, desde 1882 su salud ya era muy delicada. Tenía la enfermedad de Bright. No sostuvo su fugaz propósito con demasiado entusiasmo. Era un *bon vivant*. Y en absoluto un adicto al trabajo. En la Casa

Blanca se puso horario cómodo de oficina: de 10 a 16 horas. Eso le permitía trasnochar. Era un caballero que disimulaba su pena. Tras asistir a la toma de posesión de Cleveland se retiró a su casa de Nueva York y volvió a ponerse la toga de abogado. Falleció el 18 de noviembre de 1886.

Sus críticos dicen que con su muerte la presidencia recuperó la dignidad perdida con Grant. Aunque precisamente fue su intrascendencia lo que permitió la calma que necesitaba el país. Los Estados Unidos iban a entrar en el siglo XX por la puerta grande, si bien, lo que perdió reputación en esos años fue la prensa. En 1883, Joseph Pulitzer —el húngaro que llegó a Estados Unidos en 1864 para enrolarse en el Ejército del Norte y acabó casado con Kate Davis, nieta del presidente confederado, Jefferson Davis— compró el *New York World* y lo convirtió en la bandera del sensacionalismo y la lucha contra la corrupción. Congresista demócrata, aguantó un año en el Capitolio. Prefería dominarlo desde su rotativa. El exceso de trabajo le dejó ciego. Entonces se dedicó a la filantropía. Por su parte, George Hearst compró el *San Francisco Examiner* en 1880. Siete años después se lo dejó a su joven y brillante hijo: William Randolph Hearst, excéntrico talento formado en Harvard, magnate de la prensa y a quienes muchos señalan como el instigador de la guerra contra España en Cuba. Los periódicos animaron mucho la campaña electoral siguiente.

[1] La Ley de Reforma de la Administración (Pendleton Act) tuvo efectos inmediatos limitados, si bien supuso una declaración de principios en cuanto a la introducción de nuevas prácticas en la Administración (mérito y antigüedad). La decisión sobre el número de puestos a cubrir mediante examen, el servicio clasificado, correspondía al presidente. Según un estudio de principios del siglo XX, solo Massachusetts y Nueva York implementaron la ley inmediatamente. Luego se extendió con desigual fortuna a las otras grandes ciudades: San Francisco, Filadelfia, Chicago y Nueva Orleans.

[2] A finales de siglo circulaba por Nueva York alguna *lista de precios* estándar, que variaba según la coyuntura política y el poder del partido en ese momento. El cargo de juez costaba 15.000 dólares; un escaño, 4.000; un puesto de concejal, 1.500... El aparato cobraba por todo, incluidas funciones no cualificadas. El Tammany obtenía así unos 125.000 dólares al año y los republicanos de Nueva York, unos 100.000. A veces, los jefes se pasaban en la *subasta* y pedían tres veces más por la *concesión* de la propia remuneración del cargo. Entre las razones que los padres de la independencia americana esgrimieron para enfrentarse al Parlamento británico fue precisamente esta: que los asientos en las cámaras se compraban y vendían con total impunidad y descaro. Como señala Barbara Tuchman, en los años previos a la independencia americana podía comprarse y venderse la mitad de los escaños mediante relaciones clientelares.

22. GROVER CLEVELAND: EL OBSTRUCCIONISTA HIPERACTIVO



18 de marzo de 1837, Caldwell, Nueva Jersey - 24 de junio de 1908, Princeton, Nueva Jersey.
Presidencia: 1885-1889 y 1893-1897.
Partido: Demócrata.
Matrimonio: Frances Folsom. Tuvieron cinco hijos.
Formación: no tuvo formación académica.
Profesión: abogado.

UN PAÍS SIN SOCIALISMO

En las elecciones de 1880, que Garfield ganó por los pelos, concurrió un tercer candidato, James B. Weaver, que cosechó 300.000 sufragios. Surgido en 1874, el partido obrero de los *greenbacks*, que pretendía mantener el valor de los billetes verdes para que los asalariados no perdiesen poder adquisitivo, había tocado techo en los comicios parciales de 1878, en los que obtuvo un millón de votos. Después de 1880 se difuminó.[1] Hacía trece años que Marx había publicado *El Capital*. Quedaban ocho para que la II Internacional certificara la penúltima ruptura en el seno del socialismo, entre el marxismo ortodoxo y las formaciones socialdemócratas. A esta última corriente se sumó finalmente el Partido Socialdemócrata de Alemania, al aceptar las instituciones de la democracia burguesa para reformar, desde dentro, el sistema; en esas fechas se gestaba también el partido obrero socialdemócrata de Rusia, que nacería en el umbral del cambio de siglo y muy alejado de las posiciones moderadas y reformistas que arraigaron en Alemania gracias a Ferdinand Lasalle y después a Eduard Bernstein. El Partido Socialdemócrata Ruso acabaría siendo conocido como el Partido Bolchevique, el minoritario partido autoproclamado «de la mayoría». El resto de fuerzas socialistas europeas, canalizadoras del movimiento obrero, se afianzaban —mientras debatían entre la revolución y la reforma— a la vez que los tradicionales —liberales y conservadores—recelaban de ellos y los mantenían en algunos casos fuera de la legalidad. Estados Unidos fue un caso excepcional. El socialismo nunca echó raíces.

En 1905 el sociólogo alemán Werner Sombart, discípulo de otro sociólogo y pensador mucho más conocido, Max Weber, autor de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, publicó un opúsculo titulado *¿Por qué no hay*

socialismo en Estados Unidos? Sus análisis nos permiten entender el nuevo contexto económico y político americano. Para Sombart, el proletariado estadounidense no necesitaba ser socialista. En los años de la prosperidad, interrumpidos solo por la crisis de 1893, el asalariado era propietario —a lo que contribuyó la expansión al Oeste, argumento que Sombart ignora— y podía ahorrar. En el plano político, los Estados Unidos eran un gran mercado de influencias en el que operaban trust, grandes compañías y dos partidos que monopolizaban las redes clientelares, de modo que las prebendas estaban al alcance de cualquiera que estuviera dispuesto a dar parte de su salario al partido. Respecto de la economía, América no solo era la tierra de las oportunidades, era la Arcadia de la acumulación de la riqueza y el capital. El país producía tanto hierro como el resto del globo y la costa este tenía cincuenta y cinco puertos abiertos al Atlántico.

En 1882, 7.302 bancos disponían de un capital total de más de 712 millones de dólares; en 1904 la cifra se elevó a 18.844 sucursales que poseían casi 1.500 millones de dólares. Los depósitos pasaron de más de 2.785 millones a casi 10.500. En total, en 1905 había cerca de 14.000 millones de dólares en circulación. El resto del mundo disponía de casi 20.000 millones, solo 6.000 más. A finales del siglo XIX operaban en Estados Unidos siete grandes trust. Los más importantes, US Steel Corporation y la Consolidated Tobacco Co. Luego estaban registrados 298 trust menores, pero que controlaban nada menos que 3.426 empresas. Como sostiene Sombart, los magnates hicieron las veces de la antigua aristocracia feudal europea.

Las ciudades crecían y la producción industrial se disparaba. La progresiva acumulación de capital aumentaba la brecha entre ricos y pobres. Pero la idiosincrasia del país permitía desarrollar un espíritu propio: todo el mundo podía ser propietario, por tanto, el destino era un folio en blanco. Con este razonamiento, Sombart corrobora las tesis de su maestro, Max Weber: la ética protestante fortalece el capitalismo. Igualmente, los trabajadores pensaban que no necesitaban un partido, sino un *lobby*. Es más, los americanos estaban llamados a expresar sus opiniones en elecciones con mucha frecuencia y en muchos órdenes (un americano podía llegar a votar 22 cargos en un año, desde los más próximos hasta el presidente). La conciencia de clase no sustituyó a la conciencia de libertad. Además, los obreros eran primero americanos, luego

asalariados. Nunca quisieron transformar el sistema, sino implementar mejoras progresivas (en cuanto a horarios, aumentos salariales y nacionalización de servicios, sobre todo). A ello se dedicó la Federación Americana del Trabajo, creada en 1886 y que pasó de tener de 272.315 afiliados en 1896 a 1,7 millones en 1904.

De todos modos, que no hubiera socialismo no quiere decir que no existiera lucha obrera o sindicalismo, ni que no consiguieran logros. De hecho, en 1886, la Administración Cleveland aprobó la Ley Foran, que prohibía la inmigración de trabajadores previamente contratados. Con esta medida se trataba de evitar que descendieran los salarios. La lucha sindical estaba permitida si no tenía un carácter político, es decir, si se circunscribía a la empresa y no se convocaban huelgas generales. En 1869 se había creado la Knights of Labor, una «noble y sagrada Orden de los Caballeros del Trabajo» para dignificar el trabajo desde la cooperación y solidaridad entre trabajadores y propietarios, excluyendo a los de capital y los financieros.

Las huelgas de 1884 y 1885 contra el magnate del ferrocarril Jay Gould fueron un éxito y permitieron extender la popularidad de la Orden. Entre ese verano y el siguiente pasó de 104.00 a 703.000 militantes, según cifras de Aurora Bosch. En marzo de 1886 fracasó un nuevo desafío a Gould y comenzó su declive. En mayo de ese año, el día internacional del trabajo, una bomba lanzada por unos anarquistas mató a siete policías y otros tantos civiles en Chicago. Otros siete anarquistas fueron condenados a muerte. Todos alemanes, excepto el militante de los Knights of Labor. Solo cuatro pasaron por el patíbulo en noviembre de 1887; uno se suicidó y a dos se les conmutó la pena por cadena perpetua. Fue el final del recreo anarquista y del coqueteo americano con el comunismo. La Justicia fue implacable con cualquier otro alboroto, algarada o insurrección sindical. El idealismo de los Knights of Labor se diluyó y las organizaciones sindicales que lo sucedieron tampoco cuajaron. El movimiento obrero no era unitario, se mostraba divido por sectores, cualificación y nacionalidad de los trabajadores. Solo emergió al comienzo del segundo mandato de Cleveland, cuando los Estados Unidos atravesaron una nueva crisis, la más profunda hasta el momento, porque era consecuencia de la más incontrolada especulación.

LA PESADILLA DEL TAMMANY

Había llegado la hora de los demócratas. Cleveland era el hombre adecuado. Su honestidad estaba fuera de toda duda. Se había enfrentado, como gobernador de Nueva York y alcalde de Búfalo, al poderoso Tammany Hall. No obstante, la pugna electoral iba a ser dura, y sucia. El futuro presidente llegó a la convención demócrata de Chicago de julio de 1884 como el gran favorito. Menos los despechados delegados neoyorkinos del Tammany, ningún estado cuestionaba su nominación. La furibunda oposición de la red clientelar de Nueva York dignificaba su candidatura. Un delegado de Wisconsin dijo en público que el partido le respetaba «no solo por ser él, ni por su carácter, integridad, juicio o contundencia, sobre todo lo quiere por los enemigo que tiene». El programa que aprobó la plataforma incluía la revisión a la baja de los impuestos —excepto para los bienes de lujo—, una política monetaria restrictiva, mantener las cortapisas a la inmigración china y medidas protectoras de determinados derechos de los trabajadores.

Ya sabemos que los republicanos no tenían mucho donde escoger. Optaron por James G. Blaine, un «mestizo» metido en negocios turbios en el suculento mundo del ferrocarril. En 1876 un funcionario, James Mulligan, ya le había puesto en serios apuros aireando unas cartas en las que Blaine prometía favores a empresarios. Blaine declaró en el Congreso. Leyó solo extractos de algunas y no acertó a dar una explicación coherente. En fin, eran otros tiempos y los congresistas hicieron la vista gorda. Sin embargo, los demócratas, decididos a hacer gala de la ejemplaridad —Cleveland repetía «un cargo público es un deber público»—, no pasaron por alto el asunto durante la campaña. Vio la luz una de las cartas, que incluía la siguiente postdata: «Queme esta carta». Los partidarios de Cleveland entonaron el siguiente himno de campaña: «¡Blaine!, ¡Blaine!, ¡James G. Blaine! / ¡Gran mentiroso del estado de Maine! / PD: Queme esta carta». La convención republicana fue un mes antes que la demócrata. Los independientes y reformistas republicanos no estaban dispuestos a secundar a Blaine ni siquiera con la nariz tapada. Si el Partido Demócrata presentaba el candidato correcto, lo apoyarían, no les importaba que la prensa republicana les ridiculizara como «los indefinidos». Alguien invitó a Conkling a hacer campaña por Blaine. Su eterno adversario dentro del partido rehusó: «No me interesan los

asuntos criminales».

Como el Partido Republicano no pudo encontrar trapos sucios en la vida pública de Cleveland, decidió husmear en su vida privada. Y le halló un hijo ilegítimo: *Ma, Ma, whre's my pa?/ Gone to the White House, ha, ha, ha*, se burlaban en los mítines. El candidato demócrata nunca lo negó. Es más, admitió que mantenía al chico, probablemente fruto de una relación con la viuda María C. Halpin, aunque el propio Cleveland tenía serias dudas de que fuera suyo. Posteriormente, Cleveland fue el primer presidente que se casó en la Casa Blanca. Fue el 2 de junio de 1886. Él tenía cuarenta y nueve años y su prometida, Frances Folsom, veintiuno. Era la hija de su amigo Oscar, probablemente amante de María C. Halpin (el hijo ilegítimo de Cleveland se llamaba Oscar Folsom Cleveland). Oscar murió en 1875. La pequeña Frances tenía once años. Cleveland se ocupó de ella.

En una campaña marcada por el umbral ético de los candidatos, Blaine no tenía nada que hacer. Máxime si Cleveland encajaba con naturalidad los golpes que le propinaban las malas lenguas y los periódicos que publicaban detalles de su relación con María. El futuro candidato presidencial, el congresista de Ohio William McKinley, le acusó de no ser nadie en su partido, pero no era cierto, era mucho: la pesadilla del Tammany: «He buscado durante seis semanas un demócrata que me dijera qué hizo Cleveland por su país y su pueblo y no he encontrado a ninguno».

Por si fuera poco, el reverendo Samuel D. Burchard le dio la puntilla al cabeza de cartel republicano. En un mitin protestante en Nueva York se arrancó con la siguiente lindeza: «Somos republicanos y no dejaremos que nuestro partido se identifique como el partido del ron, el catolicismo y la rebelión» (*rum, romanism, rebelion*). El Partido Republicano se despidió del voto irlandés.[2] En 1884 perdió Nueva York por poco más de 1.000 papeletas. Durante el otoño, cuando los niveles de paro eran elevados, Blaine apareció en varias cenas y actos públicos con los grandes magnates del momento, entre ellos el odiado Jay Gould. El Partido Republicano perdió durante justamente un siglo el voto de los trabajadores. De todos modos, Cleveland se impuso en las elecciones por menos de 100.000 sufragios; ganó en veinte estados —Blaine en dieciocho— y obtuvo 219 votos de electores del Colegio —Blaine, 182—. En su discurso inaugural, el 4 de marzo de 1885, prometió ejemplaridad. «Cada ciudadano será un escrutador

del servicio público, velará por la fidelidad a la ley y utilidad de cada funcionario [...]. Es el precio [el deber] de nuestra libertad y la inspiración de nuestra fe en la República».

En noviembre de 1885 el vicepresidente, Thomas Andrew Hendricks, falleció, provocando una pequeña crisis institucional. La sucesión automática del vicepresidente era un supuesto no contemplado en la Constitución. El artículo segundo establece que si el presidente muere le sucede el vicepresidente, y que si ambos son destituidos, mueren o renuncian, el Congreso designa sucesor. Durante doce días, hasta que el Senado se decantó provisionalmente por el republicano John Sherman como presidente de la Cámara, el cargo de presidente careció de sucesor, en cuya designación no intervino el presidente. De tal modo que en 1886 Cleveland impulsó la Ley de Sucesión Presidencial, fijando la sucesión automática en el titular del departamento más antiguo del gabinete (en ese momento, el secretario de Estado, del Tesoro, de Guerra y el fiscal general del Estado).[3] Muchos años más tarde, primero una ley promulgada en 1947 por Truman y posteriormente la Vigesimoquinta Enmienda de la Constitución cambiarían este orden de prelación y otorgarían al presidente la facultad de elegir a su vicepresidente.

EL PEOR MOMENTO PARA REGRESAR

Grant dejó hacer a su gabinete y Hayes y Arthur dejaron hacer al Congreso. La ley sobre tarifas de Arthur salió descafeinada por ser el resultado de un acuerdo entre los dos partidos. Cleveland tenía muy claro su propósito: quería ganarse a los trabajadores pero no a costa de la quiebra del Tesoro, de subir los impuestos y mucho menos de hacer un país más centralizado. Ante todo era demócrata, y los demócratas recelaban de un poder federal fuerte. Vetó cientos de leyes sociales porque consideraba que era injusto arruinar a la nación: la autoridad federal no debe «extenderse para aliviar sufrimientos individuales [...]. La ayuda federal [...] fomenta expectativas de un cuidado paternal de parte del gobierno y socava la robustez del carácter nacional». Consideró, por el contrario, que el Estado debía socorrer a los veteranos de guerra y miembros de la Armada, pues su situación o desgracia era consecuencia de su servicio público. Parecía que su verdadero enemigo era el Congreso. Al final de sus mandatos, la presidencia había recuperado gran parte de la pujanza perdida con sus cinco predecesores.

El paternalismo estaba reñido con la autonomía de los estados. Como subraya Morison, «hasta tal punto [los demócratas] eran el partido de los derechos estatales y el gobierno limitado que el republicano Tom Reed preguntó: "¿No son otra cosa que un *no* organizado?"». El historiador americano De Santis sostiene que gran parte de su reputación y sus logros se cimentaron sobre la animadversión y el obstruccionismo. Le llama el «presidente negativo», pues creía que su obligación no era tanto hacer cosas como prevenir que sucedieran otras nefastas. De modo que su prestigio —es el presidente mejor valorado entre todos los que habitaron la Casa Blanca entre Lincoln y Theodore Roosevelt— se debe más a su rectitud, sentido del deber y firmeza que a sus logros.

En diciembre de 1887, en el mensaje de su tercer año de mandato, declaró que había llegado el momento de bajar las tarifas sobre el comercio, de acabar con esa «indefendible extorsión», esa «viciosa, desigual e ilógica fuente de innecesaria fiscalidad». Los republicanos resolvieron bien la defensa de las tarifas elevadas: protegían el comercio interno, la industria doméstica, las manufacturas y por tanto los salarios de los trabajadores. Cleveland llevó su propuesta a la campaña para su reelección.[4] Podía esperar porque nada hacía presagiar que perdería contra el candidato republicano. La convención de San Luis de 1888 fue un paseo. No tuvo oposición ni fue necesaria votación alguna. La plataforma respaldó el programa de Cleveland de reducción de impuestos. Los republicanos apartaron a Blaine, que no rehusó hacer campaña por Benjamin Harrison, el nieto del héroe de Tippecanoe. No hubo fisuras en la formación. No pasó lo mismo en el Partido Demócrata. Cleveland ganó ajustadamente en el total del voto popular, pero perdió la elección en su propio estado gracias a las artimañas del Tammany, que se cobraba una fría y sabrosa venganza. Los 36 votos electorales de Nueva York volaron hacia Harrison y contribuyeron a decantar la elección del Colegio.

Cualquier otro se habría retirado definitivamente. Cleveland era combativo y testarudo. Su padre, licenciado en Yale, murió cuando él tenía dieciséis años. Había dejado nueve huérfanos. Por eso no pudo continuar sus estudios de Humanidades. Al principio quiso compaginarlos con su trabajo como editor. Luego fue más práctico y se centró en formarse en leyes en un despacho de abogados. A los veintidós años empezó a ejercer. En 1871 fue nombrado *sheriff* del condado de Erie; en 1873 ganó la Alcaldía de Búfalo y en 1885 ya era

gobernador de Nueva York. Sus mandatos fueron intachables. Su prestigio estaba intacto después de su primera presidencia, de modo que entendió su derrota en 1888 como un accidente.

Volvió a la carga en 1892 y el partido le recibió con los brazos abiertos. Para casi todos era el «candidato del pueblo, el ciudadano honesto, el ídolo de las masas del partido», como proclamó el gobernador de Nueva Jersey. Enfrente, como siempre, el Tammany Hall. Superado el sempiterno escollo, de nuevo a las urnas contra Harrison, al que derrotó por casi 400.000 votos. Hubo una tercera fuerza, el Partido Populista, heredero del partido obrero de los *greenbacks*, que rascó un millón de votos y obtuvo sólidos apoyos en el Oeste, donde los votantes se mostraban a favor de acuñar libremente monedas de plata, algo que rechazó Cleveland. De hecho, en su discurso inaugural, en marzo de 1893, se reafirmó en su posición: una moneda estable era fundamental para mantener la supremacía económica del país. La depreciación era un peligro. Y concluyó: «la mejor lección que hemos aprendido de [los cuatro años de] paternalismo es que el pueblo no lo apoya».

Sea como fuere, su segundo mandato estuvo marcado por los efectos de la crisis y no dio para mucho más. Cuando tomó posesión ya se había desatado el pánico. En febrero quebró la empresa de ferrocarriles de Filadelfia y arrastró a otras grandes compañías —incluida Union Pacific— vinculadas al sector, de por sí colapsado. La bolsa se vino abajo, los bancos reclamaron sus créditos y las reservas de oro disminuyeron; las malas cosechas y la depresión agrícola iniciada en 1887 en el Sur y el Oeste no ayudaron nada; tampoco la recesión en Europa, donde solo Inglaterra escapó a la fiebre proteccionista. Miles de empresas fueron a la bancarrota y 2,5 millones de trabajadores al paro. De 158 bancos que desaparecieron, 153 eran del Sur y del Oeste. Se produjeron revueltas allí donde mejor había cuajado el movimiento obrero, sobre todo en Chicago. Entre 1893 y 1898 se convocaron 1.200 huelgas. Los cuatro años de crisis condicionaron fatalmente su presidencia.

En 1893 revocó la inútil Ley Sherman, tras un acalorado debate en el Congreso. La norma no había conseguido el propósito de mantener el precio de la plata y además estaba provocando el descenso de las reservas de oro. El Partido Demócrata se dividió en dos: los monometalistas del Este, llamados «los chinches del oro», y los platistas del Sur y del Oeste. Su revocación no arregló

gran cosa. Dos años más tarde Cleveland decidió vender bonos convertibles en oro a J. P. Morgan y otros banqueros de Wall Street. Quería estabilidad a toda costa, y los grandes banqueros eran los únicos que podían sostener el Tesoro, acuciado por quienes querían cambiar su plata por oro. El Tesoro ya no tenía obligación de comprar plata pues la Ley Sherman había sido derogada, pero no podía dejar en la estacada a todos los pequeños campesinos que la poseían. La cuarta emisión de bonos, en 1896, paró la sangría, aunque no evitó que en el Sur y el Oeste populistas y demócratas se aproximaran peligrosamente. Cleveland pasaba por un traidor para los platistas. El partido del Sur perdía sus feudos tradicionales.

Entre tanto libraba su penúltima batalla: gracias al trabajo del congresista William L. Wilson, en 1894 pudo bajar las tarifas introducidas por McKinley durante la presidencia de Harrison; sin embargo, tuvo que tragar los sapos de otros impuestos indirectos aprobados por el Senado, liderado además por un demócrata de Maryland, Arthur P. Gorman. Cleveland no había cambiado de opinión: los aranceles eran un robo. De modo que se negó a firmar la ley aunque no la vetó. De aquellos debates salió un coctel de subidas y rebajas de impuestos. Una de las subidas que gravaba rentas superiores a 4.000 dólares fue declarada inconstitucional al año de aprobarse, en 1895.

Los más tremendistas dicen que ese año de 1894 la democracia americana se situó al borde del precipicio. El deterioro económico sembró de protestas el país, casi todas dirigidas contra los magnates del ferrocarril. Un ejército de desocupados liderados por Jacob Coxey, un cantero de Ohio, marchó sobre Washington. Pedían créditos sin intereses y trabajo garantizado. Coxey y muchos de sus desesperanzados muchachos fueron arrestados cerca del Capitolio. Cleveland, en contra de la opinión del gobernador Altgeld, envió tropas federales para reducir a los huelguistas en Illinois y restablecer la circulación de los trenes. En 1894 el equilibrio entre demócratas y republicanos se rompió definitivamente. Durante los siguientes dieciséis años los republicanos dominaron las dos cámaras. Y en el primer tercio del siglo xx los demócratas solo gozaron de mayoría en tres legislaturas.

Los demócratas llegaron divididos a la convención de 1896. Como no podía ser de otro modo, Cleveland respaldó al candidato del oro, es decir, al oficial; o sea, al perdedor. Las masas demócratas clamaban por William Jennings Bryan.

Pero esa historia pertenece a la presidencia de McKinley, el gran beneficiado de la escisión en las filas demócratas. Luego se retiró a dar clases en la Universidad de Princeton. Formó parte del equipo rectoral y en ocasiones se enfrentó al presidente del centro, el futuro presidente Woodrow Wilson. Escribió en el *Saturday Evening Post* y presidió la Asociación de Compañías de Seguros de Vida.

En 1908 su salud se deterioró. Tenía reuma y dolores abdominales. En cuestión de meses su vida se apagaba. En la tarde del 23 de junio sabía que moriría pronto y quiso dejar testamento político oral: «He intentado con todo mi empeño hacer lo correcto», balbuceó. Falleció a la mañana siguiente, el 24 de junio de 1908. Venezuela izó su bandera a media asta. No en vano, había apoyado al país centroamericano en su disputa territorial con Gran Bretaña. El escritor Mark Twain le dijo en vida que su «gran virtud fue ganarse el respeto de media nación y la enemistad de la otra media». El gran «tío Jumbo», ese hombre horondo, tozudo y tenaz superó un tumor en su boca. Le operaron al comienzo de su segundo mandato. Nadie se enteró. La prensa husmeó pero la Casa Blanca mantuvo el celo. No se supo nada hasta 1917. Para Wilson, Cleveland podía ser el presidente del liderazgo negativo, cierto, pero antes de su llegada a la Casa Blanca «no albergaba esperanza de futuro para un cargo devaluado» y Cleveland le dotó de renovado protagonismo y «jugó un destacado y decisivo papel en el silencioso drama de nuestra vida como nación».

[1] Le sucedió el Partido Socialista (el 20 por ciento de sus delegados eran extranjeros), que pasó de 403.338 votos a 98.417 en las presidenciales de 1900. Antes, a las elecciones de 1892 se presentó el Partido Populista, liderado también por James B. Weaver y, por tanto, en gran medida, heredero del partido obrero de los *greenbacks*. El Partido Populista integró a granjeros y campesinos del Sur y del Oeste y a los Knights of Labor, que enseguida conoceremos. En definitiva, pequeños propietarios y burgueses asfixiados por los impuestos y la protección a las grandes empresas. Entre sus demandas: libre acuñación de dinero —en plata —, creación de cajas de ahorro, nacionalización de las empresas de comunicaciones y transportes, jornada laboral de ocho horas, quitar la propiedad a grandes corporaciones, elección directa del presidente y recurrir con mayor frecuencia al instrumento del referéndum. En 1893 obtuvieron 1.041.028 votos. Pasó a 1,5 millones en las elecciones al Congreso de 1894 y desapareció del mapa dos años después.

[2] En la campaña de 1888, el embajador británico en Estados Unidos, sir Lionel Sackville-West recomendó votar a los demócratas. Se dice, más como anécdota que como análisis, que esto volvió contra Cleveland el voto irlandés. En cualquier caso, sería solo por esta vez. Los irlandeses ya votaban demócrata y lo siguieron haciendo en adelante.

[3] Ese año de 1886 se erigió, en la ciudad de Nueva York, sobre un pedestal de 47 metros, la Estatua de la Libertad, diseñada por el escultor francés Frédéric Auguste Bartholdi. Con 92,9 metros, pasa por ser la

estatua más alta del mundo. Fue un regalo del gobierno de Francia al americano por la conmemoración de un siglo del reconocimiento de la independencia. El presidente Cleveland la inauguró en octubre.

[4] Antes, ese mismo año aprobó la Ley Hatch, que completaba la Ley Morrill de Lincoln, por la cual se destinaban fondos federales para el establecimiento de propiedades agrícolas; la Ley Dawes Severalty, por la que se concedió la ciudadanía a determinadas tribus indias, al tiempo que se protegía sus reservas; y creó la Comisión de Comercio Interestatal, una institución sin demasiadas competencias encargada de velar por la transparencia en la concesión de obras de ferrocarril y proteger a los pequeños empresarios frente a las grandes corporaciones.

23. BENJAMIN HARRISON: EL ICEBERG DISCRETO



20 de agosto de 1833, North Bend, Ohio - 13 de marzo de 1901, Indianápolis, Indiana.
Presidencia: 1889-1893.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Caroline Lavinia Scott. Tuvieron dos hijos (Rusell y Mary). Tras enviudar se casó Mary Scott Lord Dimimick, con quien tuvo una hija, llamada Elizabeth.
Formación: Universidad de Miami (Ohio).
Profesión: abogado.

INTRUSO ENTRE LOS DOS MANDATOS DE CLEVELAND

El panzudo Benjamin era frío, áspero y distante. Hablaba poco y se mostraba implacable con sus subordinados. Detestaba la incompetencia y buscaba la raíz de los problemas, lo que para muchos era una manera de sortearlos. Prestaba atención a los detalles y odiaba perder el tiempo, aunque tantas veces se lo tomara para decidir. Como reconoció James G. Blaine, las urgencias no iban con él. Tampoco especulaba ni entraba en la refriega partidista. Carecía de carisma pero se ganó el respeto de sus colaboradores. Era un contenedor de «decencia política» y sobre todo el último de una saga de columnas de la República: biznieto de un firmante de la Declaración de Independencia; nieto del presidente breve y héroe inmortal de las guerras contra Inglaterra y contra los indios, William Henry Harrison, e hijo del congresista John Scott Harrison —único americano padre e hijo de presidente.

En cierto modo repitió la historia de su abuelo, pues tampoco era demasiado conocido cuando fue nominado. William Henry tuvo que romper el *hechizo Jackson*; Benjamin vino para recuperar el honor perdido de los republicanos. No poseía un currículum brillante ni demasiados méritos, más allá de pertenecer a un estado *swing* —péndulo— y haberse ganado el respeto del republicanismo de pata negra, la vieja guardia que llevó al Norte a la victoria en la Guerra de Secesión. En 1871 Grant le requirió para recurrir en el Tribunal Supremo el caso de Lambdin P. Milligan, un militar injustamente condenado por un jurado castrense cinco años antes y que ahora solicitaba una indemnización por daños y perjuicios. Harrison lo hizo con convicción y éxito y se erigió en un símbolo para los veteranos de la contienda. Es más, en esos años se declaró a favor de privar de derechos a «quienes ultrajaron la bandera de la Unión» y se decantó

por el programa radical de reconstrucción. Ahora había recuperado el espíritu whig. Para Theodore Roosevelt no era más que «un viejo salmo de Indiana, de sangre fría y mente estrecha».

De cualquier modo, Harrison tenía las ideas claras, o al menos sabía las directrices del programa que iba a defender. Y así es mucho más fácil convencer a los electores. Se impuso a Cleveland en su propio terreno: sostuvo que los impuestos altos y las tarifas a los aranceles generaban prosperidad. La prensa republicana hizo el resto. Con aquello del hijo ilegítimo de Cleveland no tuvo éxito porque era una minucia en comparación con los apaños de Blaine; pero esta vez sí golpeaban donde dolía: recordaron que Cleveland nunca sirvió a la Armada de la Unión e insinuaron que se fue de pesca el Día de la Memoria de 1888. Al mismo tiempo, los periódicos próximos al aguerrido Harrison se esforzaron por almidonar su imagen.

Tras ganar las elecciones y colarse entre las dos presidencias de Cleveland, centró sus cuatro años de mandato en dos asuntos: los impuestos y promover una ley antimonopolio. No fue sensible a las demandas de los trabajadores y perdió la reelección, a la que se presentó por su sentido del deber, pues nunca se sintió muy cómodo en la Casa Blanca. Acaso tampoco en la política. Como él mismo decía, su fracaso en 1892 se debió a que no llevaba «aguijón». Su nominación en 1888 fue producto de las circunstancias. Estaba en el lugar adecuado y en el momento justo. Para albergar alguna esperanza de derrotar a Cleveland, los republicanos necesitaban un candidato de consenso, que no levantara ampollas, poco «ofensivo». El propio Blaine propuso su nominación. Luego obtuvo su recompensa: volvió a ocupar la Secretaría de Estado. Abandonó el cargo en junio de 1892, enfermo y desolado aunque con fuerzas suficientes como para concurrir a la nominación republicana de Minneapolis. En el último año había perdido a dos hijos, y todavía perdió un tercero antes de morir, en enero de 1893.

A partir del momento en que Blaine lanzó su propuesta se puso en marcha la engrasada maquinaria de la convención para atornillar su candidatura. Estado a estado, los avales llegaron primero y principalmente de Indiana, después de Nueva York y Texas. Al recuento final optaron seis candidatos, pero solo Harrison y Sherman, los dos propuestos por James G. Blaine, albergaban posibilidades. Fue un ejercicio de ingeniería política durante el cual el candidato principal se mantuvo en segundo plano. Todavía el Partido Republicano defendía

el gobierno central fuerte, de tal suerte que era partidario de destinar fondos federales para educación y pensiones de los veteranos de la Armada.

La elección de noviembre concilió a los ciudadanos americanos con la política: «No recuerdo ninguna otra contienda electoral en la que ambos candidatos mostraran tan altas dosis de dignidad y decencia como Harrison y Cleveland», escribió un viejo editor republicano que había vivido muchas campañas. Ya sabemos que el talón de Aquiles de Cleveland fueron el Tammany y Nueva York. Además, los republicanos ya habían hecho su trabajo de desgastar al presidente Cleveland desde su mayoría en ambas las cámaras, con el implacable Tom Reed, *El Zar*, como líder. En febrero de 1890, Thomas Brackett Reed puso en marcha las Leyes Reed, que permitían al presidente acelerar la aprobación de disposiciones que contaran con apoyo mayoritario en el Congreso. Fue una ventaja con la que no contó Cleveland, que tuvo que dedicar su primera presidencia a desviar los balones que lanzaba el legislativo.

Harrison había hecho carrera profesional y política en Indiana. Primero como abogado, desde 1854; después como fiscal de Indianápolis y letrado de la Corte Suprema del estado; finalmente como senador, entre 1881 y 1887. Antes, en 1876, había perdido las elecciones a gobernador. En 1880 encabezó la delegación de Indiana en la convención republicana. Apoyó a Garfield. Cuando llegó su turno y anunció en Detroit, en febrero de 1888, su candidatura a la convención deslizó inteligentemente: «Soy un hombre de Estado muerto», pues no era próximo al aparato del partido, «pero soy un republicano rejuvenecido y vivo». Dio con la tecla: traía aire fresco al partido: «Republicanismo rejuvenecido» fue su eslogan. Atribuyó su victoria a la intervención divina, aunque su director de campaña, el «sombrío» Matt Quay, fue mucho más realista y reconoció en privado que el presidente «ignoraba lo cerca que muchos estuvieron de prisión por llevarlo a la Casa Blanca».

EL CONGRESO DE LOS 2.000 MILLONES

La primera mitad de la presidencia de Harrison fue bastante activa —y generosa en el gasto—. Los republicanos disfrutaban de una cómoda mayoría en el Congreso. Los críticos con su gestión sostienen que sus leyes trajeron,

aceleraron o agravaron la crisis que le estalló a Cleveland en 1893. En 1890, antes de que los demócratas recuperaran en noviembre el control de la Cámara de Representantes, Harrison y los republicanos habían sacado adelante todas las leyes importantes de su Administración: la de Pensiones para los mutilados y veteranos de guerra; la Ley Sherman Antitrust, para frenar los abusos de los monopolios; la Ley Sherman de Compra de Plata y las Tarifas McKinley. Las dos primeras le proporcionaron popularidad. Las otras erosionaron su mandato.

La Ley Antitrust trataba, por primera vez, de poner freno a los desmanes y monopolios empresariales. Era una promesa electoral que Harrison recuperó en el discurso inaugural: «Las grandes corporaciones deben cumplir escrupulosamente con la legalidad». Tipificó como delito las prácticas monopolísticas y el *dumping*. Las penas variaban entre multas de 5.000 dólares y un año de prisión. Para el ponente, el senador Sherman, la concentración empresarial no solo constituía un ataque contra la libertad de comercio, sino contra la prosperidad de los Estados Unidos. Sin embargo, la ley fue vaga en su redacción y, por tanto, no muy efectiva, al menos hasta las presidencias de Theodore Roosevelt y William Howard Taft. En 1914, con Wilson en la Casa Blanca, el Congreso la reforzó.

La influencia del senador de Ohio no se paró aquí. También apadrinó la polémica Ley de Compra de Plata con la que los republicanos del Norte y Este trataron de compensar a los platistas del Sur y Oeste por la aplicación de las tarifas McKinley. La medida obligaba al Tesoro a comprar a precio de mercado 4,5 millones de onzas de plata al mes, lo que equivalía a casi toda la producción del metal. El Tesoro emitió pagarés que los titulares podían cobrar en oro o plata. El propósito era mantener, en la medida de lo posible, la paridad entre los dos metales para beneficiar a los platistas. La incorporación a la Unión, entre 1889 y 1890, de seis nuevos estados del Oeste —Dakota del Norte, Dakota del Sur, Montana, Idaho, Washington y Wyoming— reforzó la presencia de los platistas en el Congreso. Los propietarios de los pagarés, que reivindicaban el valor de la plata, los cobraron mayoritariamente en oro. El Tesoro vio peligrar sus reservas, Cleveland acudió al rescate en su segunda presidencia y derogó la ley.

Según Morison, la Ley Sherman constituyó un rotundo fracaso: no revalorizó la plata ni frenó la caída de los precios de los productos agrícolas. Sin embargo, los platistas insistían en que se debía permitir la acuñación ilimitada de plata.

Los defensores del patrón oro creían que tratar de mantener el precio de la plata de manera artificial era un despropósito, y los bimetalistas no eran más que biempensantes, cuyo programa se basaba en que los Estados Unidos pudieran controlar el precio de la plata y apartar del mercado a especuladores, algo inviable, puesto que el país solo poseía un tercio de la producción mundial. Unos y otros se acusaron de usureros y el asunto le reventó al Partido Demócrata: Cleveland tomó partido por los «chinches del oro» y los demócratas perdieron apoyos en estados decisivos. Era la nueva manifestación de un problema viejo: los intereses económicos del Norte y del Sur tendían de nuevo a divergir. El presidente McKinley adoptó el patrón oro en 1900.

Fue McKinley —como Sherman, también congresista de Ohio— quien presentó en la Cámara de Representantes el nuevo arancel proteccionista. Su ley lo elevó al 48 por ciento. Nunca antes se había pagado tanto en las aduanas. Se aplicó sobre productos no manufacturados y agrícolas.[1] Precisamente pretendía proteger la producción agrícola, pero el efecto fue demoledor. El azúcar —en su mayoría importado de Cuba— estaba exento, aunque se le aplicó una tasa solidaria con los productores. Las importaciones decrecieron, el comercio se contrajo, los precios en general y los agrícolas en particular se dispararon y comenzó la recesión. Hay quien interpreta que los impuestos les costaron a los republicanos la mayoría en el Congreso en 1890. Por si fuera poco, la Administración Harrison fue un «prodigio» de gasto con sus planes de ayudas a distintos sectores y colectivos. De ahí que los demócratas se refiriesen a la legislatura como el «Congreso de los 2.000 millones de dólares». Ese año, casi en la mitad del mandato de Harrison, el Tesoro tenía superávit. En 1894, tras el primer año de crisis y de Cleveland, ya era deficitario.

Fue el primer presidente que se ocupó más de los asuntos extranjeros que de los internos, sobre todo en la segunda mitad de su presidencia. De hecho, el sustituto de Blaine al frente de la Secretaría de Estado fue John W. Foster, de Indiana, un reputado diplomático de dilatada experiencia y de la total confianza de Harrison. Había sido ministro en México, Rusia y España. Si Blaine ya se había dedicado concienzudamente a los asuntos panamericanos,[2] Foster, autor de *Una centuria de diplomacia americana*, negoció la incorporación de Hawái. Hacía mucho tiempo que el archipiélago era objeto de deseo estadounidense. En 1805, un capitán británico reconocía que era un «hervidero comercial» de

Estados Unidos, que siempre consideró a las islas como un centro neurálgico de comercio en el Pacífico. Allí fueron a parar aventureros, misioneros, marineros y hacendados desde comienzos del siglo XIX. Como señala Thomas Bender, «el reverendo Samuel Chenery Damon, dueño de la biblioteca que usó Melville [autor de *Moby Dick*], publicó un periódico en Honolulu para mantener la cohesión y fortalecer el mundo norteamericano del Pacífico Sur. Foster apoyó tácitamente un golpe de Estado contra la reina Liliuokalani y cerró el Tratado de Anexión de 1893. Ese año Japón emergía como gran potencia en el Pacífico y Estados Unidos temía que se hiciera con las islas. En aquellos momentos Harrison y luego McKinley pretendían la anexión de Filipinas. La posesión de los dos archipiélagos garantizaría la hegemonía comercial en la zona norte del Pacífico.[3] Cleveland no estuvo por la labor, condenó la complicidad americana con el derrocamiento de la reina de Hawái y retiró del Senado el proyecto de Tratado de anexión. Como enseguida veremos, McKinley retomó la iniciativa de Harrison.

El presidente compitió por la nominación republicana de 1892 contra Blaine y McKinley, su sucesor natural. El partido mantuvo su programa: impuestos altos, inquietante bimetalismo y restricciones a la inmigración. En política exterior apoyó el autogobierno de Irlanda[4] y a los judíos frente a la represión zarista en Rusia. Harrison obtuvo el respaldo de su partido y McKinley aprovechó la campaña para darse a conocer, pensando en 1896. El escenario era idéntico al de cuatro años antes, solo que ahora los electores sabían perfectamente quién era quién: votaban por dos presidentes. Y ambos eran suficientemente creíbles. La incógnita era el Oeste, donde se hizo fuerte el populista James B. Weaver. Un republicano reformista definió así el legado de Harrison: «Hace cuatro años, nuestros funcionarios reformadores de Indiana apoyaron al Partido Republicano; [...] todos mostraron sus preferencias por Harrison. Cuatro años después, tras la experiencia de su Administración, ahora son todos de Cleveland».

Dos semanas antes de las elecciones, el 25 de octubre de 1892, Caroline Lavinia Scott, la esposa del presidente, falleció. Padecía tuberculosis. Los candidatos pararon la campaña. El resto ya lo sabemos. Los ciudadanos dieron una nueva oportunidad al libre comercio: ganó Cleveland. Su rival asistió a la jura del cargo y luego se retiró a Indianápolis. Trató de reponerse de la muerte de

su mujer sumergiéndose en el trabajo. Ejerció como abogado, escribió artículos y dio clases en Stanford. En 1896 se casó con Mary Scott Lord Dimmick, una viuda veinticinco años más joven. El partido le reclamó para la carrera presidencial de ese año. En febrero anunció que no concurriría. Entregó el testigo a McKinley, que lo nombró consejero para Venezuela. Con la mirada puesta en el panel de arbitraje de París, Harrison dio toda una lección de prolijidad y redactó una memoria de 800 páginas para defender la causa del gobierno de Venezuela frente a las reclamaciones británicas. Expuso sus argumentos durante veinticinco horas —en cinco días—. Aun así, en 1899 el tribunal concedió a Gran Bretaña el 90 por ciento del territorio de la Guayana que reclamaba. Falleció el 13 de marzo de 1901 de neumonía. Ese año, su esposa compiló sus papeles, notas y correspondencia; sus lecciones en Stanford, Michigan y otros centros, sus artículos, intervenciones y algún discurso. El título de estas memorias, tan discreto como el autor: *Views of an expresident.*

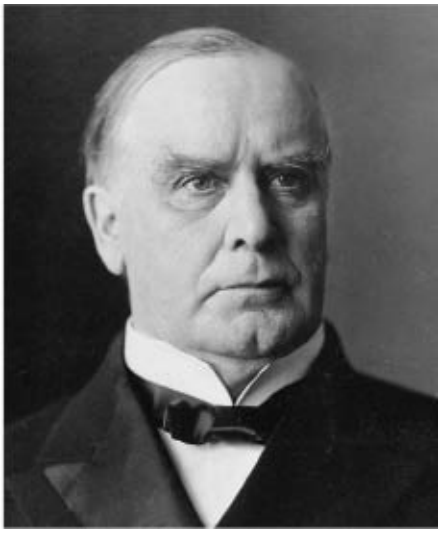
[1] En 1860, la agricultura representaba la mitad de la riqueza de los Estados Unidos. A partir de ese momento perdió progresivamente peso en la economía. Después de la Segunda Guerra Mundial ya solo constituía la quinta parte. Durante la primera Presidencia de Cleveland se creó la Secretaría de Agricultura. Los agricultores y ganaderos se unieron en asociaciones y trataron de constituirse en *lobbies*. Además de las transformaciones económicas, sufrieron la crisis de 1893. Muchos granjeros encontraron cobijo y protección en el Partido Populista.

[2] Durante la Presidencia de Garfield logró librar de gravámenes al 87 por ciento de las exportaciones norteamericanas en la región. Harrison recuperó a Blaine para continuar el plan de unión aduanera panamericana y consolidar la posición de arbitraje de los Estados Unidos en los conflictos internacionales, algo que el resto de países del continente veía con cierto recelo.

[3] Desde 1878, Estados Unidos gozaba de privilegios comerciales en el Pacífico Sur. La disputa por la isla de Tutuila trajo algunos quebraderos de cabeza a las legaciones diplomáticas de Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos, que finalmente se la repartieron.

[4] El Primer ministro liberal William Gladstone presentó en el Parlamento británico, en 1893, la Ley de Autogobierno irlandés. Fue aprobada en la Cámara de los Comunes —donde los liberales y nacionalistas irlandeses eran mayoría—, pero rechazada en la de los Lores. El proyecto fue rebajado a Ley de Gobierno Municipal, que dividía Irlanda en distritos rurales, urbanos y consejos.

24. WILLIAM MCKINLEY: EL LIBERTADOR IMPROVISADO



29 de enero de 1843, Niles, Ohio - 14 de septiembre de 1901, Búfalo, Nueva York.
Presidencia: 1897-1901.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Ida Saxton. Sus dos hijos murieron antes de cumplir los dieciséis años.
Formación: Leyes en Albany (Nueva York). No acabó sus estudios.
Profesión: abogado.

NUEVO SIGLO, NUEVA ERA

Para muchos autores, McKinley fue el primer presidente imperialista de los Estados Unidos. Otros creen que la Guerra de Cuba no fue más que la *lógica* expansión hacia el oeste. En estos términos se expresó Theodore Roosevelt en 1901, año en que sucedió a McKinley: en 1898, el país terminó «la tarea comenzada más de un siglo antes por los rústicos labradores». El presidente americano no podía invocar la Doctrina Monroe, ya que hasta esa fecha Cuba era —y no había dejado de serlo— territorio colonial español, y el compromiso de Monroe atañía solo a nuevas colonias o procesos de recolonización iniciados por potencias europeas. Tampoco podía envolverse en la bandera del destino manifiesto, pues aunque ciertamente en Cuba se ventilaban intereses americanos, especialmente azucareros y en menor medida tabacaleros, la isla estaba lejos de la frontera natural de los Estados Unidos, es decir, fuera de los límites continentales de América del Norte. Así lo entendió Cleveland. Pero no McKinley. Los más benévolos piensan que la guerra fue producto de un cúmulo de circunstancias, a las que habría que sumar una prensa insaciable y ávida de titulares sensacionalistas y una opinión pública convenientemente adoctrinada.

En todo caso, lo cierto es que siempre se entendió que las consecuencias de la expansión hacia el oeste —principalmente la relación con los indios— eran asuntos internos —excepto la guerra contra México—, mientras que nadie discute que la intervención en Cuba fue una decisión de política internacional que además condicionó el siglo xx. No constituyó el fin del aislamiento político, pero sí el acontecimiento que mejor ilustra, más allá de la implicación en Haití, Venezuela o los acuerdos con China, el fin definitivo de la independencia comercial. Por tanto podría entenderse como una decisión para la supervivencia

del modelo: Estados Unidos era un gran mercado que necesitaba ampliar sus fronteras; producía mucho más de lo que podía consumir y ya no funcionaba autónomamente. Así lo corroboró en 1899 el historiador, ganador de un Pulitzer y senador republicano Albert J. Beveridge: «El destino se ha encargado de decidir por nosotros cuál debe ser nuestra política: el comercio del mundo debe ser y será nuestro». De nuevo aparecía, corregido y aumentado, y esta vez para quedarse, el plan de Paine: el comercio como garante de la paz y de la hegemonía americana. Y así lo entendieron 300 banqueros estadounidenses, que solicitaron al secretario de Estado —entonces John Sherman— la intervención inmediata en Cuba. Es más, la expansión era un bálsamo contra el conflicto social. Mientras hubiera tierra libre habría prosperidad para quien la persiguiera. Por último, una corriente historiográfica apuntaba la necesidad de abrir nuevos mercados y, además, compensar la escasa «eficiencia social de los habitantes naturales de los trópicos». Bajo estos parámetros, el resto de la tarea consistía en convencer a la nación de que ni Cuba ni Filipinas podían ser *abandonadas a su suerte*.[1] «El aislamiento no es ya ni posible ni deseable», declaró McKinley.

Durante todo el siglo XIX la relación entre Cuba y España fue áspera. La metrópoli no era capaz de paliar su atraso económico respecto de sus competidores en ultramar y Cuba constituía un mercado cada vez más apetecible para los americanos. La producción de azúcar era un filón y España no sabía qué hacer con los excedentes de capital acumulados en una colonia tan próspera. Tras la muerte de Fernando VII las cosas no mejoraron. España no reconoció el gobierno autocrático del general Tacón y en consecuencia denegó representación a la Isla en las Cortes de 1837, lo que enfrentó al gobierno de Madrid con parte de la elite criolla, que a su vez estaba de uñas con los grupos esclavistas propeninsulares. A comienzos de la década de los sesenta los líderes de la burguesía insular plantearon tres soluciones: independencia, autonomía administrativa o anexión a Estados Unidos.

La Guerra de Secesión debilitó esta última opción. Impelido por esta providencia, el nuevo capitán general de Cuba, el general Serrano, buscó el acuerdo con los criollos y presentó en las Cortes un proyecto autonomista (que no implicaba cesión ni partición de soberanía, sino una reestructuración administrativa que racionalizara el gobierno de la Isla y su relación con la metrópoli). Serrano dejó su plaza en 1862 sin ver culminado su plan. La Unión

Liberal de O'Donnell y el primer Cánovas respaldaron propuestas reformistas. Un aumento de tasas arancelarias del 10 por ciento sobre los productos de la Isla, la contracción de la economía, la quiebra de algunos bancos y, sobre todo la Gloriosa de 1868, precipitaron la sublevación de los cubanos. Apenas un mes más tarde, el 10 de octubre, el ilustrado criollo Carlos Manuel de Céspedes convocó en su hacienda a la Junta Revolucionaria, leyó un manifiesto, liberó a sus esclavos y marchó hacia Yara, donde dio el *grito* revolucionario[2] que aunó los intereses de abolicionistas y criollos contra la esclavitud y por el libre comercio en Cuba. La guerra duró diez años. Martínez Campos sofocó la rebelión. En febrero de 1878 se firmó la paz de Zanjón.

Durante la década siguiente España trató de ordenar el nuevo modelo de relación con Cuba, basado en una mayor autonomía administrativa para la Isla y en la abolición de la esclavitud, que se completó en 1888.[3] Sin embargo, los aranceles impuestos a los productos cubanos seguían siendo fuente de conflicto. En 1890, el 70 por ciento de las exportaciones de azúcar iban a parar a Estados Unidos —de ahí que las leyes arancelarias del entonces senador McKinley excluyeran el azúcar—. Al año siguiente, el secretario de Estado, John W. Foster, y Cánovas cerraron un tratado que convertía a Estados Unidos en el primer socio comercial de la Isla. Cleveland suprimió las exenciones impositivas al azúcar. Paradójicamente, una medida americana aumentó el descontento de los colonos con España: otro contrasentido de la ceremonia de la confusión que fue la Guerra de Cuba.

En enero de 1892 el abogado cubano, hijo de españoles y formado en España, José Martí, fundó en Estados Unidos el Partido Revolucionario. Maura, como ministro de Ultramar, quiso ampliar el censo electoral y reformar la Administración. Era ya demasiado tarde para más ensayos sin fruto. Los independentistas cubanos hicieron lo posible por boicotear un posible acuerdo. Por supuesto, el unionista Partido Español —formado por funcionarios y comerciantes españoles— tampoco puso de su parte. El 12 de enero de 1895 fueron descubiertos en el puerto de Fernandina, Florida, tres barcos americanos cargados de armas dispuestos para zarpar hacia Cuba. En Nueva York, la Junta Revolucionaria de Martí esperaba el momento preciso para proclamar la revolución. Dio la orden el 29 de enero de 1895. El día elegido fue el primer domingo de carnaval. Ese 24 de febrero, entre tanto revuelo, los jinetes no

despertarían sospechas. El Partido Autonomista se pronunció contra los rebeldes. La insurrección había estallado en varios puntos de la Isla. Con la vuelta de los republicanos a la Casa Blanca, en 1896, los independentistas contaron con un aliado de excepción: si pedían libre comercio, McKinley, quien como senador promovió la ley que elevó hasta su máximo histórico los aranceles al comercio y la importación y ya como presidente auspició la Ley de Tarifas Dingley, estaba dispuesto a ayudarles; eso sí, sin entrar en confrontación directa con España.

«¡RECORDAD EL *MAINE*, AL INFIERNO CON ESPAÑA!»

Criollos, negros y blancos pobres unieron sus fuerzas y llevaron a cabo una guerra de guerrillas. Weyler sucedió en enero de 1896 a un conciliador Martínez Campos como comandante en jefe del Ejército Español en la Isla. En mayo de 1895 había caído Martí; el 7 de diciembre murió Antonio Maceo, otro líder de la insurrección. España estaba a punto de apagar el fuego revolucionario. Antes había que apaciguar el entusiasmo americano que, si bien no quería la guerra, sí ansiaba el mercado. La Asociación de la Banca Americana ofreció un préstamo a la Casa Blanca para comprar Cuba. McKinley emprendió negociaciones presionado por los grandes empresarios. La revolución estaba saliendo cara a las empresas americanas: habían perdido ya 100 millones de dólares. En agosto de 1897 Cánovas murió asesinado, Sagasta aceleró el plan reformista pese al recelo de los unionistas residentes en Cuba y, el 15 de febrero de 1898, el *Maine* saltó por los aires.

La explosión del barco viró completamente el curso de los acontecimientos. El *Maine* era un buque de guerra desplazado a Cuba para proteger los intereses de los comerciantes americanos. Murieron 260 militares. Seguramente fue un accidente, pero no importaba. La opinión pública americana clamó venganza, convenientemente instigada por los periódicos sensacionalistas, que sugirieron que pudo ser un ataque o atentado español al tiempo que publicaban imágenes anacrónicas de maltrato a los negros. William Randolph Hearst dictó sentencia: «¡Recordad el *Maine*, al infierno con España!» fue el eslogan con el que el *Journal* de Nueva York llamó al alistamiento de voluntarios. El magnate californiano azuzó a McKinley publicando una carta privada, robada por los

revolucionarios, del ministro español en Estados Unidos a Canalejas. Decía que McKinley era un «débil y oportunista necesitado de la admiración de las masas». El *Journal* tenía su propio buque desplazado a La Habana, el *Bucanner*. Cleveland ya había advertido dos años atrás de que el país vivía una «epidemia de locura», de la que terminó por contagiarse el Partido Demócrata, que solicitó «plata libre y Cuba libre». Una comisión dictaminó que la explosión del *Maine* se provocó desde fuera del barco.

McKinley no quería la guerra pero cedió a la presión y, previo ultimátum, lanzado el día 11 de abril de 1898, el 20 solicitó la aprobación del Congreso (votaron a favor 316 representantes y 42 senadores; y en contra, 6 representantes y 35 senadores) y estableció el bloqueo naval a Cuba; el día 21 dispuso a la Armada para el combate y, en respuesta a la declaración española del día anterior, reconoció el estado de guerra el 25 de abril. No estaba dispuesto a que le tacharan de pusilánime. Desde el principio, Theodore Roosevelt, asistente del secretario de la Armada, adoptó una actitud mucho más belicosa y tuvo por fin su «espléndida guerrita»,[4] como le dijo su amigo John Hay. España dio todos los pasos que pudo hacia la paz pero finalmente se halló en una fatal encrucijada: o reconocía la independencia de Cuba o peleaba por una causa en la que ya no creía. Fue una guerra insensata que no quiso ninguno de los dos gobiernos contendientes.

En mayo de 1898 el almirante Dewey borró del mapa a la flota española en Manila en apenas una hora. El 3 de julio se consumó el desastre en Santiago, el 16 España certificó su derrota y el 12 de agosto cesó el fuego. Algunos historiadores, como Charles Esdaile, sostienen que no fue un paseo triunfal para los americanos; que España pudo hacer frente a su enemigo y que la desproporción entre fuerzas no era tanta. No obstante, asumió muy pronto su inferioridad y cometió errores estratégicos. Ni siquiera tenía un plan. El caso es que España poseía un Ejército adiestrado pero una Armada obsoleta, en una situación lamentable, como reconoció Pascual Cervera y Topete, comandante en jefe español; por el contrario, Estados Unidos disponía de una Armada flamante y poderosa y un millón de voluntarios dispuestos a combatir.

Por el Tratado de París, firmado el 10 de diciembre de 1898, España —que lo ratificó en marzo de 1899— perdía Cuba, Puerto Rico y Filipinas, adquiridas por Estados Unidos por 20 millones de dólares.[5] En suma, los restos de su imperio

y, 50.000 muertos después (la mayoría por enfermedades), quedaba sumida en una depresión colectiva. Mientras, Estados Unidos, que contó 400 bajas, abría una nueva era y consolidaba su supremacía militar. Primero estableció un gobierno militar; el 17 de marzo de 1901 el Congreso aprobó la Enmienda Platt, de ocho artículos, que establecía la nueva relación entre Estados Unidos y Cuba. Los americanos se reservaban el derecho de intervención para garantizar la independencia del país y un gobierno adecuado, así como la supervisión de los tratados comerciales que firmara el gobierno de La Habana y algunas otras medidas que aseguraran sus intereses económicos. El 20 de mayo de 1902 Estados Unidos declaró el fin de la ocupación y reconoció la independencia —todavía muy limitada— de Cuba. Los militares abandonaron el poder y lo cedieron a Tomás Estrada Palma. En la práctica, Cuba era un protectorado de Estados Unidos, que abrió su base militar en Guantánamo en 1903.

UN AMIGO RICO, DOS BALAS MORTALES

El presidente McKinley era un hombre cortés y afable. Abandonó sus estudios a los diecisiete años. Era aplicado y tenaz. Tras una breve convalecencia quiso retornar a la escuela, pero la crisis económica de 1857 golpeó a la familia y tuvo que ponerse a trabajar. Sirvió al Ejército durante la Guerra Civil: combatió en Antietam y, tras la contienda, Hayes elogió su valentía, decisión y habilidad. Se formó como abogado y comenzó a ejercer en 1867. Se casó en 1871 con Ida Saxton, una cultivada joven hija de banquero y nieta del fundador del único periódico de la ciudad de Canton, Ohio. La pérdida de su madre y sus dos pequeños rompió los nervios de Ida. Sus ataques neuróticos y de epilepsia eran cada vez más frecuentes. Uno de ellos le sobrevino durante la toma de posesión de su marido como gobernador de Ohio, en 1892. McKinley cuidó de ella y constituyó un bello ejemplo para todos los esposos de Washington, comentó su amigo, el controvertido empresario Mark Hanna. McKinley era un moralista, un devoto. Para sus partidarios, los aguerridos «camisas ensangrentadas», excombatientes republicanos, convirtió sus inquebrantables convicciones religiosas en una virtud para recuperar el honor de América. Para sus adversarios era un obstinado imperialista, una marioneta en las manos del

todopoderoso Hanna, que movía los hilos de la Casa Blanca en la sombra. John Hay, que fue secretario privado de Lincoln, tenía la experiencia suficiente para saber que «lo que Hanna piensa, McKinley se apresura a hacer».

Como gobernador, McKinley no dudó en enviar a la Milicia estatal para contener las revueltas laborales. Por otro lado, aplicó un impuesto a las grandes corporaciones, aprobó una ley para proveer el transporte de los trabajadores y combatió las prácticas antisindicales de los empleadores. Tras ocho años como congresista y cuatro como gobernador, concurrió en 1896 por segunda vez a la nominación del Partido Republicano. Compitió contra otros cuatro candidatos. Su más directo rival fue Thomas B. Reed, el *zar* republicano de la Cámara de Representantes. Enfrente, en las filas demócratas, se encontró al joven populista de Nebraska William J. Bryan, el *Moisés* que reclamaba el *World* de Nueva York. Los platistas lo tenían todo, aseguraba un editorial del periódico: principios, bandas de música, banderas, entusiasmo, clamor, votos y dirigentes, «pero vagan por los campos como oveja extraviada porque no ha aparecido entre ellos el hombre valiente, audaz, magnético e inteligente» que pueda liderarlos. Pues bien, apareció, pero resultó insuficiente.

Los partidos y los votantes rompieron el mapa electoral: los demócratas del Este no apoyaron ni el *platismo* ni a McKinley. Se hicieron llamar los demócratas del oro o demócratas nacionales y respaldaron a John M. Palmer, de Illinois. Por su parte, los republicanos platistas del Oeste se decantaron por Bryan. El Partido Populista vio satisfechas sus demandas en la convención demócrata de Chicago, de modo que votaron también por Bryan, a quien la poderosa maquinaria propagandística republicana presentó como un peligroso demagogo y socialista. El *Boston Globe*, el *New York World* y el *Baltimore Sun* secundaron a McKinley. Solo Hearst se desmarcó. El distinguido Este no tragaba a Bryan. Los hombres de negocios, tampoco. McKinley gastó tres millones de dólares —hay quien asegura que Hanna le consiguió a su hombre siete millones, otros dicen que dieciséis—. Bryan apenas recaudó, de los propietarios de minas de plata, entre 500.000 y 1,5 millones de dólares. Fue la campaña de los magnates, la primera verdaderamente moderna y mediática en la que Hanna ejerció además como asesor. También se estableció, de manera informal, la figura del secretario de prensa. Desde ese momento, la Casa Blanca se convertiría en una fuente generadora de noticias. En octubre se estrenó *McKinley*

at Home, una grabación de menos de un minuto en la que el candidato republicano aparecía leyendo —la película, claro está, era muda— un telegrama en el jardín de su casa. Ganó McKinley por más de medio millón de sufragios y por 271 a 176 en votos del Colegio. En su discurso inaugural se refirió a Cuba. «No queremos guerras de conquista [...]. La paz es preferible en casi todas las contingencias [...]. Nuestra obligación es la paz [...]. El arbitraje es la mejor manera de resolver los conflictos...». Todo era cierto. Pensaba de ese modo. Sin embargo, el comercio americano necesitaba crecer.

El presidente y el aspirante volvieron a competir en 1900. Para entonces McKinley ya no tenía nada que esconder: recuperó las tarifas a los aranceles, que situó en un 46 por ciento; guerreó con España, compró Filipinas, se anexionó Hawái en julio de 1898 y adoptó el patrón oro en 1900. Además, extendió el área de influencia americana: Tras la Guerra de Cuba, entre 1899 y 1900, los beligerantes del entorno del presidente, liderados por el hiperactivo Roosevelt, publicaron las notas *Open Door*. Eran recomendaciones para completar la hegemonía comercial en el Pacífico, iniciada tras la adquisición de Filipinas. Las notas sirvieron para intervenir en la guerra de los Boxer, en China, que provocó la desestabilización del país y amenazó los intereses comerciales. Estados Unidos quiso imponer el principio de igualdad de acceso a tratados económicos con el país asiático para todas las grandes potencias. Asimismo, pretendió preservar la «integridad administrativa» de China. Estados Unidos no tenía ni potencial ni ganas de imponer por la fuerza sus notas, pero constituyeron una declaración de principios para la zona. Con estas credenciales se presentó a las elecciones de noviembre. Teniendo en cuenta que las existencias de banderas americanas se habían agotado durante la guerra, el candidato del imperio emergente no tenía rival. Además, la economía despertaba precisamente gracias a la expansión, lo que permitió al Partido Republicano sostener con autoridad el eslogan acuñado por el candidato a la vicepresidencia, Theodore Roosevelt: «Cuatro años más de plato lleno para la cena». Esta vez aventajó a Bryan en casi un millón de papeletas (292 votos electorales frente a 155). Los demócratas volvieron a verse reducidos al inquebrantable Sur.

En su discurso inaugural, McKinley justificó la Guerra de Cuba, tendió la mano a España y señaló el camino al nuevo gobierno de la Isla, al que reclamó propiedad, orden, seguridad jurídica y libertad. Era la presentación en sociedad

de lo que luego se traduciría en la Enmienda Platt. No tuvo tiempo de hacer mucho más. El 5 de septiembre de 1901 se encontraba en Búfalo, Nueva York. Se dirigió a los asistentes a la Exposición Panamericana. Defendió de nuevo las tarifas a los aranceles y la extensión de la zona de influencia comercial. Estaba en el punto más alto de su popularidad y seguro de sí mismo. Al día siguiente estaba pletórico, vestido de frac y chistera visitó el Templo de la Música. Allí, un trabajador sin empleo de veintiocho años, anarquista, de Detroit y origen polaco, Leon F. Czolgosz, esperaba su turno para estrechar la mano del presidente. Tenía el brazo derecho vendado, lo que le permitía esconder un revolver calibre 32. McKinley se acercó, tendió su mano y recibió dos tiros a bocajarro. El primero le atravesó el esternón. El segundo, el abdomen. Su biógrafo, Charles S. Olcott, le atribuye unas palabras a la desesperada: «Cuidad de mi esposa». Llegó vivo al hospital. Le practicaron dos operaciones. Durante los primeros días pareció que podía salvarse. Pero el día 11 de septiembre le subió la fiebre. No había nada que hacer. Las heridas se habían gangrenado. El día 13 balbuceó: «Es la voluntad de Dios». Falleció al día siguiente. Tenía cincuenta y ocho años. Czolgosz fue ejecutado en la silla eléctrica el 29 de octubre de 1901.

Estados Unidos había entrado en el siglo xx por Cuba. Ronald Reagan, el cuadragésimo presidente, afirmó mucho después, con su lacónico sentido del humor: «Hay mucha gente que sugiere que mis ideas nos devolverían a los tiempos de McKinley. Bien, ¿Qué hay de malo en ello? Con McKinley liberamos Cuba». Cleveland era su amigo. No compartía casi nada de su programa, pero reconoció que el presidente había dejado un «precioso regalo»: era un ejemplo de dedicación, virtud y fidelidad a sus valores. El representante republicano de Illinois Joe Cannon no fue tan amable. Dijo crípticamente que el presidente «pasaba tanto tiempo con el oído pegado a la tierra que no hacía más que coger saltamontes». Así se expresa quien asegura que no hizo nada verdaderamente relevante, sino que gobernó un periodo convulso en el que fue topando con los acontecimientos. No es del todo cierto: entre platismo y patrón oro escogió lo segundo; entre proteccionismo y libre comercio optó por esto último; y entre guerra y aislamiento se decantó por la guerra. Él cerró la era dorada y abrió la puerta de la era progresista —defendió a los granjeros, trabajadores y la emergente clase media—, en la que destacan los nombres de Wilson y los dos Roosevelt. De Franklin Delano se dice que cabalgó sobre su

época, de McKinley, que fue el espejo de la suya. Morton Keller minimiza su presidencia con el argumento de que su más importante biografía, escrita por Margaret Leech en 1959, se titula, sin ambición ni pretensiones: *In the days of McKinley*.

[1] Thomas Bender, citando a Grayson Kirk, cuenta que en una reunión con líderes de la iglesia metodista, tras la compra de Filipinas y en mitad de la revolución en las Islas, McKinley se pronunció en estos términos: «Cuando me di cuenta de que Filipinas nos había caído del cielo, confieso que no supe qué hacer con ellas [...]. Anduve yendo y viniendo por la Casa Blanca, cada día, desde el anochecer hasta la medianoche, y no me avergüenza decirles, señores, que me arrodillé y recé a Dios Todopoderoso para que me iluminara y me guiara [...]. Y una noche, ya tarde, comprendí —no sé cómo pero lo comprendí: [1] que no podíamos devolvérselas a España porque sería cobarde y deshonroso; [2] que no podíamos entregárselas a Francia ni a Alemania, nuestros rivales comerciales en Oriente, porque sería un mal negocio y un descrédito; [3] que no podíamos dejárselas a ellos mismos porque no estaban capacitados para el autogobierno; y [4] que no nos quedaba otra cosa por hacer que tomarlas [...] y educar a los filipinos y elevarlos, civilizarlos y cristianizarlos [...]. Y luego me fui a la cama, me fui a dormir y dormí profundamente».

[2] El Grito de Yara fue precedido del Grito de Lares, el 23 de septiembre de 1868, que proclamó la efímera independencia de Puerto Rico. Unos días después, España restauró la autoridad sobre la Isla.

[3] Se había prohibido en 1880. La ley estableció un periodo de tránsito que regulaba el patronato —trabajo forzado a cambio de un pequeño salario— por ocho años. Dado que la situación era insostenible, los autonomistas aceleraron el proceso y la esclavitud quedó erradicada de Cuba en 1886. En esa fecha quedaban 25.000 patrocinados.

[4] El episodio que recuerda Aurora Bosch muestra a las claras las intenciones de Theodore Roosevelt cuando telegrafió al mando en Filipinas, el capitán Dewey, entonces en Hong Kong: «En el caso de una declaración de guerra a España, su obligación será procurar que el escuadrón español no abandone la costa asiática y haga después operaciones ofensivas en la costa filipina».

[5] Ni España ni Estados Unidos querían la independencia de Filipinas. La derrota española en Manila dio alas a los rebeldes, que, tras cuatro años, expulsaron a los americanos. La defensa de las islas le costó a Washington 4.500 vidas. De hecho, el Senado aprobó a regañadientes el Tratado de París, el 6 de febrero de 1899, cuando ya había estallado la insurrección filipina.

25. THEODORE ROOSEVELT: EL GENDARME INTERNACIONAL



27 de octubre de 1858, Nueva York - 6 de enero de 1919, Oyster Bay, Nueva York.
Presidencia: 1901-1909.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Alice Hathaway (falleció en 1884). Tuvieron una hija.
Se casó por segunda vez con Edith Kermit Carow, con quien tuvo cinco hijos.
Formación: Historia de la Ciencia Natural en Harvard (Massachusetts) y Leyes en Columbia (Nueva York). No acabó sus estudios.
Profesión: escritor.

EL PODER DE LA PRESIDENCIA

Era un hombre inquieto, impulsivo, temerario, vehemente y disciplinado que supo sobreponerse a los problemas de asma y otras dolencias que padeció en su infancia y juventud. De hecho, asumió su enfermedad como un reto, se dedicó al deporte y se convirtió en el presidente más atlético de cuantos han habitado la Casa Blanca. Practicó remo —también montaba a caballo, jugaba al tenis y al polo y pasados los años aprendió artes marciales—, aunque principalmente volcó su ímpetu en el boxeo, destacando como un habilidoso púgil durante sus años de estudiante. Fue subcampeón de peso ligero del torneo nacional universitario. Cuenta una biografía que su rival en el combate de la final le golpeó con fuerza la nariz al terminar el primer *round*. La campana ya había sonado. Roosevelt paró los abucheos de la grada. Dijo que su contrincante no la había oído y levantó la mano del vencedor. Más tarde, cuando era ya gobernador de Nueva York, se entrenaba peleando contra un peso medio. Ya era presidente cuando su *sparring* no tuvo miramiento, le golpeó el ojo izquierdo, le provocó desprendimiento de retina y perdió gran parte de la visión.

Pasó efímeramente por Harvard y Columbia y desde muy joven se entregó a una de sus tres grandes vocaciones, la escritura. Publicó *La guerra naval de 1812*, un tratado sobre las operaciones americanas en el mar durante aquella contienda que constituye todavía hoy un referente para los historiadores del periodo. Desde muy joven se dedicó también a sus otras dos pasiones: el Ejército y la política. Lo uno le llevó a lo otro, y si McKinley puede ser considerado el padre del imperio, bien podría decirse que Theodore Roosevelt fue uno de los padres de la idea. Para muchos historiadores es la personalidad más atractiva, poliédrica y cultivada de entre todos los presidentes desde Thomas Jefferson,

con quien compartía la afición por las ciencias naturales, carrera que abandonó por la política. Sabía que entonces tendría que formarse en leyes. El polifacético Roosevelt fue librero, vicepresidente del Club Nacional de Historia, editor de la revista *Advocate* y fundador del Club Financiero. Era un ávido lector. Le gustaban Poe, Dickens y Scott y escribió las biografías del senador Thomas Hart Benton y del gobernador Morris, además de cuatro volúmenes sobre *La conquista del Oeste*, trabajo con el que comprendió la idiosincrasia de América. En una obra analizó el nacionalismo, otra la dedicó a la historia de la literatura, otra más al comienzo de la Primera Guerra Mundial, en varios ensayos trató temas diversos y, por supuesto, redactó una autobiografía, que publicó en 1913.

El asesinato de McKinley le llevó antes de tiempo a la presidencia. Admitió que fue «un acto de Dios» lo que le convirtió en el inquilino más joven de la mansión presidencial. Era ambicioso y pragmático. Cuando supo de la muerte del presidente no mostró el menor síntoma de debilidad. Enseguida tomó las riendas: «Es terrible alcanzar de este modo la presidencia, pero sería mucho peor ser el finado», admitió impasible. Ni Johnson ni Garfield renovaron su mandato en las urnas tras suceder en el cargo al presidente asesinado. Su arrojo, y acaso su arrogancia, le obligaban a más: Roosevelt ganó las elecciones de 1904 y todavía volvió a presentarse en 1912, esta vez al frente del Partido Progresista. No en vano él inauguró la era progresista, cuyos otros dos máximos exponentes fueron Wilson y su pariente Franklin Delano Roosevelt. Woodrow Wilson, con quien compitió en esas presidenciales de 1912, lo consideraba el hombre «más peligroso de su tiempo». Roosevelt sabía perfectamente lo que quería y braceaba a favor de corriente. En julio de 1908, en su último año en el cargo, escribió a un amigo: «Tengo una idea muy clara de lo que es la presidencia. Creo que debe ser poderosa, y que el presidente debe ser un hombre fuerte que actúe sin vacilar y ejerza todo el poder que le permita su posición; no obstante [...] debe ser estrictamente vigilado por el pueblo [y] asumir una rígida responsabilidad por ello».

Para Roosevelt, la presidencia era mucho más que un extraordinario púlpito, *bully pulpit*, desde donde elucubrar y llamar a la responsabilidad de los demás, fueran empresarios, sindicatos o gobiernos díscolos. El Congreso discutía, él obraba. La presidencia había que ejercerla, no era un centro de observación y predicación. Y en los años oscuros de la reconstrucción, la corrupción y el

amago del socialismo, ningún presidente lo hizo; en mayor o menor medida, todos sus predecesores en el cargo se dejaron llevar. Lincoln fue el último depositario de una misión. Como afirma el profesor Allen Weinstein, Roosevelt «trajo a Washington la exuberancia de la juventud». Para Henry Adams, era «puro acto». El escritor progresista Henry L. Mencken se mostró muy crítico: «No creía en la democracia: él simplemente creía en el gobierno». Al principio, Roosevelt se declaró continuador de la obra de su antecesor. Al mes siguiente invitó a cenar en la Casa Blanca al líder negro Booker T. Washington,[1] lo que pudo provocar el linchamiento de 100 negros por supremacistas blancos en el Sur. En diciembre, en su primer mensaje en el Congreso, no se anduvo por las ramas respecto de las obligaciones de los magnates del país, a los que lanzó una advertencia: «El pueblo americano está convencido de que las grandes corporaciones saben que los trust son una práctica que daña el bienestar colectivo [...] y su actividad deberá ser regulada si efectivamente lastiman el interés público». En boca de otro, el propio McKinley, por ejemplo, dicha afirmación no pasaría de ser un mero propósito o una simple declaración de intenciones. Sin embargo, si lo decía «el explosivo» Roosevelt, la cosa iba en serio. *Dollar* Mark Hanna, el asesor y financiador de McKinley, tenía sobrados motivos para desconfiar de Roosevelt. Lo consideraba un moralista iluminado cuya única misión era eliminar a los plutócratas. Por eso le dijo a su hombre que la elección de «ese energúmeno» como pareja de *ticket* en 1900 era un inmenso error. Y como un negro augurio, le escribió: «Has contraído con el país la obligación de vivir cuatro años, a contar desde marzo [de 1901]». Para Hanna, las palabras de Roosevelt en el Congreso, ese diciembre de 1901, eran pura «dinamita».

Desde que fue elegido representante de la Asamblea de Nueva York, en 1882 —tenía veintitrés años— inició una guerra sin cuartel contra la corrupción, de la que se declaró enemigo acérrimo. Fue una cruzada familiar, pues su padre era un republicano reformista que combatió el clientelismo de los jefes del partido. Es más, en 1877, un año antes de fallecer, Hayes lo nombró recaudador de la Aduana del Puerto de Nueva York en sustitución de Arthur. El Senado rechazó el nombramiento y su hijo Teddy retomó la causa.

A Roosevelt Jr. le llamaron el «diputado ciclón». No tuvo reparo en alinearse con Cleveland, entonces gobernador del estado, para desactivar las tramoyas

partidistas. De hecho, formó parte de ese grupo de líderes republicanos reformistas reacios a respaldar a Blaine y que apoyaron la nominación de Cleveland. Después de eso, en 1884, se fue un tiempo a Dakota para convertirse en ranchero. No sabía estarse quieto; además, había perdido a su esposa. Un primo suyo, el diplomático Nicholas Roosevelt, dijo de él que quería ser «la novia en todas las bodas y el muerto en todos los entierros».

Como resume Morison, «Roosevelt creía que como presidente tenía dos funciones importantes: servir como guía moral y fomentar el interés nacional contra intereses especiales. Pensaba que el país se enfrentaba a dos grandes peligros: la chusma, que podía ser exaltada por demagogos, y la plutocracia que, por su excesiva codicia, incitaba a la chusma. Trató de fortalecer el gobierno como fuerza mediadora porque, como dijo una vez, tenía horror a los extremos. Trató (*sic*) de llevar adelante un programa que no sería ni populista ni representativo de los hombres a quienes llamaba "malhechores de gran riqueza"». Lo que Morison no dice es que ese programa necesitaba cohesionar a la sociedad americana en torno al nuevo emblema de la hegemonía comercial. Roosevelt le dio un impulso a la presidencia, como anteriormente hiciera Jackson, como simbólicamente hizo Lincoln y como luego haría su primo Franklin Delano Roosevelt. En resumen, fue el azote de dos tiranías: la de los plutócratas y la de las masas. Esto último no evitó que su popularidad se disparara al final de su primer mandato. Su progresismo creó escuela.

El enérgico y entusiasta Teddy procedía de una familia de emigrantes holandeses afincados en Nueva York desde mitad del siglo XVII, cuando todavía se llamaba Nueva Ámsterdam. Su bisabuelo Nicholas fue concejal de la ciudad a finales esa misma centuria. Su padre era un próspero comerciante encantado con la vida, filántropo, fundador del Museo Metropolitan y republicano de Lincoln. La sangre de la política corría por sus venas por ambas ramas de su árbol genealógico —era pariente lejano de Van Buren—. Su tatarabuelo materno, Archibald Bulloch, fue el primer presidente de Georgia durante la Revolución. Y su madre, Martha Bulloch, era una díscola, grácil y dulce muchacha de una plantación del Sur que no escondió en ningún momento sus simpatías por la causa confederada y no se sentía a gusto en Nueva York sin sus esclavos. Dos de sus hermanos lucharon en el frente en el bando rebelde y ella donó ropa y comida a los soldados.

Roosevelt se casó dos veces. La primera a los veintidós años con Alice Hathaway Lee, de diecinueve, hija de un prominente banquero de Massachusetts. A la boda acudió Edith Kermit Carow, de veinticinco, vecina del novio y a la postre su segunda esposa. Apenas fueron cuatro años de feliz matrimonio. Alice murió de la enfermedad de Bright el 14 de febrero de 1884, exactamente el mismo día y en la misma casa en la que unas horas antes había fallecido Martha Bulloch, su madre. Roosevelt, deshecho, dibujó una gran cruz en su cuaderno diario y anotó: «Se ha apagado la luz de mi vida». Férreo y con carácter, también se sobrepuso a tamaña fatalidad. Su hija, su «princesa» Alice tenía dos días de vida (luego, de mayor, le dio algún quebradero de cabeza, dado que fumaba y apostaba en las carreras). La dejó al cuidado de sus hermanas y puso tierra de por medio: se marchó a Dakota, donde primero fue vaquero y luego *sheriff* del condado de Billings. Dos años más tarde, en diciembre de 1886, celebró sus segundas nupcias en Londres. Fue un invierno movido: en noviembre perdió las elecciones a la Alcaldía de Nueva York y volvió al Medio Oeste, donde se dedicó a escribir y a hacer campaña por Harrison, que lo premió con un alto cargo en la Administración, en la Comisión del Servicio Civil. Después Cleveland lo mantuvo en su puesto y se granjeó muchas enemistades en su partido, pues no solo estaba al servicio de una Administración demócrata, además, parte de su función era impedir favores y detectar casos de tráfico de influencias. Como sabemos, precisamente el Servicio Civil se creó para acabar con el *spoil system*. En esos años, el número de funcionarios se dobló. En 1889 publicó el primero de los cuatro volúmenes de *La conquista del Oeste*, donde puso negro sobre blanco su concepción romántica de la expansión territorial americana y reforzó el mito de los pioneros de la frontera. A pesar de pasar a la Historia también por la obtención del Nobel de la Paz en 1906, durante toda la década de los noventa se mostró como un fogoso «gendarme internacional», promotor de la guerra contra España y feroz combatiente en Cuba.

EL HÉROE *COWBOY*

Tras servir en la Administración accedió a la jefatura de la Policía de Nueva York. En este cargo se hallaba en su salsa. Principalmente porque tenía mucho

margen de maniobra: se encontró un cuerpo desmoralizado, sumido en la corrupción y en el que el chantaje y los sobornos eran práctica habitual. Para él, la mayoría de los miembros del cuerpo eran honestos, solo había que arrancar las malas hierbas. Retomó su causa por la limpieza de las instituciones y su determinación y eficacia llamaron la atención de la prensa. Ejecutó la orden de prohibición de vender alcohol los sábados y el tributo especial para los domingos. Cerró salones y bares. Él no estaba convencido de que fuera lo más acertado, pero acató la decisión del alcalde. Sabía que perdería popularidad y lo asumió: «Yo no trato con sentimientos, únicamente trato con la ley», se disculpó. Dijo que si fuera legislador quizás haría otra cosa; pero su obligación era ejecutar y hacer cumplir las normas. La prensa sensacionalista le buscó las cosquillas; sin embargo, Edwin L. Godkin, fundador de *The Nation*, en ese momento editor del *New York Evening Post* y hasta entonces crítico tenaz de Roosevelt, le envió al final de su mandato una carta para agradecerle los servicios prestados a la ciudad y al país: «En Nueva York se está llevando a cabo el más digno trabajo que cualquier americano puede desempeñar: mostrar a los jóvenes del país el espectáculo de una importante administración gestionada por un hombre de gran carácter que encuentra siempre el camino más eficiente en medio de un sinfín de dificultades. Como lección política, no creo que haya nada más instructivo».

Muy pronto dio el salto a la política nacional. Inicialmente se decantó por apoyar al *speaker* de la Cámara de Representantes, Thomas B. Reed, aunque fue leal al candidato finalmente nominado, William McKinley, por quien hizo campaña en el Este y Medio Oeste. El nuevo presidente lo nombró subsecretario de Marina. Solo estuvo un año en el puesto, suficiente para instigar a la guerra contra España por Cuba, máxime porque debido a las prolongadas ausencias de su inmediato superior, John D. Long, Roosevelt solía quedar al mando de la Armada. Long estaba de acuerdo con intervenir en Cuba, aunque le exasperaba la excesiva vehemencia de su subordinado. Lo consideraba resuelto, valeroso, dinámico... mas parecía estar «poseído por el mismísimo demonio» cuando ordenaba la disposición de barcos, el suministro de munición, el despliegue de tropas...

Ya tenemos noticias de que, tras la explosión del *Maine*, Roosevelt telegrafió al almirante Dewey para pedirle que fuera contundente y lo suficientemente

provocador. Quería que España se viera obligada a abrir fuego. Así obtuvo su «espléndida pequeña guerra» el futuro Nobel de la Paz, para quien «una guerra justa era mejor para el alma humana que la paz más próspera». Sus palabras eran lo suficientemente ambiguas: «Aborrezco la guerra injusta [...], la injusticia y la intimidación de los débiles [...]. Propongo que nos preparemos para la guerra con el fin de evitarla; nunca defenderé el recurso de la guerra a menos que sea la única alternativa al deshonor». En suma: Roosevelt quería a toda costa entrar en guerra con España por Cuba. Consiguió que el Congreso destinara casi un millón de dólares para abastecer a la Armada.

Sus hazañas no quedaron reducidas a las maniobras desde el alto mando. Era un aventurero. Ni corto ni perezoso se presentó voluntario para combatir. Dejó el Ministerio y creó su cuadrilla de *cowboys* dentro del Primer Escuadrón de Caballería americano, conocido como los *rough riders*, jinetes rudos. Se alistaron sobre todo vaqueros que procedían de Arizona, Oklahoma, Nuevo México y el territorio de Indiana; también se sumaron algunos indios, policías de Nueva York e incluso estudiantes y deportistas de prestigiosas universidades del Este. Roosevelt llevó el espíritu de la frontera a Cuba. Al frente del regimiento estaba, entre otros, el coronel Leonard Wood, que había combatido al indio Gerónimo y que luego lideró uno de los gobiernos militares provisionales de la Isla hasta la convocatoria de elecciones en 1900.

La historiadora Aurora Bosch cita un ejemplar del *New York Herald* de septiembre de 1898 para explicar qué representaban los *rough riders*: «Al lado de los *cowboys*, este regimiento está integrado por hombres de cada sector del país, de cada estado de la Unión... Es principalmente un regimiento americano y lo es porque está compuesto por todas las razas que han construido América». Los voluntarios se presentaron en tropel. Se crearon ocho cuerpos de 30.000 hombres. Más de 200.000 *rough riders* desembarcaron en la Isla. Roosevelt encabezó uno de los destacamentos. Cuenta una biografía —más bien una hagiografía casi contemporánea del presidente— que rechazó el rango de coronel para no situarse al mismo nivel que el prestigioso Wood. Fue nombrado teniente coronel y elevado a coronel tras el sitio de San Juan. Los *rough riders* llegaron a Santiago el 22 de junio de 1898. La Guerra de Cuba se resolvió en el mar. Los *rough riders* se limitaron a intervenir en escaramuzas y a duras penas se apeaban del caballo, pero al futuro presidente le vinieron muy bien las

crónicas sobre sus proezas en tierra firme. Roosevelt entró en una sola ocasión en combate, lo suficiente para ver caer un cuerpo desplomado a su lado, contar que fue herido por una bala y poder construir su propia narración sobre los hechos: «Maté un español con mis propias manos, como si fuera un conejo; fue una dura pelea». Si bien es cierto que los *rough riders* pasaron penalidades: algunos sucumbieron a enfermedades, otros sufrieron picaduras de grandes insectos y algunos se ahogaron al desembarcar en plena tormenta.

El coronel Wood reforzó la imagen de bravura de Roosevelt informando sobre su gesta el 30 de diciembre de 1898, cuando ya había finalizado la contienda: «Acompañado por cuatro o cinco hombres, lideró una desesperada y valiente carga en el sitio de San Juan, constituyó un espléndido ejemplo para las tropas, a las que alentó a atravesar el país y atacar las trincheras del enemigo a pecho descubierto. Él lideró e inició la carga, presumió que le seguirían, pero se encontró solo. Regresó, reclutó a esos pocos hombres y reinició el ataque [...]. Todo el mundo le siguió después». Ya como coronel participó también en la ocupación de Santiago. En agosto, las enfermedades hicieron estragos en la caballería. Volvieron a Estados Unidos entre vítores. Roosevelt, orgulloso, proclamó: «Prefiero haber liderado esta carga y haber ganado mi grado de coronel que servir tres legislaturas en el Senado. Ahora siento que puedo dejar algo a mis hijos». Una hazaña más para contribuir a escribir su apología.

Sus relatos heroicos se remontaban a los tiempos de ranchero, cuando, por ejemplo, recibió 50 dólares de recompensa por capturar a dos malhechores. Presumía de haber liquidado a un vaquero borracho que estaba aterrorizando a las damas: «El agujero que la bala dejó en su cráneo equidistaba tan perfectamente de ambos ojos que parecía que antes de disparar hubiera medido la distancia con una regla de carpintero»; y se mostró ufano de haber desafiado a un matón: «Entiendo que ha amenazado con matarme apenas me viera. He venido a ver cuándo quiere comenzar y a hacerle saber que si tiene algo para decir en mi contra, este es el momento de hacerlo». Tras la campaña de Cuba, mostró al pueblo americano que su patriotismo no era «de salón». Estaba preparado para el *sprint* final hacia la cima de su carrera política.

Regresó de Cuba como un héroe y se encontró el camino expedito para gobernar Nueva York. La vieja y curtida guardia del Ejército lo adoraba. Él sostenía que solo era un civil que se sacrificó en el campo de batalla por su país,

no un militar. Muchos republicanos recelaban del pistolero. No obstante, parecía la única candidatura con posibilidades de frenar al poderoso Tammany en Nueva York. Obtuvo el decisivo apoyo del *jefe* de la camarilla republicana y senador Thomas C. Platt, que aunque desconfiaba del aventurero Roosevelt y no mantenía buenas relaciones con él, sabía que era el hombre adecuado. Aun así, el futuro presidente ganó por solo 17.794 votos a su adversario, el juez August van Wyk, en 1898. Roosevelt, para disgusto de los reformistas, consultaba con Platt muchas de sus decisiones. Lo hacía por mera cortesía, porque luego ignoraba la opinión del *boss*. No quería una guerra abierta con Platt, prefería contestar: «No pienso como usted, senador; el gobernador fija la política del estado y yo soy el gobernador». Roosevelt volvía a ser el azote de las clientelas políticas, mantuvo su lucha contra el *spoil system*, limitó el horario de trabajo de mujeres y niños y puso coto a los abusos laborales en las fábricas. La última batalla contra Platt fue la primera de una encarnizada guerra que libró después como presidente: aprobó una ley que establecía un tributo a las grandes corporaciones.

REVIENTATRUST

Como ya hemos señalado, durante el trayecto en el tren que transportaba el féretro de McKinley, Mark Hanna se quejó amargamente al empresario Herman H. Kohlsaat, amigo del presidente asesinado, de la decisión del partido de nombrar a Roosevelt candidato a la vicepresidencia en la convención de Filadelfia de 1900: «Le pregunté [a William McKinley] si imaginaba lo que pasaría si él muriese. Y, ya lo ve usted: este maldito *cowboy* es ahora presidente de los Estados Unidos». Sí, un vaquero, un romántico, un hombre de acción y un intelectual. Esta última cualidad le sirvió para pergeñar su visión de América y el papel que debía jugar en el mundo. Para los jefes del partido era el «maldito cowboy» cuya osadía para con los magnates amenazaba la principal fuente de ingresos de la maquinaria electoral republicana.

Roosevelt llegó a la Casa Blanca con un poderoso relato sobre los valores de la nación, «la vida esforzada»,[2] el papel que debía jugar Estados Unidos en el mundo, el arrojo de la presidencia, la lucha contra la corrupción y la defensa de los trabajadores. Aun así, su aterrizaje fue producto también de un par de hechos

fortuitos que precipitaron su elección. El 21 de noviembre de 1899 Garret A. Hobart, el vicepresidente que formó *ticket* con McKinley en 1996, falleció en el cargo a los cincuenta y cinco años. Sus problemas de corazón se habían agravado en los últimos meses. Hobart no era el preferido de McKinley, que quería que le acompañase en su carrera hacia la presidencia Thomas Reed, quien consideró poca cosa la vicepresidencia. Al final, Hobart se convirtió en buen amigo y asesor del presidente. Su residencia, lugar de encuentro para tratar asuntos de la Administración, fue conocida como la «pequeña Casa Blanca de crema» y respaldó a McKinley en su decisión de permanecer en Filipinas hasta el final de la guerra contra España para negociar su adquisición.

Total, que sobre la hora, Platt sostuvo la candidatura de Roosevelt en la convención de Filadelfia. A fin de cuentas, Roosevelt era de Nueva York, no era estrictamente un reformista y consideraba más importante debilitar la influencia de McKinley y los reformistas de Ohio que aparentemente reforzar al vaquero. Es más, pensó que empujándole a la vicepresidencia no solo lo neutralizaba, sino que lo alejaba de Nueva York. En principio, el hiperactivo Roosevelt no estaba por la labor. La vicepresidencia se le antojaba aburrida, sin atribuciones y mucho menos gratificante que la gobernación de Nueva York. Aceptó porque finalmente le convencieron de que sería su escaparate definitivo, el penúltimo peldaño. Fue nominado con 925 votos de los 926 delegados. Solo faltó su papeleta. Para desesperación de Hanna, Roosevelt llevó el peso de la campaña electoral de McKinley. Dio 673 discursos en 567 localidades y visitó veinticuatro estados. Para desconsuelo de Platt, ocurrió lo imprevisto.

El 6 de septiembre de 1901 estaba pasando una agradable jornada de pesca en el paradisiaco lago Champlain, en Vermont. Allí recibió la noticia del atentado contra el presidente. Luego, cuando los médicos le comunicaron que probablemente se repondría de sus heridas, volvió junto a su familia, que estaba de vacaciones en un parque natural de Nueva York. El día 14 de septiembre de 1901 juró el cargo en Búfalo. Tenía cuarenta y dos años. Hasta la llegada de Kennedy, fue el presidente más joven de la Historia de los Estados Unidos. Y sin duda, de los cinco que accedieron hasta ese momento tras el fallecimiento de su antecesor, el más influyente. Mantuvo a varios miembros del gabinete de McKinley, incluyendo al secretario de Estado, John M. Hay. Sustituyó al secretario del Tesoro, al fiscal general del Estado y al secretario de la Armada,

John D. Long, con quien tenía una vieja cuenta pendiente —una curiosidad: pasados los años, entre 1905 y 1906, sirvió en el mismo puesto un biznieto de Napoleón, Charles J. Bonaparte—. Durante sus mandatos, Roosevelt tuvo cinco secretarios de la Armada.

Ya hemos dicho que su primera intervención en el Congreso, en diciembre de 1901, fue toda una declaración de principios. Ahora, como presidente, realmente tenía la fuerza necesaria para imponer sus criterios e iniciar su cuarta redada antitrust —ya había hecho gala de sus propósitos como congresista en Nueva York, como jefe de la policía y como gobernador—: «Los capitanes de la industria han proporcionado mucho bien a nuestro país [...]. Nos sentimos orgullosos de su trabajo [...]. Pero también han provocado daños». Se comprometió a no prohibir la «concentración», solo a supervisarla dentro de unos «límites razonables de control». Los principales sectores afectados fueron: ferrocarril, comercio de ganado vacuno, aceite y tabaco. En 1903 y 1906 aprobó las dos leyes más importantes al respecto, creó la Comisión Interestatal de Comercio e incorporó a su gabinete una nueva cartera, la de Comercio y Trabajo. El presidente estuvo muy hábil al vincular su política antitrust con la política exterior. El «nuevo nacionalismo» de Roosevelt pasaba por la asunción de un papel protagonista de Estados Unidos en el escenario internacional. Y para ello necesitaba empresas que miraran por el beneficio de la nación y no por el suyo propio. En este aspecto radicaba la base de la prosperidad. Roosevelt inició la era progresista, bandera que izó el Partido Republicano. Para la consecución de sus propósitos faltaba una tercera pata: el refuerzo de la presidencia. En suma, la política antitrust, la hegemonía comercial y un poder central fuerte eran garantía del bienestar social. También pretendía reducir los tumultos en las calles. Enemigo de los extremos, quería desactivar definitivamente al socialismo.

De cara a la opinión pública, los periódicos que «escarbaban en la basura» hicieron el trabajo sucio. Algunos periodistas denunciaron los dudosos procedimientos de las grandes empresas: relación entre el dinero y la política, concesiones bajo cuerda, prácticas de *dumping*, corrupción en las compañías de seguros, farmacéuticas y las artimañas de Rockefeller y su Standard Oil Company. En 1905, el socialista Upton Sinclair publicó *La jungla*, un largo reportaje convertido en novela «proletaria» y prologada por Jack London, sobre un trabajador inmigrante en Chicago, sus penalidades y la corrupción del Partido

Demócrata en la ciudad; el intercambio de favores y sobre todo las insalubres condiciones de la carne y el lamentable estado de los mataderos. Su impacto fue tal que obligó a Roosevelt a aprobar una ley sobre inspección de alimentos en 1906.

En 1902 Wall Street se puso en guardia. El fiscal general, Philander C. Knox, inició la investigación contra la Northen Securities Company, propiedad de J. P. Morgan y en la que participaba el magnate del ferrocarril Edward H. Harriman. De modo que el caso afectaba también a las principales compañías de construcción de vías ferroviarias. Parece ser que Roosevelt escogió su presa con «cuidado» pero con «audacia». En septiembre de ese año, momentos antes de un discurso, un tranvía arrolló el carruaje del presidente, que quedó tendido en la acera, lleno de magulladuras y con una pierna malherida. Aun así, pronunció su discurso y no dejó títere con cabeza: arremetió contra los tres grandes, Rockefeller, Morgan y Harriman, a quien detestaba especialmente.

Dos años antes, una investigación del Congreso identificó 185 «conglomerados» industriales que movían 3.000 millones de dólares. Las espadas estaban en todo lo alto. El Tribunal Supremo dudaba de la constitucionalidad de la Ley Sherman antitrust. Y de momento Roosevelt no contaba con más arma que su determinación. No era poca cosa. Morgan temía tanto al presidente como a la opinión pública y fue a visitarle a Washington buscando una salida negociada. «Señor Morgan», le espetó Roosevelt, «usted podría ayudarme a verle no tanto como un gran rival que pretende arruinarme sino como alguien que busca un acuerdo para no arruinar a nadie».

Finalmente, la Ley Sherman, debidamente combinada con la obstinación presidencial, bastó para que en 1904 el Tribunal Supremo decidiera por cinco votos contra cuatro parar la consolidación del trust Morgan y Harriman y obligar a la disolución de la Northern Securities Company. La popularidad de Roosevelt se disparó. Los magnates se echaron a temblar. Antes de su reelección, el presidente avaló la incoación de más de cuarenta expedientes, entre los que se encontraban los de la Standard Oil, la American Tobacco Company y Du Pont. El gobierno situó a veinte magnates bajo la lupa. En 1904 se produjo la más amplia victoria republicana conocida hasta el momento. El temido presidente fue conocido como el *revientatrust*. Su relato no tenía fisuras: «El gobierno defiende a la gente y mira por el bien público frente a los intereses privados». En 1905

afirmó: «El gran desarrollo del industrialismo supone un aumento del papel supervisor del ejecutivo sobre la actividad de los negocios privados». En 1906, el Congreso aprobó la Ley Hepburn. Por primera vez se regulaban los precios en Estados Unidos. Las compañías de ferrocarriles debían establecer un precio máximo del servicio. La práctica se extendió a otras actividades. Los precios bajaron sin que fuera necesaria la intervención de la Comisión de Comercio Interestatal.

Por otra parte, su política debía tener efectos analgésicos sobre las reivindicaciones obreras. Entre mayo y octubre de 1902 se enfrentó a 150.000 huelguistas del sector del carbón en Pensilvania. Ofreció a los trabajadores mejoras laborales y salariales, reguló el trabajo infantil y urgió al Congreso a que tomara medidas a este respecto: negociación de estatutos y compensaciones económicas para los trabajadores que perdieran su empleo. El presidente ejerció de líder sindical y a cambio desactivó a los sindicatos. Los tiempos habían cambiado: quizás el primer Roosevelt se hubiera plantado en las minas a caballo, con sombrero de *cowboy* y látigo en ristre. Pero este Roosevelt amenazó al propietario con nacionalizarlas e hizo de árbitro. Inauguró —con permiso de Jackson, que tenía más envoltorio que principios— la era progresista en América. Nunca antes un presidente había llegado tan lejos con sus amenazas. Ganada la reelección, su afán reformista decayó. En el fondo, era la espinita que tenía. En 1904 respiró aliviado: «Por fin soy presidente por derecho propio». Barrió a su adversario, el demócrata y juez de Nueva York Alton B. Parker, que definió la presidencia de Roosevelt como «espasmódica, errática, sensacionalista, propensa al espectáculo y arbitraria». Quizás, excepto en lo de «errática», podía tener parte de razón en todo lo demás: Roosevelt convertía en trascendente todo lo que hacía, cubría cada palabra, cada decisión, de un manto de púrpura y solemnidad.

Previamente, en junio, había sido proclamado por unanimidad candidato republicano en la convención de Chicago. Mark Hanna quiso liderar una oposición. Hasta en eso le sonrió el destino al presidente. No le dio tiempo, murió en febrero. Republicanos y demócratas por fin estaban de acuerdo en aceptar el patrón oro; promover la independencia de Filipinas; defender los derechos de trabajadores, la clase media y los consumidores y rechazar los monopolios. Por tanto, la campaña giró en torno a la personalidad de los

candidatos. Y en eso, Roosevelt no tenía rival. Era desmesurado; Parker, sobrio. Él, extravagante; Parker, comedido. Harriman y Morgan no querían más problemas y financiaron a Roosevelt con 50.000 y 150.000 dólares respectivamente. El presidente renovó mandato: cosechó 7.628,834 votos (56 por ciento), frente a los 5.084.401 de su adversario. Obtuvo 336 votos electorales frente a 140 del demócrata. Ganó en treinta y dos estados. Ninguna ley, solo la tradición, le impedía presentarse a un tercer mandato. Solo Grant dudó si hacerlo. Su caso era más delicado: ¿contaba su primer mandato? No hubo lugar a la disquisición, porque nada más proclamarse vencedor, él mismo rechazó volver a ser candidato en la siguiente elección presidencial. El profesor Allen Weinstein le critica que, pese a las coincidencias programáticas, no perdió demasiado tiempo en buscar una sólida mayoría progresista integrada por republicanos y demócratas que llevaran a cabo un programa más ambicioso de reformas sociales. Realmente, no la necesitaba.

GARROTE TEDDY

En su discurso inaugural Roosevelt no dejó resquicio a la duda acerca de cómo actuaría en política exterior: «Hemos llegado a ser una gran nación», y esa grandeza deriva de la relación establecida con el resto de países. «Deseamos la paz, pero la paz de la justicia». A pesar de que no se metió en ningún embrollo internacional de consideración se erigió en «gendarme internacional» y proclamó el «Corolario Roosevelt». Su lema fue: «Habla con suavidad pero no dejes de empuñar un garrote». Así se aplicó frente a los poderosos y los magnates de puertas para adentro. Hizo lo propio de puertas para afuera. Antes de la convención republicana y de las elecciones que le encumbraron en 1904, un bandido marroquí llamado Ahmed ben Muhammad al-Raisuli raptó al excéntrico empresario y *bon vivant* grecoamericano Ion Perdicaris. Roosevelt mostró con un caso práctico cómo aplicar su programa. Envió barcos de la Armada a las costas de Marruecos. Durante la convención, el secretario de Estado, John M. Hay, lanzó un eslogan de campaña: «Queremos a Perdicaris vivo o a Raisuli muerto». Afortunadamente ocurrió lo primero. Roosevelt ya era «Garrote Teddy».

Fue el primer presidente que situó a los Estados Unidos como un actor decisivo en el tablero internacional. En todos los continentes. Esto es, fue un paso más allá de su propio «Corolario», la versión actualizada de la Doctrina Monroe, aplicable al continente americano. Para él, Estados Unidos representaba el estadio de civilización más avanzado del continente, de modo que asumía el deber de combatir la «perversidad» y la «impotencia». En estos términos se presentó como el «gendarme internacional». Aseguró que los Estados Unidos solo intervendrían en última instancia, si se muestra de manera evidente «la incapacidad o la renuencia a hacer justicia y si en casa o en el extranjero alguien viola los derechos de los americanos o somos víctimas de una agresión».

Tan civilizados como los americanos eran los ingleses. Estrechó lazos con Gran Bretaña en un momento delicado. Alemania comenzaba su rearme. Y dado que Francia se sumaba a la entente, la antigua Prusia se fue quedando sola. La primera manifestación de ese aislamiento se produjo en el Norte de África. Alemania quiso negociar un acuerdo de puertas abiertas para Marruecos similar al que Estados Unidos alcanzó con China. Inglaterra y Francia se opusieron. El káiser Guillermo II solicitó la intercesión de Roosevelt, que convocó una conferencia en Algeciras para calmar los ánimos y proteger su comercio. Por aquel entonces, el presidente estadounidense ya mediaba en el conflicto ruso-japonés,[3] lo que le valió el reconocimiento del Nobel de la Paz de 1906. A la localidad gaditana acudieron trece potencias, entre ellas, Estados Unidos y Marruecos, que logró su independencia bajo la órbita francesa y española. Alemania salió derrotada de la Conferencia. Solo contaba con un aliado: Austria-Hungría. Como señala la historiadora Rosario de la Torre, años después Alfonso XIII escribirá a Guillermo II asegurándole que le costó mucho esfuerzo y superar intereses y presiones mantener la neutralidad española en la Primera Guerra Mundial. Lo cierto era que España habría entrado en guerra del lado de los aliados si estos le hubieran asegurado el dominio de Tánger, Gibraltar y manos libres en Portugal. Una solicitud, por otro lado, descabellada, que Inglaterra nunca habría aceptado. Pero esta historia forma parte de los prolegómenos de la Gran Guerra.

Lo cierto es que si McKinley fue el precursor, aunque fuera a la fuerza, de la era imperialista, Roosevelt fue su continuador, erigiéndose como el gran intervencionista. Su política, con mayor o menor intensidad, fue continuada por

Taft pero sobre todo por Wilson. Sabemos que como subsecretario de la Armada maniobró para que los Estados Unidos interviniesen en Cuba. Después, ya como presidente, participó en la resolución del conflicto en Venezuela, país amigo tras la mediación americana en defensa de su integridad frente a Gran Bretaña. En 1901, el dictador Cipriano Castro se había metido en un lío: debía 70 millones de marcos a Alemania. Declaró que no pensaba pagar ni el principal ni los intereses. Alemania informó a Estados Unidos de la posibilidad de establecer un bloqueo a Venezuela hasta que se abonara la deuda. La Casa Blanca respondió crípticamente. Alemania, Gran Bretaña e Italia acordaron el bloqueo en 1902. Roosevelt desplegó a la Marina y Alemania aceptó su arbitraje. El resultado no le satisfizo y en 1903 estuvo a punto de estallar un conflicto armado. Alemania disparó contra posiciones venezolanas y Roosevelt apeló a la Doctrina Monroe: «América para los americanos». Su paternalismo para con estas «desdichadas repúblicas» alcanzó también a Haití y a la otra mitad de la isla, la República Dominicana, donde no se anduvo con rodeos: envió a la Armada, pagó la deuda externa del país, sofocó cualquier rebelión interna y consolidó su corolario,[4] esto es, el establecimiento de gobiernos adecuados para combatir la maldad o la inoperancia. En 1906, los americanos volvieron a Cuba. Antes, también en 1903, envió tropas a Alaska para asegurarse la integridad del territorio tras el descubrimiento de oro en la región limítrofe de Yukón y contribuyó decisivamente a la fragmentación de Colombia y a la creación de Panamá.

La idea de construir un canal que uniera el Atlántico con el Pacífico venía de lejos. En 1850, durante la presidencia de Zachary Taylor, Estados Unidos y Gran Bretaña habían firmado el Tratado Clayton-Bulwer para preservar la neutralidad del cualquier canal que atravesara América Central. Los firmantes interpretaron el acuerdo de modo distinto. El Tratado prohibía la elevación de fortificaciones en torno a la obra. Para Inglaterra su aplicación no tenía efectos retroactivos y solo afectaba a nuevas fortificaciones. Para Estados Unidos constituía un compromiso basado en principios, aplicable tanto a las obras futuras como a los establecimientos previos, de modo que Gran Bretaña debía abandonar, por ejemplo, Honduras. En la década de los ochenta, el presidente Rutherford Hayes había dejado claro que, de llevarse a cabo el proyecto que Francia había previsto en los cincuenta, Estados Unidos controlaría el tránsito comercial. McKinley se reafirmó en esta idea. Necesitaba una ruta comercial para unir Hawái con Cuba.

En 1901, nada más alcanzar la presidencia, Roosevelt urgió a renegociar los términos del Tratado Calyton-Bulwer. El resultado fue el Tratado Hay-Pauncefote, por el que Gran Bretaña concedió a Estados Unidos el derecho de construir, supervisar y comercializar en exclusiva el canal con la única condición de que lo mantuviese abierto para el tráfico comercial a todos los países sin restricciones ni tasas discriminatorias. ¿Por qué Inglaterra cedió esta baza a Estados Unidos? Porque ambos países eran aliados y compartían intereses económicos; porque a Gran Bretaña no le interesaba gestionarlo sino utilizarlo y porque Roosevelt puso todo su empeño en que se reconociera su papel de policía internacional.

Al principio, el canal se iba a abrir por Nicaragua. El proyecto era caro y se encontró con la oposición del gobierno nicaragüense. Entonces Roosevelt cambió de planes. Envió a Hay a negociar con Colombia la compra de la zona, de 10 metros de ancho, donde se ubicaría el canal. Con el Tratado a punto de cerrarse y tras el visto bueno del Senado norteamericano, el Senado colombiano se cerró en banda. Había que explorar otras vías menos ortodoxas y diplomáticas: Panamá era una provincia de Colombia en permanente estado de insurgencia. Estados Unidos tenía varias empresas afincadas en el país sudamericano, sobre todo del sector de la fruta y del ferrocarril. El corolario Roosevelt exigía estabilidad en aquellos lugares donde estuvieran en juego intereses estadounidenses. Eso le valió para auspiciar la revuelta de los panameños. De hecho, les garantizó el envío del acorazado *Nashville*. El 3 de noviembre se produjo el levantamiento.

Tres días más tarde, Estados Unidos reconoció la independencia del país centroamericano. A mediados de mes, Roosevelt y el embajador panameño en Washington, a la sazón el antiguo propietario de los derechos sobre la construcción del canal, el francés Philippe Jean Bunau-Varilla, negociaron los términos del nuevo tratado. Estados Unidos adquirió el derecho de uso perpetuo a cambio de 10 millones de dólares más una cantidad anual en concepto de arriendo. La anchura del canal se amplió unos metros respecto de lo inicialmente previsto y Estados Unidos se comprometió a garantizar la independencia de Panamá. Obviamente, se refería a la independencia respecto de todos los demás países, porque Estados Unidos sugirió que la Constitución de Panamá debía incluir en su articulado el derecho de Estados Unidos a intervenir en el país para

restablecer el orden, la paz y la Constitución en caso de que fueran amenazados. Ese año, en 1904, el gobierno de Roosevelt nombró al coronel William C. Gorgas oficial sanitario en la zona. Su trabajo fue erradicar la fiebre amarilla. Lo hizo, así como reducir un 90 por ciento la incidencia de la malaria en la región. En 1906, todo estaba listo para comenzar las obras, presupuestadas en 380 millones de dólares. Bajo la dirección del coronel del cuerpo de Ingenieros de la Armada George W. Goethals, se desplazaron 43.000 trabajadores a la zona. En 1914, año en que comenzó la Primera Guerra Mundial, finalizó la construcción y en 1920 se inauguró al tráfico marítimo. En 1930 Estados Unidos tenía 30 bases militares alrededor en Panamá. En 1979, el presidente Jimmy Carter lo devolvió a Panamá. En el último año de su mandato, en diciembre de 1907, Roosevelt quiso mostrar al mundo el potencial de la Armada estadounidense. Organizó una marcha de 16 buques de guerra alrededor del mundo, la Gran Flota Blanca tardó catorce meses en recorrer el globo. Regresó a casa, recibida por una enfervorizada multitud, el 9 de febrero de 1909.

EL PARTIDO PROGRESISTA

Un día cualquiera de 1902, Roosevelt estuvo cazando osos en Misisipi. Fue una jornada aciaga, pues no encontró ninguno. Apenas se le cruzó en el camino un pequeño ejemplar de oso color canela. El presidente, enternecido, no le disparó. La historia llegó a oídos del dibujante del *Washington Post* Clifford Berryman. En su ilustración, el propietario de una conocida tienda de juguetes de Brooklyn, Morris Michtom, colocaba en el escaparate un osito disecado: era el oso de Teddy, que pronto se hizo muy popular. Así nació el osito Teddy y Roosevelt reivindicó su pasión por la naturaleza. Fue conocido como el «Gran Conservacionista». Ese mismo año firmó la Reclamation Act para destinar los fondos de la venta de tierras en el Oeste a la construcción de varias presas que permitieran el regadío en los territorios más áridos. Desde 1872, Yellowstown era parque nacional. Desde 1890 lo era Yosemite. Roosevelt desarrolló la ley de parques naturales para proteger inmensas zonas de bosque, de carbón y acuíferas. Creó en 1903 el primer refugio natural para especies animales: la Isla Pelícano, en Florida. En su último discurso anual en el Congreso, en diciembre

de 1907, declaró que «destruir los recursos naturales» era tanto como desposeer del futuro a las generaciones venideras. «No tenemos derecho a ello», exclamó.

Le quedaba un año de mandato y pocas cosas por hacer, aunque todavía tuvo que enfrentarse a un último escollo: la crisis de 1907. Su legado a la Historia eran el americanismo y el progresismo. Lo primero era una extensión de una noción originalmente acuñada por Lincoln. Lo segundo fue, según la historiadora Susan-Mary Grant, una inteligente respuesta propiciada por la fe y el miedo. Por un lado, sus creencias religiosas le obligaban a la solidaridad y a combatir la injusticia social; por otro, estaba su obsesión por contener las revueltas y frenar al socialismo. Sea como fuere, Roosevelt buscó y encontró permanentemente el equilibrio entre la protección de un capitalismo industrial que indudablemente generaba riqueza y prosperidad y la defensa de los derechos de los trabajadores y pequeños comerciantes y propietarios. Para ello diseñó su programa de Square Deal, el trato justo, que retomó en 1912, cuando compitió de nuevo por la presidencia como líder de su nueva formación, el Partido Progresista, que enarboló la bandera del «nuevo nacionalismo». Su adversario, el demócrata Woodrow Wilson, también tomó el testigo del progresismo bajo la denominación de «nueva libertad». Roosevelt había puesto los cimientos de una nueva era y los presidentes que le sucedieron que quisieran dejar su marchamo en la Historia debían presentarse como continuadores del progresismo.

En octubre de 1907 quebró, como consecuencia de sus arriesgadas operaciones financieras, la Knickerbocker Trust Company, un gran banco neoyorkino con participación de J. P. Morgan. El pánico generado llevó al colapso a una docena de entidades y algunas compañías ferroviarias. Los precios se desplomaron y los fondos perdieron su valor. La crisis vino a dar, al final de su mandato, la razón a Roosevelt sobre su política antitrust: los monopolios condicionaban el devenir de la economía en su conjunto. Poco importaba ahora. De hecho, sus críticos le responsabilizaron de lo ocurrido. Creyeron que precisamente su obstinación por exprimir a las grandes compañías, poner trabas a la libertad de empresa y aplicar políticas a favor de los trabajadores había conducido al país al desastre.[5] Para frenar la depresión, garantizó a la U. S. Steel, la poderosa compañía del acero, que el gobierno no interferiría en su intención de hacerse con la Compañía de Acero y Carbón de Tennessee, una de las que se hundieron. Roosevelt decidió proveer de fondos federales a los bancos

en dificultades.

La crisis no duró mucho. En 1908 la economía estadounidense ofrecía ya síntomas de mejoría. Roosevelt podía abandonar la Casa Blanca con cierta tranquilidad. De hecho, su ascendencia sobre el partido permanecía intacta. Por eso pudo hacer valer la candidatura de William Howard Taft, uno de sus fieles, para la presidencia en 1908. Otra cosa es que el orondo Taft realmente quisiera. En agosto de ese año se despidió: «Bueno, he cumplido; he terminado mi tarea; la gente empezará a discutir de cuestiones económicas cada vez más; tarifas, dineros, bancos, son problemas arduos y no estoy profundamente interesado en ellos; mis problemas son morales y mis enseñanzas han sido mera moralidad». No es de extrañar que Knox ironizara: «La cuestión de qué será de Roosevelt después de 1908 es fácil de contestar: hay que nombrarle obispo».

Asistió a la toma de posesión de su sucesor y se fue de safari a África. Le acompañó un taxidermista. Regresó con cinco elefantes, siete hipopótamos, nueve leones y trece rinocerontes, además de cientos de especies vegetales. Antes se dio un paseo por Europa. Cuentan que Taft le envió a los funerales de Eduardo VII, donde coincidió con el káiser Guillermo II, a quien consideraba arrogante. «Oh, coronel Roosevelt, deseo verle antes de que abandone Londres, quizás mañana le pueda dedicar treinta minutos sobre las dos de la tarde», le concedió el emperador. «Muchas gracias, majestad —replicó Roosevelt—, allí estaré. Aunque por desgracia, tengo un compromiso ineludible y solo me será posible compartir con usted veinte minutos». El gendarme no se arrugaba ante las monarquías europeas, y menos ante quien tres años antes le había pedido ayuda en Marruecos.

A su vuelta, en 1910, se encontró un partido dividido entre los progresistas y los conservadores. La presidencia de Taft había resultado fallida y en el Partido Demócrata emergió un líder que supo interpretar la partitura de Roosevelt. Era Woodrow Wilson. Roosevelt reaccionó y en febrero de 1912 anunció su candidatura a la convención republicana: «Mi sombrero está en el *ring*». Perdió precisamente contra Taft, respaldado por el aparato y los jefes; ambos se distanciaron —tanto que se llamaron jacobino y demagogo, apóstata y necio— y el expresidente aventurero rompió con el partido. Se presentó a las elecciones presidenciales como líder de una nueva formación, el Partido Progresista, que celebró su primera convención en agosto, en Chicago. La candidatura progresista

fue conocida como *Bull Moose ticket*: la integraban un toro, el candidato a presidente, y un ratón, el desconocido gobernador de California Hiram Johnson. Los fieles entonaron: «Seguiremos, seguiremos, seguiremos a Roosevelt».

Su programa incluía, junto con las medidas propias del primer progresismo, basadas en una acérrima defensa de los derechos de los trabajadores (propuso prohibir el trabajo infantil, establecer un salario mínimo para las mujeres, limitar la jornada laboral a ocho horas, fijar por ley un día de descanso a la semana y crear un seguro de desempleo y otro sanitario), otras que constituían la renovación del ideario, basadas en el radicalismo y el robustecimiento de la democracia. Algunas de sus propuestas, tanto sociales como políticas, las había tomado prestadas del programa del demócrata Bryan.[6] El Partido Progresista defendió la celebración de primarias para la elección de todos los cargos públicos,[7] la elección directa de senadores, la convocatoria de referéndums y consultas que pudieran revocar las sentencias del Tribunal Supremo, facilitar el proceso de enmienda constitucional, limitar las donaciones privadas a los partidos, promover la transparencia de los gastos de campaña, crear un registro de *lobbies* y abrir al público las sesiones de las comisiones del Congreso. Su discurso había adquirido un nuevo matiz: el presidente debía ser «el mayordomo del bienestar público».

Puede considerarse que todo era un descarado guiño populista de cara a la galería. Pero lo cierto es que el hiperactivo Roosevelt siempre iba un paso por delante de sus adversarios. Se comprometió a reconocer el sufragio femenino, crear un sistema nacional de salud y promover la integración de los inmigrantes. Roosevelt apeló de nuevo a Lincoln para proclamar que el «americanismo» era «una cuestión de espíritu, convicción y determinación, no de credo u origen». Con Taft en retirada, la campaña de 1912 enfrentó al «nuevo nacionalismo» de Roosevelt contra la «nueva libertad» de Wilson. Las dos propuestas se parecían en el fondo. En la forma, una reivindicaba un estado central fuerte y honesto como medio para alcanzar la igualdad; la otra aplicaba el barniz demócrata del *laissez-faire* y los derechos de los estados sin hacer tabla rasa de las conquistas sociales consolidadas por Roosevelt.

El 4 de octubre, el curso de la campaña se interrumpió súbitamente. Un camarero de origen alemán, el desequilibrado John N. Schrank, que aseguró que el fantasma de McKinley se le aparecía en sueños con sed de venganza, disparó

una sola bala del calibre 38 contra el candidato progresista antes de un acto de campaña en Milwaukee. Por fortuna, las hojas dobladas del discurso, providencialmente guardadas en el bolsillo superior de la chaqueta, desviaron la trayectoria de la bala, que hizo un extraño viraje y le fracturó la cuarta costilla. Sus órganos vitales resultaron ilesos. Roosevelt se rehízo y se empecinó en pronunciar su discurso antes de ir al hospital. Estuvo hablando casi una hora. Ya postrado sobre la camilla, los doctores decidieron no extraer la bala. Schrank fue internado en un sanatorio mental. Una semana antes de las elecciones las apuestas daban como ganador a Wilson. No porque fuera más popular que Roosevelt, sino porque el voto republicano estaba totalmente fragmentado. De hecho, Wilson ganó las elecciones con menos votos que el incombustible Bryan en cualquiera de las tres convocatorias a las que había concurrido como candidato demócrata: 1896, 1900 y 1908. Roosevelt superó a Taft por más de 600.000 votos. Entre ambos sumaban más de un millón de votos más que Wilson.

En 1913, ni los enemigos de Roosevelt se dieron por satisfechos con su retirada, ni él podía estarse quieto. Demandó al editor de la revista *Iron Age* por llamarle «borracho». Le reclamó seis centavos y los ganó. Después se fue de expedición a Brasil. Allí contrajo la malaria, que a la postre le llevó a la tumba. Remontó el Río de la Duda, que luego sería rebautizado como Río Roosevelt. Se dedicó a escribir, fue editor de la revista *Outlook* y, desde 1917, editorialista del *Kansas City Star*. En 1916 apoyó al candidato republicano Charles Evans Hughes y, en abril de 1917, cuando los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial, quiso volver por sus fueros y se presentó voluntario para liderar un regimiento que batallara en Francia. Genio y figura. Tenía cincuenta y ocho años y más de 200.000 hombres estaban dispuestos a marchar con él. Wilson desestimó su petición. Su salud ya se había deteriorado. Además de la malaria no había conseguido superar la infección que le provocó un corte en una pierna durante su última aventura. El 5 de enero de 1919, aquejado de fuertes dolores, fiebre y sudores fríos, escribió un último editorial para el *Kansas City Star*. Criticó a Wilson por su propuesta de crear una Liga de Naciones. A las once de la noche se fue a dormir. Le pidió a su asistente que apagara la luz. No volvió a despertar. Así murió, dando un último zarpazo, «el viejo león indomable».

[1] Booker T. Washington era un liberto, un activista negro que creó varias escuelas para dotar de educación a los negros, pues creía que su verdadera libertad solo llegaría mediante la obtención de la

independencia económica. Aceptó la segregación como mal menor mientras trataba de transformar la sociedad desde arriba. Como no alteraba el estado de cosas, mantuvo buenas relaciones con el establishment y se convirtió en consejero de Roosevelt y luego de Taft. El otro gran líder negro de la época fue W. E. B. Du Bois, un prestigioso historiador formado en Harvard y Berlín.

[2] Era una expresión que utilizaba con frecuencia. Dio título a uno de sus discursos y de sus ensayos. Rechazaba «la doctrina de la innoble comodidad» y reivindicaba «la de la vida esforzada, la vida de la labor afanosa y el ahínco, del trabajo y la lucha [...]. Una vida indolente es tan poco digna de una nación como de un individuo». Apelaba a «no eludir las dificultades, sino a superarlas; a no buscar la comodidad, sino a saber cómo extraer el triunfo del esfuerzo y el riesgo».

[3] Rusia y Japón combatieron por el control de Manchuria y Corea. Roosevelt medió en el conflicto. Por el Tratado de Portsmouth (New Hampshire), los dos imperios renunciaron a Manchuria y Japón se quedaría diez años después con Corea. Roosevelt inclinó la balanza a favor de Japón, pues lo prefería como aliado. El país nipón era una gran potencia emergente que podía amenazar la estabilidad de Filipinas, recién adquirida por Estados Unidos. En julio de 1905 ambas naciones acordaron respetar las posesiones del otro en el Pacífico. En 1906, Roosevelt obtuvo el Premio Nobel de la Paz. Con los más de 36.000 dólares que ganó por su concesión, creó una fundación para promover la «industria de la paz». Durante la Primera Guerra Mundial, su organización destinó 45.000 dólares a ayudar a las víctimas. Un año después, Estados Unidos y Japón firmaron el «acuerdo de caballeros»: como hacía casi cuatro décadas había ocurrido con los trabajadores chinos, los californianos comenzaron a ver con recelo a los inmigrantes japoneses. Japón se comprometió a frenar la emigración y Estados Unidos a no aprobar leyes de exclusión o limitadoras de los derechos de los trabajadores japoneses.

[4] Roosevelt quería preservar los intereses de los banqueros neoyorkinos en el país, pero rechazó tomar el control territorial de la Isla y aseguró: «Tengo tantas ganas de anexarla como una boa constrictora de tragarse un puercoespín a contrapelo». Estados Unidos controló el servicio de aduanas y se reservó más de la mitad de los ingresos para cobrarse la deuda que la República Dominicana contraía al solicitar préstamos a su protector.

[5] Para los economistas Charles P. Kindleberger y Robert Z. Aliber, las grandes crisis económicas generan efectos de largo alcance y tienen una lectura global. Sostienen, por tanto, que la crisis de 1907 en Estados Unidos empezó varios años antes en Italia, donde crecieron la especulación y «operaciones ficticias». La caída de la Bolsa de Génova repercutió sobre Londres y París. La economía americana estaba conectada con la italiana y con la inglesa. Los bancos europeos dejaron de prestar; el parón lo acusaron las colonias —donde se dejó de invertir— y rebotó sobre Estados Unidos.

[6] Bryan, tres veces candidato a la Presidencia por el Partido Demócrata, no era precisamente un hombre brillante, pero sí fue una de las figuras más destacadas de la política estadounidense en el tránsito de siglo. El filósofo John Dewey se refirió a él en un artículo de la revista *New Republic* en 1922. Dijo que su relevancia se basaba en que la democracia premia la «mediocridad». En cualquier caso, Bryan anticipó «los elementos esenciales de la sociedad norteamericana» —el «americanismo» de Roosevelt— y además diseñó un programa radical progresista. Lo que no supo, al contrario que Roosevelt, es hacerlo viable. Ya retirado de la vida política, un sonado juicio lo devolvió a las portadas de los periódicos y a la actualidad. En julio de 1925, en un pequeño pueblo de Tennessee, un profesor de bachillerato negó el creacionismo y se acogió a la teoría de la evolución de Darwin, lo cual era delito. Bryan defendió la acusación; el consistente e «iconoclasta» letrado Clarence Darrow mostró en el proceso todas las carencias intelectuales de Bryan, que

se declaró «fundamentalista». A pesar de todo, el profesor John Scopes fue condenado —luego absuelto por un error de forma en el procedimiento—. Bryan falleció a los pocos días de celebrarse el juicio, con él murió, dice algún historiador, «una parte del viejo país».

[7] Como señala Morison, en los 13 estados en los que los delegados a las convenciones estatales se eligieron en primarias, Roosevelt ganó el apoyo de 278 delegados, Taft de 46.

26. WILLIAM TAFT: EL HEREDERO ANTICICLÓNICO



15 de septiembre de 1857, Cincinnati, Ohio - 8 de marzo de 1930, Washington DC
Presidencia: 1909-1913.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Helen Nellie Herron. Tuvieron dos hijos y una hija.
Formación: Yale College y Leyes en la Universidad de Cincinnati.
Profesión: abogado.

EL HOMBRE QUE NO QUERÍA SER PRESIDENTE

William Taft era el hombre duda, el candidato a la fuerza, el amigo fiel de Theodore Roosevelt hasta que el *cowboy* topó con la pusilanimidad de su sucesor. Lo consideró, a partir de 1910, melifluo y complaciente, además de un traidor entregado a los jefes del partido. Taft no ambicionaba la presidencia. Su carrera política fue consecuencia de la ambición y los deseos de otros, concretamente de su padre —un abogado, juez, diplomático y político que contribuyó a fundar el Partido Republicano en Cincinnati, llegó a secretario de Guerra con Ulysses Grant y fue embajador en Austria-Hungría y Rusia con Chester A. Arhur—, su esposa —Helen Herron,[1] con quien se casó en 1886— y el propio Roosevelt. Llegado el momento, no pudo negarse a la propuesta del presidente, que en 1908 era el factótum del Partido Republicano, no porque tuviera el apoyo de sus líderes, sino porque contaba con el cariño incondicional de las bases.

Taft solo fue feliz cuando abandonó la Casa Blanca y dejó la política. En enero de 1906, Roosevelt le ofreció por tercera vez un asiento en el Tribunal Supremo. Eran amigos y el presidente conocía los deseos de Taft, entonces su eficiente y leal secretario de Guerra. Había hecho campaña por él en 1904, condujo con acierto los asuntos en Panamá, cerró el acuerdo con Japón sin instrucciones precisas de Washington y supervisó la acción del gobierno en San Francisco tras el terrible terremoto que se llevó por delante 3.000 vidas el 18 de abril de 1906. Sabía lo que se hacía y gozaba de la total confianza de Roosevelt. Sorprendentemente, Taft rechazó de nuevo el cargo. Expuso sus razones al presidente: «Debo cumplir con mis obligaciones en el Departamento de Guerra».

Roosevelt interpretó que Taft podía ser su sucesor en la presidencia. Solo

necesitaba un empujón. Si bien, todavía debía cerciorarse. Una noche, Roosevelt departía amigablemente en la biblioteca de la mansión presidencial con el matrimonio Taft, al que susurró misterioso y sobreactuando: «Soy el séptimo hijo de una séptima hija... y tengo poderes clarividentes. Yo veo un hombre de considerable peso, unas 350 libras. Hay algo que ronda su cabeza. No sé bien qué es, no lo distingo... Algunas veces parece la presidencia... luego no, otras parece un cargo en la Administración de Justicia». «Es la presidencia», intervino la señora Taft. «Hazle jefe de Justicia», cerró William Taft. Unos meses más tarde se convirtió en el primer presidente aficionado al golf y, por supuesto, mucho más aficionado al golf que al ejercicio del poder. Le faltaba carácter para ejercerlo. Y también maldad. «¡Jorge, sé rey!», le apremiaban sus más estrechos colaboradores en alusión al consejo que le dio la princesa de Gales a Jorge III. El periodista Mark Sullivan dijo que «de las más de 300 libras de humanidad [que pesaba], no había una sola onza o gramo de maldad o indecencia». Taft quiso continuar el programa de Roosevelt, pero no era Roosevelt, simplemente no supo negarse al ímpetu con el que Roosevelt lo lanzó a la carrera presidencial. Admitió ser su heredero, pero en plena campaña para la presidencia, en 1908, advirtió que la nación no debía esperar otros cuatro años de «torbellino». Reconoció que «el país necesitaba un descanso, un periodo de consolidación después de los agotadores años de Roosevelt». Tenía más coraje de lo que parecía, era menos conservador de lo que parecía y, sobre todo, su gran baza consistía en que no estaba al servicio de ningún interés, afirmaron los futuros presidentes Warren G. Harding y Herbert Hoover.

En diciembre de 1905 Taft había declarado que su máxima aspiración era el Tribunal Supremo. Sus palabras no casaban con sus decisiones. Cuando se vio metido de lleno en la nominación aseguró que aceptaría el desafío y que si resultaba designado candidato haría una vigorosa campaña. En junio de 1908 los republicanos celebraron su convención en Chicago. Taft tenía el respaldo de Roosevelt, o sea, la nominación garantizada. La obtuvo en la primera vuelta con el voto de 702 delegados. Por su inmediato seguidor se decantaron 68 delegados. Entre todos los demás aspirantes apenas sumaron 250 votos. La plataforma republicana se declaró con orgullo heredera del legado de Roosevelt. Se comprometió a revisar las tarifas arancelarias, impulsar la creación de una comisión para la estabilidad del dólar y de cajas de ahorro para pequeños

propietarios, perseverar en las leyes antimonopolio y la defensa de los derechos de los trabajadores, conceder la ciudadanía americana a los habitantes de Puerto Rico e incorporar como estados de la Unión a Arizona y Nuevo México, cosa que hizo en 1912.

Enfrente estaba el sempiterno Bryan, cuyo programa parecía una copia del de Roosevelt, cuando lo cierto es que él fue pionero en pedir la jornada de ocho horas, el seguro de asistencia y desempleo y la elección directa de senadores.[2] Tras su tercera derrota, Bryan se retiró. Wilson le recuperó como secretario de Estado; unos meses antes, Roosevelt había rescatado su programa para la campaña de 1912. De cualquier modo, la carrera por la presidencia en 1908 giró en torno a un único eje: qué candidato se mostraba más capacitado para continuar la tarea iniciada por Theodore Roosevelt. Siendo así, indudablemente Taft lo tenía mucho más fácil. El dedo de Roosevelt lo había señalado. El único argumento de Bryan para negar la evidencia era que él poseía el *copyright* del programa de Roosevelt. Quién mejor que el padre de la criatura para terminar de ejecutarlo. Bryan se mostró a favor de la nacionalización de la red ferroviaria: «La propiedad pública es necesaria allí donde la competencia no es posible», declaró. Para Roosevelt y Taft eso no era una propuesta antitrust; era sencillamente socialismo. El 3 de noviembre de 1908 Taft logró 7.679.006 sufragios (52 por ciento). Bryan, 6.409.106 (43 por ciento). El de Ohio reunió 321 votos del Colegio y consiguió la mayoría en veintinueve estados. En cierto modo, el Partido Republicano se descomprimió. «Todo el mundo esperaba que *Big Bill* Taft suavizara el engranaje legislativo con el emoliente de su humor bonachón». La inacción sustituía a la acción; la cautela al arrojo; la mesura al exceso. Para Roosevelt, el presidente podía hacer todo aquello que la ley no prohibiera; Taft sabía, por su sólida formación en Leyes, que debía hacer solo aquello que le autorizara la Constitución.

LA DIPLOMACIA DEL DÓLAR

Desde el principio, Taft había orientado su carrera profesional al ejercicio de la abogacía. Fue un buen estudiante y, a pesar de su peso, un consumado bailarín. Cursó sus estudios de secundaria e ingresó en la Universidad en Yale.

Se graduó segundo de su promoción. Estudió Leyes en la Universidad de Cincinnati al tiempo que hacía de reportero para *Cincinnati Commercial* y se colegió en 1880. Cuatro años más tarde apoyó la nominación de Arthur e hizo campaña por el finalmente nominado, James G. Blaine. Ya se había trazado como meta el Tribunal Supremo. La política era una vocación necesaria, por no decir un medio. Desempeñó varios cargos en las altas esferas de la judicatura: juez de la Corte Suprema de Cincinnati, abogado del Estado y miembro del Tribunal de Apelación, entre otros.

Su vida dio un giro inesperado y decisivo cuando el presidente McKinley lo designó en 1900 primero comisionado y luego gobernador general de Filipinas. Hizo un espléndido trabajo de transición del gobierno militar al civil y dotó a los nativos de las Islas de similares derechos que los americanos. Luchó contra la corrupción, sofocó una revuelta, abrió escuelas públicas en las que se hablaba inglés, ejecutó obras públicas y abrió hospitales para erradicar enfermedades. En octubre de 1902 y en enero de 1903 Roosevelt le ofreció ingresar en el Tribunal Supremo. Taft consideró, como la última vez que rehusó el cargo, que estaba llevando a cabo una noble tarea que debía concluir. Así se tomaba la vida y las cosas que hacía: muy en serio pero sin prisas. Tenía muchos amigos aunque pocos eran íntimos, por eso le dolió especialmente el enfrentamiento posterior con Roosevelt. Aunque McKinley lo descubrió para la política, fue Roosevelt su verdadero valedor. Lo nombró secretario de Guerra, le dejó libertad de movimientos, depositó en él mucha confianza y asumió sin pestañear las responsabilidades citadas: supervisar las obras del canal de Panamá y firmar con Japón el Tratado Taft-Katsura para disuadir al gobierno nipón de cualquier posible interés en Filipinas. Taft cubría las ausencias por enfermedad del secretario de Estado John Hay y cumplió como gobernador provisional de Cuba en 1906.

Toda su carrera política se había desarrollado en la arena internacional y estaba sobradamente capacitado para continuar ejerciendo desde la Casa Blanca de gendarme internacional. Al frente de la Secretaría de Estado puso a un hombre de su confianza que previamente había gozado de la de Roosevelt: Philander C. Knox, que como fiscal general había combatido a los monopolios empresariales y negociado la adquisición de la zona del canal de Panamá. Era el hombre adecuado para ejecutar la política conocida como diplomacia del dólar,

basada en conseguir la dependencia de determinados países mediante la concesión de créditos, el establecimiento de bancos y la importación de bienes de consumo. El dólar era la palanca que activaba la hegemonía americana. La estrategia pasaba por colonizar económicamente a pequeños estados y hacerlos dependientes de los Estados Unidos. No obstante, Roosevelt también prestó dinero a Gran Bretaña, en su guerra contra los Boers, y a Alemania, para garantizar la validez de sus bonos. Taft prefirió centrarse en el hemisferio occidental: Nicaragua,[3] México, Haití, República Dominicana y Honduras reclamaban los servicios y dineros de los banqueros americanos. La única intervención de Taft fuera de América Central y Caribe fue en China. Taft negoció la participación de empresas estadounidenses en la construcción del ferrocarril chino, pero las conversaciones no llegaron a buen puerto. La diplomacia del dólar generaba menos costes y muchos más beneficios que las intervenciones militares; sin embargo, no excluía el despliegue de su Armada si la situación lo requería.

En diciembre de 1912, en su último discurso en el Congreso, Taft defendió la diplomacia del dólar; dijo que era una extensión de la doctrina Monroe cuyo objetivo era defender a naciones indefensas y amigas de peligros extranjeros, del caos político y de la debacle financiera y, por supuesto, evitar que esos peligros provocaran «complicaciones internacionales que pudieran repercutir sobre nuestra nación». Y sentenció: «Estados Unidos se muestra orgulloso de alentar y apoyar a los banqueros dispuestos a prestar ayuda y rehabilitar las finanzas de esos países, pues su restablecimiento financiero y la protección de sus mercados les libran de la amenaza de dictadores, golpes de estado, injerencias extranjeras y desórdenes revolucionarios». Por tanto, con Taft, los empresarios y banqueros norteamericanos pasaron a ingresar en el cuerpo de la gendarmería internacional. Ni en esto, ni en la política antitrust, Taft se había alejado tanto de su mentor como este le reprochaba. Es más, a juicio del historiador Philip Jenkins, «Roosevelt ofrecía un dinámico y atractivo modelo de reforma, aunque en avances reales quizás fuese igualado por su sucesor, William H. Taft, más eficaz que él en la disolución de trust».

Era cierto, con menos alharacas fue más contundente. Facultó a la Comisión de Comercio Interestatal para regular precios y prohibir prácticas abusivas de las compañías ferroviarias, como aplicar un sobrecoste a los trayectos cortos. La

Comisión fue competente también para dirimir cuestiones sobre teléfonos y telégrafos. Mediante el fiscal general, en 1911 disolvió el trust de la American Tobacco y de la U. S. Steel, aunque dejó tranquila a la Standard Oil como lo había hecho Roosevelt, para no irritarle. Sin embargo, consiguió darle munición. La campaña de 1912 subió de tono, Roosevelt, que se había deshecho en elogios apenas cuatro años antes, comparándole con Lincoln, le llamó «imbécil» y «desnortado». Taft lo pasó mal pero acabó por reaccionar: «Soy lo suficientemente mayor como para resistir los ataques de mis enemigos». Y concluyó: «He sido un hombre de paja, cierto, pero ya he sido un hombre de paja durante bastante tiempo [...]. [Ahora] estoy dispuesto a luchar como una rata acorralada». Ese año le escribió a su mujer: «No ambiciono ser popular. He adoptado una posición filosófica respecto de la aversión que la gente siente por mí».

De hecho, en febrero de 1913, todavía bajo el mandato de Taft —aunque a su pesar— entró en vigor la Decimosexta Enmienda, que facultaba al Congreso a recaudar impuestos directos, es decir, regulaba el impuesto sobre la renta. Qué reforma económica de alcance general e inmediato más progresista que esa. Por el contrario, en 1909 había rebajado muy ligeramente los impuestos indirectos, lo que provocó que un senador, paisano y correligionario del presidente y partidario de los aranceles elevados, entonara en el Congreso: «Mr. Taft es un muchacho excelente...». El proceso de revisión de aranceles fue muy complejo. Taft los hubiera bajado más; el proyecto de los senadores Payne-Aldrich fue concienzudamente modificado en el Congreso, tanto, que de las 847 enmiendas, 600 constituían propuestas de aumento de las tarifas, por sectores y productos. Al final, Aldrich se mostró lacónico: «Solo presentamos una reforma de la ley de tarifas, ¿quién dijo que las fuésemos a modificar a la baja?». Taft trató de mostrarse más convincente: «Si el país desea libre comercio, impuestos indirectos, que todos los comerciantes y manufactureros del país se queden sin su negocio y precios baratos a costa del sacrificio de los manufactureros, entonces, debemos llamar al Partido Demócrata para que gobierne». Eso es lo que ocurrió en 1912. El progresismo volvió a sus orígenes, al Partido Demócrata.

Se despidió de la Casa Blanca con un pequeño fracaso: a pesar de su veto, en 1913 entró en vigor la disposición que prohibía transportar alcohol dentro de los

estados donde rigiera la ley seca. En cualquier caso, era lo de menos. Lo verdaderamente importante era que retomaba su vida allí donde la dejó, antes de Filipinas, desde donde envió uno de sus primeros cables al entonces secretario de Guerra: «Todo bien. Detuvimos el viaje después de montar durante 25 millas». Elihu Root replicó: «¿Y cómo está el caballo?». No se tomó a mal aquella broma. Su humor y campechanía estaba a prueba de mofas. Volvió a Yale a dar clases de Derecho Constitucional; escribió artículos, impartió conferencias... Compartió la tesis de Wilson de permanecer al margen de la Primera Guerra Mundial; en 1918 se reconcilió con Roosevelt; renegó de la Sociedad de Naciones y apoyó la candidatura de Warren G. Harding en 1920. Y por fin, en junio de 1921 alcanzó su sueño: fue nombrado juez del Tribunal Supremo. El 3 de octubre juró el cargo, que desempeñó hasta febrero de 1930. Unos días después de abandonar, el 8 de marzo, murió en su casa de Washington. Taft es el único presidente que ha servido como magistrado del Tribunal Supremo, y el primero cuyo funeral fue retransmitido en directo por radio.

[1] Helen era hija del juez y amigo del presidente Hayes John W. Herron. Tan entusiasmada estaba con la idea de ver a su marido en la Casa Blanca, que en su toma de posesión se rompió con la tradición de que fuera el anterior presidente quien acompañara al recién elegido en el coche descapotable camino del Capitolio. Fue ella, y no Roosevelt, quien se sentó a la izquierda de Taft aquel 4 de marzo de 1909.

[2] La Enmienda Decimoséptima de la Constitución, que recogía la elección directa de senadores, se aprobó en abril de 1813, al mes de la llegada al poder de Woodrow Wilson.

[3] Entre 1908 y 1909 Estados Unidos auspició el derrocamiento del gobierno de Zelaya. Inmediatamente, las empresas americanas entraron en el país. Controlaron las aduanas, el ferrocarril y el Banco Nacional. En 1912, marines americanos evitaron una rebelión contra el «gobierno amigo». La intervención duró veinte años, hasta la llegada de Franklin Delano Roosevelt.

27. WOODROW WILSON: EL IDEALISMO DEL INTELECTUAL VANIDOSO



28 de diciembre de 1856, Staunton, Virginia - 3 de febrero de 1924, Washington DC

Presidencia: 1913-1921.

Partido: Demócrata.

Matrimonio: Ellen Louise Axson (falleció el 6 de agosto de 1914). Tuvieron tres hijas.

El 18 de diciembre de 1915 se casó con Edith Bolling Galt. Con su segunda esposa no tuvo hijos.

Formación: College of New Jersey (hoy Princeton) y John Hopkins University (Baltimore).

Profesión: profesor de Universidad.

EL PROFESOR DE PRINCETON

Quiso llevarse sus apuntes y sus lecciones a la Casa Blanca. Sin embargo, la política por dentro era muy distinta. Wilson era especialista en Sistema de Gobierno e Historia de América, por tanto, fue una contrariedad, una premonición y, como él mismo consideró en 1913, una «ironía», que el tiempo de su presidencia exigiera precisamente el dominio de las técnicas diplomáticas y conocer los resortes de la política internacional. Se doctoró en 1886 en Ciencias Políticas con una tesis titulada *Congressional government. A Study in American Politics*, que trata sobre las relaciones entre las distintas ramas de la Administración. Sostuvo que en Estados Unidos se había producido, si no un declive democrático, sí un giro constitucional, debido a que las dos cámaras del poder legislativo, la Cámara de Representantes y el Senado, habían cedido progresivamente protagonismo al ejecutivo. Wilson establece una comparación entre el *congressional governemnt* americano y el parlamentarismo británico.

El pensador al que más cita en su tesis es Walter Bagehot, a quien ya hemos hecho referencia en otros pasajes, autor de *La Constitución inglesa*, el más destacado escritor de su época, durante un tiempo director de *The Economist*, un moderado victoriano que discrepa con Burke, padre del conservadurismo británico, al no considerar la Constitución como «fuente de sabiduría eterna». Bagehot era un «escéptico» en cuanto que creía que la Constitución no garantizaba por sí misma la división de poderes y la salud del liberalismo burgués. Esto es, podía ser reformada sin incumplirse, y el modelo resultante ser otro distinto del pergeñado por sus diseñadores. Wilson aprecia lo mismo en el caso americano. De hecho, este fue uno de los temas recurrentes para los académicos y constitucionalistas estadounidenses contemporáneos del futuro

presidente: considerar las transformaciones del sistema político producidas tras la Guerra de Secesión y la alteración de los principios originales de la Constitución. Porque la guerra fue a la postre consecuencia de la permanente tirantez entre los poderes de los estados y el federal. El sistema surgido tras la contienda debía buscar, en la medida de lo posible, un equilibrio, pero ciertamente la guerra la ganó uno de los poderes, el federal, el central, el ejecutivo. La simetría no fue posible. Bajo estos parámetros, la idea de Wilson era la expresión de su carácter sureño y de su primer idealismo, el propio de un intelectual: los gobiernos estatales y el gobierno federal «eran —debían ser— dos partes de un mismo gobierno». Lo que decía tenía sentido, pues, volviendo a Bagehot, todas las instituciones eran producto de la voluntad de la gente y estaban a su servicio.

Por eso Bagehot cree que los ingleses debían mirarse en el espejo americano. En sus tiempos, la naturaleza del gabinete no era democrática, la del Parlamento, sí. La «nación moderna», o sea, Estados Unidos, contempló un poder ejecutivo elegido por los ciudadanos, y eso reforzaba la legitimidad de su modelo. En todo caso, en el prefacio de su trabajo, Wilson asegura que no pretende someter a una exhaustiva crítica el modelo americano, simplemente mostrar los rasgos esenciales de su sistema constitucional. Para ello se nutre del mismo esquema e índice que el propio Bagehot. Como todavía no se empleaba el término *presidencial* para definir el sistema político de Estados Unidos, Wilson utilizó el término *congressional*, caracterizado por la responsabilidad compartida entre ejecutivo y legislativo: ambas son gobierno. Años después, en 1901, escribió: «Un gobierno que había sido federal en su espíritu pasó a ser, casi súbitamente, nacional en su temperamento y en su punto de vista». Digamos que la idea de democracia *wilsoniana* pasaba por el reequilibrio y, en cierto modo, por la devolución de poder a los estados. Esta era su mayor diferencia con Theodore Roosevelt, el espejo de cualquier progresista que se preciara de serlo.

Todo esto viene a cuento sencillamente para situar no tanto el pensamiento de Wilson como identificar su hábitat natural. Jefferson, Madison, John Quincy Adams, el mismo Theodore Roosevelt o el propio Taft fueron presidentes con una sólida formación intelectual o académica. Todos ellos desarrollaron su pensamiento en paralelo al desempeño de algún cargo político. Wilson, no. Saltó de la universidad al gobierno de Nueva Jersey y, sin solución de continuidad, en

apenas dos años, ya era presidente de los Estados Unidos de América. Para más inri, el presidente que involucró a su país en la Gran Guerra. Siempre quiso hacer política, creyó que la universidad le permitía ingresar por la puerta de atrás, sin someterse a la disciplina de los partidos ni perder su valioso tiempo en batallas intestinas. Lo que no calculó al principio es que el camino era un poco más largo.

Desde el año en que terminó de redactar su tesis doctoral enseñó Política Económica y Derecho Público en un *college* de Pensilvania. En aquel tiempo concursó para una vacante en la Secretaría de Estado. No la consiguió y aceptó inmediatamente una plaza como profesor de Historia en la Universidad de Middletown, Connecticut, donde compaginaba sus clases con cursos específicos en la Universidad John Hopkins. Por fin, en 1890 recaló en Princeton, el trampolín adecuado. Allí escribió una biografía de George Washington y varios ensayos políticos. En 1902, año en que fue nombrado presidente de la universidad, publicó su obra más ambiciosa: *Una Historia del pueblo americano*, compuesta por cinco volúmenes. Desde su nueva posición aplicó un intenso programa de renovación de la docencia: introdujo la enseñanza en pequeños grupos y los seminarios con un enfoque más dinámico, reorganizó los departamentos y redefinió los planes de estudios. Quiso acabar con el elitismo y el esnobismo de la universidad, democratizarla. La «democratización» fue su cliché, no solo en la universidad. La batalla contra el *establishment* académico era su manera de ganar prestigio en el Partido Demócrata. En los años precedentes, caracterizados por las huelgas y la crisis de finales de los ochenta, expresó su propuesta política: desconfiaba del movimiento obrero y creía que las reformas debían emprenderse desde el gobierno (ya sabemos que Wilson llama gobierno a todo poder representativo: el legislativo y el ejecutivo).

La brillante idea de lanzar al profesor Wilson a la carrera para la elección a gobernador de Nueva Jersey se le ocurrió a George Harvey, editor de la *North American Review*. El candidato no puso demasiado reparo. Estaba deseando que alguien lo empujara a hacer lo que tanto deseaba, aunque nunca lo declaró abiertamente. Solo se dejaba querer. En julio de 1910 saltó a la arena, sin agarraderas. No tenía apoyos sólidos en el partido. Había renegado de Bryan en 1896 y rectificado en 1908. Algunos jefes del aparato demócrata de su estado se tomaron su candidatura a broma: ¿qué sabía este honorable y respetado profesor

de Princeton de los vaivenes de la política, sus interioridades y, sobre todo, su aspereza? La respuesta es *nada*. Ahora bien, a su favor tenía su hándicap: como *outsider* no estaba manchado por la corrupción. Y los votantes estaban cansados de tanta suciedad en el partido. Bajo este prisma, el neófito Wilson era el hombre indicado. Qué más se le podía pedir: declarado demócrata, su expediente estaba impoluto y su discurso era impecable. Es más, los jefes creyeron que podrían controlarle fácilmente. Por muy independiente que fuera, siempre necesitaría a la maquinaria del partido. Ganó la nominación en la primera vuelta. Más aún, antes de que acabara ese año de 1910 su nombre ya sonaba como presidenciable. Los progresistas y radicales no lo veían claro; se los ganó cuando aseguró que mantendría su independencia respecto de los jefes y que no sería su marioneta. Tras ganar la elección a gobernador hizo mucho más: les declaró la guerra.

Impulsó una serie de reformas para democratizar el partido: introdujo las primarias en la elección de todos los cargos del estado, incluyendo la elección de delegados para las convenciones; por ley requirió a los candidatos y partidos informes sobre financiación de campañas, limitó los gastos y prohibió la contribución de las grandes compañías; creó una comisión estatal encargada de justificar los nuevos impuestos y, por último, Nueva Jersey fue el primer estado en regular la indemnización de los trabajadores despedidos. Solo fracasó a la hora de solicitar a la Legislatura de su estado respaldo para la Decimosexta Enmienda de la Constitución, que luego se aprobó durante su primer mandato y que concedía al Congreso facultad para fijar impuestos federales. Todo esto en apenas un año y medio de torbellino reformista. De hecho, en 1911, el primer año como gobernador, ya deslizó que quería competir por la nominación para la presidencia. A comienzos de 1912 era un secreto a voces que su nombre estaría en junio en Baltimore, en la convención demócrata.

LA «NUEVA LIBERTAD»

Woodrow Wilson fue un chico enclenque de Virginia. Desde pequeño padeció problemas digestivos que arrastró de por vida. Llevó gafas desde los ocho años y aprendió muy tarde a leer. Tenía pocos amigos íntimos y no sabía conservarlos. Era retraído. Él mismo se describe como producto de la lucha entre

las dos sangres que corrían por sus venas: la irlandesa y la escocesa. Por el lado irlandés decía ser pasional, impulsivo, generoso y melancólico; por vía escocesa le venían la tenacidad, la frialdad, la prudencia y la vanidad. En público se mostraba mucho más seguro que en grupos reducidos, donde parecía huidizo e incómodo. Era el tercero de los cuatro hijos del reverendo de Ohio Joseph Ruggles Wilson y de Janet Woodrow, una inglesa que llegó a Estados Unidos siendo una niña.

Al año de nacer el pequeño Woodrow, la familia se estableció en Augusta, Georgia. Este hecho marcó significativamente su trayectoria política. Vivió la guerra en el Sur, en un estado rebelde. Era solo un chiquillo, pero asegura recordar que en 1860 oyó decir a alguien: «Ha ganado Lincoln: es la guerra». Se le grabaron las imágenes de su tierra quemada y devastada. Se convenció de que la reconstrucción fue una humillación para los suyos. Siempre se declaró sureño. Es más, creía que el Sur tuvo motivos justificados para la secesión. Mucho después, cuando en enero de 1918 pronunció en el Congreso aquel discurso con el que pasó a la posteridad, en el que anunció sus 14 puntos para la paz mundial, tuvo la oportunidad de reivindicar sus orígenes y reconoció el derecho de autodeterminación de los pueblos. Con todo el boato del que hacía gala cuando tomaba la palabra, mostró un absoluto desconocimiento de Europa y de su tiempo. El fin de la guerra trajo el desvanecimiento de los imperios en Europa, convertida en un crisol de pueblos, nacionalidades y culturas. ¿Qué sabía Wilson de cómo completar el puzle de la paz?, se preguntaban en las cancillerías europeas. Además, en sus primeros años de estudiante reconoció ser supremacista. No había cumplido los veinte y ya mostraba inquietudes políticas y leía sobre el sistema británico. Pasó por tres *colleges* antes de graduarse. Sus problemas de salud le impedían desarrollar su actividad académica con total normalidad. En sus años escolares guardaba una tarjeta en la que se podía leer: «Thomas Woodrow Wilson, senador de Virginia».

El resto ya lo sabemos. La vida le llevó por los derroteros de la universidad y aplazó su ansiado desembarco en el Partido Demócrata. Era cuestión de tiempo y ya no tuvo prisa. En junio de 1912 los progresistas del partido se debatían entre el reformista Wilson —nadie entonces podía tacharle de idealista, pues había cumplido con creces todos sus compromisos en tiempo récord— y el jefe de los demócratas en la Cámara de Representantes, Champ Clark, de Misuri. Los

conservadores del Sur tenían su propio candidato, como los del Medio Oeste. La llave de la convención la guardaba William Jennings Bryan, el otrora «Moisés» demócrata, un radical que, pese a caer derrotado las tres veces que se presentó a las presidenciales, mantenía su predicamento en el partido. Su discurso era claro, incendiario y había servido para fijar algunas posiciones de los republicanos progresistas de Theodore Roosevelt. Ahora se explica que Wilson, tácticamente, lo apoyara en su último y frustrado intento de hacerse con la presidencia. Durante la convención salió a relucir una carta que Wilson envió en 1907 a un colega de Princeton en la que le conminaba a hacer algo «digno y efectivo: acabar de una vez por todas con Bryan». El líder demócrata no lo tuvo en cuenta y avaló a los dos progresistas: Clark y Wilson.

La pugna estuvo a punto de resolverse a favor de Clark, sobre todo cuando amarró el apoyo del Tammany, el poderoso aparato neoyorkino. Wilson sopesó retirarse de la carrera. Un delegado de Nueva York le aconsejó aguantar. Bryan percibió que Clark era el favorito del aparato del partido y de los tiburones de Wall Street, desconfió y respaldó la candidatura de Wilson. A la vigésimo octava vuelta, Wilson obtuvo la nominación. La plataforma republicana aprobó un programa clásico de impuestos bajos, leyes *antitrust*, elección directa de senadores, reforma del sistema financiero, protección de los trabajadores y de los derechos de los estados. A todo esto sumó alguna innovación: solicitar el establecimiento de un único mandato en la presidencia, la extensión del sistema de primarias —que solo celebraban algunos estados— y la independencia de Filipinas.

Sus contrincantes fueron, por un lado, el republicano William Howard Taft, el presidente que no quiso serlo; por otro, el expresidente *cowboy*, el progresista Theodore Roosevelt. A mucha distancia de los tres favoritos estaba el socialista Eugene Debs, a quien durante la presidencia de Wilson, el *gran demócrata*, y en virtud de las Leyes de Espionaje y de Sedición —en honor al rigor ha de decirse que estas normas se aprobaron en plena Gran Guerra— los tribunales condenaron a diez años de prisión por un discurso antibélico. Si Taft y Roosevelt se despellejaban, Wilson solo tenía que esperar sentado. Ni siquiera eso ocurrió. Taft dio cinco discursos y se fue a jugar al golf. Wilson se vio obligado a asumir un rol de ariete en la campaña. Dado que Roosevelt puso sobre el tapete su «nuevo nacionalismo», Wilson debía contrarrestar el efecto del ciclón Roosevelt

con otra propuesta de similar impacto. Así nació la «nueva libertad», que mostraba ese afán de los candidatos —excepto Theodore Roosevelt, todos demócratas— de acuñar nociones que representaran un renovado impulso para hacer frente al estatismo. Posteriormente vino el New Deal de Franklin Delano Roosevelt, luego la «nueva frontera» de Kennedy y por último la «gran sociedad» de Johnson.

Analizada con detenimiento y cierto criticismo, la «nueva libertad» era solo otra manera de denominar al «nuevo nacionalismo». Simplemente se caracterizaba porque reducía los decibelios, exhibía menos agresividad en las formas y moldeaba la política exterior. Roosevelt podía mostrarse más resuelto, pues no necesitaba contemporizar con los estados, lo cual le permitía proponer leyes federales antitrust y de carácter social. La campaña se interrumpió en octubre por el intento de asesinato de Roosevelt. Wilson se veía como ganador, así que se centró en las elecciones al Congreso para asegurar la mayoría demócrata. Era menos popular que sus rivales, pero ellos competían por el mismo segmento del electorado. En estas circunstancias, Wilson ganó las elecciones presidenciales con menos votos de los que obtuvo Bryan en cada una de las tres ocasiones en las que se presentó. Reunió casi 6,3 millones de papeletas (42 por ciento), frente a las casi 4,2 millones (27 por ciento) de Roosevelt y las casi 3,5 de Taft (23 por ciento). Por su parte, Debs no llegó al millón de sufragios (6 por ciento). En votos electorales, Wilson arrolló a sus rivales: 435 frente a 88 y 8, respectivamente, de Roosevelt y Taft. El presidente in péctore ganó la mayoría electoral en cuarenta estados. Por primera vez desde la Guerra Civil el partido del Sur era indiscutiblemente el primer partido nacional y dominaba las dos cámaras. En virtud de su modelo de *congressional government*, era fundamental contar con mayoría en las cámaras. «Recuerda que Dios ha decidido que sea presidente de los Estados Unidos», comunicó, solemne, a su jefe de campaña. Premió a Bryan con la Secretaría de Estado y encontró vía libre para aplicar sin obstáculos el programa de su adversario: Theodore Roosevelt.

El 4 de marzo de 1913 pronunció su discurso inaugural: «Nuestra estilo de vida tiene grandes ventajas, proporciona riqueza y abundancia... Pero el mal ha venido de la mano del bien, y el fino oro ha sido corroído. La riqueza también ha traído basura. Hemos derrochado gran parte de lo que podríamos haber

empleado mejor y no nos hemos parado a conservar los excedentes que nos proporciona la naturaleza, sin la cual, nuestro ingenio para emprender hubiera sido inútil y estéril. Hemos mostrado desdén y no hemos sido cuidadosos; [hemos sido] vergonzantemente derrochadores tanto como admirablemente eficientes. Hemos de sentirnos orgullosos de nuestra industria y prosperidad, pero no nos hemos parado a pensar detenidamente en computar los costes humanos, de vidas apagadas, de energías sobreexplotadas y rotas, de dolor físico y coste espiritual para los hombres, mujeres y niños sobre los que ha caído el peso de la muerte». Las palabras son suyas; las ideas, de Roosevelt. La prosa la pone Wilson, los mensajes los lanzaba Roosevelt sin celofán.

Wilson había construido su discurso político en los años de la crisis de finales de los ochenta y noventa, cuando desarrollaba su actividad académica. De ahí la aparente dicotomía que muestra su pensamiento: la industrialización ha sido esencialmente beneficiosa, sin embargo, también ha generado pobreza. Para Wilson la solución pasaba por crear un marco institucional que redujera las desigualdades sociales. Los cambios políticos siempre han llevado la delantera a las leyes. Ahí radicaba parte del problema. Su gobierno aspiraba a encontrar la «nueva armonía» que ajustara en el menor tiempo posible las leyes a las situaciones, las decisiones políticas a la realidad social, los procesos políticos a los procesos sociales. Era el programa de un profesor de Princeton y sonaba muy bien.

La «nueva libertad» reivindicaba, como «el nuevo nacionalismo», la intervención del Estado en la economía. Su lucha contra los monopolios se basaba en la misma premisa que Roosevelt: la conciliación del interés particular y el general. Sin embargo, como señala Aurora Bosch, a diferencia de Roosevelt, la intervención que defendía Wilson era indirecta. El gobierno y el poder judicial serían los árbitros vigilantes.

Tras el discurso inaugural, en abril se presentó en el Congreso. Desde John Adams ningún presidente había expuesto su programa en el Capitolio. Solicitó el apoyo de las Cámaras para su agenda progresista. En ese gesto hallamos la vanidad propia del intelectual —que además jugaba en casa, pues la mayoría era demócrata— y la escenificación de su proyecto político basado en la democratización. Recuerden: ejecutivo y legislativo son dos ramas del mismo gobierno. Redujo los aranceles —invirtiendo una larga tendencia republicana—

y aplicó el primer impuesto federal sobre la renta de acuerdo con la recién aprobada Decimosexta Enmienda de la Constitución: los ingresos de más de 3.000 dólares se gravaron al 1 por ciento; a partir de 20.000 dólares se elevaba gradualmente entre uno y seis puntos más.

Wilson creó la Reserva Federal en 1913.[1] Con ella estableció un sistema de doce bancos regionales gobernados por personas de confianza del presidente. Asimismo estableció la Comisión Federal de Comercio, un órgano dependiente de la presidencia, compuesto por cinco miembros cuyo mandato duraba siete años, encargado de proteger la competencia entre pequeñas y grandes empresas. En 1920 había emitido 400 informes que se tradujeron en otras tantas resoluciones. También como mecanismo antitrust firmó la Ley Clayton, conocida como la Carta Magna del Trabajo. Con ella, los agricultores podían hacer frente a las grandes corporaciones y mantener los precios. Se les reconoció el derecho de sindicación, huelga, protesta y boicot. Igualmente, aprobó una ley federal de Préstamos Granjeros y antes de acabar su primer mandato prohibió que los niños trabajaran como transportistas. El Tribunal Supremo echó abajo la ley y Wilson volvió a la carga en 1919, imponiendo un tributo del 10 por ciento sobre los beneficios de las empresas que contratasen a niños. Esta medida también fue declarada inconstitucional. Candidatos tan distintos como Bryant y Roosevelt incluyeron en sus propuestas la jornada de ocho horas. Wilson la aprobó aprovechando una huelga de los trabajadores del ferrocarril, que manifestaban su rechazo a la participación de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial.

En definitiva, el primer Roosevelt puso los cimientos; Wilson levantó el edificio y el segundo Roosevelt completó la obra: Estados Unidos no solo había modificado su sistema de gobierno, de manera que el poder federal tenía mucha más presencia en la vida de los ciudadanos que antes de que estos tres presidentes tomaran las riendas del país; además, se parecía mucho a una socialdemocracia europea. Como sugiere Paul Johnson: «la presidencia de Wilson es una de las grandes divisorias de aguas de la historia norteamericana. Hasta ese momento, Estados Unidos se había concentrado casi exclusivamente en desarrollar sus inmensos recursos naturales mediante una meritocracia autocreada y autorregulada. Los estadounidenses disfrutaban de una sociedad *laissez-faire*». Sin embargo, el populismo rural, la corrupción rampante, el

progresismo de las clases medias urbanas y el romanticismo altruista de Theodore Roosevelt constituyeron síntomas de cambio. Wilson aceleró ese cambio y la Guerra Mundial aceleró a Wilson. Además, la Gran Guerra transformó al gran reformista en el gran idealista. Un idealista forzado por los acontecimientos, porque hubiera pasado por el gran escapista: Wilson declaró en 1914 que los americanos eran imparciales de acción y pensamiento.

Y DE REPENTE, LA GRAN GUERRA

«El Wilson alegre [...] desapareció para no regresar jamás cuando el inmenso y horroroso conflicto de Europa terminó [...] por absorber a Estados Unidos». Antes que Wilson, toda Europa vivía en un cínico idealismo. Las potencias se armaban hasta los dientes mientras pomposamente en La Haya cuarenta y cuatro países, incluidas las grandes potencias, habían situado a la guerra «fuera de la ley» siete años antes de su estallido. Cuando el frágil equilibrio establecido por el sistema de alianzas saltó por los aires en el verano de 1914, con el asesinato del archiduque austrohúngaro Francisco Fernando en Sarajevo y la posterior declaración de guerra del Imperio de Austria-Hungría a Serbia, Estados Unidos se declaró neutral. A partir de 1916, proclamó sus simpatías por los aliados —sobre todo por Gran Bretaña— y su animadversión hacia las potencias centrales, sobre todo hacia Alemania. Un año más tarde entró en la guerra.

Entretanto, Wilson se encontró con un serio problema en México. El aleteo de la mariposa de la revolución y contrarrevolución mexicana generó el *tsunami* belicista en la opinión pública estadounidense. Muy brevemente: Estados Unidos no reconoció el gobierno de Victoriano Huerta, que se había hecho con el poder para frenar la revolución. El presidente estadounidense mantuvo una actitud de «ojo avizor» respecto de lo que ocurría en el país vecino. Al mismo tiempo recordaba a los sectores más belicistas que nunca más los Estados Unidos adquirirían territorio por conquista. En abril de 1914 varios marinos americanos fueron arrestados —y rápidamente liberados— en Tampico. Estados Unidos amenazó a Huerta con ocupar Veracruz si no reconocía el gobierno de Porfirio Díaz. El resto de países sudamericanos pararon la guerra. En julio, Huerta abandonó el poder. Le sucedió Venustiano Carranza, que, aunque respaldado por

Estados Unidos, fue incapaz de contener a las fuerzas revolucionarias de Pancho Villa, instaladas en el norte. Por tanto, suponían una amenaza para Estados Unidos. El revolucionario mexicano atravesó la frontera, llegó a Columbus, en Nuevo México, y mató a diecisiete americanos en abril de 1916. Wilson reaccionó y envió 6.000 hombres al mando del general John J. Pershing, que logró expulsar a Pancho Villa. Ahora fueron los soldados de las barras y las estrellas los que acamparon en suelo mexicano. En febrero de 1917 Wilson ordenó a sus tropas que regresaran. Ese mismo mes, los servicios de espionaje británicos interceptaron el telegrama Zimmermann.

Arthur Zimmermann era el ministro de Exteriores alemán. El telegrama en cuestión iba dirigido al embajador alemán en Washington, el conde Bernstorff, que a su vez debía reenviarlo al ministro alemán para México, Heinrich von Eckardt: «Debemos dar apoyo financiero a México si opta por reconquistar Nuevo México, Texas y Arizona». El contenido del mensaje es algo más largo. En resumen, la propuesta alemana era la siguiente: Alemania y México eran países aliados; la alianza habría de reforzarse si Estados Unidos entraba en la guerra europea; y si esto ocurría, México tendría apoyo alemán para recuperar sus antiguos territorios. En otro orden de cosas, Eckardt tenía que convencer a Carranza para que a su vez instara a Japón a cambiar de bando. Cuando el telegrama fue reproducido en los periódicos estadounidenses el 1 de marzo de 1917, Gran Bretaña consiguió su primer objetivo: galvanizar la opinión pública estadounidense en pro de la guerra. Alemania hizo el resto para que los británicos viesen finalmente satisfecha su demanda: Estados Unidos declaró la guerra a Alemania el 6 de abril de 1917. Ese día, la Cámara de Representantes votó a favor de la declaración por 373 a 50; el Senado había hecho lo propio en la sesión del 4 de abril por 82 a 6. Wilson había solicitado el apoyo del Congreso el día 2.

El presidente no esgrimió el telegrama Zimmermann sino el hundimiento del *Lusitania*, ocurrido el 7 de mayo de 1915 en aguas irlandesas. El trasatlántico inglés había zarpado de Nueva York rumbo a las islas británicas con más de un centenar de pasajeros americanos.[2] La opinión pública se polarizó en torno a la guerra. Bryan, secretario de Estado, dimitió al considerar que no había razón para cambiar la política de neutralidad. A fin de cuentas, argumentaba, el *Lusitania* transportaba armamento. El gobierno de Wilson expresaba claramente

sus preferencias por los aliados, aunque, ciertamente, en el momento de declarar la guerra no estaba tan claro que le pudieran devolver los 2.300 millones de dólares que les había prestado. Durante los dos años de acalorados debates en el Capitolio, los alemanes sabotearon algunos arsenales americanos en distintos puntos del país. La provocación era intolerable para los belicistas, llevadera para los neutralistas. Un día, uno de los jefes de la propaganda alemana, un tal Heinrich Albert, olvidó su cartera en el metro de Nueva York, con planes sobre ataques a posiciones y acuartelamientos estadounidenses. El incansable Theodore Roosevelt participó en una gran marcha a favor de la guerra en San Francisco en 1916. Ya sabemos que Wilson le negó posteriormente el alistamiento. Por su parte, el magnate automovilístico Henry Ford fletó un barco pacifista con destino a Europa.

La campaña electoral de 1916 giró en torno a la cuestión de la guerra. Wilson ya preparaba a la nación para la intervención, pero no se quería precipitar, y mucho menos, antes de su reelección. La convención de junio en San Luis fue un paseo: el presidente obtuvo la nominación por mil noventa y dos votos contra uno. El eslogan de la campaña demócrata para las presidenciales fue: «Él nos mantuvo fuera de la guerra». Bien podía haberse completado: «hasta ahora». Es verdad que los demócratas no ocultaron que la nación estaba preparándose para la contienda y anunciaron una propuesta de asociación de naciones para el mantenimiento de la paz mundial. Los republicanos presentaron a Charles Evans Hughes, de Nueva York, conocido porque derrotó en las elecciones para gobernador, en 1906, al magnate de la prensa William Randolph Hearst, el *ciudadano Kane*.

Los republicanos denunciaron la «estricta y honesta neutralidad», y no solo porque no la querían, sino porque no lo era. Igualmente, se mostraron partidarios de recomponer las relaciones con México. Las elecciones fueron muy reñidas. En la noche electoral, un periodista llamó a Hughes. Su ceremonioso ayudante contestó al teléfono: «El presidente electo está durmiendo». El periodista le dejó el siguiente recado: «Dígale al presidente electo, cuando se despierte, que no es el presidente electo». Wilson había perdido gran parte de su predicamento y se movía en un terreno resbaladizo e ignoto, si bien los demócratas supieron definir su programa en torno a tres puntos que resumían la diplomacia de Wilson: mantenimiento del comercio y los préstamos de guerra a las potencias aliadas, el

bloqueo a las potencias centrales y su papel mediador. Durante todo ese año electoral, el presidente insistió en la creación de una organización internacional de seguridad colectiva. Al final, Wilson se impuso por 600.000 sufragios de diferencia: 49 por ciento a 46 por ciento. También fue muy equilibrado el reparto de los votos del Colegio Electoral: 277 a 254. Wilson obtuvo la mayoría en treinta estados y Hughes en dieciocho.

El enigmático Wilson no aclaró nada en el Senado en enero de 1917: llamó a los países beligerantes a aceptar una «paz sin victoria». En marzo, en su discurso inaugural, tampoco soltó prenda respecto de los planes de su Administración: «Nuestro destino como nación está en juego, tanto si vamos a la guerra como si no». Lo que pretendía argumentar es que prefería la paz, y por tanto, si Estados Unidos decidía combatir, lo haría para preservarla. Había hablado todo un profesor de Princeton, también un consumado político que seguía sintiéndose inseguro en la arena internacional. Antes, entre enero y febrero, Alemania había hundido otros dos buques americanos: el *Housatonic* y el *Healdton*. El 2 de abril, cuando Wilson pidió a las Cámaras autorización para declarar la guerra a Alemania, dijo que los alemanes no habían emprendido una guerra contra el comercio «sino contra la humanidad [...]. Luchamos por la paz y por la liberación de sus pueblos, también por la liberación del pueblo alemán». Muchos años más tarde, Roosevelt hizo algo parecido: escribió a Stalin conminándole a compadecerse de los alemanes; el pueblo no debía ser identificado con su gobierno. En mayo de 1917 el Congreso aprobó la Ley de Servicio Selectivo. Algunas voces se quejaban de que el país no estaba preparado para entrar en acción, apenas contaba con 130.000 soldados de tierra. Un mes después, en junio, todos los varones de entre veintiún y treinta años fueron llamados a filas. En total, 23.900.000 jóvenes americanos se alistaron. Cuatro millones más lo hicieron durante el resto de la contienda.

Tras su campaña en México, el general Pershing lideró las fuerzas estadounidenses en Europa, concretamente en Francia. Lucharían al lado de los aliados pero no bajo la cadena de mando aliada (en contadas ocasiones los americanos se mezclaron en divisiones francesas). Alemania estuvo a punto de cuadrar sus planes. Creían que los soldados americanos no llegarían a tiempo de combatir, que las potencias centrales habrían ganado la guerra antes. Los americanos no entraron en combate hasta la primavera de 1918. Y su concurso

desequilibró la balanza, esa guerra de trincheras y de empate infinito.

Las cifras totales de combatientes y bajas de la Primera Guerra Mundial ponen los pelos de punta. En julio de 1918, Pershing comandó un millón de soldados. En septiembre de 1918, en la ofensiva de Meuse-Argonne, combatieron 1.200.000 americanos. En los siguientes cuatro meses se desplegaron en el frente Occidental hasta dos millones de estadounidenses. Curiosamente, Pershing luchó junto al mariscal Pétain, años después, líder del gobierno pronazi de la Francia ocupada. El 11 de noviembre de 1918 se firmó el armisticio. Estados Unidos había sufrido 300.000 bajas, de las cuales, 112.432 habían fallecido. Pershing estuvo al mando de 350.000 voluntarios negros que lucharon en unidades segregadas. Los que retornaron creyeron que sus méritos en el campo de batalla servirían para que se les reconocieran sus derechos civiles. Pershing y los suyos retornaron como héroes. Eran los supervivientes de la generación perdida. No hubo derechos civiles para los negros.

UNA SOCIEDAD SIN EL SOCIO FUNDADOR

El segundo mandato estaba siendo un verdadero quebradero de cabeza para Wilson. Al problema de México y de la Gran Guerra había que unir el de la revolución en Rusia. Las negociaciones iniciadas en diciembre de 1917 entre Alemania y Rusia, que dieron lugar después al pacto de Brest-Litovsk, firmado el 3 de marzo de 1918, desconcertaron al presidente estadounidense. Y eso que todo tenía pleno sentido. Alemania protegió el *tren sellado* que condujo a Lenin desde su exilio de Suiza hasta San Petersburgo para que dictara sus «tesis de abril». A los alemanes les convenía la Revolución Bolchevique para distraer a Rusia de la guerra europea. Y a los bolcheviques les convenía el pacto con Alemania para que ambos imperios, el del zar y el del káiser, no se ayudaran entre sí. El nuevo secretario de Estado de Wilson, Robert Lansing, le advirtió de quiénes eran los bolcheviques: «No podemos reconocer a la facción bolchevique por su naturaleza política e ideológica». No escondían su propósito de «derrocar a todos los gobiernos que existen e instaurar sobre sus ruinas un despotismo del proletariado en todos los países». Unos meses antes, en febrero, Wilson había declarado su apoyo al gobierno provisional de Kerenski. Lansing trató de

convencer a Wilson de que apoyara la rebelión cosaca del general Kaledin para derrocar a los bolcheviques. No lo consiguió, aunque sí accedió a prestarle ayuda financiera a través de Gran Bretaña y Francia. No sirvió de nada. Los bolcheviques se hicieron con el poder y una de sus primeras medidas, en febrero de 1918, fue repudiar las deudas que contrajeron los gobiernos anteriores con terceros países.

Un mes antes, el 8 de enero de 1918, el presidente Wilson presentó en el Congreso de los Estados Unidos su bienintencionado e inconsistente, generoso y deslavazado, plan de paz. En gran parte estaba condicionado por el nuevo peligro bolchevique. Lo que resultaba una paradoja es que alguno de esos 14 puntos beneficiara a los nuevos zares surgidos de los soviets. El *buenismo* imperante en Washington le llevaba a pensar que defender los derechos del pueblo ruso no equivalía a defender los de su gobierno ilegítimo. Como si los *nuevos zares rojos* no se hubieran apropiado de la voluntad del pueblo ruso. Wilson, inasequible al desaliento, envió el 11 de marzo de 1918 un mensaje al Congreso de los Soviets para justificar la negativa de Estados Unidos de prestar ayuda a Rusia. El veto se levantaría en el momento en que Rusia rompiese con Alemania. No lo hizo. En noviembre llegó la paz a Europa con la rendición alemana y por una serie de circunstancias fatalmente encadenadas, escasas tropas aliadas, entre ellas algunos cuerpos estadounidenses, se vieron empantanados en Rusia. Wilson se había metido en un verdadero lodazal. Las fuerzas bolcheviques luchaban con una ferocidad descomunal, y el presidente reconoció en privado que resultaba «más difícil salir [de Rusia] que entrar». No quería romper el equilibro aliado. Tendría que esperar a lo que se resolviera en París.

El 4 de diciembre de 1918 el presidente Wilson, acompañado de «un nutrido grupo de expertos salidos de las mejores universidades» zarpaba desde Nueva York hacia Francia a bordo del *George Washington*. Era el primer presidente en ejercicio que iba a poner pie en Europa. Por nada del mundo, el arrogante Wilson se perdería una cita de tal envergadura. Para Wilson, aquella paz no sería duradera, sería perpetua. Las democracias se habían impuesto sobre los imperios militares. Llegaba exultante. Enseguida, el idealismo americano chocó contra el realismo europeo. Sus 14 puntos no constituían un plan coherente, sino un conjunto de buenos deseos de imposible puesta en práctica. Consistían en un

decálogo de generosas garantías para los derrotados y un intento de normalizar, territorial y comercialmente, el mundo. Los 14 puntos no contemplaban la complejidad de Europa, ni midió la envergadura ni las verdaderas consecuencias de la guerra. Su proyecto de Sociedad de Naciones apenas era un venerable propósito. Y su programa basado en el derecho de autodeterminación —aplicable solo en nacionalidades de mayoría blanca— iba a provocar muchos más problemas de los que podía solucionar. Cada aliado llegaba con su propia agenda. Y Francia no estaba dispuesta a perdonar ni un franco en concepto de reparaciones a Alemania. De modo que se firmó una paz por cada potencia central. A la paz genérica se la conoce como Paz de París. El primero de los tratados es el de Versalles, firmado con Alemania.[3]

A la capital francesa acudieron 37 naciones —entre las que no estaba Rusia y tampoco Alemania— y 500 periodistas. Pasados dos meses, las negociaciones las dirigieron los cuatro grandes: el primer ministro británico, Lloyd George; el veterano presidente francés, Georges Clemenceau, que llegó a la Conferencia con setenta y siete años; el italiano, Vittorio Orlando, y el propio Wilson, a quien el *tigre* francés le reprochaba su moralismo irredento carente de sentido de la realidad. Clemenceau decía que Wilson «se creía un Cristo que había venido a la Tierra a reformar a los hombres». Además, por unas cosas o por otras, solo Wilson creía en su Sociedad de Naciones.

El Tratado de Versalles se firmó el 28 de junio de 1919. Al final, empujado por la opinión pública, Wilson se plegó a las demandas francesas y no solicitó generosidad para Alemania. Simplemente manifestó sus deseos de dar la bienvenida a la Liga de las Naciones a una Alemania democrática. Ahora lo que más le preocupaba era sacar a sus hombres de Rusia. El Tratado fue humillante para Alemania, condenada a pagar 15.000 millones de dólares más otra cantidad a determinar en reuniones futuras, perdió el 13 por ciento de su territorio continental, casi todo el intercontinental y se desarmó a prácticamente todo su ejército. Por otra parte, no pudo resolverse del todo la cuestión polaca, quedaba pendiente por la guerra civil rusa. Como solución de urgencia se creó el corredor de Danzig, estado autónomo bajo control aliado que permitía la salida al mar de Polonia. Todo lo demás fueron pactos y parches a tres o cuatro bandas. Pasada a limpio, la Paz de París dio un único fruto aparentemente consistente: la creación de la Sociedad de Naciones.

De vuelta a casa, ufano y profesoral, en septiembre de 1919 Wilson inició un *road show* para explicar su magno proyecto. Recorrió veintinueve ciudades en tres semanas. Producto del esfuerzo —llevaba casi un año fuera de casa—, su salud se deterioró. Sufrió primero una parálisis facial y días más tarde un derrame cerebral del que ya no se repuso. Fueron seis semanas de incertidumbre. Nunca se había tenido que aplicar el precepto constitucional que facultaba al vicepresidente a asumir el poder por incapacidad del presidente. Circularon todo tipo de rumores sobre la enfermedad de Wilson. Su mujer asumió con desenvoltura el papel de *alter ego*. Prescindió del secretario de Estado, Lansong, a quien no soportaba. Un senador protestó: «¡Tenemos el gobierno de las enaguas! ¡La señora Wilson es el presidente!». Cuando ese mismo senador, Albert Fall, le visitó en la Casa Blanca y le dijo: «Todos oramos por usted, presidente»; Wilson contestó: «¿En qué sentido, senador?».

Entre tanto, los demócratas habían perdido el control del Senado. El *congressional government* de Wilson se desmoronaba en el peor momento. La mayoría republicana no estaba por la labor de aprobar el ingreso de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones. Había dos cuestiones básicas sin resolver. ¿Estaban sus miembros obligados a usar la fuerza si alguna de las naciones firmantes incumplía las obligaciones contraídas en el Tratado de Versalles? ¿El Tratado establecía gobiernos y límites fronterizos *sacrosantos*, inmodificables? El jefe de relaciones internacionales del Senado, Henry Cabot Lodge, manifestó sus reservas sobre la conveniencia de que Estados Unidos se atara los pies y las manos. Más aún, según la tradición constitucional americana, ¿podían un Congreso y un presidente condicionar de tal modo la política exterior estadounidense? Porque si había sanciones para los países incumplidores o que se retiraran, los congresistas y presidentes del futuro carecerían de margen de maniobra al respecto. Por último: la aceptación del Tratado suponía invertir el orden constitucional. Los Estados Unidos no pueden asumir ninguna obligación internacional que no sea aprobada por el Congreso, de modo que cada Congreso americano debía resolver cada modificación de facto del Tratado. Wilson, el adalid de la democratización carecía de razones —y de salud— para rebatir estos argumentos. El Tratado llegó al Senado en marzo de 1920. Fue rechazado por 53 senadores y 38 votaron a favor.

El presidente aguantó a duras penas hasta el final de su mandato. Ni siquiera

él creía en su Sociedad. «Con un celo destructivo, desde su lecho de enfermo, Wilson escribió a sus partidarios cartas firmadas con una letra temblorosa y casi ilegible, pidiéndoles que votaran en contra» del texto enmendado por Lodge. Esta vez fue aprobado por 39 a 35, pero no reunió la mayoría de dos tercios necesaria. De los 35 votos negativos, 23 eran demócratas que obedecieron las órdenes del idealista desencantado. Estados Unidos jamás perteneció a la Sociedad de Naciones. Wilson soltaba amarras con el viejo continente. A Estados Unidos le costó entrar en la Segunda Guerra Mundial. Tenía motivos para desconfiar de la terca y pejiguera Europa. Harding, el futuro presidente, aseguró que la Sociedad de Naciones estaba «tan muerta como la esclavitud». Wilson recibió el Nobel de la Paz por sus esfuerzos pacifistas. En casa tenía cuentas pendientes. El socialista Debs, desde la prisión de Atlanta, escribió: «En la Historia de América no hay un hombre que se haya retirado sufriendo un descrédito tan total, que haya sido rechazado de modo tan agrio, o que haya sido acusado y repudiado de manera tan abrumadora como Woodrow Wilson».

Falleció el 3 de febrero de 1924, unos meses después de su sucesor. Apenas balbuceaba tras su último achaque: «Se me ha roto una pieza de mi máquina... cuando una pieza se rompe... Estoy preparado...». Howard Taft le recuerda como un «hipócrita oportunista que ni siquiera tenía convicciones que intercambiar por votos. Rendía sus supuestas convicciones de buenas a primeras sin vacilar y nunca explicaba las razones de su cambios de opinión». Para otro de sus adversarios, el impulsivo Theodore Roosevelt, era sencillamente un «doctrinario». Por el contrario, otro republicano, el futuro presidente Herbert Hoover, le juzgaba con menos severidad. Opinaba que Wilson tenía una férrea moral: «Era más que un simple idealista; era la personificación de la herencia del idealismo del pueblo americano». Había nacido para la paz. El propio Wilson pensaba igual de sí mismo: «A veces la gente me tacha de idealista. Ese es el camino, yo sé que soy un americano».

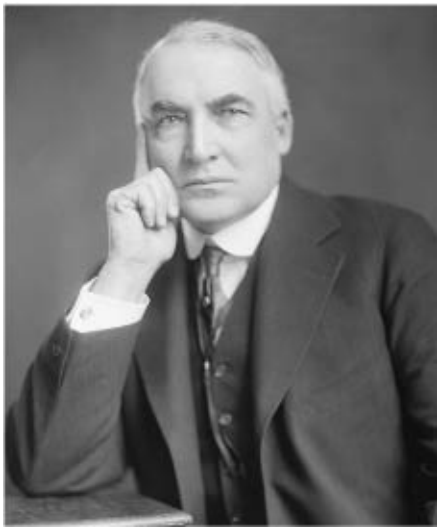
[1] El secretario del Tesoro era William G. McAdoo. En virtud de su cargo fue el primer presidente de la Reserva Federal. Se casó en 1914 con la hija de Wilson, Eleanor, en la Casa Blanca. McAdoo era sureño, populista, antimonopolista y rico. Consideraba, antes de trabajar junto a él, que la gran virtud de Wilson era haber nacido en el Sur, el primer presidente del Sur desde Taylor. Fue feliz el día en que el presidente, al mes de las elecciones de 1912, ofreció un discurso en la Sociedad Sureña, la red neoyorkina de caballeros del Sur. Por fin se dirigía a ellos uno de los suyos. Todos vitorearon a Lincoln. McAdoo fue considerado por algunos el Hamilton del siglo xx.

[2] Según Martín Gilbert, autor de *La Primera Guerra Mundial*, el capitán del barco, William Turner,

desoyó los consejos del Almirantazgo británico de «evitar [navegar cerca de] los cabos» y desplazarse «a toda velocidad».

[3] El Tratado de Saint Germain lo firmaron los aliados con Austria; el de Trianon, con Hungría; el de Sèvres, con Turquía; y el de Neully, con Bulgaria.

28. WARREN G. HARDING: EL AUSENTE INDEFENSO



2 de noviembre de 1865, Corsica, Ohio - 2 de agosto de 1923, San Francisco, California.
Presidencia: 1921-1923.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Florence Mabel Kling. Ella era divorciada, tenía una hija de su primer matrimonio. Ambos no tuvieron hijos juntos. Él tuvo una hija fuera del matrimonio.
Formación: Ohio Central College. No cursó estudios universitarios.
Profesión: editor.

LOS ESCANDALOSOS AÑOS VEINTE

¿Quién es Harding? Dicen que el peor presidente de los Estados Unidos. Y eso que algunos autores incluyen en la comparación a Nixon o al intrascendente Carter; otros lo meten en el mismo saco que a Grant y ni siquiera se acuerdan de todos aquellos que desfilaron a mitad del siglo XIX sin saber cómo evitar la Guerra Civil, o de los que después permitieron que aflorara la corrupción en Nueva York y los aledaños del Capitolio. Harding llegó a la Casa Blanca reclamando «normalidad». Estados Unidos «no necesita heroísmo sino curación, no necesita cirugía sino serenidad». Tras dos hiperliderazgos progresistas y una guerra mundial impuso su perfil bajo, lo que le permitió, sostiene el historiador John Roper, dedicarse al golf, al póker y a sus amantes.

Para sus detractores asestó un golpe mortal a los principios progresistas, protegió solo a los sectores no competitivos, favoreció a las grandes compañías, se olvidó del campo y se rodeo de amistades peligrosas. Además, era indolente, burdo, incapaz y de inteligencia limitada. No le importaba la política ni creía que a la gente le pudiera importar. Para sus escasos defensores, precisamente en esto radicaba gran parte de su virtud. Mientras Europa se inyectaba ideología en vena y transfería cada vez más responsabilidad y poder al Estado, él creía que la sociedad podía funcionar sola. Para él, la gente laboriosa y decente hizo de Estados Unidos «la civilización» más grande y próspera. Solo un gobierno fuerte y metomentodo podía echar tales logros a perder. Cierto que su galbana fue un reclamo para arribistas y aprovechados, y que no sabía mandar. No obstante, su honestidad está fuera de discusión. Incluso algún crítico reconoce que no fue un mal hombre: en 1921 liberó a Eugene V. Debs, líder socialista encarcelado por Wilson, para que «compartiera con su esposa la cena de Nochebuena». Junto a

Debs, salieron de prisión otros veintitrés detenidos por altercados y disturbios políticos. Uno de sus más ilustres amigos, el inventor Thomas Alva Edison, dijo: «Harding es un buen tipo. Todos los hombres que mascan tabaco son buenos». O sea, encarnaba al Medio Oeste, era americano y hecho a sí mismo. Por otro lado, fue el primer presidente desde Lincoln que se atrevió a hablar en el sólido Sur de los derechos de los negros. El 26 de octubre de 1921, ante 20.000 blancos y 10.000 negros, pronunció un discurso en Birmingham, en la Universidad de Alabama, en el que reconoció y denunció la excepcionalidad americana, alegando que no podían dar completo ejemplo de libertad y prosperidad a Europa mientras el país no superase la división de razas.

Quienes le disculpan aseguran que su afición a las aventuras fuera del matrimonio era también compartida por su sucesor, Franklin Delano Roosevelt. Sin embargo, este supo adornarse con un discurso que recuperaba el progresismo y acompañarse de una cohorte de aduladores e intelectuales que configuraron su buen nombre. Harding fue el primero de los tres presidentes emparedados entre dos «héroes», dos «cirujanos» o simplemente dos liderazgos de estilo inconfundible y que dejaron su huella, Wilson y el propio F. D. Roosevelt. Por eso, y porque dirigieron el país entre los felices 20 y el *crash* del 29, Harding, Coolidge y Hoover son presidentes estigmatizados.

Harding rompió con el discurso republicano tradicional —proteccionismo e impuestos altos— y con el programa progresista de Theodore Roosevelt, Taft y Wilson: medidas antitrust y de carácter social y redistributivo. Esto es, situó al Partido Republicano más cerca del *laissez faire*, no protegió los salarios de los trabajadores y redujo el peso y el papel y los gastos del Estado —hasta un 40 por ciento en comparación con lo presupuestado por Wilson en tiempos de paz—. Para esto último creó, por consejo de su secretario del Tesoro, Andrew Mellon, una Oficina del Presupuesto, ocupada de auditar cada dólar que gastaba la Administración.

No obstante, con Harding los escándalos retornaron a Washington. Junto a miembros de su gabinete de irreprochable conducta y reconocido prestigio, como Charles Hughes, su secretario de Estado y otrora candidato presidencial, el propio Mellon o Herbert Hoover, entonces secretario de Comercio; se encontraban su amigote Harry Daugherty, fiscal general, y Albert Fall, secretario de Interior. Eran dos considerables granujas. Por ejemplo, Fall aceptó suculentas

cantidades por permitir que empresas del petróleo explotaran reservas naturales en Wyoming y California. Él dijo que eran préstamos, no sobornos. Renunció a su cargo en marzo de 1923 y a finales de la década el juez lo envió diez meses a la prisión de Nuevo México. Por su parte, Daugherty tampoco se conformó con migajas: consiguió que el presidente le permitiera gestionar la propiedad confiscada a los alemanes durante la Gran Guerra. Acusado de conspiración, fraude y abuso de autoridad, fue absuelto. Posteriormente el Congreso le sometió a *impeachment* —revocación— por no solicitar el cumplimiento de las leyes antitrust, usar el cargo en beneficio propio, abusar del privilegio de conmutación de penas, hacer contrataciones fraudulentas, espiar a congresistas y unos cuantos desmanes más. Estamos hablando nada menos que del fiscal general de los Estados Unidos. Harding conservó su confianza en él. El *impeachment* fracasó y Calvin Coolidge lo mantuvo un año en el cargo, hasta que ganó las elecciones. En 1932, Daugherty publicó *La historia de la tragedia Harding desde dentro*.

En la nómina de truhanes se encuentra Charles Forbes, director de la Oficina de Veteranos de Guerra, dedicado a vender medicamentos del gobierno y excedentes de la Armada para beneficio propio. Harding lo llamó «bastardo traidor» y Forbes huyó a Europa en febrero de 1923 para eludir una condena de dos años. Y un amigo de Daugherty, Jess Smith, al que Harding recibió en la Casa Blanca, cuyas puertas permanecían abiertas mucho tiempo para mucha gente. El tal Jess integraba la «Cuadrilla de Ohio», una partida de traficantes de favores. Smith se suicidó en mayo de ese año; en marzo había hecho lo mismo Charles Cramer, consejero de la Oficina de Veteranos. Ninguna presidencia podía soportar tanto desmán y desbarajuste. Harding trató de remontar su popularidad —y posiblemente también poner tierra de por medio— con una gira por Alaska y el Oeste que inició el 20 de junio. Falleció en San Francisco de una hemorragia cerebral el 2 de agosto de 1923, sin terminar su mandato. Se dijo que murió en extrañas circunstancias —para evitar que más escándalos salieran a la luz, aceleraran un *impeachment* o perjudicaran a gente muy importante—. A partir de ese momento salieron a la luz detalles de su vida privada.

UNA HABITACIÓN LLENA DE HUMO

Tras la participación a regañadientes en la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos volvió a adquirir ritmo histórico propio a comienzos de la década de los veinte. Los partidos socialdemócratas y laboristas tomaban posiciones en los parlamentos de Europa, cuando no llegaban al gobierno. Se aprobaron las primeras constituciones de posguerra, que reconocían demandas radicales y protegían los cimientos del Estado del Bienestar. Excepto en Inglaterra, se eligieron parlamentos fragmentados, integrados por conservadores, liberales o centristas, socialistas, comunistas, nacionalistas, republicanos en regímenes monárquicos y viceversa... Surgieron problemas de gobernabilidad y rebrotaron las cuestiones irresueltas durante la contienda, favoreciendo el auge de movimientos populistas, fascistas y totalitarios. En suma, los regímenes parlamentarios de la Europa continental cayeron en las garras de la involución o de la revolución.

Mientras, en Estados Unidos el socialismo se desvanecía. Harding fue el último candidato que compitió contra un líder socialista. El 2 de noviembre de 1920, Eugene D. Debs obtuvo apenas el 3 por ciento de los votos. Harding fue también el candidato más votado de la Historia de América. Cosechó más de 16 millones de votos. La razón es que Estados Unidos permitió el sufragio femenino. En esta cuestión, Estados Unidos iba a remolque de Europa,[1] donde algunos países nórdicos lo reconocieron antes de la guerra e Inglaterra, Alemania, Bélgica, Holanda, Suecia y Francia, después. Desde finales del siglo XIX, algunos estados del Oeste permitían el voto de las mujeres (Colorado, Idaho, Wyoming y Utah). En esos años, el movimiento feminista y sufragista intensificó sus acciones con huelgas, boicots, protestas e incluso sentadas a las puertas de la Casa Blanca. Alice Paul y Lucy Burns, las cabecillas que habían importado los métodos de sus correligionarias británicas, fueron arrestadas. Carrie Chapman Catt lideraba la Asociación Nacional Americana para el Sufragio de la Mujer. En 1917, Nueva York fue el primer estado del Este en incorporarlo. Dos años más tarde, el Congreso aprobó la Decimonovena Enmienda, que suprimía la limitación del sufragio por razón de sexo.

Ciertamente, Harding obtuvo la nominación para la presidencia por eliminación. Alguien dijo de él que era el «caballo más oscuro de entre todos los caballos oscuros». El rufián Daugherty fue su asesor de campaña. Y estuvo avispado. Admitió que no esperaba que su amigo fuera nominado en primera,

segunda o tercera vuelta, sino que alguien, en algún momento, se preguntara: «Bien, ¿a quién nominamos?». La convención de Chicago comenzó en junio de 1920 sin favorito. El partido estaba dividido entre progresistas y conservadores, y no había una personalidad que sobresaliera especialmente en ninguna de las dos facciones. Con la convención bloqueada, algunos de los delegados más influyentes se reunieron en la decimotercera planta del hotel Blackstone. Pasaron la noche deliberando y fumando. Surgió el nombre de Harding. Ninguno tenía nada contra él, era popular y de Ohio. Allí se acuño la expresión decidir en «habitaciones llenas de humo», que hace referencia a las soluciones que se adoptan sin luz ni taquígrafos, en conciliábulos y tras arduas negociaciones. La plataforma le dictó el programa a Harding y este lo asumió sin vacilar. Calvin Coolidge fue nominado para la vicepresidencia. Enfrente tuvo otro editor de Ohio, James M. Cox, que compartió *ticket* con F. D. Roosevelt.

Los ciudadanos le otorgaron a Harding un capital político excepcional: nunca un presidente ha sido elegido con el 61 por ciento de los votos. Ganó en treinta y siete estados y solo perdió en el Sur profundo. El 4 de marzo de 1921, en su discurso inaugural, fue taxativo: «Un supergobierno mundial es contrario a todas las cosas que aprecia nuestra república». Como miembro del Senado ya anunció en su día que el intento de constituir un supergobierno mundial terminará «en una inmensa decepción». Por lo demás, durante su mandato se aprobaron dos leyes sobre aranceles que protegían el comercio estadounidense, especialmente la industria química, farmacéutica y otras en expansión durante la guerra. Por otra parte, determinados sectores tradicionales, como el carbón, el algodón y la agricultura, atravesaron una crisis a comienzos de la década; al mismo tiempo, otros nuevos los sustituyeron: automoción —el sector del automóvil, con General Motors, Ford y Chrysler, lideraría la economía—, aeronáutica, bienes de equipo, electrodomésticos y construcción. Aunque lo realmente significativo es que los aliados habían contraído deudas con Estados Unidos y Nueva York se erigió definitivamente como la capital financiera del mundo. El 19 de mayo de 1921 el Congreso aprobó, y Harding le dio el visto bueno, la Ley de Cuota de Emergencia, que por primera vez limitaba la inmigración. La guerra había generado un éxodo de emigrantes de Europa Central y del Sur. Estados Unidos no estaba dispuesto a poner en riesgo de nuevo la estabilidad de su mercado laboral ni los valores de su sociedad.

Harding hizo tabla rasa con los postulados de Wilson y con el respaldo del Senado sacó a los Estados Unidos de la Sociedad de Naciones, rechazó participar en la Corte Internacional y retiró sus tropas de Renania. La nación más poderosa del mundo, económica y militarmente, dejaba a Europa empantanada en sus propios problemas. Como los republicanos habían rechazado los términos del Tratado de Versalles firmados por Wilson, formalmente fue Harding quien concluyó la participación norteamericana en la Gran Guerra. El 2 de julio de 1921 firmó los papeles en casa del senador Joseph Frelinghuysen, tras un partido de golf. La estampa hablaba por sí sola sobre la consideración que le merecía a la nueva Administración la pompa *wilsoniana*. Posteriormente, entre noviembre de 1921 y febrero de 1922, el secretario de Estado, Charles Evans Hughes, negoció, en la Conferencia de Washington, el Tratado de Limitación de Armas, que firmaron Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Japón, país que constituía la principal amenaza. El «pacto de las cuatro potencias» incluía la resolución amistosa de los conflictos en el Pacífico, donde todos tenían considerables intereses. El pacto se amplió luego a Bélgica, Holanda, Portugal, Italia y China, intimidada también por Japón. La paz armada que caracterizó las vísperas de la Primera Guerra se trasladó al Pacífico y resistió una década.

Después de todo lo que había sufrido durante 1923, curiosamente falleció escuchando los elogios de un periodista del *Saturday Evening Post*. Hacía días que se encontraba mal. A los problemas de riego sanguíneo que tenía se le unieron otros de estómago. Por eso se sugirió que pudo morir envenenado. Aquella tarde, su mujer, Florence Mabel Kling, le leyó el artículo «Una visión calmada de un hombre calmado». Harding balbuceó: «Qué bueno, adelante, léeme algo más». Cerró los ojos y no los volvió a abrir. Fue un presidente superado por los acontecimientos. Su propia esposa dijo que el día que ganó la elección presidencial leyó una palabra escrita en su frente, «tragedia». Por alguna razón, Harding buscaba siempre agradar a la gente y odiaba decidir si el hacerlo suponía generar conflicto. Harding y Florence nunca estuvieron muy unidos. El padre de ella se opuso al matrimonio. Decía que el futuro presidente tenía orígenes negros. En realidad era hijo de dos médicos de Ohio. Florence apoyó a su marido en la fundación de su primer negocio, el periódico *Marion Star*, que adquirió junto con dos amigos en 1884 por 300 dólares. Lo utilizó como plataforma política. En 1899 ganó un asiento en el Senado de Ohio. Luego

fue ayudante del gobernador. Cuando parecía que su carrera se estancaba, tras diez años alejado de la arena pública, ganó la elección al Senado de los Estados Unidos en 1914. Fiel a su inacción, quiso permanecer ajeno al debate sobre la Decimoctava Enmienda constitucional que introdujo la Ley Seca. Finalmente votó a favor.

Su muerte desató todo tipo de rumores, habladurías y conjeturas. En 1927, Nan Britton, hija de un médico de Marion, publicó *La hija del presidente*, donde confesó que había tenido una niña con Harding en 1919. El presidente, aunque no la llegó a conocer, pagó su manutención. Entonces ya se especulaba con que Harding fue envenenado. En 1928, el libro de William Allen White *Máscaras de un desfile* se apuntó a esta tesis. También lo sugirió Coolidge en *Un puritano en Babilonia*. En 1930, el *bestseller La extraña muerte del presidente Harding*, de un oscuro exagente del FBI condenado por estafa, Gaston Means, causó sensación: habló de orgías con mucho alcohol y coristas y aseguró que fue Florence quien envenenó a su marido. Hasta la hija díscola de Theodore Roosevelt se sumó a la cacería: en *Horas intensas*, editado en 1933, reproducía los mismos chismes. La prueba de que eran ciertos pareció ser que Florence había quemado los archivos del presidente antes de morir. Pese a todo, Alice dijo que Harding «no era un mal hombre, solo un haragán». En 1964 aparecieron algunos papeles de Harding que desmentían la mayoría de los cotilleos. De sus escarceos amorosos solo queda constancia de una intensa relación epistolar con Carrie Phillips, casada con su amigo James, y bastantes encuentros furtivos con Nan, treinta años más joven que Harding. Ambos se habían conocido en 1917 cuando ella le solicitó empleo. Su última cita fue en enero de 1923. La memoria Harding nunca fue restaurada. Ha quedado como el presidente ausente, incapaz o simplemente desconocido.

[1] Nueva Zelanda fue el primer país en reconocerlo (1893); Australia, el segundo (1901).

29. CALVIN COOLIDGE: EL GRAN AHORRADOR



4 de julio de 1872, Plymouth, Vermont - 5 de enero de 1933, Northampton, Massachusetts.
Presidencia: 1923-1929.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Grace Anna Goodhue. Tuvieron dos hijos.
Formación: Amherst College (Massachusetts).
Profesión: abogado.

LOS SILENCIOS DEL PRESIDENTE

No es fácil explicar que alguien tan tímido y retraído alcanzara la presidencia de los Estados Unidos. Era un hombre callado, reservado y de pocos amigos. Solo con ellos se sentía a gusto. Solía decir: «En política, uno debe tratar con mucha gente, y eso no es fácil para mí». Como contaba a menudo, le resultaba «muy duro acercarse a la puerta de la cocina y recibir y saludar a extraños». Tenía voz nasal y ocultaba su timidez tras un ácido sentido del humor. Un día, la anfitriona de una fiesta le desafió. «Señor presidente, charlemos, he apostado que lograré sacarle más de dos palabras». Tras unos cuantos vanos intentos e incómodos silencios, el taciturno y *Silencioso Cal* concluyó: «Usted pierde». Un estudio cita que pronunciaba una media de 18 palabras por frase, frente a las 26,6 del lacónico Lincoln y las 51,5 del tampoco demasiado locuaz George Washington.

La vicepresidencia parecía un cargo hecho a medida de su extraordinario sigilo, pero la muerte repentina de Harding le puso delante de todos los focos. Tampoco se iba a amilanar, poseía ya una dilatada trayectoria. No necesitaba parlotear, simplemente ser consecuente y que sus acciones respondieran a sus principios. Para Paul Johnson es uno de los presidentes con «propósitos más firmes». Además, representaba a la América de su tiempo: nació en el almacén de su padre, de linaje puritano de Nueva Inglaterra, mentalidad progresista, creía en la gente y fiaba el destino al esfuerzo personal.

Resulta paradójico también que, a pesar de su introversión, a lo largo de su vida solo perdiera una elección de las veinte a las que concurrió. Corría el año 1905 cuando se presentó para formar parte del consejo escolar de su escuela, en Northampton. Hacía tres que se había cruzado fortuitamente la mirada con

Grace. Ella paseaba por los jardines del instituto, levantó la vista y el joven Calvin estaba detrás de una ventana, en ropa interior, llevaba un sombrero. Las risas de la jovial y pícara Grace aturdieron al chico. Fue un amor a primera vista que la madre de la muchacha reprobó. «Me voy a casar contigo», le dijo él. Lo hicieron el 4 de octubre de 1905 con apenas quince invitados. Se fueron de luna de miel a Canadá. Regresaron antes de tiempo porque Coolidge se sintió indispuesto. Por una cosa u otra no pudo hacer campaña para aquella elección y perdió. Desde entonces cuenta sus comicios por victorias. No rechazó presentarse a la reelección en 1928 por miedo a la derrota. La crisis económica estaba a la vuelta de la esquina y puede ser que quisiera mantener alejada de ella su reputación; con el tiempo, no obstante, igual y suficientemente vapuleada. El caso es que no dio explicaciones. El 2 de agosto de 1927 convocó a la prensa y dijo escuetamente: «La fila se forma por la izquierda». Les entregó a todos un papel que ponía: «No voy a competir por la presidencia». Se especuló con sus problemas de salud. También con que su mujer, de ideas demócratas en su juventud, le sugirió que había llegado la hora de dar rienda suelta al gasto público y, por tanto, no procedía renovar mandato. En privado comentó: «Es una idea excelente retirarse cuando aún lo requieren a uno». Y también se hizo eco del supuesto consejo de su esposa y le comentó a un miembro de su gabinete: «Quizás ha llegado el momento en que deberíamos gastar. Creo que no reúno las condiciones necesarias en ese sentido».

Calvin Coolidge fue el segundo presidente de la saga de los inactivos. Como Harding, y luego Hoover, pensaba que «el mejor gobierno era el menor gobierno». Era austero. Otros insinúan que tacaño. No tenía teléfono en su escritorio y cuando mandaba a comprar el periódico siempre esperaba el penique del cambio. Puede parecer una contradicción que una persona tan comedida en el gasto asistiera impertérrito a la orgía especulativa y del despilfarro que se produjo en esos años. No lo es. Su gobierno mantuvo la política de la Administración Harding de contracción del gasto público. Era una de sus obsesiones. La otra, un gabinete íntegro y tranparente. En ese aspecto sí quería romper con Harding y no iba a permitir que nada ni nadie generara la más mínima sospecha de deshonestidad durante su mandato.

Los intelectuales progresistas que comenzaron a ocupar el espacio público a partir de los años treinta le reprochan su nulo intervencionismo sobre la

actividad financiera de las empresas y su pasividad política. Su presidencia «se caracterizó por lo que no quiso hacer más que por sus logros». Los negocios y las empresas van por su camino; no era competencia del gobierno entrometerse en sus asuntos, sino contener el gasto público, pensaba. «El gran negocio del pueblo americano es el negocio», declaró. No dudó en emplear su derecho de veto para parar en seco propuestas que comprometieran la estabilidad presupuestaria. Tras cinco años en el cargo, al abandonarlo en 1929 los presupuestos del gobierno federal habían crecido solo 4 millones de dólares.

En los meses precedentes habían comenzado a caer los precios de los productos del campo. No intervino. Adujo que si el gobierno fija los precios una vez, por qué no hacerlo en cualquier ocasión. Creyó que lo mejor para el país era «dar rienda suelta a su genio industrial y comercial». En definitiva, con él se hinchó la burbuja especulativa. Los expertos señalan como responsable también a Andrew Mellon, su secretario del Tesoro —antes lo fue de Harding y después de Hoover—, el «tercer hombre más rico de América». El ensayista y periodista Walter Lippmann define de este modo los años de Coolidge: «Nadie jamás trabajó tan duro por la inactividad, con toda la fuerza de su carácter, con toda su obstinada atención al detalle, con toda devoción y a conciencia, se dedicó a la tarea [de no hacer nada]». El sueño de la «prosperidad Coolidge» o el espejismo del «Coolidge *boom*», que benefició a seis de cada diez americanos, se tornó en pesadilla cuando estalló el *crash* del 29. En suma, Harding sembró la crisis, Coolidge la cultivó y Hoover la recogió. No ha de sorprender que la mayoría de los historiadores no hayan sido precisamente amables con él, como tampoco lo fueron con su predecesor. Al menos, de Coolidge no dijeron que fuera incapaz, o que «sus palabras buscaran una idea». Más bien sería al revés: no expresó sus ideas con demasiadas palabras. Era el «presidente durmiente», pues le encantaba dormir. No obstante, tras retirarse dejó notables artículos para diversos periódicos y publicó sus memorias. Era bastante culto y de joven había ganado un premio de ensayo por su trabajo *Los principios por los que lucharon [las colonias] en la Revolución Americana*.

EL ESPEJISMO DEL «CAPITALISMO DEL BIENESTAR»

El 2 de agosto de 1923 Coolidge estaba de vacaciones en Vermont. Como no tenía teléfono, no le pudieron avisar inmediatamente de la muerte del presidente Harding. Tres de sus ayudantes condujeron desde Washington durante la noche. Les recibió el padre del entonces vicepresidente, John Coolidge, quien despertó a su hijo. Calvin juró el cargo ante su padre a las tres menos diez de la madrugada del día 3. Luego se fueron de nuevo a la cama. John Calvin era juez de paz y notario. Primero fue granjero y encargado de almacén; años después congresista y luego senador de las cámaras del estado de Vermont. Tras la muerte de su esposa y madre de Calvin, se casó con una profesora. Calvin sentía adoración por su madre. Era frágil y delicada. Falleció cuando Coolidge tenía doce años. No fue la única pérdida traumática en su vida. Su segundo hijo falleció de una manera aparentemente tonta: se le infectó una ampolla tras jugar al tenis sin calcetines. Ocurrió en 1924, durante la campaña electoral que permitió a Coolidge ser presidente por derecho propio. «Cuando él se fue, se llevó consigo el poder y la gloria de la presidencia».

Coolidge comenzó en 1897 su carrera como abogado. En 1907 formó parte del Tribunal General de Massachusetts. Partidario del programa progresista de Theodore Roosevelt, defendió la semana de seis días de trabajo, la regulación del trabajo de mujeres y niños y la elección directa de senadores. En 1910 obtuvo la Alcaldía de Northampton. Se ganó la estima de sus conciudadanos: redujo impuestos y la deuda de la ciudad, aumentó el cuerpo de policía y bomberos, inauguró paseos y remodeló calles. Del ayuntamiento al Senado del estado. Allí aprobó el salario mínimo para las mujeres, arbitró huelgas, defendió el sufragio femenino y obligó a las aseguradoras y bancos a incluir seguros de vida para trabajadores. Ejerció la presidencia de la Cámara. Y siempre daba el mismo consejo a los senadores: «Sea breve. Sobre todo sea breve». En 1912 apoyó a Taft y no se pasó al Partido Progresista de Roosevelt. Entre 1916 y 1918 fue ayudante del gobernador de Massachusetts y en 1919 alcanzó por fin la gobernación del estado.

Nada hacía presagiar que la Historia le fuera a juzgar como un presidente inoperante. Una de sus actuaciones más delicadas como gobernador se produjo como consecuencia de un conflicto sindical que afectó a la seguridad de Boston. En el primer año de su mandato, el comisario de policía negó el derecho de sindicación de los miembros del cuerpo. Estos fueron a la huelga, lo cual desató

una ola de saqueos y disturbios en la ciudad. El alcalde requirió la ayuda de Coolidge, que primero hizo oídos sordos y finalmente envió fuerzas del estado para frenar los disturbios. Respaldó al alcalde en su decisión de no admitir a los policías irresponsables. Se mostró firme: «El derecho a la huelga no está por encima de la seguridad pública; nadie, en ningún lugar, en ningún momento, puede ponerla en riesgo». Podía argumentar con total autoridad, pues en todos los cargos públicos que desempeñó se mostró a favor de reconocer el derecho de huelga de los trabajadores.

Se presentó en la convención republicana de 1920 con todos los delegados de su estado de su parte. No era el favorito para acompañar a Harding. El nombre que sonaba con más fuerza era el del senador de Wisconsin Irvine Lenroot. Sin embargo, cuando tomó la palabra se oyeron algunas voces que gritaban «¡Coolidge, Coolidge!». Al final fue nominado en la primera vuelta. Asistió como observador silente a los desbarajustes de la Administración Harding, aunque supo mantenerse al margen. Su nombre permanecía inmaculado. En 1924 el partido celebró su convención en Cleveland, Ohio. Fue la primera convención retransmitida por radio. Otra vez fue nominado a la primera. Sus rivales fueron dos progresistas: Hiram Johnson, que formó *ticket* con Roosevelt en 1912 y había vuelto al partido; y Robert M. La Follette, que tras ingresar en el Partido Progresista, apoyó el programa económico de Wilson —votó en contra de la entrada en guerra—, volvió al Partido Republicano y acabó liderando de nuevo la candidatura del Partido Progresista en 1924.

El Partido Demócrata pasaba horas bajas, dividido por territorios y programas. Ya estaba en liza el nombre de Franklin Delano Roosevelt, pero se desconfiaba del Tammany en Nueva York. Quiso sumarse al carro del progresismo, pero pesaba el sólido Sur y el rechazo que provocaba la Liga de las Naciones (en este punto, el programa del partido adoptó una actitud evasiva: se mostró partidario de convocar un referéndum). Defendía el empleo y el modo de vida rural en una sociedad urbanizada, industrializada y entregada al consumo y a la bolsa. Ante semejante ensalada y en plena bonanza, el eslogan de los republicanos no podía ser más acertado: «Mantén la calma con Coolidge», *Keep cool with Coolidge*. Ni siquiera necesitó hacer campaña. Tras la muerte de su hijo, tampoco tuvo ánimos. Su victoria fue aplastante: 15,7 millones de votos (54 por ciento), por los 8,3 (29 por ciento) del candidato demócrata John W. Davis; y

4,8 (17 por ciento) de La Follette. Reunió 382 votos del Colegio Electoral y ganó en treinta y cinco estados. Republicanos y progresistas doblaban con creces al Partido Demócrata, que obtuvo 136 votos en el Colegio y doce estados.

En su discurso inaugural trazó las líneas maestras de su programa: «No podemos financiar el país ni mejorar las condiciones sociales si con ello creamos un sistema basado en la injusticia; aunque la intención fuese imponerle ese modelo a los ricos, acabaríamos perjudicando y haciendo sufrir a los pobres. Este país cree en la prosperidad. Y es absurdo suponer que quien aspira a la prosperidad envidia a los que ya son prósperos». Ahora sabemos por qué Ronald Reagan colgó un retrato de Coolidge en su despacho. Él siguió fiel a su máxima: «Las cosas que nunca digo jamás me acarrean dificultades».

El presidente firmó en 1924 la nueva Ley de Inmigración, que restringió un poco más la cuota de inmigrantes a los que se les permitía la entrada en el país —165.000—; redujo impuestos considerablemente, alentó la inversión privada, abrió las primeras rutas de comercio aéreo y no consiguió frenar la ley del Congreso que destinó fondos para crear unos bonos para los veteranos de la guerra. En plena crisis, los excombatientes quisieron cobrar sus bonos y le generaron un conflicto al presidente Hoover. En política internacional, su secretario de Estado, Frank B. Kellogg, rubricó con el ministro francés de Asuntos Exteriores, Aristide Briant, el Pacto de Paz, también conocido como el Pacto de París y por los nombres de los firmantes el 27 de agosto de 1928. Quince países renunciaban a recurrir a la guerra para dirimir sus disputas internacionales. Estaban todos los grandes y peligrosos, incluyendo Alemania, Japón e Italia, ya en manos de Mussolini. Otras cuarenta y siete naciones se sumaron después. Su única virtud fue recuperar a Estados Unidos para un consenso mundial que no tardaría en saltar por los aires. Un año antes, en mayo de 1927, envió 5.000 marines a Nicaragua para sofocar la rebelión de Augusto César Sandino contra el gobierno. Lo salvó, aunque comenzó la lucha de la guerrilla nicaragüense.

Sobre todo, acabó con la camarilla de Ohio y los corruptos que brujuleaban por la Casa Blanca. Pensaba que la mayoría de los que visitan al presidente «quieren algo que no deberían tener. Si uno guarda absoluto silencio, se quedan sin palabras después de tres o cuatro minutos». El 4 de diciembre de 1928, en su último mensaje al Congreso, Coolidge se sintió orgulloso de haber contribuido a

tan largo periodo de prosperidad: «El país puede contemplar el presente con satisfacción y el futuro con optimismo», predijo equivocadamente.[1] Es cierto que creció la clase media, que aumentó la riqueza nacional y la renta per cápita... que las acciones de Wall Street estaban al alcance de cualquiera, que había 26 millones y medio de coches en las calles. Todo americano tenían una radio en casa —de ahora en adelante sí iba a ser necesario para un presidente hablar— y casi 5 millones de trabajadores poseían un seguro. Coolidge consolidó el «capitalismo del bienestar». Pero todo se fue al traste apenas un año después. Entretanto, haciendo gala de su peculiar sentido del humor, dio munición a sus exasperados críticos: «La mayoría de nuestros problemas desaparecerían si fuésemos capaces de sentarnos y permanecer quietos». Ronald Reagan lo defendió: «Redujo cuatro veces los impuestos y con él disfrutamos del mayor periodo de prosperidad y crecimiento que hayamos conocido. Le pongo como ejemplo porque si hizo todo esto sin hacer nada, puede que ese sea el camino».

A Coolidge no le acababa de entusiasmar Hoover. Si él era el gran ahorrador, se refería a su compañero de partido como el «gran derrochador». Asistió a su toma de posesión y se retiró a su casa de Northampton. El 5 de enero de 1933 pasó un par de horas en su despacho y regresó a casa temprano, a las diez de la mañana. Se dedicó hasta el mediodía a completar un rompecabezas de George Washington. Subió a su cuarto y no volvió a salir. Su mujer lo encontró tirado en el suelo en mangas de camisa una hora más tarde. Había sufrido una trombosis coronaria. Su testamento tenía veintitrés palabras: «Sin dejar de pensar en mi hijo John, entrego todos mis inmuebles y enseres personales a mi esposa Grace Coolidge, así de sencillo».

[1] Hasta el prestigioso economista socialdemócrata John Kenneth Galbraith, asesor de Franklin Delano Roosevelt, entre otros, exculpa al presidente Coolidge y no le acusa de cortedad de miras por esta intervención. Se queja de que una «generación entera de historiadores» arremetiera contra el «superficial optimismo» del presidente, lo cual es «groseramente injusto», pues «una buena parte del mundo a que se refería Coolidge era saludable» y, aunque la situación de los agricultores era cada vez más precaria y había bastante pobreza en el bajo Sur, «los años veinte fueron una época realmente buena»: alta producción (el índice de producción industrial casi se dobló entre 1921 y 1929), elevado empleo, precios estables; el número de empresas manufactureras pasó de 183.000 a 206.700. «Ciertamente —concluye quien fuera profesor de Harvard—, era una suerte ser hombre de negocios en aquella época».

30. HERBERT HOOVER: SENTADO EN EL VOLCÁN



10-11 de agosto de 1874 (nace de madrugada), West Branch, Iowa - 20 de octubre de 1964, Nueva York.
Presidencia: 1929-1933.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Lou Henry. Tuvieron dos hijos.
Formación: Universidad de Stanford.
Profesión: ingeniero de minas.

LA VIDA EN LA FRONTERA

«Querida, tenemos otro general Grant en casa». Así lo recibió su padre al nacer. Jesse Clark Hoover[1] era un herrero de Ohio que se trasladó a Iowa. Un pionero del Oeste que murió joven, a los treinta y cuatro años. El rechoncho, rollizo y calmado Herbert tenía solo seis. Su madre, que había dejado la universidad al casarse, sacó adelante la granja, se hizo costurera y destinó el dinero del seguro a la educación de sus tres hijos. La desgracia se cebó con la familia. Tres años después que su marido, falleció de neumonía tras un encuentro cuáquero. Herbert guardó un vago recuerdo de su padre, de su madre decía que tenía un rostro dulce y que supo mantener unida a la familia. Así de dura era la vida en la frontera. El propio Herbert estuvo a punto de morir de anginas a los dos años. De hecho, los padres le llegaron a cubrir con una sábana creyendo que ya había muerto. Uno de sus tíos llegó justo a tiempo de reanimarle. Contrajo todas las enfermedades posibles y se abrasó un pie en la herrería.

Su primera actividad política fue precisamente a los seis años: recibió con una antorcha al presidente Garfield. A los diez se unió al Banco de Esperanza, el club de los niños prohibicionistas. Probablemente buscaba asideros. Vivió con varios familiares, todos pioneros, algunos muy pobres. Se separó de sus hermanos, se alojó por un tiempo en una reserva india, de la que era superintendente un tío suyo, y aprendió a utilizar el arco y las flechas. Acabó en Oregón, en casa de su tío John, el médico que le salvó la vida. John acababa de perder un hijo y se ocupó del muchacho. Tenía profundas convicciones cuáqueras pero hizo una lectura muy particular de la Biblia: «Pon la otra mejilla —le aconsejó al chico—, pero si te parten la cara de nuevo, golpea fuerte». Herbert trabajó duro en el campo y fue al instituto; se le daba mal casi todo,

excepto las matemáticas.

En 1891 abrió sus puertas la Universidad de Stanford, fundada por el gobernador Leland Stanford. Había comprado los terrenos de San Francisquito, alrededor de Lagunita, para levantar una inmensa granja. Al morir su hijo de una penosa enfermedad decidió que debía darle un uso mucho más provechoso para beneficio de los «hijos de California». Hoover no tuvo problemas para entrar. Fue el estudiante más joven de la recién creada universidad. Perteneció a la primera promoción de Ingeniería de Minas. Al dejar la Casa Blanca, el expresidente Harrison impartió unas charlas en el campus. Uno de los días acudió a un partido de beisbol: Hoover picaba los *tickets*. Harrison pasó sin su entrada y el joven le reclamó respetuosamente los 25 centavos. El expresidente sacó tres boletos más. El propio Hoover relató años después su «primer contacto con un gran hombre público». En su último año en Stanford conoció a Lou Henry, la hija de un banquero afincado en California. Se casaron después de que ella acabara también sus estudios. Era una mujer brillante, activa y con una extraordinaria facilidad para aprender idiomas. De hecho, durante el tiempo en que el matrimonio vivió en China, ella aprendió uno de los dialectos y trató de enseñárselo a su marido. Fue un bastión en la carrera del presidente. Murió el 7 de enero de 1944.

Durante veinte años Hoover desempeñó su profesión con sobresaliente éxito. Antes de cumplir los cuarenta ya había reunido una fortuna —cosa que siempre levanta recelos y suspicacias, en este caso infundadas—, había trabajado en varios países, como Australia y China —donde protegió a los extranjeros durante la rebelión de los Boxer— y fue director de dieciocho compañías punteras de su sector. En 1912 donó 1.000 dólares a la campaña del Partido Progresista de Theodore Roosevelt. Su prestigio creció durante la Gran Guerra. Organizó una oficina de reparto de alimentos y ropa y fue nombrado director del Comité Americano de Socorro. Gestionó la distribución de 34 millones de toneladas de comida y bienes de primera necesidad. Entonces se acuñó el verbo *hooverizar*, o sea, repartir equitativamente y racionar.

Hasta 1919 desempeñó varios puestos similares, relacionados con el comercio y la asistencia internacional. Y aunque culpó a Wilson del fracaso de la Sociedad de Naciones, se mostró partidario de la participación de Estados Unidos. En 1921 Harding lo nombró secretario de Comercio, puesto desde el que

continuó labrando su gran reputación. Su plan pasaba por aumentar las exportaciones, reducir los costes de transporte y elevar los aranceles a la importación. Los pequeños propietarios agrícolas y ganaderos tuvieron la sensación de que Hoover se preocupaba por ellos. También los trabajadores de las fábricas, pues abogó por reducir sus horas de trabajo. Por último, era consciente de que si Alemania había sido el enemigo a batir en la Primera Guerra Mundial, ahora había llegado el momento de reforzar los lazos económicos y contribuir a su recuperación para frenar la revolución bolchevique.

Su nombre ya había sonado como presidenciable en 1920. Ya sabemos que en aquella convención republicana no había un candidato claro. Todo lo contrario que en 1928. En la convención de junio en Kansas City, Coolidge no le refrendó, ni a él ni a nadie. No le hizo falta. Obtuvo la nominación a la primera. Los más próximos al presidente saliente se oponían a su nombramiento. Los progresistas le apoyaban, lo cual resultaba sospechoso a los leales a Coolidge. El prestigioso de Andrew Mellon cerró el debate cuando se decantó por él. En su discurso de aceptación, un exultante Hoover declaró que América estaba «más cerca de conseguir el triunfo final sobre la pobreza de lo que nunca en la Historia ha estado cualquier otro lugar en la Tierra». Al frente de los demócratas figuraba un tal Alfred E. Smith, el primer candidato católico. Había sido gobernador de Nueva York, tenía ideas radicales y estaba demasiado ligado al Tammany. Franklin Delano Roosevelt pronunció el discurso de presentación de su candidatura. Cuatro años más tarde ambos compitieron por la nominación y se enemistaron.

EL DESPLOME DE WALL STREET

En plena opulencia los republicanos hicieron gala de sus logros: «Un pollo en cada plato y un coche en cada garaje» o «Conservemos lo conseguido» eran dos de sus eslóganes de campaña. En su último discurso antes de los comicios, Hoover planteó el dilema de la elección en estos términos: los americanos debían escoger entre el «vigoroso individualismo» propio de América o el «paternalismo y el socialismo» propio de Europa. Los demócratas seguían dando palos de ciego pues los republicanos conservaban el apoyo de los trabajadores,

que tenían su casa en propiedad, su frigorífico —lleno—, su máquina de coser y su coche aparcado en la puerta. Hoover obtuvo el 58 por ciento de los votos. Ganó en cuarenta estados. Solo ocho fueron para Smith.

Nada más tomar posesión creó la Comisión Nacional de Cumplimiento y Ejecución de la Ley Prohibición de Venta de Alcohol en lugares públicos, conocida como la Comisión Wickersham, por el nombre del fiscal general, situado al frente de la misma. La veda había provocado disturbios, contrabando y tráfico ilegal de licores. Curiosamente la Comisión concluyó que la Ley de Prohibición fue un fracaso. Sin embargo, no se revocó. También en 1929, antes del desplome de Wall Street, aprobó la Ley del Mercado Agrícola, que contenía medidas de apoyo a granjeros y agricultores. Pretendía fomentar las cooperativas y controlar los excedentes para evitar la caída de los precios. Hasta aquí lo que Hoover hizo por iniciativa propia antes de perder el control de la situación. Luego, su margen de maniobra fue muy estrecho.

La sociedad estaba sorda pero inmensamente feliz. El mercado estaba demasiado hinchado y ofrecía síntomas de estancamiento. El 31 de diciembre de 1928 —quedaban dos meses para la toma de posesión de Hoover— el Dow Jones había alcanzado su máximo histórico. La fiesta continuaba. El americano medio podía seguir comprando y vendiendo valores en bolsa al calor de los «vibrantes años veinte». Operar con acciones se había convertido en un divertimento: «Hagan juego, señores». Se apostaba sobre seguro.[2] Por otra parte, la política antitrust había pasado a mejor vida. El 25 de marzo de 1929, cuando el nuevo presidente llevaba solo tres semanas en la Casa Blanca, el mercado implosionó por primera vez. Los valores cayeron por una «avalancha de ventas». Nada grave, simplemente había que andarse con cuidado, Wall Street no era un juguete. Los bancos dieron créditos baratos e invitaron a repartir las cartas de nuevo. No obstante, la confianza se había roto. Quienes sabían lo que se hacían, comenzaron a levantarse de la mesa. Por ejemplo, el padre del futuro presidente John Kennedy puso su fortuna a buen recaudo y dejó de moverla de aquí para allá.[3] En septiembre, algunos economistas avisaron de que tarde o temprano sucedería lo peor. El mercado era demasiado volátil. Habían comenzado las «turbulencias».

El 24 de octubre fue el «jueves negro»: se vendieron casi 13 millones de acciones. Los bancos actuaron rápidamente: compraron los excedentes y

equilibraron la bolsa. El alivio duró una semana. Tras el «jueves negro» llegaron el «lunes negro» —28 de octubre— y el «martes negro» —29—. Wall Street perdió 30.000 millones de dólares, diez veces el presupuesto federal y más de lo que habían gastado los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. Entre un día y otro, los principales banqueros se reunieron en la sede de Morgan y trataron de transmitir «esperanza». A las cuarenta y ocho horas volvieron a encontrarse, esta vez para pactar entre caballeros que había que vender activos, todos o todo lo que pudiera cada uno. El grifo del crédito se cerró definitivamente. Lo peor estaba por llegar, si bien hemos de desmontar la leyenda de la ola de suicidios. Como demuestran los más prestigiosos economistas, el número de suicidios había comenzado a aumentar en los años precedentes, y el crecimiento se mantuvo sostenido en los años de la crisis. Más aún, también forma parte de la leyenda el método empleado: la gente no se arrojaba por las ventanas, en todo caso, se tiraba al río —y algún infeliz era rescatado—, se prendía fuego, inhalaba gas o se pegaba un tiro.

No se suele culpar a Hoover del desplome de la bolsa y del colapso de la economía norteamericana, pero los autores más críticos le reprochan que no supo contener o atenuar la recesión subsiguiente. «En sesenta días, todo habrá pasado», declaró. El país había atravesado crisis severas, una en 1837 y otras tres o cuatro, según los autores, tras la Guerra de Secesión (1873, 1887-1993, 1907 y, en su caso, 1920). Cada quince o veinte años, el mercado americano se recalentaba. Sin embargo, ninguna otra depresión había sido tan dura y había provocado tanto impacto sobre las clases medias. Ellas estaban también en el origen y eso precisamente constituyó el rasgo distintivo de sus funestas consecuencias. Como señala el profesor John Kenneth Galbraith, «un rasgo común a todas estas crisis anteriores fue que una vez habían tenido lugar, concluían». El presidente creyó estar ante una de esas crisis que afectaban al mercado financiero y repercutían tangencialmente sobre la sociedad. Solicitó a empresarios y grandes inversores que no bajaran los precios, no despidiesen trabajadores y no redujesen los salarios. No era suficiente. Mucho menos que el alcalde demócrata de Nueva York, James J. Walker, conminara a productores y dueños de salas de cine a rodar y proyectar películas que restauran «el coraje y la esperanza en los corazones de los hombres y mujeres del pueblo». Hoover se reunió cientos de veces con empresarios, asesores, técnicos... A medida que

pasaban los meses, el desconcierto y la desorientación aumentaban. La Reserva Federal tampoco hizo mucho, excepto permitir la especulación en los años previos y «ofrecer otro pequeño trago de whisky» durante las primeras turbulencias reduciendo los tipos de interés.[4]

Los americanos perdieron en tres años la mitad de su poder adquisitivo, cerraron 9.000 bancos —el 25 por ciento— y el paro se disparó al 25 por ciento. Años más tarde, Hoover hizo una lectura internacional de la Gran Depresión. Creyó que la había generado la expansión de la producción fuera de Europa durante la Primera Guerra. Cuando la producción europea se recuperó, el mercado mundial se saturó. Además, las deudas de guerra generaron un mercado financiero artificial: la libra y el franco se sobrevaloraron. Cierto que Estados Unidos redujo los tipos de interés en 1927 y dejó de comprar bonos extranjeros cuando sus acciones se devaluaron en 1928. En 1930 Hoover quiso mover el mercado europeo, que conocía bien, y estimuló los préstamos internacionales, sobre todo a Alemania. Pero la política y la economía se encontraron en mitad del camino. El Partido Nazi ganó las elecciones de 1930 y los mercados volvieron a tambalearse. En septiembre de 1931 Londres abandonó el patrón oro. Japón lo abandonó en diciembre. Los precios no paraban de caer. En el campo, la situación era trágica. El escritor John Steinbeck lo reflejó magistralmente en *Las uvas de la ira*.

Algunos profesores que subestimaron los efectos y duración de la crisis o recurrieron al restablecimiento de la confianza como fármaco más eficaz fueron expulsados de sus universidades. Los ciudadanos mostraban el fondo de sus bolsillos, *la bandera hoover*; los periódicos eran las *hoover-mantas* y en las ciudades empobrecidas aparecieron barriadas que mostraban un paisaje desolador, se las conoció como las *hoovervilles*. La reputación de Hoover se vino abajo. La burbuja le estalló al más capaz de la saga de los *laissez-faire*. De los tres, era el único partidario de la intervención estatal. He aquí parte de su tragedia, el menos «ideólogo» fue estigmatizado como el doctrinario del libre mercado. En 1932 creó la Corporación de Reestructuración Financiera, una entidad para el rescate que inyectó 2.000 millones de dólares a los bancos. En mayo, aquellos veteranos de guerra a los que Coolidge les garantizó su retiro con unos bonos, marcharon sobre Washington exigiendo su cobro. No pudieron hacerlo hasta 1945.

Se presentó a la reelección —con un programa intervencionista— para perder y luego se retiró a su casa de Palo Alto, California; arremetió contra el New Deal —a pesar de que algunos dicen que fue de algún modo su precursor con sus inoperantes planes de inyección de liquidez y obras públicas—[5] y contra el abandono del patrón oro. Viajó por Europa, se entrevistó con Hitler en marzo de 1938 —no quería, pero el embajador se lo aconsejó, el encuentro duró apenas unos incómodos minutos—, se opuso a la intervención de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial hasta el bombardeo de Pearl Harbor y volvió a sus orígenes como jefe de la Organización de Asistencia de Americanos en Europa. Truman y Eisenhower le nombraron para liderar una suerte de comité de sabios que asesoraba al gobierno. Se opuso a la Guerra de Corea y falleció el 20 de octubre de 1964 en un hotel de Nueva York, donde pasaba largas temporadas. Tenía ochenta y cuatro años. Había desarrollado un cáncer de intestino. La sociedad norteamericana nunca le indultó. Quedaba muy atrás aquel editorial de 1929 del *New York Times* que elogiaba su «versátil capacidad y su extraordinario carácter». El *Boston Globe* se refirió a él como «el gran ingeniero». Su ingenio, basado en la modulación y racionalización del *laissez-faire*, estaba diseñado para la bonanza, no para hacer frente a semejante hecatombe. Él también fue víctima de la Gran Depresión.

[1] Herbert Hoover fue el cuarto presidente cuyas raíces no eran completamente británicas: Van Buren procedía de familia holandesa; Garfield combinaba ancestros ingleses con hugonotes franceses; los orígenes de Theodore Roosevelt eran escoceses e ingleses, pero también holandeses y hugonotes. Los antepasados de Hoover eran principalmente suizos y alemanes.

[2] A mitad de los veinte los americanos avistaron dinero fácil en la especulación inmobiliaria y fueron a comprar propiedades a Florida. Eran ricos y podían permitirse unas vacaciones en Miami. Vender, revender y construir fue una práctica habitual de la segunda mitad de la década. Se anunciaron urbanizaciones a «solo tres cuartos de milla de la próspera y pujante ciudad de Netti», que nunca llegó a existir. El precio del suelo y de la vivienda se disparó. El 18 de septiembre de 1926, un huracán arrasó algunas propiedades y segó 400 vidas. La euforia se ralentizó ese año en las playas de Florida y en Wall Street. Los agricultores que habían vendido sus terrenos emigraron a la ciudad, les esperaban las fábricas y después el paro.

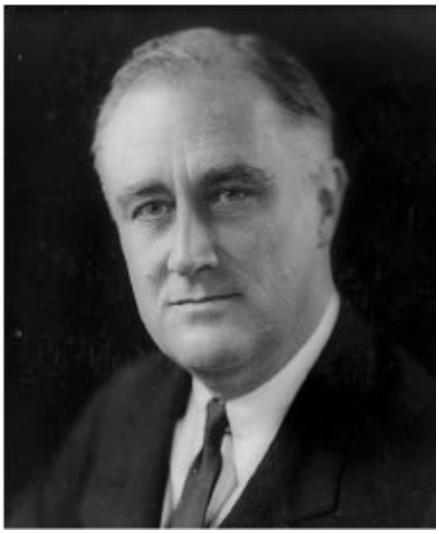
[3] Dos años antes, en el verano de 1927, Henry Ford suspendió la fabricación del Ford T y cerró las factorías que iban a fabricar el Ford A.

[4] Según el economista e historiador Gabriel Tortella, la Reserva federal siguió una política «conscientemente deflacionista» entre 1928 y 1929. Luego iniciaron una política «reactivadora», pero no solo llegaba tarde, sino que no lo hizo con el convencimiento suficiente.

[5] El editor Walter Lippman afirmó en 1932 que Hoover había «abandonado hacía mucho tiempo su fe en el “vigoroso individualismo”. Su programa es un documento de infatigable paternalismo. Su espíritu es

que el “Gran Padre Blanco” proveerá a todo su pueblo [...]. [A todo el mundo] ofrece protección, subsidios o acceso a alguna porción del presupuesto».

31. FRANKLIN DELANO ROOSEVELT: EL CÉSAR SOCIALDEMÓCRATA



30 de enero de 1882, Hyde Park, Nueva York - 12 de abril de 1945, Warm Springs, Georgia.
Presidencia: 1933-1945.
Partido: Demócrata.
Matrimonio: Eleanor Roosevelt (eran primos lejanos). Tuvieron una hija y cuatro hijos.
Formación: Harvard College. No acabó sus estudios en la Escuela de Leyes de Columbia.
Profesión: abogado.

UN TÓTEM PARA EL SIGLO XX

¿Qué tiene Franklin Delano Roosevelt que no tienen los demás? Sin lugar a dudas, la huella de su presidencia marcó una época. Hay un antes y un después de Franklin Delano Roosevelt. Estados Unidos se convirtió a la socialdemocracia al estilo europeo. No fue, ni mucho menos, el padre de la criatura del intervencionismo ni del Estado del Bienestar. Todo empezó con el siglo y el progresismo de su primo Theodore, pero él se colgó las medallas que le otorgó la intelectualidad de los dos lados del Atlántico. Pues bien, Franklin Delano Roosevelt tenía carisma, personalidad, energía y arrojo, igual que Theodore, aunque era mucho más hábil, sutil y delicado en las formas. En segundo lugar, el primo distinguido de Hyde Park salió airoso y fortalecido del periodo más convulso que vivieron América y el mundo en el siglo XX, que abarcó de la Depresión al final de la Segunda Guerra Mundial. Generaba confianza y fue un referente en tiempos inciertos.[1] Su discurso giró en torno a la defensa de «cuatro libertades»: de palabra y religión; libertad para dar satisfacción a las propias necesidades y libertad para vivir sin la coacción que ejerce el miedo. Pasó por ser un firme pacifista —Wilson sí lo era—, pero fue más un aislacionista obligado a intervenir en la Segunda Guerra Mundial. En tercer lugar, FDR no se limitó a estar ocho años en la Casa Blanca, ganó cuatro elecciones y gobernó durante doce. Fue el primer presidente que cayó en la tentación de repetir como candidato más de lo acostumbrado.

Por último, derivado de lo anterior y quizás lo más importante de cara al juicio de la Historia: gracias a su dilatada presidencia se convirtió en el líder de toda una generación, lo que contribuyó a fijar el nuevo rol del Partido Demócrata. Esto es, hizo por su partido mucho más que cualquier otro

presidente. Puso orden en la formación, lo dotó de discurso propio, le arrebató contenido al programa republicano y permitió a los radicales y liberales —o sea, progresistas— dominar la Administración durante veintiocho años —treinta y seis menos los ocho de Eisenhower—. El siglo XVIII tuvo a Washington, el XIX a Lincoln, el XX encontró su tótem en Roosevelt. Tras él, los Estados Unidos de América fueron otros muy distintos. Protagonizó «el siglo americano» y, paradójicamente, debido a su elevada posición social, se erigió en «el campeón de la gente corriente», como en su día lo fuera, con mucho más motivo debido a su humilde condición, Andrew Jackson. También se constituyó en una figura clave de su tiempo, caracterizado por la incertidumbre y los liderazgos arrebatadores: Churchill y él frente a Hitler, Stalin y Mussolini.

Era dialogante, sabía escuchar y se dejaba asesorar. Era una «esponja», admitían sus hombres de confianza. Son cualidades de personas seguras de sí mismas. Era amigable y duro, no mostraba fácilmente sus debilidades —si es que las tenía—; era «el hombre más complicado que he conocido», escribió Frances Perkins, su secretaria de Trabajo durante todo su mandato. Fue la primera mujer al frente de un departamento, puso en marcha el sistema de Seguridad Social en 1935 y la Ley de Condiciones de Trabajo de 1938. Ella lo consideraba arrogante. Churchill observó con su particular humor británico que «como la primera botella de champán, una vez abierto, [FDR] era una embriagadora experiencia».

Para sus críticos era un césar que demostró que un presidente no puede eternizarse en el cargo: quiso reformar el funcionamiento del Tribunal Supremo para que no obstaculizara su New Deal, el plan para reflotar la economía tras la crisis del 29 y la Gran Depresión que advino después; y se presentaba a una reelección tras otra porque se creía insustituible. No le gustaba entrar en los detalles ni le interesaban los tecnicismos. Buscaba la idea genérica, identificar perfectamente el objetivo general, el quid de la cuestión. Al comenzar su primer mandato viajó por las Grandes Llanuras (Kansas, Nebraska y Dakota del Norte y del Sur). En cuanto volvió a Washington propuso un plan de reforestación de todo ese territorio.

Puede que, si las circunstancias no le hubiesen obligado, su plan intervencionista hubiera sido mucho menos ambicioso. Es más, en un mitin electoral en Pittsburgh, en 1932, se mostró partidario de mantener el equilibrio

presupuestario de sus predecesores. En ese momento, el Partido Republicano era el único verdaderamente *atrapalotodo*: se había hecho con el voto progresista, rural del Medio Oeste, urbano, conservador, de la mujer, de los trabajadores, de los hombres de negocios... Apenas había dejado algunos propietarios rurales en el sólido Sur. De modo que en aquella elección de noviembre los americanos elegían un líder para salir de la crisis: el desprestigiado Hoover, que no había hecho nada; o el templado pero seguro Roosevelt, que, si no tenía un plan coherente, al menos poseía, según sus propias palabras, una idea «audaz, una persistente experimentación», esto es: decisión.

Galbraith, que comenzó a trabajar en su gabinete muy pronto, en 1933, escribió que era «un hombre con inteligencia y una profunda percepción de la responsabilidad social, pero también carecía de ideología personal, de credo social propio [...]. Lo cual quiere decir que era posible persuadirlo, que estaba abierto a cualquier solución bien razonada para los grandes y dolorosos problemas del momento». Cuando implantó sus primeras medidas intervencionistas y se identificó como el enemigo de los poderosos, o mejor dicho, cuando los poderosos lo identificaron como su adversario y crearon la Liga de Libertad Americana, su popularidad creció y se rodeó del aura de legitimidad que otorga la lucha por las causas aparentemente más justas. No era extraño oír decir a toda esa gente corriente: «Él salvó mi hogar», «Roosevelt me dio un trabajo». Casi todas las fuentes mencionan la misma anécdota y reproducen las palabras de un trabajador anónimo: «El señor Roosevelt es el único inquilino de la Casa Blanca que entiende que mi jefe puede ser un hijo de mala madre» (realmente utilizó una expresión que suena mucho peor).

Convirtió la Administración en una verdadera ensalada de acrónimos:[2] La FERA (Administración Federal para Socorro de Emergencia), la WPA (Administración de Obras en Ejecución), la PWA (Administración de Obras Públicas) y la Triple A (Administración de Reforma Agrícola, Agricultural Adjustment Administration, según sus siglas en inglés), la NRA (Administración para la Recuperación —o reconversión— Nacional),[3] FEPC (Comité Práctico para el Empleo Justo), OPA (Administración para la Gestión de Precios), RAINBOW (Planificación de la Defensa del Hemisferio Americano, 1940-1941), entre otras. No ha de extrañarnos que por el Despacho Oval desfilaran cientos de asesores, técnicos y expertos con ideas e informes. Roosevelt

escuchaba y luego decidía. Para la WPA, al frente de la cual estaba Harry Hopkins, lo prioritario era generar empleo, para eso se había creado su negociado. Para la PWA, al frente de la cual estaba el secretario de Interior, Harold Ickes, lo importante era la obra pública, el resultado final del proyecto de ingeniería. Un día, Hopkins se acercó a la pequeña y arbolada residencia presidencial de Warm Springs a exponerle sus razones. Roosevelt le escuchó y asintió: «Harry, tienes toda la razón». Por la tarde acudió Ickes. Le trató de convencer de que si la obra no era útil, el trabajo era baldío, pasaría de ser una inversión a ser un gasto más, un parche. El presidente meditó unos instantes y concluyó: «Harold, tienes toda la razón». La esposa del presidente, Eleanor Roosevelt, estuvo presente durante las dos visitas. Sorprendida, le preguntó: «No te comprendo, Franklin. Viene Harry, defiende lo suyo y tú le dices que tiene toda la razón. Luego viene Harold, defiende lo contrario y tú le dices que *él* tiene toda la razón». Roosevelt, sereno, impasible, contestó: «Eleanor, tienes toda la razón».

EL ARISTÓCRATA DE HYDE PARK

En realidad, Delano es el apellido del tío abuelo materno de FDR, Franklin Hughes Delano. La madre del chico se opuso a la propuesta del padre. El nombre de Isaac —en honor de un ilustre de la familia— no le gustaba y sugirió llamarlo Warren Delano. Le disuadió que justo por aquellos meses su hermano perdió un hijo llamado así. Durante siete semanas, el pequeño Franklin no tuvo nombre ni estuvo inscrito en ningún registro.

En América no había aristócratas al modo europeo, pero sí había familias de alta cuna, distinguidas y poderosas, que forjaron una dinastía desde el siglo XVII. FDR descendía de holandeses, hugonotes e ingleses; corría también por sus venas sangre sueca y finesa. Sus ancestros ya fueron pujantes comerciantes de los mares del Norte. Uno de ellos, por la vía paterna, Van Roselvent, se estableció en Manhattan cuando todavía era colonia holandesa y se denominaba Nueva Holanda o Nueva Ámsterdam. Otro, ya con apellido Roosevelt, fue años más tarde concejal de Nueva York. El «gran» Isaac Roosevelt, su tatarabuelo, «el patriota»: pujante azucarero, hizo la Revolución —no olvidemos que una de las leyes gravosas de los ingleses se impuso sobre el azúcar—; redactó la Constitución de Nueva York; se declaró *hamiltoniano*, o sea, federalista; fue delegado en la convención de Filadelfia y sirvió en el Senado del estado. Por

parte de madre, los Delano vienen de los hugonotes franceses y de los holandeses De la Noye.

Su padre, James Roosevelt, era abogado, reputado financiero y, sobre todo, propietario de una gran fortuna. Hombre de mundo, viajó varias veces por Europa —FDR también lo hizo durante su infancia— y descargó adrenalina durante un mes junto con las milicias garibaldinas, que luchaban por la independencia y unidad de Italia. Se graduó en Harvard y amasó su fortuna al calor del ferrocarril y las minas de carbón, hierro y cobre; aunque también sufrió las crisis del último tercio del XIX, su posición siempre fue desahogada. No se mezclaba con la gente humilde; era un demócrata conservador partidario de mantener un dólar fuerte. Su primera esposa murió en 1876. En 1880 se casó con una prima lejana, Sara Delano, madre del futuro presidente. Ella —que había nacido solo un año después del primer matrimonio de su esposo— era hija de un comerciante que vio en el mercado chino la gran oportunidad de hacer dinero. James falleció en 1890.

Los hombres de negocios americanos solo rematan su carrera si ellos o algún descendiente directo cruzan el umbral del Capitolio. Ya sabemos que, en términos teóricos, ideales y *jeffersonianos*, frente a la aristocracia de rancio abolengo y europea, la americana debía ser «natural»: los mejores servirían a su pueblo. Esos eran los deseos de James, no tanto los de Sara, que no obstante, y aun queriendo mantener a su hijo cerca, lo apoyó cuando decidió hacer carrera política. Franklin tenía solo un hermano, nacido del primer matrimonio de su padre. A los Roosevelt les gustaba presumir de parentesco: por distintas ramas, FDR se tocaba con los Grant, los Taylor e incluso los Churchill... Así, aunque la relación no era muy estrecha entre las dos familias, el entonces gobernador Theodore Roosevelt pronunció el discurso de graduación en el instituto de Franklin. Él se sentía orgulloso de su linaje. En 1901 tituló un ejercicio de ensayo histórico en el *college Los Roosevelt en Nueva Ámsterdam antes de la Revolución*, y escribió: «De algunas familias famosas holandesas de Nueva York hoy no queda más que el nombre... son pocas personas, es cierto, pero lo peor es que carecen del menor progresismo y de auténtico espíritu democrático. Una razón —quizá la principal— de la fortaleza y el espíritu viril de los Roosevelt es su espíritu (*sic*) democrático... Han podido llegar a sentir que no tenían ninguna excusa si no cumplían con sus obligaciones para con la comunidad». Dejaba

constancia, según las enseñanzas de su padre, que sabía muy bien el sentido, el significado y el deber de la «aristocracia natural». Para él, los Roosevelt y los Delano eran ejemplos de virtud y compromiso.

La infancia de FDR fue apacible, estuvo demasiado protegido por su madre, que, por otro lado, fue bastante indulgente. Ella no se apartó de su hijo ni cuando se casó. Era muy absorbente. Aparte de tutores e institutriz, de niño se divertía con su poni y de adolescente con su velero. A los cinco años, James lo llevó de excursión a la Casa Blanca. El presidente Cleveland le dijo: «Muchacho, aunque te pueda parecer extraño esto que te voy a decir, deseo que nunca llegues a ser presidente de los Estados Unidos de América». En el instituto gozó de todo tipo de comodidades, pero no fue precisamente un buen estudiante, si bien destacó en música y teatro. Quiso dedicarse a la carrera militar, pero su padre tenía otros planes, y para culminarlos debía estudiar Leyes. Entro en el Harvard College para estudiar Humanidades sin demasiada motivación. Años más tarde reconoció que su educación fue una lámpara eléctrica sin corriente. No entró en el equipo de fútbol americano, de modo que empleó su tiempo fuera de las aulas en la escritura y editó la revista estudiantil *Crimson*, actividad muy útil para su carrera posterior. De hecho, Roosevelt destacó como un gran orador. Uno de sus discursos, el de toma de posesión como presidente en marzo de 1933, es uno de los más famosos de la Historia. Cumplió el trámite de la graduación e ingresó en la Universidad de Columbia. No acabó sus estudios. Sin ser un gran deportista, practicaba natación. Pescaba y disfrutaba de la naturaleza. Tenía un buen tipo, ojos claros y gustaba a las chicas. Coleccionaba sellos y ya en la Casa Blanca recibía cada primera edición conmemorativa desde distintos países. Jugaba a las cartas y fumaba bastante. Daba la sensación de que no acababa de madurar lo suficiente. Su madre no se lo permitía.

La rama de Oyster Bay era republicana; la suya, de Hyde Park, demócrata. Una mera cuestión de simpatías de su padre hacia Jackson cuando apenas tenía nociones políticas. De cualquier modo, Franklin heredó en gran medida el progresismo y el paternalismo de Theodore. Simplemente dotó al programa de un estilo más sofisticado en un contexto en el que el «vigoroso individualismo» debía dejar paso al intervencionismo estatal. Su primo era tosco y directo. Para sus críticos, el «nuevo nacionalismo» lo representaba un tipo que no tenía nada más que «enormes dientes de conejo y mucho patrioterismo». Según Paul

Johnson, ambos eran apasionados, Theodore era un conservador radical y Franklin un radical conservador. Lo que quiere decir el prolífico columnista británico es que el primero no ocultaba su conservadurismo, desde el cual ofrecía su propio programa de transformación de la sociedad, mientras que el segundo vendía un proyecto progresista bien sujeto a sus valores y educación conservadores. En suma, Theodore era llano y Franklin tenía dobleces; era «astuto y hermético». Todo, producto también del signo de los tiempos. FDR ejerció su presidencia durante el periodo de auge de la propaganda. Utilizó técnicas modernas de *marketing* político y popularizó sus «charlas junto a la chimenea», intervenciones radiofónicas para insuflar ánimo a sus conciudadanos en los peores momentos y, por qué no, adoctrinar a las masas. En la primera, el 12 de marzo de 1933, explicó de manera muy sencilla lo que pensaba hacer con los bancos. Un mes antes, el 15 de febrero, sufrió un intento de asesinato. El albañil de origen italiano Giuseppe Zangara le culpó del «hambre que pasaba la gente» y disparó cinco veces sin demasiada puntería, mientras la comitiva del presidente recorría las calles de Miami en varios coches descapotables. Hubo cuatro heridos y un muerto. Roosevelt salió ileso. Solo un mes más tarde, Zangara fue ejecutado en la silla eléctrica.

Que las diferencias políticas entre los dos Roosevelt no eran tantas lo demuestra el hecho de que Franklin, a pesar de considerarse demócrata, declaró haber votado por su primo en 1904. Al año siguiente se casó con una sobrina del entonces presidente, Eleanor Roosevelt, tres años más joven que él. Una mujer enfermiza y apocada conocida como «la abuelita». Tuvo una infancia difícil y un padre —el hermano de Theodore— alcohólico. Por todo esto, o por el instinto de conservación de la madre de FDR, ella se opuso al matrimonio y se llevó de crucero a su hijo con la vana esperanza de que se olvidara de la problemática chica. Él se mostró firme y cuando se reencontró con Eleanor escribió a su madre: «Sé que te causo dolor, pero estoy completamente convencido de lo que quiero, lo he sabido desde hace tiempo y también sé que nunca querré otra cosa». Se casaron un día que pudo asistir el tío Theodore y pasaron tres meses de luna de miel por Europa.

Eleanor ejerció de primera dama en toda regla, adoptando el perfil social que también —y tan bien— desempeñan las reinas europeas. Defendió los derechos de los negros. Los nuevos reyes de América llevaban seis años en la Casa Blanca

cuando recibieron a los monarcas ingleses Jorge VI e Isabel, la primera familia real en visitar Estados Unidos. FDR se los llevó de paseo por Hyde Park y les obsequió con perritos calientes. Cuando Franklin murió, Eleanor reconoció que él podía haber sido más feliz con una mujer más dócil. «Es cierto que a veces le espoleaba, también que otras no quería ser espoleado». Formó parte, nombrada por Truman, de la primera delegación americana para las Naciones Unidas y luego presidió el Comité de Derechos Humanos de la ONU, defendiendo la creación del Estado de Israel. Murió de tuberculosis en 1962 y dejó escritos tres libros de memorias.

Si en algún momento desempeñó un papel crucial como sostén y compañera de FDR fue cuando este contrajo la polio. Lo cuidó y no se separó de su lado. Aunque no le gustaba acaparar la atención de los flashes, apareció junto a su marido para reforzarlo en los actos públicos. Lo animó a reponerse y continuar en la política, a la que regresó tres años después de aquel fatídico 10 de agosto de 1921. Había salido a pescar y navegar en su finca de Campobello Island durante sus vacaciones. Se desató un incendió y colaboró en la extinción. Agotado, fue a darse un baño a la bahía Fundy. Regresó a casa y se acostó pronto. Había cogido frío, podía ser una infección. A la mañana siguiente sentía escalofríos y calambres; A los dos días no podía mover las piernas. El médico que operó a Cleveland, el doctor Keen, concluyó que se trataba de una parálisis temporal. Fue un médico de Boston, el doctor Robert S. Lovett, el que finalmente diagnosticó una enfermedad que no suele aparecer a una edad tan tardía.

Los dolores eran insoportables. Su carrera meteórica pareció frenarse en seco. Él se vino abajo, quizás abandonó temporalmente la idea de alcanzar la presidencia, aunque decidió continuar en la vida pública y permaneció en puestos ejecutivos del Partido Demócrata. Su madre estaba deshecha. En febrero de 1922 se colocó dos barras de acero en las piernas, de tres kilos cada una, para obligarse a mantenerlas estiradas. Jamás volvió a andar. Pudo conducir gracias unos ingenios instalados en su coche y hablar de pie tras un atril. Seguramente, con la televisión de por medio, no le habría sido fácil disimular su parálisis. Sin embargo, gracias al esfuerzo de sus íntimos y, según su biógrafo Patrick Renshaw, a que alcanzó un pacto con determinados periodistas de su entorno para que evitaran revelar cualquier pista que permitiera saber hasta qué punto

llegaba realmente su discapacidad, acabó por convencer a la opinión pública de que su espíritu de superación le había llevado a caminar, muy lentamente, pero algo, lo cual no era cierto. «Si tú empleas dos años de tu vida en intentar menear un dedo de tu pie, después, cualquier cosa parece fácil», reconoció. Ocultó sus verdaderos padecimientos porque no quería infundir pena, quería ser tomado muy en serio como candidato, aseguró su círculo íntimo. La prensa nunca hizo mención a su parálisis y hay muy pocas instantáneas en las que Roosevelt aparece en una silla de ruedas.

Junto a Eleanor, su otro gran bastión fue Louis Howe, hasta tal punto que se mudó a casa de los Roosevelt. Cuando FDR llegó a la presidencia, Howe fue su asistente, jefe de prensa, consejero... Hubo una tercera persona, Marguerite LeHand (Missy), preciosa joven sureña que estaba enamorada de Roosevelt. Fue su secretaria hasta 1944. Ella murió antes que él. Los cuatro formaban un equipo capitaneado por FDR desde su despacho; Eleanor era, a su pesar, aunque pronto le cogió el gusto a la política, la cabeza visible, lo que a la postre resultó decisivo para que FDR se apoderarse del voto femenino. A finales de 1921, en una cena en Portland, en un acto anual del Partido Demócrata denominado el *Jackson Day*, reivindicó en su discurso los valores de aquel primer presidente radical y demagogo: «Su firme determinación de mantener el control de nuestro gobierno fuera del alcance de los que se dedican exclusivamente a hacer dinero, para que permanezca en manos del pueblo». Comenzaba a forjar su relato. Podía prescindir de sus orígenes. Al margen de ellos, tenía una causa.

Las circunstancias propiciaron que, llegado el momento, fuese la causa adecuada. Mucho tiempo después, cuando se presentó a las elecciones de 1932, su principal virtud fue reivindicar que no era Hoover. Realmente, no estaba tan lejos de su predecesor, sin embargo, le era obligado marcar distancias. A un periódico progresista, recién creado y provocador, el *Common Sense* —cuyo nombre hace referencia a la influyente obra del revolucionario Thomas Paine— le inquietaba que hubiera que elegir entre «el gran ingeniero malhumorado de Palo Alto» y «el risueño muchacho de Hyde Park». Algunas crónicas permiten comparar sus poses, su sonrisa, su estilo y su discurso con John Fitzgerald Kennedy, el presidente de la radiante sonrisa y los mortificantes dolores de espalda.

EL NEW DEAL

Antes de contraer la polio, el ascenso de Roosevelt fue meteórico. Primero ejerció como abogado entre 1907 y 1911. Este último año ganó un asiento en el Senado de Nueva York, desde donde se enfrentó al Tammany y se lanzó al abordaje del programa de su primo: defendiendo el prohibicionismo —con el matiz demócrata de que decidieran los estados—; la ley de divorcio —esta sí, de carácter federal—; la elección directa de senadores y el sufragio femenino. En 1913 Wilson lo nombró secretario asistente de la Marina. Fue de los primeros en defender la participación de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. En 1920 ya formó *ticket* con el candidato presidencial James M. Cox, derrotado por Harding. Si un candidato a presidente perdedor lo tenía difícil, parecía imposible que un candidato a vicepresidente también derrotado pudiera tener alguna posibilidad en el futuro. De hecho, volvió a la abogacía y empezó a firmar sus cartas con cierta ironía: «Franklin D. Roosevelt. Ex [candidato a] VP. Actualmente en conserva (erróneamente dado por muerto)».

En 1924 estaba listo para regresar por la puerta grande y situarse exactamente en la misma casilla donde abandonó temporalmente su carrera. Dictó el discurso de aceptación de Alfred E. Smith, el *guerrero feliz*, con quien mantuvo una estrecha relación que se rompió precisamente en 1932, cuando ambos compitieron por la nominación. Como gobernador de Nueva York, continuó aplicando el *programa Theodore* basado en la mejora de condiciones laborales, sobre todo de niños y mujeres. En enero de 1932 anunció por radio su candidatura a la presidencia por el Partido Demócrata. En algo más se pareció a Theodore: «La presidencia no es un mero cargo administrativo, es un lugar preeminente de liderazgo moral», afirmó. Era el favorito en la convención de Chicago de junio, el líder que podía recuperar el legado de Wilson. En la tercera ronda de votaciones, el tercer candidato en liza, el tejano John Nance Garner, se retiró y se decantó por Roosevelt en detrimento de Smith.

El entonces gobernador de Nueva York rompió con la tradición y se presentó en Chicago para dar su propio discurso de aceptación. Desde entonces, los candidatos nominados hablan para cerrar la convención. «Os prometo, me comprometo, a [firmar] un nuevo pacto social —New Deal— para el pueblo americano [...]. Esto es más que una campaña política, es una llamada a unir

fuerzas. Dadme vuestra ayuda, no ganaré votos en solitario; ganaremos esta cruzada para devolver América a su gente». Había nacido el New Deal. La expresión pasó desapercibida hasta que el dibujante Rollin Kirby la utilizó en una ilustración. La plataforma demócrata culpó a los republicanos de la crisis; sin embargo, promovió algunas medidas similares: reducción del gasto público y equilibrio presupuestario, refuerzo de las leyes antitrust y protección social para los trabajadores. Por el contrario, se diferenciaron de sus adversarios al solicitar la revocación de la prohibición y ayudas de diverso tipo a los granjeros.

La Gran Depresión fue el ítem de la campaña. Así como el papel que debía desempeñar el gobierno federal. FDR rompió otra tradición: el Partido Demócrata dejó de asociarse tan nítidamente a la descentralización. Si McKinley adaptó las campañas al periodismo de masas con un asesor personal e introduciendo la imagen como mensaje; Roosevelt, como decíamos, fue el gran precursor de las campañas puramente modernas. Montó a su alrededor un equipo de asesores, los *Brain Trust*, sus cerebros de confianza, dirigidos por Raymond Moley. Hacían propuestas y trataban de establecer la agenda. Frente a un Hoover pasivo, Roosevelt pronunció sesenta discursos, recorrió 20.000 kilómetros y visitó treinta y dos estados. Prometió ayudas a los granjeros y a los parados, para los que crearía empleo a través de obras públicas. Frente a un Hoover apocalíptico, Roosevelt ofreció futuro. En resumidas cuentas: en torno a FDR giró la campaña electoral de 1932. Finalmente obtuvo 22.821.857 sufragios (57 por ciento) y 472 votos electorales; Hoover cosechó 15.761.841 papeletas (40 por ciento) y 59 votos electorales. El presidente in péctore ganó en cuarenta y dos estados y el saliente en solo seis, todos los pequeños del Norte (Connecticut, Delaware, Maine, New Hampshire y Vermont) más Pensilvania.

Cuatro años más tarde, en 1936, igualó la marca de Harding y obtuvo el 61 por ciento de los sufragios, 27,7 millones y 523 votos electorales frente a 8 de su oponente, Alf M. Landon, el gobernador de Kansas que había acompañado a Theodore en su aventura al frente del Partido Progresista. Lo cual muestra que los demócratas habían conquistado el centro del espacio político. Los republicanos trataban ahora de imitarles. Todo había cambiado. FDR consiguió el apoyo de cuarenta y seis estados. Los republicanos solo ganaron dos: Maine y Vermont. Para entonces ya había puesto en marcha el primer —y más importante — New Deal, era el plan de choque, el pacto social, su compromiso con los

ciudadanos, la piedra angular de todas las medidas de su Administración. Cada decisión cobraba sentido en la medida en que formaba parte de ese pacto. También había imprimido otro sello a su gobierno al acabar con la práctica de pedir las preguntas anticipadamente en las conferencias de prensa. Más aún, si Hoover acostumbró a dar una conferencia de prensa al mes durante sus últimos agónicos doce meses de mandato; Roosevelt ofreció una a la semana durante sus doce años en la presidencia. Lo cual le permitía, junto con sus intervenciones radiofónicas, explicar cada una de sus decisiones.

El 4 de marzo de 1993 juró el cargo en Washington: «Esta gran nación aguantará, como ha aguantado siempre, se restablecerá y prosperará. Así que, antes de nada, permítanme manifestar mi firme convicción de que a lo único que debemos temer es al miedo mismo; a un terror anónimo, irracional e injustificado que paraliza los esfuerzos imprescindibles para convertir el repliegue en ofensiva». Luego, tras describir el desolador panorama del momento, dio un apunte de moralidad: «La medida de esa restitución [de las antiguas verdades] radica en el grado en que apliquemos valores sociales, más nobles que los meros beneficios monetarios. La felicidad no está en la mera posesión de dinero, está en el disfrute de los logros, en la emoción de los esfuerzos creativos [...] [Y] la restitución no exige cambios solo en su ética. Este país reclama acción, acción inmediata. Nuestra gran y fundamental tarea es poner a nuestra gente a trabajar». A mitad de discurso anunció, sin citarlo, el impulso del New Deal, las «líneas de ataque», las llamó. El «ataque» comenzaba con la petición al Congreso de una sesión especial y la colaboración inmediata de los cuarenta y ocho estados. En suma, el New Deal era un plan basado en la intervención directa del estado en la economía, la regulación de instrumentos de política monetaria —inyectar dinero en el mercado—, la supervisión de actores económicos y sociales, la implementación de políticas sociales para socorrer a los peor tratados por la crisis, la inversión —lo que otros llaman gasto— pública y, por tanto, el diseño de un Estado del Bienestar en toda regla.

Comenzaron los famosos cien días de Roosevelt e inició una auténtica «ofensiva legislativa». Nada más sentarse en el escritorio del Despacho Oval concedió cuatro días de «vacaciones» a los bancos, solicitó auditorías para determinar cuáles podrían reabrir sus puertas. El gobierno federal le dijo a la gente cuáles estaban sanos, lo cual restauró mínimamente la confianza en el

sistema bancario. Entre 1933 y 1935, la Administración Roosevelt tomó diversas medidas de control de la actividad financiera a través de la Ley de Emergencia Bancaria, la Ley Económica y la Ley de Valores: revisó los activos de las entidades, les exigió fondos de provisión, creó una Corporación Federal de Seguros Para los Depósitos y reguló el funcionamiento de la bolsa. Por otro lado, en abril de 1933 inmovilizó las reservas de oro, prohibió su exportación y formalmente abandonó el patrón oro.

Ese mismo año constituyó el Cuerpo Civil de Conservación, La Triple C, a través de la que el gobierno contrató a más de tres millones de parados jóvenes, de entre dieciocho y veinticinco años, la mayoría de familias sin recursos y residentes en ciudades. Los nuevos empleados construirían carreteras, reforestarían bosques y realizarían otros servicios de protección civil en espacios rurales y albergues. De aquí salió la metáfora a la que siempre se recurre para caricaturizar el modelo, según la cual Roosevelt empleó a trabajadores para abrir zanjas y a otros tantos para cerrarlas. Los jóvenes se hospedaron en campamentos militares y enviaban a casa el dólar diario que ganaban. Por otra parte, la Dirección Federal de Ayudas Urgentes concedió préstamos a los estados más afectados por el paro.

Las dos leyes de la Triple A, de 1933 y 1938, perseguían reducir los excedentes de las cosechas para elevar los precios. El gobierno otorgaba subsidios a granjeros y ganaderos para fijar los límites de la producción. Dado que el Tribunal Supremo declaró inconstitucional la primera de las leyes, Roosevelt firmó la segunda, que tenía los mismos objetivos pero varió algo el método: la Administración creó sus propios graneros. Esto es, como no podía fijar los precios ni condicionarlos, mantuvo las ayudas al campo en forma de préstamos y se quedó con el excedente. En tiempos de escasez, proveía de excedente a los productores y los granjeros devolvían el préstamo. También en 1933 estableció la ambiciosa Autoridad del Valle de Tennessee (TVA), en este territorio deprimido que reflotó a base de reforestar, explotar tierras para el cultivo y sobre todo con la construcción de una presa —que además eliminó las consecuencias de las recurrentes inundaciones— para generar electricidad. Muchos terrenos de hasta siete estados se convirtieron en fértiles, abasteciendo a casi tres millones de consumidores. Dos años más tarde, en 1935, impulsó un Plan de Electrificación Rural (REA).

El 31 de diciembre de 1933 el economista de cabecera de la socialdemocracia, el británico John Maynard Keynes —que, por cierto, todavía no había publicado su obra cumbre, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*— escribió en el *New York Times* una crítica a las políticas del New Deal: sostenía que tratar de aumentar la producción subiendo los precios era como aflojarse el cinturón para ganar peso. Es decir, para Keynes, lo prioritario no era aumentar los precios a costa de la producción. La producción es renta, y la crisis se caracterizaba principalmente por la reducción de renta disponible. Por el contrario —esto ya no está en Keynes, sino en los defensores del *verdadero* espíritu americano—, pagar a los granjeros para que no produjeran suponía darle por completo la vuelta al modelo original sobre el que se había construido la prosperidad de América. Para los más acérrimos críticos eso era, sencillamente, socialismo.

La Comisión de Seguridad y Cambio (SEC), que operaba en el marco de la Ley de Valores, trató de evitar los vaivenes de los mercados y vigilaba las transacciones y operaciones bursátiles; por la Ley de Vivienda de 1934 se constituyeron tres órganos —autoridades federales— que básicamente concedieron hipotecas avaladas por el gobierno federal, que además construyó viviendas públicas. También en 1934 la Comisión Darrow concluyó que la Administración para la Recuperación Nacional (NRA), a la que hemos hecho referencia en el primer epígrafe de este capítulo, fracasó en su propósito de evitar los monopolios. Asimismo, el Tribunal Supremo la declaró inconstitucional.[4] En 1935 la Ley Nacional de Relaciones Laborales fijó las condiciones para la creación de sindicatos y obligó a la negociación colectiva. El Tribunal Supremo la vigiló de cerca, pero finalmente la consideró constitucional. Por último, una Ley de Seguridad Social consolidó el seguro de desempleo y de jubilación.

Todas las medidas, muchas de las cuales ya habían sido diseñadas y contempladas por Hoover —recordemos que Coolidge desconfiaba de su sucesor, al que consideraba demasiado intervencionista— generaron los efectos deseados: se controló la caída de los precios y se activó la demanda; sin embargo, los salarios tendieron al alza y el mercado laboral se tornó más rígido, de modo que el desempleo no bajó del 15 por ciento en toda la década. Por su parte, la Administración de Obras en Ejecución, creada en 1935, construyó

125.000 edificios públicos, 650.000 millas de carreteras y 75.000 puentes. Dado que en aquellos tiempos muchos de los más afamados escritores fueron seducidos por el comunismo que todavía ocultaba al mundo sus purgas y su miseria y no se dejaron convencer fácilmente por la palabrería de Roosevelt, al que juzgaban con displicencia, el New Deal hubo de acordarse de ellos, abriendo el Programa Federal de Artes, mediante el cual el gobierno federal contrataba los servicios de escritores, artistas, actores[5] y músicos.

A todo esto se refería Roosevelt cuando en su discurso de inauguración reclamó «acción inmediata». Con un Partido Republicano noqueado, su mayor oposición la encontró en el Tribunal Supremo, que invalidó muchas de las medidas, algunas menores pero otras, como hemos anotado, de vital importancia. Por eso el presidente quiso reformar los criterios de acceso y permanencia en el Tribunal Supremo. Promoviendo la rotación, podría asegurarse en poco tiempo una corte favorable. La propuesta suscitó rechazo incluso en el Partido Demócrata y el destino quiso que la Ley de Reforma de la Justicia se fuera al traste cuando su ponente, el senador Joseph Robinson, falleció durante los debates.

Para sus defensores, el New Deal erradicó gran parte de la miseria rural, creó empleo —lo cual no está tan claro, porque realmente el paro solo bajó en 1937, llegando al 14,3 por ciento, el resto de años de la década se mantuvo en la media del 18 por ciento, según el economista Thomas E. Wood—, llevó la luz eléctrica donde no había, legalizó la acción sindical y consolidó un sistema público de garantías (desempleo, jubilación y salud). Acaso le reprochan que el gasto público no aumentó todo lo necesario, sobre todo durante el segundo New Deal, que comenzó con los «segundos 100 días», en 1935. Para sus detractores, el New Deal dañó el sistema constitucional y otorgó un poder omnímodo al gobierno federal; generó un modelo consumista que penaliza el ahorro y contribuyó a prolongar la duración de la Gran Depresión, también porque la política de salarios elevados y ajuste al alza de precios condicionó de tal modo el libre comercio que ralentizó la recuperación. De hecho, sostienen, no fueron sus medidas sino la Segunda Guerra Mundial la que sacó a Estados Unidos de la recesión. El segundo New Deal fue inoperante —algunos insisten en que se produjo por recortar el gasto público— y, más aún, propició la «Depresión Roosevelt», que dañó a las clases medias. Uno de sus biógrafos, John T, Flynn,

apuntó que posiblemente «nadie supiera menos de economía que él». Es cierto, lo reconocen sus asesores, por eso se rodeó de ellos. Él escuchaba y se guiaba por su intuición. El influyente y deslenguado periodista H. L. Mencken, conocido por su desaforada crítica a todos los presidentes, se cebó con FDR y escribió en 1937, en un tono muy crítico en la revista *American Mercury*, que el New Deal parecía otorgar al presidente poderes para revocar las leyes *naturales* de la economía, como la Gresham y la de rendimientos decrecientes, y de la física, como la de la gravedad. Calificó a Roosevelt como un «charlatán» que había impuesto un «colectivismo fraudulento».

PEARL HARBOR: EL DÍA DE LA INFAMIA

Esa mañana comenzó como casi todas las mañanas de domingo. El presidente leía la prensa y fumaba un cigarrillo en su cama. No solía ir a la iglesia más que en contadas ocasiones. El *New York Times* se refería a él y se detuvo a escrutar ese artículo elogioso que le instaba a liderar un llamamiento a la paz dirigido al emperador de Japón. Hacía poco más de dos años que había estallado la Segunda Guerra Mundial y pese a los vanos intentos de Churchill de implicar a la gran potencia atlántica[6] y acabar de una vez, los americanos se resistían. Ese 7 de diciembre de 1941, ni el *Times* ni el *Washington Post*, que incluían la noticia, daban detalles de los esfuerzos del Departamento de Estado norteamericano. Los periódicos ponían el acento en los alegatos belicistas del gobierno japonés, que había ocupado Indochina y declaraba que su paciencia con las potencias aliadas se estaba agotando. En Europa, Alemania había iniciado a comienzos del verano una ofensiva contra la Unión Soviética, la Operación Barbarroja, que cambió el signo de la guerra. Un año más tarde, las tropas de Hitler se verían atrapadas en la ratonera de hielo de Stalingrado. Cuando la URSS defendió el sitio y redujo a los nazis —por cierto, Stalin obligó a los civiles a permanecer en la ciudad para evitar que se minase la moral de los soldados—, Roosevelt escribió al presidente soviético felicitándole por la gallardía de sus tropas.

En septiembre de 1931, rompiendo los acuerdos de principios de siglo, los militares de Japón ocuparon Manchuria ante la pasividad de su propio gobierno,

debilitando los intereses comerciales británicos y americanos. En 1934 crearon el estado artificial de Manchukuo. La Sociedad de Naciones trató el asunto y censuró la política imperialista de Japón, que finalmente abandonó la Liga en marzo de 1933. Inglaterra buscó desesperadamente la alianza con Estados Unidos para reducir el poder nipón en la zona —se había apoderado de Corea en 1910 y peligraban Singapur y Hong Kong—. Estados Unidos no estaba por la labor y, en 1935, el Congreso aprobó la Ley de Neutralidad —renovada en 1937—, que impidió también la intervención en la Guerra Civil española.

En esa década de los treinta la crisis había arruinado Alemania, arrastrada por la dependencia de capital extranjero. El paro se disparó —en 1929, la tasa de desempleo era del 4,3 por ciento, en 1932, del 30,1 por ciento— y la inflación se desbordó. Alemania no podía hacer frente a las deudas de la Gran Guerra. La primera gran compañía en caer fue una de lana, y en pleno invierno. Comunistas y nazis se hicieron fuertes en su crítica al sistema capitalista, liberal y representativo. Se creó un caldo de cultivo idóneo para que aflorasen —o reapareciesen— actitudes nacionalistas, socialistas y antisemitas. En enero de 1933, el presidente Hindenburg llamó a Hitler para que formase gobierno. El desastre económico había comenzado en la vecina Austria, que no se había repuesto de la desmembración de su imperio. Austria abandonó el patrón oro, luego lo hicieron Inglaterra y Suecia. Ese año de 1933 Stalin había iniciado su primera gran purga: 40.000 personas fueron señaladas como enemigas del pueblo y en consecuencia deportadas, encarceladas o ejecutadas. Por otro lado, Mussolini llevaba ya más de diez años en el poder.

Las potencias «depredadoras» estaban decididas apoderarse del mundo sin depredarse entre sí, al menos por el momento: Alemania y la URSS firmaron en 1939 el Pacto de No Agresión Ribbentrop-Molotov. Anteriormente, en 1937, Hitler y Mussolini ya habían acercado posiciones. Que estas tiranías buscaran expandirse no quiere decir que quisieran en ese momento una guerra mundial. Cuando Hitler invadió Polonia, el 1 de septiembre de 1939, engañó a todos, no solo jugó con el primer ministro británico Neville Chamberlain, también con Stalin y con su aliado, el Duce, que aseguró al Führer que Italia no estaba todavía preparada para una guerra.

En 1934 Japón destinó la mitad de su presupuesto al Ejército. Los militares habían desmotando el régimen parlamentario y denunciado el Tratado Naval

firmado con Londres. Tres meses más tarde, el 16 de marzo de 1935, Hitler dio por muerto el Tratado de Versalles. El 25 de abril, los libros del profesor Tatsukichi, mentor del constitucionalismo nipón, fueron quemados públicamente. El 3 de octubre de 1935, Italia atacó Abisinia, estado miembro de la Sociedad de Naciones. El país transalpino abandonaría también la organización. De los cuatro *depredadores*, a mitad de la década solo la URSS permanecía en la Sociedad de Naciones.

Una serie de acontecimientos y un incidente en la frontera propiciaron que Japón entrara en guerra con China y ocupara Mongolia interior y algunas ciudades chinas. Parece ser que Stalin estaba muy interesado en debilitar a Japón para convertirlo también en Estado satélite y azuzó la contienda. En cualquier caso, la derrota japonesa disparó el sentimiento nacionalista. Estados Unidos siempre había mostrado simpatías por China, con quien había firmado los primeros acuerdos comerciales. En aquel momento, los comunistas tapaban mucho mejor sus vergüenzas que los nazis y fascistas, y Japón era pronazi. Cuando el 21 de septiembre de 1937 Japón bombardeó posiciones civiles en Nanking, Roosevelt respondió «poniendo en cuarentena» a los países desestabilizadores que amenazaban la paz mundial. Para unos fue una posición pueril, para los más condescendientes era una manera de mantener el aislamiento americano y darle otra oportunidad a la paz.

FDR pretendía parecerse más a Wilson que a su primo Theodore y trató sin éxito de organizar una conferencia de paz en Washington el 11 de noviembre de 1937 (el día y el mes conmemoraban el armisticio de la Primera Guerra Mundial). Roosevelt acudió a la Sociedad de Naciones para discutir sobre las sanciones a Japón, pero evitó ejercer el liderazgo de las negociaciones. Finalmente, nueve países —entre los que se incluían Japón y China— se comprometieron a respetar el Tratado de 1922 y la independencia e integridad de China. El 12 de diciembre de 1937 destructores japoneses bombardearon la base americana en la Isla de Panay, Roosevelt exigió explicaciones, Japón se disculpó y el presidente estadounidense zanjó el asunto el día de Navidad. En 1938, año en que, entre marzo y octubre, Alemania se anexionó Austria y la región checoslovaca de los Sudetes, Japón impuso una economía de guerra, esto es, el control militar de todos los medios de producción. Roosevelt seguía sin querer entrar en ningún tipo de conflicto fuera de su continente, no obstante, preparaba

su flota. En septiembre de 1940 Hitler, Mussolini y el embajador japonés en Berlín, Saburo Kurusu, firmaron el Pacto del Eje. Quedaba constituida la alianza tripartita, según la cual, las tres potencias totalitarias se asistirían mutuamente en caso de verse envueltas en una guerra europea o un conflicto entre China y Japón. En abril de 1941 Japón y la URSS firmaron un pacto de no agresión. En junio Japón ocupó la colonia francesa de Indochina. Unos meses más tarde se hizo con Malasia y Filipinas.

Durante la madrugada del 7 de diciembre de 1941 periscopios americanos divisaron varios submarinos japoneses merodeando aguas de la zona restringida de Pearl Harbor, en Hawái, adonde se había desplazado parte de la base de San Diego (California). El acorazado *Ward* se aproximó a la zona. En la oscuridad le costó distinguir si eran objetivos enemigos o no. Al amanecer disparó contra ellos. Fue un incidente al que no se le dio más importancia, más allá de que parecía inminente la entrada de Estados Unidos en el conflicto. El día anterior, sábado, Roosevelt supo que Japón rechazaba su ultimátum de abandonar los territorios ocupados en el Pacífico. «Es la guerra», musitó Roosevelt. El embajador japonés tenía órdenes de comunicar al secretario de Estado norteamericano que rompía toda relación con Estados Unidos a la una en punto del mediodía del domingo. Eran precisamente las cuatro de la madrugada en Hawái, momento en el que se detectaron movimientos extraños en las proximidades de la base aérea.

A la hora del almuerzo, Roosevelt se encontraba en el Despacho Oval tratando con su asesor Harry Hopkins el asunto del Pacífico. En Hawái no habían dado las ocho de la mañana cuando 183 bombarderos japoneses irrumpieron en el azulado cielo de la Base Militar de Pearl Harbor y la acribillaron. Los pilotos japoneses culminaron con éxito su misión. El ataque duró apenas media hora. Comunicaron a sus superiores el éxito de la operación con unas palabras en clave: «¡Tora! ¡Tora! ¡Tora!». Casi 1.000 soldados americanos murieron en esa primera oleada de fuego. Tras veinticinco minutos de calma, los japoneses regresaron y otros 167 bombarderos descargaron sobre Pearl Harbor. Esta segunda fase del ataque pretendía anular toda capacidad de respuesta, de modo que sus tropas podían iniciar la ofensiva contra Hong Kong, Malasia, Filipinas y Guam.

Durante una hora los aviadores japoneses se cebaron con la flota americana.

En total fallecieron 2.500 americanos. Japón quería la guerra y Estados Unidos ya no iba a rehuirla. El primer ministro japonés, el general Hideki Tojo, declaró: «Nuestro imperio se halla en el umbral de la gloria o del olvido». Posteriormente, el general Yamamoto, al frente de la operación, afirmó: «Hemos despertado de su letargo a un gigante y le hemos instado a responder». La opinión pública americana dio un giro copernicano y abandonó su tradicional aislacionismo. Al día siguiente, el presidente Franklin Delano Roosevelt compareció en el Congreso para informar de lo sucedido: «Ayer, 7 de diciembre de 1941, el día que recordaremos como de la infamia, los Estados Unidos de América fueron súbita y premeditadamente atacados por fuerzas aéreas y navales del Imperio de Japón». El presidente solicitó del Congreso autorización para declarar la guerra al país del sol naciente. El Congreso se la concedió por unanimidad.

EL PACIFISTA EN GUERRA

Para la elección de 1940 el panorama había variado sustancialmente. Los demócratas abrieron su convención en julio y la mayoría de los delegados no tenían clara la conveniencia de que Roosevelt repitiese como candidato. Así que surgieron otros nombres. Como la sombra del césar era alargada, uno de ellos, James Farley, necesitó la bendición del presidente para concurrir a la carrera. Al final compitieron tres nombres pero Roosevelt ganó por abrumadora mayoría: 946 delegados votaron por él, apenas 133 por los otros dos. Enfrente daba igual quién estuviera. En este caso era Wendell Willkie. Lo más interesante e ilustrativo que se puede decir de él, y que resume el estado de postración del Partido Republicano, es que hizo casi toda su carrera en el Partido Demócrata, desde 1920, y en 1932 contribuyó a la campaña de FDR con una modesta cantidad. Rompió con Roosevelt porque se consideró perjudicado por las políticas de la Autoridad del Valle del Tennessee, ingresó en el Partido Republicano y ganó la nominación. Dos cuestiones dominaron la campaña: la guerra en Europa y el derecho al tercer mandato. En el primer punto, Willkie solo tenía una casilla libre: apostar por la guerra. Sobre el New Deal, aseguró que continuaría con él excepto con la TVA. El presidente obtuvo 27,2 millones

de votos (55 por ciento), 449 votos electorales y el apoyo de treinta y ocho estados. Su adversario, 22,3 (45 por ciento), 82 votos del Colegio y doce estados.

A pesar de que Hitler había invadido los países neutrales del norte de Europa, Roosevelt seguía apostando por la no intervención. Fue la misma política de inhibición que siguió en la Guerra de España. Por ejemplo, cuando encargó a su secretario de Estado, Cordell Hull, negociar con asesores y senadores la posibilidad de levantar el embargo de envío de armas al bando republicano en marzo de 1938, según la propuesta del senador demócrata Gerald Prentice Nye. El presidente, de vacaciones por el Caribe a bordo del crucero *Philadelphia*, no se pronunció, se mostró vacilante, aunque sabía muy bien que Hull no era partidario y eso le bastaba. La prensa republicana creyó que al final «Roosevelt escuchará al pueblo norteamericano». Estaba equivocada. El presidente simpatizaba con la causa republicana pero fue de los primeros países en reconocer al gobierno de Franco a principios de abril de 1939.

Ese año, Roosevelt pidió solemne e inútilmente a Hitler que ofreciese garantías de no agredir en diez años a treinta y un países. El Führer se burló del presidente americano en el Reichstag el 28 de abril. Y es que los hombres de Roosevelt eran funcionarios muy cualificados, pero no eran expertos en política internacional ni estaban instruidos en la *realpolitik*. Eran jóvenes e idealistas obsesionados con la crisis económica y los problemas de su país. Roosevelt era más bien un pacifista de salón. Su «espíritu elevado y progresista» le impedía ver que el precio de la paz era la guerra, cosa que Churchill tenía mucho más clara. Total, que en 1940 FDR formó el Primer Comité de América para negociar estrategias de apoyo a los aliados sin tomar parte en la guerra. Así lo hizo, financió operaciones y envió equipamientos en virtud de la Ley de Préstamo y Arriendo, que permitía apoyar logística y materialmente a cualquiera cuya defensa fuese vital para la seguridad norteamericana.

Después de Pearl Harbor todo cambió. A los pocos días, el 11 de diciembre de 1941, los Estados Unidos estaban en guerra con las potencias del Eje. Dos semanas más tarde, Churchill viajó a Washington para convencer al presidente de que la guerra en Europa era prioritaria. Los Aliados comenzaron su ofensiva por el Norte de África en enero de 1942. En enero de 1943, los dos mandatarios volvieron a reunirse en Casablanca[7] para solicitar la rendición incondicional de Alemania. Stalin estaba invitado, pero no acudió. En septiembre los aliados

penetraron en Italia y a finales de noviembre, como anticipo de la conferencia de Yalta, Roosevelt, Churchill y Stalin se reunieron en Teherán para acordar, entre otros asuntos, la recuperación de Francia. Por iniciativa del presidente estadounidense, allí se gestó la Organización de Naciones Unidas. Es verdad, como decía Churchill, que Japón podía esperar. Sin embargo, Estados Unidos no iba a olvidar tan fácilmente: en el Pacífico estaba uno de sus generales más laureados: MacArthur.

Entretanto, el general Eisenhower, futuro presidente, estaba al mando de la Operación Overlord: el 6 de junio de 1944 fue el Día D, el desembarco de más de medio millón de soldados aliados en Normandía. En agosto, París fue liberada. En febrero de 1945, de nuevo Churchill, Stalin y un debilitado y enfermo Roosevelt se encontraron en Yalta (Crimea). Unos meses antes, Roosevelt había solicitado a Stalin que no se cebase con la población civil alemana. Otra muestra de candor. Churchill ya conocía la pasta de la que estaba hecho Stalin, de hecho llegó a Yalta con la mosca detrás de la oreja y muy preocupado por el futuro de Polonia. Roosevelt le dijo por carta a Stalin que estaba seguro de que los «alemanes reconocerán la verdad de la libertad, y que solo su gobierno y el de Japón la combatían» y, por tanto, había que dar una oportunidad al pueblo alemán. Stalin desestimó esa «llamada al pueblo alemán». Mientras Roosevelt apostaba por una nueva Sociedad de Naciones y por no ser demasiado exigente con las compensaciones de guerra, 11 millones de alemanes abandonaban sus hogares. Quedaban dos meses para la caída de Berlín y el hundimiento definitivo del III Reich. Por fin podría entonces Estados Unidos vengar Pearl Harbor.

De todos modos, Roosevelt no quería pasar a la Historia como el vengador de Pearl Harbor, sino como el sucesor pacifista de Wilson. Su plan era la ONU. Lo tenía en mente desde el 14 de agosto de 1941, cuando firmó con Churchill la Carta del Atlántico, que proponía un esfuerzo común para defender los «principios que garantizasen un futuro mejor para el mundo». En enero de 1942, veinticuatro países se habían adherido a la Carta. Roosevelt empleó entonces, por primera vez, la expresión: «Declaración de las Naciones Unidas». Casi dos años después, el Senado aprobó la resolución de Harry Truman, posteriormente sucesor de Roosevelt en la presidencia, que reconocía la «necesidad de establecer inmediatamente una organización internacional basada en los

principios de soberanía, paz, igualdad y amistad entre las naciones; organización abierta a todos los estados, grandes y pequeños, para el mantenimiento de la paz y seguridad internacional». La cuestión se planteó en la capital iraní. A priori la Conferencia de Teherán pudo parecer un éxito, pero la cuestión polaca que tanto preocupaba a Churchill seguía sin resolverse. Entre agosto y octubre de 1944, representantes de Gran Bretaña, la URSS y China se encontraron en Dumbarton Oaks, una mansión de Washington de diseño muy parecido al madrileño Palacio de La Moncloa, para firmar el acta de fundación de la Organización de Naciones Unidas. El 25 de abril de 1945, cincuenta países se citaron en San Francisco para la sesión inaugural. Al día siguiente, China fue el primer país en firmar la Carta.

Desgraciadamente, Roosevelt no vio culminado su proyecto de paz. Había fallecido unos días antes, el 12 de abril, en su casa de Palm Springs, la «pequeña Casa Blanca», acompañado, entre otras, por su amante, Lucy Page Mercer, que ejercía de asistente personal desde 1913 con el consentimiento tácito de Eleanor, que descubrió la relación en 1918 al encontrar unas cartas de amor. Ella dio un ultimátum a su esposo. Él aceptó y todo pareció encauzarse cuando Lucy se casó en 1920. Luego Roosevelt contrajo la polio y Eleanor dio una lección de entrega. Cuando intuyó que su marido seguía viendo a Lucy, ella se decantó por reivindicar su independencia y la halló en la vida pública. Fue Lucy quien avisó a Eleanor tras oír las últimas palabras del presidente: «Tengo un horrible dolor de cabeza». Le temblaba el pulso, le cogió la mano y cayó inconsciente, falleció a las pocas horas de una hemorragia cerebral. Tenía sesenta y tres años.

Tampoco pudo terminar la guerra en el Pacífico. Japón podía esperar, le había dicho Churchill. No fue así. Ya visiblemente enfermo, Roosevelt había ganado las elecciones de 1944 a Thomas E. Dewey, un prometedor republicano, nacido en Michigan y gobernador de Nueva York, que estuvo a la altura de las circunstancias y no hizo campaña criticando la política internacional de Roosevelt. Eso sí, incidió en que Roosevelt era un «hombre viejo y cansado». Roosevelt le derrotó por un margen más estrecho que al resto de competidores en las tres elecciones precedentes (53 por ciento frente a 46 por ciento; 432 votos electorales contra 99 y treinta y seis estados a doce). El 20 de enero de 1945 dio su último discurso inaugural: «Hemos aprendido una lección, que no podemos vivir aislados para la paz; que nuestro bienestar depende del bienestar del resto de las naciones; hemos aprendido que debemos vivir como hombres, no como

avestruces ni como los perros de los hortelanos [...]. Hemos aprendido que somos ciudadanos del mundo». Parecía dictar su testamento político.

Fue el presidente más querido por los demócratas —Lyndon B. Johnson dijo de él que «es la única persona que he conocido que jamás tuvo miedo»—; y más odiado por los republicanos, que lo tildaron hasta de fascista. El provocador columnista Jonah Goldberg sostiene que hay elementos del fascismo en las políticas desarrolladas por los presidentes del Partido Demócrata, convenientemente adaptados al modelo liberal. Lo llama fascismo liberal, y en el caso de Roosevelt se manifiesta en la dirección de la economía, en su populismo y en la vocación de permanencia en el poder. Por otra parte, fue el presidente que reconoció a la URSS, en 1933. Ningún otro comandante en jefe ha tenido a la URSS o a Rusia como aliado. Sus más enconados adversarios, entre los que se encontraba el general MacArthur, aseguraban que era «incapaz de decir la verdad si le venía bien una mentira». En todo caso supo mostrarse como un presidente cercano que dirigió a los americanos «a su cita con el destino»: con él, los Estados Unidos ocuparon su lugar en el mundo. Para bien o para mal, él refundó América.

[1] A los que Estados Unidos no era ajeno. En 1934, fue elegido gobernador de Luisiana el senador Huey Long, un populista radical que abogaba por la redistribución de la propiedad y la riqueza. Aunque inicialmente apoyó a Roosevelt, el éxito de su organización Compartir Nuestra Riqueza y sus ambiciones presidenciales le convirtieron en una amenaza. Fue asesinado en septiembre de 1935.

[2] Lo cual no explica que fuera el primer presidente conocido por sus iniciales. La abreviatura permite distinguirlo de su primo Theodore sin necesidad de escribir su nombre completo.

[3] La NRA suspendió las leyes antitrust para promover los acuerdos empresariales y dinamizar la economía; se involucró en la regulación de las condiciones de trabajo y aprobó hasta 750 códigos de buenas prácticas empresariales y libre competencia, lo cual no evitó que los pequeños empresarios denunciaran los abusos de las grandes compañías, que fijaban precios fuera de mercado e incurrían en la práctica del *dumping*. Henry Ford no participó del plan.

[4] El 27 de mayo de 1935 el Tribunal Supremo se pronunció sobre el caso Schechter Poultry contra los Estados Unidos. Concluyó que el Congreso había ido demasiado lejos en la regulación del comercio entre estados. La sentencia echó abajo la Ley Nacional de Recuperación Industrial y sus medidas de control de precios y salarios. En respuesta, el senador demócrata de Nueva York Robert F. Wagner promovió la Ley Wagner, aprobada ese mismo año para consolidar los derechos de negociación colectiva. También fue recurrida ante el Tribunal Supremo, pero esta vez sin éxito de los recurrentes.

[5] La película *El cantante de jazz* (1927) revolucionó la industria al introducir el sonido. Los años treinta fueron la época dorada de Hollywood. Se rodaron más de 500 películas al año y se crearon los cinco principales estudios: Warner Brothers, MGM, Paramount, RKO y 20th Century Fox.

[6] La Armada estadounidense era moderna y temida, pero en número de efectivos ocupaba, en 1939, el

puesto 16. Tenía poco más de 132.000 soldados, menos que las invadidas Checoslovaquia y Polonia, Turquía o España, que salía de su Guerra Civil.

[7] A pesar de la gravedad de las circunstancias, Roosevelt tuvo tiempo de bromear. Escribió a Churchill diciéndole que sus interlocutores en Casablanca serían Don Quijote, en referencia al espigado Harry Hopkins, y Sancho Panza, él mismo, atado a su silla de ruedas. Churchill, ácido y brillante, respondió: «Tráete a Willkie, sugiere la palabra en clave: molinillo».

32. HARRY S. TRUMAN: EL DIQUE ANTICOMUNISTA



8 de mayo de 1884, Lamar, Misuri - 26 de diciembre de 1972, Kansas City, Misuri.
Presidencia: 1945-1953.
Partido: Demócrata.
Matrimonio: Elizabeth Virginia Wallace. Tuvieron una hija.
Formación: Escuela de Leyes de la Universidad de Kansas. No finalizó sus estudios.
Profesión: Granjero y frustrado empresario.

CRUCE DE CAMINOS

A los líderes del Partido Demócrata no les gustaba nada el último vicepresidente de Roosevelt, Henry A. Wallace. Era demasiado idealista y no caían bien sus propuestas de acercamiento a la Unión Soviética. Roosevelt mantenía su peso en el partido y al menos pudo elegir la alternativa. Se decantó por un tipo corriente del Oeste, una eminencia gris a la que conocía solo de oídas y con la que apenas coincidió un par de veces durante los pocos meses que duró su último mandato: el senador de Misuri Harry S. Truman,[1] que había ganado su prestigio como presidente de la Comisión Especial para la Investigación del Programa Nacional de Defensa en la Segunda Guerra Mundial. Descubrió fraudes y desvíos de fondos en la industria militar por valor de 15.000 millones de dólares.

Truman no quería ser vicepresidente por tres motivos: primero, no aspiraba a la presidencia y FDR llegaba bastante debilitado a la elección; segundo, a menos que el cargo se utilice como trampolín, y no era el caso, en absoluto resulta apetecible. Truman aseguró después que se «sentía tan útil como la quinta tetilla de una vaca». De hecho, en el breve periodo que fue vicepresidente ni siquiera le tuvieron al tanto de los avances del programa nuclear. «Nunca me reveló nada de naturaleza confidencial —se quejó Truman de Roosevelt—, ni sobre la guerra, ni sobre asuntos exteriores, ni sobre sus planes de paz». Por último, temía, según contó su hija muchos años más tarde, que durante la campaña se utilizase el suicidio de su suegro y lastimara a su esposa. Truman solía decir: «Si no quieres quemarte, aléjate de la cocina». Pues bien, él estaba en mitad de la cocina cuando FDR falleció.

Aquel 12 de abril de 1945 tomaba café en el despacho del presidente de la

Cámara de Representantes, Sam Rayburn. Le llamaron de la Casa Blanca. Eleanor Roosevelt le comunicó la trágica noticia. Eran poco más de las cuatro de la tarde. «¿Puedo hacer algo por ti?», preguntó el presidente in péctore. Eleanor negó con la cabeza y respondió: «¿Hay algo que nosotros podamos hacer por ti? Porque tú eres el único que tiene un verdadero problema». En el fondo no le consideraban capacitado para el cargo que juró ese mismo día. No tenía estudios ni formaba parte de la elite neoyorkina. Hasta él pensó que podía venirle grande. Al día siguiente recibió a los periodistas en la Casa Blanca y les confesó: «Les comenté a mis colegas si saben lo que se siente cuando te cae una bala de heno encima. Me contestaron que sí. Y les dije: ahora yo siento que la luna, las estrellas y los planetas han caído sobre mí». Luego les suplicó: «Recen por mí, por favor, recen por mí».

No era un político al uso. Hijo de esforzados y humildes granjeros de Misuri —su padre de simpatías demócratas y su madre siempre fiel a la causa confederada— probó suerte en el Ejército y en los pequeños negocios. Era sobrio, serio, austero, sencillo y sin grandes pretensiones. Si bien le hubiese gustado hacer más dinero. Prefería el dinero al poder. Su consuelo era pensar que «el honor, la ética y una vida decente son mi recompensa». No se hizo rico porque no se corrompió. «Si no puedo ganar sin hacer trampas, seguiré perdiendo», escribió. De todos modos tampoco le faltaba audacia. Era aficionado al póker, aparte de un talentoso pianista y un superviviente de la política que pasó seis años en el Senado votando a favor de las políticas del New Deal. Había llegado a la Cámara de la mano del putrefacto aparato del Partido Demócrata de Kansas City (Misuri), la «maquinaria Pendergast». Sin embargo, mantuvo los bolsillos de cristal. Nadie puso en duda su honestidad. Si se referían a él como un *Pendergast man* era para sembrar sospechas gratuitamente. Truman no adornaba con flores sus pocas palabras, era directo, del medio Oeste y temperamental. Parecía desahogarse en cada discurso.

Pese a sus reservas, no eludió su responsabilidad. Al contrario. Un amigo le regaló una firma de madera que no guardó en su escritorio tanto tiempo como cuentan las crónicas: *The buck stops here*. La expresión hace referencia a una jugada de póker que se interpreta como «asumo mi responsabilidad», «la responsabilidad es mía», «es mi turno», «me toca repartir». El caso es que, paradojas del destino, Truman se enfrentó a enormes desafíos. Y ciertamente

estuvo a la altura, muy a la altura. El historiador J. Roper continúa la metáfora: Truman movió la baraja y la Historia elevó la apuesta. El único comandante en jefe que participó en la Primera Guerra Mundial resolvió la Segunda. Quién se lo iba a decir: Truman asistió a la fundación del nuevo mundo surgido de la posguerra. Muchas de las categorías que rigieron la política internacional durante los siguientes cuarenta y cinco años se forjaron durante su presidencia, asociada a la bomba atómica y al Plan Marshall;[2] a las Naciones Unidas, la Conferencia de Potsdam y la creación de Israel; a la Guerra de Corea, al macarthismo, a la OTAN, al Pacto de Varsovia y a la doctrina que lleva su nombre. Paró los pies a un Stalin crecido y comenzó la Guerra Fría.

El historiador Melvyn P. Leffler dedica una página entera a compararlo con Stalin para enfrentar dos estilos y dos sistemas políticos: «Mientras Stalin se entregaba a la agitación para derrocar al régimen zarista [...], Truman labraba la tierra y hacía sus pinitos en el mundo de los negocios»... Mientras Stalin conspiraba, hacía la revolución y trepaba en el partido, Truman apoyaba la «cruzada» de Wilson por la paz. Mientras Stalin era un «señor de la guerra», Truman gestionaba la cantina del Regimiento Oklahoma en Francia, en el frente occidental, en plena Primera Guerra Mundial. Mientras Stalin maniobró para hacerse con las riendas del PCUS, Truman fracasaba como emprendedor. Puso una pequeña tienda de ropa que no prosperó. Mientras Stalin iniciaba las purgas, Truman era un oscuro funcionario local en el aparato de Thomas Pendergast. Mientras Stalin colectivizaba la tierra, desposeía a los *kulaks* y pensaba en ser dueño de medio mundo, Truman estaba al frente de la oficina de empleo de su condado. Mientras Stalin pactaba con Hitler, Truman hacía carrera en el Senado. Sus caminos fueron encontrándose: Stalin estuvo en Yalta y, entre tanto, Truman se quedó en Washington como presidente en funciones.

Por fin, ambos coincidieron en Potsdam, donde el presidente estadounidense llegó inexperto pero con las ideas claras. Truman no se fiaba del tirano de acero, aunque le necesitaba para acabar la tarea que Roosevelt había comenzado tras Pearl Harbor: derrotar a Japón. Stalin también tenía motivos para recelar de él: Truman desautorizaba constantemente a su secretario de Estado —heredado de FDR—, el condescendiente y bienintencionado James Byrnes, que finalmente salió del Gabinete en 1947 («trataba a los soviéticos como si fueran niños») y sobre todo, Truman le ocultó a Stalin sus planes de utilizar la bomba atómica. En

plena Conferencia de Potsdam probó la bomba en el desierto de Nuevo México como culminación del Proyecto Manhattan. Cuando las vidas de ambos se cruzaron, la del presidente americano giró completamente. Tomó con fuerza las riendas de la presidencia y nadie cuestionó después su determinación. Es más, Truman inició un nuevo periodo en la Historia de los Estados Unidos. Puso fin para siempre al aislacionismo internacional. Y se convirtió en uno de los presidentes más respetados por los norteamericanos.

COMIENZA LA GUERRA FRÍA

Inició su mandato en una línea continuista respecto de su predecesor. Prefería colaborar con la Unión Soviética. Solo que después de la guerra mundial los intereses de ambas potencias no solo eran divergentes sino que chocaban frontalmente. El espíritu de Yalta estaba moribundo nada más caer Berlín. Al principio, Truman no era decididamente anticomunista. No tenía un gran conocimiento de las relaciones internacionales y se dejó guiar por los antiguos asesores de FDR, que sí lo eran: el almirante William Leahy, jefe del Estado Mayor; James V. Forrestal, ministro de Marina, y Averell Harriman, embajador en Moscú. Y por supuesto, también le influyó el líder genuinamente antisoviético, Winston Churchill. El exprimer ministro británico —en la Conferencia de Potsdam lideraba la oposición y había entregado el testigo del 10 de Downing Street a Clement Attlee— pronunció un discurso de graduación en Fulton, Misuri, el 5 de marzo de 1946. Hacía un par de semanas que Truman, presente aquel día, había roto definitivamente con Moscú. «Un telón de acero», pronosticó Churchill, descendía desde «Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático». Defendió la creación de una «asociación fraternal de los pueblos de habla inglesa» para mantener la paz y la democracia: «Estoy convencido de que no hay nada que [los soviéticos] admiren tanto como la fuerza, y no hay nada por lo que sientan menos respeto que por la debilidad militar». Estas palabras suponían el inicio de la Guerra Fría.

Justo un año después, el presidente americano suscribía por la vía de los hechos este compromiso. En marzo de 1947 expuso la Doctrina Truman. Había decidido tomar partido en los sucesos europeos, concretamente en Grecia, y

apoyar el gobierno probritánico de Konstantinos Tsaldaris contra una coalición de socialistas y comunistas tutelada desde Moscú: «La política de los Estados Unidos ha de ser apoyar la libertad de los pueblos que tratan de resistirse a la subyugación por parte de minorías armadas o presiones extranjeras». Estaba decidido a hacerlo en cualquier lugar del planeta. Para ello obtuvo el respaldo de los republicanos. Washington no iba a entrar en guerra para liberar a las naciones ya situadas bajo la égida de la URSS, pero inició una política de contención del comunismo que siguieron todos los presidentes norteamericanos hasta que se hundió el bloque soviético. El Congreso destinó 300 millones para los anticomunistas griegos y 100 para los turcos. Truman dijo que ese dinero formaba parte de una lucha mundial entre «diferentes formas de vida». La Doctrina Truman concibió la Guerra Fría como un conflicto ideológico, lo cual, sostiene el historiador John Lewis Gaddis, «aprisionó a los diplomáticos dentro de una camisa de fuerza» que pudo contribuir a prolongarlo.

El caso es que las cosas se torcieron inmediatamente después de Yalta. En 16 de abril de 1945, Truman y Churchill —realmente, nunca sabremos cuánto de Churchill hay en el Truman que los americanos conocieron como presidente— conminaron a Stalin a respetar los acuerdos firmados a orillas del Mar Negro, en Yalta, sobre Polonia. Unos días después, Truman recibió a Molotov, ministro de Exteriores soviético, y le insistió sobre el asunto: «Nadie me había hablado así en mi vida», protestó Molotov. «Cumpla sus pactos y nadie le hablará así», sentenció Truman. La obsesión de Churchill, y con razón, era Polonia: conservar su independencia; la de Stalin, desgraciadamente, también: sovietizarla. En mayo, Truman suspendió el envío de ayuda destinada a la campaña de la URSS contra Japón en virtud de la Ley de Préstamo y Arriendo. Stalin iba por libre: detuvo a opositores a su gobierno títere en Polonia y extendió su tela de araña a Rumanía y Bulgaria. En ese clima enrarecido se celebró la primera sesión de Naciones Unidas. Alemania se rindió el 8 de mayo de 1945, pero quedaba el Pacífico. El ministro de la Guerra, Henry Stimson, al que pronto relevaría en el cargo, le aconsejó prudencia. Y así obró Truman, que buscó aproximar posiciones. El 5 de julio, Estados Unidos reconoció al gobierno de Polonia.[3]

Las aguas parecían volver a su cauce. Durante la segunda quincena de julio los tres líderes mundiales se citaron en Potsdam, donde acordaron los procesos de desmilitarización, desnazificación y democratización de Alemania. Además

de diseñar un mecanismo de procesamiento de los líderes nazis —los juicios de Núremberg, que se saldaron con doce penas de muerte, tres a cadena perpetua, cuatro a condenas de diez a veinte años de prisión y tres absoluciones—. Recién acabada la Conferencia, el 6 de agosto de 1945, Truman ordenó lanzar la primera bomba atómica sobre Hiroshima. A Japón solo le había comunicado que podía provocar una destrucción sin igual: 250.000 personas murieron en cuestión de segundos, abrasadas y asfixiadas. A los dos días, Stalin canceló su compromiso y declaró la guerra a Japón. El 9 de agosto los americanos lanzaron una segunda gran bola de fuego y uranio sobre Nagasaki. Japón ya estaba derrotado, hambriento y sumiso. Tokio estaba devastado por las bombas americanas. Estados Unidos cobró un precio muy alto por la dilación de Japón de aceptar el ultimátum. El imperio nipón izó la bandera blanca inmediatamente. Un par de semanas más tarde, el 2 de septiembre, firmó la rendición.[4] Stalin reclamó participar en la reorganización de la región y se negó a retirar las tropas de Manchuria. La revolución China estaba en ciernes y la Guerra de Corea en periodo de gestación. Byrnes ya no se entendió con Molotov en Londres ni con el sector anticomunista de Washington. Stalin justificó su nuevo plan quinquenal anunciando que estaba preparándose para un conflicto inevitable con el mundo capitalista. El Partido Republicano comunicó que no apoyaría una actitud conciliadora, es decir, que no compartía la estrategia Byrnes. Los puntos calientes del planeta eran Irán, Grecia y la Asia del Pacífico. Además, las dos grandes potencias, a las que pronto se sumaron Gran Bretaña y Francia, iniciaron su carrera nuclear.

El 20 de diciembre de 1945 entró en vigor la Carta de Naciones Unidas, una de las pocas esperanzas para mantener la paz sobre el alambre. A comienzos de 1946 Estados Unidos dio un golpe en la mesa, Stalin se retiró de Irán y el presidente americano aseguró que su envite salvó al mundo, a pesar de que para ello se viera obligado a liquidar la Gran Alianza. Henry Wallace, aquel vicepresidente del que desconfiaban los demócratas antisoviéticos y que encontró acomodo en la Secretaría de Comercio, afirmó que la única salida posible consistía en el «desarme atómico». El presidente lo destituyó después del verano del 46, cuando ya pergeñaba la Doctrina Truman. Wallace reaccionó resucitando al Partido Progresista con apoyo de Moscú y presentándose a las presidenciales de 1948.

Aquellas elecciones fueron peculiares. Concurrieron cuatro candidatos. Aparte de Truman y del republicano Thomas E. Dewey —que lo hacía por segunda vez—, dos formaciones mostraban la combinación de nuevos y viejos ejes de división política en Estados Unidos: los progresistas de Wallace prometieron poner bajo control de la Administración los negocios, denunciaron el Plan Marshall porque sometía a Europa al yugo capitalista americano y apostaron por una política de entendimiento con Moscú. Por su parte, Strom Thurmond recuperó los valores del sólido Sur conservador con una nueva formación, el Partido Demócrata de los Derechos de los Estados (Dixiecrat). Con este panorama, Truman tenía pocas opciones. El voto demócrata estaba parcelado y previsiblemente las dos formaciones menores le arañarían apoyos: por el Norte Wallace y por el Sur Thurmond. En estos comicios comenzaron a funcionar las calculadoras y las encuestas. Las universidades ya habían creado departamentos de Psicología Social y Ciencia Política que empleaban métodos estadísticos para analizar campañas y resultados. Los laboratorios electorales y empresas de sondeos, Gallup, Ropper o Crossley, pronosticaron una holgada victoria de Dewey.

Se decía que Truman era el único que creía en sí mismo. Jugó la baza de que el Partido Republicano compartía su política exterior, buscó el respaldo de los votantes que había afianzado Roosevelt y centró la campaña en denunciar el «inoperante octogésimo congreso», de mayoría republicana. Lo llamó el *Do Nothing 80th Congress*, que lo único que hizo fue aprobar, superando el veto presidencial, la Ley Taft-Hartley, que revisó a la baja algunos derechos de sindicación y de huelga de los trabajadores. Truman les sedujo convenciéndoles de que, si querían conservar el legado de FDR, él era el hombre adecuado. Así lo demostró posteriormente con el *Fair Deal*, una serie de medidas de carácter social. Rebautizó al *G*rand Old Party —viejo y gran Partido Republicano— como Grand Old Platitudes —viejo y gran partido de tópicos—. El economista Louis Bean se ganó su reputación como gurú electoral al ser el único que predijo la victoria de Truman. La primera edición del *Chicago Tribune* se convirtió en un tributo a los fiascos periodísticos. El 3 de noviembre de 1948 salió a la calle con el siguiente titular: «Dewey derrota a Truman». El recuento puso las cosas en su sitio: el presidente resultó elegido con el 49 por ciento de los votos; Dewey obtuvo el 45 por ciento.

En 1949 impulsó la creación de la OTAN, el Tratado para la Alianza del Atlántico Norte, al que se sumaron inmediatamente Bélgica, Canadá, Gran Bretaña, Noruega, Dinamarca, Francia, Islandia, Italia, Luxemburgo, Holanda y Portugal. Más tarde lo hicieron Grecia y Turquía. La incorporación de la República Federal de Alemania (RFA) motivó después que Stalin creara el Pacto de Varsovia. En 1950 comenzó la Guerra de Corea: el ejército norcoreano, bien pertrechado por el soviético, superó el umbral del paralelo 38, delimitado como frontera entre las zonas de influencia de los dos recién creados estados. Norcoreanos y soviéticos alcanzaron Seúl, cuya población tuvo que ser evacuada. Parece que Moscú había dado el visto bueno al plan pero no en el momento en que se produjo, el 6 de junio, cuando todavía el delegado del PCUS estaba ausente de la ONU porque la Organización se negaba a reconocer al nuevo gobierno de Mao. El general Douglas MacArthur, comandante de las fuerzas surcoreanas, pidió refuerzos. El 30 de junio comenzaron los combates. Una semana después, el Consejo de Seguridad de la ONU autorizó el uso de la fuerza. De los ocho estados que lo integraban, siete votaron a favor y Yugoslavia se abstuvo. Casi un año después, el 11 de abril de 1951, Truman destituyó a MacArthur: «No lo eché porque fuera un estúpido hijo de puta, sino por no respetar la autoridad del presidente». El general había tratado de puentear al presidente aconsejando a senadores republicanos sobre cuál debía ser la posición política respecto de China: «Utilizar la máxima fuerza, rechazando los compromisos con el enemigo». Era demasiado arrogante, sus aspiraciones políticas muy evidentes y se creyó todo el tiempo virrey del Pacífico.

Durante su presidencia, en 1951, se aprobó la Vigesimosegunda Enmienda constitucional, que limita los mandatos a ocho años o dos victorias electorales. Por tanto, podía haberse presentado a la reelección, pero creyó que retirarse era la manera más ejemplar de recuperar la costumbre de los dos mandatos, dado que su primero fue prácticamente completo. Antes sufrió un intento de atentado del que salió ileso: dos nacionalistas puertorriqueños dispararon el 1 de noviembre de 1950 contra la residencia de invitados de los presidentes, Blair House. Nunca abandonó del todo la política. Desde que dejó la Casa Blanca retornó a la butaca que creyó tener reservada antes de que la Historia se acelerase, en la segunda fila. Escribió sus memorias y Johnson lo recuperó para un puesto en el Servicio Nacional de Seguros Médicos.

Desde 1966 su salud se deterioró. Fue hospitalizado varias veces. Murió el 26 de diciembre de 1972 en un hospital de Kansas City. En los últimos años de su mandato su popularidad había caído mucho debido a la Guerra de Corea y a la manera de resolver una huelga del metal. Necesitaba la producción para el esfuerzo bélico y la requisó. El Tribunal Supremo declaró inconstitucional la medida. Además, los republicanos habían comenzado a agitar Washington y a la opinión pública. Truman no fue del todo ajeno al pánico anticomunista desatado en Estados Unidos: la batalla interior. Sobre la base de una ley republicana que superó su veto, los afiliados comunistas debían registrar sus actividades. La ley tenía su justificación aunque era muy exagerada. Los hombres de Stalin campaban a sus anchas en el resto del mundo. Sin embargo, la norma del Congreso restringía considerablemente la libertad de los ciudadanos. En 1946 Truman creó una Comisión Temporal de Lealtad de los Trabajadores para impedir que delegados comunistas se infiltrasen en empresas y sindicatos. Los republicanos la consideraron insuficiente. El senador Joseph McCarthy presentó en febrero de 1950 una lista de 205 comunistas identificados por el Comité de Actividades Antiamericanas, creado en 1937, que practicaban actividades de espionaje en el propio Departamento de Estado. Dean Acheson, secretario de Estado de Truman, se negó a condenar a Alger Hiss, un reputado oficial.

Para el tosco senador de Wisconsin, Truman era tan traidor como Roosevelt. Paradojas de la política: la propaganda anticomunista señaló por indulgente al dique anticomunista. Solo a partir de los años setenta su imagen se rehabilitó. Prueba de ello es que el tan denostado presidente republicano Richard Nixon elogió su «patriotismo, arrojo y visión política». Es cierto, se convirtió súbitamente en presidente, no perdió el equilibrio ni padeció vértigo en un contexto muy crítico. Churchill admitió su error de considerar que no iba a estar a la altura de las circunstancias. Para el *premier* británico, Truman no resistía la comparación con Roosevelt. Sin embargo, muy pronto cambió de idea: «Le juzgué mal. Desde Potsdam usted es otro hombre; más que ningún otro, usted ha salvado a la civilización occidental».

[1] Curiosamente, la «S» no es la inicial de su segundo nombre. Esa «S» que suele pasar desapercibida es su segundo nombre completo. Sus padres no se ponían de acuerdo entre Shippe (nombre de su abuelo paterno) o Solomon (el de su abuelo materno). Finalmente decidieron que la «S» representaba a los dos.

[2] Destinó 13.000 millones de dólares a la reconstrucción de Europa entre 1948 y 1952. De manera que los Estados Unidos reflotaron el tan querido Estado del Bienestar europeo.

[3] Stalin se comprometió a incorporar al ejecutivo polaco a cinco miembros de la oposición al gobierno de Lublin —lugar que primero fue símbolo de liberación y enseguida pasó a ser el punto de partida de la ocupación soviética— y tres polacos designados por Londres. Además, Stalin reconocía la hegemonía estadounidense en el hemisferio sur y permitió sin entrometerse que Truman estableciese alianzas con los países del continente americano. También aseguró respetar los intereses comerciales de los Estados Unidos en Japón y China. Acuerdo que incumplió. Renunció a su derecho de veto sobre los debates en el Consejo de Seguridad de la ONU. Igualmente, en Potsdam, la Unión Soviética renunció a los 10.000 millones de dólares en concepto de reparaciones a pagar por Alemania solicitados en Yalta. Y garantizó que cumpliría la promesa que le hizo a Roosevelt de invadir Manchuria a principios de agosto para facilitar la victoria americana sobre Japón sin declarar oficialmente la guerra al imperio de Hirohito para no obtener beneficios de la rendición.

[4] El general MacArthur aterrizó en Tokio el 30 de agosto de 1945. No encontró ninguna resistencia. Quiso liderar personalmente la transición en el país. Los 400.000 soldados americanos —la cifra la tomamos del historiador Josep Fontana— que llegaron escalonadamente en los seis años siguientes se encontraron un país humillado. MacArthur sabía que la mejor manera de conservar el orden y contener una revuelta era evitar que Hirohito se sentase ante un tribunal militar por crímenes de guerra. La cúpula militar que había gobernado Japón desde 1941 fue juzgada y ejecutada en 1948. Hirohito se mantuvo como emperador constitucional.

33. DWIGHT D. EISENHOWER: EL PROTECTOR TEMPLADO



14 de octubre de 1890, Denison, Texas - 28 de marzo de 1969, Washington DC
Presidencia: 1953-1961.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Marie Geneva Doud. Tuvieron un hijo (otro anterior murió de escarlatina con solo cuatro años).
Formación: Academia Militar de West Point.
Profesión: militar.

PACTOMANÍA

Fue el primer republicano en completar dos mandatos en la Casa Blanca desde Ulysses Grant. El primer militar del siglo xx en alcanzar la presidencia: un héroe de la Segunda Guerra Mundial. Dwight Eisenhower estuvo al frente de la Operación Overlord. Con él, los americanos se sintieron seguros. Siempre han mostrado particular inclinación por las glorias del Ejército, desde George Washington al propio Grant, pasando por Jackson, el primer Harrison, Taylor, algo menos por Pierce, Garfield o McKinley. Tras abandonar la presidencia, muchos americanos declararon sentirse defraudados con Eisenhower. No cumplió con las expectativas de ser implacable con la Unión Soviética. Sin embargo, el resumen de sus dos mandatos dice mucho en su favor. El creador de la empresa de sondeos Gallup, George Gallup, aseguró que de ningún presidente había oído algo tan decisivo como acerca de Eisenhower: «*Ike* mantuvo la paz».

Al acabar la Segunda Guerra Mundial, cuando el país buscaba asideros con medallas en las solapas, MacArthur, el general más laureado del siglo xx, pudo hacer sombra a su antiguo subordinado en Filipinas. No obstante, su agrio carácter, su indisimulada arrogancia y su propensión a ir por libre y a destiempo minaron su proyección política. MacArthur fue el primero de su promoción en West Point. Eisenhower se licenció en la misma Academia en 1915, algo más de una década después, sin destacar entre los de su quinta. MacArthur comandaba el frente del Pacífico y obtuvo la rendición de Japón. Eisenhower desembarcó el Día D en las playas de Normandía. MacArthur quiso hacer carrera política, pero los políticos desconfiaban de él. Eisenhower, por su parte, no escuchó los cantos de sirena del Partido Republicano en 1948 y comunicó que no pensaba presentarse a la nominación, que él era un soldado. Cuando Truman sentenció a

MacArthur, estaba identificado como partidario republicano. Tampoco Roosevelt hablaba maravillas del general de Arkansas. Siempre creyó que hubiera sido un nefasto político. Por el contrario, probablemente Eisenhower hubiera ganado las elecciones también liderando a los demócratas, que lo tentaron. Generaba el consenso suficiente en un momento especialmente delicado. Estados Unidos estaba en plena Guerra Fría y en plena batalla interior contra los infiltrados comunistas.

Eisenhower era templado. Conocía muy bien los entresijos del Pentágono y sus argucias para conseguir que el Congreso destinara más fondos para las Fuerzas Armadas; por eso supo desenvolverse a las mil maravillas entre los suyos, que le instaban a ser más agresivo. Prefirió frenar la carrera armamentística iniciada frente a la URSS. Además, creía que el exceso de gasto —particularmente militar— influía muy negativamente sobre la economía. Tras ganar sus primeras elecciones presidenciales afirmó: «Toda arma fabricada, todo barco de guerra fletado, todo cohete lanzado... es un robo a todos los que pasan hambre y carecen de alimentos». Un soldado que conoce la guerra quiere la paz aunque para ello deba transigir. Al final destacó como consagrado diplomático. Se abstuvo de apoyar a los revolucionarios húngaros en 1956 y tampoco le gustó el Estatuto de Berlín, que a la postre derivó en la construcción del muro, levantado en agosto de 1961. Prometió poner fin a la Guerra de Corea y lo hizo; tomó parte en el conflicto colonial francés y dio el primer paso para la intervención en Vietnam; mantuvo a China a distancia y asistió al derrocamiento de Batista en Cuba.

A pocos kilómetros de Florida se instauró el gobierno *filosoviético* de Fidel Castro, que entró en La Habana el día de Reyes de 1959. Los cubanos creyeron que de las montañas se les traía la libertad. Muchos de los que hoy son exiliados y represaliados se sumaron a la fiesta; celebraron la gran mascarada y entonaron el lema: «Libertad con pan; pan sin terror». A los seis meses, Castro dio el primer revés a los intereses estadounidenses. Aprobó la reforma agraria que acabó con los latifundios. Entonces empezaron los problemas. Estados Unidos era el principal mercado para Cuba, donde iba a parar casi toda su producción, incluida, por supuesto, la de azúcar. Washington devolvió el golpe reduciendo la importación del hidrato. Y Castro, ni corto ni perezoso, nacionalizó las azucareras, además de casi 400 compañías estadounidenses que operaban en la

Isla. Eso fue en agosto de 1960. Al mes siguiente, el comandante se presentó en Nueva York, en la Asamblea de Naciones Unidas, y afirmó con absoluto descaro y un irritante punto de cinismo que «no somos cien por cien comunistas, todavía. Nos estamos tornando ligeramente rosados». Estaba en vías de transferir toda la propiedad al Estado. Y todo esto teniendo en cuenta que Eisenhower no tuvo que lidiar con Stalin, fallecido el 5 de marzo de 1953, sino con sus sucesores, primero Malenkov y luego, desde 1955, Kruschev.

Por último, Eisenhower no participó de lo que consideró una enorme «chapuza»: la intervención de Gran Bretaña, Francia e Israel en Egipto para evitar la nacionalización del canal de Suez anunciada por el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser, que había iniciado movimientos de aproximación a Moscú en 1956. Eisenhower solicitó, con apoyo de la URSS, el alto el fuego en la ONU, aceptado por las potencias beligerantes en noviembre de ese año. Lejos de apaciguarse, la URSS se envalentonó y Nasser continuó con sus planes de reforzar lazos comerciales con su nuevo aliado. Eisenhower se dio cuenta de que en Oriente Próximo se había declarado un incendio que no iba a ser fácil de controlar y viró su posición. Solicitó al Congreso poderes para usar la fuerza en aquellos países que, bajo tutela comunista, agredieran a otros, y ayuda económica para los estados que quisieran resistirse a la influencia soviética. Así nació, cuenta el historiador Ronald E. Powaski, la Doctrina Eisenhower, aprobada por el Congreso el 9 de marzo de 1957. Su objetivo primordial era «bloquear la marcha de los soviéticos hacia el Mediterráneo, el canal de Suez y los oleoductos, y hacia los lagos subterráneos de petróleo que proveen los hogares y las fábricas de Europa Occidental». En 1958, Estados Unidos, firme aliado de Israel, había asumido la obligación de defender a cuarenta y cinco países. Los críticos con el presidente le diagnosticaron *pactomanía*. En virtud de estos compromisos, Estados Unidos se involucró en los conflictos de Irak, Jordania y Líbano.

EL NUEVO *LOOK*

Melvyn P. Leffler describe a Eisenhower como «diplomático, hábil, [y] experto en relaciones humanas», asegura que era capaz de convencer, engatusar,

llegar a acuerdos y alcanzar objetivos fundamentales. Tenía don de gentes: era decidido, disciplinado, organizado, seguro de sí mismo y sabía demostrar su apoyo. De naturaleza optimista, con una sonrisa encantadora y una personalidad cálida [...], sagaz, inteligente, resuelta y ambiciosa. En público, a menudo hablaba de un modo críptico y sin ir al grano. En privado, era analítico y sus escritos, lúcidos». El historiador Michael Burleigh lo pinta astuto y paciente: esperó su momento, prefirió hacerse querer a mostrarse dispuesto, al contrario que MacArthur, tan pagado de sí mismo. Dejó que lo presentaran a las primarias del partido en New Hampshire mientras él acababa su partida de *bridge* en París. En ese momento era comandante supremo de Estados Unidos en la OTAN. Aparentó no hacer caso de los comicios. Ganó, hizo las maletas y regresó a Washington para hacer frente a la nominación para la presidencia.

Llevaba en sus bolsillos tres monedas de la suerte: un dólar de plata, cinco guineas de oro y un franco francés. De origen suizo y alemán, sus antepasados llegaron a Filadelfia en 1741. Su padre, David Jacob Eisenhower, era mecánico. Emigró a Kansas, donde abrió una tienda. Estados Unidos estaba en crisis. En 1888 su socio despareció con los ahorros del negocio y David tuvo que pagar las deudas. La familia lo pasó mal. Después de dar varios tumbos, llegó a dirigir una compañía de gas. Durante su infancia, Ike resolvió con los puños algunas burlas de sus compañeros de escuela por sus viejos zapatos o su ropa muy usada. Cursó sus primeros estudios en Kansas y entró en West Point en 1911. Fue uno más. Eso sí, destacó en baloncesto y fútbol americano, hasta que se lesionó en la rodilla y no volvió a jugar. Entonces, ya fuera de la Academia, se aficionó al golf, leía novelas del Oeste y se manejaba con destreza en la cocina. Su especialidad era la sopa de verduras. Se casó en 1916 con Marie *Mamie* Geneva Doud, una jovencita de diecinueve años, hija de un próspero empaquetador de carne y que no puso reparo en hacer veintiocho mudanzas para seguir la carrera militar y política de su esposo. A pesar de todo, en mayo de 1924, Ike conoció a Kay Summersby, una irlandesa que le guio en su visita a Londres. Después, él solicitó al Estado Mayor que la incorporara a su equipo. Parece ser que las cartas en las que confesó estar dispuesto a divorciarse de su esposa para iniciar una relación seria con Kay desaparecieron, o más bien las destruyó la Administración Truman para evitar jaleos. El general George C. Marshall, ejecutor del Plan que lleva su nombre y por ello Premio Nobel de la Paz de

1953, contestó con lenguaje airado una de las misivas: como superior le ordenó que no cometiera una locura, destruiría su prometedora carrera militar y llevaría una «vida miserable». Desde 1942 era comandante del Ejército americano en Europa; luego fue nombrado comandante en jefe de los aliados en el Norte de África; lideró la campaña de Sicilia y la toma de Italia. En diciembre, Roosevelt lo nombró comandante supremo de las fuerzas aliadas para la Operación Overlord. Eisenhower había previsto el desembarco para el día 5. El mal tiempo obligó a aplazar veinticuatro horas el Día D. La campaña le valió la concesión del rango de general de cinco estrellas. En 1945 regresó a Washington para suceder a Marshall como jefe de la Armada. No volvió a ver a Kay. En 1948 colgó la casaca y tras un breve periodo como presidente de la Universidad de Columbia, Truman lo nombró comandante supremo en la OTAN.

Los republicanos celebraron su convención en Chicago en julio de 1952. Eisenhower venía de París, y de ganar las primarias de New Hampshire sin despeinarse. Hasta ese momento, el candidato de los conservadores y favorito era el senador de Ohio Robert Taft. Finalmente solo hizo falta una votación: Eisenhower casi triplicó en número de delegados a Taft. De los más de mil delegados, solo cuatro votaron por un MacArthur que languidecía. El apoyo de buena parte del sector conservador no fue gratuito. Eisenhower tuvo que contentar a los *macarthistas* y conservadores incluyendo en el *ticket* al senador de California Richard Nixon, admitir en su programa que había que dejar atrás la estrategia de apaciguamiento llevada a cabo por Truman y comprometerse a limpiar de comunistas el Departamento de Estado. Por supuesto, Eisenhower no estaba en esas. Tenía sus propios planes. Sí era partidario, por el contrario, de un presupuesto equilibrado y bajos impuestos.

Su contrincante y líder de los demócratas era Adlai E. Stevenson, de Illinois, cuya mayor debilidad, subraya Burleigh, es que no puso «el corazón en la disputa». Más bien prefería jugar limpio: aseguró que Eisenhower era un tipo decente, que los demócratas llevaban mucho tiempo en el poder y que la máxima de su adversario, «Acabemos con la guerra», era solo populismo. Mientras, los republicanos prepararon la campaña a conciencia. Eisenhower recorrió más de 80.000 kilómetros y visitó 232 localidades. Fue el primer candidato que entendió el efecto persuasivo de la televisión. Y adaptó la extensión y el contenido de sus mensajes al medio. En uno de sus anuncios, un ama de casa exclamaba

desesperada: «Ya sabe los precios que tienen las cosas hoy. ¡La subida de los precios me está volviendo loca!». Y el general respondía: «Sí, mi *mamie* no deja de hablarme del elevado coste de la vida. Por eso pienso que necesitamos un cambio. Ha llegado la hora de volver a los dólares honestamente ganados y a un trabajo pagado decentemente». Entre bambalinas, Ike se quejaba: «¡Nunca pensé que este viejo soldado acabaría haciendo esto!». El Partido Republicano se presentó como la oposición a las *tres C* —comunismo, corrupción y Corea—. A Eisenhower no le gustaban las formas de McCarthy, pero ayudaba a consolidar el voto anticomunista; Nixon le aportó fondos y un columnista, Stewart Alsop, le dio el eslogan: *I like Ike*, «Me gusta Ike». Eisenhower se impuso por 11 puntos de diferencia (55 por ciento frente a 44 por ciento) y más de seis millones de votos (33,9 frente a 27,3). Stevenson solo ganó en nueve estados del Sur.

Ambos volvieron a verse las caras en 1956. Eisenhower obtuvo con facilidad la nominación en la convención de San Francisco. Emergió un movimiento efímero para encumbrar a Nixon, que no cuajó. A pesar de su derrota en 1952, Stevenson tenía el apoyo del partido: la respetada Eleanor Roosevelt y la figura emergente John F. Kennedy respaldaron su candidatura. Su eslogan fue «Calidad de vida». Sin embargo, fue demoledor para su imagen que apareciera en una foto con un formidable agujero en la suela de su zapato. ¿Calidad de vida?, preguntaron los republicanos. Además, recurrieron a una máxima siempre vigente: en mitad del río no se cambia de caballo; en tiempos de guerra no se cambia al comandante en jefe. Empantanados en Suez, en mitad de la revolución húngara y de la batalla interior contra el comunismo, Eisenhower se había desenvuelto razonablemente bien. Por si fuera poco, la economía funcionaba a las mil maravillas. Estados Unidos vivía una era de prosperidad posbélica. Solo, y no era poca cosa, los republicanos temían por la salud del presidente, que había sufrido un ataque al corazón que no se difundió demasiado en los medios. Aun así, Eisenhower volvió a imponerse en las elecciones del 6 de noviembre. Superó al candidato demócrata en 9,5 millones de votos y 15 puntos (57 por ciento a 42 por ciento). El presidente obtuvo el apoyo de cuarenta y un estados. Solo siete fueron para Stevenson.

En su primer discurso inaugural, el 20 de enero de 1953, Eisenhower ya enumeró su decálogo de «principios para la paz en el mundo», el nuevo *look* de su política exterior. En resumen, primero, los Estados Unidos no responderían a

un agresor apelando al tan manoseado honor, no intercambiarían seguridad por honor. En segundo lugar, la fuerza de la nación reside en protegerse, sin menoscabo de defender la libertad en todos los puntos del planeta. Tercero: «No debemos usar nuestra fuerza para imponer nuestra visión del mundo ni nuestras instituciones económicas». Por último mostró su confianza en la Organización de las Naciones Unidas como marco de resolución de conflictos. En 1955 se encontró con Kruschev en Génova. La relación entre ambas potencias era en ese momento llevadera. Un año más tarde, el 25 de febrero de 1956, el líder soviético reconoció los crímenes cometidos por Stalin. Fue un varapalo para comunistas de todo el mundo. El anuncio hizo más por erradicarlo de Estados Unidos que la caza de brujas emprendida por McCarthy unos años antes.[1] En 1957 reivindicó la unión y cooperación de todas las naciones que creen en la libertad y rechazó el aislacionismo. Mientras la prensa europea se felicitaba por este periodo de «deshielo», los soviéticos hablaban de «coexistencia pacífica» y avisaron de su poderío con el lanzamiento del satélite *Sputnik*. Inmediatamente, los americanos aumentaron considerablemente la inversión en universidades, ciencia y tecnología. El número de universitarios creció enormemente en los años siguientes. Ambos presidentes volvieron a verse en Estados Unidos en septiembre de 1959. Kruschev dedicó un guiño a los americanos: «Vine a ver cómo viven los esclavos del capitalismo, y bien, puedo decir que no viven tan mal».

El espíritu de Génova se evaporó el 1 de mayo de 1960, cuando las fuerzas de defensa soviéticas derribaron el avión espía estadounidense U-2. Kruschev notificó el incidente el día 7. Aseguró que el piloto estaba a salvo y en prisión. Le ofreció a Eisenhower una salida digna: negar que supiera acerca de la misión y no volver a emprender operaciones semejantes. El presidente estimó que la opinión pública no aceptaría un presidente ignorante. Admitió que sabía lo que hacía el U-2 y le dijo a De Gaulle que no pensaba arrastrarse ante el mandatario soviético. El episodio sucedió unos días antes de la cumbre de las cuatro potencias en París. Eisenhower abandonó la capital francesa tan solo dos días después de comenzada la conferencia. Quedó en suspenso un acuerdo sobre prácticas nucleares y el siempre pendiente estatuto de Berlín.

El nuevo *look* se basaba, por un lado, en que la carrera nuclear debía ser disuasoria y razón más que suficiente para evitar enfrentamientos. En todo caso

advirtió: «Las armas nucleares están en disposición de ser empleadas en caso de hostilidades». Por otro, los Estados Unidos se reservaban el derecho de asistir a naciones amenazadas por el comunismo. Este segundo aspecto afianzaba tanto la Doctrina Truman como su plan para Oriente Próximo. Al amparo de la Doctrina Eisenhower, Estados Unidos envió 14.000 soldados al Líbano en 1958. Los críticos advertirían de que el nuevo *look* aspiraba a iniciar una misma marcha en dos sentidos distintos: el apaciguamiento y la política de contención del comunismo. Los partidarios de la doctrina no veían contradicción alguna siempre y cuando la Unión Soviética no se mostrara demasiado ambiciosa respecto a Oriente Próximo y la región de Asia-Pacífico.

Eisenhower fue el primer presidente estadounidense de la Historia que visitó España. A Franco le vino de perlas. Ya le tenía que estar suficientemente agradecido por haber sido su valedor en Naciones Unidas. Ahora le permitía presentarse ante el mundo como un aliado de las democracias. Y a tal efecto preparó el acto propagandístico. Para Eisenhower, efectivamente, Franco era un aliado antisoviético y España un país estratégico en el que había abierto cuatro bases militares en 1953. No le costaba nada hacer noche en el Palacio de La Moncloa, a medio camino entre París y Marruecos. No había muchos temas que abordar en la reunión con el Caudillo. La televisión española retransmitió para toda Europa el evento.

Ese 21 de diciembre de 1959 careció, sin embargo, de trascendencia para la opinión pública americana, que tenía su atención puesta en otro asunto muy distinto. Comenzaba la lucha por los derechos civiles: el Tribunal Supremo derogó en 1957, tres años después de aprobarse, una ley segregacionista de Arkansas que obligaba a la escolarización separada de negros y blancos. La derogación dio pie a brotes de violencia en Little Rock. En 1957 Eisenhower envió tropas federales para proteger a los chicos negros en las escuelas. En 1960 el Congreso aprobó la Ley de Derechos Civiles, que preveía sanciones federales contra funcionarios locales y estatales que obstruyeran el registro en el censo y los derechos de sufragio activo de los ciudadanos negros.

Tras abandonar la Casa Blanca, se retiró a Gettysburg, Pensilvania, a redactar sus memorias. Desde allí apoyó la intervención en Vietnam. Ya estaba bastante delicado de salud. Su corazón le había fallado varias veces: una en 1955, dos en 1965 y otras dos en 1968. Apoyó la Guerra de Vietnam. Falleció el 28 de marzo

de 1969 en un hospital de Washington. En su lecho de muerte declaró su amor por su esposa, sus hijos, sus nietos y su país. Eisenhower se consideraba el «hombre más religioso que había conocido», y sentenció una vez: «Nadie va seis años a una guerra sin fe». Nixon lo recordó como un hombre complejo y retorcido «en el mejor sentido de la palabra». Decía que abordaba los problemas desde varias perspectivas. Para Johnson tenía todas las virtudes de un gran hombre: coraje, honor, integridad y decencia. Truman fue más duro con el hombre que aprobó el plan de red de autopistas de América —42.000 millas, casi terminadas al 95 por ciento en 1981 y definitivamente en 1990—: «Ni sabía nada ni se enteraba de nada. Cuando Castro tomó el poder, Ike mantuvo su culo en la silla como si no tuviera noticias de lo que estaba pasando ahí abajo». Fue Kennedy quien acabó por enterarse de lo que se cocía al sur de Florida.

[1] El senador McCarthy actuaba junto con el oscuro abogado Roy Chon, que aseguró descubrir 30.000 libros procomunistas en las Casas de América de toda Europa Occidental. Cuando un delirante McCarthy quiso ampliar su caza al estamento militar topó con Eisenhower. En diciembre de 1954 el Senado reprobó al senador de Wisconsin por 67 contra 22. Por cierto, J. F. Kennedy se ausentó de la votación. Sugiere el historiador Josep Fontana que pudo ser por la amistad que unía a ambas familias. El propio Fontana aporta cifras de la fiebre anticomunista: En 1953, el FBI había investigado a 6 millones de norteamericanos, redactó 5.000 informes y elaboró una lista de 26.000 personas identificadas como comunistas.

34. JOHN F. KENNEDY: LA SONRISA PERFECTA



29 de mayo de 1917, Brookline, Massachusetts - 22 de noviembre de 1963, Dallas, Texas.
Presidencia: 1961-1963.
Partido: Demócrata.
Matrimonio: Jacqueline L. Bouvier. Tuvieron dos hijos.
Formación: Leyes y Relaciones Internacionales en Harvard.
Profesión: abogado.

UN HOMBRE EN LA LUNA

«Satélites artificiales lanzados desde la Tierra allanan el camino para viajes interplanetarios, la nueva sociedad soviética hace realidad los sueños más osados de la humanidad». El comentario es del diario *Pravda* tras el lanzamiento del *Sputnik*, el 4 de octubre de 1957. Ese año, John Fitzgerald Kennedy era un joven senador que ya había advertido del peligro de la «roja marea comunista» en el Sudeste Asiático, manifestado su escepticismo hacia la diplomacia de Eisenhower y mostrado una calculada ambigüedad respecto de la caza de brujas del McCarthy. Comenzaba la carrera espacial en un momento de distensión entre las dos grandes potencias.

Kruschev creía que Eisenhower era «un buen tipo» y a su vez, el presidente estadounidense veía con buenos ojos que el líder soviético catalogara de «irrealizables» los planes quinquenales y denunciara las purgas de Stalin. Poco importa que lo hiciera en el marco de una guerra interna en el partido, precisamente para implicar a los integrantes de un complot contra él: Molotov, Kaganovich, Bulganin, Malenkov y Shepilov, con los que luego no fue demasiado severo. En el marco del XXII Congreso del PCUS, en 1961, Kruschev amplió la denuncia de los crímenes estalinistas cometidos no solo contra los *apparatchik* y la *intelligentsia* sino también contra ciudadanos «inocentes». La descentralización económica y la renuncia del partido a monopolizar el control de la industria provocaron ciertas mejoras en el nivel de vida de los soviéticos. El *Sputnik* desató la euforia *popular*, que alcanzó su máximo apogeo el 12 de abril de 1961. Ese día, el astronauta Yuri Gagarin, a bordo del *Vostok I*, completó el primer viaje espacial.

Kennedy era un recién llegado a la Casa Blanca. Sin embargo no se arrugó y

aceptó el desafío. En el terreno de la grandilocuencia no tenía rival. El 25 de mayo de 1961, tres semanas después de que Estados Unidos empatara el partido de las misiones espaciales tripuladas, aunque tocado por el descalabro en Bahía de Cochinos, anunció en el Congreso, con toda la fastuosidad con la que dotaba a cada gesto, por muy intrascendente que fuera, que los Estados Unidos mandarían pronto, a lo largo de esa misma década, un hombre a la Luna. La NASA tenía una misión: derrotar en el espacio a la Unión Soviética. En la Tierra, Kennedy ganó la Crisis de los Misiles, aunque todo el mundo libre sufrió la humillación de la construcción del Muro de Berlín. Allí pronunció uno de sus más celebrados discursos el 26 de junio de 1963, *Ich bin ein Berliner*, «yo soy un berlinés». Sus frases siempre corrían a toda velocidad en busca de la posteridad: «La libertad es indivisible, y cuando una persona es esclava, todos los demás no somos libres». El tiempo de Kennedy fue el comienzo de «la escalada». La Guerra Fría tocó fibras demasiado sensibles. Durante trece días el mundo estuvo en vilo. Mientras, Vietnam cayó como una losa sobre el orgullo americano y acabó por estigmatizar a toda una generación.

Por fin, el 20 de julio de 1969, casi seis años después de su asesinato y pocos meses antes de que expirara el plazo marcado aquel día en que lanzó su órdago, el *Apollo 11* se aproximaba a la Luna. El módulo *Eagle* se desprendió de la nave y condujo a los astronautas Neil Armstrong y Edwin Buzz Aldrin a su cita con la Historia. Armstrong bajó delante. Fue el primer ser humano en pisar la Luna. Dos horas y media después, un tercer astronauta, Michael Collins, los recogió en el módulo *Columbia*. El presidente Nixon recibió a toda la tripulación tras su regreso a la Tierra. El expresidente Johnson afirmó que los americanos ya no tenían nada que temer, no dormirían cada noche «a la luz de una luna comunista». Kennedy había cumplido.

El presidente más joven de la Historia de Estados Unidos pretendía parecer un idealista. Nada más lejos de la realidad. Cada expresión, cada palabra, cada acrobacia, cada actitud, cada postura... estaban milimétricamente sopesadas. Kennedy era un pragmático. Su estricto anticomunismo atemperaba la desconfianza conservadora. Su atrevido progresismo en política interior y en materia de derechos sociales y civiles encandilaba a los liberales —en la terminología anglosajona—. En todo caso, su bisoñez le jugó una muy mala pasada al comienzo de su mandato. Ni el Alto Mando ni la CIA se fiaban de él ni

de sus jóvenes cerebros, los «cabezas de huevo», como les llamaban los republicanos. El clan irlandés que encabezaron el presidente, su hermano Robert, a quien nombró fiscal general, y el tercer «joven-maravilla», el antiguo ejecutivo de la Ford, Robert S. McNamara, el secretario de Defensa también más joven de la Historia, irritaban por su altanería, su desdén y sus sigilos a los expertos del Pentágono y de los servicios de inteligencia. Junto a ellos estaban otros orfebres de la *retórica Kennedy*: Ted Sorensen, autor de sus discursos; Kenny O'Donnell, Lawrence O'Brien, Myeld Feldman, Richard Goodwin, Walt Rostow, impulsor de la doctrina Alianza para el Progreso y «el guardián del Despacho Oval», David Powers.

Eisenhower le había dejado una operación en marcha para derrocar a Fidel Castro. Dado que el golpe en Guatemala contra Jacobo Arbenz había tenido éxito, no parecía descabellado repetir estrategia, en la medida de lo posible, en Cuba, donde Castro acababa de deponer a Batista. Ya hemos citado el discurso, más cerca de lo provocador que de lo conciliador, de Castro en Naciones Unidas, el 26 de septiembre de 1960.[1] A partir de ese momento, todo se precipitó. Quizás Castro se aprovechó de que Kennedy había ganado las elecciones y Eisenhower era un *pato cojo*. O simplemente siguió su plan con independencia de quién gobernara en Washington. El caso es que comenzó una política de nacionalizaciones que perjudicó gravemente los intereses de empresas estadounidenses. En octubre de 1960 Eisenhower solicitó al Congreso la aprobación de un embargo parcial y en enero de 1961 rompió relaciones con La Habana. Ese era el panorama que se encontró Kennedy, que en febrero de 1962 impuso el embargo total de importaciones y exportaciones a la Isla. Por otra parte, puede que Kennedy fuera un presidente *amateur*, pero demostró ser un candidato sumamente profesional. Durante la campaña presidencial que le enfrentó al experimentado Richard Nixon en 1960 explotó todo su ingenio: Nixon estaba obligado, en virtud de sus responsabilidades políticas pasadas, a guardar silencio sobre la operación en marcha. Kennedy le arrinconó acusándole de ser demasiado blando con los comunistas.

Richard Bissell, encargado de Operaciones de la CIA, estaba al mando de la chapuza. El plan de consistía en utilizar 1.500 exiliados castristas entrenados en Guatemala para desembarcar en Playa Girón, en la bahía de Cochinos. Apenas ciento y pico eran soldados, el resto, estudiantes, empresarios, abogados...

Protegidos por la aviación americana, debían agitar a la población, sembrar el caos y promover el cambio de gobierno en Cuba.[2] La idea de que fueran exiliados y opositores cubanos en lugar de soldados tenía un sentido: evitar que se hablara de invasión y promover que fueran los propios cubanos los que se sublevaran contra Castro. Kennedy se encontró con todo urdido. Luego se dejó convencer. Tomó la decisión y el 17 de abril de 1961 aquella grotesca operación se puso en marcha. Hoy es uno de los grandes fiascos militares norteamericanos. El prestigio del ejército más poderoso del mundo se desmoronó. Los tanques y los 20.000 soldados desplegados por Castro no tuvieron ninguna dificultad para repeler a los infelices aprendices de guerrilleros en solo tres días. Murieron 400, los otros 1.100 fueron arrestados. Estados Unidos envió 53 millones de dólares en comida y medicinas a La Habana para conseguir su liberación. Kennedy asumió dignamente la responsabilidad de aquella opereta que costó tan cara a Estados Unidos. El presidente jamás recuperó la confianza en la CIA ni en el Alto Mando: «Estos malnacidos, con toda la chatarra y ensalada de frutas colgada en el pecho, se limitaron a estar ahí y asentir, y afirmar que funcionaría». El abismo que se abrió entre los irlandeses del Despacho Oval y el poder en la sombra condicionó su breve mandato y dio alas a los soviéticos. Algunos esperaron en vano que Kennedy reaccionara tomando la decisión de intervenir directamente en Cuba. Le subestimaban. Tenía sangre irlandesa pero educación de Harvard. Al poco, Allen Dulles cesó como director del CIA.

Ese candidato felizmente instalado en la luna de los buenos propósitos descendió a la Tierra de golpe. A principios de junio se reunió con Nikita Kruschev en Viena. El líder soviético prefería tratar con Nixon, a quien ya conocía. El jovencito «hijo de papá» era una incógnita. El matrimonio Kennedy hizo escala en París, donde Jacqueline Kennedy dio un recital de buenas maneras, fascinó a todos y se desenvolvió en perfecto francés. El presidente dijo a los periodistas: «En primer lugar, quiero presentarme antes ustedes: yo soy ese tipo que acompaña a la señora Jacqueline en París».

La primera reunión de la cumbre tuvo lugar en la Embajada americana; la segunda, en la soviética. Kruschev se encontró un presidente debilitado que quería parar la Guerra Fría. Los asesores de Kennedy le aconsejaron no sulfurar demasiado al irascible mandatario soviético y el primer contacto se convirtió en una intrascendente discusión ideológica sobre el futuro del capitalismo. Ambos

acordaron evitar un enfrentamiento en Laos que solo lograron posponer. Pese a todo, Kennedy tampoco se achicó esta vez. No aceptó la propuesta soviética sobre fronteras y la retirada de los aliados occidentales de sus sectores en Berlín. Por el contrario, la URSS no podía soportar una fuga de mil personas al día al lado occidental. En verano, la Unión Soviética inició las obras para levantar el Muro. El presidente norteamericano se olvidó de la diplomacia: envió 1.500 soldados en vehículos blindados hacia Berlín Occidental y llamó a 150.000 reservistas. Los ciudadanos americanos temieron por una guerra nuclear; Kennedy reconoció que podía ocurrir. Kruschev reculó sobre Alemania pero no se rindió y comenzó a realizar pruebas nucleares. Kennedy hizo lo propio el 5 de septiembre y admitió que Kruschev «quiere dar la impresión de que nos tiene dominados... de todos modos, la decisión está tomada. No digo que fuera la decisión acertada. ¿Quién demonios lo sabe?». Al año siguiente, en mayo de 1962, Castro y Kruschev pactaron la instalación de una base militar soviética en Cuba. Castro solicitaba protección y Kruschev también subestimó al novato rico de Massachusetts. Kennedy había aprendido la lección, mantuvo el envite, congeló el mundo, predijo otra vez un «frío invierno», comprendió las reglas del juego al que apostaba su adversario, venció y salió reforzado de la Crisis de los Misiles, desatada en octubre de 1962. Este fue el hito de su presidencia.

LA ILUSIÓN CAMELOT

Habían pasado casi dos siglos desde su fundación y por fin los Estados Unidos tenían su princesa: Jacqueline L. Bouvier, una refinada, delicada y bellísima neoyorkina, hija de John V. Bouvier III, es decir, la tercera generación de una familia de agentes de bolsa. Criada en varias escuelas de elite de Washington, Connecticut y Nueva York, amplió sus estudios en La Sorbona de París y se graduó en Arte. Quiso ser periodista y pudo comenzar su carrera en *Vogue*, de nuevo en París. Su padrastro la convenció de que no era destino ni profesión para una jovencita educada en el Vassar College. Así que le proporcionó un empleo en el conservador y próximo *Washington Times-Herald*. Escribiría crónicas sociales aunque alejada de la frivolidad de las revistas de moda. Conoció al congresista John Fitzgerald Kennedy en una cena organizada

por un amigo común, el periodista Charles Bartlett, en mayo de 1951. Anunciaron su compromiso en el *Saturday Evening Post* y se casaron el 12 de septiembre de 1953 en Newport, una idílica y distinguida localidad de Rhode Island. Ella tenía veinticuatro años; él, treinta y seis. Ella creó un estilo, el peinado *Jackie look*, sus vestidos de tirantes y gafas de sol grandes y oscuras durante el día, y sus elegantes trajes palabra de honor para las recepciones nocturnas. Él se dedicó a organizar su reino. Ella redecoró la Casa Blanca, que dejó de ser una sencilla mansión presidencial. Pasó a ser la Corte de Camelot, «el centro mágico del Universo» habitado por una hermosa y deslumbrante reina y un monarca con la corona de cristal, enfermo y taciturno, escondido detrás de una sonrisa perfecta, que dotó a su biografía del contenido legendario propio de un valeroso guerrero y que hacía verdaderos esfuerzos por disimular sus dolencias.

Por Camelot desfilaban cortesanos del clan; conspiradores y *rasputines* de la CIA; casquivanas que complacían al presidente a cualquier hora, mafiosos de alto copete —que el padre de JFK conoció durante la Ley Seca—, artistas y bufones... Camelot también tiene su héroe caído, el soldado que murió en la batalla. El hermano del presidente, el teniente Joseph P. Kennedy, cuyo avión fue derribado en pleno combate en cielo británico durante la Segunda Guerra Mundial. El *Liberator*, la nave que pilotaba, saltó por los aires el 12 de agosto de 1944. John siempre tuvo claro que él era el elegido para la gran empresa de liderar América. Era el segundo de nueve hermanos. Sus antepasados habían llegado recientemente a Estados Unidos huyendo del hambre en Irlanda. El primero de los Kennedy que se estableció en Boston fue el bisabuelo de JFK. Sus dos abuelos se dedicaron a la política en el estado de Massachusetts. El materno, John F. «Honey Fitz» Fitzgerald, fue alcalde de Boston en dos ocasiones.

Su padre, el severo Joseph Patrick Kennedy, estudió en Harvard, fue diplomático y destacó como hombre de negocios. A los treinta y cinco años era millonario. Ya sabemos que supo retirarse a tiempo del casino en el que se había convertido la Bolsa de Nueva York antes del *crash* del 29, lo que le permitió conservar su fortuna. Ejerció varios cargos políticos durante las presidencias de Roosevelt, que tanto inspiraron luego al joven John F. Kennedy y sirvió como embajador en el Reino Unido. Se opuso a la participación de Estados Unidos en

la Segunda Guerra Mundial, por lo que rompió con el presidente Roosevelt. Su gran drama fue sobrevivir a los asesinatos de sus dos hijos, John y Robert, aunque su salud estaba ya bastante deteriorada al final.

JFK construyó su relato de resistencia y tesón en torno a la Segunda Guerra Mundial. Guardaba un coco en su despacho que le servía de pisapapeles y le permitía rememorar en voz alta su épica de supervivencia. Ocurrió en la campaña del Pacífico, en 1943. Un destructor japonés partió en dos en plena noche una pequeña embarcación americana. Kennedy tenía veintiséis años. Su padre le envió a la guerra desde un puesto en Inteligencia cuando sospechó que su amante danesa podía ser una espía nazi. El joven John era el capitán. Murieron dos soldados. Reunió a todos los supervivientes en la parte del casco que quedó temporalmente a flote. Decidió enfilar la isla más próxima: cinco horas a nado. Narra O'Reilly que al llegar, con un herido a cuestas, tenía náuseas y vomitó toda el agua salada. Estaba exhausto y deshidratado. Se lanzó al mar nuevamente con una linterna en busca de una nave americana o al menos de puntos de referencia. No tuvo suerte. Pasaron los días. Finalmente decidió cambiar de isla. Le acompañó uno de sus hombres, al que dejó en la isla vecina mientras él salía otra vez en busca de ayuda. Encontró en otro paraje a unos indígenas a los que primero confundió con japoneses. Esperó al amanecer y talló en un coco el siguiente mensaje: «Isla de Naru... Comandante... El indígena conoce posición... sabe navegar... 11 soldados vivos... Necesitan embarcación pequeña... Kennedy».

Así forjó su pequeña gran historia. Sabía que le podía ser muy útil en el futuro inmediato para contar a los veteranos. A las madres de los muchachos caídos en el frente les dijo: «Mi madre también es una Estrella Dorada», condecoración que llevan las mujeres que han perdido a sus hijos. Fue su primera campaña electoral, la que lo condujo en 1946 a la Casa de Representantes de Massachusetts. Antes había trabajado durante apenas seis meses como periodista para el *Chicago Herald-American* y para el Servicio Internacional de Noticias. En un distrito obrero acentuó su emotivo discurso social aderezado con la crítica a Truman por permitir que China cayera en manos de los comunistas. En 1953, con treinta y tres años, ya era senador de los Estados Unidos. Su carrera fue meteórica.

Se describía a sí mismo como un «idealista sin ilusiones»; consideraba que

su mayor virtud era la curiosidad y su mayor defecto la irritabilidad. Era apuesto, amable, elegante y popular. Un ganador, un galán de ojos azules y finalmente un mito. Fue el primer, y hasta hoy, el único católico en la Casa Blanca. Creció en Brookline, Massachusetts, y pasaba los veranos en la elitista Cape Cod o en Palm Beach, Florida. El profesor Fontana es extremadamente crítico con él: «Hoy sabemos que casi todo lo que rodeaba su imagen pública era un fraude, lo que, sorprendentemente, consiguió mantener en secreto». En lo esencial, fue un niño enfermo y luego un hombre que libraba una batalla diaria contra el dolor. Hizo verdaderos esfuerzos por mostrarse lozano y vigoroso. Padeció malaria —en 1951, las altas fiebres casi terminan con su vida—, la enfermedad de Addison, colon irritable y agudos problemas de espalda debido a la osteoporosis. Tomaba todo tipo de antibióticos y medicación, calmantes, cortisona y testosterona. «Antes de una rueda de prensa o de un acto público recibía inyecciones con sedantes». Trabajaba poco. Cuando era senador faltaba, debido a su delicada salud, a demasiadas sesiones; y como presidente, dedicaba varias horas a rehabilitación. Llevaba protectores de espalda. Tenía que descansar cada cierto tiempo, trataba de aliviarse a primera hora de la tarde haciendo unos largos en la piscina y Janet Travell, médica de la Casa Blanca, le inyectaba tres veces al día. En 1954 estuvo a punto de morir por segunda vez por una infección contraída tras una operación de médula espinal.

Jacqueline estaba intensamente enamorada de él. Era un seductor. Para algunos, solo un nuevo rico. Al principio no destacó como estudiante. Pasó por la London School of Economics de Londres y por Princeton. Abandonó por motivos de salud. Retomó sus estudios en Harvard. Allí leyó su tesina, en la que criticó la política de apaciguamiento británica antes de la Segunda Guerra Mundial y analizó las fatales consecuencias de no haber frenado a tiempo al nazismo. En 1940 la publicó bajo el título: *¿Por qué dormían los británicos?* Donó los derechos de autor a la ciudad de Plymouth, devastada por los bombardeos alemanes. Comenzaba a brillar por su inteligencia, ingenio y encanto personal.[3] Pasó fugazmente por la Universidad de Stanford para estudiar Negocios. Luego marchó a Sudamérica. En 1956 ganó el Premio Pulitzer con una recopilación de biografías de «distinguidos políticos impopulares» y momentos estelares del Senado americano titulada *Profiles and Courage*. Ese año la rutilante estrella apareció en la convención de Chicago y su

nombre sonó para la vicepresidencia. El candidato demócrata, Adlai E. Stevenson, no quiso condicionar la votación y, en lugar de señalar a su preferido para integrar el *ticket* junto a él, se mantuvo al margen. Su rival en las primarias, el senador de Tennessee Estes Kefauver, derrotó a Kennedy, que había apoyado abiertamente a Stevenson. El joven senador de Massachusetts tomó nota. Su nominación sería diferente.

Jackie estuvo siempre al lado de John, luchó por su matrimonio, sus hijos, el honor de la familia y la carrera de su marido. Solo al final, cuando Camelot se tambaleaba, comenzaron sus viajes a Grecia. Fue mucho más fuerte de lo que muestra su frágil apariencia; y su dolor, más intenso del que nadie pudiera imaginar. Ella conoció el horror. La sangre de su esposo le impregnó el abrigo rosa chicle aquella templada y fatídica mañana soleada de invierno en Dallas. En un acto instintivo, se elevó por encima del asiento trasero del Lincoln descapotable y trató de reunir los restos del cerebro de Kennedy tras el impacto del segundo disparo, el que reventó la cabeza del presidente. La ilusión Camelot se desvaneció del todo y de golpe ese 22 de noviembre de 1963.

Era frecuente ver a JFK jugando con sus hijos en el jardín o en el Despacho Oval. Por no agrietar lo que tanto había costado construir, ella toleraba que las amantes de su esposo entraran en la Casa Blanca incluso con ella dentro. Sus nervios estaban destrozados. Un par de semanas después del magnicidio, el 6 de diciembre de 1963, Jackie Kennedy concedió una entrevista a la revista *Life*: «Era un hombre llano, pero también muy complejo. Y tenía una faceta heroica, su visión idealista de la Historia; pero a la vez tenía otra faceta, la de su lado pragmático. Sus amigos eran los mismos de toda la vida, amaba a su “mafia irlandesa”». Ese día reveló que JFK escuchaba la banda sonora de Camelot antes de dormir. Y Jackie recitó esos mismos versos: «No dejes que caiga en el olvido que, por un fugaz momento, hubo un reino resplandeciente llamado Camelot». Finalmente le musitó al periodista Theodore White: «Nunca habrá otra Corte de Camelot».

LA «NUEVA FRONTERA»

Richard Reeves, uno de los biógrafos de Kennedy, explica que fue el primer

presidente autoproclamado. «No esperó su turno porque podía no haberle llegado jamás: las convenciones nacionales estaban pasadas de moda, reflejaban el juicio únicamente de los senior del partido, del *establishment*. Seguramente, los delegados le habrían rechazado, por su edad, religión —era un católico en el imperio de los *white anglo-saxon protestants*— y trayectoria en el Congreso», a medio camino entre lo convencional y lo heterodoxo. Por tanto, Kennedy halló «una nueva ruta» para llegar a la Casa Blanca: institucionalizó su encanto, exageró su biografía y se gastó una buena parte de la fortuna de su familia, que invirtió en las primarias de los pequeños estados y en una concienzuda campaña sobre influyentes periódicos. Ganó siete primarias. Sus victorias en Wisconsin y Virginia Occidental minaron las posibilidades de su adversario, el senador de Minnesota Hubert Humphrey. De este modo, se presentó en la convención de Los Ángeles, California, en julio de 1960, como favorito. Su hermano Robert le diseñó una costosísima campaña.

Su otro rival era el senador Lyndon B. Johnson, que se creía legitimado para optar a la presidencia y nunca acabó de digerir la derrota frente a los jóvenes maniobreros de Boston. Para los Kennedy, Johnson era un paleto de Texas de acento gangoso que no se percataba de que los trajes le quedaban demasiado grandes. Johnson se refería a ellos, entre sus íntimos, como «los Harvard». JFK obtuvo la nominación en la primera vuelta, doblando en número de delegados a Johnson. Luego, los hermanos Kennedy tenían dos poderosas razones para elegir a Johnson como *compañero de carrera*. Por un lado, necesitaban el apoyo del sólido Sur, especialmente de Texas. El Sur era bastión demócrata, pero allí no caían bien los candidatos tan sofisticados. Por otro, querían sacar a Johnson del Senado para que no pudiera poner palos en las ruedas al programa de Kennedy. Aunque el vicepresidente ejerce como presidente del Senado, lo hace a título honorífico y nominal, y solo se pronunciaba en caso de empate en las votaciones.

Los Kennedy tenían otro enemigo dentro de mucha más enjundia que Johnson. El mismo día que JFK ganó la Convención, John Edgar Hoover, el todopoderoso creador y director del FBI durante casi medio siglo, requirió un informe sobre el flamante candidato. Hoover conocía bien al patriarca de los Kennedy, quien le pagaba 100.000 dólares al año por encargarse de la seguridad de la familia, cuenta el Premio Pulitzer de periodismo de investigación Tim

Weiner. Hoover no solo desconfiaba de Kennedy, también le detestaba, le creía demasiado engolado y osado. El 7 de julio de 1960 leyó el resumen de nueve páginas sobre el senador que figuraba en los archivos del FBI: subrayaba su «conducta inmoral», se centraba en cuestiones sexuales y mencionaba su relación, a principios de la década de los cuarenta, con la periodista Inga Arvad, simpatizante nazi. También había algún apunte sobre sus relaciones con el hampa. Hoover lo sabía, pero centrado en las investigaciones anticomunistas, nunca se preocupó demasiado de luchar contra la mafia. El informe que le entregaron el 13 de julio, más detallado, se detuvo en estos últimos aspectos: registraba las relaciones de JFK con Frank Sinatra y Sam Giancana. Para más inri, ya en octubre, apenas unas semanas antes de las elecciones, Hoover supo que Giancana alardeaba de que iba a acabar con Fidel Castro. Cuando los dos Kennedy llegaron a la Casa Blanca, la guerra entre el director del FBI y el fiscal general, el pequeño y valioso Robert, no tuvo tregua.

En su discurso de aceptación de la candidatura demócrata, JFK declaró ceremonioso: «Comenzamos hoy la era de la nueva frontera —la década de los sesenta—, una frontera de oportunidades y peligros desconocidos, de esperanzas incumplidas, sueños y amenazas». Orientó toda su campaña electoral hacia el futuro; los americanos debían encararlo con optimismo y ser partícipes de su construcción. Uno de los eslóganes fue: «La nueva generación ofrece un líder». Toda esa nueva generación había nacido en el siglo XX. Su equipo de asesores acertó al incluir la juventud en la nómina de méritos del candidato y que pujara al alza en el debilitado mercado de las ideas. Kennedy era el estandarte de esa juventud que en adelante iba a representar a la nueva América.

Por otra parte, el líder sustituyó al partido. Daba igual lo que planteara la plataforma demócrata, Kennedy era un programa —un producto— en sí mismo. Tip O’Neill, un congresista demócrata que le conocía bien, afirmó: «Cuando recuerdo su campaña electoral para la Cámara de Massachusetts y las posteriores para el Senado y después para la presidencia, tengo que decir que John F. Kennedy era demócrata solo de nombre. Él era un Kennedy, lo que es más que la pertenencia a una familia. Pronto se convirtió en todo un partido político, con gente propia, enfoques propios y estrategias propias». Cuando el primer ministro británico, Harold MacMillan, lo visitó en la Casa Blanca dijo: «Es como ver a los Borgia apoderarse de una respetable ciudad italiana del norte».

Ironiza y sentencia Paul Johnson que los sesenta, con Kennedy a la cabeza de esa nueva generación, rompieron con la tradición e idiosincrasia americana. Desde Kennedy, las formas y no el fondo empezaron a importarle mucho a la atildada y políticamente correcta prensa de la Costa Este, que desde el principio encumbró a Kennedy y despreció a Nixon, un hombre hecho a sí mismo que parecía representar los valores del americano medio. La prensa y la *izquierda caviar* lo «protegían, suprimían las verdades que conocían sobre él y, si era necesario, mentían». En consecuencia, la campaña fue muy sucia pero vestida de limpio. Giró en torno al «desafío comunista». La biografía de su rival, Richard Nixon, no emocionaba a nadie; no era atractiva, no gustaba. La aristocracia conquistó América. Y Kennedy conquistó el corazón de los americanos. El hechizo de la juventud y la fascinación por la elegancia condicionaron los nuevos valores de la nueva generación. Un asesor de Nixon se quejaba amargamente: los medios trataban a Dick como un «leproso».

Eisenhower tampoco hizo mucho por su vicepresidente. Cuando un periodista le preguntó cuál era la decisión más trascendental que había tomado Nixon, el presidente en funciones respondió: «Deme una semana, quizás le pueda mencionar una». Desde mucho antes de dar motivos para serlo, Nixon ya era un apestado en los círculos intelectuales de Washington y Nueva York. En la convención republicana de Chicago no tuvo rival. Arrasó a su oponente, el senador de Arizona Barry Goldwater, figura muy destacada en el Partido Republicano, pues contribuyó a dar la vuelta a su ideario. Por cierto, al *mito Kennedy* le vino muy bien que finalmente Nixon resultara ciertamente un bellaco. Nadie indagó después sobre aquella campaña ni aquellas elecciones de 1960 en las que se impuso a Nixon por un margen tan ajustado.

La maquinaria de Bobby Kennedy movilizó a 200.000 voluntarios de clase trabajadora. Los candidatos se enfrentaron en cuatro debates televisivos. Con tan mala suerte para Nixon que días antes había tenido un pequeño accidente, se golpeó una rodilla y se le infectó la herida. Estuvo unos días hospitalizado y tomando antibióticos. El 26 de septiembre no presentaba su mejor aspecto. Además, empeñado en cumplir su palabra de visitar los cincuenta estados, a esas alturas de campaña estaba cansado. Nixon solo era cuatro años mayor que Kennedy. Sin embargo aquella noche parecía Matusalén al lado del radiante «impostor» John F. Kennedy. Setenta millones de espectadores vieron sudar al

ojeroso y pálido Nixon. Entretanto, Robert Kennedy pagó la fianza de Martin Luther King, arrestado en Atlanta durante una marcha por los derechos civiles. Kennedy se presentó como el defensor de los derechos civiles, arrebatándoles esa bandera a los republicanos. King declaró que cambiaría su voto y escogería la papeleta del *ticket* demócrata.

Fueron las elecciones más reñidas de la Historia de América: Kennedy obtuvo 34.227.096 votos, el 49,7 por ciento; Nixon, 34.108.546, el 49,5 por ciento. Apenas dos décimas de diferencia y menos de 120.000 papeletas de un total de más de 63 millones en un país con aproximadamente 179 millones de habitantes. Kennedy recibió 303 votos electorales y Nixon, 219 (un tercer candidato, Harry F. Byrd, de Virginia, 15). Por estados, veintidós fueron para el demócrata y ventiséis para el republicano (dos para Byrd). Las denuncias sobre los turbios manejos del clan Kennedy en connivencia con la mafia de Chicago para sobornar a funcionarios electorales cayeron en saco roto. En tres estados, las sospechas por fraude fueron algo más que rumores: Alabama, ganada por el candidato alternativo, Byrd; Texas, la patria chica del entonces imprescindible Lyndon B. Johnson, que controlaba poderosos *lobbies*; e Illinois, capital Chicago, en manos de Richard J. Daley, alcalde y jefe de la eficaz maquinaria demócrata de la ciudad. Por si fuera poco, en Chicago campaban a sus anchas los *amigos* de Joe Kennedy.

La «nueva frontera» no se estableció con promesas sino con retos. Consistía básicamente en convertir nobles propósitos en realidades. Los escritores de la *generación Kennedy* se dejaron encandilar y se creyeron que realmente asumían una gran responsabilidad. «La nueva frontera no resume todo lo que pienso ofrecer al pueblo americano, sino lo que pienso pedirle», declaró el presidente. Quería ciudadanos protagonistas. El 20 de enero de 1961, en su discurso de inauguración, encargó una misión a la nueva generación: «Dejad que las palabras vayan desde esta hora y este lugar a los amigos y a los adversarios a la vez, puesto que la antorcha ha pasado a manos de una nueva generación de norteamericanos, nacidos en este siglo, templados por la guerra, disciplinados por una dura y amarga paz, orgullosos de nuestra herencia». Una nueva sociedad reclamaba reformas de calado, un renovado *New Deal*: «Si una sociedad libre no puede ayudar a los muchos que son pobres, no podrá salvar a los pocos que son ricos». Tendió la mano a la Unión Soviética, aunque rememorando a Franklin

Delano Roosevelt afirmó con contundencia: «No negociemos nunca por temor, pero no tengamos nunca temor a negociar [...]. Exploremos juntos las estrellas, conquistemos los desiertos, extirpemos las enfermedades, aprovechemos las profundidades del mar y estimulemos las artes y el comercio». Entusiasmada, la generación de la «nueva frontera», recogió «la antorcha» para luchar contra los enemigos comunes del hombre: «La tiranía, la pobreza, la enfermedad y la guerra». Kennedy concluyó con una de sus frases más repetidas a lo largo de la Historia. «Ciudadanos del mundo, no preguntéis lo que América puede hacer por vosotros, sino qué podemos hacer juntos por la libertad del hombre».[4] Kennedy rompía con los jefes del partido, las generaciones pasadas, los poderosos y los acomodaticios: un clan para acabar con los clanes. Ofrecía juventud, vitalidad, compromiso y sencillez. De las cuatro cualidades, al menos dos le eran ajenas. Y para los empeñados en desenmascararle, también su compromiso y sus ideales eran impostados.

LA CIÉNAGA DE VIETNAM

Nada más llegar a la Casa Blanca, Kennedy puso en marcha el «espíritu de los cien días». Sabía que era necesario aprovechar al máximo la corriente de euforia que generó su triunfo para poder desarrollar su programa de «nueva frontera». Impulsó treinta leyes de contenido diverso, fundamentalmente social, en materias de protección de recursos naturales, vivienda, salario mínimo y educación. Además, esbozó las líneas maestras de la futura ley de derechos civiles. En conjunto, las propuestas resultaron demasiado agresivas para muchos demócratas del sólido Sur, sobre todo las que combatían la segregación, de modo que el presidente tuvo serias dificultades para sacarlas adelante en las cámaras. Por otra parte, el 1 de marzo de 1961, Kennedy creó el Peace Corps, una agencia para la cooperación y el desarrollo ligada al Departamento de Estado que comenzó operando en ocho países del Tercer Mundo. El Cuerpo para la Paz estuvo integrado inicialmente por 500 voluntarios destinados en escuelas, campos y atención sanitaria. En 1963 había 7.000 americanos distribuidos por 44 países. En 1966, la cifra ascendió a 15.000 jóvenes. El programa se extinguió a mediados de los ochenta: en total, casi 100.000 voluntarios trabajaron en 63

países.

También en el ámbito internacional constituyó la Alianza para el Progreso, basada en la política de buena vecindad con los países de América Latina emprendida por Franklin Delano Roosevelt. Destinó 2.000 millones de dólares a sus países amigos, entre los que no se encontraba la República Dominicana de Leónidas Trujillo, un verdadero quebradero de cabeza para los Kennedy. En principio aliado norteamericano, su régimen era un nido de corrupción cuyos tentáculos se extendían a Washington. Robert Kennedy impulsó una investigación. El FBI descubrió pronto que la putrefacción alcanzaba a congresistas y *lobbistas* demócratas e incluso se quedaba a las puertas de la casa de algunos amigos de la familia. El fiscal general cerró el caso después de que el dictador muriera brutalmente asesinado por opositores el 30 de mayo de 1961. Sus hijos recobraron pronto el poder y no escatimaron en recursos para ejercer la represión. La Administración Kennedy se quedó en fuera de juego. «El gran problema ahora es que no sabemos qué hacer» con el país ni con el nuevo gobierno, reconoció el hermano del presidente.

Entretanto había sucedido lo de Bahía de Cochinos. Luego Kruschev y Kennedy se citaron en la Cumbre de Viena. Al concluir la última jornada de reuniones en la capital austriaca, James Reston, influyente periodista del *New York Times*, tenía concertada una entrevista con Kennedy, que se desplomó en un sofá, se «tapó los ojos con un sombrero» y suspiró agotado: «La experiencia más dura de mi vida», le confesó a Reston. Sin solución de continuidad, sin tiempo para respirar, el 15 de junio de 1961 el presidente del Consejo de Estado de la República Democrática de Alemania, Walter Ulbricht, respondió contrariado a una pregunta de una periodista sobre las sospechosas obras en la Puerta de Brandeburgo: «¡Nadie tiene la intención de construir un muro!». A los dos meses, el domingo 13 de agosto de 1961, comenzaba la «Operación Rosa». El Muro de Berlín serviría para evitar la fuga masiva de camaradas deseosos de convertirse en ciudadanos a este lado del «telón de acero». Ese mismo día Se levantaron 162 kilómetros de alambrada y se cerraron casi todos los pasos por las calles adyacentes. El 16 de agosto, 300.000 alemanes occidentales protestaron contra la decisión del gobierno de la RDA. El alcalde Willy Brandt intervino para cerrar el acto. Fue en vano. El día anterior había solicitado al presidente estadounidense que tomara cartas en el asunto. El texto de la misiva

se filtró a los medios. Insinuaba que Kennedy había sido demasiado blando y había adoptado una actitud pasiva en los últimos meses. Los Kennedy reconocían en privado que «un muro era mejor que una guerra» y enviaron a Johnson a templar los ánimos de Brandt. Kennedy no visitó Berlín hasta junio de 1963. Antes tenía que recuperar la autoestima que se dejó en Bahía de Cochinos. Lo hizo tras la Crisis de los Misiles.

Kruschev había tomado la delantera en la batalla psicológica en la que se convirtió la Guerra Fría y no estaba dispuesto a perder la iniciativa. Firmó un convenio con Castro que incluía el establecimiento de 36 misiles balísticos de alcance medio (1.000 millas náuticas) y otros 24 de alcance intermedio (2.200 millas náuticas) en Cuba. Kruschev lo justificó como una respuesta al despliegue similar de los Estados Unidos en Turquía, como parte de los acuerdos de la OTAN. En octubre de 1962, la inteligencia americana detectó las operaciones soviéticas. No solo estaba en juego la seguridad mundial, para Kennedy era una cuestión personal y, en menor medida, pero también, de política interna: era su oportunidad de redimirse. Los jefes de Estado Mayor comenzaron a diseñar una intervención directa en Cuba; Adlai Stevenson, representante norteamericano en Naciones Unidas, recomendó llegar a un acuerdo, según el cual Estados Unidos se comprometía a retirar sus misiles de Turquía. Kennedy rechazó ambas propuestas: una, por descabellada. No pensaba cometer dos veces el mismo error. La otra no le permitía reconquistar el terreno perdido. Negociar se interpretaría como «el reconocimiento de una debilidad moral de nuestros argumentos y de debilidad militar», arguyó el presidente.

El 22 de octubre expresó su posición en un discurso dirigido a la nación. Anunció que imponía un bloqueo naval. No permitiría que más barcos soviéticos llegaran a Cuba. En ese momento, la URSS disponía de cuarenta y dos misiles en la Isla, de los que solo nueve estaban operativos. Fueron los días más tensos de la Guerra Fría. El 28 del mismo mes, Kruschev retiró el armamento de Cuba. Kennedy prometió al líder soviético que Estados Unidos no intentaría otra intervención en Cuba. La popularidad de Kennedy repuntó. El novato sin escrúpulos se convirtió de repente en un patriota con arrestos. Seis meses después, apagados los ecos de tan inquietante episodio, sin informar a la opinión pública, ni al Congreso, ni a la OTAN, el presidente americano retiró los misiles de Turquía. La inercia de la crisis felizmente resuelta llevó a los dos mandatarios

a firmar un Tratado de Prohibición Limitada de Pruebas Nucleares que entró en vigor el 11 de octubre de 1963 y al que se sumó Gran Bretaña.

Con este escenario, el auténtico motivo de preocupación de Kennedy estaba en Vietnam. Como Eisenhower, pensaba que las armas nucleares tenían capacidad disuasoria para evitar una guerra nuclear. Sin embargo, la Crisis de los Misiles demostró que el equilibrio era quebradizo y la apuesta demasiado arriesgada. También estaba convencido, como su predecesor, de que había que evitar el *efecto dominó*, que la caída de una pieza en manos comunistas arrastrara a todas las demás. Por su parte, el general De Gaulle le hizo otra advertencia en sentido contrario: «Si te dejas llevar en Vietnam, paso a paso caerás en un pozo sin fondo en lo militar y serás engullido por una ciénaga en lo político». Se refería al envés del *efecto dominó*: a Kennedy le podía resultar fácil entrar, pero no tanto salir. De Gaulle sabía de lo que hablaba. Francia decidió abandonar Vietnam a tiempo. En 1946 reconoció la República Democrática de Vietnam dentro de una Federación Indochina y Francesa. Ho Chi Min era consciente de que esta situación duraría poco y elevó la apuesta nacionalista con las armas en la mano. Estados Unidos ayudó a Francia a mantener el débil lazo que la vinculaba a Vietnam. Finalmente, Francia reconoció en mayo de 1954 los estados de Laos, Camboya y Vietnam y se alejó para siempre de Indochina.

Vietnam quedó dividida temporalmente, hasta que se celebraran elecciones, en dos estados: el de Ho Chi Min, con capital en Hanói, al norte; y la república de Vietnam, con capital en Saigón, al sur. En los cinco años siguientes, antes de comenzar la guerra, Estados Unidos envió al gobierno de Ngo Dinh Diem más de 1.200 millones de dólares, asesores y militares para ayudar a Vietnam del Sur en su lucha contra la guerrilla comunista insurgente Vietcong. La llegada a la Casa Blanca de Kennedy coincidió con la toma del poder de los prosoviéticos en Laos. Al final, el presidente, que como senador, en 1954, se opuso a la intervención americana en Vietnam, inició la guerra que marcó la centuria americana. «Echar dinero, material y hombres en las junglas de Indochina sin, como mínimo, una remota perspectiva de victoria sería peligrosamente fútil y destructivo», dijo entonces.

Solo dos años después, en 1956, su posición era más ortodoxa, había interiorizado la tesis del *efecto dominó*: «Vietnam era la piedra angular del mundo libre en el Sudeste Asiático, la dovela del arco, el dique de contención

[...], el terreno de pruebas de la democracia en Asia». Ya hemos señalado que Kennedy era fundamentalmente un pragmático; no debe ser considerado un pacifista, pues era producto de su tiempo, y este requería que Estados Unidos, potencia hegemónica frente al comunismo, se armara hasta los dientes. Incrementó el presupuesto militar hasta los 50.000 millones de dólares, creó el cuerpo de elite de los «boinas verdes», dobló el número de buques de la Armada y aumentó también el arsenal nuclear y el número de escuadrillas aéreas (en 1961 existían 16, en 1963 sumaban 23). En 1960, 700 asesores militares trabajaban sobre el terreno para que el gobierno corrupto de Vietnam del Sur frenase al Vietcong; en noviembre de 1963 había 17.000 militares desempeñando tareas de asesoramiento en el país asiático.

Sin embargo, por otra parte, tampoco ha de ser tenido como un falso pacifista. Kennedy no se vanaglorió de serlo. Primero pecó de inexperiencia, luego de blando, y cuando vio las orejas al lobo puso pie en pared. Tras la Crisis de los Misiles, Kruschev y Kennedy terminaron de calibrarse y acordaron tácitamente no llegar tan lejos en el futuro. Así las cosas, ¿por qué Kennedy se empantanó en Vietnam? Seguramente quería acallar para siempre las voces que lo tachaban de condescendiente con Kruschev. Además, ya había cedido Laos, a pesar de que Eisenhower le dijo que no lo perdiera de vista, que era «el tapón de la botella». En octubre de 1961, cuando Diem pidió ayuda a los Estados Unidos, la situación era irreversible. Kennedy lo sabía. Él mismo se había dejado atrapar en su tela de araña. Había anunciado a bombo y platillo que sus «boinas verdes» serían suficientes para liberar a Vietnam del Sur de la guerrilla comunista. La suerte parecía echada: «No puedo ceder un territorio como este a los comunistas y luego conseguir que el pueblo norteamericano me reelija», le reconoció a su amigo Charles Bartlett, el periodista que le presentó a Jackie. Las voces amigas, entre ellas sus asesores Theodore Sorenson y Arthur Schlesinger, sostienen que si Kennedy hubiera sobrevivido y ganado la reelección en 1964, habría abandonado Vietnam. Se basan en unas palabras que pronunció semanas antes de su asesinato: «A fin de cuentas, es su guerra, ellos [los vietnamitas del Sur] son los únicos que pueden ganarla o perderla. Podemos ayudarles, enviarles hombres y equipamiento, pero ellos son los que tienen que ganar, es el pueblo de Vietnam contra los comunistas». Otras fuentes aseguran que el día anterior del viaje a Dallas, donde moriría asesinado, le dijo a Michael Forrestal, asesor de

Seguridad: «Hemos de trazar un plan acerca de lo que vamos a hacer ahora en Vietnam del Sur. Quiero iniciar una completa y profunda revisión de cómo nos metimos en este país, qué pensábamos que íbamos a hacer y qué pensamos ahora que podemos hacer. Quiero incluso que reflexionemos acerca de si deberíamos estar o no allí». Todo se había complicado mucho. Diem y su hermano fueron asesinados tras un golpe de Estado orquestado también por la CIA y que habría tenido el total beneplácito de la Casa Blanca si no se hubiera ido de las manos. Por su parte, el secretario de Estado, Dean Rusk, aseguró lo contrario respecto de la supuesta intención de Kennedy de retirarse de Vietnam: «Sostuve centenares de conversaciones sobre Vietnam con el presidente, y ni una sola vez dijo algo semejante».

EL HÉROE PÓSTUMO

De los cuatro presidentes asesinados en Estados Unidos, únicamente de Lincoln se puede decir que fue víctima de una conspiración. Y solo por el hecho de que hubiera varias personas implicadas en la trama, no porque fuera maquinada por instancias próximas al poder. En el resto de los casos, Garfield, McKinley y Kennedy, los autores actuaron solos, eran desarraigados, lunáticos o ambas cosas. Las teorías de la conspiración en torno al asesinato de Kennedy forman parte del proceso de construcción del mito. Kennedy y sus incondicionales comenzaron a forjar su leyenda en vida. El magnicidio la eternizó. Según el relato de los mitómanos, Kennedy fue víctima de sus ideales; murió porque se enfrentó a los poderes fácticos. He aquí el argumento definitivo con el que se pretende ocultar el lado oscuro del clan Kennedy: el calibre de sus enemigos explica por sí solo que Kennedy era un presidente a contracorriente al que convenía eliminar. Esto es, sembrando dudas sobre quién lo mató se elude la cuestión de resolver quién era realmente el presidente, que motivaciones guiaban sus decisiones y cuánto poder alcanzó gracias al imán de su sonrisa.

En virtud precisamente de esa leyenda se barajaron distintas autorías del crimen: la mafia, Fidel Castro, los soviéticos —lo cual es inconsistente debido a las casi cordiales relaciones que finalmente mantuvo con Kruschev, aunque no ha dejado de insistirse sobre las simpatías comunistas de Oswald, su asesino, un

desequilibrado que maltrataba a su joven esposa rusa—, el propio Johnson —al que se le acusa de ser de Texas, desear ávidamente la presidencia y jurar el cargo con el cadáver caliente en la parte trasera del *Air Force One*, al lado de una descompuesta Jackie, con manchas de sangre en el abrigo—, la CIA o el FBI, pues la disoluta vida privada del presidente ponía en riesgo la seguridad nacional o porque esos presuntuosos jovencitos se estaban haciendo con un poder omnímodo. Todo esto por no citar a los supremacistas blancos y otros grupos descontentos con la provocadora presidencia de JFK.

No contribuyen nada a evaporar las teorías de la conspiración cuatro hechos: primero, que los más de mil documentos clasificados no hayan visto la luz todavía —previsiblemente lo harán en 2017—. En segundo lugar, que la comisión de investigación que abrió la Cámara de Representantes en 1979 acusara a la CIA, al FBI, a los servicios secretos y al Departamento de Estado de ocultar pruebas. Tercero, que el presunto autor y único sospechoso nunca pudiera defenderse ni jamás fuese condenado, pues murió acribillado a tiros dos días después en una comisaría de Dallas. El dueño de un club de alterne con supuestas conexiones mafiosas liquidó a Oswald, que había declarado previamente a los periodistas: «Solo soy un chivo expiatorio»: más madera. Se sugiere que el tal Jack Ruby —Jacob Rubinstein— quiso tapar la boca a la desgraciada marioneta. La tesis no se sostiene: ¿qué insensato iba a confiar una operación de semejante envergadura al pusilánime y ciclotímico Oswald? Y, por último, la primera comisión encargada de investigar el atentado, impulsada inmediatamente por el presidente Johnson y presidida por James Earl Warren, juez del Tribunal Supremo, ni siquiera acertó a determinar con rotundidad cuántos disparos se produjeron. El Congreso insinuó sin afirmarlo que hay indicios en absoluto concluyentes que apuntan a que pudo haber una cuarta bala que, necesariamente, se disparó desde otro lugar, no desde el almacén desde el que lo hizo Oswald.

Eran las 12.30 horas del viernes 22 de noviembre de 1963. Desde el mes de agosto, a Kennedy le rondaba por la cabeza la idea de visitar Texas. Su popularidad había caído en el Sur debido a su defensa de los derechos civiles. Johnson había perdido peso específico en su propio Estado y los *lobbies* ya no soltaban alegremente su dinero para financiar al Partido Demócrata. El nuevo gobernador y hombre fuerte de los demócratas en Texas era John Connally, que

aunque fue herido de gravedad por la bala que atravesó el cuello del presidente, salvó su vida. Connally no era precisamente un admirador de Kennedy. Pero esa no era la razón por la que no le agradaba la posible visita. En otoño, el presidente inició una gira de campaña por el Oeste. Necesitaba acudir a Texas. Las encuestas que manejaban sus asesores pronosticaban que si conseguía imponerse en Texas, la reelección de 1964 sería suya. Su jefe de gabinete, Kenny O'Donnell, le confirmó las fechas en septiembre. Visitaría cinco ciudades: San Antonio, Forth Worth, Houston, Austin y la propia Dallas. Connally sabía que precisamente en esta última localidad los Kennedy no levantaban pasiones. Allí se le había llamado al presidente «sedicioso» y «repugnante traidor». En Dallas especialmente casi todo el mundo llevaba un arma. No era una visita segura. El 62 por ciento de la *Gran D* no le votó en 1960 a pesar de los esfuerzos de Johnson en campaña. La ciudad protestante y supremacista se preparó para recibir al presidente católico y defensor de los derechos civiles.

Justo un año antes de su asesinato, en noviembre de 1962, JFK decretó el fin de la segregación en todos los establecimientos que de alguna manera fueran operados o financiados por el gobierno federal, creó un Comité de Igualdad de Oportunidades para el Empleo y nombró a algunos funcionarios negros en puestos relevantes de la Administración. El 11 de junio de 1963 anunció en televisión que pensaba presentar una ley de derechos civiles —que finalmente aprobó su sucesor—. Pretendía sensibilizar a la opinión pública y reconciliar a los americanos con sus principios fundacionales: «Si un americano, simplemente por el color de su piel, no puede comer en un restaurante abierto al público o llevar a sus hijos a la escuela que desee, si no puede votar a cargos públicos que lo representan, si en lo esencial no puede disfrutar de una vida completamente libre, una libertad que todos nosotros queremos, ¿quién de nosotros se conformaría con su situación, solo porque el color de su piel fuera diferente? ¿Quién de nosotros se conformaría con el consejo de tener paciencia y esperar? Si reclamamos la libertad en el mundo y todo lo que ello significa; si adoramos nuestra libertad aquí en nuestra patria, cómo podemos explicarle al mundo, y mucho más importante, cómo podemos justificarnos a cada uno de nosotros, que esta es en una tierra de libertad excepto para los negros, que no tenemos clases o sistema de castas, ni guetos, ni supremacía de razas... excepto con respecto a los negros». Kennedy dotó a su discurso de una dimensión ética insoslayable: «No

es una cuestión secundaria, no es una cuestión legal o meramente legislativa. Nos enfrentamos fundamentalmente a una cuestión moral, tan vieja como las escrituras y tan clara como la Constitución Americana».

Dos meses después, el 28 de agosto de 1963, Luther King lideró la marcha a Washington: 250.000 personas escucharon el sueño de King en el Monumento a Lincoln.[5] Kennedy lo vio por televisión junto a su hermano Bobby. «Es cojonudo, condenadamente bueno», le dijo. Al cabo de una hora, ambos, King y Kennedy, departían, junto con otras once personas, en el Despacho Oval. Dos semanas más tarde, cuatro niños murieron en un atentado del Ku-Klux-Klan en Alabama. Acababa el verano en el que Kennedy terminó de pulir su imagen de perfecto progresista defensor de la causa más noble de todas; el verano en el que se consagró como orador —habían encandilado a la multitud en Berlín— y adalid del mundo libre; el verano en el que perdió a su pequeño Patrick, su tercer hijo, recién nacido; el verano en el que Jackie se sumió en una profunda depresión; el verano en el que perdió los pocos apoyos que podía tener en el anclado Sur; el verano en el que decidió contra el criterio de Johnson y Connally, entre otros, visitar Dallas. Ese fue su último verano.

Había llovido por la mañana. A mediodía lucía un sol radiante. Johnson recibió a Kennedy en la escalinata del avión pero no le acompañó en su recorrido. Todo el protagonismo debía ser para el presidente. Los cuatro coches de la comitiva avanzaban con lentitud. A la altura de la Plaza Dealey, tras bordear las calles Principal, Houston y enfilar Elm Street sonaron las detonaciones. El caos se apoderó de la caravana presidencial. Un cámara aficionado lo grabó todo, muy desenfocado. «¡Mi marido está muerto! ¡Tengo su cerebro en mis manos!», gritó Jackie. Kennedy mantuvo su espalda casi rígida por efecto de la faja, pero el tercer disparo le había volado los sesos —uno de ellos, quizás el primero, no le alcanzó, y el segundo le impactó en la parte posterior del cuello—. A los pocos minutos los escoltas presidenciales lo eran ya de Lyndon B. Johnson. Su nueva misión era proteger al presidente en funciones y así se lo comunicaron. A los cinco minutos, Kennedy llegó al hospital. Los servicios secretos insistieron a Johnson que regresase a Washington lo antes posible. El texano decidió permanecer en una sala de espera. En el preciso instante en que se levantara acta de defunción del cadáver sería de facto presidente de los Estados Unidos. No quería que ocurriera en pleno vuelo ni

enterarse por terceros.

Hasta catorce médicos rodearon al presidente en el quirófano. Sabían perfectamente que no podían hacer nada por salvarle la vida. Una hora más tarde se comunicó el deceso. O'Donnell se lo dijo a Johnson; J. Edgar Hoover llamó a Bobby. El fiscal ordenó inmediatamente cambiar las cerraduras de todos los archivadores de JFK y sacar documentos comprometidos o comprometedores. La CBS suspendió la emisión de una telenovela y Walter Cronkite, su periodista estrella, comunicó la noticia. Las autoridades locales pretendían que no se trasladase el cuerpo. Les correspondía la investigación del asesinato. Hoover deslizó la idea de la conspiración para que Texas perdiera la jurisdicción del caso. O'Donnell resolvió sin ambages: «¡Nos vamos de aquí! ¡Nos importa un bledo lo que digan las leyes!». El féretro se introdujo en la parte trasera del avión. Unos metros más adelante, Johnson juró el cargo de presidente de los Estados Unidos. Solo habían pasado tres horas desde que los príncipes de América aterrizaron en el aeropuerto de la ciudad. Las últimas palabras que escuchó Kennedy se las dijo Connally: «Señor presidente, ya no puede decir que Dallas no le quiere».

Había muerto el sueño de los Estados Unidos, el presidente de diseño, el líder que fabricó su propia reputación, el alma de la «nueva frontera», la palabra libre, el símbolo de una generación. Cuatro años y medio después, en abril de 1968, otra bala helada segaba la vida de Martin Luther King. Y el 6 de junio de 1968 se cerró el círculo: de nuevo un desequilibrado acabó con la última esperanza de rescatar los ideales de esa nueva América que había envejecido tanto en Vietnam. Bobby Kennedy recibía un disparo mortal en el Hotel Ambassador de Los Ángeles. Era el candidato favorito para alzarse con la nominación demócrata para las elecciones de ese año. Así nació la maldición de los Kennedy.

[1] Cuando tomó la palabra en Nueva York, en la Asamblea de la ONU, Castro ya había mostrado su verdadero rostro: el 3 de marzo de 1959, cuarenta y cuatro hombres de Batista fueron acusados de crímenes de guerra y absueltos por la Justicia. Castro dijo por televisión que el juicio había sido un error. El presidente del tribunal fue hallado muerto. El juicio se repitió y los acusados fueron condenados a penas de entre veinte y treinta años de cárcel. Castro proclamó que la «justicia revolucionaria se basa no en los preceptos penales, sino en la convicción moral».

[2] Según Josep Fontana, «el objetivo inmediato no era tanto el derrocamiento de Castro [...], que solo sería posible de producirse un levantamiento general contra el gobierno, sino el de "apoderarse de una pequeña área y defenderla", con el fin de que desembarcase en ella "un gobierno provisional que pueda ser reconocido por los Estados Unidos"». La CIA calculaba que podía movilizarse un 25 por ciento de la

población de la Isla y, si las cosas no salían bien, los desembarcados podrían refugiarse en las montañas e iniciar una guerrilla. Algunas investigaciones, cita este profesor, pusieron de manifiesto unos meses antes que la operación era «irrealizable», y que Castro tenía controlado el territorio. Además, fue un error escoger como lugar del desembarco la bahía de Cochinos, pues, por un lado tenía difícil escapatoria y, por el contrario, sus tres carreteras permitían al Ejército cubano llegar inmediatamente y dejar a los sublevados aislados en una zona pantanosa alejada de las montañas. Miró Cardona, presidente del gobierno cubano en el exilio, se quejó de que nadie le consultó antes de elegir «el peor sitio posible» para desembarcar.

[3] Sus críticos aseguran que todo era una sarta de mentiras. Empezando por la tesina, redactada en parte por Arthur Krock, periodista del *New York Times* y amigo de la familia, que aseguró que el «primer borrador era un trabajo muy flojo», hecho a base de pegar recortes de prensa. El padre de JFK convirtió el libro en un éxito de ventas gracias a su buena relación con algún editor y a que compró cerca de 40.000 ejemplares.

[4] En algunas fuentes, la frase aparece como dirigida a los ciudadanos americanos: «No preguntes lo que América puede hacer por ti, sino lo que tú puedes hacer por tu país». Consideramos que es una interpretación posterior. Nos hemos remitido a la versión original del discurso.

[5] Se suele rememorar, como el hito que desencadenó la última fase de la lucha por los derechos civiles, el que protagonizó la costurera Rosa Parks, una activista del movimiento negro de Montgomery, Alabama. El 1 de diciembre de 1955 no quiso cederle su asiento a un hombre blanco en un autobús. Parks fue multada y los activistas boicotearon el transporte público de la ciudad. Las protestas duraron trece meses. Los negros de Montgomery iban a pie a sus trabajos. Los niños recorrían largas distancias para ir a la escuela. Finalmente, el Tribunal Supremo dictó sentencia contra la discriminación en los autobuses. La desobediencia sin violencia puso en el centro de los focos a Martin Luther King, figura emergente del movimiento y no exenta de controversia. Durante los años siguientes se sucedieron escenas similares: ciudadanos negros rebelándose pacíficamente contra las leyes discriminatorias. En octubre de 1962, Kennedy ordenó a las tropas federales poner orden en la Universidad de Misisipi y custodiar a James Meredith, primer estudiante negro de esa Universidad. En las protestas murieron dos personas. En 1963, King fue arrestado en Alabama. Las imágenes de los policías atemorizando con perros a ciudadanos negros —niños y adultos— durante los disturbios de Birmingham dieron la vuelta al mundo.

35. LYNDON B. JOHNSON: EL AVINAGRADO ROSTRO DEL PODER



27 de agosto de 1908, Johnson City, Texas - 22 de enero de 1973, Johnson City.
Presidencia: 1963-1969.
Partido: Demócrata.
Matrimonio: Claudia Alta Taylor, «Lady Bird». Tuvieron dos hijas.
Formación: Magisterio en Southwest Texas State Teachers College.
Profesión: profesor de instituto.

EL FANTASMA DE KENNEDY

Su agrio carácter eclipsó sus buenos propósitos. Su afán desmedido de poder le avinagró la mirada. Su fino manejo de los hilos de la política le permitió controlar el Congreso y medir bien los tiempos; aprendió a ser paciente y no tirar por la borda el legado de Kennedy. Solo con mantenerse a rebufo del *efecto Kennedy* revalidaría su presidencia. Por eso, este tipo adusto, muñidor, competitivo, manipulador y para muchos despiadado asumió el cargo de presidente de los Estados Unidos como un merecido broche de oro a toda una vida merodeando por el Capitolio. Este texano algo fanfarrón, que comparaba Vietnam con el Álamo, nieto de revolucionario e hijo de combatiente confederado, puso todo su empeño en sacar adelante la ley sobre derechos civiles que Kennedy había dejado pendiente. Lyndon B. Johnson entendía cómo funcionaba la política en Washington. Sabía adaptarse a las circunstancias. Juró la presidencia justo un año antes de las elecciones. Si la reelección de Kennedy dependía del sólido Sur, su elección dependía únicamente de que guardara las apariencias y supiera presentarse como albacea de su predecesor.

Detestaba a los Kennedy pero los necesitaba... A los dos... Por el momento. Ellos le garantizaban el apoyo de la prensa y la intelectualidad chic, que detestaba a los paletos. Bobby estaba en su casa de Virginia el 22 de noviembre de 1963. Allí se enteró del asesinato de su hermano. No habían transcurrido dos horas cuando recibió la llamada de Johnson. Le comunicó formalmente que era el presidente de los Estados Unidos. Robert F. Kennedy se puso a sus órdenes. Johnson no prescindió de él hasta que no ganó las elecciones de 1964. Luego tampoco hizo demasiados cambios en el gabinete. Lo cual prueba al menos una de estas dos interpretaciones —probablemente sea más acertada la segunda—: la

frialdad de Johnson, que no entró en la Casa Blanca como un elefante en una cacharrería, y lo accesorio y prescindible que era el gabinete para Kennedy. El clan irlandés tenía su propio gobierno sin carteras. Si bien, Johnson mantuvo durante todo su mandato a Robert S. McNamara al frente del Departamento de Guerra, también a Dean Rusk, al único que realmente apreciaba. Quiso mostrarse continuista respecto de Vietnam. Dejó el foco puesto en ellos para que la opinión pública no olvidara que los Estados Unidos estaban en Vietnam gracias a las desafortunadas ocurrencias de JFK. Ni eso le salvó. La popularidad del texano alcanzó sus cotas más altas cuando emprendió el camino de la defensa de los derechos civiles y descubrió su programa de Gran Sociedad, y se fue por el sumidero de Vietnam. De hecho, poca gente identifica la Guerra de Vietnam con Kennedy. No, en absoluto, la guerra fue cosa del maldito Johnson y del rufián Nixon, precisamente el presidente que sacó las tropas del lodazal. Total, que el fantasma de Kennedy lo persiguió durante los cinco años que se mantuvo en el cargo.

El columnista del *New York Times* Rusell Baker lo describía como un «puzle humano», un personaje complicado propio de una novela de Dostoievski, «una tormenta de instintos enfrentados: pecador y santo, bufón y hombre de Estado, cínico y sentimental, un hombre que se debate entre el deseo de inmortalidad y la autodestrucción». Su esposa asume que era una persona complicada, que mostraba una faceta en público y otra muy distinta en privado. Curiosamente él, ejemplo de político profesional, que empezó su carrera política en 1935 como director de la Administración Nacional de Juventud en Texas, que pasó doce años en la Cámara de Representantes y otros doce en el Senado antes de ser nombrado vicepresidente, mostraba su peor imagen en público. Un contrasentido, sobre todo teniendo en cuenta que Kennedy había probado la eficacia de hacerlo a la inversa. Por alguna razón, este hombre amable y dulce en la intimidad no parecía estar interesado en ganarse el cariño de la gente. Estaba convencido de que para tener éxito bastaba con trabajar duro y cumplir los programas. Lo creyó precisamente cuando Kennedy le demostró lo contrario y él lo sufrió en sus propias carnes.

Resultó ser más idealista que su antecesor. Fue el penúltimo presidente sin don de gentes. Era incapaz de empatizar. Algún biógrafo le reprocha que esa explosiva combinación entre narcisismo y sequedad le condujera a «creerse un

don juan —quería competir con Kennedy en este terreno—, comer demasiado y beber en exceso» (otros autores más benévolos subrayan que ocasionalmente tomaba Cutty Sark con soda). Fue por tanto el penúltimo presidente de la Edad del Hierro de la política americana, esto es, que no entendió los efectos —directos y tangenciales— provocados por la televisión en el devenir de las democracias. El último fue Nixon. Todos los demás son producto de un tiempo nuevo: Carter, Reagan, los dos Bush, Clinton y Obama.

Johnson era el genuino candidato demócrata en la Convención de 1960. Pensaba que había llegado su turno, que se había ganado el *derecho* a la nominación y, en consecuencia, la presidencia, pues Roosevelt había anclado con firmeza los apoyos del partido. Solo Eisenhower truncó este largo periodo de dominio demócrata. Johnson se merecía la presidencia tras más de veinticinco años de servicio público. Él era del Sur y defendía un programa demócrata clásico basado en la extensión de los derechos sociales y en la reducción de las desigualdades. Además, su biografía entroncaba con la raíz del sufrido pionero americano. Sus antepasados fundaron la ciudad de Johnson; era de origen humilde; su padre, granjero y comerciante, sufrió algunas de las crisis de finales del XIX. Johnson era el mayor de cinco hermanos y ayudó como pudo en casa, desempeñó diversos trabajos: fue limpiabotas, trampero, cuidador de granjas... No rehuyó ningún empleo por duro que fuera.

Posteriormente se convirtió en un adicto a la política. Una vez reconoció: «No pienso en política más de dieciocho horas al día». En otra ocasión descolgó el teléfono a las cuatro de la mañana para resolver un asunto con otro congresista:

—Disculpa, ¿es demasiado temprano para llamarte?

—No, qué demonios, estaba aquí tumbado, esperando tu llamada —le contestó lacónico su interlocutor.

Su padre le inculcó el gusanillo. Sam Ealy Johnson fue congresista de la Casa de Representantes de Texas. El pequeño Lyndon lo acompañó a los diez años durante una campaña y después frecuentaba sesiones de la Cámara. De modo que solo aguantó un par de años como profesor en una escuela de integración de niños pobres e inmigrantes. En 1931, el congresista Richard M. Kleberg lo contrató como secretario. Por supuesto, hizo méritos en la Segunda Guerra Mundial. Combatió en el Pacífico y recibió una Estrella de Plata.

LA «GRAN SOCIEDAD»

Johnson tenía un relato, un plan, un programa, un propósito, una misión: sacar adelante su proyecto de Gran Sociedad. Y creía firmemente en ello. Lo anunció en mayo de 1964: «Tenemos la oportunidad de movernos no solo hacia una sociedad próspera y fuerte, debemos erigirnos en una Gran Sociedad. La Gran Sociedad descansa sobre la abundancia y la libertad de todos. La Gran Sociedad demanda el fin de la pobreza y de la injustica racial [...]. La Gran Sociedad es el lugar donde todos los niños pueden recibir educación para enriquecer sus mentes y potenciar sus talentos». Daba la sensación de que Lyndon Baines Johnson llevaba un cuarto de siglo preparando este discurso. Si el proyecto de Gran Sociedad no lo hubiera diseñado él sino cualquier otro presidente con más gancho mediático, quizás se hubiera convertido en uno de los grandes dogmas y fundamentos de la historia americana. En términos comparativos, la Gran Sociedad constituía un proyecto más ambicioso que el New Deal, aunque solo fuera porque perseguía un ideal, o sea, algo más que unos meros objetivos concretos. Si la Gran Sociedad no hubiera coincidido con el desastre de Vietnam, seguro que algún presidente posterior la habría recuperado. De hecho, el discurso del primer Obama guarda paralelismos con el de Johnson, pero Obama eludió cualquier referencia. Johnson no era el tipo de los demócratas posteriores, sino el indeseable que mandó a cientos de miles de jóvenes a la jungla de Vietnam.

Subido a la ola púrpura de Kennedy ganó las elecciones de 1964. Una gran parte de los electores entendió que era de justicia que su sucesor culminara el programa demócrata de 1960. No era la primera ni la segunda vez que ocurría en la historia de los Estados Unidos. La Convención del partido se celebró en agosto en Atlantic City, Nueva Jersey. Johnson fue nominado por aclamación. Se rumoreó que solicitaría a Robert Kennedy que le acompañara en el *ticket*. Nada más lejos de la realidad. Se decantó por el senador de Minnesota Hubert H. Humphrey. El acto de nominación se cerró con un emotivo documental sobre el mito asesinado, dieciséis minutos de aplausos y la reivindicación de la herencia Kennedy-Johnson. El eslogan de campaña no tenía desperdicio: «Todo el camino con LBJ». Hubiera sido demasiado descarado declarar: «El resto del camino con LBJ». En pocos meses, Johnson creyó que por fin podría soltar amarras.

En frente tenía a Barry M. Goldwater, el candidato que rompió con el pasado del Partido Republicano: defendió una bajada de impuestos, el fin de los subsidios agrícolas y la reducción del tamaño del gobierno y la presencia del Estado en la sociedad. Además, se opuso a la Ley de Derechos Civiles porque era contrario a todo ejercicio de discriminación positiva —acción afirmativa, la llaman los norteamericanos—. Por último, mostró una actitud más agresiva en política exterior, concretamente en Vietnam. Johnson barrió a su oponente: 43.126.506 votos (61 por ciento) frente a 27.176.799 (39 por ciento) y obtuvo la mayoría en cuarenta y cuatro estados. Goldwater ganó solo en seis, todos del sur: Alabama, Arizona, Georgia, Luisiana, Misisipi y Carolina del Sur. Se había producido un realineamiento electoral. Con el cambio —o intercambio— de programas, los republicanos conquistaron feudos tradicionalmente fieles al Partido Demócrata. Goldwater causó un terremoto en su partido. Involuntariamente centró a Nixon —lo que posiblemente le ayudó a ganar la elección de 1968—. No obstante, redefinió las líneas maestras de los republicanos y cuando los nuevos planteamientos gozaron de aceptación Ronald Reagan recogió el testigo.

En su discurso inaugural, el 20 de enero de 1965, Johnson afirmó que «la Gran Sociedad no es un ordenado, inmutable y estéril batallón de hormigas [...] [sino] el excitante desafío de intentar, probar, caer, seguir... intentarlo de nuevo... y siempre lograr». Unos meses antes de las elecciones, en su último mensaje a la nación, declaró la «guerra contra la pobreza»: «Desgraciadamente, muchos americanos viven al otro lado de la frontera de la esperanza —no podemos afirmar con rotundidad que fuera una alusión velada a la retórica de Kennedy—, algunos debido a la pobreza, otros por el color de su piel, y la mayoría, por ambas razones. Nuestra tarea es contribuir a eliminar su desesperanza con una incondicional guerra a la pobreza de América». No había acabado el año 1964 cuando aprobó la Ley de Oportunidad Económica, que reguló la Oficina de Oportunidad para desarrollar diversos programas de igualdad al que se sumó ese «batallón de hormigas»: creó el servicio de voluntarios para trabajar con jóvenes pobres; un Peace Corps doméstico (los Voluntarios en Servicio de América, VISTA); un plan de trabajo para jóvenes estudiantes de familias con pocos recursos; una estructura de ayuda para el cuidado de niños y otros apoyos para los cabeza de familia y, por último, el Programa de Acción Comunitaria, que

impartía clases de apoyo a niños en desventaja. «Si Lincoln abolió la esclavitud, nos toca ahora a nosotros abolir la pobreza», aseguró. Los republicanos entendieron que los demócratas habían ido un paso más allá que Roosevelt: el Estado protector dejaba paso al Estado compasivo. Para ellos, Johnson era un manirroto y un «colectivista» que aprobó una ley sobre la pureza del aire y otra de usos múltiples de la tierra. Años después, los republicanos reaccionaron con su «conservadurismo compasivo».

También antes de acudir a las urnas, el 2 de julio de 1964, sacó adelante la Ley de Derechos Civiles, que eliminó la discriminación en el empleo, hoteles, restaurantes y locales públicos; igualmente, autorizó al fiscal general a promover acciones contra la segregación. Ese mismo día le dijo a un ayudante: «Creo que hemos entregado el Sur a los republicanos por mucho tiempo». Ya hemos visto que no se equivocaba. En 1965 aprobó una disposición sobre el derecho al sufragio, que promovía el registro de pobres y negros en el censo, y, finalmente, una segunda Ley de Derechos Civiles en 1968. La guerra contra la pobreza y la desigualdad se completó con sendas leyes de escolarización y, sobre todo, con la creación de Medicare, el sistema de seguridad social que permitió la atención médica y hospitalaria semigratuita a los mayores de sesenta y cinco años; y de Medicaid, que dota de la misma atención a las familias pobres. Ambas medidas constituyeron un hito en la consolidación del Estado del Bienestar americano.

Johnson había cumplido. Se desenvolvía como pez en el agua en Washington, conocía ambas cámaras como la palma de su mano y resolvía con autoridad las cuestiones internas. Nada que ver con los apuros que pasaba cuando tenía que tratar asuntos de política internacional. Durante sus mandatos cayó Kruschev, China probó su bomba atómica, Estados Unidos intervino en un país de su «patio trasero», la República Dominicana, y Oriente Medio era un polvorín que estalló el 5 de junio de 1967 con la Guerra de los Seis días, que enfrentó a Israel y Egipto. De todos modos, el auténtico problema era Vietnam: «Estaba maniatado, sabía que hiciera lo que hiciese me iban a crucificar», reconoció en 1970. «Si dejaba a la mujer que amaba de verdad, la Gran Sociedad, y centraba mi atención en esa maldita guerra del otro lado del mundo, perdía todo en casa. Pero si me hubiese olvidado de la guerra y permitido a los comunistas apoderarse de Vietnam del Sur, me habrían visto como un cobarde y a mi nación como apaciguadora, de forma que ya no podríamos lograr nada para

nadie, en ningún lugar del planeta».

Johnson apostó por reducir al Vietcong. Para ello dotó a la presidencia de poderes especiales mediante la Resolución del Golfo de Tonkín —donde habían sido atacados con torpedos dos buques americanos—, que le otorgaba un cheque en blanco para llevar a cabo operaciones de guerra sin necesidad de declararla oficialmente.[1] Esperó a las elecciones para cobrarse el cheque. Durante la campaña electoral prometió que no enviaría a «nuestros chicos a 10.000 millas de casa para que hiciesen lo que los vietnamitas no eran capaces de solventar por sí mismos». Goldwater le acusó de pusilanimidad. En febrero de 1965 comenzó la escalada y el continuo desfile de soldados hacia Vietnam: primero fue la Operación Rolling Thunder, de bombardeo aéreo; luego el envío de 3.500 hombres. Al final de 1965 había 180.000 combatientes americanos luchando en mitad de la selva; en 1966 eran 400.000; en 1967, 470.000; y 550.000 en 1968. Medio millón de soldados dejaron para siempre su vida, parte de ella, su piel, su alma y su juventud en el infierno. La opinión pública no sabía exactamente el número de efectivos desplegados en Vietnam. La Administración Johnson ocultaba la cifra real y enviaba tropas sin solicitar la aprobación del Congreso. Sostenía que la Resolución del Golfo de Tonkín le autorizaba a ello. Las protestas se multiplicaron por todo el país. Así surgió el movimiento pacifista.

Entretanto, Vietnam del Norte no aceptaba ningún tipo de negociación y lanzó un ataque definitivo sobre Saigón y otras cien ciudades. No consiguió tomar la capital, pero la brutalidad de la Ofensiva del Tet venció la resistencia psicológica de Johnson y de los norteamericanos. Ese mismo mes de marzo detuvo los bombardeos sobre Vietnam del Norte y anunció que no se presentaría a la reelección. Su reputación estaba por los suelos. Entonces emergió la figura de Robert F. Kennedy, que presentó su candidatura a la nominación demócrata. El 28 de marzo de 1968, Johnson compareció en televisión para anunciar que no enviaría más tropas. Vietnam del Norte se avino a negociar y el 13 de mayo los contendientes se sentaron a la mesa en París. Fue un espejismo: Estados Unidos se negó a retirar a sus militares hasta que Vietnam del Norte renunciara a tomar Vietnam del Sur; y Vietnam del Norte rechazó hacerlo. Vuelta a empezar. Estados Unidos extrajo el compromiso del gobierno sudvietnamita de elevar sus contingentes. Mientras así fuera, sus solados permanecerían en la zona. Aquellos jóvenes americanos sabían que no recibirían más ayuda, que su país había

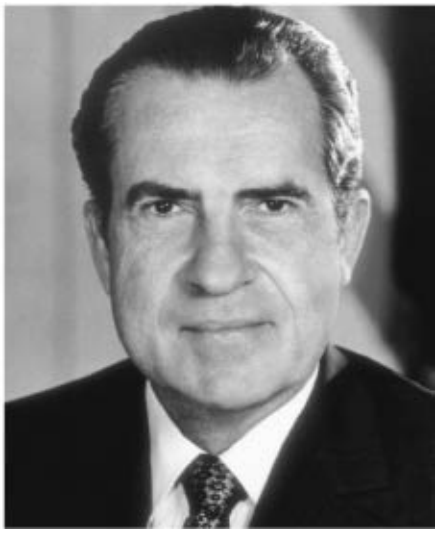
renunciado a enviar más tropas, pero les dejaba allí, resistiendo a duras penas con los medios de que disponían. El coste emocional de la guerra fue brutal para la sociedad.

En enero de 1969 Johnson se retiró a su rancho de San Antonio, en Texas. Concedió tres entrevistas al prestigioso periodista Walter Cronkite y escribió sus memorias. Era un expresidente ajado y abatido que buscaba reivindicar su legado. Falleció el 22 de enero de 1973 camino del hospital. Desde 1970 su salud había empeorado. Sufrió varios ataques al corazón. No resistió el último. La Historia le ha juzgado por Vietnam. Y sus críticos apuntaron donde más podía dolerle: Reagan cortó en seco cualquier concesión al reconocimiento de sus logros: «Johnson declaró la guerra a la pobreza; pues bien, ganó la pobreza». El senador demócrata Eugene McCarthy declaró: «Tenemos un salvaje en la Casa Blanca, y hemos de tratarle como tal». Para el senador Fullbright, «se llevó cientos de millones de dólares a la guerra en lugar de invertirlos en crear escuelas».

Una voz amiga, el senador demócrata de Georgia Richard Rusell, dijo: «No tenía la mejor cabeza del partido, no era el mejor orador, ni el mejor congresista. Pero sin duda era la mejor combinación de todas estas virtudes». Nixon le reconoció su valentía y arrojo y por fin un condenado irlandés, el senador de Massachusetts Edward Kennedy, aunque fuera a título póstumo, destacó su brillante liderazgo: «Gracias a su lucha por los derechos civiles, se ganó un lugar en la Historia». No obstante, la posteridad suele juzgar con mucha mayor severidad a los caracteres hoscos independientemente de los resultados. Y en el caso de Johnson, hay dos hechos incontestables: Uno, perdió la guerra. Hasta ese momento ningún presidente había pasado por semejante trance; y dos: para bien y para mal, por sus hazañas y por su gran fracaso, permanece en la memoria de todos los americanos.

[1] La resolución se aprobó en el Congreso el 7 de agosto de 1964 por unanimidad en la Cámara de Representantes y por ochenta y un votos a favor y solo dos en contra —de los demócratas Wayne Morse y Ernest Gruening— en el Senado.

36. RICHARD NIXON: EL TAHÚR DESENMASCARADO



9 de enero de 1913, Yorba Linda, California - 22 de abril de 1994, Nueva York.
Presidencia: 1969-1974.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Thelma Catherine «Pat» Ryan. Tuvieron dos hijas.
Formación: Leyes en la Universidad de Duke (Carolina del Norte).
Profesión: abogado.

LA NUEVA MAYORÍA

Richard Nixon era el alter ego de Johnson en el Partido Republicano: megalómano, malencarado, desafiante y antipático. Ambos creyeron ser víctimas del irresistible encanto de Kennedy, al que consideraban un consumado farsante. No poseían sus atributos y les estaba vedado el reconfortante y tan necesario cariño de la prensa. Hoy es uno de los presidentes peor valorados por esa misma prensa, el entorno académico y amplios sectores de la opinión pública. Su figura sigue generando controversias y valoraciones polarizadas. Cuando salió de la Casa Blanca era el presidente, desde Kennedy a George Bush Jr., que más popularidad había perdido en el camino de sus mandatos.[1] No obstante, mantiene el apoyo de sus incondicionales, tan aguerridos como sus detractores. Sus defensores todavía ven en él un látigo de la corrección política injustamente maltratado por los medios y por los grupos más radicales y subversivos de la sociedad, quienes configuraron su imagen pública, exageraron sus *pecados* y despreciaron sus logros.

Por lo demás, sabemos que su risa era demasiado forzada; su resistencia, a prueba de bombas; su cercanía, impostada; sus manejos no dejaban de sorprender: siempre tenía un recurso a mano, una trampa que sacar de la chistera. Era un superviviente, un llanero solitario, un fervoroso anticomunista. Para desesperación de los *radical chic* (así llamaba el novelista Tom Wolfe a los intelectuales progresistas que reunía el músico Leonard Bernstein en su «piso de superlujo en Manhattan» para hablar de lo divino y de lo humano), *Tricky* Dick, el «astuto Dick», era incombustible, capaz de renacer cuando parecía liquidado. Lo detestaban desde el principio; por embustero, cínico y tramposo, pero no solo por eso.

Aborrecían su relato de *self made man*, hombre hecho a sí mismo, porque lo consideraban anticuado, una pose de la que abusaba. No era un tipo ni mucho menos brillante y sin embargo era un adversario rocoso; no tenía el apoyo de su partido y a pesar de ello siempre salía a flote. Se repuso varias veces ante la adversidad y ganó la presidencia cuando ya nadie apostaba un dólar por él. La elite intelectual le odiaba porque junto con Goldwater rompió los moldes tradicionales de la geografía electoral americana. Ambos crearon la «estrategia sureña»: recogieron los votos de los estados que había dejado huérfanos el Partido Demócrata con Kennedy. Por separado, ambos hicieron una radiografía exacta del país tras los mil días de Kennedy y la Ley de Derechos Civiles de Johnson, analizaron los cambios económicos y demográficos y concluyeron que el gran mercado republicano se hallaba en ese momento en el Oeste, Sur, Suroeste y Medio Oeste. Los ejes de división tradicionales que habían dado lugar al surgimiento de los dos partidos después de la Guerra Civil ya no estaban operativos. Los partidos se habían movido de su sitio y los electores también. Los demócratas habían perdido el voto segregacionista. Nixon se dirigió a una nueva clase media, devota, emprendedora, muy patriota y antiintervencionista. No fue directamente a sumar segregacionistas, prefirió afianzar a los conservadores.

Después de mostrar sus toscas formas en el Congreso, participar en la «caza de brujas»,[2] salir airoso de la acusación de recaudación y uso indebido de fondos durante su campaña para la vicepresidencia; colarse finalmente en el *ticket* de Eisenhower; caer derrotado ante Kennedy; regresar a California; volver a perder, esta vez una elección a gobernador del estado, y declarar cariacontecido y sereno que abandonaba para siempre la actividad política, Richard Nixon reclutó una «nueva mayoría» y obtuvo la presidencia de los Estados Unidos de América en 1968. Aunque no hizo solo eso. Las primeras elecciones se las ganó a Hubert H. Humphrey por menos de un punto de diferencia (43,4 por ciento frente a 42,7 por ciento) y medio millón de votos (31.785.480 y 31.275.166, respectivamente) gracias a que los demócratas se escindieron y el segregacionista George Wallace arañó casi 10 millones de papeletas y obtuvo la mayoría en cinco estados del Sur profundo. Mientras Humphrey repitió en campaña que sus predecesores hicieron lo correcto en Vietnam y Wallace ambicionaba la victoria total, Nixon encontró acomodo en la salida intermedia y

negociada. Anunció: «Tengo un plan secreto», y prometió «ley y orden» en América, igual que Wallace pero sin recurrir al conflicto racial. La victoria en su estado fue determinante. En el conjunto de la nación, Humphrey le había restado los 15 puntos de ventaja en las encuestas en las últimas semanas. Muchos esperaban que el taimado Nixon se quedara, como le ocurrió a Dewey contra Eisenhower, con un palmo de narices.

Por si fuera poco, en 1972 Nixon barrió del mapa a McGovern y se convirtió en uno de los presidentes con mayor respaldo popular de la Historia: consiguió más de 47 millones de votos, frente a los casi 30 de su oponente; el 61 por ciento frente al 38 por ciento. Se impuso en cuarenta y nueve estados. Solo perdió el Distrito de Columbia y el irreductible Massachusetts de la familia real de América. Nixon era un hombre nuevo. Solo podía ser víctima de sí mismo. Había conseguido aglutinar una «nueva mayoría». Exigua al principio, muy sólida después. Empezó a fraguar su «nueva mayoría» el 20 de enero de 1969, con su primer discurso inaugural: «En estos años difíciles, América ha sufrido una fiebre de palabras; de inflada retórica que promete más de lo que puede ofrecer, de rabiosa retórica llena de odio, de ampulosa retórica que posturea en lugar de convencer [...]. No podremos aprender unos de otros hasta que no dejemos de gritarnos, hasta que no hablemos con la serenidad suficiente para que nuestras palabras puedan ser oídas al menos tan bien como nuestras voces...». Nixon había ganado, reclamaba la legitimidad del vencedor y conocía bien al pueblo americano. Los americanos respetan las normas. Y quien no respetara al presidente electo, no respetaba las normas. Él tendía la mano.

El 3 de noviembre de ese mismo año apeló a esa «nueva mayoría», esa «mayoría silenciosa» que no se manifestaba a las puertas del Capitolio o de la Casa Blanca, que no generaba tumultos ni desórdenes, que se mantenía al margen de los nuevos movimientos sociales, cuyo único horizonte era proporcionar un futuro mejor a los suyos; la esforzada y madrugadora América. Fue un discurso televisado en el que el presidente expuso a sus compatriotas la posición de su Administración respecto de Vietnam. Fue claro y explicó el conflicto desde sus orígenes. La cuestión, planteó, no era cómo evitar que la «guerra de Johnson se convirtiera en la guerra de Nixon», sino cómo lograr la paz. Fue un discurso largo, pronunciado en un tono didáctico y conciliador. Recurrió al legado de Wilson y culminó: «Por eso esta noche les pido a ustedes,

la gran mayoría silenciosa de Estados Unidos, que me apoyen. Durante la campaña presidencial di mi palabra de que acabaría la guerra para que triunfara la paz», y mantuvo su promesa. Redujo progresivamente la presencia militar en Vietnam. Cuando concurrió a la reelección, solo había 25.000 soldados en la jungla de fuego. Se había traído a casa más de medio millón. El 30 de abril, Estados Unidos invadió Camboya. Formaba parte del plan. La mayoría silenciosa comprobó que el presidente estaba siendo fiel a su palabra. Los manifestantes incendiaron las calles y Nixon se armó de razones para reclamar su legitimidad como presidente. En enero de 1973, Henry Kissinger, el jefe de la Seguridad Nacional, firmó en París los acuerdos de paz. Vietnam del Sur agonizó durante dos años hasta sucumbir en abril de 1975. Kissinger inventó la *realpolitik*, el pragmatismo en política internacional, y Nixon cumplió y se erigió en representante del malherido orgullo americano. El pragmatismo también lo aplicó a la política económica: la «nixonomía» se basaba en la política de precios bajos y niveles de empleo altos; se definió keynesiano y partidario de un presupuesto para el pleno empleo. Entre tanto, tenía cuatro años para huir de sus tentaciones o sucumbir a sus propios fantasmas.

Ningún otro inquilino de la Casa Blanca ha sido objeto de tanto interés para los psicoanalistas ni ha protagonizado tantos guiones cinematográficos. La razón no hay que buscarla en que su personalidad resulte inescrutable, sino en que los americanos tratan de explicarse por qué confiaron el país a semejante trilero. Y sobre todo, buscan resolver el siguiente enigma: ¿cómo es posible que teniéndolo todo a favor dilapidara su inmenso caudal político innecesariamente? Por fuerza, tenía que haber más razones de las meramente prácticas. Y sus exégetas llegan a la misma conclusión: Tricky Dick era un mentiroso compulsivo y patológico que traicionó la confianza de su «mayoría silenciosa». Su hábitat natural era el barro.

WATERGATE

La última derrota de Nixon fue una ridícula victoria, su última victoria fue una humillante derrota. El 8 de agosto de 1974 compareció de nuevo en televisión. Esta vez no era para solicitar el apoyo de su pueblo, sino para

justificarse ante él. Anunció su renuncia a la presidencia. Reconoció de forma genérica sus errores, pero no su pecado capital ni el incumplimiento de los mandamientos de la nación. Al día siguiente, hizo efectiva su dimisión en el Congreso. Terminaban así dos años agónicos en los que el cuarto poder se reivindicó frente a la supuesta razón de Estado. Dos años perdidos en la Historia de América.

Nixon abandonaba para evitar la resolución del *impeachment*, el proceso de censura que el Comité de Justicia de la Cámara de Representantes había iniciado con tres cargos contra el presidente: obstrucción a la Justicia, abuso de poder y prevaricación e incumplimiento de los mandatos y citaciones del Congreso. El comité concluyó que el presidente Nixon había traicionado la confianza del cargo y subvertido el gobierno constitucional. El Congreso estaba dispuesto a llegar hasta el final porque ningún presidente había llegado tan lejos. Pensaba ponerlo a disposición judicial acusado de colaborar en la trama. Sus más enconados enemigos maldijeron que su dimisión extendiera un tupido velo sobre sus delitos y le librase de sentarse en el banquillo de los acusados. Ford lo indultó en septiembre. El granuja se había vuelto a escapar después de haber intentado «robar la mismísima Constitución de los Estados Unidos». «Ding Dong, ha muerto la bruja», le cantaban los manifestantes.

Todo empezó el 17 de junio de 1972. Cinco ladronzuelos fueron arrestados por allanar las oficinas del Partido Demócrata en el hotel Watergate de Washington. A los dos días, dos jóvenes periodistas publicaban su primera exclusiva en el *Washington Post*: los cinco arrestados no eran meros granujillas, sino agentes del comité de reelección del presidente. La Casa Blanca despachó el asunto como si fuera un robo de poca monta, cometido por propia iniciativa de los implicados sin conocimiento de sus superiores. El caso se complicó progresivamente, hasta derivar en el mayor escándalo que jamás haya afectado directamente a la presidencia de la nación. Cada revelación del *Washington Post* descubría una fechoría mayor de Nixon. Los jóvenes reporteros Carl Bernstein y Bob Woodward tenían la seguridad de que algo turbio y de mucha más enjundia se cocía, aunque no acertaban a atar cabos. Su primera fuente resultó ser muy fiable: *Garganta Profunda*, cuya identidad permaneció en secreto hasta el 31 de mayo de 2005, les había proporcionado la primera pista. «Seguid el rastro del dinero», esto es, quién pagó a esos cinco hombres. La fuente era Mark Felt,

entonces número dos del FBI.

Las investigaciones del *Post* obligaron al Senado a abrir una comisión de investigación que concluyó —con la confesión de John Dean, uno de los hombres de Nixon, que decidió hablar para eludir cargar con toda la responsabilidad— que «fontaneros» de Nixon —así nació la noción que hoy define a los asesores de los presidentes— colocaron micrófonos en la sede del Partido Demócrata; que la cuadrilla de bribones al servicio del presidente trató de desestabilizar al adversario mediante procedimientos indignos, como la creación de un fondo secreto destinado a fabricar pruebas, publicar documentos falsos y comprar voluntades; que asesores del presidente, y probablemente el propio presidente, autorizaron sobornos para encubrir la revelación de los delitos; que otra unidad de fontaneros se dedicó a filtrar a la prensa documentos robados y clasificados sobre Vietnam y, por último, que Nixon había creado un archivo que contenía una relación de actividades, más o menos privadas, más o menos decorosas, de los enemigos del presidente, para ser utilizada en caso de «necesidad». Esa lista incluía políticos, activistas, actores, periodistas... toda la «chusma» que azuzó a la opinión pública contra Nixon, que pregonó la estulticia y la ignorancia de la gente de bien, que desafió a la «mayoría silenciosa».

Nixon compareció en el Senado solo cuando el Tribunal Supremo se lo ordenó. Todos los poderes del Estado estaban patas arriba. El Senado no pudo probar que Nixon dio la orden para montar todo el operativo mafioso a su alrededor, pero sí certificó que al menos lo conocía y le dio cobertura. Así lo demostraron las grabaciones del FBI sobre las deliberaciones en el Despacho Oval y las maniobras del equipo presidencial. Misteriosamente, dieciocho minutos y medio de cinta desaparecieron para siempre. Alguien las había borrado. El presidente dijo que con toda seguridad fue un error o un accidente. «La gente tiene derecho a saber si su presidente es un tramposo. Bien, yo no soy un tramposo», explotó ante la prensa. Además de los cinco autores del robo que destapó el caso, otros quince hombres de confianza de Nixon dimitieron de sus cargos o fueron puestos a disposición judicial.

Nixon se retiró a su mansión de San Clemente, California. Todavía hizo un último e infructuoso intento por hacerse con aquellas cintas; también por recuperar su reputación en una serie de tres entrevistas concedidas al periodista británico David Frost en mayo de 1977. Lo más cerca que estuvo de reconocer

su implicación fue al afirmar que «cuando el presidente hace algo, significa que no es ilegal». Cuarenta y cinco millones de americanos vieron y escucharon a Nixon compararse con Lincoln y asegurar que en una situación de emergencia nacional «acciones a priori inconstitucionales se tornan legales para preservar la Constitución y la Nación». Impartió conferencias por todo el mundo y se mudó primero a Nueva York y luego a Nueva Jersey. Falleció el 22 de abril de 1994 a los ochenta y un años.

El hombre de las mil caras, el primer presidente que visitó Moscú —para reunirse con Brezhnev— y la China de Mao; el pragmático que restableció relaciones diplomáticas con el país asiático y desterró el idealismo de la política exterior; el estratega que junto con Henry Kissinger diseñó un nuevo equilibrio internacional, dando voz al gigante asiático y solicitando su ingreso en la ONU, quedó marcado para siempre por el caso Watergate. Su diplomacia triangular alcanzó notables éxitos en su propósito fundamental: la distensión. Estados Unidos y la URSS firmaron varios tratados de no proliferación de armas nucleares y de largo alcance. Sin embargo, ningún logro puede compensar el trance que tuvo que superar el país, sumido además en la recesión generada por la Crisis del Petróleo. Los americanos descubrieron en esas malditas cintas el lenguaje de las alcantarillas, reconocieron a un presidente fanfarrón y grosero. Goldwater dijo de él que era el «individuo más deshonesto» que había conocido. Nixon siempre sostuvo una visión pendular de la política: «A veces estás abajo y a veces estás arriba». Esa concepción cíclica de la vida y sus orígenes humildes convirtieron a este hijo de propietario de una gasolinera de Ohio que huyó del frío y una cuáquera de Indiana corroída por la enfermedad y la muerte del pequeño Arthur, su hermano menor, en el tramposo e incorregible Tricky Dick, incapaz de saborear sus éxitos. Bill Clinton le dedicó algunos elogios en su funeral, Reagan no ocultó nunca sus simpatías hacia el expresidente y hay un nutrido grupo de seguidores que reivindica su legado más allá de la coreográfica, «infantil» y muy americana representación que supuso el caso Watergate para mostrar al mundo lo que verdaderamente significa el gobierno de opinión pública.

[1] Según la empresa de sondeos Gallup, Kennedy, Ford, Carter, Reagan, Bush Sr. y Clinton reforzaron su imagen tras la Presidencia; mientras que Johnson, Nixon y mínimamente Bush Jr. abandonaron la Casa Blanca más debilitados de lo que entraron. Entre los peores presidentes siempre aparecen los mismos, aunque varíe la posición que ocupa cada uno según los estudios: Buchanan, Pierce, Harding, Andrew

Johnson, Fillmore, Tyler, Grant, Taylor y, si acaso, Carter y Nixon son fijos en casi todas las listas. En suma, todos los que precipitaron a los Estados Unidos a la guerra civil. En algunos otros *rankings* aparece Hoover, el presidente de la recesión.

[2] Nixon fue representante en la Cámara entre 1947 y 1950 y senador entre 1951 y 1953. Fue miembro del Comité de Actividades Antiamericanas del Congreso, lo que le permitió darse a conocer en todo el país y también despertar los primeros recelos.

37. GERALD FORD: EL HONORABLE Y TORPE RESTAURADOR



14 de julio de 1913, Omaha, Nebraska - 26 de diciembre de 2006, Rancho Mirage, California.
Presidencia: 1974-1977.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Elizabeth Anne Bloomer. Tuvieron tres hijos y una hija.
Formación: Universidad de Michigan y Leyes en Yale.
Profesión: abogado.

LAS HERIDAS DE LA DÉCADA

Su única ambición fue restaurar la dignidad de la presidencia. Su cometido primordial, cicatrizar las heridas abiertas por el caso Watergate y atenuar la división social creada en la última década. La prensa le dio la bienvenida con alivio y lo trató al principio con amabilidad; la sociedad lo recibió con indiferencia e hizo de la necesidad virtud: escarmentada de hiperliderazgos, consideró seriamente su elección en 1976. Finalmente los americanos se decantaron por Carter, otro buen tipo. Ford no era un cirujano, sino más bien un enfermero. Tenía buen carácter, carecía de enemigos y pensaba que «todo el mundo poseía más virtudes que defectos», incluido Nixon, de quien se compadeció: «Apoyado en mi balcón vi su helicóptero despegar de la Casa Blanca tras su renuncia. Creo que para él debió de ser como escapar del campo de concentración de Buchenwald». Ford consideraba que Nixon era un hombre desdichado atrapado por sus fobias y la enorme presión que soportaba. El 9 de agosto de 1974 juró el cargo. Pronunció un discurso breve, sin gestos grandilocuentes ni oropel. No era el momento apropiado. Anunció que su lema sería: «Comunicación, conciliación, convenio y cooperación». Y sentenció: «Queridos conciudadanos, la pesadilla ha terminado».

Gerald Ford era honesto, sencillo y de fiar. Llegó a la presidencia de rebote, pues ni siquiera figuró en el *ticket* republicano de las elecciones de 1972. La marea de corrupción arrastró al vicepresidente Spiro T. Agnew, acusado de cobrar sobornos. Nixon se decantó por Ford. Tenía prestigio, era el líder de la minoría republicana en el Congreso; sabía combatir a los demócratas y lo hizo precisamente atacándoles para defender al propio Nixon: preguntó a la Cámara por qué no aplicaba el mismo rasero al juez del Supremo William O. Douglas,

que había desviado fondos de una organización de caridad hacia la mafia. Además, Ford apoyaba el programa económico de Nixon; defendía su plan sobre Vietnam, basado en la máxima de «paz con honor», y se mostró partidario del reconocimiento de China. Por otra parte, no haría ruido, no se metería en líos y, sobre todo, sería leal. Por último, Nixon daba un golpe de efecto. Johnson, recogiendo el sentir de todos los que le conocían reconoció que «Ford se cuenta entre los poquísimos políticos del país de cuya total honradez no tengo ninguna duda». En su discurso de aceptación de la vicepresidencia, Ford declaró: «No soy un Lincoln, soy un Ford».[1] Quizás Nixon también barajó que su elección frenaría las peticiones de dimisión, pues un sector del partido consideraba que Ford no tenía empaque para asumir la presidencia.

Por primera vez se aplicó la Vigesimoquinta Enmienda de la Constitución, aprobada durante el mandato de Johnson, en 1967, que facultaba al presidente para nombrar al vicepresidente si el cargo quedaba vacante. Nixon lo hizo con él y, al amparo del mismo precepto, Ford designó a Nelson A. Rockefeller, nieto del magnate neoyorkino. También por primera vez en la Historia de los Estados Unidos ni el presidente ni el vicepresidente habían sido elegidos por el pueblo. Era una Administración interina, de urgencia histórica y completamente inesperada, producto de una serie de circunstancias más o menos fortuitas. El historiador Henry Steele Commager escribió parafraseando a Lincoln: «Ahora que hemos dejado atrás el Watergate y al señor Nixon, el presidente Ford se ha propuesto vendar las heridas que estos han causado. Todos debemos cooperar en esta honrosa tarea, sin albergar malicia ante nadie y dando muestras de caridad para todos».

Ford entendió enseguida cuál era su papel. Lo asumió y se marchó sin hacer ruido después de derrotar por poco al otro aspirante republicano en la convención de Kansas City, Misuri, en agosto de 1976, el emergente Ronald Reagan; y perder por la mínima las elecciones de noviembre frente al demócrata Jimmy Carter. Ford dejó su impronta: tras las experiencias de Kennedy, Johnson y Nixon, este hombre afable y feliz, flexible y paciente, no tenía sed de poder. Y eso que se había pasado media vida en el Congreso, desde 1949 hasta 1973. De un modo u otro, vivió muy de cerca la tragedia de cada uno de sus predecesores. Entre sus atribuciones como congresista, formó parte de la Comisión Warren que investigó el asesinato de Kennedy.

Se ganó fama de torpe. No paraba de caerse cada vez que se subía a unos esquíes. El momento estelar de sus sonados tropezones se produjo el 2 de junio de 1975. Rodó escalerillas abajo cuando descendía del *Air Force One*, el avión presidencial. A partir de ese desafortunado lance, la prensa comenzó a relacionar las bromas sobre su falta de destreza con los patinazos de su Administración. Se le atribuyen a Johnson dos frases demoledoras sobre sus aptitudes: «Es el único hombre que conozco que no puede mascar chicle y pedalear al mismo tiempo» y «me temo que Ford jugó demasiado tiempo al fútbol americano sin casco» (el presidente practicó este deporte en sus años universitarios).

La presidencia de Ford no fue fácil. Cierto que contribuyó a calmar los ánimos. Sin embargo, parte de la sociedad no digirió bien que perdonara a Nixon «por todas sus ofensas contra los Estados Unidos de América». Quiso evitar que un largo juicio polarizara a la opinión pública e impidiera pasar página. En su fuero interno también quería librar a Nixon de semejante vía crucis. El rastro de su personalidad apareció igualmente al decretar clemencia para cientos de miles de desertores y objetores de Vietnam. Ford estaba empeñado en dar carpetazo de una vez por todas a una década negra de la historia de su país. Aunque el precio a pagar fuera ceder Saigón a Ho Chi Min. Estados Unidos había perdido la guerra de Vietnam. No cabía otra interpretación. La imagen de la caótica retirada de los últimos soldados y ciudadanos norteamericanos de la capital del Sur, el 29 de abril de 1975, dio la vuelta al mundo. Estados Unidos soportó esa última humillación. Es más, uno de los aviones de transporte se estrelló al despegar. Murieron más de doscientos niños. En mayo de 1975, un carguero americano fue secuestrado por los Jemeres Rojos en Camboya. El rescate se saldó con cuarenta y un ciudadanos americanos muertos y otros cincuenta heridos. A pesar del coste de la operación, Ford declaró que suponía un punto de inflexión: «De forma súbita, el plomizo y pesimista estado de ánimo de la nación se esfumó». En julio de 1976 se consumó la unificación de Vietnam. Antes, en 1975, treinta y tres países europeos —todos, incluidos la Unión Soviética y sus estados satélites y exceptuando Albania—, más Canadá y Estados Unidos, firmaron los Acuerdos de Helsinki, mediante los cuales las potencias occidentales reconocieron los límites de los estados de Europa del Este y se comprometieron a no interferir en sus cuestiones internas. A cambio, los países comunistas rebajaron algunas restricciones para la circulación de personas y bienes entre los dos bloques.

En política económica, tuvo que rectificar sobre la marcha e inyectar liquidez para superar la recesión. El historiador James T. Patterson dice que los economistas habían preparado al país para hacer frente a la inflación y al desempleo por separado, pero les sorprendió la estanflación, un fenómeno caracterizado por la coexistencia ambas amenazas. Posteriormente, Ford reconoció que su Plan WIN (Whip Inflation Now) de lucha contra la inflación era como una «dieta rápida».[2] En 1975 el paro ascendió al 7,5 por ciento. Algunas de sus propuestas toparon con el bloqueo del Congreso, como por ejemplo su intento de disminuir el gasto federal para frenar el déficit, bajar los impuestos para reactivar el consumo[3] y aprobar un plan de ahorro energético. Se produjo un «atasco» legislativo. Su obsesión por controlar el gasto le llevó a negar un crédito a la ciudad de Nueva York. Tras un tenso tira y afloja, finalmente Ford evitó la bancarrota de la ciudad.

Por lo demás, a pesar de sus buenos propósitos iniciales, Ford vetó sesenta y seis proyectos de ley durante su corta presidencia, registro superado solo por Cleveland, Franklin Delano Roosevelt —que completó cuatro mandatos— y Truman (Nixon solo utilizó este instrumento en cuarenta y dos ocasiones). Los demócratas le acusaron de «gobernar por veto». «La minoría está arrastrando a la mayoría por la nariz», se quejó un senador demócrata.

Con todo, un columnista de la época, Hugh Sidey, escribió en 1976: «La gestión de Ford ha supuesto un cambio grato con respecto al decenio de desconcierto que comenzó con la bala que mató a Kennedy». Bajo el signo de la división, los Estados Unidos celebraron el segundo centenario de la Declaración de Independencia. Muchos años más tarde, en 1996, una tira cómica muy popular, *The Buckets*, mostró a un «cejijunto» Nixon, un «pasmado» Ford y una «amplia sonrisa idiota» en la boca de Carter. El protagonista, el señor Backet, reflexionaba: «Solo se me ocurre una cosa peor que los setenta». En la tercera viñeta cerraba: «Tener que repetirlos».

PRESIDENTE CONSERJE

Ford apenas conoció a su padre biológico, Leslie Lynch King, un comerciante de lana, que desapareció de su vida cuando el crío tenía dos años.

Luego lo vio un par de veces más: la primera, Leslie se le acercó mientras el chico, de diecisiete años, estaba trabajando en un restaurante. El joven, sorprendido, le reprochó su desapego entre lágrimas. Leslie le dio 25 dólares y se marchó. A los pocos años lo volvió a visitar. Ford era un prometedor estudiante de Yale. Ni siquiera recordaba que había sido bautizado como Leslie Lynch King. Hacía mucho tiempo que había adoptado los tres nombres de su padrastro, Gerald Rudolf Ford, propietario de un modesto negocio de pinturas, quien le tuvo a su cargo desde que tenía tres años. Fue el segundo marido de su madre. Murió en 1962. El joven Ford estuvo muy unido a él, lo consideraba una persona íntegra y un ejemplo a seguir. Hasta los doce años no supo que era su padrastro, cosa que no cambió la relación entre ambos. Creció junto a sus hermanastros en una casa humilde de Michigan. Fue a la Universidad del Estado y luego entró en Yale, en parte gracias a que era un habilidoso jugador de fútbol americano. Su primer salario serio lo ganó como segundo entrenador del equipo de esta prestigiosa universidad, donde se licenció en Leyes con un buen expediente.

En 1941 comenzó a trabajar como abogado. Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió en la Armada. En 1949 inició su carrera política. Un año antes, cuando tenía treinta y cinco, se casó con Elizabeth Anne Bloomer, una activista de los derechos de las mujeres que hizo campaña por la legalización del aborto. Superó un cáncer de mama, así como su adicción a las drogas y al alcohol. Era una mujer de los setenta en el mejor y peor sentido de la expresión. Los conservadores no la veían con buenos ojos y Ford entendió que «las quejas se convirtieran en rugidos» cuando su esposa se expresó sin tapujos en la revista *60 Minutes*. Declaró que la decisión del Tribunal Supremo de legalizar el aborto era «la mejor cosa del mundo» y que probablemente sus hijos fumaban marihuana. El presidente reconoció que sabía que estas palabras le traerían problemas en la campaña por las primarias. No hizo nada al respecto. Al contrario que Reagan, que decidió lanzarse a la carrera y puso en serio peligro la nominación del presidente.

Ciertamente, Ford sabía que no todas las divisiones que partían al país las había provocado Nixon. Los conflictos raciales no se habían resuelto, al contrario, resurgieron al calor de las medidas de acción afirmativa; las desigualdades sociales se habían acentuado, la violencia en las calles estaba a la

orden del día y las drogas hacían estragos entre los jóvenes de los barrios marginales. El 5 de septiembre de 1975, Ford sufrió el primer intento de asesinato. Una secuaz del criminal Charles Manson disparó contra el presidente en Sacramento, capital de California. No habían transcurrido tres semanas cuando Sara Jane Moore, una activista fichada por el FBI, hizo lo mismo en San Francisco. En ambos casos el presidente salió ileso. Su presidencia no atravesaba el mejor momento; el país seguía estancado y no ofrecía síntomas de recuperación económica.

Unos meses antes de llegar a la Casa Blanca, el *New York Times* publicó las operaciones secretas de la CIA entre 1970 y 1973, entre ellas la que derrocó a Salvador Allende —que se suicidó durante el golpe de Estado de Pinochet— en Chile. El vicepresidente Rockefeller tuvo que apagar ese fuego. Reconoció que agentes de la CIA y del FBI investigaron y espiaron ilegalmente a trescientos ciudadanos. Ford también tomó cartas en el asunto. La presidencia incrementó sus poderes y competencias. Las actividades de los servicios de Seguridad e Inteligencia pasaron a depender directamente del Despacho Oval. Ford había decidido ejercer su poder. Algo que le reclamaban constantemente los republicanos, que le reprochaban que «en un año y pico no había sido capaz de demostrar quién estaba al mando». Nombró a Donald Rumsfeld coordinador de su gabinete y a George Bush Sr. jefe de la CIA. En octubre, Rumsfeld, que inmediatamente compaginó su cargo con el de secretario de Defensa, hizo una auténtica limpieza en la Administración. La prensa la llamó «Operación Halloween». Se trajo consigo a varios de los nombres que serían muy conocidos muchos años después, cuando George Bush Jr. emprendió la «guerra contra el terror»: primero Richard *Dick* Cheney, luego se fueron incorporando progresivamente a la Administración y la filas republicanas Colin Powell, Paul Wolfowitz, Richard Perle y Condoleezza Rice. Por supuesto, otro de los hombres fuertes de la Administración Ford fue Henry Kissinger, quien polemizaba con James Schlesinger, partidario de una línea más dura con la URSS. Según algunas fuentes, el cese del segundo contribuyó a pacificar el gabinete. Para otros historiadores no fue así, pues el realismo de Kissinger chocaba ahora con la visión de Rumsfeld sobre Oriente Próximo.

A pesar de todas las complicaciones sobrevenidas, Ford no perdió de vista su objetivo. En 1979, en sus memorias, tituladas precisamente *Tiempo de cicatrizar*,

escribió: «Si se me recuerda en el futuro, lo más seguro es que sea por haber apaciguado a la nación». Al abandonar la presidencia declaró en una entrevista: «Quisiera que me recordasen como una persona amable que trabajó con desvelo durante su mandato y dejó la Casa Blanca mejor de lo que estaba cuando juró el cargo». Aunque hacía oídos sordos, nunca le agradó que le consideraran un inepto y un patoso, tampoco que se exageraran sus errores, como el que cometió durante un debate electoral con Carter, al asegurar que no había «dominación soviética sobre el Este de Europa» y que su Administración no permitiría tal cosa.

Le irritaba especialmente que se refirieran a él como «presidente conserje». No obstante, aceptaba que la sátira formaba parte del juego y, en buena medida, él mismo alimentó esa visión. Cuando quiso rectificar era tarde. La opinión pública se había forjado una imagen de interinidad e incompetencia. La campaña electoral se había echado encima. Los contendientes fueron dos caballeros. De hecho, el ganador, Jimmy Carter, dedicó las primeras palabras de su discurso inaugural al presidente saliente: «En mi nombre y en el de la nación, quiero agradecer a mi predecesor todo lo que ha hecho para curar nuestra nación». Puede discutirse si las heridas realmente cicatrizaron. De cualquier modo, muy pocos americanos dudan de que su honradez y el respeto que profesó a la institución de la presidencia contribuyeron a reanimarla.

[1] La expresión no era una referencia al mítico presidente. Ford construyó una metáfora automovilística. El Lincoln era el coche del presidente, pertenecía a la gama alta de la casa Ford. Con esta frase, Ford mostró su humildad y sus escasas pretensiones.

[2] Los medios criticaron como una ocurrencia inapropiada que repartiera pines con el lema WIN, «derrotemos a la inflación ahora», y recomendara a los americanos que confeccionasen una lista con diez maneras de combatir la inflación y ahorrar energía.

[3] En este contexto apareció el joven economista Arthur Laffer, que trató de explicar durante un almuerzo a algunos miembros del gabinete por qué el aumento de los tipos impositivos no repercutía sobre los ingresos del Estado federal. En una servilleta dibujó lo que después se conoció como la «curva de Laffer».

38. JIMMY CARTER: EL PACIFISTA INCOMPETENTE



1 de octubre de 1924, Plains, Georgia.
Presidencia: 1977-1981.
Partido: Demócrata.
Matrimonio: Eleanor Rosalynn Smith. Tuvieron tres hijos y una hija.
Formación: Academia Naval de los Estados Unidos (Annapolis).
Profesión: militar y comerciante.

EL LABERINTO DE ORIENTE PRÓXIMO

Carter es Carter. Tenía el porte y la sonrisa de Kennedy, el idealismo de Wilson, los propósitos de Roosevelt y la trayectoria de Truman. En todos los casos salvando las distancias, pues Kennedy sonreía mejor —por no hablar de la tan caricaturizada dentadura de Carter—, Wilson teorizaba mejor, Roosevelt gobernó mejor y, finalmente, apenas compartió con Truman los orígenes humildes, con la diferencia de que Truman era de Misuri y él fue el primer presidente del sólido Sur, un reclamo para el votante demócrata que se había dado a la fuga. Por todo esto solo fue Jimmy Carter, uno de los presidentes peor valorados por sus compatriotas, cuya verdadera figura emergió después de que abandonara la Casa Blanca y los americanos olvidaran sus errores. En 2002 ganó el Premio Nobel de la Paz por tres «décadas de infatigable esfuerzo en la defensa de la paz y los derechos humanos». Hoy es una personalidad respetada internacionalmente. Ha escrito casi treinta libros e imparte conferencias por todo el mundo; el Carter Center es una prestigiosa fundación para la resolución de conflictos y la ayuda al desarrollo. Por otra parte, más allá de que en el plano estrictamente político constituya un bello canto a la corrección política, los más críticos con la institución creen que contribuye a sostener y dotar de legitimidad a demandas perversas y gobiernos gamberros.

Durante su presidencia no se mostró como un combativo anticomunista, aunque sí como un ferviente defensor de los derechos humanos y, por extensión, de la causa de los disidentes de los países del Este. Denunció el *apartheid* en Sudáfrica, la represión de Castro y las matanzas en Uganda. Suspendió la ayuda a Argentina, Uruguay y Etiopía para condenar a sus gobiernos. Sin embargo recibió al líder comunista chino Deng Xiaoping y firmó con él acuerdos

comerciales, científicos y culturales, continuando la estela dejada por Kissinger. En los casos en los que Estados Unidos no se jugaba nada realmente serio, sus adversarios dicen que su posición era meramente formal o declarativa. Mostró sus dotes como mediador en Camp David (Maryland), en septiembre de 1978. Unos meses antes, el líder egipcio Anwar el-Sadat había visitado Israel. Carter interpretó que era el momento apropiado para alcanzar una paz duradera en Oriente Próximo e invitó a los dos mandatarios a negociarla. Carter, Sadat y Menahem Begin permanecieron reunidos trece días. De Camp David salieron una foto para la posteridad y dos acuerdos de paz, uno para Oriente Próximo y otro más concreto para Egipto e Israel que, firmado en marzo de 1979, ponía fin a treinta años de conflicto. Quedó pendiente la cuestión de Palestina, que se ventiló con un liviano compromiso de «autonomía» por parte de Begin. El *premier* israelí no reconocía a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) como interlocutora y dejó muy claro que la autonomía era aplicable exclusivamente a la gestión de asuntos municipales, nada más. Los asentamientos judíos en Cisjordania mostraron que el reconocimiento de un estado palestino no entraba en los planes de Begin. Para Carter, en todo caso, lo resuelto era suficiente. Al más puro estilo Kissinger, su propósito consistía en afianzar a los gobiernos amigos en la región: Egipto, Israel, Arabia Saudí e Irán, que muy pronto generaría el mayor trastorno de su mandato.

Según Powaski, Carter no era un experto en relaciones internacionales. Se rodeó únicamente de tres fieles: el profesor de Ciencias Políticas Zbigniew Brzezinski, al que designó consejero de Seguridad Nacional; Cyrus Vance, un abogado de Wall Street a quien nombró secretario de Estado; y Harold Brown, situado al frente del departamento de Defensa. No permitió que nadie más se entrometiera en el diseño de las estrategias. Hamilton Jordan, un ayudante de Carter, afirmó: «Zbig se encarga de pensar, Carter de decidir y Cy de ejecutar». Fue precisamente Brzezinski quien le advirtió al presidente: «Antes de ser un Wilson tienes que ser un Truman». Carter buscaba un orden internacional nuevo. Sus fieles creen que fue el primero en divisar un horizonte *posguerra fría*. Él se guio por una idea motriz: Estados Unidos debía ser el faro de la libertad mundial. Derivado de lo cual, como proclamó en su discurso de investidura: «Nunca podemos ser indiferentes ante la suerte de la libertad en otros países. Nuestro compromiso con los derechos humanos tiene que ser absoluto». Resultó

ser muy relativo, pero bien es cierto que considerable. En su única reunión con Brezhnev, en la Cumbre de Viena de 1979, el líder soviético le advirtió que los derechos humanos eran un «asunto delicado» en la URSS y que no era «un campo legítimo de debate» entre las dos potencias. Carter contestó: «El tema de los derechos humanos es muy importante para nosotros porque determina nuestra actitud hacia su país».

Dos acontecimientos inesperados volcaron el tablero. Por un lado, la invasión soviética de Afganistán; por otro, la crisis de los rehenes de Irán. Carter escribió su primera carta a Brezhnev el 26 de enero de 1977, manifestándole sus buenos propósitos: «Quiero confirmarle que tengo la intención de mejorar las relaciones con la Unión Soviética sobre la base de la reciprocidad, el respeto y el beneficio mutuos». Todo se fue al traste con la entrada de los tanques soviéticos en Afganistán para proteger al presidente Babrak Karmal, que a su vez había llegado al poder mediante un sangriento golpe de Estado en 1978. Los muyahidines organizaron la resistencia y pusieron en serios aprietos al nuevo gobierno. En medio del caos, el embajador estadounidense Adoplh Dubs fue asesinado. Carter rompió relaciones con Kabul y la Unión Soviética decidió garantizar la estabilidad del país y librarlo, según la propia versión del Kremlin, de las amenazas estadounidense, china y paquistaní. Invadió Afganistán el 27 de diciembre de 1979. Para Carter fue una auténtica traición. El presidente estaba pasando por sus peores momentos. Su idílico orden internacional se desmoronaba sin ni siquiera haberlo terminado de pergeñar.

Unas semanas antes, el 4 de noviembre de 1979, revolucionarios iraníes tomaron la embajada americana en Teherán. El hecho produjo un fuerte impacto en la opinión pública de Estados Unidos, que no entendía qué hacía realmente su gobierno por allí, máxime después del drama y la humillación de Vietnam. Sesenta y tres rehenes —finalmente cincuenta y dos— fueron retenidos durante más de un año. El espectáculo para la sociedad americana era dantesco: todo el mundo contemplaba atónito cómo la primera potencia mundial se mostraba incapaz de sacar de ahí a sus ciudadanos, mientras el país sucumbía a la implacable revolución fundamentalista de los ayatolás, que había derrocado en febrero de ese año al gobierno *amigo* del sah Reza Pahlevi, al que la CIA ayudó a regresar al trono en 1953. Carter proclamó en una visita a Teherán en 1977 que «el magnífico liderazgo del sah» había consolidado al país como una «isla de

estabilidad en una de las zonas más turbulentas del mundo». De nuevo hizo la vista gorda ante la violación de los derechos humanos. El sah era prooccidental y, por tanto, la opción menos mala. Estados Unidos convirtió a Irán en una potencia armamentística mundial. De la noche a la mañana pasó a ser un peligroso enemigo con el fanático Jomeini en el poder...

La respuesta de Carter a la invasión de Afganistán no se hizo esperar: canceló tratos comerciales con la URSS y la venta a esta de tecnología y cereal y suspendió uno de los acuerdos de reducción de armamento, el SALT II (Strategic Arms Limitation Talks). Además, anunció que Estados Unidos no participaría en los Juegos Olímpicos de Moscú. El 23 de enero de 1980, en su discurso a la nación, anunció la Doctrina Carter: Estados Unidos defendería el Golfo Pérsico de la influencia comunista. No descartó acciones militares. Solicitó al Congreso un aumento del 2 por ciento en gasto de defensa. El pacifista iluso había descubierto el verdadero rostro de su enemigo en la Guerra Fría. El presidente se puso una pinza en la nariz y estrechó lazos con China y con el gobierno tiránico de Muhammad Zia ul-Haq en Pakistán. El precio que pagó fue alejarse de la India. Indira Gandhi acababa de llegar al poder. Una de las primeras medidas que tomó fue comprar armas a la URSS por valor de 1.600 millones de dólares. Al poco tiempo recibió a Brezhnev en Nueva Delhi. Carter parecía perdido en el complejo puzle de las relaciones internacionales.

El tiempo corría contra Carter en Irán. Los revolucionarios exigían a Estados Unidos que entregara al sah, que estaba en Nueva York recibiendo tratamiento contra el cáncer. Curiosamente, el sah murió antes de que se resolviera la crisis. Las discusiones sobre la estrategia a seguir para liberar a los rehenes generaron fisuras en la desorientada Administración Carter. Brzezinski apadrinó el envío de una expedición militar, lo que provocó la dimisión de Vance, sin conseguir traerse a los ciudadanos norteamericanos. Carter ya no pensaba en las elecciones de ese año. Estaban perdidas. Su frustración iba más allá: no sabía cómo demonios traer sano y salvo al personal de la embajada. Estaba bloqueado. Jomeini liberó a casi todas las mujeres y a algunos negros. En verano quedaban cincuenta y dos personas retenidas. Por otro lado, los milicianos de Jomeini buscaban a la desesperada a seis americanos que habían logrado escapar y refugiarse en la embajada canadiense. La película *Argo* (2012) reconstruye la peripecia de la estrambótica aunque a la postre exitosa operación de rescate,

cuyos papeles fueron desclasificados por Bill Clinton en 1997. Jomeini y sus secuaces aparecían en televisión dando órdenes al presidente de los Estados Unidos y quemando banderas americanas. El gabinete de Carter estaba desquiciado. En julio, con el sah fallecido, ni siquiera tenía claro qué pedían exactamente los ayatolás...

El caso es que Oriente Próximo fue el desagüe por el que se fue toda la credibilidad de Carter. A partir de ese momento, la región marcaría el paso de la política exterior norteamericana. Los destinos de Oriente Próximo y Norteamérica quedaron unidos para las siguientes tres décadas y hasta la actualidad, pues Irán y Afganistán han marcado gran parte de la política exterior del presidente Obama.

444 DÍAS

Como su padre, un modesto granjero que hizo luego una moderada fortuna como comerciante de cacahuetes, Carter era un demócrata conservador que masticaba y arrastraba las palabras. A diferencia de su padre, James Earl Carter, no detestaba a Roosevelt ni era segregacionista. Estudió en la Escuela Naval de Annapolis (Maryland) y en el Instituto de Tecnología de Georgia. Practicaba deporte y era un melómano empedernido. Disfrutaba tanto de la música clásica como de Bob Dylan, Paul Simon y los Allman Brothers. Se casó muy joven, a los veintiún años, con una bellísima amiga de su hermana pequeña, de ojos muy vivos y ligeramente rasgados y nariz respingona, Rosalynn Smith, de dieciocho. Ella fue una primera dama ejemplar. Poco que ver con la esposa de Ford. Rosalynn participó en fundaciones de caridad, defendió la igualdad de derechos de las mujeres, pero se opuso al aborto. Sus memorias, publicadas en 1984, fueron un *best seller*. En ellas reconoció lo que toda América sabía: que 1980 fue un año angustioso.

A pesar de que su mujer disfrutaba de la vida en la Armada, Carter decidió regresar a Georgia para ocuparse del negocio familiar. Lo integró en la estructura de una gran empresa y los Carter ganaron mucho dinero. Perdió la nominación de su partido para senador del estado de Georgia. Impugnó los resultados y después obtuvo el escaño. Permaneció en el Senado entre 1963 y 1967. En 1971

fue elegido gobernador del estado. Se erigió en el líder del «nuevo Sur» y se dirigió a sus conciudadanos para recordarles que «el tiempo de la segregación ha terminado». Dio el salto a la política nacional en 1976. Le confesó a su madre en 1974: «Voy a presentarme para presidente». Y ella respondió: «¿Presidente de qué?». No era ni mucho menos una figura reconocida. Los republicanos dejaron correr el siguiente eslogan: «¿Jimmy qué?». En todo caso, las huestes de Ford no estaban para alharacas. Carter lo tenía firmemente decidido y dedicó un año a su campaña. Las primarias de New Hampshire constituyeron el primer indicio de que su nominación iba en serio. Dos meses antes de la convención demócrata de Nueva York, el 26 de mayo de 1976, sacó todo su arsenal biempensante en Sacramento, California: «Todo lo que quiero es lo mismo que tú: tener una nación con un gobierno bueno y honesto, decente y competente, compasivo y tan lleno de amor como el pueblo americano». En julio obtuvo la nominación en la primera vuelta.

Ya sabemos que fue una campaña entre caballeros decididos a respetarse pero propensos a cometer deslices. El de Carter fue reconocer en la revista *Playboy* que había «mirado a muchas mujeres con lujuria y cometido adulterio de pensamiento». Ford se le acercó bastante en las encuestas. No obstante, Carter mantuvo el voto del Sur, del Norte industrial y progresista y el respaldo de los negros, de la clase trabajadora, pacifistas y ecologistas.[1] Ford consolidó sus apoyos en el Oeste y de los *white collars*, empleados de cuello blanco. El margen de la victoria de Carter fue muy estrecho: 40,8 millones de votos frente a 39,1 (el 50 por ciento frente al 48 por ciento); Carter recibió 297 votos electorales y Ford 240. Sin haberse presentado, Reagan recibió el voto del estado de Washington. Carter ganó en veintitrés estados más el Distrito de Columbia y Ford, en veintisiete. En su discurso inaugural pidió la involucración del pueblo americano en la tarea de «crear juntos un nuevo espíritu de unidad y confianza nacional. Vosotros podéis compensar mi debilidad, y vuestra sabiduría puede ayudar a minimizar mis errores». El noble soñador se equivocaba. El pueblo no pudo compensar su debilidad ni sus equivocaciones.

El ayatolá Jomeini tenía la sartén por el mango. El gobierno estaba paralizado; la sociedad, aterrorizada y perpleja. Carter agotó las vías diplomáticas, militares y económicas. Los ayatolás solo repetían un mensaje: «Los americanos pagarán por lo que han hecho». Carter suspendió la

importación de petróleo iraní y congeló las cuentas y fondos en Estados Unidos de la recién proclamada República Islámica de Irán. En diciembre de 1979 el Consejo de Seguridad Nacional exigió la liberación de los rehenes. Era como hablarle a una pared. El gobierno americano expulsó a 183 funcionarios iraníes de la embajada en Washington. La única buena noticia en ese año y casi cien días de incertidumbre fue la liberación de los seis refugiados en la casa del embajador canadiense. Canadá asumió el coste de ser señalada también por el dedo amenazante de los ayatolás. En abril de 1980, Carter impuso más sanciones económicas y el día 11 envió a veinticuatro militares a ejecutar el rescate. La operación estuvo mal coordinada, se estropearon tres helicópteros y resultó un fracaso. Todo era un completo desastre. Durante la retirada, dos aviones chocaron y murieron ocho personas.

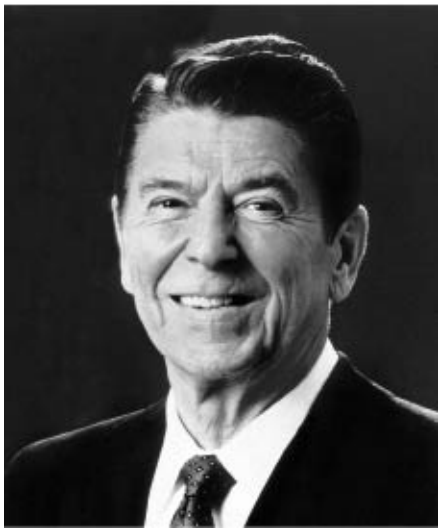
Cuando falleció el sah, Jomeini solicitó que Estados Unidos devolviese a Irán todos sus bienes y cuentas bancarias y desbloqueara las finanzas iraníes en Estados Unidos, así como la no injerencia americana en sus asuntos. Más tarde trasladó nuevas peticiones. Jomeini convirtió el secuestro en un juego macabro. Mientras tanto estalló la guerra entre Irán e Irak, lo que abrió una ventana de oportunidad a Estados Unidos. Jomeini necesitaba fondos y reiteró su oferta. Ahora le urgía que los americanos aceptaran. Como gesto de buena voluntad, en noviembre de 1980, los milicianos entregaron a los rehenes a las autoridades gubernamentales (una pantomima, pues milicianos y gobierno eran un solo cuerpo). Argelia hizo de intermediaria. La crisis estaba a punto de resolverse. Los secuestradores renunciaron a una «disculpa americana», se conformaron con 7.955 millones de dólares y poder disponer de los activos iraníes en Estados Unidos. Para entonces, Carter ya había perdido las elecciones. Reagan había declarado lo que los americanos pensaban: «Ya hemos tenido suficiente Carter». El 20 de enero de 1981, el nuevo presidente tomaba posesión de su cargo. Ronald Reagan anunció que los rehenes serían liberados «ese mismo día» y pronto volverían a casa. Así fue y así terminaron 444 días de cautiverio. Carter voló a Alemania para encontrarse con ellos.

El bueno de Carter había asegurado durante la campaña electoral de 1976, en una entrevista en televisión: «Si soy elegido, al final de los cuatro u ocho años, espero que el pueblo americano diga: “¿Sabes? Jimmy Carter cometió muchísimos errores, pero nunca me dijo una mentira”». Pues eso, Carter no

mintió pero cometió numerosísimos errores. La crisis de los rehenes fue el distintivo y el crespón de su presidencia, aunque Reagan no se olvidó de las cuestiones internas: «Debemos derrotar algo que la presente Administración ha cocinado: un nuevo y completamente indigerible estofado económico, con un poco de inflación, una porción de alto desempleo, un toque de recesión, una dosis de desenfrenados impuestos, de déficit y de gasto público, todo sazonado con una crisis energética. ¡Este es el guiso que ha revuelto el estómago nacional!». Carter «ni siquiera fue un buen relaciones públicas, no despertaba entusiasmo ni temor», escribió en sus memorias Brzezinski. «Es verdad que generaba confianza, lo que le permitía aparecer como una buena persona, no como un líder». En febrero de 1989, plenamente dedicado a sus actividades humanitarias, ejerció de mediador entre el gobierno de Nicaragua y la guerrilla. Ha paseado por todo el mundo sus buenos propósitos, de tal modo que la gente ya no le conoce como «Jimmy ¿qué?», sino como Jimmy *Everywhere*, «Jimmy en todas partes», el paradigma de la solidaridad.

[1] Durante su Presidencia reforzó las competencias de la Agencia de Protección del Medio Ambiente; impulsó la Ley Territorial de Alaska, que dobló el territorio del estado protegido, considerándolo parque nacional o reserva, y una ley descontaminante para la limpieza de zonas que pudieran haber sido afectadas por residuos tóxicos.

39. RONALD REAGAN: EL ORGULLO DE AMÉRICA



6 de febrero de 1911, Tampico, Illinois - 5 de junio de 2004, Los Ángeles, California.
Presidencia: 1981-1989.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Nancy Davis. Tuvieron dos hijos (Patti Davis y Ronald Prescott). Antes, Reagan estuvo casado con Jane Wyman. Tuvieron una hija, Maureen, y adoptaron un niño, Michael. También perdieron un bebé que nació prematuramente.
Formación: Eureka College (Illinois).
Profesión: actor.

CONTRA EL «IMPERIO DEL MAL»

El 1 de septiembre de 1983, unos cazas soviéticos derribaron un avión de pasajeros de las Líneas Aéreas Coreanas que cubría el trayecto Nueva York-Seúl. Murieron todos los ocupantes. A bordo iba también un congresista de los Estados Unidos. Por alguna extraña razón, el piloto cambió su ruta habitual y sobrevoló unas instalaciones militares secretas de la URSS en Kamchatka. La base de control trató de establecer contacto con la nave. No fue posible y el Kremlin no dudó en dar la orden de lanzar sus misiles. El presidente Ronald Reagan interrumpió unas cortas vacaciones en Rancho del Cielo, California, con motivo del Día del Trabajo. «¡Maldita sea, se han vuelto locos, sabían que era un avión civil!». Regresó a Washington inmediatamente. El ataque fue la gota que colmó el vaso. Se dirigió a la nación en los siguientes términos: ha sido «un acto de barbarie, propio de una sociedad que deliberadamente desprecia los derechos individuales y el valor de la vida humana y que busca constantemente expandirse y dominar otras naciones». Y sentenció: «Esta masacre pone a la Unión Soviética contra el mundo».

Reagan no ocultó nunca su anticomunismo. Al principio de su carrera cinematográfica simpatizaba con los demócratas, en buena medida porque su padre encontró trabajo en una de las muchas agencias públicas que creó Franklin Delano Roosevelt durante la Gran Depresión. Ya sabemos de la influencia que ejercen los grandes líderes sobre la consolidación, afianzamiento y fidelización de las bases electorales. Muchos votantes demócratas se mantuvieron leales al Partido Demócrata durante décadas gracias a FDR. Reagan interpretó muy bien esa clave y como admirador de Roosevelt se fijó en él y consiguió lo mismo para el Partido Republicano, esto es, no sólo logró que su formación dominara la vida

política durante los años siguientes, además se atrajo a nuevos votantes que abandonaron las filas demócratas. Eran los «demócratas de Reagan». Antes, en tiempos de Truman, el futuro presidente lideró el Sindicato —gremio— de Actores de Cine, de tendencia liberal y progresista, y participó activamente en la asociación Americanos para la Acción Demócrata de California, declarada antisoviética. Testificó ante el Comité de Actividades Antiamericanas y fue confidente del FBI.

Al año y poco de llegar a la presidencia, en marzo de 1983, presentó en televisión, desde el Despacho Oval, la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI), a la que destinó 17.000 millones de dólares. Su principal cometido consistía en «interceptar y destruir» misiles soviéticos antes de que estos impactaran contra suelo norteamericano. Los críticos con este «exagerado» programa lo ridiculizaron refiriéndose a él como «la guerra de las galaxias». Posteriormente reconocieron que, al contrario de lo que pretendían, la expresión hizo fortuna y ayudó más que perjudicó a Reagan, pues lo que nació como una burla contribuyó a que el americano medio percibiera con claridad y pudiera definir y entender lo que era el escudo antimisiles y el concepto de SDI, a priori tan técnico y difuso. Tras la presentación anotó en su diario: «Creo que fue bien». Tomando un café con científicos y antiguos altos funcionarios del Departamento de Estado les dijo: «No hice un pronóstico optimista, este programa podría llevarnos veinte años o más, pero es necesario implementarlo».

Ronald Reagan se tomó muy en serio la Guerra Fría. Sin concesiones. No admitía la política de contención. Además, los agentes de la CIA habían detectado las primeras fisuras en la carrera espacial soviética. Todo podía ser un inmenso decorado, una mascarada a modo de las ciudades Potemkin, esas inmensas tramoyas empleadas por el valido de Catalina la Grande para deleite de la zarina en el curso de sus viajes dos siglos atrás. Reagan pisó el acelerador con el objetivo de poner al descubierto las carencias tecnológicas de la URSS. Yuri Andropov —que había llegado al poder en noviembre de 1982 tras la muerte de Brezhnev— aseguró que el SDI era una declaración evidente de que los Estados Unidos se habían propuesto ganar la Guerra Fría y obtener la rendición de Moscú. Reagan abrió un frente de batalla que estaba seguro de dominar. Como sugirió Michael Beschloss, periodista especializado en la Casa Blanca, «los estudiantes americanos de secundaria disponían de un ordenador más avanzado

que los de algunos militares soviéticos. Además, muchos de sus científicos, en ocasiones, tenían que abandonar sus investigaciones para atender la cosecha de las granjas familiares». Andropov fue director de la KGB y era muy consciente de la situación. Por eso consideraba que el SDI era una afrenta innecesaria, una declaración de superioridad humillante. A todo esto había que añadir el fracaso y el desgaste que estaba suponiendo la invasión de Afganistán. Por su parte, el presidente americano, desde el primer día de mandato, envió misiones secretas para inspeccionar la tecnología del Kremlin. A lo más que llegó Moscú fue a crear el sistema RYAN de detección de naves que surcaban su cielo.

Al mismo tiempo que lanzó el Escudo Antimisiles, y para reforzar la iniciativa, el Departamento de Defensa de los Estados Unidos publicó el segundo informe titulado «El poderío militar soviético», de 107 páginas —el primero databa de 1981— para demostrar al mundo que la URSS estaba aumentando su poder armamentístico. El Pentágono justificaba así la decisión de la OTAN de instalar los misiles Pershing-2 y Cruise en la República Federal de Alemania.[1] El día 8, coincidiendo prácticamente con la presentación del memorándum, Reagan pronunció un discurso aparentemente intrascendente en Orlando, Florida, ante una concurrencia entregada, la Asociación Nacional Evangélica. No parecía el marco adecuado para una intervención histórica. Sin embargo, lo fue. Reagan tenía ganas de cargar contra los comunistas.

Quiso hacerlo en su visita a Gran Bretaña, el 8 de junio de 1982, ante la Cámara de los Comunes, pero sus asesores le aconsejaron que no fuera excesivamente duro. Aun así, en Londres predijo que la libertad acabaría por enviar «al marxismo-leninismo al basurero de la Historia». Citó a Churchill y tocó la fibra sensible de los británicos: Polonia. Expuso que su capital, Varsovia, estaba a igual distancia de Bruselas que de Moscú y, por tanto, «es el centro de la civilización europea». En aquellos momentos, el sindicato Solidaridad aglutinaba la oposición al régimen comunista. Y Reagan animó a los británicos a tomar partido. Como casi siempre, hizo gala de su agudo sentido del humor: «La fuerza del movimiento Solidaridad en Polonia demuestra la verdad que relata un chiste que circula clandestinamente en el Este. Dicen que la Unión Soviética continuaría siendo una nación de partido único incluso si se permitiera un partido opositor, porque todo el mundo se uniría al partido opositor».

El caso es que Reagan soltó ese 8 de marzo de 1983 en Orlando todo lo que

quiso haber dicho en Westminster. De tal modo que el discurso pasó a los anales. Afirmó que «debemos buscar la paz incrementando nuestra fuerza [...]. Debemos tener en cuenta que mientras [los soviéticos] predican la preponderancia del Estado, declaran su omnipotencia sobre el hombre individual y predicen su dominación final sobre todos los pueblos de la Tierra, ellos son el eje del mal en el mundo moderno». Acababa de poner en circulación el término con el que pretendía que los americanos identificaran el comunismo. Y redondeó: «Por eso os pido [...] [que superéis] la tentación de ignorar los hechos de la Historia y los impulsos agresivos del Imperio del Mal». En suma, para Reagan, la carrera nuclear no era un «gigantesco malentendido» y sus compatriotas y aliados tenían que evitar culpar a «las dos partes por igual». Ante un auditorio religioso no dejó escapar la oportunidad de recordar que su estrategia pasaba, a diferencia de la de todos los presidentes que le precedieron desde 1945, por promover, en la medida de sus posibilidades, un «cambio político en la Unión Soviética»:[2] «Recemos por la salvación de todos los que viven sometidos a la oscuridad totalitaria». La oposición no recibió con agrado estas palabras. Consideró que Reagan estaba incendiando gratuitamente el mundo, poniéndolo en peligro. Que su relato era innecesariamente agresivo e incluso «primitivo». Ellos eran partidarios de la contención. Andropov tenía razón en una cosa: Reagan quería ganar la Guerra Fría. Para Reagan, los biempensantes se conformaban con el empate infinito. Dos semanas después, a finales de ese mes de marzo, comunicó, sin consultarlo con su secretario de Defensa, Caspar W. Weinberger, ni con su secretario de Estado, el veterano George P. Schultz —que a su vez había sustituido al efímero Alexander M. Haig Jr., que dimitió por desavenencias con el presidente—, un plan para «cambiar el curso de la Historia de la humanidad». Se refería al escudo antimisiles.

En verano, la Casa Blanca transmitió la decisión de instalar los nuevos misiles en Europa a finales de 1983, fecha en la que aprobó las maniobras militares Able Archer, que probaban el protocolo de actuación previsto en caso de iniciar un bombardeo nuclear. Schultz aconsejó a Reagan que buscara fecha para una cumbre con Andropov. El secretario de Estado era tan anticomunista como el presidente, pero no le gustó que incluyera en su intervención aquello del «Imperio del Mal» sin consultarle. Reagan accedió y le invitó a Washington. La reunión no se celebró por el atentado contra el vuelo surcoreano KAL-007. Por

la noche, en Camp David, Reagan quiso relajarse viendo el estreno en la cadena ABC del telefilm *El día después*. La película le produjo un fuerte impacto emocional, le dejó consternado. Muestra las consecuencias de una escalada bélica sobre una pequeña localidad de Kansas, Lawrence, donde hay una base militar. Sus habitantes sufren las terribles consecuencias de un ataque nuclear. El pueblo queda devastado. Las imágenes son espeluznantes. Reagan recapacitó.

El director de la CIA, William Casey, le dijo que los *rusos* temían una ofensiva. «¿Piensas que creen realmente tal cosa?», preguntó retóricamente el presidente. Y anotó esta reflexión en su diario: «Creo que los soviéticos están tan obsesionados con la defensa y es tal su paranoia ante un posible ataque, que, sin rodeos, deberíamos decirles que nadie tiene la intención de hacer algo así». De todos modos, se reafirmó en su idea de desarrollar el escudo antimisiles: «Nuestro único fin [...] es dar con la manera de reducir el peligro de una guerra nuclear», declaró. Cuando Gorbachov se hizo con los mandos del oxidado gigante soviético, todo fue mucho más fácil. El historiador Melvyn P. Leffler afirma que Reagan estaba dispuesto a compartir con los *rusos* la tecnología prevista para el desarrollo del programa Iniciativa de Defensa Estratégica. Otros autores, entre los que se encuentra Tony Judt, sostienen que las bravuconadas de Reagan eran para consumo interno, para elevar la moral de la nación.

Tras el ataque al avión coreano, el presidente se expresó con rotundidad y Weinberger le pidió que suspendiera la reunión prevista entre Schultz y Gromiko, ministro de Exteriores del Kremlin. De todos modos, Reagan no cerró la vía de comunicación con Moscú.

Entre 1981 y 1986, el presupuesto del Pentágono pasó de 171.000 a 376.000 millones de dólares. Reagan escribió luego en sus memorias: «Me proponía hacer saber a los soviéticos que íbamos a gastar lo que fuera necesario para llevarles la delantera en la carrera de armamentos». Como era reacio a subir los impuestos, y dado que la mayoría en el Capitolio era demócrata y no estaba dispuesto a reducir otras partidas del presupuesto, la deuda nacional aumentó considerablemente. Fue el precio que pagaron los americanos por revitalizar su orgullo y acelerar la caída del bloque soviético. Ese déficit, a la larga, lastró la presidencia del primer Bush, que tuvo que incumplir su promesa de no incrementar la presión fiscal.

EL «GRAN COMUNICADOR»

Ronald Reagan tomó posesión el 20 de enero de 1981, dos semanas antes de cumplir setenta años. Es el presidente con más edad en el momento de acceder al cargo, lo cual no mermó su desbordante energía. Tenía una apariencia vigorosa y su simpatía lo hacía parecer más joven. Eso sí, sufrió los achaques propios y no tan propios de la edad. Llevaba audífonos en los dos oídos; en 1981 sufrió un atentado y en 1985 fue operado de cáncer de colon. Tuvo que ser intervenido una segunda vez el mismo año, y de nuevo en 1987. En ningún momento dio la sensación de que el Despacho Oval estuviera vacío. Después de tantos antecesores que salieron por la puerta de atrás, él lo hizo por la puerta grande y abrazado a la bandera de la libertad. Ganó sus tres guerras: al comunismo, a los impuestos y a la corrección política. La primera con la inestimable ayuda de Gorbachov, la segunda a costa del equilibrio presupuestario y la tercera por la fuerza de su determinación y su habilidad para voltear los argumentos.

Hoy es uno de los presidentes mejor valorados por los norteamericanos.[3] Y después de Lincoln, el segundo preferido de entre los republicanos. Desde Eisenhower, fue el único que completó dos mandatos —no lo pudieron hacer ni Kennedy, ni Johnson, ni Nixon, ni Ford, ni Carter—, lo que prueba, como ya se ha escrito, que los sesenta y setenta fueron décadas especialmente convulsas en Estados Unidos, y no exclusivamente, o precisamente, debido a la Guerra de Vietnam, sino al cambio de paradigma político, económico y social y a la emergencia de nuevos valores, llamados *posmateriales*. Esto es, más allá de la división entre clases surgieron colectivos contestatarios que defendieron la paz, los derechos de la mujer, el medio ambiente, la lucha contra la pobreza y los derechos civiles; al tiempo que muchos de ellos arremetían contra la política tradicional y el *establishment*. Estas nuevas demandas removieron los cimientos de los partidos políticos y transformaron sus bases de apoyo. Para los conservadores fueron décadas de anomia, antiamericanismo y violencia callejera que tuvieron que combatir con ley y orden. Para los liberales, fueron décadas de represión y tensión social provocadas por quienes se oponían a la ola de nuevos derechos civiles.

Los cincuenta habían sido relativamente felices y tranquilos. Por el contrario, los sesenta y setenta dejaron en la memoria colectiva los horrores de Vietnam, el

mito asesinado, los disturbios raciales, la Crisis del Petróleo, las protestas estudiantiles, la división política, la bandera en llamas, un presidente amenazado de censura y perseguido por la Justicia, otro paralizado por los ayatolás, una recesión económica... La nación había salido malparada, fue zarandeada y estaba sumida en la depresión y melancolía colectiva. Reagan recuperó el espíritu de los padres fundadores —a los que citaba frecuentemente en sus actos públicos—, se declaró su heredero, al tiempo que inyectó ánimo, sencillez y mucho sentido del humor a la presidencia. Pero sobre todo devolvió a los americanos el orgullo perdido. Ford restituyó la dignidad de la presidencia; Reagan, la honra y la autoestima a América. Por eso, entre otras razones, completó dos mandatos y en las elecciones de 1984 arrolló al candidato demócrata, Walter F. Mondale.

Fue fundamentalmente un presidente que hablaba claro. Un *rooseveltiano* que perdió el miedo a Roosevelt. O sea, que se atrevió a emplear un lenguaje distinto, principalmente en política económica e internacional. Era un actor y un notable locutor de radio. La profesión de actor le enseñó lo importante que era la puesta en escena; la de locutor, que el tono, la modulación y las pausas son esenciales para transmitir ideas. Todos los presidentes americanos respetan y quieren a su bandera, pero posiblemente Reagan ha conseguido, como el que más, que su imagen se asocie a ella. Otros presidentes eran notables oradores (Lincoln, FDR o Kennedy), pero la verdadera habilidad de Reagan era que no había un solo americano que no entendiera todo lo que decía, y no precisamente porque dijera aquello que sus compatriotas esperaban oír. Fue un presidente contraintuitivo. Un líder capaz de hacer cambiar la percepción y las opiniones que la gente tenía sobre determinadas cuestiones políticas. Sus ideas eran «sencillas y populares». Kennedy dominaba la escena; Nixon, a su modo, también. Los dos actuaban. A Reagan todo le salía natural, quizás porque los actores acaban interiorizando sus personajes y los llevan a la vida real. Él llevó a la vida real su papel de presidente de los Estados Unidos. Por otra parte, era reservado en el ámbito privado, puede que también por la experiencia que le otorgó Hollywood, donde nada es lo que parece y todo el mundo está expuesto a los inquisidores focos.

Su destreza ante los medios le valió el sobrenombre *El Gran Comunicador*. Trufaba sus mítines de relatos personales, anécdotas y chistes. Era amable, alegre, tranquilo y optimista. Reagan perfeccionó la técnica conocida como *the*

line of the day, creada por Richard Nixon.[4] Una herramienta de comunicación que manejó como pocos. Cada mañana daba instrucciones a sus asesores y gabinete para que lanzaran un tema, una propuesta, un comentario o una valoración. Con ese mensaje se desayunaban los medios. Conseguía marcar la agenda y llevar la iniciativa política. El periodista del *New York Times* Steven Weisman dijo que Reagan dominaba el «arte de control de acceso»: «La Casa Blanca bajo Reagan mantenía constantemente la iniciativa, esquivaba las críticas contra el presidente, se aseguraba de que la Administración hablaba con una sola voz y elaboraba su estrategia de comunicación en función de la agenda legislativa». Otro periodista del mismo diario, Hedrick Smith, reconoció que en la distancia corta desarmaba a todo aquel que de lejos lo veía como un «fanático» conservador.

Reagan sabía cuáles eran sus limitaciones. Por eso delegaba. Lo cual le puso en serios apuros cuando se destapó el escándalo Irán-Contra. Él se preocupaba por marcar el paso, luego quería que le contaran los pormenores, pero se fiaba de su equipo. Obviamente, eso le permitía ocultar algunas de sus carencias. Reagan aprendió a leer con su madre, no fue un buen estudiante, destacó mucho más en el fútbol americano —fue la actividad que le mantuvo ligado a las instituciones educativas—, el baloncesto y, por supuesto, las artes escénicas, que ya practicaba en el instituto. No fue a la universidad. Tras graduarse en el Eureka College de Illiniois, buscó trabajo en la radio, medio que le llamaba mucho la atención y que consideraba un trampolín hacia Hollywood. Después de enviar muchos currículos, comenzó como locutor y animador deportivo en las retrasmisiones de los fines de semana de la emisora WOC de Davenport, Iowa. De ahí pasó a la cadena WHO y por fin a la NBC. Su voz empezó a ser conocida en las narraciones de la Liga Nacional de Béisbol en el Medio Oeste. Sin desplazarse a los estadios, con un renglón de teletipo y una buena dosis de imaginación, describía con maestría los detalles de una jugada.

Su familia era originaria de Escocia, Inglaterra e Irlanda, de donde viene su primer apellido. Los O’Reagan llegaron a América huyendo de la crisis de la patata irlandesa, a mitad del siglo XIX. Primero pasaron una buena temporada en Londres. Su padre, John Edward (Jack) Reagan, era un esforzado vendedor de zapatos que consiguió montar una tienda de medio tamaño que luego se fue al traste con la Gran Depresión. Lo había pasado mal. Sus progenitores murieron

de tuberculosis cuando tenía seis años. Se crio con un tío y una abuela. Tras perder un par de empleos, su filiación demócrata le permitió encontrar acomodo como director de varios programas de reactivación económica del New Deal. La economía familiar se estabilizó. Si Jack era católico, la madre de Ronald, Nelle Wilson, era protestante. En los años en que en el hogar no entraban apenas ingresos, ella trabajó de dependienta y costurera para sacar adelante a su marido y a sus hijos. No por ello se olvidó de cumplir con sus obras de caridad.

En 1937 por fin le llegó la oportunidad que buscaba: Reagan firmó un contrato de siete años en Hollywood. Participó en cincuenta películas, la mayoría de serie B y como actor secundario. Ese año debutó con *Love is on the air*. Interpretaba, precisamente, a un locutor de radio. En los doce meses siguientes rodó otras siete cintas. Su intervención más conocida fue en *Knute Rockne, all American* (1949). En una película intrascendente, *Kings row*, dio vida a un buen hombre al que un matasanos le amputó una pierna en una mala operación. Cuando el personaje de Reagan despierta de la operación exclama: *Where's the rest of me?* («¿Dónde está el resto de mí?»). Pasado el tiempo se quedó con la frase para titular sus memorias. En 1941 estaba en su mejor momento. La productora Warner Brothers anunció que Ronald Reagan era el actor que más cartas recibía después de Errol Flynn. Un año antes se había casado con la actriz Jane Wyman, conocida en España como la malvada Angela Channing de la serie *Falcon Crest*.

Entonces fue llamado a filas. Los japoneses acababan de bombardear Pearl Harbor. Reagan sirvió en el Pacífico desde abril de 1942 hasta julio de 1945. En esos años apareció en el conocido musical *This is the Army*. Al regresar a los estudios de Hollywood, su estrella se había apagado, ya no era un actor en alza, aunque firmó con Warner otro contrato largo. En 1948 se divorció de su primera esposa y, en 1952, se casó con el verdadero amor de su vida, Nancy Davis. Muchos años después, Reagan, ya en el Despacho Oval, anotó en su diario: «¿Qué hubiera sido de mí sin ella?». Nancy le daba cortos y taxativos consejos que aclaraban las ideas del presidente. Al casarse por segunda vez, el actor declaró: «Jane me dejó, entonces apareció Nancy y me salvó de la soledad».

Nancy también era actriz. Ambos se conocieron en 1949. Ella estaba preocupada porque su nombre había aparecido en las listas con las que el Comité de Actividades Antiamericanas identificaba a los artistas «izquierdosos». Un

director amigo, Mervyn LeRoy, le puso en contacto con el presidente del Sindicato de Actores, Ronald Reagan. Quedaron a cenar. Él le explicó que su nombre no estaba incluido. Había otra Nancy Davis. Aclarado el asunto se fueron al teatro. Así empezó su relación. El actor William Holden fue el padrino de bodas. Luego el matrimonio rodó una película y un telefilm.

Como primera dama, la prensa la criticó por gastarse una fortuna en reformar la mansión presidencial mientras su marido pedía reducir los gastos federales. Además, se extendió el rumor de que no solo ejercía una gran influencia sobre el presidente, sino que lo hacía después de consultar a un astrólogo. Nancy instó a su esposo a rebajar los decibelios de su retórica anticomunista, reducir el gasto en defensa y buscar una solución diplomática para Nicaragua. Los adversarios de Reagan, viendo que su liderazgo era impermeable a las críticas, la tomaron con Nancy. Volvieron a la carga porque se compró una colección de vestidos de diseño exclusivo con créditos muy blandos. Venía de Hollywood, era hija de actriz, su padrastro era un reputado neurocirujano de Chicago y le gustaba el lujo. A propósito de lo cual, el mordaz periodista y escritor Gore Vidal aprovechó para ironizar sobre la formación intelectual del presidente: «Sé positivamente que el señor Reagan no tiene clara la diferencia entre los Medici y los Gucci. Solo sabe que Nancy lleva uno de los dos». Reagan no permitió que las críticas minaran ni su presidencia ni su matrimonio. Su querida Nancy era intocable; sus ideas, también.

LOS *REAGANOMICS*

Reagan conocía bien los entresijos del mundo de la escena. Tenía buenos contactos y predicamento entre los actores. En 1959 era un demócrata convencido que consiguió renegociar los salarios y las condiciones del gremio tras la huelga que paró Hollywood. Al año siguiente reconoció que había contraído una «incurable hemofilia liberal» y la hemorragia lo condujo al Partido Republicano en 1960. En esas fechas escribió: «Me he dado cuenta de que el gran enemigo no eran los grandes negocios sino el gran gobierno». Y participó en doscientos actos públicos respaldando la candidatura de Nixon para gobernador de California. En 1962 se registró como votante republicano.

Hacía tiempo que su carrera cinematográfica se había estancado. En 1954 firmó dos semanas como monologuista en Las Vegas. Fue consciente de que había retrocedido y tenía que cambiar el rumbo. Este último contrato solo le aportó bagaje para sus futuros discursos como político. Posteriormente aceptó ser la cara visible de General Electric. Conduciría su espacio en televisión y recorrería las distintas factorías y sedes de la empresa como jefe de comunicación y relaciones públicas. Algún biógrafo dice que asumir con tanta profesionalidad y convicción el papel de la compañía fue lo que lo convirtió en un republicano de pro. En 1964 apoyó a Goldwater para la presidencia.

En la última semana de campaña por la nominación republicana apareció treinta minutos en televisión. El *New York Times* confirmó que era el político que más opiniones y editoriales había generado en menos tiempo con una sola intervención. Reagan se dio cuenta de que la política, con la tele de por medio, funciona con los mismos resortes que la escena: la provocación y el escándalo —obviamente en dosis moderadas— permitían a las audiencias identificar a los actores. Aprendió que era fundamental ser el eje del compás, marcar la pauta, ocupar el centro del escenario. El Partido Republicano encontró su pócima milagrosa. Goldwater tenía ideas firmes, pero era demasiado polémico, subversivo y, a pesar de su populismo, no acababa de conectar con el electorado. Nixon todavía no había resucitado. De modo que los republicanos entendieron que debían cuidar a Reagan.

Curiosamente, con lo difícil que le resultó meter la cabeza en Hollywood, qué fácil pareció su conquista del corazón de los líderes republicanos y luego de los votantes. En 1966 ganó las elecciones a gobernador de California: congeló el empleo público, redujo el tamaño de la Administración y el presupuesto. En su primer mandato subió los impuestos para reducir el déficit y mantener las políticas asistenciales. Vetó el establecimiento de la educación bilingüe y aprobó una ley que permitía el aborto. Reducir el déficit sin renunciar al Estado del Bienestar le catapultó a la nominación republicana de 1968. Más tarde se arrepintió de dar el salto demasiado pronto. Hizo campaña por Nixon, a quien no dejó de apoyar ni cuando estalló el escándalo Watergate. Se mantuvo en el gobierno de California hasta 1975. Ese año lo dedicó a impartir conferencias, escribir en periódicos y firmar opiniones en la radio. En noviembre anunció que concurriría a la carrera presidencial del año siguiente y competiría con Ford por

la nominación republicana. Fue el primer republicano del siglo xx que retó a un presidente en el cargo de su mismo partido. Volvió a perder, esta vez por solo 60 delegados de los más de 2.200 que acudieron a la convención de Kansas City.

En julio de 1980 llegó su momento. Los republicanos celebraron su convención en Detroit. Era el único candidato. Se había impuesto con claridad en varias primarias. Solo George W. H. Bush le desafió en la recta final. No obstante, acabó retirándose de la carrera. Reagan no se apartó del camino que le había llevado hasta allí. En su discurso de aceptación prometió un gobierno pequeño y una defensa nacional fuerte. Con su característica agudeza sentenció: «Las nueve palabras más terroríficas en nuestro idioma son: "Soy funcionario del gobierno y estoy aquí para ayudar"». Por otra parte, la plataforma republicana se mostró partidaria de incluir una enmienda constitucional para prohibir el aborto. Reagan había cambiado de opinión y lo justificó con su ingenio habitual: «Me he dado cuenta de que todos los que están a favor del aborto ya han nacido».

El rumor de que Ford sería designado como vicepresidente se extendió como la pólvora hasta que el propio expresidente lo desmintió. Reagan se decantó por Bush. Había surgido el *reaganismo*. Los partidarios de Ronald Reagan defendieron con devoción su programa económico. Más tarde fueron llamados los *reaganomics*. Reagan encaró la campaña sin contemplaciones con Carter: la crisis de los rehenes, el precio del petróleo, la inflación galopante (13 por ciento), el desempleo (7 por ciento) y los elevados tipos de interés (15 por ciento) eran motivos más que suficientes como para desalojar al sureño de la Casa Blanca. En campaña pronunció una de sus frases más celebradas: «Recesión es cuando tu vecino pierde su empleo. Depresión es cuando tú pierdes el tuyo. Recuperación es cuando Carter pierde el suyo». Asimismo, los republicanos mostraron al presidente sus seiscientas sesenta promesas de 1976 incumplidas. El 28 de octubre los dos líderes se enfrentaron en el último debate televisado. Carter propuso un acuerdo para mantener la paz mundial y los programas sociales. Reagan ladeó la cabeza, apretó los labios, sonrió moderadamente y dijo: «Ya estamos otra vez...». Al candidato republicano le tocó cerrar. Miró a cámara y planteó una cuestión muy concreta: «Cuando usted vaya a tomar la decisión [de votar] deberá preguntarse si le van mejor las cosas que hace cuatro años».

43.899.248 americanos votaron a Reagan (el 51 por ciento) y 35.481.435 lo hicieron por Carter (el 41 por ciento). El candidato independiente, John B. Anderson, antiguo republicano moderado, obtuvo casi 6 millones de votos (7 por ciento). En el Colegio Electoral, los votos se repartieron así: 489, 49 y 0. Por estados, Reagan ganó en cuarenta y cuatro; Carter, solo en seis y en el Distrito de Columbia. En su discurso inaugural, el presidente in péctore insistió: «El gobierno puede y debe fomentar oportunidades, no ahogarlas; promover productividad, no estrangularla». Y concluyó: «El Estado no es la solución a nuestros problemas».

El 30 de marzo de 1981, Reagan salía de un acto público del Hotel Hilton, en Washington. Antes de meterse en el coche, un joven se le acercó y vació el cargador de su revólver calibre 22: seis tiros a muy poca distancia. Fue un milagro que nadie muriera. A Reagan le alcanzó en el pecho una bala que rebotó previamente; otra se incrustó en el cráneo de su secretario de Prensa, James Brady, que nunca se repuso de los daños cerebrales. Dos policías resultaron también heridos. El autor de los disparos era John W. Hinckley, un vagabundo lunático que quería impresionar a la actriz Jodie Foster. Tras la primera detonación, el guardaespaldas Jerry Parr se abalanzó sobre Reagan y lo empujó dentro de la limusina mientras lo parapetaba. El presidente no parecía herido. Una vez en el coche comenzó a toser y escupir sangre. Llegó a tiempo al hospital, donde todavía tuvo ganas de soltar un par de ocurrencias: «Olvidé agacharme», se justificó ante el cirujano. A punto de entrar a quirófano preguntó a los médicos: «¿No serán ustedes demócratas?». A los doce días regresó al Despacho Oval. Su carisma no paraba de crecer. Hinckley fue declarado «no culpable» e internado en un hospital psiquiátrico. Desde allí escribió que el intento de magnicidio fue el mayor acto de amor jamás realizado.

Superado el susto, el presidente siguió a lo suyo: el desempleo se había disparado hasta el 10 por ciento en 1982, el porcentaje más alto desde la Gran Depresión. Al final de su mandato lo dejó en el 5,3 por ciento y redujo la inflación al 4,7 por ciento (durante algún tiempo la mantuvo en torno al 1 por ciento). Por el contrario, no fue capaz de reducir el tamaño del gobierno, en parte porque, aunque los republicanos llegaron a controlar el Senado entre 1983 y 1987, Reagan nunca dispuso de mayoría republicana en la Cámara de Representantes. El presidente abandonó la Casa Blanca triunfante de su cruzada

contra los impuestos; tanto, que aun bajándolos, durante algunos ejercicios aumentó la recaudación. Sin embargo, perdió la batalla contra el equilibrio presupuestario y la deuda pública se disparó por encima de los dos billones de dólares.

Reagan tenía un referente ideológico: Margaret Thatcher. Ella había ganado las elecciones de mayo de 1979 en el Reino Unido haciendo frente a un triple desafío: acabar con la resignación social provocada por el laborismo, desterrar del lenguaje político los mitos del Estado del Bienestar e imponerse al vetusto conservadurismo de un partido dominado por hombres. Según Paul Johnson, ambos reflejaron «el espíritu de la época» y se admiraron mutuamente. La Dama de Hierro[5] estaba convencida de que su política económica influyó sobre la de Reagan; y, al mismo tiempo, la llegada al poder del republicano tenía una importancia fundamental porque «demostraba que la mayor potencia en favor de la libertad [...] estaba a punto de reafirmar un liderazgo seguro de sí mismo en los asuntos mundiales». Ella entendió enseguida que los dos gobiernos podían ayudarse y retroalimentarse: «Sabía que estaba hablando con alguien que instintivamente sentía y pensaba como yo; no solo en lo que a política se refiere, sino también en cuanto a una filosofía de gobierno, una visión de la naturaleza humana, el elevado conjunto de ideales y valores que hay —o debería haber— en todo político que desea dirigir su país», anotó Thatcher en sus memorias. Eran dos estilos distintos para un mismo discurso antiintervencionista y anticomunista. Ella era sobria y él dicharachero; ella distante y él campechano; ella era muy *british* y estricta y él muy americano y confiado.

En noviembre de 1982 la economía norteamericana remontó el vuelo y ya no paró de crecer hasta el final del mandato del segundo Bush, salvo en unos meses agónicos a principios de 1983 y en octubre de 1987, cuando se repitieron acontecimientos similares a los ocurridos durante la Gran Depresión: se hundió la bolsa, aumentó el paró y quebraron algunos bancos y empresas. Las sacudidas y fluctuaciones del mercado se debían, según algunos economistas, a la agresiva política desregulatoria. Reagan bajó los impuestos federales sobre la renta al mínimo histórico, un 10 por ciento cada año en los siguientes tres. La rebaja de la presión fiscal repercutió sobre el empleo, la productividad y la actividad financiera: Wall Street se frotó las manos, pues la progresividad era un aspecto secundario del plan. Al mismo tiempo los gobiernos de los estados mantenían

los servicios sociales. El presidente se dejó aconsejar por la Tax Foundation, un grupo de investigación integrado por expertos fiscales. Constituyeron la base de los *reaganomics*. Reagan solía decir que sus ideas sobre los impuestos no procedían de sus conocimientos técnicos sino de su «experiencia como contribuyente en California». El joven de treinta y cuatro años David Stockman, director de la Oficina de Presupuesto, fue el encargado de diseñar, presentar al Congreso y ejecutar el programa, del que años más tarde renegó.

Los americanos tenían más dinero para gastar y lo hicieron. Mientras no se rompiera el círculo virtuoso, la economía seguiría creciendo. No obstante, la fórmula tenía dos serios inconvenientes: el gobierno federal gastaba mucho más de lo que ingresaba y debía contener la inflación, para lo cual la Reserva Federal elevó considerablemente los tipos de interés (hasta el 20 por ciento), cosa que no estaba en la hoja de ruta inicial de los *reaganomics*. O sea, que para la gente las cosas iban bien mientras que el Estado se endeudaba progresivamente. Con Reagan, Estados Unidos pasó de ser la primera potencia suministradora de crédito a una «potencia mundial en niveles de deuda». En diciembre de 1985, el presidente firmó la Ley Gramm-Rudman-Hollings, que establecía una progresiva reducción del déficit para lograr, a principios de los noventa, el equilibrio presupuestario. En aquel entonces no parecía que le quitara el sueño: «No estoy preocupado por el déficit. Es lo suficientemente grande para cuidarse solo». Pero sí lo estaba. Afortunadamente para él, pudo transferir el coste político de elevar los tributos al legislativo. Pasado el tiempo confesó que se sintió engañado por el Congreso, que incumplió su compromiso de reducir tres dólares de gasto federal por cada dólar que incrementara de impuestos. Cuando abandonó la presidencia reconoció que no cumplió su promesa de lograr un déficit cero. Le echó la culpa al «triángulo de hierro»: El Congreso, los intereses corporativos (se refería a sindicatos y a grupos de presión que demandaban políticas sociales expansivas) y los medios de comunicación.

ALIADOS INESPERADOS

Según James T. Patterson, Reagan «tuvo la suerte de encontrarse en medio de la nueva corriente que creció a finales de la década de 1970 y dejaría profundas

huellas en la política estadounidense». Eran los nuevos conservadores. Es cierto que Goldwater contribuyó a conformar esa corriente y Nixon a traducirla en apoyos políticos concretos y dotar al Partido Republicano de una «nueva mayoría». Los nuevos conservadores aglutinaron los intereses y demandas de obreros cualificados que aspiraban a una casa con jardín y un coche en propiedad, blancos sureños de estricta observancia conservadora, devotos, anti-intervencionistas, moralistas y patriotas. A estos estratos se les unió la clase trabajadora tradicional, de mono azul, urbana e industrial del Norte y Este: todos habían votado a Roosevelt, muchos a Truman y algunos, ya con menos entusiasmo, a Kennedy: eran antielitistas y liberales, pero ahora se sentían penalizados por la discriminación positiva y estaban dispuestos a confiar en el partido que les garantizase reducir la criminalidad. Se convirtieron en «los demócratas de Reagan». Es decir, Reagan no solo «tuvo la suerte» de encontrarse este caldo de cultivo y la herencia electoral de Nixon. Hizo mucho más: dio a todos estos grupos razones para que depositasen su confianza en él y les sedujo con la idea de recuperar América. Reagan no tuvo miedo de romper las barreras de la corrección política. Él no hablaba para agradar a la elite intelectual de Manhattan o Massachusetts, ofreció cobijo ideológico a los desheredados y desencantados de Kennedy, Johnson y Carter.

Por otra parte, en Washington, el Partido Demócrata también se fracturó a principios de la década de los setenta. Los *New Dealers* —defensores del New Deal de Roosevelt, las políticas sociales y keynesianas— se dividieron en dos: anticomunistas declarados y partidarios del apaciguamiento. Carter dio la puntilla a los demócratas antisoviéticos. Algunos autores señalan al socialdemócrata Michael Harrington como el primero que se refirió a estos *desertores* demócratas despectivamente como «neoconservadores». Él lo niega. Es lo de menos. El caso es que con Nixon apareció la distinción entre «halcones» y «palomas», aunque los primeros todavía no se atrevieron a dar el salto al Partido Republicano. Finalmente, marginados por Carter, Reagan les abrió de par en par la puerta de su gobierno. Eran académicos y militantes socialdemócratas que defendían una línea dura contra Moscú sin renunciar al Estado benefactor. Reagan no era uno de ellos, pero los comprendía perfectamente.

En 1979 todavía mostraron algunas reticencias antes de incorporarse a las

filas republicanas. Ese año, Jeane Kirkpatrick[6] —a la que luego Reagan nombró embajadora en la ONU— publicó un artículo titulado «¿Por qué no somos republicanos?», y respondía: porque no se ocupan de «los pobres y de los negros ni activan políticas benefactoras». Estaba gestándose el «conservadurismo compasivo» que popularizó dos décadas más tarde George W. Bush. Dado que el presidente sabía de su propensión al gasto y, en el fondo, los consideraba unos manirrotos, los destinó a todos a altos cargos en la Secretaría de Estado y Defensa, pero siempre alejados de los departamentos que tuvieran la combinación de la caja fuerte.[7]

El trasfondo del debate sobre los principios que guiaron a la Administración Reagan era la disputa por la noción de libertad. Los demócratas se habían apropiado de ella cuando defendían la descentralización frente al gobierno fuerte. Los republicanos la recuperaron en su lucha contra la esclavitud. Los demócratas se la volvieron a arrebatar a sus adversarios cuando la dotaron de contenido social y demostraron que un exceso de «libertad de empresa» había provocado una crisis económica de incalculables dimensiones (si bien, el pionero contra los monopolios y la desregulación fue el republicano Theodore Roosevelt). Los demócratas mantuvieron la posesión de la idea de libertad cuando defendieron los derechos civiles y la discriminación positiva como garantes de la igualdad de oportunidades. Y Reagan emprendió de nuevo la batalla. Lo hizo en dos frentes: el doméstico y el exterior. Según el historiador marxista Eric Foner, «la libertad se convirtió en santo y seña de la revolución de Reagan, quien, en sus apariciones en público y en sus documentos de Estado, empleó el término con mayor frecuencia que ningún otro presidente hasta entonces». Reagan ganó la última batalla por la propiedad de la palabra. Las dos mayores amenazas contra la libertad eran «el volumen del Estado» y el comunismo. De modo que la libertad económica consistía en dejar que la gente gastara su dinero sin que interfiriera el gobierno y la libertad política en emplearse a fondo contra la Unión Soviética. En esto último, solo levantó el pie del acelerador cuando, el 11 de marzo de 1985, Mijaíl Sergeievich Gorbachov, un *joven* de cincuenta y cuatro años, se hizo con el poder en la URSS.

Para Reagan, la llegada de Gorbachov a la Secretaría General del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética fue una auténtica bendición. Andropov duró apenas un año y tres meses, falleció el 9 de febrero de

1984. El exjefe del KGB eligió como sucesor al arquitecto de la perestroika, pero Chernenko y sus hombres le cerraron el paso. Chernenko también murió muy pronto, en marzo de 1985. La Unión Soviética era una gerontocracia. Gorbachov se movió rápido y con tino, como solía, y desplazó al castrista y partidario de la línea dura Grigori Romanov. La revista *Time* celebró la llegada del «nuevo jefe de Moscú»: «Más joven, más suave y probablemente formidable». No se equivocaba, el Nobel de la Paz de 1990, cuyos dos abuelos fueron purgados por Stalin, puso en marcha el reloj de la Historia en el bloque soviético: diseñó el proceso de reforma interno —perestroika— y lo sometió a control de transparencia —*glasnost*—. Con ayuda de los electores demócratas, Reagan configuró su mayoría; los *neocon* le proporcionaron músculo ideológico; y con la inestimable colaboración de Gorbachov se erigió en adalid de la libertad.

El 12 de junio de 1987 pronunció en la Puerta de Brandeburgo una de sus alocuciones más celebres: «Tear down this wall», «derribemos este muro». «Solo hay un Berlín», proclamó. «Sin embargo, no he venido aquí a lamentarme». Tras repasar el milagro alemán, concluyó: «La libertad conduce a la prosperidad [...]. La libertad es la vencedora [...]. ¡Señor Gorbachov, abra esta puerta! ¡Señor Gorbachov, derribe este muro! [...]. El muro no resistirá la fuerza de la libertad». Ese año Gorbachov empleó por primera vez el término «economía de mercado». Hasta ese momento hablaba solo de «mercado socialista».

Cuenta el ensayista neoyorkino Tony Judt que, «en general, el relato de la caída definitiva del comunismo se inicia en Polonia» con la elección del cardenal de Krakovia, Karol Wojtyla, como Papa. Juan Pablo II viajó tres veces a su país antes de la caída del muro. En junio de 1983, delante del mismísimo general Jaruzelski, conminó: «Polonia debe ocupar el lugar que le corresponde entre las naciones de Europa, entre el Este y el Oeste». Defendía exactamente la misma tesis que sostuvo Reagan un año antes en Westminster: exigir que «Polonia fuera Polonia». Al mes siguiente, el gobierno polaco suprimió la ley marcial.

El poderío soviético *iba desnudo*. Era una potencia militar frágil, un sistema político anticuado y destartalado y un modelo económico colapsado. Afganistán mostró las miserias del ejército soviético. Entonces el mundo no podía imaginar que aquel macizo pedregoso era inexpugnable. El 26 de abril de 1986 explotó

uno de los cuatro reactores de la central nuclear de Chernóbil, en Ucrania. No fue el primer accidente de este tipo, pero sí fue el primero conocido en Occidente —eso sí, cuatro días más tarde y a través de un comunicado de dos líneas—, el más grave y el que puso en evidencia la debilidad de la infraestructura soviética. Gorbachov tuvo que solicitar ayuda extranjera y en otoño comenzaron las reformas políticas y económicas. Fueron liberados algunos presos políticos y el Kremlin permitió la publicación de *Vida y destino*. En enero de 1987, el *joven* secretario general del PCUS planteó ante la cúpula de su partido, en un mensaje televisado, la necesidad de «más democracia». Ese año nació el Club Perestroika en el Instituto Matemático de Moscú. En octubre de 1988, Gorbachov se deshizo de Andréi Gromyko, el «último dinosaurio», y asumió también la presidencia del Soviet Supremo. En 1989 se celebraron elecciones, todavía controladas por el partido, que perdió definitivamente su hegemonía y «preponderancia» cuando se reformó la Constitución de la URSS, al año siguiente.

Entre 1985 y 1988, Gorbachov y Reagan se encontraron varias veces. La primera fue en Ginebra (Suiza), en noviembre de 1985; en octubre de 1986 volvieron a verse en Reikiavik (Islandia), donde el líder soviético propuso un calendario para el desarme. Entretanto, Eduard Shevardnadze —ministro de Exteriores soviético— y George P. Schultz —secretario de Estado americano— perfilaban un acuerdo nuclear. Por otra parte, Gorbachov mantenía buenas relaciones con Thatcher, que lo consideraba un tipo con el que se podían «hacer negocios», Kohl, Felipe González y Mitterrand. El líder soviético declaró que la estrategia nuclear tenía que ser estrictamente «defensiva». El 15 de febrero de 1989, los últimos soldados soviéticos abandonaron Afganistán. La decisión formaba parte de un acuerdo más amplio de descolonización militar del Tercer Mundo. Era el final de una era y el comienzo de otra. Según Leffer, Gorbachov trató de persuadir, por un lado, al gobierno de Kabul, liderado por Mohamed Najibullah, para que introdujera reformas e incluyera a la oposición; por otro, a Estados Unidos para que presionara a la insurrección muyahidín y la disuadiera de hacerse con el poder. Antes de retirarse del país, prometió a Najibullah ayuda económica y asesoramiento militar para hacer frente a los talibanes. Najibullah aguantó hasta 1992, cuando los talibanes se hicieron con el poder.

ARMAS POR PRISIONEROS

Reagan llegó al poder dando un golpe de autoridad frente al terrorismo fundamentalista. Carter había negociado ya la vuelta de los rehenes iraníes, aunque Reagan capitalizó su regreso. Anunció que se había acabado eso de mercadear con terroristas. Fueron las palabras que más caras le pudieron costar al presidente. Esa promesa se convirtió en una bomba de racimo que le estalló en dos frentes. Reagan actuó con mano firme frente a gobiernos gamberros. Los problemas empezaron con Gadafi. En mayo de 1981, Estados Unidos rompió relaciones diplomáticas con Libia cuando supo que agentes de Trípoli intentaron asesinar a disidentes libios en América. En enero 1986 prohibió cualquier relación comercial con el gobierno de Trípoli. En abril, la situación se tensó mucho más. El día 5, una bomba estalló en la discoteca La Belle de Berlín, frecuentada por marines americanos. Dos de ellos murieron. En total hubo más de doscientos heridos. Reagan decidió bombardear Libia. Las fuerzas aéreas apuntaron directamente a la residencia del tirano y mataron a una de sus hijas. Solo tres potencias refrendaron la operación: Gran Bretaña, Israel y Sudáfrica. En 1981, y después otra vez en 1989, unos cazas derribaron aviones libios que maniobraban en los límites de su espacio aéreo. En diciembre de 1988, Estados Unidos amenazó con un nuevo bombardeo si Libia seguía desarrollando armas químicas en una planta que Gadafi aseguraba que era de fabricación de productos farmacéuticos.

Estados Unidos era el objetivo preferido de la ira fanática terrorista: en abril de 1983 saltó por los aires la embajada americana en Beirut (Líbano), segando la vida de dieciséis estadounidenses. En octubre, un camión cargado de explosivos mató a doscientas cuarenta y una personas en la oficina de la Marina de Estados Unidos en el aeropuerto de la misma ciudad. Estados Unidos retiró sus tropas de Líbano, que quedó a merced de Siria, aliada soviética. En junio de 1985 fundamentalistas chiíes secuestraron un avión de la TWA con ciento cuatro pasajeros americanos a bordo. Asesinaron a uno de ellos. Siria intercedió para liberar al resto a cambio de la entrega de presos chiíes en Israel. En 1985, ciudadanos americanos también sufrieron atentados cometidos por miembros de la OLP. El 5 de septiembre de 1986, unos terroristas paquistaníes secuestraron un Boeing 747 de la compañía Pan Am en Karachi, Pakistán. Durante la operación

de rescate murieron diecisiete pasajeros. Y por último, dos años después, el 21 de diciembre de 1988, el vuelo 103 de la misma línea aérea fue derribado por terroristas libios a la altura de la localidad escocesa de Lockerbie. Fallecieron todos los ocupantes y once personas que se hallaban en tierra. El muro estaba a punto de caer, pero la Historia no había hecho más que empezar.

Pocos meses antes del desplome del bloque comunista, el politólogo Francis Fukuyama, entonces declarado conservador —luego renegó de las políticas de Bush por la invasión de Irak y se alejó del Partido Republicano— publicó un artículo en el que predijo «el fin de la Historia» y el advenimiento de «décadas de aburrimiento». En todo caso, se avecinaba un mundo sin tensiones globales pero con tensiones locales: el planeta quedaba dividido en dos partes, la histórica y la posthistórica. En la posthistórica había triunfado el ideal democrático liberal; los conflictos se producirían en los demás estados en función de las fases de desarrollo histórico en las que se encontrasen. Frente a él, otro politólogo norteamericano, Samuel P. Huntington, auguraba un choque de civilizaciones, en torno al cual se reconfiguraría un nuevo orden mundial. Una tercera corriente de análisis, integrada por autores de ascendencia marxista, sostenía —y sostiene— que independientemente de las nuevas formas que adopten los conflictos emergentes, subyacería en todos ellos la vieja y recurrente cuestión de la desigualdad, la pobreza y la injusticia social. El mundo resultante del final de la Guerra Fría no era más seguro. Solo lo pareció hasta 2001.

Reagan había ganado por una amplia mayoría las elecciones de 1984 frente a Walter F. Mondale, que había declarado nueve meses antes de las elecciones que no tenía ninguna posibilidad de derrotar a su adversario republicano, el catalizador del fervor patriótico. Mondale esgrimió el arma del déficit, algo intangible para el americano de a pie. Le reprochó al presidente el elevado e inútil gasto militar y el fracaso en las negociaciones sobre armas nucleares con la URSS, a la vez que ridiculizó su escudo antimisiles. Cosas del todo contraproducentes en un país que se había envuelto entero en una gigantesca bandera de barras y estrellas. Y, por último, jugueteó con la edad de Reagan, que contestó con perspicacia: «No voy a explotar para mi propio beneficio la bisoñez e inexperiencia del candidato» demócrata. Total: 54.281.858 votos (59 por ciento) frente a 37.457.215 (41 por ciento). Reagan sumó el número más elevado de la historia de votos del Colegio: 525. Se impuso en cuarenta y nueve estados.

Mondale solo salió victorioso en su estado, Minnesota, y en el Distrito de Columbia. Exultante, Reagan dijo en su discurso inaugural: «Estamos creando de nuevo una nación vibrante, robusta y viva. Pero todavía hay muchas montañas que escalar. No descansaremos hasta que todos los americanos disfruten, todo el tiempo, de libertad, dignidad y oportunidad como derecho natural». Estados Unidos, proclamó, es «dueño de su destino». Enumeró los valores de su gobierno, que identificó con los valores americanos: «Fe, familia, trabajo y buena vecindad», recuperados cuando la economía fue por fin liberada de los «grilletes del Estado».

Así era Ronald Wilson Reagan, el osado y audaz actor que se convirtió en presidente, salió sin un rasguño del escándalo Irán-Contra y dejó la Casa Blanca en loor de multitud. En 1985, su gobierno, con Israel como intermediario, vendió armas a Irán para su guerra con el entonces aliado americano, Irak. Esas armas sirvieron para que Jomeini soltase prisioneros. Y el dinero se empleó en financiar la guerrilla nicaragüense. Un cuádruple salto mortal sobre el que los americanos hicieron la vista gorda. Un periódico libanés destapó el asunto. Reagan se justificó admitiendo la venta a sectores iraníes moderados, pero en ningún caso a cambio de los rehenes secuestrados en Líbano.

El acróbata de la ficción admitió que todo daba la apariencia de lo que no era. Por eso asumía las críticas con naturalidad: «Le aseguro al pueblo que no intercambié armas por presos: mi corazón y mis mejores intenciones me dicen todavía que es la verdad, aunque los hechos y las evidencias me digan que no». Dos comisiones del Congreso investigaron el asunto y concluyeron que, efectivamente, la Administración Reagan intercambió, sin conocimiento de las cámaras ni de la opinión pública, armas por rehenes. Dos miembros del Consejo de Seguridad Nacional, el jefe, John Poindexter, y el coronel Oliver North, corroboraron los hechos en 1987, aunque aseguraron que lo hicieron sin el consentimiento del presidente y asumieron su responsabilidad. Igualmente reconocieron que destruyeron documentos. El informe conjunto no pudo probar que Reagan estuviera informado de la operación, pero aseguró que probablemente la aprobó o la conocía. En marzo de 1988, el fiscal Lawrence Walsh se empeñó en continuar la investigación. La opinión pública había pasado página. Reagan rehusó desclasificar archivos relativos al caso. El conflicto en Nicaragua continuó hasta 1988. En 1990 Violeta Chamorro derrotó al líder

sandinista, Daniel Ortega, en unas elecciones libres. Y en 1991, el último preso en Líbano regresó a Estados Unidos.

En junio de 1988, Reagan tuvo un último gesto de complicidad con Gorbachov y visitó Moscú. Él se iba pero Gorbachov seguía. Un periodista le preguntó si todavía consideraba a los soviéticos el «Imperio del Mal». El presidente contestó: «Han cambiado». En su última rueda de prensa, en diciembre de 1988, Reagan declaró que «con el objetivo de liberar a nueve rehenes americanos, Estados Unidos debía negociar con Irán». Genio y figura. Era el presidente combativo y rocoso, el restaurador de orgullo que tenía un retrato del demonizado Coolidge en su despacho y que no dio por perdida una palabra ni por derrotada una causa.

Cuando abandonó la presidencia, el ilusionista sin complejos defendió la introducción de una enmienda constitucional que recogiera el equilibrio presupuestario y otra que revocara la Enmienda Vigesimosegunda, que limitaba a dos los mandatos presidenciales. «Nunca pensé si fueron mis formas o las palabras que empleaba lo que marcó la diferencia; [porque] sin duda fue el contenido». Murió en Los Ángeles el 5 de junio de 2004 a los noventa y dos años. Hacía diez que tenía Alzheimer. Últimamente no recordaba que una vez fue presidente de los Estados Unidos, el país al que contagió su optimismo. Esa América que, según su amiga británica, Margaret Thatcher, dejó «más fuerte, más orgullosa y más grande».

[1] El canciller socialdemócrata Helmut Schmidt dimitió. La izquierda y parte de su propio partido se pronunciaron en contra de la instalación, que aprobó finalmente el democristiano Helmut Khol. Como señala el historiador Tony Judt, cuando se abrieron los archivos de la República Democrática Alemana (RDA) se supo que al menos veinticinco diputados del Bundestag, el Parlamento de la RFA, eran agentes a sueldo de la RDA.

[2] Otro documento, aparte de los ya citados, fue presentado en 1982 y trataba sobre las relaciones entre Estados Unidos y la URSS. La Administración Reagan se proponía alcanzar tres objetivos: 1. «Contener y con el tiempo invertir el expansionismo soviético». 2. Promover, dentro de los estrechos márgenes de actuación, un cambio político en la Unión Soviética. 3. Negociar con la URSS de acuerdo al principio de «estricta reciprocidad e interés mutuo». El Kremlin consideró que el segundo punto chocaba con los acuerdos de Helsinki.

[3] Una encuesta de Gallup de 2011 concluyó que para el 19 por ciento de los norteamericanos es el mejor presidente; para el 14 lo es Lincoln y para el 13, Clinton. El 11 por ciento cree que Kennedy, el 10 se decantó por Washington y el 8 por Franklin Delano Roosevelt.

[4] Principalmente desde Franklin Delano Roosevelt en adelante muchos presidentes fueron incorporando técnicas de *marketing* y comunicación a sus estrategias. Nixon dio un paso más: creó la

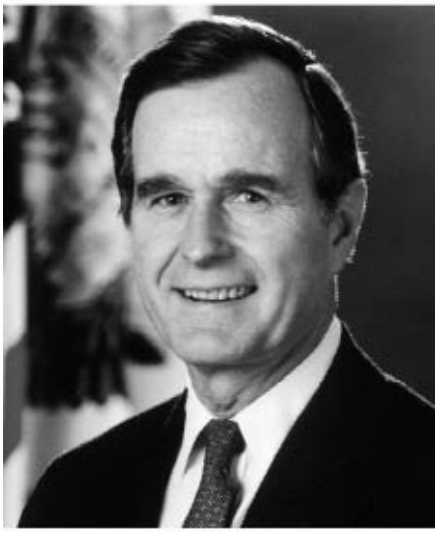
Oficina de Comunicaciones de la Casa Blanca para gestionar la agenda estratégica del presidente. El equipo de comunicación debía elaborar *the line of the day*. Todos los miembros de su equipo asumían y sostenían lo que con los años se llamó el *argumentario*. El objetivo era ofrecer una imagen de cohesión en el gabinete y mantener la vinculación de todos los temas con puntos esenciales del programa. *The line of the day* fue un invento de uno de los asesores de Nixon, David R. Gergen, para «vender» temas a los medios. En una rueda de prensa, Reagan contestó: «Si respondo a esa pregunta, ninguno de vosotros dirá nada sobre aquello por lo que estamos aquí hoy. No voy a darles una información diferente». El objetivo de Reagan no era simplemente establecer la agenda, sino cambiar el marco conceptual e interpretativo, que la realidad se analizara en función de los parámetros discursivos que él establecía.

[5] Habían coincidido un par de veces cuando él era gobernador de California y ella líder de la oposición. «Me había sentido vivamente impresionada por su calidez, su encanto y total falta de afectación, cualidades que nunca cambiaron en los años de liderazgo que le esperaban». Margaret Thatcher fue la primera dirigente extranjera en visitar al nuevo presidente en la Casa Blanca, el 25 de febrero de 1981, por deseo expreso de Reagan. Un año después, el viernes 2 de abril, el ejército argentino trató de tomar las Islas Malvinas, objeto de disputa entre Argentina y Gran Bretaña durante dos siglos. El día 4 la Armada Británica partió hacia el sur del continente americano. A mitad de junio, Gran Bretaña había expulsado al ejército argentino de las Islas. Durante todos esos meses, Reagan prestó apoyo diplomático a Thatcher en Naciones Unidas. El 17 de junio cayó la dictadura argentina.

[6] No es la más conocida del grupo, en el que destacan los nombres de Irving Kristol, Daniel Bell (a quien el término le incomodaba; él prefería denominarse «socialdemócrata de derecha»), Richard Pipes, Richard Perle, Natahn Glazer y Michael Novak, entre otros. La revista de referencia de los neoconservadores es *The Public Interest*.

[7] Como escribió Irving Kristol, «El neoconservadurismo no es hostil, en absoluto, a la idea de Estado benefactor [...]. En general, aprueba aquellas reformas sociales que [...] proporcionan al individuo seguridad y confort [...] con solo un mínimo de intrusión burocrática en los asuntos individuales [...]. En suma, aunque favorable al Estado benefactor, se opone al estado paternalista».

40. GEORGE H. W. BUSH: EL CAMALEÓN APACIBLE



12 de junio de 1924, Milton, Massachusetts.
Presidencia: 1989-1993.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Barbara Pierce. Tuvieron cuatro hijos y una hija. Otra hija murió de leucemia cuando tenía cuatro años.
Formación: Universidad de Yale (Connecticut).
Profesión: empresario.

ESPECIALISTA EN PACIENCIA

Los republicanos también tienen su saga, su dinastía, su *casa real*. Son los Bush. A diferencia de los Kennedy, no están tan señalados por la desdicha. Los primeros Bush, de origen inglés, llegaron a las costas de Cape Cod, Massachusetts, a mitad del siglo XVII. Generación tras generación forjaron su imperio: hubo un pionero del Oeste en busca de oro; un ministro de la Iglesia episcopal; un banquero y un empresario demócrata que hicieron fortuna a principios del siglo XX, cuando el dinero fluía sin control en Norteamérica. El padre de George Herbert Walker Bush, llamado Prescott, fue un importante hombre de negocios que estudió en Yale —no terminó la carrera porque se alistó para hacer frente a las huestes de Pancho Villa—, luchó en la Primera Guerra Mundial y llegó a senador de los Estados Unidos. Pertenecía al ala moderada del partido, próximo a Eisenhower, quien le incluyó en una lista de diez posibles candidatos a sucederle.

El joven George siguió los pasos de su padre. Estudió en Yale, sirvió en la Segunda Guerra Mundial en la campaña del Pacífico, acumuló más de 1.200 horas de vuelo, participó en cincuenta y ocho misiones y fue uno de los cuatro pilotos supervivientes de su escuadrón. También tiene su relato de supervivencia, como Kennedy, pero no tan aireado: en una misión su avión fue derribado y se lanzó en paracaídas al mar mientras la nave ardía; permaneció en el agua, a flote, como pudo, más de tres horas. Regresó a casa en diciembre de 1944, recibió la Cruz de Servicio Distinguido y, en enero de 1945, a los veinte años, se casó con Barbara Pierce, una joven de diecinueve, hija de Marvin Pierce, un reputado editor de revistas. El trago más amargo de la pareja fue la muerte de la pequeña Robin, en 1953. Vino al mundo después de George, el futuro presidente, y se fue

el mismo año en que nació *Jeb,* el futuro gobernador de Florida.

Antes de dedicarse a la política, Bush quiso labrarse su futuro al margen de la prestigiosa firma de fondos de inversión vinculada a su familia, de la que su padre llegó a ser vicepresidente, la Brown Brothers Harriman. De modo que hizo las maletas y se fue a Texas para trabajar en Ideco, una compañía petrolera. Pasó por varias empresas, hizo mucho dinero y fundó una propia, la Zapata Off-Shore Company (el nombre se le ocurrió tras ver la película *Viva Zapata,* con Marlon Brando). En 1964 comenzó su carrera política en Washington. Fue delegado de Goldwater en la convención republicana de ese año. En 1966 vendió su participación en la compañía y obtuvo un asiento en la Cámara de Representantes. Fue el tercer novato de la Historia de la Cámara en formar parte del prestigioso comité permanente. El Way and Means Committe es el más antiguo de todos y por él pasan las iniciativas más importantes, relacionadas principalmente con los impuestos y la regulación del comercio.

Bush fue un republicano moderado: como congresista, como embajador ante la ONU, como presidente del Comité Nacional del partido, como director de la CIA, cuando compitió con Reagan por la nominación a la presidencia, como vicepresidente y finalmente como presidente. Se formó a la sombra del poder y supo esperar su momento. En cada derrota parcial vio una oportunidad. Fue un estratega consumado, un especialista en paciencia. De maneras exquisitas, es cortés y sosegado. Pocos presidentes de la Historia de América cuentan con un currículum como el suyo en el momento de sentarse en el Despacho Oval. La experiencia le hacía ver los matices. Tenía sesenta y cuatro años cuando ganó las elecciones de 1988.

Antes de obtener oficialmente la nominación del Partido Republicano para competir por la presidencia en la convención de agosto, en Nueva Orleans, la revista *Newsweek* lo describió como el «debilucho» que «no sería capaz de mantenerse en pie por sí solo». No se inmutó. De hecho, en febrero de 1988 no parecía el candidato favorito. Había perdido los simbólicos caucus de Iowa, aunque se rehízo en las decisivas primarias de New Hampshire. Finalmente dejó en la cuneta a sus cuatro rivales (Robert Dole, Pat Robertson, Alexander Haig —con quien compartía gabinete, pues era secretario del Tesoro— y Jack Kemp). Fue nominado sin oposición y se presentó como *The Quiet Man,* «el hombre tranquilo que escucha a la gente tranquila», una persona «amable para una

nación amable».

Previamente, durante sus ocho años como vicepresidente, sus adversarios le apodaron «el chico de los recados». También hizo caso omiso. Todo su aplomo, su experiencia y su manejo de los tiempos afloraron durante su mandato. La forma de resolver la Primera Guerra del Golfo casi le sirvió para revalidar el cargo. Casi. Para muchos, sencillamente era un «camaleón político» que supo adaptarse a las circunstancias. Algunos de los leales a Reagan le despreciaban porque carecía de convicciones sólidas. Él se defendía: «Soy un conservador, no un fanático». No obstante, a sus adversarios no les faltaba razón: primero apoyó a Goldwater y años después él mismo reconoció que su retórica de conservador radical era impostada. Defendió la Ley de Derechos Civiles en 1968, a la que se había opuesto en 1964; fue leal escudero de Reagan y su innegociable política de impuestos bajos, a pesar de que en sus inicios su posición encajaba en la línea más tradicional del partido; hizo campaña por Nixon mientras le consultó a Johnson sobre su futuro. En el fondo, no había nada raro en ello: eran vecinos. Bush dudaba de si competir por mantener su asiento en la Cámara de Representantes o buscar un sitio en el Senado. Johnson, que acababa de abandonar la presidencia, fue tajante: la diferencia entre el Senado y la Cámara de Representantes es la que hay entre «una ensalada de pollo y una mierda de pollo» (*between chicken salad and chicken shit*). Bush siguió el consejo de Johnson y concurrió a las elecciones al Senado. No tuvo el apoyo de Nixon y perdió. El entonces presidente no pudo dejarle tan descaradamente en la estacada y lo envió a Naciones Unidas, donde Bush aprendió acerca de la importancia del organismo y de forjar consensos en su seno.

Como jefe del Partido Republicano tuvo que tragarse el sapo del Watergate. Lo pilló de lleno. En veinte meses dio ciento dieciocho discursos, ochenta y cuatro ruedas de prensa y recorrió 120.000 kilómetros para defender la honorabilidad del taimado presidente. El 7 de agosto de 1974 Bush envió una carta a Nixon solicitándole la dimisión. Nixon anunció su retirada al día siguiente. Luego Bush reconoció haberse sentido orgulloso de su trabajo, pero consideró que ese tiempo fue una «pesadilla». Tras un breve periodo en la Oficina para las Relaciones con China, Ford lo nombró en 1976 director de la CIA. No le hizo gracia el nombramiento, pero su padre le había enseñado que si el presidente le requería, él debía cumplir el encargo. Mantenía los ojos puestos

en la vicepresidencia. Tocaba esperar. Adquirió distancia respecto del partido y en muy poco tiempo restauró el prestigio de la institución, muy dañada tras los escándalos que publicó el *New York Times* a principios de la década.

El «camaleón» transmitió a Carter su deseo de continuar al frente de la agencia con la nueva Administración demócrata, elegida apenas un año después de su llegada. El nuevo presidente prescindió de sus servicios y Bush elevó sus aspiraciones. Se enfrentó a Reagan en las primarias por la candidatura republicana a la presidencia. Dijo que el programa de Reagan era «vudú económico». Luego tuvo que retractarse y negar haber pronunciado tales palabras. Reagan lo eligió como candidato a la vicepresidencia. Estaba seguro de que sería leal, eficaz y trabajador. Tenía una sólida formación y mucha experiencia en la gestión, tanto de asuntos internacionales como domésticos. El 30 de marzo de 1981 estuvo a punto de convertirse repentinamente en presidente. Reagan salió vivo del intento de magnicidio. Bush lideró el gabinete durante su recuperación pero no llegó a ocupar el Despacho Oval. El 13 de julio de 1985 fue presidente durante ocho horas. El tiempo que duró la primera intervención quirúrgica de Reagan. El presidente anticipado invirtió ese tiempo en jugar al tenis y dormir la siesta en su casa de Washington. No mostró impaciencia; no había llegado su momento.

LA GRAN COALICIÓN INTERNACIONAL

La de 1976 fue una campaña entre caballeros y de guante blanco; en 1980 no hubo campaña por incomparecencia del candidato perdedor, a la sazón, el presidente Jimmy Carter; en 1984, el aspirante sabía que era imposible batir a la «estrella rocosa» y, en 1988 los americanos asistieron a una campaña lamentable. Bush y Dukakis se dedicaron a tirarse los trastos a la cabeza. La carrera empezó mal: la prensa husmeó en la vida privada de algunos aspirantes durante las primarias demócratas, a las que concurrió por segunda vez Jesse Jackson, el primer candidato negro. Aunque volvió a perder, su victoria en cinco primarias sureñas celebradas el 8 de marzo de 1988 dotó de solera al *supermartes*, fecha en la que se celebran primarias en un buen número de estados y que prácticamente resuelven la nominación.

En julio de 1988 Dukakis, «el único griego soso de Estados Unidos», sacaba 17 puntos de ventaja en las encuestas a Bush, todavía no ratificado como candidato republicano. El vicepresidente encargó a su hijo George granjearse el apoyo de los sectores devotos. Reagan los tenía bien atados, Bush no tanto. La oposición fue hiriente con el joven Bush: «Fue a decirle adiós a Jack Daniel para abrir los brazos a Jesús». Bush arremetió contra Dukakis por su condescendencia con los criminales: le acusó de instalar *puertas giratorias* en las cárceles, por las que entraban y salían impunemente los malhechores. Cuando en uno de los tres debates televisados Dukakis aseguró que no pediría la pena de muerte para un supuesto violador y asesino de su esposa, los republicanos pudieron, por fin, identificar al «hombre de hielo». Bush se comprometió a seguir el programa de Reagan y sentenció: «Lea mis labios, no más impuestos». Dukakis reprochó a los republicanos haber dejado las cuentas públicas con más agujeros que «un queso suizo». Bush exhibió a Arnold Schwarzenegger y Charlton Heston; Dukakis, a Robert Redford y Rob Lowe. Fue la campaña más cara de la Historia. Costó 215 millones de dólares.

Ganó Bush por casi 7 millones de votos (47.946.422, 54 por ciento, frente a 41.016.429, 46 por ciento). Se impuso en cuarenta estados; el candidato demócrata lo hizo en diez estados más el Distrito de Columbia. Bush fue el primer presidente, desde Hoover, que sucedió a uno retirado de su mismo partido;[1] también fue el primer presidente, desde Taft, capaz de ganar la presidencia mientras su partido perdía apoyos en ambas cámaras y algunos gobiernos estatales; y por último, el primero, desde Van Buren, que fue elegido desde el cargo de vicepresidente, lo cual dice mucho del efecto expansivo de los liderazgos arrolladores: Van Buren sucedió a Jackson; Bush recogió el testigo de Reagan. De cualquier modo, estos pequeños hitos muestran que el «hombre tranquilo» y paciente no era ni mucho menos un «debilucho». Tendría más ocasiones para mostrar sus cualidades: se reveló como un gran negociador.

El 9 de noviembre de 1989 cayó el muro de Berlín. Tras cuarenta y cinco años, la Guerra Fría había terminado. Bush consideró que Estados Unidos debía asumir el liderazgo del diseño de un nuevo orden mundial. En su discurso inaugural, unos meses antes, el 20 de enero, a punto de consumarse el derrumbe del bloque soviético, bosquejó la idea: «Sopla un nuevo aire de libertad, y el mundo, reanimado por esa libertad, parece renacer. Con el corazón en la mano,

si no de hecho, si no todavía, [os aseguro que] el día de la dictadura ha terminado. La era del totalitarismo está a punto de pasar. Sus viejas ideas se han marchitado como se pudre de viejo un árbol sin vida». George H. W. Bush finalizó la tarea que tantos desvelos provocó a tantos presidentes. Cuando recibió la noticia declaró sereno: «Estoy contento, pero no me voy a dar golpes de pecho ni bailar sobre el Muro». Junto con su secretario de Estado, James Baker, perfiló el plan de reunificación alemana, consumado el 3 de octubre de 1990.[2]

Mientras las piezas del bloque comunista se desplomaban una detrás de otra, el centro de los conflictos se desplazó al Golfo Pérsico: el 2 de agosto de 1990, Sadam Husein invadió Kuwait. El 11 de septiembre de 1990 Bush habló en el Congreso: «Lo que está en juego es más que un pequeño país. Es una gran idea, un nuevo orden mundial, donde diversas naciones estén reunidas en una causa común para alcanzar las aspiraciones universales de la humanidad: paz y seguridad, libertad y el orden que trae la ley».[3] Bush diseñó una estrategia diplomática con el propósito de formar una gran coalición internacional para intervenir. Las sanciones económicas no dieron su fruto. El 15 de enero de 1991 venció el ultimátum norteamericano. Al presidente le había dado tiempo a tejer, al amparo de la ONU, su coalición. Para Estados Unidos era muy importante la presencia en ella de Arabia Saudí y la URSS. Fue el triunfo de la diplomacia, y de nuevo, de la templanza.

Esa madrugada, al amparo de la Resolución 678 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, comenzó el despliegue de la Operación Tormenta del Desierto para liberar el pequeño Emirato de Kuwait. El 17 de enero las fuerzas aliadas bombardearon Bagdad. Así empezó la Primera Guerra del Golfo. El asedio duró un mes. El 24 de febrero comenzó la operación terrestre. El día 27, los marines americanos liberaron la capital de Kuwait. La ONU dictó las condiciones de la paz el 3 de abril de 1991. Estados Unidos había enviado al Golfo 541.000 soldados. Computó 148 muertos y 467 heridos. Irak dejó de ser un país aliado contra Irán. Los «halcones» de Washington le reprocharon al presidente que no aprovechara el momento para derrocar a Sadam.

La popularidad de Bush subió como la espuma: «¡Por Dios bendito! ¡Por fin, de una vez por todas, nos hemos sacudido el síndrome de Vietnam!», exclamó exultante. Una encuesta del *New York Times* y de la CBS le otorgaba el 89 por ciento de aprobación, el índice más alto desde que en 1977 apareció este tipo de

estudios. El presidente anotó en su diario: «Las encuestas, por las que vivimos y morimos, nos sitúan en una posición astronómica; y además, el país está unido». Los días de vino y rosas no duraron mucho. La economía hacía aguas por el maldito déficit. Se produjeron algunos conflictos raciales. El partido se dividió entre *reaganistas* y *bushistas*. Bush decidió subir algunos impuestos para equilibrar el presupuesto. Había traicionado su palabra. Clinton había avisado previamente: a la gloria no se llega a través del Golfo ni de Naciones Unidas: «Es la economía, estúpido».

Bush fue durante un corto periodo de tiempo, el año 1991, uno de los presidentes más admirados de la Historia de América. Para el analista Michael Baron, después de Roosevelt, solo él entendió la diplomacia mundial como la búsqueda de un amplio consenso. James Baker le justifica: «Muchos critican que se centrara en los asuntos internacionales; lo hizo para defender la libertad y terminar la guerra nuclear. Y lo consiguió. Nada que objetar». Un mes después de perder las elecciones quiso dejar una última huella que certificara la importancia y buenos propósitos de su Nuevo Orden y lideró otra misión internacional. Fue en Somalia, en diciembre de 1992. Bush cerró con un fiasco su presidencia y su año horrible. Hoy, injustamente considerado, se le recuerda simplemente como el presidente 41.[4]

[1] FDR falleció en el cargo, Truman cedió el testigo a un republicano; Eisenhower, a un demócrata; Kennedy murió asesinado; el sucesor de Johnson fue Nixon, que dimitió; Ford perdió ante Carter y este ante Reagan.

[2] En junio de 1989, Solidaridad ganó las primeras elecciones libres en Polonia tras la Segunda Guerra Mundial; en diciembre de 1990, Lech Walesa fue elegido presidente. En marzo de 1991, Bush perdonó casi toda la deuda a Polonia para que pudiera reestructurar su economía. En Checoslovaquia, Vaclav Havel, un escritor disidente, asumió la Presidencia del país. Hungría se abrió definitivamente a Occidente en 1990. El tirano Ceaucescu murió cruelmente asesinado en Rumanía, donde el nuevo gobierno ralentizó las reformas. La Unión Soviética se deshizo como un azucarillo. Gorbachov no pudo contener el proceso que había diseñado junto con el propio Bush. Fue secuestrado en verano de 1991 durante unos días. El presidente ruso, Boris Yeltsin, lideró la revuelta contra el viejo mando soviético. Gorbachov cedió, dejó la Presidencia de la Unión Soviética el 25 de diciembre de 1991. La URSS se descompuso y en torno a Rusia se creó la CEI —Confederación de Estados Independientes—, que también se desintegró. Bush ayudó económicamente a la extinta Unión Soviética con 1.500 millones de dólares en alimentos y otros bienes de primera necesidad. Curiosamente, no casualmente, en mayo de 1992, Gorbachov —con quien Bush mantuvo una estrecha relación— decretó el final del «telón de acero» en el mismo lugar en el que Churchill acuñó la expresión: en el Westminster College, en Fulton, Misuri. Por último, Yugoslavia corrió peor suerte: la unión artificial de pueblos eslavos no resistió el final del comunismo. Eslovenia se separó por las buenas de la federación. Las divisiones étnicas y religiosas precipitaron varias guerras entrelazadas que se

prolongaron durante toda la década de los noventa.

[3] La Cámara de Representantes aprobó la resolución que autorizaba a la guerra siguiendo el mandato de la ONU en noviembre, por 251 a 182. El Senado votó el 11 de enero: ganó la propuesta del presidente por muy poco margen, 52 a 47. Como curiosidad, valga que el rival de George Bush hijo en 2000, Al Gore, votó a favor; y su adversario en 2004, John Kerry, secretario de Estado en la segunda Administración Obama, votó en contra.

[4] George Bush Senior fue el presidente cuarenta y uno, pero la cuadragésima persona que ocupó la presidencia. Grover Cleveland había ocupado el cargo en dos mandatos no consecutivos y por ello se le atribuyen los puestos de vigesimosegundo y vigesimocuarto presidentes. En la presente obra cada persona protagoniza un capítulo, y por eso tiene cuarenta y tres capítulos para cuarenta y cuatro presidencias.

41. BILL CLINTON: DOS ALMAS Y UNA TERCERA VÍA



19 de agosto de 1946, Hope, Arkansas.
Presidencia: 1993-2001.
Partido: Demócrata.
Matrimonio: Hillary Rodham. Tienen una hija.
Formación: Universidad de Yale (Connecticut).
Profesión: político.

LA CASA DE LOS LÍOS

El historiador Henry W. Brands sostiene que mientras Eisenhower fue un republicano demócrata en los cincuenta, Bill Clinton acabó siendo un demócrata republicano. Antes de que el sociólogo británico Anthony Giddens teorizara sobre la «Tercera Vía», con el objetivo de renovar la socialdemocracia y revitalizar al partido laborista, y Tony Blair llegara a primer ministro del Reino Unido y popularizara y aplicara ese mismo programa bajo la rúbrica de Nuevo Laborismo,[1] William Jefferson Clinton ya había emprendido el camino. Para sus críticos, era la senda de la indefinición; para sus seguidores, de la aplicación de unas propuestas que combinaban inteligentemente crecimiento y control del déficit con equidad social. Clinton se erigió en representante de los «nuevos demócratas», una corriente preocupada por atender tanto las demandas de los sectores más progresistas de la sociedad en materias de política social y derechos civiles como de las clases medias más conservadoras en el terreno tributario y presupuestario. La Nueva Democracia en Estados Unidos antecedió en muy pocos años a la Tercera Vía europea.

Clinton poseía buena estrella y saber hacer. Desde que a los dieciséis años estrechó la mano de Kennedy en una recepción que el presidente concedió en la Casa Blanca a una delegación de jóvenes de Arkansas, supo que quería dedicarse a la política. Y apenas hizo otra cosa: tras finalizar sus estudios en Yale, impartió durante unos pocos meses unos seminarios en la Universidad de Arkansas como profesor ayudante. Nada más. Comenzó de asistente de varios cargos del Partido Demócrata. Su novia, Hillary Rodham, a quien conoció en la universidad, trabajaba en el Partido Republicano. Él la convenció de que cambiara de trinchera. Ella era un «torbellino emocional e ideológico», señala Carl Bernstein,

uno de los periodistas del *Washington Post* que destapó el Watergate: un padre rígido, severo y conservador le inculcó valores republicanos, entre los que se hacían hueco sus *tics* liberales —heredados de su madre—, su progresismo y una férrea defensa de los derechos de la mujer. En 1976, Bill Clinton ganó sus primeros comicios y se convirtió en fiscal general de Arkansas. En el cargo, ofreció las primeras pinceladas de su ideario, comenzó a forjarse su reputación y mostró muchas de sus cualidades: defendió medidas de protección del medio ambiente y se opuso a la subida de impuestos indirectos.

Con treinta y dos años concurrió a su primera elección para gobernador de Arkansas. Barrió a su adversario. Sus palabras parecían «pastel de manzana» pero tenía empuje. Dos años después, en 1980, condujo la convención demócrata. Él se decantó por Carter frente a Edward M. Kennedy. Estaba subiendo demasiado deprisa y se pegó el primer costalazo: perdió la reelección ese mismo año. Alguien le recomendó moderar su ambición, ir más despacio, no pisar callos, no crearse enemigos ni despertar suspicacias. A los treinta y cuatro años fue el exgobernador más joven de la Historia. Recuperó el puesto tras reconocer sus errores, en 1983. No abandonó el Capitolio de Arkansas, en Little Rock, hasta que en 1993 se convirtió en el primer presidente estadounidense nacido tras la Segunda Guerra Mundial, el primero de la generación *baby-boom*. Representaba, sin duda, savia nueva.

Clinton rescató a los «demócratas de Reagan». Su programa perseguía la cuadratura del círculo. Durante sus dos mandatos funcionó: se basaba en impuestos bajos, equilibrio presupuestario y políticas sociales de corte liberal y progresista. Mientras la fórmula generara crecimiento y empleo, todo iría a las mil maravillas. Así fue. De hecho, lo que casi se lleva por delante la presidencia de Clinton fue el *affaire* Lewinsky. Los americanos se sintieron traicionados por el desconcertante, farisaico, encantador y sinuoso Clinton. Estados Unidos es el paradigma del gobierno de opinión; y quien dice esto, dice el gobierno de la pulsión, de las corrientes anímicas. La América puritana no le reprochó a Clinton solo su conducta, sino también que dulcificara, tergiversara, se escabullera y finalmente mintiera ante el Congreso, el Gran Jurado —compareció desde la Casa Blanca por videoconferencia— y la audiencia al dar su versión de los hechos. Por mucho que entre comparecencia y comparecencia mostrara arrepentimiento por «lo sucedido».

A punto estuvo de sucumbir al procedimiento de *impeachment* y, en consecuencia, que un tórrido asunto de faldas se llevara por delante uno de los periodos más prósperos del último medio siglo y al único líder demócrata con predicamento después de Kennedy. El 12 de febrero de 1999 el Senado absolvió al presidente de los delitos que le imputaba el fiscal Kenneth Starr y había corroborado la Cámara de Representantes en diciembre de 1998.[2] Era el primer presidente electo de la Historia de Estados Unidos sometido a un proceso de destitución.[3] Solo por diez votos, Clinton salvó el pellejo.

Todo había comenzado en noviembre de 1995, cuando esa «narcisista peligrosa» —como la definió Hillary Clinton años más tarde— entró en el Despacho Oval a requerimiento del presidente y mantuvieron relaciones sexuales. Realmente, el caso se remontaba a 1991. Ese año la funcionaria Paula Jones denunció a Clinton, entonces gobernador de Arkansas, por acoso sexual. El caso lo llevaba el fiscal Robert Fiske. En agosto de 1994 fue sustituido por Starr, que tenía al presidente en el punto de mira también por otro asunto relacionado con la recalificación de unos terrenos cerca del río Whitewater. A partir de ese momento empezó la pesadilla. Hillary estaba convencida de que todo se debía a un complot del Partido Republicano. Pasado el tiempo, Clinton se arrepintió de no seguir el consejo de su esposa, que se resistía a nombrar un fiscal independiente para el caso Whitewater: «Pensé que querían seriamente llegar al fondo de las cosas. Confié en la prensa. Confié en el Congreso. Confié en los tribunales. Y me equivoqué en todo».

En enero de 1998, Monica Lewinsky, exbecaria de la Casa Blanca, prefirió no confesar. A los tres días, la prensa publicó supuestas conversaciones grabadas a la joven en las que comentaba el asunto con una amiga. Clinton compareció en televisión: «Voy a volver a repetirlo. No he tenido relaciones sexuales con esta mujer, la señorita Lewinsky. Nunca le he pedido a nadie que mienta. Ni una sola vez. Nunca. Estas acusaciones son falsas y necesito volver al trabajo». Mientras Lewinsky no cambiara su versión no habría problema. El fiscal le ofreció entonces «inmunidad total» —había mentido ante el tribunal— y finalmente declaró el 25 de enero. Clinton fue obligado a comparecer ante el gran jurado el 17 de agosto.

Durante un año, la remilgada sociedad americana estuvo dilucidando a qué se dedicaron Bill Clinton y Monica Lewinsky las veces que se encontraron en el

Despacho Oval —o en un *office* contiguo— y qué entendía exactamente el presidente de los Estados Unidos por «relaciones sexuales». En su declaración, en el verano de 1998, Clinton perdió la memoria. Al final, el Congreso pidió su destitución porque consideró que cometió perjurio, obstrucción a la Justicia y abuso de poder. Cuando el Senado liberó al presidente del *impeachment*, la opinión pública y la clase política respiraron aliviados. Entre todos habían elevado la tensión muy por encima de la trascendencia real del asunto. Son los riesgos de la democracia de audiencia. La prensa conservadora quiso construir un nuevo caso *Watergate*. Clinton quedó tocado, pero pudo concluir su segundo mandato. Lo contrario hubiera sido una auténtica humillación, para él y para el país, que tenía un líder respetado internacionalmente. El mayor beneficiado del lío montado en torno a la Casa Blanca fue el entonces vicepresidente Al Gore, que, acusado durante los primeros años de la presidencia de ser «un robot» de Clinton, cumplió como su fiel escudero, al mismo tiempo mostró su carisma e hizo gala de su mano izquierda. Las televisiones y la prensa sensacionalista se pusieron las botas todo ese largo año y pico.[4]

De cualquier modo, llovía sobre mojado: durante el proceso de primarias y nominación demócrata para las presidenciales de 1992, Bill Clinton fue desprestigiado por consumir marihuana («no me tragaba el humo», se exculpó), haberse declarado insumiso al ser reclutado para Vietnam (no fue exactamente así, simplemente, buscaba vericuetos administrativos al tiempo que participaba en actos contra la guerra) y, sobre todo, por sus relaciones extramatrimoniales. En 1991 tuvo que admitir ante su equipo que esto último era cierto, pero que todo había terminado y era feliz junto a Hillary. Delante de los medios negó cualquier infidelidad. Al poco, la revista *Star* publicó una entrevista con una exempleada de un club nocturno de Arkansas, Gennifer Flowers, que desveló su relación con el entonces fiscal del estado. Luego la prensa publicó las conversaciones telefónicas entre ambos. Solo la marcha de la economía, los últimos errores de Bush y la presencia de un *outsider* en las elecciones, el quijote millonario Ross Perot, que obtuvo casi 20 millones de votos en las presidenciales de noviembre —la mayoría de las arcas de los republicanos— permitieron al conmovedor e insaciable seductor Bill Clinton alcanzar la presidencia con semejante expediente.

Sus fieles reconocen que habría pasado a la Historia como uno de los mejores

presidentes si no hubiera *despilfarrado* su talento. «Propenso a la autocompasión, culpó a un sabueso entusiasta, a la cultura del escándalo que se había instalado en Washington en los últimos tiempos y a la prensa» de haber sacado las cosas de quicio, señala el historiador Evan Thomas, que concluye: cierto que fue perseguido con saña, pero sus «estúpidos devaneos eran sintomáticos de la debilidad de su carácter y socavaron su liderazgo».

Un columnista de *Newsweek* escribió que había dos Clinton: uno era el «inspirador hombre de Hope (el periodista hizo un juego de palabras con la localidad de nacimiento de Clinton: *hope* significa esperanza) que podía sentir el dolor de la nación». El otro, «el insensato y eterno adolescente», a quien uno de sus asesores, Dick Morris, identificó como *Saturday Night Bill*. «Bill Sábado Noche» nació en Hope, una pequeña localidad de Arkansas familiarizada con los valores emprendedores del americano medio y la cultura de la tolerancia racial. Y creció en Hot Springs, ciudad «del pecado e industria del sexo», donde la mafia de Chicago campaba a sus anchas. Tuvo una infancia difícil. Su padre, William Jefferson Blythe, murió a los veintinueve años en un accidente de coche antes de que él naciera; y su alcohólico padrastro, Roger Clinton, le maltrataba. Quiso reponerse a su pasado, pisó el acelerador de su vida y siempre se preocupó de gustar a los demás. Él mismo reconoció que «cuando tenía dieciséis años me comportaba como si tuviera cuarenta; y cuando tenía cuarenta, actuaba como si tuviera dieciséis». Su percepción del tiempo, confesó, no era la propia de un niño de su edad, siempre pensaba que «todo podía acabarse en cualquier momento». Cuando Roger estaba enfermo de cáncer ambos se reconciliaron. Clinton se refugió en los estudios y en la música.

CLASES MEDIAS Y CASCOS AZULES

El 3 de octubre de 1991 Bill Clinton anunció su candidatura a la nominación demócrata y mostró sus cartas: «Rechazo ser parte de una generación que celebra la muerte del comunismo fuera de nuestras fronteras y renuncia al Sueño Americano en su país». Fue un gesto audaz, sobre todo teniendo en cuenta que tres aspirantes se retiraron preventivamente de la carrera atemorizados por los índices de popularidad de Bush. El gobernador de Arkansas perdió las primarias

de New Hampshire, pero no renunció y fortaleció su presencia en el Sur. Ganó la nominación y propuso un «solemne compromiso entre el pueblo y su gobierno» y, al más puro estilo de Kennedy, añadió: «Basado no simplemente en lo que cada uno de nosotros puede recibir, sino en lo que cada uno de nosotros debe ofrecer para poner de nuevo a América a funcionar». La plataforma presentó un candidato «moderado», un «nuevo contrato social» y, por primera vez, apareció la noción de Tercera Vía, receta frente a las «viejas estrategias». Luego, Clinton no dudó en tirar de *argumentario* conservador para arremeter contra Bush: «Sadam conserva su empleo, ¿y tú?», fue uno de los eslóganes de campaña. El ácido Patrick Buchanan se refería al *ticket* demócrata como «Clinton and Clinton». Ciertamente, el presidente le dio la razón cuando durante su primer mandato encargó a Hillary liderar un grupo de trabajo para presentar una reforma sanitaria. Un hecho nunca visto. En otro orden de cosas, esta fue la primera elección en la que los candidatos comenzaron a aparecer en *talk shows*, programas de entretenimiento. En ellos, Clinton y su saxofón daban mucho más juego que el exembajador en Naciones Unidas, director de la CIA y sobrio presidente, George W. H. Bush.

Clinton ganó las elecciones con casi 45 millones de votos (43 por ciento); Bush cosechó poco más de 39 millones (37 por ciento). El 19 por ciento de los votos que obtuvo el magnate texano Ross Perot hizo mucho daño a Bush. No ganó en ningún estado, pero hubiera ayudado al republicano a conseguir alguno del Oeste y Medio Oeste. Clinton, que obtuvo mayoría en treinta y dos estados, había recuperado buena parte del voto sureño perdido tiempo atrás. Cuatro años más tarde se enfrentó a Bob Dole, el líder de la mayoría republicana en el Senado. El presidente amplió los márgenes de su victoria: le sacó 8,5 puntos de ventaja y más de ocho millones de votos; y eso que Perot redujo sus apoyos a más de la mitad. En 1996, Clinton moderó todavía más su efectista discurso económico: en un encuentro con estudiantes, un joven le preguntó si pensaba abandonar el tradicional rol del Partido Demócrata como «campeón de los pobres». Clinton no contestó: «Mi plan no es hostil a los pobres. Si uno va a ayudar a los pobres con el dinero de los impuestos, alguien tiene que ganar dinero para poder pagar esos impuestos. La mejor manera de ayudar a los pobres es expandir la clase media». Tenía bien amarrado parte del voto que dio las mayorías a Reagan y a Bush. El «escurridizo Willy», siempre dispuesto a

aparecer con su sonrisa y su encanto en televisión, tenía cuatro años más por delante. En su discurso inaugural anunció «un nuevo gobierno para un nuevo siglo, lo suficientemente humilde para no tratar de resolver por nosotros todos nuestros problemas, pero lo suficientemente fuerte para proporcionarnos las herramientas para que los resolvamos por nosotros mismos; un gobierno que es más pequeño, que vive de acuerdo con sus medios y que hace más con menos».

Sus primeras medidas irritaron a los conservadores: canceló la «ley mordaza» que prohibía a las clínicas federales informar sobre abortos, revirtió la ley que prohibía a los hospitales militares practicar abortos y abrió el ejército a los homosexuales. No obstante, a él no le interesaba el voto conservador, buscaba el de las clases medias basculantes y los sectores que habían prosperado en los últimos años. Esos estratos que solo se movían políticamente por el estado de sus ahorros. De hecho, impulsó una enigmática ley de derechos de la clase media.

Por otra parte, al principio no hizo mucho caso de la política internacional. Se vio envuelto de rebote en un escabroso embrollo. Un asunto envenenado que le legó su sucesor. Bush le prometió en diciembre de 1992 que antes de abandonar la Casa Blanca le dejaría solventado el problema. Pero no fue así. El presidente saliente ya había perdido las elecciones cuando autorizó una misión bajo bandera de la ONU en Somalia. La Operación Restablecer la Esperanza consistía en hacer llegar a la capital, Mogadiscio, ayuda humanitaria. Después, negociar con los jefes locales el final de las guerras intestinas. Mohamed Farrah Aidid, uno de los más poderosos señores de la guerra, rechazó el acuerdo. En junio de 1993 atacó a los cascos azules. En octubre, Clinton, metido hasta las cejas en el embrollo, mandó dieciséis helicópteros. Dos fueron derribados y murieron dieciocho soldados. Lo cual no minó su posterior prestigio, ganado sobre todo a partir de la implicación en la guerra de la extinta Yugoslavia. La biempensante Europa miraba atónita el conflicto y Clinton tomó cartas en el asunto para que interviniera la OTAN.

Para su segundo mandato nombró a la primera mujer al frente de la Secretaría de Estado, Madeleine Albright, hija de un diplomático checo y con experiencia en la ONU. Con ella tejió la Doctrina Clinton o de las «guerras humanitarias». Estados Unidos se reservaba el derecho de intervenir allí donde se violasen los derechos humanos, pero lo haría, preferiblemente, bajo el

paraguas internacional, con aprobación de la ONU o la OTAN y, en su caso, junto a los cascos azules de Naciones Unidas. Las matanzas de kurdos llevadas a cabo por Sadam fueron la razón que esgrimió Clinton para bombardear Irak. Sadam se negaba a dar cuenta de su programa nuclear y a permitir la entrada de inspectores internacionales. Estados Unidos puso en marcha la Operación Zorro del Desierto, ejecutada a finales de 1998 (antes, en septiembre de 1996, Estados Unidos atacó Irak por tercera vez desde 1991; previamente, en 1993, bombardeó la sede de los servicios secretos iraquíes en Bagdad).

Algunas voces, y no precisamente provenientes del Partido Republicano, sino del ámbito de la izquierda intelectual más radical, sostienen que Clinton se refugió en la política internacional durante su segundo mandato para contrarrestar el efecto Lewinsky. Sus acusaciones pretendían deslegitimar las acciones emprendidas. Aunque pueda haber un fondo de verdad, pues desde 1998 Clinton empezaba a encontrarse más cómodo fuera que en casa, hay un elevado grado de falacia, sobre todo si tenemos en cuenta que cuando reunió a Arafat, el líder de la OLP, y al primer ministro israelí, Isaac Rabin, en la Casa Blanca, en 1994, la becaria Lewinsky no había hecho aún acto de presencia. Tres años después buscó un nuevo acuerdo. Y en julio de 2000 intentó infructuosamente y por tercera vez, en Camp David, un acuerdo de paz y poner un broche de oro a su presidencia, que también se emborronó un poco al final con el caso de Elián González, el niño balsero. La madre escapó de Cuba junto con su amante en abril de 2000. Se llevó al pequeño Elián; la balsa naufragó. Los adultos fueron devueltos a Cuba y el niño se quedó en Miami al cuidado de un tío abuelo paterno. Tras seis meses de tira y afloja, el crío fue devuelto a Cuba con sus padres, para solaz de la opinión pública norteamericana y disgusto de la oposición cubana en Miami. Clinton reveló al compilador de su diario, el periodista Taylor Branch, que hasta el gobernador de Florida, el republicano Jeb Bush (hijo del expresidente y hermano del sucesor del propio Clinton) reconocía en privado que los familiares que cuidaban al pequeño en Miami «eran inestables». Unos años antes, la Administración Clinton había renovado los términos del embargo sobre la Isla con la Ley Helms-Burton.

Tampoco teníamos noticias de Lewinsky cuando Clinton firmó un acuerdo de libre comercio entre estados americanos. Sin embargo, la demagógica acusación —sin más base que las coincidencias— que relaciona el *affaire* Lewinsky con su

política exterior ignora que todos los presidentes se involucran tarde o temprano en asuntos internacionales y, sobre todo, omite referirse a los ataques terroristas que sufrieron en 1998 las embajadas americanas en Nairobi (Kenia) y Dar-es-Salaam (Tanzania). Clinton respondió bombardeando Sudán y Afganistán. Así comenzó la persecución de Bin Laden y los prolegómenos de la Guerra contra el Terror que continuó su sucesor, George W. Bush.

Sea como fuere, su presidencia deja dos hechos incontestables y un indicio. Primer hecho: fue el segundo presidente en la Historia de América en someterse a un proceso de *impeachment* o censura. Segundo hecho: durante casi todo su mandato —cierto que también incluidos los últimos meses del de su predecesor — la economía norteamericana batió un récord de crecimiento de ciento siete meses consecutivos hasta febrero de 2000. Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal desde 1987, compartió honores con el presidente. Y por último, el indicio: los Clinton tenían un plan. No pudieron ejecutarlo en 2004. Todavía están a tiempo. Esta es la historia de un muchacho inquieto y sagaz que coleccionaba cedés de música de saxofón, el presidente al que los americanos querían pero no creían.

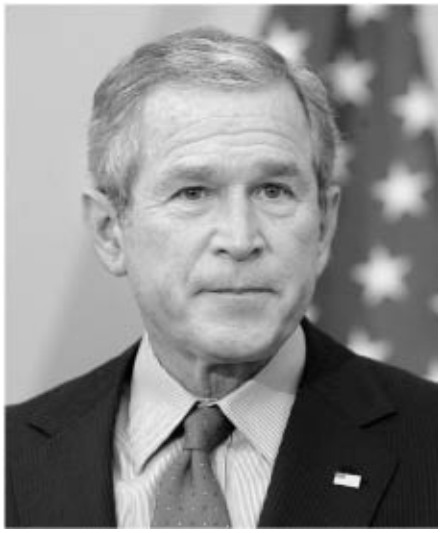
[1] En junio de 1999 Blair publicó, junto con el canciller alemán, Gerhard Schroeder, el documento «Europa: la Tercera Vía», que pretendía conciliar justicia social y economía de mercado. A esa corriente se sumaron Romano Prodi (Italia), Lionel Jospin (Francia), Fernando H. Cardoso (Brasil) y Ricardo Lagos (Chile).

[2] La Cámara de Representantes aprobó la acusación de perjurio por 228 votos a 206; y la de obstrucción a la Justicia y abuso de poder por 221 a 212.

[3] Andrew Johnson, que también lo padeció, e igualmente fue absuelto, accedió al cargo como vicepresidente de Lincoln.

[4] Algo había cambiado en el panorama informativo. La revista *Newsweek* se negó a publicar los detalles de la relación entre Clinton y Lewinsky. La historia fue revelada en la página web de Matt Drudge, un provocador y atrevido periodista que convirtió su sitio *agregador* de noticias en un influyente medio. En todo caso, el asunto no cobró carta de naturaleza hasta que el *Washington* Post no se hizo eco, el 21 de enero de 1998, de las grabaciones de las conversaciones entre Lewinsky y su amiga. Cuando el 11 de septiembre de 1998 el fiscal Starr divulgó en Internet los detalles del informe sobre el caso, la difusión se disparó: tres millones de personas cada hora lo consultaron. Había nacido Internet como diseminador masivo de información.

42. GEORGE W. BUSH: EL VENGADOR DE LA ZONA CERO



6 de julio de 1946, New Haven, Connecticut.
Presidencia: 2001-2009.
Partido: Republicano.
Matrimonio: Laura Welch. Tienen dos hijas gemelas, Jenna y Barbara.
Formación: Universidad de Yale (Connecticut). Cursó un Master Business Administration (MBA) en la Universidad de Harvard.
Profesión: empresario.

11 DE SEPTIEMBRE

El nuevo siglo en un minuto. Es lo que dura *Historia de un abrazo*,[1] el video más caro de la campaña electoral de George W. Bush para las presidenciales de 2004. Costó 6,5 millones de dólares. América entera lloró al verlo. A todos los americanos se les abrieron las heridas de aquella trágica mañana de septiembre en Nueva York. Ashley es una joven que perdió a su madre en los ataques contra las Torres Gemelas. Bush fue a dar un mitin a Lebanon, Ohio. Ashley se le acercó y le habló de la memoria de su madre. Bush «enseñó su corazón», agarró a la niña y le dio un caluroso y reconfortante abrazo. Ashley recuerda: «Es el hombre más poderoso del mundo y quiere asegurarse de que estoy bien». Los hechos son reales.

Bush concurrió a su reelección en 2004 con un mensaje tan escueto como convincente: «En tiempo de guerra no se cambia de comandante en jefe». Para sus numerosos y despiadados detractores, únicamente Bush estaba en guerra. Afganistán y sobre todo Irak eran la cruzada de Bush, la guerra de los Bush, la guerra de los halcones de la Casa Blanca... La guerra del petróleo. Para la mayoría de los americanos era nada más y nada menos que la Guerra contra el Terror. La división política y social radicaba en los tiempos y los procedimientos. La sociedad norteamericana se había polarizado hasta límites insospechados y desconocidos desde Nixon. La ensimismada opinión pública europea juzgó a Bush como un personaje detestable, sin matices.

El mundo cambió de golpe aquel 11 de septiembre de 2001. Desde bastante antes George W. Bush ya despertaba recelos. Tenía fama de campechano y cínico maniobrero; de ser mucho más tosco en las formas y cerril que su padre. Los demócratas habían aceptado la derrota en las polémicas elecciones de 2000,

pero no dejaron de pensar que las habían ganado. Clinton, por ejemplo, estaba convencido de ello. En su discurso inaugural, el nuevo presidente no eludió la cuestión: «El traspaso de poderes pacífico es un hecho raro en la Historia, pero no en nuestro país. Con un simple juramento, reafirmamos viejas tradiciones y manifestamos nuevas aspiraciones. En el comienzo de mi mandato, agradezco al presidente Clinton su servicio a nuestra nación. Y al vicepresidente Al Gore, que compitió con espíritu deportivo y perdió con elegancia». El discurso fue genérico y vago en propuestas: «Trabajaré para construir una nación única en justicia e igualdad de oportunidades». No destacó especialmente por las líneas dedicadas a política internacional.

Sus más implacables adversarios ideológicos aseguran que su presidencia hubiera sido una raya en el agua sin el 11-S. Pero la ferocidad de las críticas que recibió durante sus ocho años en la Casa Blanca demuestra que sus rivales no analizaban sus políticas, simplemente lo detestaban. También desconfiaban de que fuera un metodista devoto, un cristiano renacido. Algunos autores sostienen que es, junto con Carter, el presidente del siglo XX más influido por la religión. Muchos lo consideraron un iluminado; otros lo acusaron de ejercer una doble moral: paternalista hacia dentro e implacable hacia fuera. Los más benévolos y conspirativos sostienen que es un «hombre decente» manejado como una «marioneta».

El terrorismo islámico preocupaba a los servicios de inteligencia mucho antes del 11-S. Estados Unidos había sufrido en sus carnes la brutalidad terrorista en varias ocasiones, primero con Reagan, luego con Clinton. A principios de los noventa la gente de a pie no había oído nunca hablar de Bin Laden, pero la CIA lo tenía perfectamente identificado. De hecho, el saudí había servido de enlace de los servicios secretos americanos para gestionar y financiar las operaciones contra los soviéticos en Afganistán. En 1988 Bin Laden montó su propia red y señaló a los Estados Unidos como objetivo prioritario. El 13 de noviembre de 1995 una explosión segó la vida de cinco estadounidenses y dos ciudadanos de India. Ocurrió cerca de una base militar de Estados Unidos en Riad. Hubo sesenta heridos. El 25 de junio de 1996 una bomba instalada en un camión de combustible mató a diecinueve soldados americanos y dejó cuatrocientos heridos en Jobar, también en Arabia Saudí, donde antes del «día de la infamia» tuvieron lugar otros cinco atentados.

Por último, el 12 de octubre de 2000, un terrorista suicida liquidó a seis marineros norteamericanos e hirió a once en el puerto de Adén, en Yemen, donde permanecía anclado un buque de guerra estadounidense. El Pentágono puso de nuevo el dedo sobre la ficha de Osama Bin Laden, líder de la red Al-Qaeda. El millonario saudí estaba, según los servicios secretos americanos, detrás de dos atentados contra las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania en 1999, que dejaron doscientos treinta muertos. Había conseguido crear una estructura que funcionaba mediante «franquicias» dependientes de la «empresa matriz», Al-Qaeda, que significa «la base». La globalización de las comunicaciones contribuyó a su desarrollo. En 2001 Bin Laden se gastó, solo en poner en funcionamiento su dispositivo tecnológico para intercambio de información, 3.000 millones de dólares.

Antes del 11-S, el World Trade Center ya estuvo en el punto de mira: el 26 de febrero de 1993, seis personas murieron y mil resultaron heridas al explotar una bomba en el aparcamiento de una de las torres. En 1999 la CIA diseñó una operación especial para eliminar al magnate sanguinario, a quien Rusia señalaba como la principal fuente de financiación de la guerrilla chechena. Clinton no quiso saltarse la orden firmada por Gerald Ford que prohibía a presidentes ordenar asesinatos. Bush también la suscribió al ocupar el Despacho Oval.

El 11 de septiembre de 2001 amaneció soleado en Nueva York. La temperatura rondaba los 21 grados. A las 8.45 horas, el Boeing 767 del vuelo 11 de American Airlines, con ochenta y un pasajeros, nueve tripulantes y dos pilotos, enfiló las Torres Gemelas en dirección sureste y se estrelló contra las plantas 80-85 de la Torre Norte. En principio pudo parecer un trágico e incomprensible accidente. Sin embargo, no hubo tiempo ni siquiera para barajar esa hipótesis. Otro Boeing 767, este segundo de United Airlines, con cincuenta y seis pasajeros, siete tripulantes y dos pilotos, procedente también de Boston, realizó una extraña maniobra y se dirigió contra la Torre Sur. Impactó a la altura del piso 50. El reloj marcaba las 9.05. Una hora más tarde, a las 10.02, se derrumbó, tras una implosión, la Torre Sur. Veintiséis minutos después se desplomó la Torre Norte. El World Trade Center se transformó en un inmenso cementerio de ruinas y polvo. A partir de ese momento se convirtió en la Zona Cero, el epicentro y símbolo de la barbarie. Una inmensa nube de humo cubría el cielo de Manhattan. Los supervivientes de la City deambulaban como zombis

grises por esas calles de fuego y ceniza.

George Bush estaba en Sarasota, Florida, en una escuela de primaria. Su inseparable Karl Rove se le acercó y de manera confusa le comunicó la noticia. Un avión había chocado contra el WTC. Otro ayudante, Andrew H. Card, le comentó que un segundo avión había impactado contra la otra torre: «Estados Unidos está siendo atacado», le susurró. No se escuchaba esa frase desde Pearl Harbor. Posteriormente, hay quien repitió en tono jocoso una anécdota despreciable: en ese momento, el presidente sostenía un libro del revés. Parecía impertérrito, pero estaba completamente ido. Luego aseguró, con cierto aire mesiánico de quien adorna sus decisiones con el momento en que las toma, que en ese preciso instante setenció que «íbamos a ir a la guerra» porque «nos la habían declarado». A las 9.30 horas activó las cámaras de la escuela para enviar un mensaje a la nación: en cuatro párrafos explicó lo que sabía y prometió encontrar a «los tipos que han cometido este acto». Nueve minutos después, un tercer avión se estrelló contra el Pentágono. Sin más dilación, Bush descolgó el teléfono, llamó al vicepresidente y le comunicó: «Estamos en guerra». Le dio autorización para derribar cualquier nave sospechosa. Una cuarta nave, el vuelo 93 de United Airlines, cayó cerca de Shanksville (Pensilvania) pasadas las diez de la mañana. Lo único que se sabe es que previamente, a las 9.28, fue secuestrado por terroristas de la red Al-Qaeda. No hubo supervivientes. Los americanos necesitaban una historia épica para consumo interno y contra la postración colectiva, además de la masiva heroicidad solidaria mostrada en Nueva York, y aceptaron la versión según la cual los pasajeros se rebelaron contra los terroristas. Pudo ser derribado por cazas del ejército americano. Es posible que los secuestradores detonaran algún artefacto. Las investigaciones posteriores revelaron forcejeos en el interior a las 10.00 horas. Las últimas palabras que se grabaron fueron: «¡Hacia la cabina, si no lo hacemos nos morimos!»; dieciséis segundos después otro pasajero gritó: «¡Túmbalo!»; luego se escuchó: «¡Alá es el más grande!», y de nuevo: «¡Alá es el más grande!»...

Las escuelas y los edificios oficiales fueron evacuados; miles de vehículos trataron de abandonar Washington; el espacio aéreo fue cerrado; Nueva York cerró todos sus accesos; los hospitales se colapsaron; se habló de diez mil fallecidos —finalmente rondaron los tres mil—; el centro financiero más importante del mundo quedó reducido a escombros: 450.000 toneladas. El

pánico se apoderó de los americanos. Por seguridad, el presidente no regresó a Washington, sino a una base aérea en Barksdale, Luisiana. Desde allí, al mediodía apareció de nuevo en televisión. Estaba más nervioso, más consciente. Volvió a explicar lo sucedido en doscientas diecinueve palabras. A las 15.30 horas reunió al Consejo de Seguridad Nacional en Nebraska. Bush fue informado oficialmente de que había sido obra de Bin Laden. Por la noche volvió a comparecer ante el país, ya desde la Casa Blanca. Suprimió de su intervención la frase «esto es un acto de guerra». No era el momento adecuado. Sabía que esas palabras desviarían la atención. Sin embargo, fue tajante. Enunció la Doctrina Bush: «No haremos distinción entre quienes planifiquen estos atentados y quienes les den cobijo». Los países refugio de terroristas tendrían que «optar». «Podrán hacer temblar los cimientos de nuestros edificios más altos, pero no podrán quebrar los cimientos de América». Su paso por la Casa Blanca ya no sería intrascendente. Bush tenía una misión.

Antes de acabar el día el presidente sufrió un nuevo sobresalto. Tuvo que bajar a toda prisa al búnker de la mansión presidencial. Fue avisado de que un avión se dirigía contra la Casa Blanca. A la mañana siguiente leyó con detenimiento un primer informe sobre «el comienzo de la ira»: cuándo y cómo se prepararon los atentados, dónde estaba el centro de operaciones de Al-Qaeda y cuáles eran otros posibles objetivos de los terroristas. «Nos enfrentamos a un enemigo distinto a todos los anteriores [...]. La guerra será larga», pronosticó el presidente.

LA GUERRA CONTRA EL TERROR

Dos días después de los atentados, el 13 de septiembre de 2001, Bush recibió del Congreso poderes extraordinarios. Había una diferencia sustancial respecto de otras autorizaciones de guerra anteriores. En esta ocasión, el enemigo no era un país. La declaración permitía emplear «toda la fuerza necesaria y apropiada contra aquellas naciones, organizaciones o personas que el presidente considere que de forma determinante planearon, autorizaron, cometieron o ayudaron al ataque terrorista que ocurrió el 11 de septiembre de 2001». No establecía límite de tiempo ni objetivos concretos. Muy pronto se supo que hubo hasta cincuenta

terroristas implicados en el 11-S.

El 7 de octubre comenzaron los bombardeos sobre los campos de entrenamiento de Al-Qaeda en Afganistán. Antes de acabar el año, el Congreso aprobó por abrumadora mayoría, 357 a 66 en la Cámara de Representantes y 98 a 1 en el Senado, la Patriot Act (Ley de Unidad y Fortalecimiento de América para la Provisión Adecuada de los instrumentos Requeridos para Interceptar y Obstruir Ataques Terroristas). Según el afamado periodista Bob Woodward, la Administración Bush comenzó a pergeñar un ataque a Irak en noviembre de ese mismo año 2001. Relata el reportero que todo empezó con una llamada del presidente a su secretario de Defensa, Donald Rumsfeld: «¿Qué opinas del plan de guerra para Irak?». El informe existía (el Op Plan 1003 tenía cerca de doscientas páginas y veinte anexos; contemplaba un despliegue de medio millón de hombres en siete meses) junto con otros sesenta y ocho planes de contingencia, pero en ese momento no era relevante. Para Rumsfeld no era prioritario. Al contrario que para el vicepresidente Cheney. Mientras, los talibanes resistieron en Afganistán y Estados Unidos se vio envuelto en una nueva y duradera guerra.

«Mi mayor ventaja y mi mayor *handicap* es mi apellido», reconoció Bush antes de proclamarse presidente de los Estados Unidos. No fue un estudiante brillante, al contrario, prefirió entregarse a los placeres del campus fuera de las aulas. Aun así se graduó en Yale. Sirvió en la Guardia Aérea de Texas como piloto, pero se libró de ir a Vietnam: los recelosos del apellido Bush le reprocharon lo que pasaron por alto a Clinton. Tuvo problemas con la bebida y reconoce que el reverendo Billy Graham, la oración y su bellísima esposa Laura lo salvaron de echarse a perder. Al contrario que a su predecesor, la política no le llamaba la atención. Prefería, sin duda, el béisbol. Es competitivo y sus amigos suelen decir que «el juego no acaba hasta que George no gana».

Era un tipo cordial, atlético, extrovertido y ocurrente. Como político no fue un gran orador, pero conectaba muy bien con la gente. Obama aseguró que es el vecino ideal para «organizar una barbacoa en el jardín». En el primer debate televisado de la campaña de 2004, John Kerry, el candidato demócrata, argumentó con solvencia cómo podían emplearse mejor las partidas destinadas a la Guerra de Irak, contraargumentó sobre las razones que impulsaron la invasión y ofreció alternativas a las políticas de Bush. El presidente se dirigió a sus

compatriotas y les dijo con otras palabras: «Háganme caso, soy uno de ustedes». Y utilizó durante el resto del debate el mismo lenguaje que el ama de casa y el esforzado trabajador del Medio Oeste. Ganó esas segundas elecciones presidenciales por más de tres millones de votos (51 por ciento a 48 por ciento).

En sus inicios, compaginó el apoyo puntual a algunos candidatos para el Senado con los negocios en sociedades petroleras. Transformó la empresa El Busto en la Bush Exploration Company. Poco tiempo después, un fiscal le investigó por manejar información privilegiada en la venta de acciones de otra compañía. A finales de los ochenta cumplió uno de sus sueños: adquirir, junto con otros inversores, el equipo de béisbol de Texas inscrito en la Liga Profesional, los Texas Rangers. Su popularidad se disparó y a principios de la década siguiente sonaba para gobernador del estado. Ganó la elección en 1994 con la ayuda de su inseparable Karl Rove. En 1998 arrasó en la reelección. Los mandamases del partido lo consideraron para la nominación a la presidencia. La carrera fue muy reñida. Compitió con muchos apellidos *ilustres*.[2] Algunos candidatos se quedaron en el camino de las primarias; otros sucumbieron en la prueba de recaudación de fondos. En noviembre de 1999, un periodista con malicia le pidió que citara el nombre de algunos líderes internacionales. Bush no acertó a dar ninguno pero anunció una muy jugosa bajada de impuestos. Ganó el caucus de Iowa y McCain las primarias de New Hampshire. Al *supermartes* del 8 de febrero llegaron tres candidatos: Bush, McCain y Forbes. Se impuso él. En julio anunció que formaría *ticket* con Dick Cheney.

Su principal adversario fue el demócrata Al Gore (concurrieron también Pat Buchanan, al frente de una candidatura reformista; el Partido Libertario de Harry Browne; y el Partido Verde de Ralph Nader). La palabra fuerza del programa republicano fue «prosperidad». Prometió reformas educativas y sanitarias y en su primer mandato cumplió su programa. Dio mayor cobertura a personas mayores y sin recursos y puso en marcha el proyecto de escolarización «Que ningún niño se quede atrás», como referencia de su «agenda compasiva», que completó con ayudas de 250 millones de dólares para la investigación médica en enfermedades como diabetes juvenil, párkinson o demencia senil.

Al Gore sacó más votos: 50.996.064 (48,5 por ciento) frente a los 50.456.167 (48 por ciento) de Bush, que ganó en treinta estados, incluyendo el de Al Gore (Tennessee) y el de Clinton (Arkansas). El demócrata se embolsó el Distrito de

Columbia y veinte estados. La llave de la victoria de Bush fue Florida. Durante cinco semanas, el resultado de las elecciones estuvo en el aire por varias denuncias de fraude, lo cual recordó a los comicios que enfrentaron en 1876 a Hayes contra Tilden. Finalmente Bush obtuvo 271 votos del Colegio Electoral; Al Gore, 261; Florida repartía 25. La cuestión se dirimió cuando el Tribunal Supremo de los Estados Unidos anuló los recuentos.

La ley electoral del estado establece que si la diferencia entre candidatos no supera el medio punto, han de recontarse las papeletas. En este caso, el diseño de las papeletas ya había provocado las primeras impugnaciones. Las llamadas «papeletas mariposa» eran un canto a la confusión: la altura de la casilla con el nombre de cada candidato no era simétrica respecto de la casilla correspondiente que había que puntear. Para mayor abundamiento, algún distrito había introducido el cómputo mecánico. Tras recontar los votos de los distritos en los que se interpusieron demandas, la comisión electoral dio la victoria a Bush. Pero las denuncias se multiplicaron. Se procedió a un nuevo recuento a mano de una pequeñísima muestra de votos (el 1 por ciento de los votos de Palm Beach). Ganó Al Gore. La proyección del número de errores detectados sobre el número total de papeletas le sirvió al candidato demócrata para, si no proclamar su victoria, sí perseverar en sus demandas. Una semana después de las elecciones había impugnaciones cruzadas de los dos partidos. En ese momento, dos instituciones velaban por la limpieza del proceso: un juez de Florida y el Tribunal Supremo del estado. El primero quiso cerrar el recuento, el segundo seguir adelante. El gobierno de Florida, en manos de Jeb Bush, hermano del presidente, dio la victoria al candidato republicano. El fiscal del estado solicitó que se contasen unos votos por correo inadmitidos como válidos el día de las elecciones. Con ellos ganó Bush. El asunto estaba ya en el Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Lo elevó el propio Bush para impugnar los sucesivos recuentos manuales. A finales de noviembre se transmitió un resultado oficioso que daba la victoria a Bush por 537 votos. El 4 de diciembre Al Gore declaró que respetaría la decisión del Supremo. Mientras el Supremo de Florida admitía otro recurso demócrata, el Supremo de los Estados Unidos declaró inconstitucionales, por cinco votos a cuatro, los recuentos. Bush ganaba por un estrecho margen en Florida, se hacía con los 23 votos del Colegio Electoral y con la presidencia de los Estados Unidos de América. George W. Bush fue el

segundo hijo de presidente, tras John Quincy Adams, que ocupó el Despacho Oval.

Clinton le afeó a Al Gore que no le hubiese utilizado en los últimos diez días de campaña, aunque le reconoció que eso no fue lo más importante. «Me molestó mucho más tu mensaje central, ya que estamos siendo sinceros», le dijo en una conversación telefónica mientras embalaba sus cosas en la Casa Blanca. «Has ganado en todos los temas menores y en ninguno de los importantes. No asumiste ninguno de los grandes desafíos; no hablaste de medio ambiente ni del futuro. Dejaste que Bush se permitiera decir que hemos despilfarrado nuestros ocho años. Tus ataques populistas contra los privilegios fueron negativos». A juicio de Clinton, Al Gore resultó «insincero» porque quiso dar la sensación de que un vicepresidente no tenía «nada que ver con el poder». Al Gore le confesó que puso tierra de por medio en campaña porque el nombre del presidente saliente estaba asociado a la corrupción y a diversos tejemanejes. Sea como fuere, algo de mella debieron de hacer en Al Gore las palabras de Clinton, pues luego se ha dedicado a hacer campañas contra el cambio climático.

Los más encolerizados adversarios de Bush sugieren que su fervor religioso le estrecha y simplifica la visión de los problemas. Siempre daba irritantes respuestas sencillas: «Yo no soy parte del problema. Soy republicano»; o: «Soy el maestro de las bajas expectativas». A veces abusaba de los sofismas y los desarmaba: «No debes apoyar la pena de muerte para buscar revancha. Eso no es lo correcto. La razón para defenderla es porque salva la vida de otra gente». Sus admiradores sugieren que simplemente Bush analizaba las cuestiones pero las veía como la mayoría de la gente.

Fuera de su país, muy pocos le disculpan su empecinamiento en iniciar la invasión de Irak antes de que los inspectores de la ONU acabasen su trabajo de supervisar si Sadam estaba en disposición de «desarrollar armas de destrucción masiva». En el discurso sobre el estado de la Unión de 2002 parafraseó a Reagan e identificó el nuevo «eje del mal», conformado por Irak, Irán y Corea del Norte. La segunda fase de la Guerra contra el Terror fracturó la relación de Estados Unidos con la comunidad internacional que tanto habían cuidado su padre y Clinton. Si *Bush 41* fue el hacedor de consensos, *Bush 43* se consideró el guardián del mundo libre. Con el único apoyo de Gran Bretaña —y el visto bueno de otros países, entre ellos Portugal, Holanda, España, Polonia e Italia—.

El 8 de noviembre de 2002, la ONU aprobó la resolución 1441, que autorizaba el uso de la fuerza si Sadam «no cumple con sus obligaciones en materia de desarme». Irak impedía el trabajo de los inspectores internacionales. A los tres días, les permitió el regreso. A finales de enero de 2003 Hans Blix, jefe de los inspectores, compareció ante el Consejo de Seguridad de la ONU: «No ha aparecido la pistola humeante». No habían encontrado armas nucleares o no permitidas por los tratados internacionales, aunque no podían certificar que Irak no las poseyese. Los servicios de inteligencia norteamericanos insistieron en que Sadam estaba desarrollando un programa de instalación de misiles de largo alcance.

El 7 de marzo de 2003 Estados Unidos dio diez días de plazo para que Sadam escenificara su desarme. Rusia, Francia y Alemania pidieron ampliarlo. El ultimátum venció el día 17. El día 20 comenzó la Segunda Guerra del Golfo. George Bush no la emprendió para terminar el trabajo que había dejado pendiente su padre. En todo caso, fueron los «halcones» de la Casa Blanca los que habían dejado la tarea a medias. El 9 de abril Bush declaró: «Misión cumplida». El régimen de Sadam había caído. Estados Unidos carecía de plan posbélico. En junio transfirió la soberanía al nuevo gobierno, que fue incapaz de sofocar una guerra civil entre suníes y chiíes. Por aquel entonces ya se habían difundido las torturas en la prisión de Abu Ghraib, para escarnio y humillación de Estados Unidos. Sadam Husein fue juzgado por el Tribunal Supremo de Irak y condenado a la horca por crímenes contra la humanidad. Fue ejecutado el 30 de diciembre de 2006.

Bush no acertó a combinar su programa de «conservadurismo compasivo»[3] con impuestos bajos. El escenario no era el mismo en el que se había desenvuelto Clinton. De hecho, su presidencia se saldó con otro sonado fiasco —y no incluimos la gestión del huracán Katrina—. Antes de abandonar la Casa Blanca quebró Lehman Brothers. Bush dejó caer a la firma sin percatarse al principio de que podía desatarse un pánico similar al de 1929. Entonces rectificó y paró la quiebra de algunos grandes bancos: «Soy un fuerte defensor de la libre empresa, mi instinto natural se opone a la intervención, pero no estamos ante circunstancias normales». Al final de sus dos mandatos los americanos distinguieron entre dos Bush: el que se arremangó en los escombros de la Zona Cero y prometió proteger a la nación y el que abandonó la presidencia dejando al

país sumido en una recesión. En medio, hubo otro Bush, el único al que retrata Europa según el perfil trazado por los *radical chic*: un llanero solitario empecinado en la elevada misión de salvar al mundo del tirano Sadam Husein. Su figura despierta tantas y aguerridas adhesiones y fobias que hay quien, obcecado en evaluar su presidencia, olvida los logros de aquel inadvertido caballero que fue *Bush 41*.

[1] El link permanece activo: *https://www.youtube.com/watch?v=LWA052-Bl48.*

[2] La exsecretaria de Trabajo Elizabeth Dole; el senador John McCain, veterano de Vietnam; el locutor de radio Alan Keyes; el exgobernador de Tennessee, Lamar Alexander; el senador de New Hampshire, Bob Smith; el exvicepresidente Dan Quayle; el millonario Steve Forbes, el escritor y analista Pat Buchanan... y otros cuatro nombres más.

[3] La noción es del ensayista Marvin Olasky, que escribió un libro con el mismo título y prologado por el propio Bush: *Conservadurismo compasivo. Qué es, qué pretende y cómo puede transformar América* (2000). El autor definió la noción como un nuevo paradigma para ofrecer a los gobiernos el modo de intervenir en la economía.

43. BARACK OBAMA: EL FINAL DEL PRINCIPIO



4 de agosto de 1961, Honolulú, Hawái.
Presidencia: 2009-(...).
Partido: Demócrata.
Matrimonio: Michelle Robinson. Tienen dos hijas, Malia y Sasha.
Formación: Leyes en la Universidad de Harvard.
Profesión: político.

EL CANDIDATO PERFECTO

Ser el candidato perfecto tiene un enorme inconveniente: una vez superado el escollo electoral, al inquilino de la Casa Blanca le resulta imposible igualarlo. No existe el presidente perfecto y sus posibilidades reales de acción están muy por debajo de las expectativas generadas en campaña. Ni siquiera el presidente de los Estados Unidos tiene en su mano cumplir sus promesas y cambiar las cosas de arriba abajo. Puede que sea el mandatario más poderoso del mundo; pero al mismo tiempo, el Congreso de los Estados Unidos es también la asamblea más influyente del planeta. Como Theodore Roosevelt, Franklin Delano Roosevelt o Ronald Reagan, Barack Obama es un «presidente transformador». Su discurso rompe con los moldes de su época y representa la aspiración de un cambio de paradigma. No obstante, a diferencia de los dos Roosevelt, que durante todos sus mandatos tuvieron de su lado la mayoría en ambas cámaras, Reagan no gozó en ningún momento del apoyo de la Cámara de Representantes y Obama solo dispuso de mayoría demócrata en sus dos primeros años de presidencia.[1] A la postre, en el Congreso se abrió, a partir de 2011, la vía de agua por la que empezó a naufragar el presidente, hasta entonces un candidato sin fisuras, un líder dialogante que no encontró en el Capitolio un interlocutor, sino el cortafuegos de sus reformas sanitaria y migratoria. Dos banderas todavía a media asta en la segunda mitad de su segundo mandato.

Por otra parte, igual que los dos Roosevelt, Kennedy y Reagan, Obama fue el candidato del optimismo frente a la postración; del cambio frente a la continuidad. Con Kennedy —también con Wilson— comparte su idealismo; con Reagan, su alegría; con ambos, la redención de América. JFK era el espejo en el que Obama se miró desde el comienzo de su campaña. Las mismas fotos,

idénticas poses y *look*, capitales fetiche, parecidas palabras: con Obama, la nueva frontera era una realidad. El candidato Obama estaba muy cerca del cumplir el sueño de Martin Luther King. A punto estuvo de estropearlo todo el reverendo Wright.

El 5 de febrero de 2008 se celebró el *supermartes*. Esa noche, John McCain, veterano del Senado y de Vietnam, derrotaba a Mitt Romney y a Mike Huckabee en las primarias republicanas y se convertía de facto, antes de la convención de su partido, en candidato a la presidencia. Sin embargo, toda la atención mediática estaba depositaba en la encarnizada disputa que estaban librando Hillary Clinton y Barack Obama en el Partido Demócrata. La esposa del expresidente se impuso en estados clave: Nueva York, Nueva Jersey, California y Massachusetts, el *territorio Kennedy* cuyos senadores, John Kerry y Edward Kennedy, habían mostrado sus preferencias por Obama. El senador de Illinois ganó en mayor número de estados, pero quedó a más de cien delegados de la favorita. En los días que siguieron Obama recuperó terreno y moral, ganó en nueve estados de tamaño medio. El 4 de marzo recibió el mazazo de Ohio y Texas. Cogió el teléfono y llamó a su rival para felicitarla. Ella estaba exultante. Él, sereno y desilusionado. La conversación fue muy breve.

Los Obama desayunaban a la mañana siguiente sin mucho apetito en San Antonio, Texas. Michelle no pronunció palabra. Veinte millones de dólares *apostados* a estas dos primarias arrojados a la papelera. Obama no pensaba desistir, aunque su fe en la victoria había quedado seriamente tocada. Restaban siete largas semanas para las primarias de Pensilvania. Obama las encaró como un todo o nada, aun a sabiendas de que teniendo en cuenta el perfil sociodemográfico del estado, dominado por blancos y gente de mediana y avanzada edad, no pintaban bien. Un estratega de Bill Clinton había definido a Pensilvania como «Filadelfia más Pittsburgh con Alabama en medio», o sea, dos núcleos industriales de trabajadores de mono azul que prosperaron en la posguerra mundial mezclados entre votantes blancos, conservadores y tradicionales. De momento, Obama iba en cabeza, de modo que además era el objetivo de los dardos más punzantes lanzados por la prensa. Le irritaba sobremanera que le sacaran a relucir a Tony Rezko, un empresario procesado por corrupción de quien se dijo que había financiado su campaña. Los medios hablaban de las «amistades peligrosas» del candidato. Lo peor estaba por llegar.

El 13 de marzo la cadena ABC News publicó distintos sermones del reverendo Jeremiah Wright, el pastor de Obama. Decía cosas completamente trasnochadas: «El gobierno proporciona drogas a los negros, construye prisiones más grandes, aprueba la ley por la que pueden aumentarse las penas a los reincidentes triples, y después quiere que cantemos "Dios bendiga América". ¡No, no y no! ¡Nada de Dios bendiga América! ¡Dios maldiga América!». Obama no daba crédito a lo que veía y escuchaba. Después del 11-S, Wright «vociferó»: «¡Hemos tirado la bomba sobre Hiroshima! ¡Hemos tirado la bomba sobre Nagasaki! ¡Hemos atacado con armas nucleares a mucha más gente de la que murió el 11-S sin ni siquiera pestañear! [...]. ¡Y nos indignamos porque lo que hemos hecho fuera ahora estalla en nuestro jardín! ¡Estamos recogiendo lo que hemos sembrado!». Justo al día siguiente, Obama había quedado en Chicago con periodistas para zanjar el asunto Rezko. Tampoco perdió la calma. Un asesor le dio un borrador sobre lo que debía decir a propósito del reverendo. El candidato no lo quiso y se puso a trabajar en sus propios argumentos. Ese día, según los periodistas John Heilemann y Mark Halperin, estuvo «tranquilo, metódico, preciso y estratégico». Primero despachó a Rezko.[2] Luego fue a por Wright. Tenía cautivado a su equipo de campaña: «Este es el tipo al que quiero a mi lado en una trinchera», afirmó Anita Dunn, una de sus colaboradoras.

Reunido con el consejo editorial del *Chicago Tribune*, argumentó que sus relaciones con Wright no eran políticas ni religiosas, sencillamente acudía a su iglesia y entendía que el entorno en el que se movía su pastor condicionaba su visión del mundo. No negó su estrecha relación personal con él: «Es como si fuera un tío tuyo que dice cosas con las que discrepas profundamente. Pero no deja de ser tu tío». Esa misma tarde le comunicó a su equipo, especialmente a su mano derecha, David Axelrod, que quería pronunciar un discurso sobre «la raza». Era un tema delicado. Sus asesores nunca consideraron oportuno dedicar un mitin exclusivamente a la cuestión. Había quedado claro que era el candidato *posracial*, por qué dar más vueltas al asunto. Obama había transigido hasta ese momento. Pero esa noche decidió que debía afrontarlo a pecho descubierto. Ya era imposible seguir esquivando una materia tan sensible. No podía evitar que algunos electores le mirasen como el candidato negro del Partido Demócrata. Y mucho menos, como el candidato de los negros a la presidencia. Además, su relación con Wright era lo suficientemente estrecha como para no andarse con

paños calientes. De hecho, de uno de sus sermones tomó el título de su ensayo *La audacia de la esperanza*. Cuando el 18 de marzo de 2008 Axelrod leyó el texto del discurso, le dijo: «Es por esto por lo que deberías ser presidente». Esa noche, el candidato articuló en Filadelfia, a propósito de la polémica surgida con su pastor, su programa político. Todos los medios coincidieron en que Obama estuvo sublime.

Su discurso «Una unión más perfecta» fue de los más celebrados en campaña; le catapultó como un líder sin complejos y con arrojo; fue una alocución plagada de matices, medida, equilibrada y que apuntaba directamente al corazón de los americanos: el reverendo Wright ha ofrecido «una visión totalmente distorsionada de nuestro país», reconoció Obama; no obstante, dijo, «no puedo repudiarlo sin repudiar a la comunidad negra. No puedo repudiarlo sin repudiar a mi abuela blanca... que en una ocasión confesó su miedo a los hombres negros que pasaban a su lado en la calle, y de quien en más de una ocasión oí comentarios raciales estereotipados que me pusieron la piel de gallina. Tanto ella como el reverendo forman parte de mi vida, forman parte de América, este país que amo».

Sus más obcecados y desnortados detractores insinuaron que Obama huía de su raza y de su pasado, que renegaba de sus orígenes. Este discurso puso fin a las especulaciones sobre sus supuestos complejos: Obama era negro, se reconoció como tal y dio por zanjada la controversia. Lo peor de las palabras de Wright, aseguró, no fue la manera de hablar sobre racismo, sino expresarse como si «nuestra sociedad fuese estática»: «Muchos trabajadores blancos con problemas económicos también sienten resentimiento, porque les han dicho que su situación es producto de las políticas de acción afirmativa hacia los negros, o de la llegada de inmigrantes hispanos [...]. Es necesario que blancos, negros y marrones nos unamos para resolver los problemas comunes», y se refirió al paro y a la sanidad. Para concluir recuperó el sueño de King: «Hasta ahora ha prevalecido la idea de que mi sueño solo se puede conseguir a expensas del tuyo. Ese es el gran error».

Hillary Clinton decidió no explotar el caso Wright y el candidato retirado de la carrera, el influyente gobernador de Nuevo México, el *superdelegado* Bill Richardson, abandonó a Clinton y se pasó a las filas de Obama. El entorno de los Clinton comenzó a llamarlo *Judas Richardson*. Con todo, Obama perdió en

Pensilvania. Entretanto, Clinton lanzó un *spot* demoledor para su adversario, a quien ya se señalaba como «blando» en política internacional: a las tres de la madrugada suena el teléfono rojo de emergencias de la Casa Blanca. Las cámaras se pasean por unos cuantos hogares de norteamericanos. Los niños duermen plácidamente abrazados a sus muñecos de peluche. «¿Quién prefieres que descuelgue?», pregunta una voz en *off* que recuerda los peligros que se ciñen sobre América. Al otro lado del hilo telefónico, Hillary Clinton responde a la llamada. Afortunadamente, ella es la que ocupa el Despacho Oval y vela por la seguridad de sus conciudadanos. Con este video de 30 segundos[3] pretendía atraer el voto de los demócratas conservadores.

Por fin, el 3 de junio de 2008 se celebraron las últimas primarias y acabó la agotadora carrera: Obama ganó en Montana y Hillary en Dakota del Sur. Obama estaba a punto de dar un mitin en Minnesota cuando le comunicaron los resultados. Sumaba los delegados necesarios. Sería el candidato demócrata a la presidencia de los Estados Unidos. Salió al escenario bajo los acordes de *Beautiful Day*, del grupo irlandés U2. Clinton no felicitó al vencedor y exhortó a sus fieles: «La cuestión es ¿adónde vamos a partir de ahora?». Y sus seguidores gritaron a modo de desafío: «¡Denver, Denver, Denver!». Allí, en la capital de Colorado, iba a celebrarse ese verano la convención demócrata. Luego, aseguró a la prensa: «Soy necesaria. Mis votantes son necesarios».

OBAMANÍA

Obama seduce tanto en las distancias cortas como subido a una tarima. Es un hombre capaz de escoger siempre la palabra adecuada y sonreír en el momento preciso. Una vez, en sus tiempos de estudiante, un guardia de seguridad le dijo que sería un estupendo comercial o un magnífico vendedor de electrodomésticos. Es elocuente y tiene una voz poderosa capaz de envolver a su interlocutor y a todo el auditorio. Es reflexivo, sereno, simpático, elegante y tiene carisma. Captura a su público y lo guía hacia la búsqueda de sus ideales. Es Obama I, el candidato presidencial. Es brillante e inteligente, lo demuestra cuando asegura que no tiene demasiadas certezas. O cuando analiza las virtudes de sus adversarios ideológicos: «Reagan conectó con el deseo de orden que

sienten los americanos, con nuestra necesidad de creer que no estamos dominados por fuerzas ciegas e impersonales sino que podemos decidir nuestro destino individual y colectivo si redescubrimos las virtudes tradicionales del trabajo duro, el patriotismo, la responsabilidad personal y la fe».

A pesar de que sus campañas han sido cortadas por el patrón del idealismo naíf o la inconcreción, sabe que no hay soluciones fáciles a problemas complejos. No es un doctrinario y tiene confianza en sí mismo. Ambas cualidades le permiten respetar a sus contrincantes y abjurar de la ideología: «Los valores se aplican fielmente a los hechos que se encuentran ante nosotros, mientras que la ideología invalida los hechos si la ponen en duda». Asimismo, muestra una forma muy sana de entender la rivalidad política: «Yo estoy obligado a intentar ver el mundo desde el punto de vista de George Bush, sin importar lo muy en desacuerdo que esté con él», escribió en *La audacia de la esperanza*. Tiene la virtud de no abrir fuego ni iniciar las hostilidades —o dar la sensación de que no lo hace—, sencillamente expone sus planteamientos. Para sus detractores, bajo el merengue de su prosa se esconde un político firme y agresivo cuya agenda progresista no solo es innegociable sino que además es precisamente pura ideología.

Tuvo claro que sus dos campañas de 2008, primero contra Hillary y luego contra McCain, debían ser propositivas. Hizo lo mismo en 2012, cuando pidió a sus electores que no le abandonasen «a mitad del camino». Asegura que le gusta jugar limpio y se presentó en 2006, cuando tenía prácticamente decidido concurrir a la carrera por la nominación demócrata, como un «moderado» partidario de los «equilibrios». En el Senado de los Estados Unidos trató de ofrecer una imagen más centrada y dulcificada de la que había ofrecido en los años previos en el senado de su estado. Desde 1996, fecha en la que se impuso al candidato conservador, Jack Ryan, muy mermado tras las acusaciones de infidelidad vertidas por su propia esposa, Obama era el «constructor de consensos» en el Senado de Illinois. Defendió medidas contra la discriminación de los homosexuales y se mostró partidario de la abolición de la pena de muerte, del aborto y del control de armas. Si bien votó a favor de que expolicías y miembros de la policía militar pudieran ocultarlas.

Antes de llegar a la convención de Denver, Obama había dejado sobradas muestras de sus cualidades. En 2004 presentó en la convención demócrata de

Boston al candidato John Kerry, el marido de la *reina del ketchup* Teresa Heinz, y, desde 2009, secretario de Estado en su segunda administración en sustitución precisamente de Hillary Clinton. Allí apeló a la «grandeza» de la nación, «no por la altura de los rascacielos, o el poder de nuestro ejército o el peso de nuestra economía. Nuestro orgullo —proclamó— se basa en una simple premisa, se resume en la declaración hecha hace doscientos años: asumimos estas verdades tan obvias, que todos los hombres son creados iguales. Todos son dotados por su Creador de los mismos e inalienables derechos. Entre los cuales destacan la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Este es el verdadero genio de América, la fe en nuestros sueños sencillos, la perseverancia en nuestros pequeños milagros». Obama aprovechó la convención para presentarse en sociedad a nivel nacional. Invocó, como mandan los cánones, a los padres fundadores y al origen de la nación, y concluyó: «No hay una América negra y una América blanca [...]: solo hay los Estados Unidos de América».

El 2 de noviembre de 2004 ganó un asiento en el Senado de los Estados Unidos. Cuando el tiempo alcanza al narrador, el historiador se convierte en un mero cronista de los acontecimientos en curso: aquella noche, pasadas las tres de la madrugada, en la embajada americana en Madrid se extendió un agitado murmullo en el momento en que las cámaras se posaron sobre el flamante senador de nuevo cuño. Todos los presentes identificaron a Obama como un futuro presidenciable. Todos escucharon atentos sus declaraciones antes de volver a los corrillos habituales. Había nacido una estrella. No jugó un papel especialmente destacado en el Senado, si bien en 2006 respaldó el proyecto de Ley de Migración impulsado por Ted Kennedy y John McCain, su rival en las presidenciales de 2008, basado en dificultar por todos los medios la contratación de inmigrantes ilegales; reconocer que era imposible echar a todos los ilegales y, por ello, establecer un plazo de once años para concederles la ciudadanía. Por último proponía un programa de «trabajadores invitados», es decir, de empleos temporales para extranjeros que retornarían a su país cuando finalizara su contrato. Respecto de este último punto, Obama introdujo un matiz para reducir su número: que el empleo fuese ofrecido antes a ciudadanos americanos para así evitar la competencia desleal con los trabajadores nacionales y en última instancia una reducción de salarios. Los sindicatos le apoyaron. La ley encalló después en la Cámara de Representantes.

En otoño de 2005 acudió junto con Bill Clinton al funeral de Rosa Parks, la activista pro derechos civiles que en 1955 se negó a levantarse de su asiento, en la fila de los blancos, en un autobús público de Montgomery, Alabama: «No, estoy cansada de ser tratada como una ciudadana de segunda clase», le respondió al conductor que le señalaba la parte trasera del vehículo. «He pagado mi billete», se justificó ante los policías que la detuvieron. Trece meses después, la ley segregacionista fue abolida. El día de su fallecimiento, el 24 de octubre de 2005, George W. Bush dijo que Rosa Parks «transformó América». Bill Clinton tomó la palabra en la iglesia. El ambiente y el simbolismo que se desprendía de aquella tarde de principios de noviembre en Detroit produjeron en Obama una extraña sensación de optimismo y melancolía: cuatro mil personas honraban la memoria de la costurera que ya tenía la Medalla de Oro del Congreso desde hacía diez años. Obama reflexionó entonces sobre el huracán Katrina, que, unos meses antes, un lunes 29 de agosto, devastó zonas de Misisipi, Alabama y Luisana, cebándose especialmente con la ciudad de Nueva Orleans. Obama, el único afroamericano con asiento en el Senado, reparó en la imagen: un hombre de Arkansas reconocía la deuda que la sociedad americana tenía con Parks en un templo episcopal y metodista africano, repleto de negros trajeados, funcionarios de clase media acomodada y con la presencia del excandidato fallido Jesse Jackson entre los asistentes ilustres. Barack Obama se sintió el depositario del ideal de transversalidad.

El drama del Katrina no le abandonó durante la celebración. Su postura había sido muy clara al respecto desde el mismo día de las inundaciones: «La incompetencia no distingue color». Obama calmó los ánimos de los activistas negros más revanchistas. No veía atisbo de racismo en la gestión de la crisis por parte de la Administración Bush, solo ineficacia. El presidente estaba ese día de vacaciones en su rancho de Texas y parte de la prensa le censuró por reaccionar tarde y mal; por estar únicamente preocupado de lo que ocurría en Irak. Aunque retornó a Washington inmediatamente y sobrevoló Luisiana en su viaje de regreso, no pisó el terreno hasta el día 2 de septiembre, cuando animó al director de la Agencia Federal de Gestión de Emergencias: «Estás haciendo un gran trabajo». Una semana más tarde lo apartó de su puesto y luego lo relevó del cargo. Para Obama, los pobres siempre sufren más las catástrofes naturales y se da la circunstancia de que hay más pobres negros, nada más. O nada menos,

pues a principios de esta década, un informe del Departamento de Justicia calculó que el 28 por ciento de los varones negros pasaría algún día entre rejas. Pese a todo, Obama recalcó que la lucha debía emprenderse contra la marginación y la pobreza, no contra los blancos.

Si tuviéramos que escoger una fecha como el primer día de la *obamanía* sería, sin duda, el 10 de febrero de 2007 en Springfield, Illinois. Un mes antes había comunicado a sus seguidores que había creado un «comité exploratorio»[4] para analizar sus posibilidades de concurrir a la nominación demócrata para la presidencia. Ante 15.000 seguidores anunció, en el Viejo Capitolio del estado de Illinois, que competiría en las primarias demócratas. Nada era casual en la escenografía del candidato Obama. El Viejo Capitolio era el lugar donde Lincoln pronunció su histórico discurso de «La casa dividida». Todos sus gestos estaban milimétricamente calculados. Lo cual lo convertía en objeto de sospecha para algunos, en un nuevo referente moral para otros: «Reconozco que hay en mi propósito cierta presuntuosidad, cierta osadía. Yo no he perdido mucho tiempo en aprender el camino que lleva a Washington. Pero he estado allí el tiempo suficiente para darme cuenta de que las formas de Washington deben cambiar». Obama se presentaba, en cierto modo, como un *outsider*, quería alejarse del estereotipo asociado a los burócratas de Washington, él constituía un soplo de aire fresco frente al *establishment*. Él era crítico con el trabajo de los congresistas: no sirve para nada si no salen del Capitolio a pulsar la opinión de la gente. No armó su relato en un día. Comenzó a elaborarlo en 1995, fecha en la que publicó *Los sueños de mi padre. Una historia de raza y herencia*. Cada paso que daba estaba perfectamente coordinado con el anterior y al mismo tiempo tenía su propio sentido.

Esa mañana de sábado despejado, luminoso y frío en Illinois, Obama pronunció aquellas palabras mágicas que han cambiado la manera en que los políticos se relacionan con las masas pero no han sido suficientes para cambiar las cosas: *Yes we can*, coreó la multitud. Durante los dos años de campaña y el primer año y medio de Gobierno, el *Yes we can* gozó de poderes taumatúrgicos; tantos, que fabricó el prodigio de un Nobel de la Paz cuando Obama apenas llevaba nueve meses instalado en el Despacho Oval. Tantos, que eclipsó ese día el contenido de un discurso muy comprometido ideológicamente. De hecho, la carrera entre Hillary y Obama no solo fue una pugna entre estilos de liderazgo,

sino una verdadera batalla ideológica resuelta a favor de Obama, que luego reafirmó su perfil conciliador situando a Clinton en la Secretaría de Estado, allí donde más podía lucir sin interferir en los asuntos domésticos de su Administración.

Obama propuso a la nueva generación «liderar la lucha contra la pobreza», permitir a los «sindicatos elevar de nuevo la clase media de este país», «liberarse de la tiranía del petróleo» y asegurar «un modelo de protección sanitario universal»; igualmente, anunció un plan para retirar las tropas de Irak. «Esta campaña no puede girar únicamente en torno a mí, sino en torno a nosotros, en torno a lo que podemos hacer juntos [...]. Esta campaña es el vehículo de vuestras esperanzas y de vuestros sueños». Y como no podía ser de otra manera, recurrió a Lincoln: «Él nos mostró el poder de las palabras; el poder de la convicción [...]. Nos dijo que hay poder en la esperanza».

Su puesta en escena y sus métodos parecían innovadores. Era el Kennedy negro pero se mostraba más sincero, ejemplar, natural y sencillo. Era exquisito pero no había asomo de impostura. Su mensaje tampoco era del todo nuevo, sino una adaptación a los tiempos, un *remake*. Lo utilizaron Carter y Mondale en 1976, que se presentaron como los «líderes por el cambio». El eslogan de Mondale en 1984 fue: «América necesita un cambio». Clinton renovó la idea antes de que Obama la perfeccionara: «Por el pueblo, por un cambio», fue su lema en 1992. Mucho antes, el republicano Eisenhower concurrió a las elecciones de 1952 con la consigna: «Es el momento para un cambio». Sin embargo, en Obama lo nuclear no era la idea, era el contenido del mensaje; no era el enunciado, sino el trasfondo; no eran las palabras, sino quiénes las empleaban. Él, en sí mismo, representaba el cambio, lo nuevo, lo diferente, lo extraordinario. Es un error interpretar el *Yes we can* al margen de toda la *performance* y estructura que acompañó al candidato. Al final, el *Yes we can* se convirtió en un fetiche que dio la vuelta al argumento: si Obama lo propone, *podemos* hacerlo.

Al mes siguiente de anunciar su candidatura, Obama preguntó a través del portal de internet Yahoo: «¿Cómo podrían incorporarse más ciudadanos al proceso democrático?». No le interesaban tanto las respuestas como diseminar su mensaje, llegar a más gente, darse a conocer. Recibió 17.000 correos. Su método consistía en implicar a muchos voluntarios en su campaña. Dividió su

ejército de jóvenes en tres grupos: para difundir su programa, captar fondos e inscribir votantes. La campaña batió récords de recaudación, reunió millones de dólares de pequeños donantes[5] y movilizó a cientos de miles de votantes nuevos que nunca habían mostrado el menor interés por participar en unas elecciones. La política no iba con ellos hasta que apareció Obama. Por eso, cuando los consultores analizan solo la escenografía y el discurso, cometen el error de dejar de lado lo esencial. El trabajo de campo y entre bastidores, cómo funcionó, perfectamente engrasada, la sala de máquinas. Tres años más tarde, el *Yes we can* se diluyó como un azucarillo en el café caliente. El presidente reconoció en la campaña de 2012 que «nadie dijo que fuera a ser fácil». Esta parte de la historia pertenece ya a Obama II, mucho más realista, menos ambicioso pero igual de incombustible.

Desde aquel 10 de febrero de 2007 en Springfield, el fenómeno Obama no dejó de crecer. Una firma de ropa incorporó su logo de campaña a una colección en otoño de 2008. El candidato demócrata se convirtió en el icono de la esperanza. Entretanto, en marzo, tras conocer los resultados de las primarias de Texas, no defraudó en su discurso en San Antonio: «Creemos que una niña que nazca hoy debería tener las mismas opciones independientemente de si nace en los barrios de San Antonio, San Luis o en las calles de Chicago...». Solicitó para esa niña una educación pública de calidad, cobertura sanitaria y orgullo patrio. En abril, en Filadelfia, reunió a 50.000 seguidores. El 19 de mayo de 2008, 75.000 almas se citaron en Portland, Oregón, para celebrar su inminente nominación. Dos meses después congregó a 200.000 personas, muchas de ellas jóvenes, en Berlín, donde tiró del infalible *argumentario Kennedy*: «El único camino es derribar muros y tender puentes [...]. Ninguna nación puede vencer por sí sola los peligros del siglo XXI». Era su enmienda a la política exterior de Bush. El día de su designación oficial como candidato dijo: «El cambio sucede porque el pueblo lo demanda, porque se levanta e insiste en [aspirar a] nuevas ideas, un nuevo liderazgo, nuevas políticas y un nuevo tiempo. América, estamos ante uno de esos momentos [...]. El cambio que necesitamos está de camino».

En vísperas de los comicios, la fatalidad redondeó la epopeya del candidato: falleció Madelyn Dunham, la abuela blanca y materna de Obama, la que lo crio en Hawái, trabajó duro para que él pudiera ir a la universidad y alguna vez tuvo

miedo de los negros. El candidato la recordó emocionado en su último mitin, en Carolina del Norte. Ella y muchos americanos son los «héroes callados»: «Mañana vamos a traer el cambio a Estados Unidos y asegurarnos de que les rendimos honores para que sepan que ha merecido la pena el sacrificio que hicieron por nosotros». Sus incondicionales lo veneraban. Se les llamó *obamaniacs* (*obamaniacos*). Obama no representaba de ningún modo el *black power*, sino el *young power* y el *change power*. Consiguió transformar los registros de la política y, en cierto modo, tuvo suerte de enfrentarse al senador de Arizona John McCain. Un candidato distinguido, moderado y tenaz.

LAS ENCRUCIJADAS DEL HOMBRE QUE PROMETIÓ UN MAÑANA

Hijo y nieto de militares, McCain hizo gala durante la campaña de tres de sus virtudes: heroísmo, humildad y valentía. Sin embargo, Obama eligió parte del decorado —la otra la puso Bush— y las reglas con las que se iba a jugar la partida, de modo que la candidatura de McCain estaba desde el inicio lastrada por su avanzada edad, por la herencia económica del presidente saliente y por sus movimientos torpes y robotizados a causa de las torturas sufridas en Vietnam. En 1967 su avión fue capturado. Permaneció preso en manos del Vietcong durante cinco años. Su madre, Roberta McCain, una venerable anciana de casi cien años, hizo las delicias del votante republicano: apasionada del arte y la arquitectura, viajaba de París a Nueva York para ver exposiciones. Preguntada en la cadena CBS sobre sus excursiones, explicó que en la capital francesa no quisieron alquilarle un coche debido a su avanzada edad, así que tuvo que comprarlo: «¿Qué quiere que haga, que me siente y me pase el día jugando al *bridge* o que me ponga a hablar de mi operación de rodilla y reparta fotos de mis nietos?». Se casó en Tijuana contra la voluntad de sus padres y amenazó a su hijo con lavarle la boca con jabón si repetía los irreproducibles calificativos con los que despachó a sus torturadores en Vietnam.

McCain jugó limpio y dejó el papel de *poli malo* a la gobernadora de Alaska, Sarah Palin, que irrumpió en escena a finales de agosto de 2008, en principio, para competir por el voto femenino de Hillary Clinton, luego, como azote de

Obama. Con ella, el moderado McCain quiso aportar frescura a su *ticket* y movilizar al votante republicano más recalcitrante, que reprochaba al senador haberse apartado de la ortodoxia de Bush y renegado de sus políticas económicas. Qué otra cosa podía hacer McCain en plena recesión. El propio Bush cambió la dirección de su política económica al final de su mandato. En una intervención ante un reducido grupo de simpatizantes, Obama dijo que había viajado por toda América para hacer llegar su programa. Luego sonrió, se rascó la frente y apostilló: «Bueno, no exactamente, me falta un estado, Alaska, creo que debo acercarme por allí». Sarah Palin reunió en torno a su figura a todos los descontentos de Obama; o mucho más, a todos los que consideraban al candidato demócrata un «peligroso socialista». Como reacción a la candidatura de Obama eclosionó el Tea Party, que toma su nombre del Motín del Té que protagonizaron los colonos americanos contra las tropas británicas en 1773. Defendían la libertad individual frente a la injerencia del gobierno.

El movimiento nació como una corriente libertaria dentro del Partido Republicano y alcanzó su máximo apogeo tras las elecciones parciales al Congreso en 2010, constituyéndose en la principal oposición a la presidencia de Obama, quien, durante la campaña, se negó a mostrar su partida de nacimiento ante las mendaces e inquisitoriales denuncias de un reducido grupo de fanáticos que lo acusaban de subvertir la Constitución porque no era americano. Los congresistas próximos al Tea Party han sido un dolor de muelas incluso para la mayoría republicana. Su presión fue determinante para que durante dos ejercicios —en 2011 y 2013—, el Congreso estuviera a punto de paralizar los presupuestos, lo que hubiera supuesto el cierre fiscal de la Administración, una situación caótica aunque no desconocida en Estados Unidos (pasó una vez con el *presidente 41*, Bush padre; y dos con Clinton, en 1995 y 1996). En ambas ocasiones, la razón fue la reforma sanitaria y el debate sobre la extracción de los fondos destinados a ponerla en marcha. Los argumentos del Tea Party contra la reforma, que consistía básicamente en obligar, por un lado, a todos los ciudadanos a contratar un seguro y, por otro, a las aseguradoras a proporcionarlo en función de los recursos y necesidades de los beneficiarios y sus familias, eran tan reduccionistas como impactantes: «Si no quiero comer brócoli, ¿puede el gobierno obligarme a comer brócoli?». Obama presentaba su reforma sanitaria como una medida de equidad social; el Tea Party situó la discusión en el terreno

de la libertad de elección, que ensamblaba muy bien con los valores americanos tradicionales.

El *Obamacare* ha sido la bandera de la presidencia de Obama y ha constituido una inagotable fuente de fricciones con la Cámara de Representantes. Finalmente, en 2012 se pronunció el Tribunal Supremo: por cinco votos a cuatro declaró constitucional el «mandato», es decir, la obligatoriedad de suscribir un seguro mínimo esencial. Obama cumplía su promesa de 2008 en sus tres cuartas partes. El gobierno federal, las empresas y las aseguradoras deben contribuir a la provisión de seguros; por su parte, los ciudadanos que no lo soliciten serán penalizados en función de sus ingresos. Las paradojas de la política mostraron a Mitt Romney, el republicano que introdujo una reforma similar cuando era gobernador de Massachusetts, oponiéndose a ella como adversario de Obama en las presidenciales de 2012. Algunas empresas aseguradoras anunciaron que elevarían las pólizas ya contratadas para compensar las que tienen que ofrecer a las personas que ahora debían atender por ley. Algunos casos acabaron en los tribunales. Obama aceptó un año de transición. Los jóvenes con buena salud se resisten a inscribirse, pero son esenciales para mantener el equilibrio del mercado de los seguros. En los primeros días, el servidor de la página web abierta por la Administración para permitir la suscripción de los peticionarios se cayó y dejó de funcionar. El 17 de febrero de 2015 concluyó el plazo para que los americanos solicitaran un seguro médico: 11,4 millones de estadounidenses firmaron la petición.

Antes, en plena *obamanía*, el senador de Illinois se impuso al de Arizona en las elecciones de 2008. Su campaña costó 659.697.828 dólares. La de McCain, cerca de 400 millones. Obama obtuvo 69.456.897 votos (52,9 por ciento), McCain, 59.934.814 (45,7 por ciento). Según un sondeo poselectoral del *New York Times*, el 56 por ciento de las mujeres, el 95 por ciento de los negros, el 67 por ciento de los hispanos, el 66 por ciento de los votantes de entre dieciocho y veintinueve años, el 63 por ciento de las personas sin el graduado escolar, el 69 por ciento de los primeros votantes y el 70 por ciento de los habitantes de las grandes ciudades —exceptuando los barrios residenciales— se decantaron por el candidato demócrata. Obama logró el apoyo de 365 compromisarios del Colegio y McCain el de 173. En lo que respecta a los estados en disputa, el demócrata conquistó Florida, Indiana, Carolina del Norte y Ohio; McCain se quedó solo

con Misuri.

El discurso de Grant Park, en Chicago, la noche electoral, constituyó, aunque fuera simbólicamente, uno de los acontecimientos decisivos de este siglo para Norteamérica. Se había cumplido el sueño de King. Obama partía con un caudal de confianza de enormes proporciones, pero también con una responsabilidad sin igual. El viejo barbero negro que le cortó el pelo a su llegada a Chicago, en 1983, le relató el proceso electoral que llevó a Harold Washington a la Alcaldía de la ciudad. Lo termina así: «La noche que ganó Harold, deja que te diga, la gente se echó a la calle [...]. No solo estaban orgullosos de Harold. También lo estaban de ellos mismos. Yo me quedé en casa, pero tanto mi esposa como yo no pudimos ir a la cama hasta las tres de la mañana. Estábamos tan emocionados... Cuando me levanté a la mañana siguiente me pareció el día más bonito de mi vida».

Veinticinco años después, Obama consiguió que millones de norteamericanos experimentaran la misma sensación. Y sobre todo, demostró aquello que pretendía desde que decidió emprender la carrera que consagra el modelo americano: en América caben todos los sueños. Para una nación relativamente joven, la presidencia de Obama cierra un ciclo, constituye el final del principio: de la independencia a la emancipación, de la reconstrucción al reconocimiento de los derechos civiles, de la igualdad legal a la igualdad real. Sin embargo, una terrorífica escena de violencia policial en las calles de Nueva York en julio de 2014; una demostración de gatillo inexplicablemente fácil contra un menor en noviembre, en Cleveland (Ohio); y un juicio resuelto, también en noviembre, con la absolución de otro agente que, a su vez, había liquidado a un delincuente negro desarmado durante ese mismo verano de 2014 en Ferguson (Misuri) encendieron de nuevo la mecha de las protestas raciales.

Cuatro años después de su primer triunfo electoral, con su popularidad bajo mínimos, Obama se rehízo. No es exactamente un superviviente, es un luchador infatigable. Pidió cuatro años más, estimuló la economía y la Reserva Federal le echó una mano. El paro, caballo de batalla de la campaña, le dio un respiro (durante todo su primer mandato estuvo por encima del 8 por ciento; justo al final, se redujo unas décimas). Cosechó 62,6 millones de votos (50,6 por ciento); el republicano Mitt Romney, 59,1 millones (47,8 por ciento). Obama consiguió 332 votos electorales y Romney, 206. El presidente se dejó en el camino Indiana

y Carolina del Norte pero ganó en los siete estados *en el aire*, según las encuestas previas. Wisconsin, Iowa, New Hampshire, Colorado, Florida, Ohio y Virginia. En los cuatro últimos, con un margen estrechísimo, no superior al 51 por ciento. Aunque mantuvo el grueso de los estratos que le dieron la victoria en 2008 —jóvenes, pobres y personas sin estudios—, todos habían perdido parte de la ilusión y su confianza en el hombre que prometió un mañana. De esos grupos fieles, solo los hispanos ampliaron la confianza en él. Incluyó en su programa una reforma migratoria para más de 11 millones de espaldas mojadas. En los últimos cuarenta años, cinco presidentes de ocho han renovado mandato; Obama es el único que lo ha hecho con menos respaldo que la primera vez.

La mayor parte de los analistas —exigentes y desencantados, escépticos y precavidos— coinciden en que Obama no pasará a la Historia por sus grandes logros. En los dos últimos años lucha contra el reloj por dejar su impronta y sacar sin más sobresaltos ni obstáculos sobrevenidos las reformas sanitaria y migratoria. Si ambas finalmente llegan a buen puerto, el presidente habrá cumplido. Por eso la victoria de 2012 fue relativa: ganó pero ya no convenció, había perdido frescura; además, era plenamente consciente de que con la Cámara de Representantes de nuevo en poder de los republicanos, su segundo mandato iba a ser una lucha sin cuartel. En su primer discurso de investidura, en 2008, había afirmado: «En este día venimos a proclamar el fin de pequeños agravios y las falsas promesas, de las recriminaciones y los falsos dogmas que durante mucho tiempo han estrangulado a nuestra nación». Puso muy alto el listón de la ilusión.

Obama posee la rara habilidad de mostrar al mismo tiempo una doble faceta: es un apaciguador desafiante que lanza el balón al tejado del adversario. Tendía la mano a los republicanos, pero él era el presidente, el depositario de un nuevo reto: terminar la tarea que dejaron inacabada los padres fundadores de la nación. «Nuestro éxito depende de la honestidad y del trabajo duro, el coraje y el juego limpio, la tolerancia y la curiosidad, la lealtad y el patriotismo», los viejos valores de América.

LA HISTORIA CONTINÚA

Obama II el pragmático sucedía a Obama I el audaz, valiente, pacificador, calculadamente ingenuo, apuesto, idealista, sensato, culto, brillante, empático, *kennedyano*, sofisticado, familiar, progresista y obstinado en la lucha contra la desigualdad y a favor de las minorías. Obama I se presentó al mundo tendiendo la mano al Islam. Lo hizo en el discurso de El Cairo, Egipto, el 4 de junio de 2009. «Estados Unidos no está en guerra con el Islam», aseguró. Apostó en su primer mandato por una actitud conciliadora, aunque había reconocido en privado, al tomar posesión, que heredaba «un mundo que en cualquier momento podría saltar por los aires de media docena de maneras distintas».

El candor de Obama es mitad real mitad pose, para reconciliar a su país con la Europa biempensante. Cree que la presidencia de Bush abrió una brecha entre Estados Unidos y el mundo y confía en que él puede cerrarla sin renunciar a los valores sobre los que se fundamenta su nación. Su política exterior ha sido titubeante. Y los sinsabores padecidos han contribuido finalmente a convertir a la joven y renovadora promesa demócrata en un ajado y ojeroso presidente incrustado en el *establishment*. Llegó con una rama de olivo a Oriente Próximo; recibió preventivamente —o en revancha de la Academia Sueca contra Bush— el Premio Nobel de la Paz en 2009; asistió perplejo y sin un planteamiento definido a las tan mal llamadas primaveras árabes (que se llevó por delante varios regímenes y provocó dos guerras civiles y una en Libia, donde Gadafi murió asesinado por rebeldes en octubre de 2011); anunció la retirada de tropas de Afganistán, aunque no hay una fecha definitiva tras posponer la inicialmente prevista, en 2014; en cambio, Estados Unidos abandonó Irak el 18 de diciembre de 2011 según el plan previsto por Bush; no ha cerrado Guantánamo; el embajador norteamericano en Libia murió en Bengasi víctima de un ataque terrorista en plena campaña electoral de 2012, y era precisamente un 11-S; bendijo el golpe de Estado en Egipto contra los Hermanos Musulmanes en el verano de 2013, aunque eludió emplear el término; amenazó al tirano Bashar al-Asad con bombardear Siria sin querer hacerlo, para no dar alas a los terroristas que habían tomado el control de la oposición; Kerry visitó al nuevo presidente egipcio, Al-Sisi, y le garantizó la reactivación de la ayuda económica a su país; y, en el decimotercer aniversario del atentado contra las Torres Gemelas, declaró: «Destruiremos al Estado Islámico». Prometió un «esfuerzo firme e implacable para sacar al Estado Islámico de donde quiera que esté, usando nuestro poder

aéreo y dando apoyo a las tropas de nuestros socios sobre el terreno». Eso sí, en la misma comparecencia anunció que su «ofensiva» o «campaña antiterrorista» —evitó en todo momento utilizar la palabra guerra— incluiría una gran coalición internacional: «Este esfuerzo será diferente al de las guerras en Afganistán e Irak». Obama ha huido de las expresiones «guerra contra el terror» o «terrorismo islámico» como de la peste. En febrero de 2015 volvió por sus fueros y retomó el relato expuesto en El Cairo: «Cuando la gente se siente oprimida o siente que se le niegan sus derechos, por motivos étnicos o sectarios, cuando se silencia la disidencia, se alimenta el extremismo violento». Por último, Obama se topó con un conflicto diplomático con la canciller Angela Merkel a cuenta de un supuesto caso de espionaje de la CIA a líderes alemanes.

Pero sobre todo, Obama, el candidato de la mano tendida al «Islam moderado», ha sido el presidente que ordenó eliminar a Bin Laden. Dio su aprobación al desarrollo del operativo el 29 de abril de 2011. Cuatro días después, el 2 de mayo, seis helicópteros del grupo de operaciones especiales de la Marina americana Navy Seals irrumpieron en la residencia de lujo donde se escondía el enemigo público número uno de Estados Unidos. Se hallaba en Abbottabad, al norte de Pakistán, a 65 kilómetros de la capital, Islamabad. Estaba fuertemente protegida. Solo tenía dos puertas, carecía de ventanas y no disponía de teléfono ni acceso a Internet. Bin Laden murió de un disparo en la cabeza. Obama no se anduvo con rodeos en su comparecencia pública: «Es un gran día para América. El mundo es más seguro y mejor a causa de la muerte de Osama Bin Laden». Obama y su gabinete siguieron la operación en tiempo real. El gobierno de Pakistán no fue informado de los detalles de la operación. Nada podía desbaratarla. De hecho, el asesor de seguridad de la Casa Blanca, John Brennan, consideró «inconcebible» que Pakistán no supiera nada. La Administración Obama daba por concluida la década que empezó el 11 de septiembre de 2001. Sin embargo, no solucionaba ninguno de los problemas que existían antes de la ejecución. La Historia nunca se detiene.

Por si todo lo dicho fuera poco, el nuevo nacionalismo ruso amenaza con socavar también la estabilidad mundial. Obama ha sido más contundente en sus declaraciones, aunque busca una alianza con Europa. Por otra parte, ha puesto fin a medio siglo de embargo a Cuba y ha estrechado lazos comerciales con China.[6] Los más críticos con su gestión empiezan a pensar que Hillary Clinton

tenía razón: que ella era la «chicha» y él solo «el chisporroteo del aceite al freír».

De todos modos, sea cual sea la envergadura de cada contingencia, el presidente nunca pierde los estribos. Para algunos es astuto y disciplinado; para otros, un idealista irredento que cumplió gran parte de su tarea por el mero hecho de alcanzar la presidencia. Su padre era un funcionario africano que llegó a Hawái para realizar unos cursos de transporte aéreo. Allí conoció a Stanley y nació el pequeño Barack. *Mr. Double Double* («señor WW») —como se le conocía por su afición a los dobles tragos de Johnnie Walker— dejó a su familia en Hawái y se fue a la Costa Este a completar sus estudios. Luego regresó a su país. Su madre se llamaba Stanley porque su padre quería un niño y no una niña. Era una mujer que se creía adelantada a su tiempo y probablemente consintió que Barack Obama Sr. tuviera otra esposa en Kenia. Luego se casó con un indonesio y los cuatro, Barack, Stanley, su marido y la pequeña Maya, hermanastra de Obama, se trasladaron a Indonesia. El futuro presidente regresó a Estados Unidos a los nueve años para vivir con sus abuelos. Ingresó en Columbia en 1981 y en Harvard en 1988, donde llegó a dirigir la revista de leyes de la universidad. Allí conoció a la deslumbrante Michelle: una brillantísima estudiante que nada más terminar la carrera se incorporó a un prestigioso bufete de abogados.

Antes, en 1983, Obama trabajó como organizador comunitario en Chicago, «la ciudad más «segregacionista de América», según declaró. Acababa de ser elegido el alcalde del «compromiso negro», Harold Washington. El joven Obama quería ser político y trató de sumarse al equipo del nuevo edil. No lo consiguió. Uno de sus contactos en la ciudad lo animaba. «Bien, eso es lo que hay que hacer si eres joven, negro y estás interesado en los asuntos sociales. Busca una campaña política para la que puedas trabajar. Un patrón poderoso, alguien que pueda ayudarte en tu propia carrera. Y Harold lo es, de eso no hay duda. Tiene mucho carisma. Cuenta con el apoyo de casi la totalidad de la comunidad negra, con el de la mayoría de los hispanos y el de numerosos liberales blancos. Pero tienes razón en una cosa. La opinión de la ciudad está dividida. Un gran circo mediático. No se está haciendo mucho». Obama era un chico paciente y observador cuyo cerebro parecía una gran caja registradora. Regresó a Chicago tras sus años en Harvard. Vinculado siempre al movimiento de los derechos civiles, trabajó en algunos despachos de abogados que llevaban

este tipo de causas y participó en un programa de registro de nuevos votantes. Muchos años después, una parte de su estrategia en 2008 consistió en elevar el número de ciudadanos inscritos en el censo.

Obama tenía un relato y un plan para alcanzar la presidencia. Firmó un «nuevo contrato con América» y aseguró que en ella caben todos los sueños. Hoy se resiste a ser el presidente de la resignación y piensa dar la batalla ante la Cámara de Representantes hasta el final.[7] Se encontró con una recesión y aplicó soluciones socialdemócratas clásicas: inyectó dinero en la economía, desarrolló planes de obras públicas e invirtió en energías renovables e investigación. Todo ello sin tocar al alza los impuestos. Asimismo, salvó de la quiebra a algunos bancos y reguló Wall Street con más de 2.300 páginas de legislación. Su discurso ha perdido vitalidad y ha acusado el paso del tiempo. Pese a todo, mantiene incólume el esqueleto de los sueños: «Somos la gente que no se conforma con apoyar un cambio progresivo sino que lucha por él». Y persevera: «En democracia, el cargo más importante es el de ciudadano».

[1] La Cámara de Representantes se renueva en su totalidad cada dos años (el Senado por tercios también cada dos, de modo que el mandato de un senador dura seis años). En el siglo XX, muchos presidentes han tropezado con la oposición de la Cámara: Taft durante dos años; Wilson, también en sus dos últimos años, igual que Hoover. Truman combatió a la mayoría republicana otros dos (heredó la mayoría de Franklin Delano Roosevelt pero la perdió en su primera elección) y Eisenhower lidió durante seis contra la mayoría demócrata (solo tuvo la Cámara a favor en la primera mitad de su primer mandato); exactamente igual que el demócrata Clinton frente a los republicanos. Por su parte, Nixon, Ford, Reagan y Bush Sr. siempre tuvieron a la Cámara en contra. Por el contrario, McKinley, Theodore Roosevelt, FDR, Harding, Coolidge, Kennedy, Johnson, Carter y Bush Jr. jugaron a favor de corriente: durante la totalidad de sus presidencias, en la Cámara de Representantes dominó su partido.

[2] Un mes más tarde, Obama volvió a ser relacionado con otro sospechoso personaje: William Ayers, antiguo miembro de un grupo terrorista que había arrojado explosivos contra el Capitolio y el Pentágono en los convulsos setenta. Obama también salió airoso de esta acusación: «Ayers participó en acciones detestables cuando yo tenía ocho años, no tiene mucho sentido que se busque una relación», fue todo lo que dijo.

[3] El *link* del *spot* permanece activo: *https://www.youtube.com/watch?v=kddX7 LqgCvc*.

[4] Realmente, las intenciones de Obama venían de bastante más atrás. El 28 de noviembre de 2006, David Axelrod le escribió un informe: «Estás idealmente dotado para estos tiempos. Ninguno de los posibles candidatos de nuestro partido está tan bien situado para revisar nuestro idealismo perdido como estadounidenses y recoger el testigo del cambio. Ninguno representa mejor a una nueva generación de líderes, más centrada en soluciones prácticas a problemas de hoy que en los viejos dogmas de la izquierda y la derecha».

[5] Oliver Stone y Peter Kuznick sostienen que esta idea comúnmente aceptada en torno a la financiación de la campaña de Obama, según la cual, el grueso procedió de pequeños donantes, tiene más

de mito que de realidad. Citan a las grandes empresas de Wall Street que aportaron fondos para la candidatura demócrata y subrayan, concretamente, que la industria farmacéutica aportó el triple a la campaña de Obama que a la de McCain.

[6] En 2004, Estados Unidos era el primer socio comercial de los diez países que integran la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático. En 2011 China ha pasado a ser el primero y Estados Unidos ocupa el cuarto lugar. Asimismo, la Administración Obama ha mostrado su preocupación por el hecho de que los estudiantes asiáticos copen las universidades más prestigiosas pero luego regresen a sus países a desarrollar sus carreras profesionales.

[7] En su primer mandato empleó dos veces el veto presidencial. Desde 2013 lo ha utilizado una vez, el 24 de febrero de 2015, para frenar la construcción de 1.900 kilómetros de oleoducto entre Canadá y el Golfo de México.

BIBLIOGRAFÍA

Aldridge, Alfred O., *Man of Reason. The life of Thomas Paine*, Lippincott, Filadelfia, 1959.

Bailyn, Bernard, *Los orígenes ideológicos de la revolución norteamericana*, Tecnos, Madrid, 2012.

Bender, Thomas, *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones*, Siglo XXI, Madrid, 2011.

Bernstein, Richard B., *The Founding Fathers reconsidered*, Oxford University Press, Oxford, 2009.

Beschloss, Michael, *Presidential courage. Brave leaders and how they changed America, 1789-1989*, Simon & Schuster, Nueva York, 2007.

Boorstin, Daniel J., *Compendio histórico de los Estados Unidos. Un recorrido por sus documentos fundacionales*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1997.

Bosch, Aurora, *Historia de Estados Unidos. 1776-1945*, Crítica, Barcelona, 2010.

Branch, Taylor, *Las grabaciones de Bill Clinton. Diario confidencial del presidente, 1993-2001*, RBA, Barcelona, 2010.

Brands, Henry W., *The strange death of american liberalism*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2001.

—, *Traitor to his class. The privileged life and radical presidency of Franklin Delano Roosevelt*, Doubleday, Nueva York, 2008.

Buchanan, Patrick J., *The greatest comeback. How Richard Nixon rose from defeat to create the new majority*, Crown Forum, Nueva York, 2014.

Caro, Robert A., *The Years of Lyndon Johnson: The Path to Power; Means of Ascent; Master of the Senate; The Passage of Power* (4 vols.), Alfred A. Knopf, Nueva York, 2013.

Cogliano, Francis D., *Thomas Jefferson. Reputation and legacy*, University of Virginia Press, Charlottesville, (Virginia), 2006.

Collier, Peter, y Horowitz, David, *Los Kennedy. Un drama americano*, Tusquets, Barcelona, 2004.

Comisión Nacional de Investigación, *11-S, el Informe. Extracto del informe final de los atentados terroristas contra los Estados Unidos*, Paidós, Barcelona,

2005.

DeGregorio, William y Lee Stuart, Sandra, *The complete book of U. S. presidents*, Barricade Books, Fort Lee (Nueva Jersey), 2013.

Dilorenzo, Thomas, J., *El verdadero Lincoln. Una nueva visión de Abraham Lincoln, su programa y una guerra innecesaria*, Unión Editorial, Madrid, 2008.

Elliot, John H., *Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América (1492-1830)*, Taurus, Madrid, 2006.

Ellis, Joseph J., *American Creation. Triumphs and Tragedies at the Founding of the Republic*, Vintage Books, Nueva York, 2007.

Farber, Daniel, *Lincoln's Constitution*, The University of Chicago Press, Chicago, 2003.

Ferrell, Robert H., *Off the record. The private pappers of Harry S. Truman*, Harper & Row, Nueva York, 1997.

Finseth, Ian Frederick (ed.), *The American Civil War. A literary and historical anthology*, Routledge, Nueva York, 2013.

Flagg Bemis, Samuel, *The latin american policy of the United States. An historical interpretation*, Harcourt, Nueva York, 1943.

Fontana, Josep, *Por el bien del imperio. Una Historia del mundo desde 1945*, Pasado & Presente, Barcelona, 2011.

Ford, Worthington C., «Resolution of Independence (Richard, Henry Lee) (7 de junio de 1776)», en *Journals of the Continental Congress*, 1774-1789, 5 vols., Washington, 1906.

Flynn, John T., *The Roosevelt myth*, Fox & Wilkes, San Francisco, 1998.

Gaddis, John Lewis, *The United States and the origins of the Cold War, 1941-1947*, Columbia University Press, Nueva York, 1972.

Galbraith, John Kenneth, *Con nombre propio. De Franklin D. Roosevelt en adelante*, Crítica, Barcelona, 2000.

Gilbert, Felix, *To the Farewell address: Ideas of early american foreign policy*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1961.

Gilbert, Martin, *La Primera Guerra Mundial*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2011.

Grant, James, *John Adams. Party of one*, Farrar, Straus & Giroux, Nueva York, 2005.

Grant, Ulysses, *Memoirs and selected letters, 1839-1865*, The Library of

America, Nueva York, 1990.

HAMILTON, Alexander; MADISON, James y JAY, John, *El Federalista*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 2012.

HAMILTON, Holman, *Prologue to conflict: the crisis and compromise of 1850*, University Press of Kentucky, Lexington, 1964.

HAMILTON, Nigel, *American Caesars: Lives of the Presidents - from Franklin D. Roosevelt to George W. Bush*, Yale University Press, New Haven, 2010.

HATTAWAY, Herman, y JONES, Archer, *How the North won. A military history of the Civil War*, University of Illinois Press, Chicago, 1991.

HEILEMAN, John, y HALPERIN, Mark, *El juego del cambio. La trastienda de las elecciones estadounidenses*, Planeta, Barcelona, 2010.

JOHNSON, Paul, *Estados Unidos. La Historia*, Javier Vergara, Buenos Aires, 2001.

—, *Tiempos modernos*, Homolegens, Madrid, 2007.

JUDT, Tony, *Posguerra. Una Historia de Europa desde 1945*, Taurus, Madrid, 2013.

KEEGAN, John, *Secesión. La guerra civil americana*, Turner Noema, Madrid, 2011.

LEFFLER, Melvyn P., *La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Guerra Fría y la Unión Soviética*, Crítica, Barcelona, 2008.

LIPSET, Seymour Martin, *El excepcionalismo americano. Una espada de dos filos*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 2000.

— y MARKS, Gary, *It didn't happen here. Why socialism failed in the United States*, W. W. Norton & Company, Nueva York, 2000.

LOZANO, Álvaro, *La Gran Guerra (1914-1918)*, Marcial Pons, Madrid, 2014.

MACMILLAN, Margaret, *París, 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Tusquets, Barcelona, 2005.

MARCO, José María, *La nueva revolución americana. Por qué la derecha crece en Estados Unidos y por qué los europeos no lo entienden*, Ciudadela, Madrid, 2007.

MCPHERSON, James M. (ed.), *«To the best of my ability». The american presidents*, Dorling Kindersley Book, Nueva York, 2000.

MORISON, Samuel Eliot; COMMAGER, Henry Steele y LEUCHTENBURG, William E., *Breve historia de los Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, México

D. F., 2006.

OBAMA, Barack, *Los sueños de mi padre. Una historia de raza y herencia*, Almed, Granada, 2004.

—, *La audacia de la esperanza. Cómo restaurar el sueño americano*, Península, Barcelona, 2006.

ONUF, Peter S., *The mind of Thomas Jefferson*, University of Virginia Press, Virginia, 2007.

O'REILLY, Bill, y DUGARD, Martin, *Matar a Kennedy. El final de la Corte de Camelot*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2013.

PALOMARES LERMA, Gustavo, *Política y Gobierno en los Estados Unidos (1945-1999). Historia y doctrina de un espíritu político*, Tirant lo Blanch, Valencia, 1999.

PATTERSON, James T., *El gigante inquieto. Estados Unidos de Nixon a G. W. Bush*, Crítica, Barcelona, 2005.

PERLSTEIN, Rick, *The Invisible Bridge. The Fall of Nixon and the Rise of Reagan*, Simon & Schuster, Nueva York, 2014.

POWASKI, Ronald E., *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Crítica, Barcelona, 2011.

PROCHASKA, Frank, *Eminent victorians on american democracy. The view from Albion*, Oxford University Press, Oxford, 2012.

RAKOVE, Jack, *The beginnings of national politics. An interpretive history of the Continental Congress*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1979.

—, *Original meanings. Political and ideas in the making of the Constitution*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1997.

—, *James Madison and the creation of the american Republic*, Pearson-Longman, Nueva York, 2006.

—, *Revolutionaires. New history of the invention of America*, Mariner Books, Nueva York, 2011.

REMINI, Robert V., *Andrew Jackson and the course of american empire, 1767-1821*; *Andrew Jackson and the course of american freedom, 1822-1832*; *Andrew Jackson and the course of american democracy, 1833-1845*, Harper & Row, Nueva York 1977, 1981 y 1984.

REMNICK, David, *El puente. Vida y ascenso de Barack Obama*, Debate, Barcelona, 2010.

ROPER, John, *Presidents of America*, Lorenz Books, Londres, 2008.

SCHLESINGER, Arthur M. Jr., e ISRAEL, Fred L. (eds.), *My fellow citizens. The inaugural addresses, 1789-2009*, Facts On File, Nueva York, 2010.

SEYMOUR, Charles, *Woodrow Wilson and the World War. A chronicle of our own times*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1921.

SOMBART, Werner, *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?*, Capitán Swing, Madrid, 2009.

STALIN, J., y ROOSEVELT, Franlin D., *Correspondance secrète de Staline avec Roosevelt, Truman et Attlee, 1941-1945*, Librairie Plon, París, 1959.

STEINBERG, Alfred, *The first ten: the Founding Presidents and their Administrations*, Doubleday, Nueva York, 1967.

STONE, Oliver y Kuznick, Peter, *La historia silenciada de Estados Unidos*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2015.

TALBOT, David, *La conspiración. La historia secreta de John y Robert Kennedy*, Crítica, Barcelona, 2008.

TEACHOUT, Zephyr, *Corruption in America. From Benjamin Franklin's snuff box to citizens united*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 2014.

THATCHER, Margaret, *Los años de Downing Street*, Santillana, Madrid, 2012.

TOCQUEVILLE, Alexis de, *American institutions and their influence*, University of Michigan Library, Ann Arbor, Michigan, 2005.

TORRES SÁNCHEZ, Rafael, *El precio de la Guerra. El Estado fiscal-militar de Carlos III (1779-1783)*, Marcial Pons, Madrid, 2013.

TUCHMAN, Barbara W., *La marcha de la locura. De Troya a Vietnam*, RBA, Barcelona, 2013.

VOSS, Frederick S., *Portraits of the Presidents. The National Portrait Gallery*, Rizzoli International Publications, Nueva York, 2012.

WEINER, Tom, *Enemigos. Una historia del FBI*, Debate, Barcelona, 2012.

WOOD, Gordon S., *Empire of Liberty. A History of the early Republic, 1789-1815*, Oxford University Press, Oxford, 2009.

WOODWARD, Bob, *Plan de ataque. Cómo se decidió invadir Irak*, Planeta, Barcelona, 2004.